

LA TORRE OSCURA V

STEPHEN KING

LOBOS DEL CALLA



PLAZA  JANÉS



Roland Deschain y su ka-tet viajan hacia el sudeste a través de los bosques del Mundo Medio. El camino les lleva a él y sus compañeros hasta el Calla Bryn Sturgis, una tranquila comunidad de granjeros y rancheros en las fronteras del Mundo Medio. Más allá de este pueblo se encuentra Tronido, de donde procede la más terrible de las amenazas: los lobos.

En el Calla, los viajeros se encuentran con el padre Callahan, otro refugiado de nuestro mundo. Él también es uno de los protectores de la Torre Oscura, en particular de un solar de la Segunda Avenida de Manhattan donde crece una sola rosa roja.

Los lobos de Tronido se están acercando y por primera vez los habitantes del Calla Bryn Sturgis, entrenados e inspirados por el coraje de Roland y su ka-tet, van a luchar.



Stephen King

Lobos del Calla

La Torre Oscura V

ePUB v1.0

OZN26.02.11

más libros en epubgratis.net

ILUSTRADO POR.
BERNIE WRIGHTSON
TRADUCCIÓN DE
LAURA MARTÍN DE DIOS
Y VERÓNICA CANALES

Título original: *The Dark Tower V: Wolves of the Calla*

Primera edición: junio, 2004

© 2003, Stephen King

Publicado por acuerdo con el autor, representado por

Ralph M. Vicinanza, Ltd.

© 2004, Random House Mondadorí, S. A.

Travessera de Gracia, 47-49. 08021 Barcelona

© Laura Martín de Dios y Verónica Canales, por la traducción

© Bernie Wrightson, por las ilustraciones

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, Y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Printed in Spain - Impreso en España

ISBN: 84-01-33529-9

Depósito legal: B. 25.843 - 2004

Fotocomposición: Lozano Faisano, S. L. (L'Hospitalet)

Impreso en A & M Gràfic, S. L.

Santa Perpetua de Mogoda (Barcelona)

L 335299

Este libro es para Frank Muller
que oye las voces de mi cabeza

Stephen King

La Torre Oscura V

Lobos Del Calla



EL ARGUMENTO FINAL

Lobos del Calla es el quinto volumen de un extenso relato inspirado en el poema narrativo de Robert Browning «Childe Roland a la Torre Oscura llegó». El sexto, *La canción de Susannah*, se publicará en 2004. El séptimo y último, *La Torre Oscura*, se publicará más adelante ese mismo año.

El primer volumen, titulado *La hierba del diablo*, narra cómo Roland Deschain de Gilead persigue y finalmente logra dar alcance a Walter, el hombre de negro, quien fingía haber sido amigo del padre de Roland cuando en realidad actuaba al servicio del Rey Carmesí en el lejano Mundo Final. Para Roland, atrapar al semihumano Walter constituye un paso más en el camino hacia la Torre Oscura, donde espera atajar —y tal vez incluso impedir— la inminente destrucción del Mundo Medio y la lenta muerte de los Haces. El subtítulo de esta novela es «REANUDACIÓN».

Cuando conocemos a Roland, la Torre Oscura es una especie de obsesión para él, su grial, su única razón de vivir. Sabemos que Marten trató que Roland, siendo este poco más que un crío, fuera enviado al oeste cubierto de oprobio, barrido del tablero del gran juego. Sin embargo, Roland frustra los planes de Marten, gracias sobre todo a su intuición a la hora de escoger el arma que debe utilizar en la prueba de la hombría.

Steven Deschain, padre de Roland, envía a su hijo y dos amigos (Cuthbert Allgood y Alain Johns) a la baronía de Mejis, en la costa, en gran parte para poner a su hijo fuera del alcance de Walter. Allí, Roland conoce a Susan Delgado, de la que se enamora y a quien ha engañado una bruja, Rea de Cos, pues envidia la belleza de la chica. Rea de Cos entraña un grave peligro ya que se ha hecho con una de las grandes bolas de cristal conocidas como las Bandas del Arco iris... o las Bolas de Cristal del Mago. En total suman trece, y la más poderosa y temible de ellas es la Trece Negra. Roland y sus amigos corren muchas aventuras en Mejis, y aunque consiguen escapar salvando la vida (y la Banda rosa del Arco iris), Susan Delgado, la encantadora chica de la ventana, muere quemada en la hoguera. Esta historia se relata en el cuarto volumen, *La bola de cristal*. El subtítulo de esta novela es «RECONOCIMIENTO».

Durante el transcurso de los relatos sobre la Torre, descubrimos que el mundo del pistolero está relacionado con el nuestro en varios aspectos fundamentales. La primera de esas conexiones se hace patente cuando Jake, un chico del Nueva York de 1977, conoce a Roland en una estación desierta muchos años después de la muerte de Susan Delgado. Existen puertas entre el mundo de Roland y el nuestro; y una de ellas es la Muerte. Jake se encuentra en aquella estación desierta tras haber sido empujado en plena calle Cuarenta y tres y atropellado por un coche. El conductor del vehículo era un hombre llamado Enrico Balazar. El autor del empujón, un criminal sociópata llamado Jack Mort, el representante de Walter en el Nueva York de la Torre Oscura.

Antes de que Jake y Roland logren dar con Walter, el chico muere de nuevo. Esta vez porque el pistolero, enfrentado a la dolorosa disyuntiva de elegir entre este hijo simbólico y la Torre Oscura, elige la Torre. Las últimas palabras de Jake antes de despeñarse por el abismo son: «Ve, pues... Hay otros mundos aparte de este».

El enfrentamiento final entre Roland y Walter tiene lugar en las cercanías del mar del Oeste. Durante una larga noche de garla, el hombre de negro le lee a Roland su futuro, ayudándose de una extraña baraja de Tarot y le hace hincapié en tres cartas: el Prisionero, la Dama de las Sombras y la Muerte («aunque no para ti, pistolero»).

La invocación, subtítulo «RENOVACIÓN», comienza a orillas del mar del Oeste, no mucho después de que Roland se despierte tras el enfrentamiento con Walter. El exhausto pistolero es atacado por una horda de carnívoras «langostruosidades» y antes de conseguir escapar de ellas pierde dos dedos de la mano derecha y queda gravemente infectado. Roland reanuda su viaje por la costa del mar del Oeste, aunque se halla enfermo... tal vez moribundo.

En el trayecto encuentra tres puertas que se alzan aisladas en la playa. Todas ellas conducen al Nueva York de nuestro mundo, a tres «cuándos» distintos. De 1987 Roland invoca a Eddie Dean, un prisionero de la heroína. De 1964 invoca a Odetta Susannah Holmes, una mujer que perdió las piernas cuando un sociópata llamado Jack Mort la empujó a los raíles del metro. Ella

es la Dama de las Sombras y posee una segunda personalidad hostil, oculta en el interior de su cerebro. Esta mujer oculta, la violenta y taimada Detta Walker, se propone matar tanto a Roland como a Eddie cuando el pistolero la transporta al Mundo Medio.

Roland piensa que tal vez ha invocado a tres personas en las figuras de Eddie y Susannah, dado que Odetta tiene doble personalidad. Sin embargo, cuando Odetta y Detta se funden en Susannah (gracias, en buena medida, al amor y a la valentía de Eddie Dean), el pistolero comprende que su suposición no es cierta. Y también algo más: lo atormenta el recuerdo de Jake, el chico que al morir le habló de otros mundos.

Las tierras baldías, subtítulo «REDENCIÓN», se inicia con una paradoja para Roland, pues está convencido de que Jake parece tanto vivo como muerto. En el Nueva York de finales de los años setenta, a Jake Chambers lo atormenta la misma pregunta: ¿vivo o muerto? ¿Cómo está? Después de matar a un oso gigantesco llamado Mir (según las viejas gentes que le profesaban temor) o Shardik (según los Grandes Antiguos que lo crearon), Roland, Eddie y Susannah vuelven sobre los pasos de la bestia y descubren el Camino del Haz conocido como «Shardik a Maturin», Oso a Tortuga. En un tiempo hubo seis haces similares que discurrían entre los doce portales que jalonan los límites del Mundo Medio. En el punto en el que los haces se entrecruzan, en el centro del mundo de Roland (y de todos los mundos), se halla la Torre Oscura, el nexo de todos los «dónde» y todos los «cuándo».

Para entonces, Eddie y Susannah ya no son prisioneros en el mundo de Roland. Enamorados y en vías de convertirse en pistoleros, participan en la búsqueda y siguen a Roland, el último seppe-sai (vendedor de muerte) por el Camino de Shardik, la Senda de Maturin.

En un círculo parlante, no lejos del Pórtico del Oso, el tiempo se recompone, la paradoja se resuelve y la auténtica tercera figura es invocada por fin. Jake entra de nuevo en el Mundo Medio al concluir un peligroso rito en el que los cuatro —Jake, Eddie, Susannah y Roland— recuerdan los rostros de sus padres y se absuelven a sí mismos con honor. No mucho después, el cuarteto se convierte en quinteto cuando Jake hace amistad con un bilibrambo. Los brampos, cuyo aspecto corresponde al de un híbrido de tejón, mapache y perro, poseen una capacidad de habla limitada. Jake bautiza a su nuevo amigo con el nombre de Acho.

La senda de los peregrinos les conduce a la ciudad de Lud, donde los degenerados supervivientes de dos antiguas facciones mantienen vivos los rescoldos de un viejo conflicto. Antes de llegar a la ciudad, se detienen en Paso del Río, donde conocen a algunos viejos residentes supervivientes de los tiempos pasados. Estos ven en Roland un vestigio de aquellos días anteriores a la transformación del mundo, y lo honran a él y a sus compañeros. Los ancianos también les hablan de un tren monorraíl que tal vez aún circule desde Lud a las tierras baldías, por el Camino del Haz hasta la Torre Oscura.

Jake se siente aterrorizado por estas noticias, pero no sorprendido. Antes de ser invocado desde Nueva York, obtuvo dos libros en una librería propiedad de un individuo con el inquietante nombre de Calvin Torre. Uno es un libro de adivinanzas con la página donde se encuentra la lista de soluciones arrancada. El otro, *Charlie el Chu-Chú*, es un libro infantil con oscuras reminiscencias del Mundo Medio. Para empezar, la palabra «char» significa «muerte» en la Alta Lengua, que Roland aprendió en Gilead como parte de su educación.

Tía Talitha, matriarca de Paso del Río, le entrega a Roland una cruz de plata, y los viajeros prosiguen su camino. Al atravesar el desvencijado puente que se extiende sobre el río Send, un moribundo (y muy peligroso) forajido llamado el Chirlas secuestra a Jake. El Chirlas conduce a su joven prisionero bajo tierra ante la presencia del señor Tic-Tac, último líder de la facción de los grises.

Mientras Roland y Acho emprenden la búsqueda de Jake, Eddie y Susannah encuentran la Cuna de Lud, donde Blaine el Mono despierta. Blaine es la última herramienta de la superficie perteneciente a un inmenso sistema de ordenadores alojados bajo Lud. Blaine conserva un único interés: las adivinanzas; razón por la que promete llevar a los viajeros a la última parada del monorraíl... si consiguen plantearle un acertijo que no sepa resolver. De lo contrario, dice Blaine, su viaje acabará en la muerte: árbol *charyou*.

Roland rescata a Jake y deja atrás al señor Tic-Tac pues lo cree muerto. No obstante, Andrew Quick sigue vivo. Medio ciego y medio desfigurado, es rescatado por un hombre que se hace llamar Richard Fannin. Sin embargo, Fannin también responde al apelativo de Extraño Sin Edad, un demonio contra el que Roland había sido prevenido.

Los peregrinos continúan su viaje desde la agonizante ciudad de Lud, esta vez en monorraíl. El hecho de que la verdadera mente que controla el mono se encuentre en ordenadores que cada vez quedan más y más atrás no entrañará diferencia alguna cuando la bala rosada descarrile de las deterioradas vías en algún punto a lo largo del Camino del Haz a una velocidad superior a los mil trescientos kilómetros por hora. La única esperanza de sobrevivir es plantear a Blaine una adivinanza que el ordenador no sepa resolver.

Al comienzo de *La bola de cristal*, Eddie le plantea una adivinanza que destruye a Blaine con un arma inequívocamente humana: la ilógica. El mono se detiene en una versión de Topeka, Kansas, que ha sido asolada por una enfermedad llamada «supergripe». Cuando retoman el viaje por el Camino del Haz (en estos momentos por una versión apocalíptica de la I-70), distinguen señales preocupantes, ¡QUE TODOS ACLAMEN AL REY CARMESÍ!, reza una. OJO CON EL CAMINANTE, advierte otra. Y, tal como los lectores atentos sabrán, el Caminante posee un nombre muy similar al de Richard Fannin.

Tras relatar a sus amigos la historia de Susan Delgado, Roland y sus compañeros llegan a un palacio de cristal verde que se alza en medio de la I-70, un palacio que guarda un gran parecido al que Dorothy Gale buscaba en *El mago de Oz*. En la sala del trono de aquel gran castillo no se topan con Oz el Grande y Terrible, sino con el señor Tic-Tac, el último gran refugiado de la ciudad de Lud. Una vez que Tic-Tac muere, el Mago real da un paso al frente. Se trata del gran antagonista de Roland, Marten Broadclock, conocido en algunos mundos como Randall Flagg, en otros como Richard Fannin y en aún otros como John Farson (el Hombre Bueno). Aunque Roland y sus amigos no consiguen acabar con aquella aparición que les advierte por última vez que abandonen su búsqueda de la Torre («Contra mí fallará, Roland, viejo amigo», le dice al pistolero), sí acaban desterrándolo.

Tras un viaje final en la bola del mago y una revelación atroz —Roland de Gilead asesinó a su madre al confundirla con la bruja llamada Rea—, los viajeros vuelven a encontrarse una vez más en el Mundo Medio y en el Camino del Haz. Retoman su búsqueda y es aquí donde los encontramos en las primeras páginas de *Lobos del Calla*.

Este argumento no resume en modo alguno los primeros cuatro libros de la serie de la Torre. Si no los has leído antes de comenzar este que tienes entre manos, te recomiendo fervientemente que lo hagas; si no, será mejor que dejes este volumen a un lado. Estos libros no son más que partes de un único y largo relato, y harías mejor leyéndolo de principio a fin antes que comenzar a la mitad.

Señor, lo nuestro es el plomo.

STEVE MCQUEEN, en Los siete magníficos

Primero vienen las sonrisas, luego las mentiras.

Lo último son las balas.

ROLAND DESCHA1N, de Gilead

La sangre que corre por tus venas

corre por las mías,

cuando me miro en un espejo

es tu rostro el que veo.

Toma mi mano,

apóyate en mí,

somos casi libres,

pequeños trotamundos.

RODNEY CROWELL

RESISTENCIA

19

PROLOGO
ARRUINADO

UNO

Tian había sido bendecido (aunque pocos granjeros hubieran utilizado esta palabra) con tres tierras: Campo de la Vera, en el que su familia había cultivado arroz desde tiempos inmemoriales; Campo del Camino, donde el ka Jaffords habían cultivado aguaturmas, calabazas y maíz durante los mismos largos años y generaciones; e Hijo de Puta, un terreno ingrato en el que solo cultivaba rocas, ampollas y esperanzas truncadas. Tian no era el primer Jaffords decidido a sacar lo que fuera de las ocho hectáreas de detrás de la casa familiar. Su abuelo, a pesar de tener la cabeza muy lúcida para todo lo demás, estuvo convencido durante toda su vida de que allí había oro. La madre de Tian también aseguraba que allí se podría cultivar «porin», una especia muy preciada. La monomanía particular de Tian era el madrigal. Por descontado que el madrigal crecería en Hijo de Puta. Allí seguro que tenía que crecer. Se había hecho con un costal de semillas (y su buen penique que le habían costado) que en aquel momento escondía bajo las tablas de su habitación. Lo único que quedaba por hacer antes de la siembra del año siguiente era arar la tierra de Hijo de Puta, algo que era muy fácil de decir.

El clan Jaffords había sido bendecido con ganado, incluidas tres mulas, aunque solo a un loco se le ocurriría utilizarlas en Hijo de Puta; lo más probable es que la bestia sobre la que recayera la desgracia de llevar a cabo aquella tarea acabara tirada en el suelo con las patas rotas, o muerta a causa de las picaduras antes del mediodía de la primera jornada. Unos años atrás, uno de los tíos de Tian casi había hallado aquel destino. Había vuelto corriendo a casa, dando alaridos a voz en grito y perseguido por unas enormes avispas mutadas con unos agujijones del tamaño de clavos.

Habían encontrado el avispero (bueno, lo había encontrado Andy; a él no le preocupaban las avispas, por muy grandes que fueran) y lo habían quemado con queroseno, aunque podría seguir habiendo más. Y estaba lo de los agujeros. ¡Cagüenla...!, vaya si había agujeros, y los agujeros no pueden quemarse, ¿no? Pues no. Hijo de Puta descansaba en lo que los viejos llamaban «terreno desmigajado». En consecuencia, estaba tan plagado de agujeros como de pedruscos, por no mencionar una cueva, como mínimo, de la que emanaban corrientes de aire nauseabundo y putrefacto. A saber qué espectros o parlanchines acecharían en la oscuridad.

Además, los peores agujeros no se encontraban precisamente donde un hombre (o una mula) pudiera verlos. No señor, ni por asomo. Los chascapiernas se ocultaban siempre en bancales de maleza y hierba alta de apariencia inofensivos. La mula lo pisaba, se oía un chasquido seco como si se tronchara una rama y a continuación la pobre bestia caía al suelo con la boca abierta y los ojos entornados, rebuznando su agonía a los cielos. Hasta que acababas con su sufrimiento, claro está, y los animales de labranza eran muy preciados en Calla Bryn Sturgis, incluso los no encauzados.

Por consiguiente, le arreaba el cabestro a su hermana y araba con ella. No había razón para no hacerlo. Tia era una arrunada, por tanto servía para poco más. Era grande —los arrunados solían alcanzar una envergadura considerable— y se prestó a ello, que Jesús Hombre la bendiga. El Viejo Amigo le había tallado un árbol de Jesús al que llamaba «cruz y fijo», y Tia lo llevaba a todas partes. En aquellos momentos, la cruz se balanceaba de un lado otro, rebotando en la piel sudorosa de Tia mientras ella tiraba del arado mediante un arnés de piel sin curtir atado a los hombros. Tras ella, guiando el arado cogido a las estevas de resistente fustafarro y a su hermana mediante las correas del yugo, Tian gruñía, jalaba y empujaba cuando la hoja del arado se hundía y estaba a punto de quedar atorada. Estaban a finales de Tierra Llana, pero en Hijo de Puta hacía tanto calor como si estuvieran en pleno verano. El peto de Tia estaba oscuro, húmedo y se le pegaba a las largas y rollizas piernas. Cada vez que Tian volvía la cabeza para apartarse el cabello de los ojos, una lluvia de sudor salía disparada de la mata de pelo.

—¡Arre, mala bestia! —gritó—. Aquella piedra es una rompearados, ¿estás ciega?

Ni ciega ni sorda, solo arrunada. Torció hacia la izquierda y jaló con fuerza. Tras ella, el empujón propulsó a Tian hacia delante con una sacudida del cuello y se raspó la pantorrilla contra otro pedrusco, uno que se le había pasado inadvertido y que el arado, de milagro, había esquivado. Al tiempo que sentía los primeros cálidos regueros de sangre correr pantorrilla abajo

hasta el tobillo, se preguntó (y no era la primera vez) qué tipo de locura poseía a los Jaffords que siempre les hacía salir al campo. En lo más hondo de su corazón sabía que el madrigal no se cultivaría mejor que el porin, aunque la hierba del diablo se arraigaba muy bien; ea, si hubiera querido podría haber hecho que las ocho hectáreas florecieran de aquella mierda. Sin embargo, el truco era mantenerla lejos; siempre una de las primeras tareas en Tierra Nueva. Aquella...

El arado torció a la derecha y el nuevo empujón casi le desencajó los brazos a Tian.

—¡So! —exclamó Tian—. ¡Tranquila, muchacha! Si me los arrancas, a ver cómo me van a volver a crecer.

Tia volvió su ancho, sudoroso e inexpresivo rostro hacia el vasto cielo emplomado de nubes bajas y graznó una risotada. Jesús Hombre, pero si incluso sonaba como una mula. Aunque era una risotada, una risotada humana. Tian se preguntó, pues a veces no podía evitar hacerlo, si aquella risa significaba algo. ¿Comprendía lo que le estaba diciendo o solo respondía al tono de su voz? ¿Alguno de los arrunados...?

—Buen día, sai —dijo una voz potente y monótona a sus espaldas. El que había hablado hizo caso omiso del grito de sorpresa de Tian—. Gratos días y que sean largos en la tierra. Estoy aquí de vuelta de un paseo bastante agradable, a su servicio.

Tian dio media vuelta y se encontró frente a Andy —frente a sus dos metros y pico—, y casi acabó de morros en el suelo cuando su hermana dio otro de sus gigantescos y tambaleantes pasos hacia delante. Las correas del yugo salieron disparadas de las manos de Tian y se le enrollaron alrededor del cuello con un chasquido audible. Tia, ignorando el peligro potencial que aquello entrañaba, dio un nuevo y decidido paso hacia delante y, al hacerlo, le cortó la respiración a Tian. Este dio un grito ahogado, como una arcada, y se aferró a las correas. Mientras tanto, Andy contemplaba la escena con su acostumbrada y amplia sonrisa anodina.

Tia volvió a jalar y Tian se vio propulsado hacia delante. Aterrizó sobre un pedrusco que se le hundió con saña en la raja del trasero, pero al menos recuperó el aliento. Aunque solo fuera unos instantes. ¡Maldita e ingrata tierra! ¡Siempre igual! ¡No iba a cambiar!

Tian se aferró a la correa de cuero antes de que volviera a oprimirle la garganta y aulló:

—¡So, cacho burra! ¡Tate quieta si no quieres que te retuerza esas tetonas inútiles hasta arrancártelas de la delantera!

Tia se detuvo en consecuencia y echó la vista atrás para saber qué estaba pasando. Sonrió de oreja a oreja. Alzó un brazo musculoso y brillante a causa del sudor y señaló.

—¡Andy! —exclamó—. ¡Ha venido Andy!

—¡No estoy ciego! —respondió Tian, y se puso en pie frotándose el trasero. ¿Aquella parte también le sangraba? Buen Jesús Hombre, sabía que sí.

—Buen día, sai —Andy saludó a Tia y se dio tres golpecitos con sus tres dedos metálicos en el cuello metálico—. Largos días y gratas noches.

Pese a que no cabía duda de que Tia había oído la respuesta acostumbrada a aquellos saludos —«Y que tú veas el doble»— más de un millar de veces, lo único que consiguió hacer fue alzar una vez más su rostro estúpido al cielo y rebuznar su risotada pollina. A Tian lo asaltó una punzada de dolor; no en los brazos ni en el cuello ni en el ultrajado trasero, sino en el corazón. La recordaba de niña entre brumas: tan linda y rápida como una libélula, tan lista como uno pudiera imaginar. Y entonces...

No obstante, antes de que pudiera dar fin al pensamiento, tuvo una premonición. El corazón le dio un vuelco. «La noticia habría de llegar mientras me encuentro aquí fuera —pensó—. Aquí, en este terruño dejado de la mano de Dios que no reporta ningún bien y donde toda suerte está gafada.» Había llegado la hora, ¿verdad? «Las horas extras.»

—Andy —dijo.

—¡Sí! —respondió Andy, sonriente—. ¡Andy, su amigo! De vuelta de un paseo bastante agradable, a su servicio. ¿Quiere oír su horóscopo, sai Tian? Es Tierra Llena. La luna está roja, la que llaman Luna Cazadora en Mundo Medio, eso. ¡Lo visitará un amigo! ¡Los negocios prosperan! Tendrá dos ideas, una buena y una mala...

—La mala fue salir a arar esta tierra —le interrumpió Tian—. Olvida mi maldito horóscopo,

Andy. ¿Qué te trae por aquí?

Lo más probable es que la sonrisa de Andy fuera inmutable —después de todo, era un robot, el último de Calla Bryn Sturgis o de varios kilómetros o ruedas a la redonda—, sin embargo, Tian creyó percibir que perdía cierta inmutabilidad. El robot parecía el juguete con forma de hombre de un crío pequeño, increíblemente alto y escuálido. Las piernas y los brazos eran plateados. La cabeza, un tambor de acero con ojos eléctricos. El cuerpo, dorado, era un cilindro. Estampado en la mitad —en lo que habría sido el torso de un hombre— se leía lo siguiente:

Por qué o cómo había sobrevivido aquel cacharro simplón si el resto de los robots había desaparecido —desde hacía generaciones—, era algo que Tian no sabía ni le importaba. Era fácil encontrárselo por el Calla (no se aventuraba más allá de sus límites) dando zancadas con sus escuálidas extremidades plateadas, mirándolo todo, y de vez en cuando haciendo ruiditos de los suyos mientras almacenaba (o tal vez borraba, a saber) información. Cantaba, esparcía los rumores de punta a punta del pueblo —Andy, el Robot Mensajero, era un andarín incansable— y parecía que lo que más le gustaba era decir el horóscopo, aunque el pueblo en general opinaba que poco tenían de fiables.

Sin embargo, otra de sus funciones sí la tenía, una de gran significación.

—¿Qué te trae por aquí, saco de luces y tornillos? ¡Contesta! ¿Se trata de los lobos? ¿Bajan de Tronido?

Tian se quedó allí, con la vista clavada en el estúpido rostro sonriente y metálico de Andy mientras el sudor se enfriaba sobre su piel, deseando con toda el alma que el cacharro respondiera que no y que se volviera a ofrecer para decirle el horóscopo, o tal vez para cantar «El ada Yo del maíz verde», con su veintena o treintena de estrofas.

No obstante, lo que Andy respondió, con su sempiterna sonrisa, fue:

—Sí, sai.

—Por amor de Cristo y Jesús Hombre —exclamó Tian (según le había comentado el Viejo Amigo aquellos dos nombres correspondían a lo mismo, pero nunca se había preocupado de profundizar en la cuestión)—. ¿A cuánto están?

—A una luna de días antes de que lleguen —contestó Andy, sin dejar de sonreír.

—¿De llena a llena?

—Más o menos, sai.

Treinta días, entonces, día arriba, día abajo. Treinta días para los lobos. Y no tenía sentido esperar que Andy estuviera equivocado. Nadie se explicaba cómo podía saber el robot que bajaban de Tronido con tanta antelación a su llegada, pero lo sabía. Y nunca se equivocaba.

—¡Me cago en ti por las malas noticias que traes! —gritó Tian y se enfureció al detectar el temblor de su voz—. ¿Para qué sirves?

—Siento que las noticias sean malas —se disculpó Andy. Sus entrañas comenzaron a hacer ruiditos secos de forma audible, los ojos azules refulgieron con mayor intensidad y retrocedió un paso—. ¿No quiere que le diga el horóscopo? Estamos a finales de Tierra Llena, un momento particularmente propicio para consolidar viejos negocios y conocer gente nueva...

—¡Y también me cago en tu falsa profecía!

Tian se agachó, cogió un terrón de tierra y se lo arrojó. Un guijarro enterrado en el terrón rebotó con un sonido metálico contra el pellejo de Andy. A Tia se le escapó un grito ahogado y comenzó a llorar. Andy retrocedió otro paso y su sombra se perdió en la lejanía sobre la tierra de Hijo de Puta. No obstante, la sonrisa odiosa y estúpida permaneció inalterable.

—¿Y qué me dice de una canción? Los mannis, en el extremo norte del pueblo, me han enseñado una muy divertida; se llama «En tiempos de abandono, haz de Dios tu patrono». —De las profundidades de las entretelas de Andy surgió el vacilante graznido de un diapasón seguido de una serie de notas de piano—. Dice...

El sudor le resbalaba por las mejillas y le pegaba las pelotas, que le picaban, a las piernas. El olor hediondo de su propia y atolondrada obsesión. Mientras Tia gimoteaba con su estúpido rostro vuelto hacia el cielo, aquel idiota de robot agorero estaba a punto de cantarle una especie de cántico manni.

—Calla, Andy —le pidió sin alterarse, aunque entre dientes.

—Sai —accedió el robot y se mantuvo en silencio, gracias a Dios.

Tian se acercó a su balbuciente hermana, le pasó un brazo por los hombros e inspiró su cargado (aunque no del todo desagradable) olor corporal. No detectó obsesión ninguna, solo el olor del trabajo y la obediencia. Suspiró y comenzó a acariciarle el brazo tembloroso.

—Ya está, pedazo burra gritona —dijo.

Puede que las palabras no fueran muy afectuosas, pero el tono era amable en extremo y a aquello fue a lo que Tia respondió. Comenzó a tranquilizarse. Las prominentes cartucheras de Tia le llegaban por debajo de la caja torácica (le sacaba unos buenos treinta centímetros) y si alguien pasara por allí en aquellos momentos se habría detenido a mirarlos sorprendido por la similitud de las facciones y la gran diferencia de estatura. El parecido, al menos, lo habían heredado por medios dignos: eran gemelos.

Tranquilizó a su hermana con una mezcla de ternezas e irreverencias —desde que había vuelto arrunada del este, durante todos aquellos años, los dos modos de expresión eran prácticamente lo mismo para Tian Jaffords—y, al final, el lloriqueo remitió. Cuando un herrumbreiro cruzó el cielo, planeando de un lado a otro y graznando los chillidos espantosos de costumbre, Tia lo señaló y se rió.

Una extraña sensación comenzó a apoderarse de Tian, tan ajena a su naturaleza que ni siquiera la reconoció.

—No está bien —dijo—. No señor. Por Jesús Hombre y todos los dioses, no está bien.

Miró hacia el este, allí donde las montañas se alzaban hacia una creciente oscuridad membranosa que podría haber sido nubes, pero que no lo era. Se trataba de la frontera de Tronido.

—No está bien lo que nos hacen.

—¿Seguro que no quiere oír su horóscopo, sai? Veo monedas brillantes y una bella señorita morena.

—Las señoritas morenas tendrán que apañárselas sin mí —contestó Tian, y comenzó a quitarle el arnés a su hermana—. Estoy casado, como estoy seguro que sabes muy bien.

—Muchos, pero que muchos hombres casados han tenido su jilly —observó Andy. Una observación que a Tian le sonó petulante.

—No los que quieren a sus mujeres. —Tian se echó el arnés al hombro (lo había fabricado él mismo dada la lógica escasez de arneos para seres humanos en la mayoría de las caballerizas) y se volvió hacia casa—. Y, en cualquier caso, los granjeros no. Dime un solo granjero que pueda permitirse una manceba y te beso ese trasero tan lustroso. Hale, Tia. Arreando, que es gerundio.

—¿Casa? —preguntó.

—Eso es.

—¿Comida en casa? —Lo miraba en una especie de trance confuso y esperanzado—. ¿Papas? —Pausa—. ¿Y moje?

—Venga —respondió Tian—. ¡Qué coño!

Tia dejó escapar un graznido y comenzó a correr hacia la casa. Había algo que casi imponía en ella cuando corría. Tal como su padre había observado un buen día, no mucho antes de la caída que se lo llevó: «Brillante u obtusa, es un pedazo de carne en movimiento».

Tian la siguió despacio, con la cabeza gacha tratando de evitar los agujeros que su hermana parecía sortear sin ni siquiera tener que mirar, como si en alguna parte dentro de su ser hubiera almacenado la localización de todos y cada uno de aquellos agujeros. La nueva y extraña sensación siguió creciendo en su interior. Conocía la rabia—cualquier granjero que hubiera perdido una vaca a manos de la tembladera o hubiera sido testigo de cómo una tormenta veraniega de granizo había aplastado su maíz, la conocía muy bien—, pero aquello era más profundo. Aquello era ira, algo nuevo. Caminó despacio, con la cabeza gacha, los puños cerrados. No se dio cuenta de que Andy lo seguía a sus espaldas hasta que lo oyó hablar.

—Hay más noticias, sai. Al noroeste del pueblo, a lo largo del Camino del Haz, forasteros de Mundo Exterior...

—Cagüen el Haz, cagüen los forasteros y cagüen ti —explotó Tian—. Déjame en paz, Andy.

Andy se quedó inmóvil unos segundos, rodeado por los peñascos, la maleza y las baldías colinas de Hijo de Puta, aquella desagradecida parcela del terreno de los Jaffords. Se accionaron varios relés en su interior, sus ojos refulgieron y decidió ir a hablar con el Viejo Amigo. El Viejo Amigo nunca le decía que se cagaba en él. El Viejo Amigo siempre tenía tiempo para escuchar su horóscopo.

Y a él siempre le interesaban los forasteros.

Andy se puso en camino hacia el pueblo y Nuestra Señora de la Serenidad.

DOS

Zalia Jaffords no vio volver ni a su marido ni a su cuñada de Hijo de Puta; no oyó a Tia sumergir la cabeza repetidamente en el tonel que recogía el agua de lluvia junto al establo y luego resoplar espumarajos como un caballo. Zalia estaba en la cara sur de la casa, tendiendo la colada y vigilando a los chiquillos. No se dio cuenta de que Tian había vuelto hasta que lo vio mirándola a través de la ventana de la cocina. Le sorprendió verlo allí y aún más su aspecto. Su rostro había adoptado un tono pálido y ceniciento salvo por dos brillantes borrones de color que coronaban sus mejillas y un tercero que refulgía en mitad de la frente como una marca grabada a fuego.

Devolvió las pocas pinzas que llevaba en la mano a la cesta de la ropa y se dirigió hacia la casa.

—¿Ande vas, ma? —preguntó Heddon.

—¿Ande vas, mama? —se hizo eco Hedda.

—A vosotros no os importa —respondió aquella—. Vigila a vuestros ka-manitos.

—¿Por queeeeeé? —protestó Hedda. Había hecho de aquel gemido toda una ciencia. Uno de aquellos días lo alargaría más de la cuenta y su madre le propinaría un pescozón que la dejaría en el sitio.

—Porque sois los mayores —respondió.

—Pero...

—Ni una palabra más, Hedda Jaffords.

—Nosotros los vigilarémos, ma —intervino Heddon. Siempre tan solícito, su Heddon. Tal vez no tan listo como su hermana, pero la inteligencia no lo era todo. Ni mucho menos—. ¿Quieres que acabemos de tender la ropa?

—Heddonnnnn... —volvió a quejarse su hermana con aquel gimoteo tan irritante. Sin embargo, Zalia no tenía tiempo para ellos. Les echó un vistazo a los otros: Lyman y a Lia, que tenían cinco años; y Aaron, que tenía dos. Aaron estaba sentado desnudo en el suelo chocando alegremente dos piedras entre sí. Era una excepción, no tenía gemelo, y había que ver cómo la envidiaban las mujeres del pueblo por ello, porque Aaron siempre estaría a salvo. No obstante, los otros, Heddon y Hedda... Lyman y Lia...

De pronto cayó en la cuenta de lo que podía significar que Tian estuviera en casa a media mañana. Pidió a los dioses que no tuviera razón, pero cuando entró en la cocina y vio cómo contemplaba a los niños, sus temores se vieron casi confirmados.

—Dime que no se trata de los lobos —le pidió con voz desesperada y seca—. Dime que no.

—Sí —respondió Tian—. Treinta días, dice Andy... De luna a luna. Y ya sabes que Andy nunca...

Antes de que pudiera continuar, Zalia Jaffords se llevó las manos a las sienes y lanzó un alarido. En el patio, Hedda se levantó de un salto. Se hubiera puesto a correr de inmediato hacia la casa, pero Heddon la retuvo.

—No se llevarán a niños tan pequeños como Lyman y Lia, ¿verdad? —le preguntó—. A Hedda y a Heddon tal vez, pero a mis pequeñines no, ¿verdad? Por favor, ¡pero si aún les queda medio año para cumplir los seis!

—Los lobos se los han llevado de hasta tres años y lo sabes —repuso Tian. Abría y cerraba las manos, las abría y las cerraba. Aquella sensación en su interior seguía intensificándose, aquella sensación que era algo más que rabia.

Zalia lo miró mientras las lágrimas comenzaban a resbalar por sus mejillas.

—Tal vez ha llegado el momento de decir no —sugirió Tian con una voz que apenas reconoció como suya.

—¿Cómo? —preguntó en un susurro—. ¿Cómo vamos a hacerlo, por todos los dioses?

—No sé —contestó—. Ven aquí, mujer, haz el favor.

Se acercó a él, lanzó una última mirada por encima del hombro a sus cinco hijos en el patio trasero —como si quisiera asegurarse de que seguían allí, de que los lobos no se los habían llevado todavía— y cruzó la sala de estar. El abuelo estaba sentado en la silla del rincón, junto a una chimenea apagada, con la cabeza inclinada, dormitando, mientras un hilillo de baba le caía de la boca desdentada de labios retraídos.

El establo se veía desde la estancia. Tian acercó a su mujer a la ventana y apuntó en aquella dirección.

—Mira —dijo—. ¿Te das cuenta, mujer? ¿Los ves bien?

Por supuesto que los veía. La hermana de Tian, de dos metros de alto, se había bajado los tirantes del peto y los grandes pechos relucían a causa del agua del tonel con la que se los estaba refrescando. En el quicio de la puerta del establo estaba Zalman, el hermano de Zalia. Medía casi dos metros quince, grande como lord Perth, alto como Andy, y tan inexpresivo como la chica. Un joven fornido observando a una joven fornida con los pechos al aire de aquella manera bien podría haber lucido un bulto en los pantalones, pero no había ninguno en los de Zally. Ni lo habría nunca. Era arrunado.

Zalia se volvió hacia Tian. Se miraron, eran un hombre y una mujer no arrunados, aunque solo por pura suerte. Por lo que sabían, bien habría podido ser al revés y que Zal y Tia estuvieran allí mirando a Tian y Zalia en el establo, con un cuerpo descomunal y un cerebro reducido.

—Claro que los veo —le respondió—. ¿Es que te crees que estoy ciega?

—¿A veces no has deseado que fuera al revés? —le preguntó—. Al verlos así.

Zalia no respondió.

—No es justo, mujer. No es justo. Nunca lo ha sido.

—Pero desde tiempos inmemoriales...

—¡Cagüen los tiempos inmemoriales! —exclamó Tian—. ¡Son criaturas! ¡Nuestras criaturas!

—¿Y qué quieres, que los lobos arrasen el Calla hasta los cimientos? ¿Que nos corten el cuello a todos y que nos fríen los ojos? Porque ya ha pasado y tú lo sabes.

Lo sabía, de acuerdo. Sin embargo, ¿quién iba a poner las cosas en su sitio si no eran los hombres de Calla Bryn Sturgis? Las autoridades seguro que no, porque no las había; por aquellos andurriales no contaban con un sheriff, ni de alto rango ni de bajo. Estaban solos. Incluso mucho tiempo atrás, cuando las Baronías Interiores brillaban con luz propia por su orden, poca de aquella luz habrían visto por allí. Aquello era tierra fronteriza y la vida en aquellos parajes siempre había sido extraña. Y luego los lobos comenzaron a aparecer y la vida se enrareció aún más. ¿Cuándo había comenzado? ¿Cuántas generaciones atrás? Tian no lo sabía, pero creyó que «tiempos inmemoriales» era demasiado tiempo. Los lobos ya hacían incursiones en los poblados fronterizos cuando el abuelo era un niño, de eso no hay duda. De hecho, el hermano mellizo del abuelo había sido raptado mientras jugaban a las tabas sentados en la tierra. «Se le llevaron a él porque estaba más arrejuntao a la cañada —les había contado (muchas veces) el abuelo—. Si ese día salgo el primero de la casa, habría estao más cerca de la cañada y me se llevan a mí. ¡Dios es bueno!» A continuación besaba la cruz de madera que el Viejo Amigo le había dado, la alzaba al cielo y reía con socarronería.

Aunque el abuelo del abuelo le había contado que en sus tiempos —o sea, unas cinco o tal vez seis generaciones atrás si los cálculos de Tian eran correctos— no había lobos que bajaran de Tronido sobre caballos grises. Tian le había preguntado al anciano en una ocasión: «¿Y por aquel entonces todos los crios venían de dos en dos menos unos pocos? ¿Alguno de los ancianos de entonces lo comentó alguna vez?». El abuelo había rumiado la cuestión y luego había sacudido la cabeza. No, no recordaba que los ancianos se hubieran pronunciado sobre aquel respecto en

ningún sentido.

Zalia lo miraba angustiada.

—No estás en condiciones de cavilar esas cosas, pienso yo, no después de pasarte la mañana en ese pedregal.

—Mi estado de ánimo no va a cambiar dependiendo de cuándo vengan o de quién se lleven —respondió Tian.

—No irás a hacer una tontería, ¿verdad, T? Una tontería y menos tú solo.

—No —le aseguró.

Seguro. «Ya ha empezado a maquinarse algo», pensó Zalia, y se permitió un atisbo de esperanza. No había nada que Tian pudiera hacer contra los lobos —ni él ni nadie—, pero no era tonto. En un pueblo de granjeros en que la mayoría de los hombres no era capaz de pensar más allá de la plantación del siguiente surco (o de plantar el nabo los sábados por la noche), Tian era un bicho raro. Sabía escribir su nombre, sabía escribir palabras que decían «TE QUIERO, ZALLIE» (con lo que se la había ganado, aunque ella no supiera leerlas en la tierra); sabía sumar y también contar al revés, que decía que era más difícil. ¿Podría ser que...?

Parte de ella no quiso terminar el pensamiento. Pese a todo, cuando su corazón y mente maternal llegaron al rescate de Hedda y Heddon, de Lia y Lyman, parte de ella quiso mantener la esperanza.

—Entonces, ¿qué?

—Voy a convocar una reunión municipal. Enviaré la pluma.

—¿Acudirán?

—Cuando se enteren de la noticia, todo hombre en el Calla se apuntará. Lo discutiremos. Quizá esta vez estén dispuestos a luchar. Quizá estén dispuestos a luchar por los crios.

—Loco sesino —dijo una voz cascada y vieja a sus espaldas.

Tian y Zalia se volvieron cogidos de la mano para mirar al anciano. «Sesino» era una palabra dura, pero Tian consideró que el anciano los miraba (lo miraba) con dulzura.

—¿Por qué ha dicho eso, abuelo? —le preguntó.

—Los hombres irán palante a esa reunión que estás rumiando y quemarán la mitad de los sembraos cuando estén ajumaos —sentenció el anciano—. A los sobrios... —Sacudió la cabeza—. A esos no les harás mover ni un dedo.

—Creo que esta vez se equivoca, abuelo —repuso Tian, y Zalia sintió que un terror gélido le oprimía el corazón. Sin embargo, enterrada en su interior, a resguardo, se ocultaba aquella esperanza.

TRES

Se habrían producido menos rezongos si al menos les hubiera avisado con una noche de antelación como mínimo, pero aquello no entraba en los planes de Tian. No podían permitirse el lujo de perder ni siquiera una noche. Y cuando envió a Heddon y a Hedda con la pluma, todos acudieron. Sabía de antemano que lo harían.

La Sala de Reuniones Municipal del Calla se encontraba al final de la calle principal del pueblo, pasado el almacén de Took, en diagonal al Pabellón que, como siempre a finales de verano, estaba polvoriento y en penumbras. No faltaba demasiado para que las lugareñas comenzaran a decorarlo para la Siega, aunque en el Calla nunca se había celebrado demasiado la Noche de la Siega. Los niños siempre disfrutaban viendo cómo se arrojaban espantapájaros a la hoguera y los chavalines más avispados robaban todos los besos posibles a medida que se acercaba la noche, pero ahí se acababa todo. Las trivialidades y las fiestas podrían estar muy bien para el Mundo Medio y el Mundo Interior, pero no pertenecían a ninguno de los dos. Allí tenían cosas más importantes que las Ferias del Día de la Siega por las que preocuparse.

Cosas como los lobos.

Varios hombres —de las granjas prósperas del oeste y de los tres ranchos al sur— llegaron a caballo. Eisenhart, del Rocking B, incluso se trajo el rifle y unas bandoleras de munición cruzadas sobre el pecho. (Tian Jaffords dudaba de que las balas sirvieran para algo, o de que el viejo rifle las disparara aunque estuvieran en buen estado.) Una delegación de los mannis

apareció apiñada en una biga tirada por un par de mulas mutadas (una con tres ojos y la otra con un apéndice en carne viva que le asomaba por el lomo). La mayoría de los hombres del Calla llegaron a lomos de asnos y burros, luciendo sus pantalones blancos y sus largas y alegres camisas. Con los pulgares callosos tiraban de los barboquejos de los sombreros polvorientos para retirarlos hacia atrás a medida que entraban en la Sala de Reuniones, mirándose incómodos unos a otros. Los bancos eran de pino. Sin las mujeres y los arrunados, los hombres apenas ocupaban treinta de los noventa bancos. Algunos conversaban, pero no se oían risas.

Tian se dirigió al frente con la pluma en la mano, observando la puesta del sol en el horizonte a medida que los dorados iban adoptando un color parecido al rojo de la sangre contaminada. Cuando el sol se ocultó, volvió la vista hacia la calle principal. Estaba vacía salvo por tres o cuatro arrunados sentados en los escalones del almacén de Took. Todos eran enormes y no servían para nada más que para despedrar los campos. No vio a más hombres ni a ningún otro asno que se aproximara. Respiró hondo, dejó escapar el aire, volvió a respirar y alzó la vista hacia el crepúsculo.

—Jesús Hombre, no creo en ti —dijo—, pero si estás ahí, ayúdame. Demos gracias a Dios.

A continuación entró y cerró las puertas de la Sala de Reuniones con más fuerza de la necesaria. Cesó el murmullo. Ciento cuarenta hombres, casi todos ellos granjeros, lo siguieron con la mirada hasta el frente de la sala mientras las anchas perneras de sus pantalones blancos se agitaban al caminar y los botines repiqueteaban contra el suelo de madera noble. Había temido hallarse aterrorizado llegado el momento, incluso sin palabras. Era un granjero, no un titiritero ni un político: No obstante, pensó en sus hijos y cuando alzó la vista hacia los hombres, descubrió que no tenía miedo de encontrarse con sus miradas. La pluma en sus manos no tembló. Cuando habló, las palabras fluyeron con facilidad, con naturalidad y coherencia. Puede que no tuvieran el efecto que buscaba —el abuelo tendría razón en aquello—, pero los hombres parecían dispuestos a escucharlo.

—Todos sabéis quién soy —dijo con las manos aferradas al cañón rojizo de la vieja pluma—. Tian Jaffords, hijo de Luke, marido de Zalia Hoonik, eso. Tenemos cinco hijos, dos parejas de gemelos y uno único.

Se alzó un murmullo que con toda probabilidad concernía a la suerte que Tian y Zalia disfrutaban por tener a su Aaron. Tian esperó a que las voces se acallaran.

—He vivido en el Calla toda mi vida. He compartido vuestro khéf y vosotros el mío. Ahora os ruego que me atendáis, hacedme el favor.

—Decimos gracias, sai —murmuraron. No fue más que la respuesta protocolaria, sin embargo sirvió para alentar a Tian.

—Los lobos se aproximan —anunció—. Lo sé por Andy. Treinta días de luna a luna y los tendremos aquí. —Más murmullos. Tian percibió la consternación y la indignación, pero no la sorpresa. Cuando se trataba de propagar las noticias, Andy era en sumo eficiente—. Incluso aquellos de nosotros que sabemos escribir un poco casi no tenemos papel en que escribir —continuó Tian—, así que no puedo deciros con exactitud cuándo fue la última vez que estuvieron aquí. No existen registros, ya sabéis, solo el boca a boca. Sé que yo ya estaba bien crecido, así que hace más de veinte años...

—Veinticuatro —lo interrumpió una voz desde el fondo de la sala.

—No, veintitrés —rebatió otra voz cercana, al frente. Reuben Caverra se levantó. Era un hombre fondón con cara redonda y alegre. Sin embargo, la alegría había desaparecido de un rostro que solo desprendía angustia—. Se llevaron a Ruth, mi mana, atendedme, os lo ruego.

Un nuevo murmullo —apenas un suspiro vocalizado de aprobación— se alzó de entre los bancos de hombres apretujados en ellos. Podrían haberse sentado con mayor comodidad, más separados, pero habían optado por pegar hombro con hombro. Tian reconoció que, en ocasiones, la incomodidad te hacía sentir cómodo.

—Estábamos jugando bajo el pino grande del patio cuando llegaron. Después de aquello, cada año hago una marca en ese árbol. Incluso seguí haciéndolas cuando trajeron a mi mana de vuelta. Son veintitrés marcas y veintitrés años —sentenció Reuben, quien se sentó al acabar.

—Da igual que sean veintitrés como veinticuatro —prosiguió Tian—. Aquellos que erais críos cuando vinieron los lobos por última vez habéis crecido y tenéis vuestros propios críos. Este pueblo cultiva una cosecha muy apreciada por esos mal nacidos. Una cosecha de niños. —Hizo una pausa para darles la ocasión de pensar en la siguiente idea por ellos mismos antes de enunciarla en alto—. Si dejamos que vuelva a ocurrir —dijo al fin—, si dejamos que los lobos se lleven a nuestros hijos a Tronido y nos los devuelvan arrunados.

—¿Y qué coño podemos hacer? —gritó un hombre sentado en uno de los bancos del medio—. ¡No son humanos!

Ante aquella afirmación se levantó un cuchicheo general (y desalentado) de adhesión.

Uno de los mannis se levantó y se estrechó con fuerza su capa azul oscuro alrededor de sus hombros huesudos. Miró a su alrededor con ojos torvos. No parecían febriles; sin embargo, a Tian le parecieron a una larga legua de la cordura.

—Atendedme, os lo ruego —dijo.

—Decimos gracias, sai.

Fue una respuesta respetuosa, aunque con reservas. Ver a un manni en el pueblo no era habitual y allí había ocho, en grupo. Tian les agradecía su presencia. Si algo podía hacer manifiesta la trágica seriedad de aquella empresa, la presencia de los mannis era lo que necesitaba.

La puerta de la Sala de Reuniones se abrió y un hombre más se deslizó en su interior. Llevaba un largo abrigo negro y una cicatriz le cruzaba la frente. Nadie, ni siquiera Tian, se percató de su entrada pues todos estaban mirando al manni.

—Escuchad lo que dice el Libro de los mannis: «Cuando el Ángel de la Muerte sobrevoló El Gipto, mató al primogénito de todas aquellas casas cuyas jambas no estuvieran cubiertas por la sangre de un cordero sacrificado». Palabra del Libro.

—Alabado sea el Libro —contestaron los demás mannis.

—Tal vez deberíamos hacer lo mismo —prosiguió el portavoz de los mannis. El tono de su voz era calmado aunque una vena le palpitaba sin cesar en la frente—. Tal vez deberíamos convertir los siguientes treinta días en una fiesta jubilosa por los pequeños y luego dormirlos y dejar que su sangre corra sobre la tierra. Dejemos que los lobos se lleven sus cuerpos al este si ese es su deseo.

—Estás chalado —intervino Benito Cash, indignado y al mismo tiempo a punto de estallar en carcajadas—. Tú y todos los tuyos. ¡No vamos a matar a los críos!

—¿Los que vuelven no estarían mejor muertos? —repuso el manni—. ¡Cráneos enormes que no sirven para nada! ¡Caparazones vaciados!

—Ea, ¿y qué me dice de sus hermanos y hermanas? —preguntó Vaughn Eisenhart—. Porque los lobos solo se llevan a uno de cada dos, como todos bien sabéis.

Un segundo manni se levantó, tenía una barba blanca y sedosa que le caía sobre el pecho. El primero tomó asiento. El anciano, Henchick, miró a su alrededor y luego a Tian.

—Vos ostentáis la pluma, joven amigo, ¿se me permite hablar?

Tian asintió con la cabeza para que continuara. No era un mal inicio. Que le dieran todas las vueltas que quisieran al asunto. Confiaba en que al final convendrían en que solo tenían dos opciones: dejar como siempre que los lobos se llevaran a uno de cada pareja de niños que no hubieran llegado a la pubertad, o presentar batalla. Sin embargo, para llegar a aquella conclusión, primero tenían que comprender que cualquier otra alternativa era un callejón sin salida.

—Es una idea espeluznante, sea —dijo el anciano con calma, incluso con pesar—. Pero pensad en esto, sais: si los lobos vinieran y no encontraran niños, puede que nos dejaran en paz para siempre jamás.

—Ea, podría ser que sí —prorrumpió uno de los granjeros más pobres llamado Jorge Estrada—. Y podría ser que no. Manni sai, ¿de verdad matarías a todos los niños del pueblo por algo que solo «podría ser»?

Un enérgico rumor de adhesión recorrió la sala. Otro de los minifundistas, Garrett Strong, se puso en pie. Su rostro achatado rezumaba malhumor y agresividad. Llevaba los pulgares

colocados en el cinturón.

—Lo mejor sería que nos matáramos todos —sugirió—. Crios y adultos por igual.

El manni no pareció inmutarse por el comentario, como tampoco el resto de acompañantes de capa azul de su alrededor.

—Es una opción —contestó el anciano—. Si estáis dispuestos, podemos discutirlo. —Se sentó.

—Yo no —objetó Garrett Strong—. Sería como cortarse la maldita cabeza para no tener que afeitarse, atendedme, os lo ruego.

Se oyeron risas y algunos gritos de «Te atendemos muy bien». Garrett volvió a su asiento un poco menos tenso y acercó la cabeza a la de Vaughn Eisenhart. Uno de los rancheros, Diego Adams, trataba de oír lo que decían, con la mirada de ojos negros muy atenta.

Otro de los minifundistas, Bucky Javier, se levantó. Tenía unos ojillos vivos y azules en una cabeza pequeña que parecía ir inclinándose hacia atrás desde su barbita de chivo.

—¿Y si nos vamos una temporada? —propuso—. ¿Y si cogemos a nuestros hijos y nos volvemos al oeste? Tal vez hasta el ramal occidental de Río Grande.

Hubo un momento de profundo y reflexivo silencio ante la audaz propuesta. El afluyente occidental del Whye casi llegaba hasta el Mundo Medio donde, según Andy, hacía poco había aparecido un gran palacio de cristal verde que, hacía incluso menos tiempo, había vuelto a desaparecer. Tian estaba a punto de responder cuando Eben Took, el tendero, lo hizo por él. Tian se sintió aliviado; tenía la esperanza de seguir callado todo el tiempo posible. Cuando hubieran terminado de hablar, él les diría lo que quedaba por hacer.

—¿Estáis locos? —preguntó Eben—. Los lobos vendrán, verán que nos hemos ido y lo arrasarán todo: granjas y ranchos, cosechas y almacenes, raíces y ramas. ¿Qué quedará cuando volvamos?

—¿Y si vienen a por nosotros? —lo secundó Jorge Estrada—. ¿Acaso creéis que a esos lobos les iba a resultar muy difícil seguirnos? ¡Nos lo quemarían todo, como dice Took, nos seguirían el rastro y acabarían llevándose a nuestros críos de todos modos!

Aquello recibió un asentimiento aún más enérgico: el taconeo de los botines estampados contra las tablas de pino del suelo. Y algunos gritos de «¡Atendedle, atendedle!».

—Además —añadió Neil Faraday, levantándose y sujetando su ancho y mugriento sombrero frente a él—, nunca se llevan a todos nuestros hijos.

El tono acomplejado, como si llamara a la cordura general, con el que habló irritó sobremanera a Tian. Aquel era el consejo que más temía. El infalible falso llamamiento a la razón.

Uno de los mannis, uno de los jóvenes sin barba, profirió una risa desdeñosa y seca.

—Vaya, ¡uno de cada dos sano y salvo! Y se supone que es justo, ¿no? ¡Que Dios os bendiga!

Hubiera continuado, pero Henchick cerró una de sus manos agarrotadas sobre el brazo del joven. El joven no dijo nada más, aunque tampoco bajó la cabeza en señal de sumisión. Sus ojos desprendían chispas sobre la fina línea blanca que formaban sus labios.

—No estoy diciendo que sea justo —se defendió Neil. Había comenzado a darle vueltas al sombrero hasta marear a Tian—. Pero tenemos que hacer frente a la realidad, ¿no? Ea. No se los llevan a todos. A ver, mi hija, Georgina, es tan despierta y avispada...

—Ea, y tu hijo George es un pasmarote cabeza hueca —lo interrumpió Ben Slightman. Slightman era el capataz de Eisenhart y se le agotaba pronto la mecha con los majaderos. Se quitó las gafas, las limpió con un pañuelo y se las volvió a colocar—. Lo he visto sentado en los escalones de Took cuando me acercaba hasta aquí. Lo he visto muy bien. A él y a otros cuantos igual de descerebrados que él.

—Pero...

—Ya lo sé —Slightman no le dejó continuar—. Es una decisión complicada. Tal vez tener unos cuantos cabezas huecas sea mejor que tener a todos muertos. —Se detuvo unos instantes—. O que se los lleven a todos en vez de solo a la mitad.

Se oyeron gritos de «Atendedle» y «Decimos gracias» mientras Ben Slightman se sentaba.

—Siempre nos dejan a suficientes para poder seguir adelante, ¿no? —preguntó un minifundista cuyas tierras caían al oeste de las de Tian, cerca del lindar del Calla. Se llamaba Louis Haycox y hablaba con un tono de voz reflexivo y cortante. Bajo el bigote, los labios se curvaron en una sonrisa que no inspiraba demasiada diversión—. No vamos a matar a nuestros hijos —sentenció, mirando a los mannis—. Que la gracia de Dios esté con vos, caballeros, pero creo que ni siquiera ustedes serían capaces de hacerlo cuando llegara el día del sacrificio. Al menos no todos. No podemos hacer el equipaje e irnos al oeste, o en cualquier otra dirección, porque dejamos atrás las granjas. Nos las arrasarán, de eso no hay duda, e irán tras los niños de todos modos. Los necesitan, solo los dioses saben para qué.

«Siempre es lo mismo. La mayoría de nosotros somos granjeros. Recios cuando nuestras manos entran en contacto con la tierra, débiles cuando no es así. Tengo dos crios de cuatro años y los quiero a ambos. Odiaría tener que perder a cualquiera de los dos, pero entregaría a uno para conservar al otro. Y la granja. —Unos murmullos de adhesión apoyaron aquellas palabras—. ¿Qué otra alternativa nos queda? Lo que yo digo es que hacer enfadar a los lobos sería uno de los peores errores que podríamos cometer. Salvo, claro está, que pudiéramos hacerles frente. Si eso fuere posible, lo haría, pero no veo cómo.

Tian sintió que se le encogía el corazón con cada palabra de Haycox. ¿Cuánta determinación le había robado aquel hombre? ¡Por Jesús Hombre y todos los dioses!

Wayne Overholser se puso en pie. Era el granjero con mayores rentas de Calla Bryn Sturgis y lucía una amplia y protuberante panza que lo corroboraba.

—Atendedme, os lo ruego.

—Decimos gracias, sai —murmuraron.

—Os diré lo que vamos a hacer —dijo, mirando a su alrededor—. Lo que siempre hemos hecho, eso es lo que vamos a hacer. ¿Alguno de vosotros desea hablar de hacer frente a los lobos? ¿Alguno de vosotros está tan perturbado? ¿Con qué? ¿Con bieldos y piedras? ¿Con unos cuantos arcos y bas? ¿Tal vez con cuatro armas de bajo calibre y oxidadas como esa? —Señaló con el pulgar el rifle de Eisenhart.

—Cuidadito con hacer broma con mi hierro, hijo —le advirtió Eisenhart, aunque con una sonrisa socarrona.

—Vendrán y se llevarán a nuestros hijos —prosiguió Overholser, mirando en derredor—. A algunos de ellos. Luego nos volverán a dejar en paz durante una generación o más. Así es, así ha sido siempre, y yo digo que lo dejemos como está. —Aquel comentario levantó cierto tumulto contrario a sus palabras, pero Overholser esperó a que acallara—. Veintitres o veinticuatro años, no importa —continuó cuando guardaron silencio—. De todos modos es mucho tiempo, mucho tiempo de paz. Puede que hayáis olvidado unas cuantas cosas, amigos. Una es que los niños son como cualquier cosecha, Dios siempre envía más. Sé que suena duro, pero así hemos vivido siempre y así es como hemos de seguir haciéndolo.

Tian no esperó a las respuestas de rigor. Si continuaban por aquellos derroteros, perdería cualquier esperanza de convencerlos. Alzó la pluma de opopánax.

—¡Oíd mis palabras! ¡Atendedme, os lo ruego!

—Decimos gracias, sai —respondieron. Overholser miraba a Tian con recelo.

«Y haces bien en mirarme así —pensó el granjero—, porque ya estoy harto de tanto sentido común de cobardes, ya lo creo que sí.»

—Wayne Overholser es un hombre inteligente y próspero —comenzó Tian—, razón por la que odio tener que rebatir sus palabras. Y por otra más: porque por la edad que tiene podría ser mi viejo.

—Cuidado no vaya a serlo —gritó Rossiter, el único peón de Garrett Strong, a lo que siguió una carcajada general. Incluso Overholser sonrió la gracia.

—Hijo, si de verdad odias tener que rebatir mis palabras, no lo hagas —respondió Overholser. Continuaba sonriendo, pero sin despegar los labios.

—Sin embargo, tengo que hacerlo —repuso Tian. Comenzó a caminar de un lado a otro

frente a los bancos de la primera fila. En sus manos, la carúncula de color rojo óxido de la pluma de opopánax se balanceaba. Tian alzó la voz ligeramente para que comprendieran que ya no estaba hablando solo para el granjero—. Tengo que hacerlo precisamente porque por la edad que tiene sai Overholser podría ser mi viejo. Sus hijos están crecidos, ¿sabéis?, y si no me equivoco solo tiene dos, un chico y una chica. —Hizo una pausa y, a continuación, dio el golpe de gracia—: Que se llevan dos años de diferencia.

En otras palabras, que ninguno de los hijos tenía un mellizo, así que ambos estaban a salvo de los lobos; aunque no hizo falta decirlo en alto. Los asistentes murmuraron. El rostro de Overholser adoptó un brillante carmesí que no presagiaba nada bueno.

—¿Cómo te atreves a decir algo tan mezquino? ¡Mi prole no tiene nada que ver con esto, sean gemelos o no! Dame esa pluma, Jaffords. Tengo algo más que decir.

No obstante, las botas comenzaron a golpear las tablas del suelo, al principio despacio, luego acelerando el ritmo hasta que retumbaron como si cayera granizo. Overholser miró enojado en derredor tan congestionado que casi estaba morado.

—¡Tengo que hablar! —aulló—. ¿Vais a atenderme? Os lo ruego.

Gritos de «No, no», «Ahora no», «Jaffords tiene la pluma» y «Siéntate y atiende» se entonaron en respuesta. Tian se dio cuenta de que sai Overholser comenzaba a percibir —a buenas horas— que, como siempre, existía cierto resentimiento oculto hacia el vecino más próspero y acaudalado del pueblo. Puede que los menos afortunados o los menos espabilados (la mayoría de las veces se trataba de los mismos) se quitaran el sombrero cuando los ricos pasaban en sus bigas o en sus carruajes; puede que sacrificaran un cerdo o una vaca y los enviaran para dar las gracias cuando los acaudalados prestaban sus peones para ayudar a levantar una casa o un granero, puede que alabaran a los adinerados en la Reunión de Fin de Año por su contribución en la compra del piano que descansaba en el pabellón de la música. Pese a ello, los hombres de Calla estampaban sus botines para ahogar las palabras de Overholser con vehemente satisfacción.

Overholser, quien no estaba acostumbrado a que lo ningunearan de aquella manera —en realidad estaba estupefacto—, volvió a intentarlo.

—¡Tengo que tener la pluma, os lo ruego!

—No —respondió Tian—. Más adelante, si a bien tiene, pero no ahora.

La mayoría procedente de los minifundistas y algunos de sus peones recibieron aquello con patente regocijo. Los mannis no se unieron al júbilo general. Estaban tan apretujados unos a otros que parecían un borrón de tinta azul en medio de la sala. Y visiblemente desconcertados por aquel cambio de rumbo. Vaughn Eisenhart y Diego Adams, mientras tanto, se acercaron a Overholser y le hablaron al oído.

«Tienes una oportunidad —pensó Tian—. Será mejor que la aproveches.»

Alzó la pluma y todos guardaron silencio.

—Todo el mundo tendrá la oportunidad de hablar —aseguró—. En cuanto a mí, lo que digo es que no podemos seguir así, agachando la cabeza y de brazos cruzados mientras los lobos vienen y se llevan a nuestros hijos. Ellos...

—Ellos siempre los devuelven —intervino un peón llamado Farren Posella con timidez.

—¡Devuelven cascarones! —gritó Tian, y se oyeron algunos gritos a coro de «Atendedle». Sin embargo, Tian juzgó que no suficientes. Ni de lejos suficientes. Todavía no. Volvió a bajar la voz. No quería arengarlos. Overholser lo había intentado y no había llegado a ninguna parte, a pesar de sus cuatrocientas hectáreas de terreno—. Nos devuelven cascarones. ¿Y nosotros qué? ¿Qué nos está haciendo esto a nosotros? Algunos dirán que nada, que los lobos siempre han formado parte de la vida en Calla Bryn Sturgis, como un ciclón o un terremoto ocasionales. Pero no es cierto, como mucho hace seis generaciones que se presentan, y el Calla lleva aquí más de mil años.

El anciano manni de hombros huesudos y mirada siniestra se medio incorporó.

—Dice la verdad, yentes. Aquí había granjeros, y entre ellos algunos mannis, cuando la oscuridad todavía no había llegado a Tronido, y los lobos mucho menos.

Recibieron aquellas palabras con miradas de asombro. Por lo visto, su sobrecogimiento satisfizo al anciano, quien asintió y volvió a tomar asiento.

—De modo que echando la vista atrás —prosiguió Tian—, los lobos son una novedad. Han aparecido seis veces en unos ciento veinte o ciento cuarenta años. ¿Quién sabe? Porque, como os consta, el tiempo ha comenzado a trastocarse de alguna manera. —Se oyó un murmullo grave. Varias personas asintieron con la cabeza—. En cualquier caso, una vez en cada generación —continuó Tian. Era consciente de que se estaba forjando un contingente hostil en torno a Overholser, Eisenhart y Adams. Ben Slightman podía estar o no a su favor... probablemente lo estaba. No convencería a aquellos hombres aunque hubiera sido agraciado con el don de la persuasión. Bueno, tal vez pudiera conseguirlo sin ellos si conseguía convencer al resto—. Aparecen una vez en cada generación y ¿cuántos niños se llevan? ¿Tres docenas? ¿Cuatro?

»Puede que sai Overholser no tenga crios en estos momentos, pero yo sí, y no solo un par de gemelos, sino dos. Heddon y Hedda, Lyman y Lia. Los quiero a todos por igual, pero en los días de un mes, dos de ellos me serán arrebatados. Y cuando esos dos vuelvan, estarán arruinados. Sea cual sea la llama que alimenta el alma de ser humano, se habrá apagado. —De nuevo se propagaron varios «Atendedle, atendedle» por la sala en un suspiro—. ¿Cuántos de vosotros tenéis gemelos sin más pelo que el que les crece en la cabeza? —preguntó Tian—. ¡Levantad vuestras manos!

Seis hombres las alzaron. Luego fueron ocho, después una docena. Cada vez que Tian empezaba a creer que todo había acabado, una nueva mano reticente se alzaba. Al final contó veintidós y, claro, no todos los que tenían hijos estaban allí. Comprobó que a Overholser tener que contar tantas manos le producía dolor de cabeza. Diego Adams tenía la suya alzada y a Tian le complació ver que se había apartado un poco de Overholser, Eisenhart y Slightman. Tres mannis habían levantado sus manos. También Jorge Estrada, Louis Haycox y muchos otros que conocía, lo que no era de extrañar porque conocía casi a todo el mundo. Seguramente los conocía a todos salvo unos cuantos trotamundos que trabajaban en granjas pequeñas a cambio de un sueldo paupérrimo y un plato de comida caliente.

—Cada vez que vienen y se llevan a nuestros hijos, se llevan parte de nuestra alma y corazón —sentenció Tian.

—Venga ya, hijo —intervino Eisenhart—. Eso ya es pasarse una miaja con...

—Silencio, ranchero —ordenó una voz cuyo dueño era el hombre que había llegado tarde, el de la cicatriz en la frente. La rabia y el desprecio que acompañaba a aquella voz resultó desconcertante—. Tiene la pluma, dejemos que diga todo lo que tenga que decir.

Eisenhart se dio media vuelta para anotar quién le había hablado de aquella manera. Lo vio y no respondió. Tian tampoco se sorprendió.

—Gracias, padre —dijo Tian sin alterarse—. Ya casi he terminado. No dejo de pensar en los árboles. Arráncale las hojas a un árbol fuerte y seguirá viviendo. Graba un millar de nombres en su corteza y esta se regenerará. Extráele incluso duramen y sobrevivirá. Pero si les extraes duramen una y otra vez, llegará el día en que hasta el más fuerte de los árboles morirá. Lo he visto en mi granja y es descorazonador. Se mueren desde dentro. Lo ves en las hojas cuando se vuelven amarillas, desde el tronco hasta la punta de las ramas. Y eso es lo que los lobos le están haciendo a nuestro pequeño pueblo. Lo que le están haciendo a nuestro Calla.

—¡Atendedle! —gritó Freddy Rosario de la granja colindante— ¡Atendedle con atención! —Freddy tenía gemelos, aunque todavía les daban el pecho y, por tanto, seguramente estaban a salvo.

Tian prosiguió.

—Decís que si nos enfrentamos a ellos y luchamos, nos matarán y arrasarán el Calla de punta a punta.

—Sí —asintió Overholser—. Eso es lo que digo. Y no soy el único. —En su derredor se alzaron voces de aprobación.

—¡Sin embargo, cada vez que nos limitamos a no hacer nada con la cabeza gacha y las manos vacías mientras los lobos se llevan lo que nos es máspreciado que cualquier cosecha, casa

o granero, extraen un poco más de duramen del árbol que es este pueblo! —expuso Tian con rotundidad, manteniéndose firme con la pluma alzada en una mano—. ¡Si no les hacemos frente pronto, de todas formas acabaremos muertos! ¡Esto es lo que yo digo, Tian Jaffords, hijo de Luke! ¡Si no les hacemos frente pronto, nosotros seremos los arrunados!

Se oyeron gritos de «¡Atendedle!». Estruendo de botines estampados contra el suelo. Incluso algún que otro aplauso.

George Telford, otro ranchero, les susurró algo brevemente a Eisenhart y Overholser, quienes escucharon y asintieron. Telford se levantó; un hombre canoso, moreno y atractivo, de aspecto curtido que parece agrandar a las mujeres.

—¿Ya has dicho lo que tenías que decir, hijo? —le preguntó con amabilidad, como si le estuviera preguntando a un niño si ya ha jugado suficiente por aquella tarde y fuera el momento de echar la siesta.

—Ea, eso creo —contestó Tian. De súbito se sintió abatido. El rancho de Telford no era rival alguno para Vaughn Eisenhart, pero el hombre tenía un pico de oro. Tian presintió que, después de todo, iba a perder.

—Entonces, ¿podrías pasarme la pluma?

Tian consideró retenerla en su poder, aunque ¿para qué? Había hecho lo que había podido. Lo había intentado. Tal vez Zalia y él deberían hacer las maletas, coger a los niños y emigrar al oeste, de vuelta a los Medios. De luna a luna y antes de que los lobos llegaran, según Andy. En treinta días, cualquiera podría sacarle una gran ventaja a los problemas. Le pasó la pluma.

—Todos apreciamos la pasión del joven Jaffords y, sin duda, nadie pone en duda su valentía —comenzó George Telford. Hablaba con la pluma apoyada contra la parte izquierda del pecho, sobre el corazón. Sus ojos recorrieron la multitud, como si desearan encontrarse con la mirada (amistosa) de todos los allí presentes—. Sin embargo, tenemos que pensar tanto en los crios que se quedan como en los que se llevan, ¿no? De hecho, tenemos que proteger a todos los crios, sean mellizos, trillizos o únicos como el Aaron de sai Jaffords. —Telford se volvió hacia Tian—. ¿Qué le dirás a tus hijos cuando los lobos le disparen a su madre y tal vez le prendan fuego a su abuelo con una de sus varas de luz? ¿Qué vas a decirles para acallar el sonido de esos chillidos? ¿Para endulzar el olor a piel y cosechas quemadas? ¿Que estamos salvando sus almas? ¿O el duramen de un árbol imaginario?

Hizo una pausa para darle la oportunidad de réplica a Tian, pero Tian no contaba con réplica alguna. Casi los había convencido... pero no había contado con Telford; con la voz taimada del hijo de puta de Telford, quien también había superado la edad para que pudiera preocuparle que los lobos aparecieran en su patio sobre sus caballos grises.

Telford asintió como si el silencio de Tian fuera exactamente lo que había esperado y se volvió hacia los bancos.

—Cuando vengan los lobos —prosiguió—, vendrán con armas que arrojarán fuego, las varas de luz, os consta, pistolas y esas cosas metálicas que vuelan. Ya no recuerdo cómo se llamaban esos...

—Los zumbones —dijo alguien.

—Las sneetches —apuntó alguien más.

—¡Furtivas! —añadió un tercero.

Telford sonreía y asentía con suavidad. Un maestro con alumnos obedientes.

—Sean lo que sean, vuelan, buscan su objetivo y cuando lo localizan, despliegan unas hojas giratorias tan afiladas como cuchillas. Pueden seccionar a un hombre de pies a cabeza en cuestión de cinco segundos y dejar nada más que un círculo de sangre y pelo. Ya podéis creerme, porque lo he visto con mis propios ojos.

—¡Atendedle, atendedle bien! —gritaron los hombres en sus bancos, con ojos desorbitados.

—Los mismos lobos son aterradores —prosiguió Telford, pasando con arteria de una historia de campamento a otra—. Tienen algo de apariencia humana, pero no son hombres, son más grandes y temibles. Y aquellos a los que sirven en el lejano Tronido son mucho más espeluznantes. Vampiros, por lo que he oído. Hombres con cabeza de pájaro y otros animales, tal

vez. Zombis mercenarios errantes. Guerreros del Ojo Escarlata.

Los hombres hablaron entre dientes. Incluso Tian sintió un frío correteo de garras de rata por la espalda ante la mención del Ojo.

—A los lobos los he visto yo; lo demás, me lo han contado —continuó Telford—. Y aunque no me lo creo todo, sí gran parte. No obstante, olvidemos Tronido y lo que pueda cobijar. Volvamos a los lobos. Los lobos son nuestro problema, y ¡vaya problema! ¡Especialmente cuando vienen armados hasta los dientes! —Agitó la cabeza, sonriendo con tristeza—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Tirarlos de sus enormes caballos con azadones, sai Jaffords? ¿Eso crees? —Unas risas desdeñosas festejaron el comentario—. No contamos con armas para hacerles frente —aseguró Telford. Su tono se tornó cortante y serio, el de un hombre que estaba poniendo el punto final—. Y aunque las tuviéramos, somos granjeros, rancheros y ganaderos, no pistoleros. Nosotros...

—Deja ya de hablar como un cobarde, Telford. Deberías avergonzarte de ti mismo.

Exclamaciones de sorpresa acogieron aquella gélida declaración. Se oyeron los crujidos de espalda y cuello de los hombres que se volvían para ver quién había hablado. Lentamente, como para cumplir sus deseos, el hombre de cabello cano con el largo abrigo negro y el cuello vuelto que había llegado tarde se levantó del banco al final de la sala. La cicatriz de la frente —en forma de cruz— refulgió bajo la luz de las lámparas de queroseno.

Era el Viejo Amigo.

Telford recobró la compostura con relativa rapidez, pero cuando habló, Tian pensó que seguía pareciendo consternado.

—Ruego me disculpe, padre Callahan, pero tengo la pluma...

—¡Al diablo con tu pluma pagana y al diablo con tus consejos de cobarde! —espetó el padre Callahan. Se dirigió hacia el pasillo central con el deprimente caminar de un artrítico. No era tan mayor como el anciano manni, ni siquiera rondaba la edad del abuelo de Tian (quien defendía ser la persona más vieja no tan solo del lugar, sino desde Calla Lockwood hasta el sur), y aun así parecía mayor que ambos. Más viejo que Matusalén. Algo a lo que en parte contribuían los angustiados ojos que contemplaban el mundo por debajo de la cicatriz de la frente (Zalia aseguraba que se la había infligido él mismo). Aunque en gran parte se debía a su voz. A pesar de llevar allí suficientes años como para haber levantado la extraña iglesia de Jesús Hombre y de haber convertido a medio Calla a su fe, ni siquiera a un extraño se le hubiera convencido de que el padre Callahan era de allí. Su extranjería radicaba en su forma de hablar, nasal y neutra, y en el argot extraño que utilizaba («argot callejero», lo llamaba). Sin duda procedía de uno de esos otros mundos de los que los mannis no dejaban de parlotear, aunque él nunca hablaba de aquello; Calla Bryn Sturgis se había convertido en su hogar. Infundía el tipo de autoridad tosca e incuestionable que hacía difícil discutir su derecho a la réplica, con o sin la pluma.

Puede que fuera más joven que el abuelo de Tian, pero el padre Callahan seguía siendo el Viejo Amigo.

CUATRO

Miró a los hombres de Calla Bryn Sturgis, sin detenerse en George Telford, en cuya mano se combó la pluma. Telford se sentó en el primer banco, sin soltarla.

Callahan comenzó con una expresión de su argot, pero eran granjeros y nadie necesitó una aclaración.

—Esto está lleno de gallinas.

Intensificó la mirada que muchos no le devolvieron. Al poco, incluso Eisenhart y

Adams bajaron la vista. Overholser mantuvo la cabeza en alto, pero bajo la implacable mirada del Viejo Amigo, el ranchero parecía petulante antes que desafiante.

—Gallinas —repitió el hombre del abrigo negro y el cuello vuelto, pronunciando con cuidado cada sílaba. Una pequeña cruz dorada brillaba bajo el cuello camisero. En la frente, la otra cruz, la que Zalia creía que él mismo se había grabado en su carne con la uña del pulgar como penitencia parcial por algún pecado inconfesable, relucía bajo las lámparas como un tatuaje.

—Este joven no pertenece a mi rebaño, pero tiene razón y creo que todos lo saben. Se lo dice el corazón. Incluso usted, señor Overholser. ¡Y usted, George Telford!

—¿Yo qué voy a saber? —contestó Telford, aunque con un hilo de voz desposeído de su anterior encanto persuasivo.

—«Os crecerá la nariz de tanto mentir», es lo que mi madre os hubiera dicho. —Callahan le dirigió una débil sonrisa a Telford de la que Tian no hubiera deseado ser el receptor. Justo entonces, Callahan se volvió hacia él—. Nunca he oído plantear la cuestión tan bien como lo has hecho esta noche, muchacho. Te digo gracias, sai.

Tian alzó una mano con gesto vacilante y consiguió esbozar una sonrisa aún más tensa. Se sentía como un personaje de teatrillo salvado en última instancia por algún tipo de intervención sobrenatural inverosímil.

—Sé una miaja lo que es la cobardía, si a bien tienes —prosiguió Callahan, volviéndose hacia los hombres de los bancos. Alzó la mano derecha, deforme y contraída a causa de una antigua quemadura, fijó la vista en ella y luego la volvió a bajar—. Podría decirse que tengo cierta experiencia personal. Sé que una decisión cobarde lleva a otra...y a otra...y a otra... así hasta que es demasiado tarde para echarse atrás, para cambiar. Señor Telford, le aseguro que el árbol del que el joven señor Jaffords ha hablado no es una fantasía. El Calla se encuentra en grave peligro. Sus almas están en peligro.

—Salve María, llena eres de gracia —saltó alguien a la izquierda de la sala—, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Je...

—¡Quita, hombre! —espetó Callahan—. Guárdatelo para el domingo. —Sus ojos, destellos azules en sus cuencas hundidas, estudiaron a los presentes—. Por esta olvidémonos de Dios, de María y de Jesús Hombre. Olvidémonos de las varas de luz o de los zumbadores de los lobos. Tenéis que luchar. ¿Sois o no sois los hombres del Calla? Entonces comportaos como hombres. Dejad de actuar como perros que se arrastran sobre sus barrigas para lamer las botas de un amo cruel.

Overholser se puso muy rojo y comenzó a levantarse. Diego Adams le cogió del brazo y le susurró algo al oído. Por unos instantes, Overholser se quedó como estaba, paralizado, como en cuclillas, y luego volvió a sentarse. Adams se incorporó.

—Suenan bien, *padrone* —dijo Adams con su marcado acento—. Suenan soberbio. Sin embargo, todavía quedarían unas cuantas cuestiones. Haycox ya expuso una: ¿cómo nosotros, que no somos más que rancheros y granjeros, vamos a hacer frente a esos sicarios armados?

—Contratando a nuestros propios sicarios armados —contestó Callahan.

Un silencio profundo y estupefacto reinó durante unos segundos en la sala. Fue como si el Viejo Amigo hubiera hablado en otro idioma. Al final, Diego Adams reaccionó.

—No comprendo —musitó con cautela.

—Claro que no —repuso el Viejo Amigo—, así que escucha y calla. Ranchero Adams y todos vosotros, escuchad y callad. Por el Camino del Haz, a poco menos de seis días de camino a caballo hacia el noroeste y en dirección sudeste, se acercan tres pistoleros y un bisoño. —Sonrió ante el desconcierto general. A continuación, se volvió hacia Slightman—. El bisoño no es mayor que tu chico Ben, pero ya es más rápido que una serpiente y tan certero como un escorpión. Los otros son, con mucho, más rápidos y certeros. Lo sé por Andy, que los ha visto. ¿Queréis calibres de peso? Pues los tenéis a mano. De eso doy fe con mi sello.

Aquella vez Overholser llegó a ponerse en pie. El rostro le ardía como si tuviera fiebre. El enorme barril que tenía por barriga temblaba.

—¿Qué tipo de cuento para niños es este? —preguntó—. Si tales hombres existieron alguna vez, se extinguieron con Gilead. Y Gilead no es más que polvo arrastrado por el viento desde hace miles de años.

No hubo murmullos de apoyo ni de polémica. No hubo murmullos de ningún tipo. Los allí reunidos seguían paralizados, ensimismados en la reverberación de aquella palabra mítica: pistoleros.

—Está equivocado —repuso Callahan—, pero no vale la pena discutirlo. Podemos ir y verlo

con nuestros propios ojos. Creo que una pequeña partida será suficiente. Jaffords... yo mismo... y ¿qué me dice de usted, Overholser? ¿Quiere venir?

—¡Los pistoleros no existen! —bramó Overholser.

A sus espaldas, Jorge Estrada se levantó.

—Padre Callahan, la gracia de Dios sea con usted...

—Y contigo, Jorge.

—... pero aunque los pistoleros existieran, ¿cómo van a hacer frente tres a cuarenta o sesenta? Y no hablamos de cuarenta o sesenta hombres normales, sino cuarenta o sesenta lobos.

—¡Atendedle, habla con sensatez! —exclamó Eben Took, el tendero.

—¿Y por qué iban a luchar por nosotros? —añadió Estrada—. Vamos tirando de año en año, pero a duras penas. ¿Qué podríamos ofrecerles aparte de un plato caliente? ¿Y qué hombre está dispuesto a morir por un plato?

—¡Atendedle, atendedle! —gritaron Telford, Overholser y Eisenhart al unísono. Otros estamparon los pies contra el suelo rítmicamente.

El Viejo Amigo esperó hasta que el estruendo hubiera cesado.

—En la rectoría tengo algunos libros. Una media docena —anunció.

Aunque la mayoría de ellos ya lo sabía, pensar en libros —en todo aquel papel— aún estimuló un suspiro general de admiración.

—Según uno de ellos, a los pistoleros se les prohibía pedir una recompensa. Supuestamente porque descienden de la estirpe de Arthur Eld.

—¡El Eld! ¡El Eld! —susurraron los mannis y varios de ellos alzaron los puños al aire con el meñique y el índice extendidos. «Hay que coger el toro por los cuernos, como dicen en Texas», pensó el Viejo Amigo. Consiguió reprimir una carcajada, pero no la sonrisa que brotó en sus labios.

—¿Está hablando de perdonavidas que deambulan por la tierra haciendo buenas obras? —preguntó Telford con voz suave y burlona—. Ya es usted muy mayor para esos cuentos, padre.

—Perdonavidas, no —respondió Callahan con paciencia—. Pistoleros.

—¿Cómo van a enfrentarse tres hombres a los lobos, padre? —se oyó preguntar Tian a sí mismo.

Según Andy, uno de los pistoleros en realidad era una mujer, pero Callahan no quiso remover más las aguas (aunque una parte bribonzuela de él lo deseaba con igual intensidad).

—Esa es una pregunta para su dinh, Tian. Ya se lo preguntaremos. Y sabed que no lucharán solo por un plato caliente. No señor.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó Bucky Javier.

Callahan pensaba que anhelarían aquello que descansaba bajo las tablas de su iglesia. Y era bueno, porque había despertado. El Viejo Amigo, quien una vez, en otro mundo, había huido de un pueblo llamado Jerusalem's Lot, quería deshacerse de aquello. Si no lo hacía pronto, lo mataría.

Ka había llegado a Calla Bryn Sturgis. Ka es como un viento.

—A su tiempo, señor Javier —respondió Callahan—. Todo a su debido tiempo, sai.

Mientras tanto, un susurro se había iniciado en la Sala de Reuniones que se propagaba entre los bancos de boca en boca, una brisa de esperanza y temor.

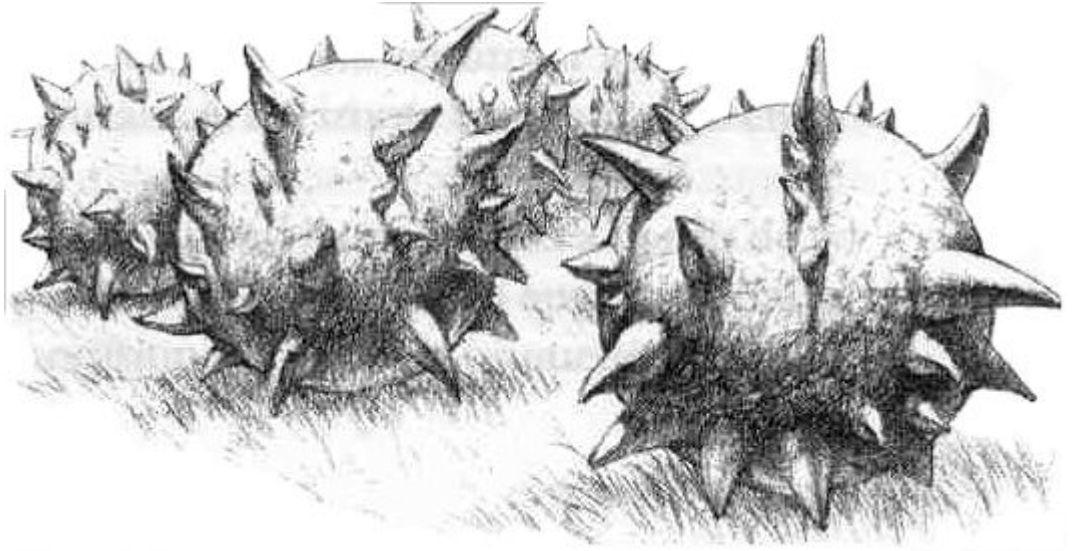
«Pistoleros.»

«Pistoleros hacia el oeste, venidos del Mundo Medio.»

Y era cierto, que Dios les ayudara. Los últimos descendientes de Arthur Eld se acercaban a Calla Bryn Sturgis por el Camino del Haz. Ka es como un viento.

—Ha llegado el momento de comportarnos como hombres —dijo el padre Callahan. Bajo la cicatriz de la frente, sus ojos ardían como lámparas. Sin embargo, su tono no estaba falto de piedad—. Ha llegado el momento de ponerse en pie, caballeros. El momento de resistir y ser consecuentes.

PRIMERA PARTE
EXOTRANSITO



I
EL ROSTRO EN EL AGUA

UNO

«El tiempo es un rostro en el agua» era un proverbio de antaño, de la lejana Mejis. Eddie Dean nunca había estado allí.

Aunque, en cierto modo, sí que había estado. Una noche, Roland había transportado a Mejis a sus cuatro compañeros —Eddie, Susannah, Jake y Acho— a través de su relato mientras acampaban en la I-70, la autopista de peaje de Kansas de un Kansas que nunca existió. Aquella noche les había contado la historia de Susan Delgado, su primer amor —tal vez el único— y de cómo la había perdido.

Puede que el proverbio fuera cierto cuando Roland era solo un niño no mucho mayor que Jake Chambers; no obstante, Eddie creía que en aquellos momentos lo era aún más, puesto que al mundo se le estaba acabando la cuerda como al muelle real de un reloj antiguo. Roland les había confesado que, en el Mundo Medio, ya ni siquiera se podía confiar en algo tan vital como los puntos cardinales de la brújula; lo que hoy estaba justo al oeste, al día siguiente podía encontrarse al sudoeste, por muy disparatado que pudiera parecer. Y el tiempo había comenzado a trastocarse del mismo modo. Eddie hubiera jurado que había días de cuarenta horas, algunos seguidos de noches (como aquella en que Roland los había transportado a Mejis) que parecían incluso más largas. Y tardes en las que uno creía ver brotar la oscuridad al tiempo que la noche cruzaba el horizonte como un rayo en su busca.

Habían dejado atrás una ciudad llamada Lud a bordo de (y abordados por) Blaine el Mono. «Blaine es un engorro», había afirmado Jake en Varias ocasiones, pero él —o aquello— resultó ser algo más que un simple engorro: Blaine el Mono estaba como una regadera. Eddie lo derrotó con el absurdo («Algo en lo que eres bueno por naturaleza, cariño», le había dicho Susannah) y desembarcaron en un Topeka que no formaba parte del mundo del que Eddie, Susannah y Jake procedían. Algo en realidad ventajoso, pues este mundo —un mundo en que el equipo de béisbol profesional de Kansas City se llamaba The Monarchs, en que la Coca-Cola se llamaba Nozz-A-La y en que la gran firma japonesa fabricante de coches era Takuro en vez de Honda— había sido arrasado por cierta especie de plaga que había estado a punto de extinguir a todos sus habitantes. El paso del tiempo le había parecido bastante definido mientras ocurría todo aquello. «Así que súbete a tu Takuro Spirit y vete a paseo», pensó Eddie. Durante el transcurso de todo lo sucedido había estado muerto de miedo —sospechaba que todos lo habían estado salvo, quizá, Roland—, pero sí, el tiempo le había parecido real y definido. No había experimentado la sensación de que el tiempo se les estuviera yendo de las manos ni siquiera cuando caminaban por la I-70 con las balas silbando en sus oídos, contemplando el tráfico inmovilizado y oyendo el gorjeo que Roland llamaba «raedura».

Sin embargo, tras la confrontación en el palacio de cristal con el viejo amigo de Jake, el señor Tic-Tac, y el de Roland (Flagg, Marten o —solo tal vez— Maerlyn), el tiempo había cambiado.

«Aunque no enseguida. Viajamos en aquella puta bola rosa... Vimos a Roland matar a su madre por error... Y cuando volvimos...»

Sí, fue entonces cuando sucedió. Se habían despertado en un claro a unos cincuenta kilómetros del Palacio Verde. Lo veían, aunque todos comprendieron que se encontraba en otro mundo. Alguien —o alguna fuerza— los había llevado más allá o a través de la raedura y los había devuelto al Camino del Haz. Ese quién o qué que lo hubiera hecho había sido lo bastante considerado como para prepararles la comida, incluidos Nozz-A-Las y unos paquetes bastante más familiares de galletas Keebler.

Cerca de ellos, clavada en las ramas de un árbol, había una nota del ser con el que Roland no había conseguido acabar en el Palacio: «Renunciad a la Torre. Esta es la última advertencia». Ridículo, la verdad. Roland estaba tan dispuesto a renunciar a la Torre como a matar al pequeño bilibrambo que Jake tenía por mascota y asarlo a la parrilla para comérselo. Ninguno de ellos renunciaría a la Torre Oscura de Roland. Que Dios les asistiera, todos estaban en aquello hasta el final.

—Aún nos queda un poco de luz —había dicho Eddie el día que encontraron la nota de

advertencia de Flagg—. ¿Quieres aprovecharla?

—Sí —había contestado Roland de Gilead—. Vamos a aprovecharla.

Y así lo hicieron, siguiendo el Camino del Haz a través de campos abiertos interminables divididos por fajas de fastidioso y salvaje sotobosque. No habían visto señal alguna de gente. Las nubes se habían mantenido bajas y encapotadas día tras día, noche tras noche. Puesto que seguían el Camino del Haz, los cúmulos de la bóveda celeste a veces se arremolinaban, se abrían y dejaban entrever retazos de cielo azul, aunque aquello apenas duraba. Una noche se abrieron (lo suficiente) hasta revelar una luna llena en la que se distinguía una cara con claridad: la repugnante mirada cómplice y la sonrisa de medio lado del Buhonero. Según los cálculos de Roland, aquello significaba que se encontraban a finales de verano; no obstante, a Eddie se le antojaba que se encontraban a mitad de nada en concreto. La hierba languidecía en su mayoría o estaba muerta, los árboles (los pocos que había) estaban desnudos y los arbustos, achaparrados y parduscos. Había poca caza y, por primera vez en semanas desde que habían dejado el bosque gobernado por Shardik, el oso cibernético, alguna que otra ocasión se iban a la cama con el estómago medio vacío.

Sin embargo, Eddie creía que nada de aquello era tan fastidioso como la sensación de haber perdido la conciencia del tiempo; y de las horas, de los días, de las semanas, incluso de las estaciones, ¡por el amor de Dios! Puede que la luna le indicase a Roland que estaban a finales de verano, pero el mundo que los rodeaba parecía encontrarse en la primera semana de noviembre, dormitando somnoliento a la espera del invierno.

Durante aquellos días, Eddie había llegado a la conclusión de que el tiempo estaba condicionado, en gran parte, por los sucesos externos. Cuando había un montón de movidas interesantes, el tiempo parecía discurrir a mayor velocidad. Sin embargo, cuando no quedaba más remedio que aguantar la misma mierda aburrida de siempre, se ralentizaba. Y cuando la actividad se detenía por completo, el tiempo, por lo visto, también se detenía. Entonces había que hacer las maletas e irse de cabeza a Coney Island. Extraño, pero cierto.

¿En serio que la actividad se detenía por completo?, reflexionaba Eddie (sin nada más que hacer que empujar la silla de ruedas de Susannah de un aburrido campo a otro, tenía tiempo de sobras para las reflexiones). La única peculiaridad que le venía a la mente desde la vuelta de la Bola de Cristal era lo que Jake llamaba el «número misterioso», y lo más seguro es que no significara nada. Habían tenido que resolver una adivinanza matemática en la Cuna de Lud para poder subir a Blaine, y Susannah había sugerido que lo del número misterioso lo arrastraban desde entonces. Eddie estaba más que seguro de que ella tenía razón, pero, ¡ojo!, solo era una teoría.

Además, ¿qué tenía de especial el número diecinueve? O sea, el número misterioso. Después de darle vueltas al asunto, Susannah había advertido que era primo, como los números que les habían abierto la puerta que conducía hasta Blaine el Mono. Eddie había añadido que era el único que iba entre el dieciocho y el veinte cada vez que contabas. Jake se había reído y le había dicho que dejara de hacer el gilipollas. Eddie, que estaba sentado cerca del fuego tallando un conejo (cuando hubiera terminado se uniría al gato y al perro que ya estaban en su mochila), le dijo a Jake que dejara de burlarse de su único talento real.

DOS

Debían de llevar unas cinco o seis semanas en el Camino del Haz cuando se toparon con un par de antiguas rodadas que sin duda en un tiempo seguían una senda. No continuaban exactamente por el Camino del Haz, pero Roland les hizo tomar aquella senda de todos modos; dijo que se abría paso lo suficientemente cerca del Haz para su propósito. Eddie creyó que estar de nuevo en un camino volvería a centrar las cosas, que les ayudaría a sacudirse de encima aquella sensación enloquecedora de inmovilidad típica de las zonas de calmas subtropicales, pero no fue así. La senda los condujo a través de una serie de bancales cada vez a mayor altura, como si se tratara de escalones. Por fin alcanzaron la cima de una larga cresta montañosa que se extendía de norte a sur, al final de la cual la senda descendía hasta un bosque frondoso. «Casi parece un bosque de hadas», pensó Eddie cuando se adentraron en la penumbra. Susannah

derribó un pequeño ciervo el segundo día en el bosque (o tal vez fue el tercero... o el cuarto), y la carne les supo a gloria después de una estricta dieta a base de burritos vegetarianos de pistolero, aunque no había ni orcos ni troles en los claros profundos; ni duendecillos (ni Keebler, ni de ninguna otra clase). Ni más ciervos, para el caso.

—No dejo de buscar la casita de chocolate —dijo Eddie.

Para entonces ya llevaban varios días en el laberinto de árboles gigantes y ancianos. O tal vez incluso una semana. De lo único que estaba seguro era de que seguían bastante cerca del Camino del Haz. Lo veían en el cielo... y lo sentían.

—¿De qué casita de chocolate hablas? —preguntó Roland—. ¿Se trata de otro cuento? Si es así, me gustaría oírlo.

Claro que le gustaría. Aquel tipo siempre estaba ávido de historias, sobre todo de las que comenzaban con un «Érase una vez, cuando todos los seres vivían en el bosque...». Aunque la forma en que las escuchaba era un poco extraña, como distante. Eddie se lo había mencionado a Susannah en una ocasión y ella lo había entendido a la primera, como solía hacer siempre. Susannah tenía una asombrosa capacidad poética para traducir las sensaciones en palabras, para inmortalizarlas en el tiempo.

—Es porque no escucha con los ojos abiertos de par en par como un niño a la hora de irse a la cama —dijo—. Así es como tú querías que él te escuchara, cielo.

—Y entonces, ¿cómo escucha?

—Como un antropólogo —respondió sin vacilar—. Como un antropólogo tratando de comprender una cultura extraña a través de sus mitos y leyendas.

Tenía razón. Y si la forma de escuchar de Roland incomodaba a Eddie, era probable que se debiera a que, en el fondo, Eddie creía que si alguien debía escuchar en plan científico, tenían que ser él, Suzie o Jake, porque eran ellos los que provenían de un lugar y un tiempo mucho más lejano y complicado. ¿O no?

Tanto si sí como si no, los cuatro habían descubierto un gran número de historias comunes a ambos mundos. Roland conocía un cuento llamado «El sueño de Diana» que de manera extraña e inquietante se parecía mucho al de «La dama o el tigre», un cuento que los tres neoyorquinos exiliados habían leído en el colegio. El cuento de lord Perth se asemejaba mucho a la historia de la Biblia de David y Goliat. Roland había oído muchos relatos de Jesús Hombre quien murió en la cruz para redimir los pecados del mundo, y comunicó a Eddie, a Susannah y a Jake que Jesús contaba con una buena recua de seguidores en el Mundo Medio. También existían canciones comunes a ambos mundos. «Careless Love» era una. «Hey Jude» era otra, aunque en el mundo de Roland, el primer verso de la canción era: «Hey Jude, I see you, lad» y no «Hey, Jude, don't make it bad».

Eddie se entretuvo casi una hora explicándole a Roland la historia de Hansel y Gretel, y convirtió a Rea de Cos en la malvada bruja comeniños casi sin pensarlo. Cuando llegó a la parte en la que trataba de engordar a los pequeños, se interrumpió y le preguntó a Roland:

—¿Conoces este cuento? ¿O alguna versión?

—No —le aseguró Roland—, pero es muy bueno. Cuéntamelo hasta el final, por favor.

Eddie así lo hizo y acabó con el consabido «fueron felices y comieron perdices». El pistolero asintió con la cabeza.

—Nadie es feliz y come perdices por siempre jamás, pero dejamos que los niños lo averigüen por sí mismos, ¿verdad?

—Aja —asintió Jake.

Acho trotaba a los talones del chico, mirándolo con la acostumbrada expresión de serena adoración en sus redondos ojos dorados.

—Aja —repitió el bilibrambo, imitando con exactitud la apagada inflexión.

Eddie le pasó a Jake un brazo por encima de los hombros.

—¡Qué mala suerte que estés aquí en vez de en Nueva York! —dijo—. Si estuvieras en la Gran Manzana, Jakey, chaval, lo más seguro es que a estas alturas ya tuvieras tu propio psiquiatra infantil y estuvieras analizando los temas típicos sobre los padres para llegar al meollo

de los conflictos sin resolver. Tal vez, incluso tomando drogas de las buenas. Ritalin y cosas por el estilo.

—Con todo, prefiero estar aquí —respondió Jake, y bajó la vista hacia Acho.

—Ya —murmuró Eddie—. No te culpo.

—Esas historias se llaman «cuentos de hadas» —musitó Roland.

—Aja —respondió Eddie.

—Pero en esta no salen hadas.

—No —admitió Eddie—. Se trata más bien de una categoría. En nuestro mundo hay relatos de misterio y suspense, de ciencia ficción, del Oeste, de hadas... ¿Sabes?

—Sí —contestó Roland—. ¿La gente de tu mundo prefiere saborear las historias de una en una? ¿Que no se mezclen con otros sabores en el paladar?

—Más bien sí —opinó Susannah.

—¿No os gustan los refritos? —preguntó Roland.

—A veces para cenar —respondió Eddie—, pero cuando se trata de entretenimiento tendemos a limitarnos a un solo sabor y no dejamos que unas cosas se mezclen con las otras en nuestro plato. Aunque suena un poco aburrido cuando se explica de esta manera.

—¿Cuántos tipos de esos cuentos de hadas dirías que hay?

Sin vacilar —y sin haberlo preparado de antemano—, Eddie, Susannah y Jake contestaron lo mismo al mismo tiempo: «¡Diecinueve!». Y, segundos después, Acho exclamó con su voz ronca: «¡Dici-neve!».

Se miraron los unos a los otros y rompieron a reír porque «diecinueve» se había convertido en una especie de latiguillo jocoso entre ellos que había sustituido al «timo» que Jake y Eddie habían acabado por gastar de tanto usar. No obstante, las risas estaban teñidas de cierta desazón pues aquel asunto del diecinueve se había convertido en una especie de encantamiento. Eddie se había descubierto tallándolo en uno de los costados de su animal de madera más reciente, como si se tratara de una marca a fuego: «¡Eh, amigo, bienvenido a nuestra hacienda! La llamamos la Franja Diecinueve». Tanto Susannah como Jake habían confesado que traían leña para la fogata de la noche en brazadas de diecinueve ramas. Ninguno de los dos supo decir por qué, simplemente les pareció que así estaba bien.

También estaba aquella mañana en que Roland les había hecho detenerse en la linde del bosque que estaban cruzando y había apuntado al cielo hacia el que un árbol anciano había erguido sus vetustas ramas. Aquellas ramas recortadas contra el cielo formaban la figura del número diecinueve. Un diecinueve con total claridad. Todos lo habían visto, pero Roland había sido el primero.

El pistolero, a pesar de creer en los presagios y los augurios con tanta naturalidad como Eddie una vez creyó en las bombillas y en las pilas alcalinas, solía desestimar la repentina y extraña obcecación de su ka-tet con aquel número. Dijo que estaban muy unidos, tanto como cualquier otro ka-tet pudiera estarlo y, por eso, sus pensamientos, costumbres y pequeñas obsesiones tenían cierta tendencia a contagiarse de unos a otros, como un resfriado. Además, creía que Jake lo alentaba de alguna manera.

—Tienes el toque, Jake —dijo—. No estoy seguro de si es tan fuerte en ti como lo era en mi viejo amigo Alain, pero por los dioses que creo que podría serlo.

—No sé de qué hablas —le contestó Jake, frunciendo el entrecejo, desconcertado.

En cierto modo, Eddie sí lo sabía y vaticinó que, con el tiempo, Jake también. Es decir, si el tiempo alguna vez comenzaba a transcurrir de forma normal.

Y el día en que Jake les llevó los bollos de bola, lo hizo.

TRES

Se habían detenido para comer (más aburridos burritos vegetarianos, pues la carne de ciervo se había acabado y las galletas Keebler no eran más que un dulce recuerdo) cuando Eddie se percató de que Jake no estaba y le preguntó al pistolero si sabía adonde había ido el chaval.

—Se separó del grupo a una media rueda de aquí —contestó Roland, y apuntó hacia el camino con los dos dedos que le quedaban de la mano derecha—. Está bien. Si no lo estuviera,

todos lo sentiríamos. —Roland miró su burrito y luego le propinó un mordisco entusiasta.

Eddie abrió la boca para añadir algo más, pero Susannah se le adelantó.

—Ahí está. Eh, cariño, ¿qué traes?

Jake iba cargado a manos llenas de unas cosas redondas del tamaño de pelotas de tenis. Aunque aquellas pelotas no botarían nunca, pues de ellas sobresalían unas pequeñas púas. Cuando el chico se aproximó, Eddie las olió y se le hizo la boca agua, tenían un olor parecido al del pan recién horneado.

—Creo que son comestibles —opinó Jake—. Huelen a la masa de pan que mi madre y la señora Shaw, la casera, compraban en Zabar's. —Miró a Susannah y a Eddie con una débil sonrisa—. ¿Conocéis Zabar's, la tienda de *delicatessen*?

—Ya lo creo —contestó Susannah—. De lo mejorcito, mmm... Además, huelen requetebién. Todavía no te has comido ninguna, ¿verdad?

—Ni hablar. —Se volvió hacia Roland con una mirada interrogante.

El pistolero puso fin al suspense cogiendo una, quitándole las púas y mordiendo lo que quedaba.

—Bollos de bola —dijo—. No los había vuelto a ver desde los dioses saben cuándo. Están deliciosos. —Los ojos azules le brillaban—. No os comáis las púas, no son venenosas, pero amargan. Se pueden freír, si queda algo de manteca de ciervo. De esa manera casi saben a carne.

—Me parece buena idea —opinó Eddie—. Por mí, que os aproveche. Lo que es yo, creo que pasaré de las setas bolleras esas o lo que sean.

—No son setas —lo corrigió Roland—. Se parecen más a una especie de madroño.

Susannah cogió uno, lo mordisqueó y luego le propinó un buen bocado.

—Yo que tú no pasaría de esto, corazón —le advirtió—. El amigo de mi padre, Papi Mose, habría dicho: «Son de primera». —Cogió otro bollo de los que Jake sujetaba y deslizó un dedo sobre la superficie sedosa.

—Lo que tú digas —contestó Eddie—, pero en el instituto leí un libro para un trabajo, creo que se llamaba *Siempre hemos vivido en el castillo*, en el que una tía que estaba como una chota envenenaba a toda su familia con cosas parecidas a esas. —Se inclinó hacia Jake, enarcó las cejas y desplegó la comisura de los labios en lo que esperaba que pareciera una sonrisa escalofriante—. ¡Envenenó a toda la familia y murieron a-go-ni-zan-do!

Eddie se cayó del tronco donde estaba sentado y comenzó a rodar sobre sí mismo, sobre las agujas y las hojas caídas, poniendo muecas espantosas y profiriendo ruidos de asfixia. Acho corría a su alrededor, gritando el nombre de Eddie con una serie de ladridos agudos.

—Basta ya —dijo Roland—. ¿Dónde los has encontrado, Jake?

—Ahí atrás —respondió este—. En un claro que descubrí desde el camino. Está lleno de estas cosas. Además, si os apetece carne... A mí, sí, que conste... Hay un montón de rastros. Un montón de boñigas frescas. —Buscó a Roland con la mirada—. Boñigas... muy... frescas —pronunció despacio, como alguien que habla una lengua sin demasiada fluidez.

Una débil sonrisa jugueteó en los labios de Roland.

—Habla despacio, pero habla sin tapujos —le dijo—. ¿Qué te preocupa, Jake?

Cuando Jake respondió, sus labios apenas formaron las palabras.

—Había unos hombres observándome mientras cogía los bollos. —Hizo una pausa y a continuación añadió—: Ahora mismo nos están observando.

Susannah cogió un bollo de bola, lo contempló y luego acercó la nariz como si se tratara de una flor que deseara oler.

—¿En el sendero por el que venimos? ¿A la derecha?

—Sí —asintió Jake.

Eddie se llevó un puño cerrado a la boca en un ademán de sofocar un acceso de tos y añadió:

—¿Cuántos?

—Creo que cuatro.

—Cinco —lo corrigió Roland—. Tal vez incluso seis. Uno es una mujer. Otro es un chico no mucho mayor que Jake.

Jake lo miró, desconcertado.

—¿Cuánto tiempo llevan ahí? —preguntó Eddie.

—Desde ayer —contestó Roland—. Nos alcanzaron por la retaguardia, cerca del este.

—¿Y hasta ahora no nos lo has dicho? —le preguntó Susannah con brusquedad, sin tomarse la molestia de taparse la boca para disimular lo que decía.

Roland le sostuvo la mirada.

—Sentía curiosidad por saber cuál de vosotros sería el primero en olerlos. De hecho, había apostado por ti, Susannah.

Susannah le dirigió una fría mirada y no dijo nada. Eddie creyó adivinar algo más que un poco de Detta Walker en aquellos ojos y se sintió afortunado de no ser el que había provocado aquel gesto.

—¿Qué hacemos con ellos? —quiso saber Jake.

—Por ahora, nada —dijo el pistolero.

A todas luces, esa respuesta no satisfizo a Jake.

—¿Y si son como el ka-tet de Tic-Tac? ¿El Chirlas, Bocina y esos tipos?

—No lo son.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ya habrían caído sobre nosotros y en estos momentos serían pasto de las moscas.

Aquello parecía irrefutable, por lo que volvieron a ponerse en camino; un camino que serpenteaba a través de la densa oscuridad, abriéndose paso entre los árboles centenarios. A poco menos de veinte minutos de marcha, Eddie oyó a sus perseguidores (o a sus espías): chasquidos de ramas, susurros entre la maleza, incluso un bisbiseo. Patizambos, en terminología de Roland. Eddie se sentía molesto consigo mismo por no haberse percatado de su presencia durante todo aquel tiempo. También se preguntó a qué se dedicaban aquellos primos. Si era a rastrear y a colocar trampas, no eran muy buenos.

Eddie Dean había pasado a formar parte del Mundo Medio de varias formas, algunas tan sutiles que ni siquiera él era consciente de ellas, aunque seguía calculando las distancias en kilómetros en vez de en ruedas. Supuso que habrían avanzado unos veinticuatro kilómetros desde el lugar en que Jake se había reunido con ellos con sus bollos de bola y sus novedades cuando Roland decidió acampar. Se detuvieron en medio del sendero, como habían hecho desde su entrada en el bosque; así era muy poco probable que las brasas de la fogata pudieran provocar un incendio forestal.

Eddie y Susannah reunieron una buena colección de ramas caídas mientras Roland y Jake disponían el campamento y troceaban la provisión de bollos de bola de Jake. Susannah hacía avanzar la silla de ruedas sin esfuerzo sobre la hojarasca bajo los árboles centenarios, apilando lo que escogía en su regazo. Eddie la seguía de cerca, mascullando entre dientes.

—Mira a tu izquierda, cariño —le advirtió Susannah.

Le hizo caso y distinguió un distante parpadeo naranja. Un fuego.

—No son muy buenos, ¿verdad? —comentó.

—No. La verdad es que me dan un poco de lástima.

—¿Tienes alguna idea de qué es lo que buscan?

—Pues no, pero creo que Roland tiene razón, nos lo dirán cuando llegue el momento. Si es que no deciden antes que no somos lo que buscan y se esfuman. Venga, volvamos.

—Un momento. —Recogió una rama más, vaciló y luego cogió otra. Ya estaba—. Vale.

Mientras regresaban, contó las ramas que había cogido y las que Susannah llevaba en el regazo. En total, cada uno de ellos llevaba diecinueve.

—Suze. —Susannah se volvió para mirarlo—. El tiempo ha vuelto a transcurrir.

Ella no le preguntó a qué se refería y se limitó a asentir con la cabeza.

CUATRO

La determinación de Eddie de abstenerse de comer bollos de bola no duró demasiado; olían demasiado bien mientras chisporroteaban en el taco de manteca de ciervo que Roland (tipo ahorrativo y mortífero donde los hubiere) había guardado en su viejo bolsón de piel curtida.

Eddie se sirvió su parte en uno de los platos antiguos que habían encontrado en el bosque de Shardik y los engulló.

—Están tan buenos como las langostas —comentó, y a continuación recordó los monstruos de la playa que se habían comido los dedos de Roland—. Lo que quería decir es que están tan buenos como los famosos perritos calientes de Nathan's. Por cierto, siento haberte tomado el pelo, Jake.

—No te preocupes —respondió Jake, con una sonrisa—. No lo haces con malicia.

—Una cosa que deberíais saber —anunció Roland. Sonreía; aquellos últimos días sonreía con mayor asiduidad, con bastante más, aunque no perdía la seriedad de la mirada—. Todos. A veces los bollos de bola provocan sueños muy reales.

—¿Quieres decir que colocan? —preguntó Jake con cierta inquietud. Pensó en su padre. Elmer Chambers había disfrutado de muchas de las cosas más extrañas de la vida.

—¿Que si colocan? Creo que no sé lo que quiere decir...

—Que si atontan. Que si te dan un subidón. Que si ves cosas, como cuando tomaste mescalina y entraste en el círculo de piedra en que esa cosa casi... ya sabes, casi me ataca.

Los recuerdos detuvieron a Roland por un momento. Aquel anillo de piedras había sido la prisión de una especie de súcubo. Si la hubieran dejado, sin duda habría iniciado a Jake Chambers en el sexo y lo habría matado a polvos. Sin embargo, Roland la había hecho hablar y esta, para castigarlo, le había enviado una visión de Susan Delgado.

—¿Roland? —Jake lo miraba ansioso.

—No te preocupes, Jake. Hay setas que provocan lo que estás pensando, que alteran la percepción de las cosas, las realzan, pero no los bollos de bola. Son como bayas comestibles. Si tus sueños se presentan demasiado vividos, solo tienes que obligarte a recordar que estás soñando.

A Eddie se le antojó un comentario algo extraño. Por un lado, tanta consideración por su salud mental no era propia de Roland y, por otro, el pistolero no era hombre de comentarios gratuitos.

«Las cosas han vuelto a ponerse en marcha y lo sabe —pensó Eddie—. Ha habido un tiempo muerto, pero el reloj vuelve a estar en marcha. El juego continua, como suele decirse.»

—¿Vamos a establecer guardias, Roland? —preguntó Eddie.

—No por mi sello —contestó el pistolero con toda calma, y comenzó a liarse un cigarrillo.

—Crees que son inofensivos, ¿verdad? —comentó Susannah, dirigiendo una mirada a un bosque donde los árboles se perdían en la penumbra generalizada del crepúsculo.

El débil parpadeo del fuego de campamento que habían distinguido antes había desaparecido; no obstante, la gente que iba tras ellos seguía allí. Susannah los sentía. Cuando bajó la vista hacia Acho y lo vio mirando en la misma dirección, no se sorprendió.

—Creo que ese podría ser el problema —opinó Roland.

—Y ¿a qué te refieres con ese «ese»? —quiso saber Eddie.

Sin embargo, Roland no iba a contestar. Se tumbó en medio del camino con un trozo de piel de ciervo enrollada bajo la nuca, de cara al cielo y fumando.

Al poco rato, el ka-tet de Roland dormía. No hicieron guardias y nadie los molestó.

CINCO

Los sueños, cuando hicieron acto de presencia, no fueron sueños. Todos lo supieron salvo, tal vez, Susannah, quien en un sentido muy real no estuvo allí aquella noche.

«Por Dios, vuelvo a estar en Nueva York —pensó Eddie. Y a renglón seguido—: Vuelvo a estar en Nueva York de verdad. Esto está sucediendo en realidad.»

Y sí, estaba sucediendo. Se encontraba en Nueva York, en la Segunda avenida. Fue entonces cuando Jake y Acho aparecieron doblando la esquina de la calle Cincuenta y cuatro.

—¡Eh, Eddie! —lo saludó Jake con una sonrisa—. Bienvenido a casa.

«¡A jugar! —pensó Eddie—. ¡A jugar!»

II

EL RITMO DE NUEVA YORK

UNO

Jake se quedó dormido mirando a la oscuridad; en aquel firmamento nocturno encapotado no había ni estrellas ni luna. Al tiempo que se sumía en un profundo sueño, experimentó la sensación de estar cayendo, una sensación que reconoció con consternación: en su vida anterior de chico normal, por así decirlo, solía tener sueños en los que creía caer, en especial cuando se acercaba la época de exámenes, aunque habían cesado desde su violento renacimiento en el Mundo Medio.

A continuación, aquella sensación desapareció. Oyó una breve melodía tintineante que, en cierto modo, era demasiado bella: tres notas y deseabas que se detuviera; una docena y creías que aquello acabaría matándote si no cesaba. Los huesos vibraban con cada repiqueteo. «Suenan a hawaiano, ¿no?» pensó, porque a pesar de que la melodía tintineante no se parecía en nada al gorjeo siniestro de la raedura, en cierto modo era lo mismo.

Lo era.

A continuación, justo cuando creía que ya no podría soportarlo más, el espantoso y embelesador tintineo cesó. La oscuridad al otro lado de sus párpados cerrados de súbito se tornó en un brillante rojo oscuro.

Abrió los ojos con cuidado a la luz intensa.

Y parpadeó.

En Nueva York.

Los ajetreados taxis iban de un lado a otro lanzando brillantes destellos amarillos a la luz del día. Un joven negro con auriculares pasó junto a Jake, acompañando el ritmo de la música con el paso de sus pies calzados con sandalias y tarareando un «¡Cha-da-ba, cha-da-bou!» entre dientes. Un martillo neumático aporreó los tímpanos de Jake. Unos bloques de cemento cayeron en un volquete con un estruendo cuyo eco fue rebotando en las fachadas como acantilados de los edificios. El mundo era un caos bullicioso. Se había acostumbrado a los profundos silencios del Mundo Medio sin darse cuenta. No, le pasaba algo más, había acabado adorándolos. Aun así, todo aquel barullo tenía su atractivo y Jake no podía negarlo. De vuelta en el ritmo de Nueva York. Sintió que una débil sonrisa se perfilaba en sus labios.

—¡Ake! ¡Ake! —gritó una voz queda y bastante acongojada.

Jake bajó la mirada y vio a Acho sentado en la acera con la cola enrollada con cuidado a su alrededor. El bilibrambo no llevaba las botitas rojas ni Jake los zapatos rojos de cordones (gracias a Dios), pero aquello seguía pareciéndose mucho a la visita al Gilead de Roland, donde habían llegado viajando en la bola de cristal rosa, la esfera de cristal que había causado tantos problemas y tribulaciones.

Aquella vez no había esferas... Tan solo se había ido a dormir. Sin embargo, eso no era un sueño. Era más intenso que cualquier sueño que hubiera tenido, y más tangible. Además...

Además, la gente se desviaba para no chocar ni con Acho ni con él, que estaban allí de pie, a la izquierda de un bar del centro llamado Kansas City Blues. Mientras Jake se fijaba en aquello, una mujer pasó por encima de Acho arremangándose un poco la falda recta y negra hasta las rodillas. Su rostro preocupado («Soy una neoyorquina como otra cualquiera que va a lo suyo, así que no me jodas») era lo que le decía aquella cara a Jake) no mudó en lo más mínimo.

«No nos ven, pero nos perciben de algún modo. Y si nos perciben, entonces es que estamos aquí.»

La primera pregunta lógica era: ¿por qué? Jake se lo planteó durante unos segundos y luego decidió posponerlo. Tenía la idea de que la respuesta ya se le ocurriría. Mientras tanto, ¿por qué no disfrutar un poco de Nueva York?

—Vamos, Acho —dijo, y dobló la esquina.

El bilibrambo, que no era en absoluto un muchacho de ciudad, caminaba tan pegado a él que Jake sentía su aliento rebotar contra la pantorrilla.

«La Segunda avenida —pensó. Y a continuación—: Dios mío...»

Antes de finalizar ese pensamiento, vio a Eddie Dean junto a la tienda Barcelona Luggage, como si estuviera desconcertado y bastante fuera de lugar con aquellos téjanos viejos, una

camisa de ante y mocasines del mismo material. Llevaba el pelo limpio, aunque le crecía hasta los hombros, lo que sugería que ningún profesional le había metido la tijera desde hacía bastante tiempo. Jake cayó en la cuenta de que él tampoco tenía muy buena pinta; también llevaba una camisa de ante y, de cintura para abajo, los restos maltrechos de los chinos Dockers que se había puesto el día que salió de casa para siempre y levó anclas hacia Brooklyn, Dutch Hill y otro mundo.

«Qué bien que nadie nos vea», pensó Jake, aunque luego decidió que no era del todo cierto. Si la gente pudiera verlos, lo más seguro es que para el mediodía tuvieran mudas para dar y tomar. La idea le hizo sonreír.

—Eh, Eddie —lo saludó—. Bienvenido a casa.

Eddie asintió un poco desconcertado.

—Veo que te has traído a tu amigo.

Jake se inclinó y le dio una palmadita afectuosa a Acho.

—Es mi versión de la American Express. No voy a casa sin él.

Jake estaba a punto de continuar —se sentía ingenioso, lleno de vida y con cosas divertidas que decir— cuando alguien dobló la esquina, los adelantó sin mirarlos (como los demás) y todo cambió. Se trataba de un chico con unos Dockers que se parecían a los de Jake porque eran los de Jake. No los que llevaba puestos en ese preciso momento, pero eran suyos de todos modos. Y las zapatillas de deporte. Eran las que Jake había perdido en Dutch Hill. El hombre de yeso que guardaba la puerta entre los mundos se las había arrancado de los pies.

El chico que acababa de pasar a su lado era John Chambers, era él, aunque aquella versión parecía suavizada, inocente y exasperadamente joven. «¿Cómo has sobrevivido? —le preguntó a la espalda que se alejaba, la suya—. ¿Cómo has sobrevivido al estrés mental de perder la chaveta, a escaparte de casa y a aquella casa espantosa de Brooklyn? Y, sobre todo, ¿cómo has sobrevivido al guardián de la puerta? Tienes que ser más duro de lo que pareces.»

Eddie tuvo una reacción tan cómica que Jake rió a pesar de su propia sorpresa y desconcierto. Le hizo pensar en aquellas viñetas de cómic en que Archie o Jughead tratan de mirar en dos direcciones a la vez. Miró hacia abajo y descubrió una expresión similar en la cara de Acho. En cierto modo, aquello lo hacía todo aún más divertido.

—¿Qué cojones...?! —exclamó Eddie.

—Repetición de la jugada —dijo Jake, y estalló en carcajadas. Sonó como si fuera tonto del culo, pero no le importaba. Se sentía un poco atontado—. Es como cuando vimos a Roland en el Gran Salón de Gilead, ¡pero esta vez estamos en Nueva York y es el treinta y uno de mayo de mil novecientos setenta y siete! ¡Es el día que me despedí a la francesa del Piper! ¡Repetición de la jugada, chaval!

—¿Que te despediste a la...? —comenzó Eddie, pero Jake no le dio la oportunidad de terminar. Una nueva visión lo dejó anonadado. Aunque «anonadado» era una palabra demasiado suave. Lo dejó patidifuso, como un hombre que se encuentra en la playa y lo arrolla una ola repentina. El rostro se le iluminó con tanta intensidad que Eddie dio un paso atrás.

—¡La rosa! —susurró. El diafragma apenas le daba para hablar más alto y tenía la garganta tan seca como una tormenta de arena—. ¡Eddie, la rosa!

—¿Qué pasa con ella?

—¡Es el día que la vi! —Alargó una mano temblorosa y la apoyó en el brazo de Eddie—. Voy a la librería... y luego al solar. Creo que había una carnicería...

Eddie asintió con la cabeza y comenzó a sentir la misma agitación.

—Charcutería Artística de Tom y Jerry, en la esquina de la Segunda con la Cuarenta y seis...

—¡La charcutería ya no está, pero la rosa sí! Ese yo que va caminando por la calle va a verla. ¡Y nosotros también tenemos que verla!

En ese momento, los ojos de Eddie refulgieron. —Pues entonces vamos dijo—. No vayamos a perderte. Digo, a perderle... Lo que sea, coño.

—No te preocupes —lo tranquilizó Jake—. Sé adonde va.

El Jake que llevaba la delantera —el Jake de Nueva York, el Jake de la primavera de 1977— caminaba despacio, mirando a todas partes; a todas luces estaba gozando de aquel día. El Jake del Mundo Medio recordaba con exactitud lo que había sentido el chico: el súbito sosiego cuando las voces que no dejaban de discutir en su cabeza

(«¡Morí!»)

(«¡No morí!»)

por fin habían cesado sus riñas. Aquello había sucedido junto a la valla de tablonos sobre la que los dos hombres de negocios habían estado jugando al tres en raya con un lujoso rotulador Mark Cross. Y, por descontado, no había que olvidar el alivio de alejarse de la Piper School y de la locura de su Redacción Final para la clase de inglés de la señorita Avery. La Redacción Final contaba un veinticinco por ciento de la nota final, la señorita Avery lo había dejado muy claro, y Jake se había hecho un lío. El hecho de que su profesora hubiera acabado poniéndole un excelente alto no cambiaba nada, en todo caso, lo único que dejaba claro es que no era él. El mundo entero estaba perdiendo el oremus, se estaba yendo al diecinueve.

Estar alejado de todo aquello —aunque fuera por poco tiempo— había sido genial. ¡Claro que estaba gozando de aquel día!

«Aunque hay algo que no encaja —pensó Jake, el Jake que caminaba detrás de su otro Jake—. Hay algo...»

Miró a su alrededor, pero no supo decir qué era. Finales de mayo, un sol radiante, un enjambre de viandantes en la Segunda avenida paseando y mirando escaparates, una aglomeración de taxis, la esporádica limusina negra... Todo aquello era correcto.

Aunque no lo era.

Nada lo era.

TRES

Eddie sintió que el chico le tiraba de la manga.

—¿Qué es lo que no encaja? —le preguntó Jake.

Eddie miró a su alrededor. A pesar de sus propios problemas de adaptación (el verse envuelto en el regreso a una ciudad de Nueva York años atrás de su cuándo), sabía a qué se refería Jake. Algo no encajaba.

Bajó la vista hacia la acera; de repente supo que allí no encontraría su sombra. Las habían perdido como los niños de uno de esos cuentos... Uno de los diecinueve cuentos de hadas... ¿O tal vez más reciente, como «El león, la bruja y el armario» o «Peter Pan»? ¿Uno de los que podrían incluirse entre los Diecinueve Contemporáneos?

En cualquier caso, no importaba porque sus sombras estaban allí.

«Aunque no deberían estar aquí —pensó Eddie—. No deberíamos ver nuestras sombras con esta oscuridad.»

Fue un pensamiento estúpido. No estaba oscuro. Era por la mañana, por amor de Dios, una radiante mañana de mayo, el sol se reflejaba en la pintura metalizada de los coches que circulaban y en los escaparates de las tiendas de la acera izquierda de la Segunda avenida con suficiente intensidad como para deslumbrar. Sin embargo, Eddie tenía la sensación de que, en cierto modo, estaba oscuro, como si todo aquello no fuera más que una superficie inconsistente, el telón de fondo de un escenario. «Cuando se alza, vemos el bosque de Arden.» O un castillo en Dinamarca. O la cocina de la casa de Willy Loman. En este caso vemos la Segunda avenida, en el centro de Nueva York.

Sí, eso es. Aunque detrás de aquel telón uno no encontraría la zona de talleres y almacenaje entre bastidores, sino una gran oscuridad emergente. Un inmenso universo muerto en que la Torre de Roland ya ha caído.

«Por favor, que me equivoque —pensó Eddie—. Por favor, que se trate del impacto cultural o del canguelo de siempre.»

No creía que se tratase de aquello.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —le preguntó a Jake—. No había puerta... —Su voz se fue apagando y, a continuación, preguntó esperanzado—: ¿Y si es un sueño?

—No —respondió Jake—. Se parece más a cuando viajamos en la Bola de Cristal, solo que ahora no hay bola. —Una idea le vino a la cabeza—. Aunque ¿has oído música? ¿Campanillas? ¿Justo antes de que aparecieras aquí?

—Eran un poco insoportables. Se me saltaban las lágrimas —asintió Eddie.

—Eso es —afirmó Jake—. Exacto.

Acho olisqueó una boca de riego. Eddie y Jake se detuvieron para dejar que el pobre levantara la pata y añadiera su nota a lo que sin duda era un tablón de anuncios ya bastante abarrotado. Por delante de ellos, el otro Jake —el Chico Setenta y siete— seguía caminando despacio y mirando boquiabierto a todas partes. A Eddie le recordó un turista de Michigan. Incluso estiraba el cuello para mirar hacia lo alto de los edificios y Eddie se imaginó que si la Junta de Cinismo de Nueva York te pescaba haciendo eso, te quitaba la tarjeta de Bloomingdale's. No es que le molestara, pues aquello les permitía seguir al chico con facilidad.

Y justo cuando Eddie estaba pensando en eso, el Chico Setenta y siete desapareció.

—¿Dónde te has metido? ¡Por Dios!, ¿dónde te has metido?

—Calma —lo tranquilizó Jake. (A sus pies, Acho hizo su contribución: «¡Ma!».) El chico sonreía—. Entré en la librería. Se llama el... esto... el Restaurante de la Mente de Manhattan.

—¿De dónde sacaste *Charlie el Chu-Chú* y el libro de las adivinanzas?

—Eso es. —A Eddie le encantó la sonrisa desconcertada y resplandeciente que Jake mostraba. Le iluminaba la cara—. ¿Recuerdas cómo se emocionó Roland cuando le dije el nombre del propietario?

Eddie lo recordaba. El propietario del Restaurante de la Mente de Manhattan era un tipo llamado Calvin Torre.

—Deprisa —lo apremió Jake—. Quiero ver esa librería.

No tuvo que repetírselo dos veces. Él también quería verlo.

CUATRO

Jake se detuvo en la puerta de la librería. Su sonrisa no se había desvanecido, pero sí había perdido intensidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eddie—. ¿Qué es lo que no encaja?

—No sé. Creo que hay algo diferente. Es que... han ocurrido muchas cosas desde que estuve aquí...

Estaba mirando la pizarra del escaparate, algo que Eddie consideró una muy buena idea para vender libros. Se parecía a esos letreros que hay en los bares o en las pescaderías.

MENÚ DEL DÍA

¡De Mississippi! William Faulkner salteado

En cartoné, según precio de mercado

Ediciones antiguas en rústica, 75 centavos la unidad

¡De Maine! Stephen King conservado en frío

En cartoné, según precio de mercado

Ofertas del Club del Libro

En rústica, 75 centavos la unidad

¡De California! Raymond Chandler al vapor

En cartoné, según precio de mercado

En rústica, 7 por 5,00 dólares

Eddie alzó la vista y vio al otro Jake —al paliducho o al que carecía de la mirada límpida— junto al pequeño mostrador. Allí había libros infantiles. Seguramente se trataba de los Diecinueve Cuentos de Hadas y los Diecinueve Contemporáneos.

«Déjalo —se dijo—. Es una obsesión compulsiva y gilipollas, y lo sabes.»

Tal vez, pero el bueno de Jake Setenta y siete estaba a punto de adquirir algo de aquel mostrador, que habría de cambiar —y lo más seguro que también de salvar— sus vidas. Ya se preocuparía del número diecinueve más tarde. O no lo haría, si podía evitarlo.

—Vamos —le dijo a Jake—. Entremos.

El chico se quedó atrás.

—¿Qué pasa? —preguntó Eddie—. Torre no puede vernos, si es eso lo que te preocupa.

—Puede que Torre no nos vea —repuso Jake—, pero ¿y si él sí nos ve?

Señaló a su otro él, el que todavía no se había topado con el Chirlas, el señor Tic-Tac ni con la gente de Paso del Río. El que todavía no conocía a Blaine el Mono ni a Rea de Cos.

Jake miró a Eddie con una especie de curiosidad angustiada.

—¿Y si me veo?

Eddie supuso que aquello podía suceder. Mierda, podía suceder cualquier cosa. Sin embargo, aquello no cambiaba lo que sentía en el fondo.

—Creo que deberíamos entrar, Jake.

—Sí... —respondió arrastrando la palabra—. Yo también.

CINCO

Entraron, no los vieron y Eddie se tranquilizó al contar veintiún libros en el mostrador que habían atraído la atención del chico. Salvo, por descontado, cuando Jake escogió los dos que quería —*Charlie el Chu-Chú* y el libro de adivinanzas—, tras lo que quedaron diecinueve.

—¿Has encontrado algo, hijo? —quiso saber una voz meliflua.

Se trataba de un tipo grueso, enfundado en una camisa blanca de cuello abierto. Tras él, en un mostrador que parecía birlado de una heladería de principios de siglo, tres ancianos tomaban café y mordisqueaban pastitas. Un tablero de ajedrez con una partida en curso descansaba sobre el mostrador de mármol.

—El tipo sentado al fondo es Aaron Deepneau —susurró Jake—. Está a punto de explicarme la adivinanza de Sansón.

—¡Chsss...! —lo hizo callar Eddie.

Quería oír la conversación entre Calvin Torre y el Chico Setenta y siete. De repente, aquello se le antojó muy importante, aunque... ¿Por qué cojones estaba tan oscuro allí dentro?

«Claro que, aquí dentro no está oscuro. La acera izquierda de la calle recibe mucha luz a esta hora y, con la puerta abierta, entra toda. ¿Cómo puedes decir que está oscuro?»

Porque, en cierto modo, lo estaba. La luz de sol —el contraste de la luz del sol— empeoraba las cosas. El hecho de que no se pudiera ver con claridad aquella oscuridad lo empeoraba... y Eddie intuyó algo funesto: aquella gente estaba en peligro. Torre, Deepneau, el Chico Setenta y siete. Seguramente él, el Mundo Medio, Jake y Acho también.

Todos.

SEIS

Jake contempló a su otro yo, más joven, alejarse un paso del propietario de la librería con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa. «Porque se llama Torre —pensó Jake—. Eso es lo que me sorprendió. Aunque no por la Torre de Roland, por entonces ni siquiera había oído hablar de ella, sino por la foto que había añadido en la última página de mi Redacción Final.»

Había pegado una foto de la torre inclinada de Pisa en la última página y luego la había rayado con una cera de color negro, para oscurecerla lo máximo posible.

Torre le preguntó su nombre. Jake Setenta y siete se lo dijo y Torre hizo alguna que otra broma. Las bromas eran buenas, del tipo que hacen los adultos a los que no les importan los niños.

—Buen nombre, colega —estaba diciendo Torre—. Suena como el del héroe solitario de una novela del Oeste; el tipo que se presenta en Black Fork, Arizona, limpia la ciudad y sigue su camino. Algo de Wayne D. Overholser, quizá...

Jake dio un paso hacia su otro yo (parte de él pensó que aquello sería un número muy bueno para el *Saturday Night Live*) y abrió los ojos de par en par.

—¡Eddie! —lo llamó aún con un susurro, aunque sabía que la gente de la librería no podía...

Aunque, a lo mejor, hasta cierto punto sí que podían oírlo. Recordó a la señora de la Cuarenta y cuatro arremangándose la falda hasta las rodillas para poder pasar por encima de Acho. Los ojos de Calvin Torre se volvieron ligeramente en su dirección antes de regresar a su otra versión.

—Será mejor que no llamemos la atención sin necesidad —le susurró Eddie al oído.

—Ya lo sé —respondió Jake—, pero ¡mira el ejemplar de *Charlie el Chu-Chú*, Eddie!

Eddie lo hizo y al principio no vio nada; solo al mismo Charlie, claro, el Charlie de la mirada radiante y la sonrisa de quitapiedras no demasiado digna de confianza. Y, entonces, Eddie enarcó las cejas.

—Creía que *Charlie el Chu-Chú* lo había escrito una señora llamada Beryl Evans —musitó.

—Yo también —asintió Jake.

—Entonces, ¿quién es esa...? —Eddie volvió a echarle un vistazo al libro—. ¿Quién es esa Claudia y Inez Bachman?

—No tengo ni idea —confesó Jake—. No he oído ese nombre en mi vida.

SIETE

Uno de los ancianos del mostrador se acercó distraído a ellos. Eddie y Jake se hicieron a un lado. Al tiempo que reculaban, a Eddie le dio un leve tirón en la espalda. Jake estaba muy pálido y Acho dejaba escapar una serie de apagados y angustiados gemidos. Algo no encajaba. En cierto modo, habían perdido sus sombras y Eddie no sabía cómo.

El Chico Setenta y siete había sacado la billetera y estaba pagando los dos libros. Charlaron un rato más y rieron desenfadados hasta que dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Cuando Eddie empezó a seguirlo, el Jake del Mundo Medio lo cogió por el brazo.

—No, todavía no... Vuelvo a entrar.

—Como si te da por ordenar los libros en orden alfabético —contestó Eddie—. Esperemos en la acera.

Jake lo consideró unos segundos, mordiéndose el labio, y luego asintió con la cabeza. Se dirigieron a la puerta y, acto seguido, se detuvieron y se apartaron para dejar pasar al otro Jake, que volvía a entrar. Llevaba el libro de las adivinanzas abierto. Calvin Torre había avanzado con pesadez hasta el tablero de ajedrez sobre el mostrador. Miró a su alrededor con una sonrisa amistosa.

—¿Has cambiado de opinión respecto a esa taza de café, oh Vagabundo Hibóreo?

—No, quería preguntarle...

—Esta es la parte de la adivinanza de Sansón —anunció el Jake del Mundo Medio—. No creo que importe. Aunque ese Deepneau canta una canción muy bonita. Si quieres oírla...

—Paso —contestó Eddie—. Vamos.

Salieron. Y aunque las cosas en la Segunda avenida seguían sin encajar —aquella sensación de una oscuridad infinita entre las bambalinas, detrás del mismo cielo—, en cierto modo se estaba mejor allí que en el Restaurante de la Mente de Manhattan. Allí, al menos, había aire fresco.

—¿Sabes qué? —dijo Jake—. Vamos a la Segunda con la Cuarenta y seis. —Volvió la cabeza con un gesto brusco hacia la versión de él que escuchaba cantar a Aaron Deepneau—. Nos cogeré allí.

Eddie lo rumió y luego sacudió la cabeza. Jake puso cara larga.

—¿No quieres ver la rosa?

—¡Y un huevo no la quiero ver! —contestó Eddie—. Me muero por verla.

—¿Entonces...?

—Es que tengo la sensación de que aquí no hemos acabado. No sé por qué, pero tengo esa sensación.

Jake —la versión del Chico Setenta y siete— había dejado la puerta abierta al entrar en la tienda y Eddie se acercó. Aaron Deepneau le estaba contando a Jake el acertijo que luego le propondría a Blaine el Mono: «¿Qué puede correr pero nunca anda, tiene boca pero nunca habla?». Mientras tanto, el Jake del Mundo Medio miraba de nuevo el tablón del escaparate de la librería («William Faulkner salteado, Raymond Chandler al vapor»). Su expresión delataba duda y desazón antes que mal humor.

—Ese letrero también es diferente —dijo.

—¿En qué?

—No lo recuerdo.

—¿Es importante?

Jake se volvió hacia él. Bajo el ceño fruncido se topó con una mirada angustiada.

—No lo sé. Es otro acertijo. ¡Odio las adivinanzas!

Eddie se compadeció de él. «¿Cuándo una Beryl no es una Beryl?»

—Cuando es una Claudia —se contestó.

—¿Eh?

—Nada. Será mejor que te apartes, Jake, o vas a chocar contigo mismo.

Jake dirigió una mirada asustada a la versión que se acercaba de John Chambers y luego aceptó la sugerencia de Jake. Y cuando el Chico Setenta y siete se encaminó hacia la Segunda avenida con sus recientes adquisiciones en la mano izquierda, el Jake del Mundo Medio le dedicó a Eddie una sonrisa cansina.

—Recuerdo una cosa —dijo—. Cuando salí de la librería, estaba seguro de que nunca volvería aquí. Pero volví.

—Teniendo en cuenta que somos más fantasmas que personas, diría que eso es discutible. —Eddie le acarició el pescuezo a Jake—. Y si has olvidado algo importante, Roland te ayudará a recordarlo. Eso se le da bien.

El comentario hizo sonreír a Jake, aliviado. Sabía por experiencia personal que al pistolero se le daba muy bien ayudar a la gente a recordar. Puede que el amigo de Roland, Alain, fuera la persona con mayor capacidad para llegar a otras mentes y que su amigo Cuthbert fuera el gracioso en aquel curioso ka-tet; sin embargo, Roland había desarrollado a lo largo de los años una gran habilidad con el hipnotismo. En Las Vegas habría ganado una fortuna.

—¿Y ahora ya podemos seguirme? —preguntó Jake—. Para ir a ver la rosa. —Miró con cierta perplejidad angustiada a ambos lados de la Segunda avenida, una calle que a la vez parecía radiante y apagada—. Lo más seguro es que las cosas estén mejor allí. La rosa hace que todo sea mejor.

Eddie estaba a punto de darle la razón cuando una limusina gris oscuro se detuvo frente a la librería de Calvin Torre. Aparcó junto al bordillo amarillo, frente a una boca de riego, sin la menor vacilación. La puerta del conductor se abrió y cuando Eddie vio quién se apeaba del asiento de detrás del volante, cogió a Jake por el hombro.

—¡Ay! —exclamó Jake—. ¡Tío, que me haces daño!

Eddie no le hizo caso. De hecho, la mano que Jake tenía sobre el hombro se aferró a él con más fuerza.

—Por Dios —balbuceó Eddie—. Por Dios bendito, ¿qué está pasando? ¿Qué cojones está pasando?

OCHO

Jake vio cómo Eddie pasaba del pálido al ceniciento. Tenía los ojos desorbitados. No sin cierta dificultad, Jake consiguió deshacerse de la mano agarrotada que le apesaba el hombro. Eddie hizo amago de apuntar con esa mano, pero no parecía tener fuerza suficiente y la dejó caer de golpe contra el costado de la pierna.

El hombre que había bajado por el lado del pasajero de la limusina rodeó el coche hasta la acera mientras el conductor abría la puerta de atrás. Incluso a Jake, aquellos movimientos le resultaron mecánicos, como unos pasos de baile. El hombre que bajó del asiento trasero lucía un traje caro, aunque aquello no cambiaba el hecho de que fuera un tipo bajito y regordete con una barriga protuberante y cabello negro que iba tornándose canoso. Cabello oscuro y casposo, a juzgar por la apariencia de las hombreras del traje.

Jake sintió que el día se oscurecía más que nunca. Alzó la vista para comprobar si el sol se había ocultado tras una nube. No lo había hecho, pero creyó distinguir una corona negra formándose alrededor del círculo brillante, como un círculo de rímel alrededor de un ojo asustado.

A medio bloque de allí, su versión 1977 se reflejaba en el ventanal de un restaurante cuyo nombre Jake recordaba: Chew Chew Mama's. No muy lejos de allí estaba Discos Torre de Poder, donde pensaría que aquel día las torres se vendían baratas. Si aquella versión suya hubiera

echado la vista atrás, habría visto la limusina gris... pero no lo había hecho. Los pensamientos del Chico Setenta y siete se centraban sin distracción en el futuro.

—Es Balazar —anunció Eddie.

—¿Qué?

Eddie estaba señalando al tipo rechoncho que se había detenido para recomponerse la corbata Sulka. Los otros dos lo flanqueaban. Parecían relajados y alerta al mismo tiempo.

—Enrico Balazar. Y mucho más joven. Dios, pero ¡si es de mediana edad!

—Estamos en mil novecientos setenta y siete —le recordó Jake. Y a continuación, tras caer en la cuenta, añadió—: ¿Ese es el tipo que Roland y tú matasteis?

Eddie le había contado a Jake la historia del tiroteo en el club de Balazar en 1987, aunque había omitido los episodios más sangrientos. Por ejemplo, la parte en la que Kevin Blake había arrojado la cabeza del hermano de Eddie al despacho de Balazar para tratar de hacer salir a Eddie y a Roland al exterior. Henry Dean, el gran sabio y eminente yonqui.

—Sí—afirmó Eddie—. El tipo que Roland y yo matamos. Y el que estaba al volante, ese es Jack Andolini. Feo con ganas, la gente solía llamarlo así, aunque nunca en su cara. Cruzó una de esas puertas conmigo justo antes de que comenzara el tiroteo.

—Roland también lo mató, ¿no?

Eddie asintió. Era mucho más fácil que tratar de explicar que Jack Andolini acabó muriendo en la playa, ciego y desfigurado, entre las garras destripadoras y las fauces desgarradoras de las langostrososidades en la playa.

—El otro guardaespaldas es George Biondi. El Narigudo. A ese lo maté yo. Lo mataré. Dentro de diez años. —Parecía que Eddie iba a desmayarse en cualquier momento.

—Eddie, ¿estás bien?

—Creo que sí. Creo que tengo que estarlo.

Se habían alejado de la puerta de la librería. Acho seguía agachado junto a los tobillos de Jake. Segunda avenida abajo, el otro Jake, su yo anterior, había desaparecido. «Ahora estoy corriendo —pensó Jake—. A lo mejor estoy salvando de un salto el carretón del tipo de UPS y sacando el hígado por la boca en dirección a la carnicería, porque estoy seguro que ese es el camino de vuelta al Mundo Medio. El camino de vuelta a él.»

Balazar atisbo su reflejo en el ventanal junto al tablón del MENÚ DEL DÍA, se peinó una última vez con la punta de los dedos y, a continuación, pasó por la puerta abierta. Andolini y Biondi lo siguieron.

—Tipos duros —comentó Jake.

—Los más duros —convino Eddie.

—De Brooklyn.

—Bueno, sí.

—¿Qué están haciendo unos tipos duros de Brooklyn en una tienda de libros de segunda mano de Manhattan?

—Creo que por eso estamos aquí, para averiguarlo. Jake, ¿te he hecho daño en el hombro?

—Estoy bien. Pero no me apetece nada volver a entrar ahí.

—A mí tampoco, así, que vamos.

Volvieron a entrar en el Restaurante de la Mente de Manhattan.

NUEVE

Acho seguía enganchado a los tobillos de Jake y no dejaba de gemir. A Jake no es que le encantara el sonido, pero lo comprendía. El olor a miedo en la tienda de libros era palpable. Deepneau estaba sentado a un lado del tablero de ajedrez, mirando con tristeza a Calvin Torre y a los recién llegados, quienes no tenían pinta de ser bibliófilos en busca de una escurridiza primera edición firmada. Los otros dos ancianos del mostrador estaban apurando lo que les quedaba de café a largos tragos con aire de tipos que acabasen de recordar una cita importante en algún otro lugar.

«Cobardes —pensó Jake con un desdén no del todo nuevo en su vida—. Esos barrigones... Que sean mayores solo los disculpa en parte.»

—Tenemos un par de asuntillos que discutir, señor Toren —estaba diciendo Balazar. Hablaba en un tono bajo, tranquilo y moderado, sin acento alguno—. Por favor, si pudiéramos pasar a su oficina...

—Usted y yo no tenemos asuntillos —contestó Torre. No apartaba los ojos de Andolini y Jake creyó saber por qué: Jack Andolini parecía el psicópata que empuña el hacha en una película de terror—. Vuelva el quince de julio, y para entonces a lo mejor tenemos algún asuntillo que discutir. A lo mejor. Podríamos hablar después del cuatro de julio. Supongo. Si usted quisiera. —Sonrió para demostrar que estaba siendo razonable—. Pero ¿ahora? ¡Venga!, no veo la razón. Ni siquiera estamos en junio. Y para su información, no me llamo...

—No ve la razón —lo cortó Balazar. Miró a Andolini, miró al de la narizota, se llevó las manos a los hombros y luego las dejó caer. «¿Qué le pasa a este mundo?», decía el gesto—. ¿Jack? ¿George? Este hombre aceptó un cheque, cuya cifra antes de la coma decimal era un uno seguido de cinco ceros, y ahora dice que no ve la razón por la que tiene que hablar conmigo.

—Increíble —opinó Biondi.

Andolini permaneció callado. Se limitó a mirar a Calvin Torre con sus atentos ojos castaño terroso bajo la grotesca protuberancia del cráneo, como un pequeño roedor asomando la cabeza por la madriguera. Con un rostro como aquel no hacía falta hablar demasiado para hacerse entender, supuso Jake. Si lo que quería hacer entender era la intimidación.

—Quiero hablar con usted —insistió Balazar. Lo dijo en un tono paciente y moderado, pero mantenía la mirada clavada en el rostro de Torre con una intensidad inusitada—. ¿Por qué? Porque mis jefes quieren que hable con usted y eso a mí me basta. ¿Y sabe qué? Creo que puede permitirse cinco minutos de cháchara por esos cien de los grandes que tienes. ¿No cree?

—Ya no tengo los cien mil —anunció Torre con un hilo de voz—. Como seguro que saben usted y quienquiera que sea su jefe.

—Eso no es asunto mío —contestó Balazar—. ¿Por qué iba a serlo? Era su dinero. Lo que sí es asunto mío es si nos va a llevar ahí atrás. Si no es así, tendremos que tener esa conversación aquí mismo, delante de todo el mundo.

En ese momento, «todo el mundo» eran Aaron Deepneau, un bilibrambo y un par de neoyorquinos expatriados que ninguno de los hombres de la librería podía ver. Los compañeros de mostrador de Deepneau habían huido como ratas.

Torre hizo un último intento.

—No tengo a nadie que cuide de la tienda. Se acerca la hora de comer y suele venir gente que se pasa a echar una ojeada durante...

—De este sitio no saca ni cincuenta dólares al día —lo interrumpió Andolini—, y todos los sabemos, señor Toren. Si lo que le preocupa es perder una gran venta, deje que ese se ocupe un rato de la caja registradora.

Por un aterrador instante, Jake creyó que el tipo al que Eddie había llamado Feo con ganas se refería ni más ni menos que a John, «Jake», Chambers. Luego comprendió que Andolini estaba señalando más allá de él, a Deepneau.

Torre se dio por vencido. O Toren.

—¿Aaron? —lo llamó—. ¿Te importa?

—No, si a ti no te importa —contestó Deepneau. Parecía preocupado—. ¿Estás seguro de que quieres hablar con estos tipos?

Biondi le clavó la mirada. Jake consideró que Deepneau se la sostuvo con valentía. Por extraño que le pareciera, se sintió orgulloso del anciano.

—Sí —aseguró Torre—. Sí, no pasa nada.

—No se preocupe, su mojino no va a perder la virginidad por nuestra culpa —dijo Biondi, y estalló en carcajadas.

—Vigila tu vocabulario, estás en un lugar de eruditos —le avisó Balazar, aunque Jake creyó percibir una sonrisa—. Vamos, Toren. Tengamos una pequeña charla.

—¡No me llamo así! Me lo he cambiado legalmente por...

—Lo que sea —lo interrumpió Balazar en tono amable. De hecho, le dio una palmadita en el

brazo.

Jake seguía tratando de hacerse a la idea de que todo aquel... todo aquel melodrama... había sucedido después de haber dejado la tienda con sus dos libros nuevos (nuevos para él, en todo caso) y haber seguido su camino. Que todo había sucedido a sus espaldas.

—Un cabeza cuadrada es siempre un cabeza cuadrada, ¿eh, jefe? —comentó Biondi con jocosidad—. Un alemán. ¡Qué más da qué apellido le dé por ponerse!

—Si necesito que hables, George —le espetó Balazar—, ya te diré lo que quiero que digas. ¿Entendido?

—Vale —respondió Biondi. A continuación, tal vez tras decidir que no había sonado suficientemente entusiasta, añadió—: ¡Sí! Desde luego.

—Bien.

Balazar, sin soltar el brazo al que le había dado una palmadita, guió a Torre hacia la trastienda. Había libros apilados de cualquier manera y el aire estaba impregnado del olor de millones de páginas mohosas. En una puerta se leía: SOLO EMPLEADOS. Torre extrajo un manojo de llaves que tintinearón alegremente mientras escogía la adecuada.

—Le tiemblan las manos —murmuró Jake.

Eddie asintió con la cabeza.

—Las mías también lo harían.

Torre encontró la llave que buscaba, la introdujo en la cerradura y abrió la puerta. Se volvió para mirar a los tres hombres que habían ido a visitarlo —tipos duros de Brooklyn— y luego los condujo a la trastienda. La puerta se cerró tras ellos y Jake oyó que alguien corría el cerrojo. Dudaba que hubiera sido Torre.

Jake alzó la vista hacia el espejo convexo antirrobo colocado en un rincón de la tienda y vio que Deepneau levantaba el auricular del teléfono junto a la caja registradora y que luego lo volvía a colgar.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Jake.

—Voy a probar algo —contestó Eddie—. Lo vi en una peli. —Se colocó frente a la puerta cerrada y luego le guiñó un ojo a Jake—. Allá voy. Si acabo estampándome contra la puerta, tienes toda la libertad para llamarme gilipollas.

Antes de que Jake pudiera preguntarle de qué estaba hablando, Eddie caminó hacia la puerta. Jake vio que tenía los ojos cerrados y los labios prietos en una mueca: la expresión de un hombre que espera llevarse un golpetazo.

Sin embargo, no hubo golpe alguno. Eddie traspasó la puerta sin más. Por un instante, el pie calzado con el mocasín de piel quedó fuera y, a continuación, también este la traspasó. Se oyó un ruido grave y áspero, como el de una mano acariciando madera basta.

Jake se agachó y cogió a Acho.

—Cierra los ojos —le dijo.

—Ojos —asintió el brambo, pero siguió mirando a Jake con aquella expresión de serena adoración.

Jake cerró los ojos con fuerza. Cuando los volvió a abrir, Acho lo imitaba. Sin perder tiempo, Jake caminó hacia la puerta con la señal de SOLO EMPLEADOS. Por unos instantes solo existió la oscuridad y el olor a madera. En lo profundo de su mente, volvió a oír aquellas perturbadoras campanillas. A continuación, se encontraba al otro lado.

DIEZ

Se trataba de una trastienda mucho más grande de lo que Jake había esperado, casi tan grande como un almacén, abarrotada de estanterías de libros por todas partes. Calculó que algunas de ellas, que se aguantaban en pie gracias a unas vigas rectas que servían de refuerzo más que de estantes, debían de medir entre cuatro y cinco metros de alto. Estaban separadas por unos pasillos estrechos y sinuosos en un par de los cuales descubrió unas plataformas con ruedas que le trajeron a la memoria las rampas de embarcación que se veían en los aeropuertos pequeños. El olor a libro viejo era el mismo allí detrás que en la tienda, aunque mucho más intenso, casi abrumador. Sobre los ejemplares pendía una profusión de lámparas que proporcionaba una

iluminación tamizada, amarillenta e irregular. Las sombras de Torre, Balazar y los amigos de Balazar brincaban de forma grotesca por el suelo, a su izquierda. Torre se había vuelto en aquella dirección, seguido por sus visitas, hacia un agujero que acabó siendo un despacho en el que había un escritorio sobre el que descansaba una máquina de escribir y un tarjetero, tres archivadores viejos y una pared cubierta de papeles varios entre los que colgaba un calendario con un tipo del siglo XIX en la página de mayo que Jake no reconoció al principio... hasta que cayó en la cuenta. Era Robert Browning. Jake lo había citado en su Redacción Final.

Torre se sentó en la silla del escritorio y pareció arrepentirse de inmediato de haberlo hecho. Jake lo compadeció. La manera en que los otros tres lo rodearon no debía de ser muy tranquilizadora. Sus sombras reptaban pared arriba tras el escritorio como las sombras de unas gárgolas.

Balazar rebuscó en la chaqueta de su traje y extrajo una hoja de papel doblada. La desplegó y la dejó sobre el escritorio de Torre.

—¿Le suena?

Eddie se adelantó. Jake lo agarró.

—¡No te acerques! ¡Te percibirán!

—No me importa —repuso Eddie—. Tengo que ver ese papel.

Jake lo siguió, sin saber qué otra cosa hacer. Acho se agitó en sus brazos y gimoteó. Jake lo hizo callar de manera cortante y el bilibrambo parpadeó.

—Lo siento, colega —se disculpó Jake—, pero tienes que estar calladito.

¿Estaría ya su versión de 1977 en el solar? Una vez allí, ¿el Jake anterior ya habría resbalado y habría quedado inconsciente? No tenía sentido preguntárselo. Eddie tenía razón. A Jake no le gustaba, pero sabía que era cierto: tenían que estar allí, no en el otro sitio, y tenían que ver el papel que Balazar le estaba enseñando a Calvin Torre.

ONCE

Eddie alcanzó a ver las dos primeras líneas antes de que Jack Andolini dijera:

—Jefe, esto no me gusta. Pasa algo raro.

Balazar asintió.

—Estoy de acuerdo. Señor Toren, ¿hay alguien más aquí detrás con nosotros? —Su voz seguía siendo pausada y cortés, pero sus ojos se posaban en todas partes, evaluando la posibilidad de que aquella sala enorme pudiera ser el escondite de alguien.

—No —respondió Torre—. Bueno, está Sergio, el gato de la tienda. Supongo que estará por algún lad...

—¿Qué va a ser esto una tienda? —lo interrumpió Biondi—. Esto es un agujero por donde se le escapa el dinero. Si hasta uno de esos diseñadores maricas ya habría tenido problemas para cubrir los gastos generales de un tugurio tan grande como este, pero es que encima... ¡¿Una tienda de libros?! ¡Venga, hombre!, ¿a quién pretende engañar?

«A sí mismo —pensó Eddie—. Se está engañando a sí mismo.»

Como si aquel pensamiento las hubiera invocado, las espeluznantes campanillas volvieron a la carga. Los matones congregados en el despacho del almacén de Torre no las oyeron, pero Jake y Acho sí; Eddie lo adivinó en sus rostros preocupados. Y de súbito, aquella estancia, ya de por sí en penumbra, comenzó a oscurecerse aún más.

«Estamos volviendo —pensó Eddie—. ¡Por Dios, estamos volviendo! Pero no sin antes...»

Se inclinó hacia delante, entre Andolini y Balazar, consciente de que ambos estaban mirando a su alrededor con ojos desorbitados y extrañados, aunque sin importarle. Lo único que le importaba era el papel. Alguien había contratado a Balazar primero para que se lo firgaran (puede) y luego para que se lo restregara por las narices a Torre/Toren cuando llegara el momento (seguro). En la mayoría de los casos, Il Roche se hubiera contentado con enviar a un par de sus chicos duros —lo que él llamaba sus «caballeros»— a una empresa como aquella. Sin embargo, aquel trabajo era lo suficientemente importante como para reclamar su atención personal, y Eddie quería saber por qué.

ESCRITURA PÚBLICA DE CONTRATO DE COMPRAVENTA

Este documento constituye un Acuerdo de Contrato entre el señor Calvin Torre, con residencia en el estado de Nueva York, dueño de un inmueble con definición de solar, identificado con el número de Parcela 298 y el número de Sección 19, situado...

Las campanillas volvieron a tintinear en su cabeza y le hicieron estremecerse. Esa vez sonaron con más fuerza. La penumbra comenzó a espesarse, abalanzándose sobre las paredes de la habitación del almacén. La oscuridad que Eddie había percibido en la calle se abría camino y acabaría barriéndolos. Eso no era nada bueno. Acabaría engulléndolos, lo que aún sería peor, sin duda que lo sería: acabar engullido por aquella oscuridad sería una forma espantosa de irse de allí.

Además, ¿y si había «cosas» en la oscuridad? ¿Cosas hambrientas como el guardián de la puerta?

«Las hay.» Era la voz de Henry por primera vez desde hacía casi dos meses. Eddie se imaginó a Henry a su lado con aquella sonrisa cetrina de yonqui: todo ojos inyectados en sangre y dientes amarillentos y descuidados. «Sabes que las hay. En cuanto oigas las campanillas, tienes que pirártelas, tronco, como creo que ya sabes.»

—¡Eddie! —gritó Jake—. ¡Vuelven! ¿Lo oyes?

—Cógete a mi cinturón —dijo Eddie.

Recorrió de principio a fin la página que sostenían las rechonchas manos de Torre. Balazar, Andolini y el Narigudo seguían mirando a su alrededor. Biondi había desenfundado la pistola.

—¿Que me agarre a tu...?

—Puede que así no nos separemos —explicó Eddie.

Las campanillas sonaban más fuerte que nunca y soltó un gruñido. Las palabras del contrato se desdibujaban frente a él. Eddie entrecerró los ojos para recomponer los caracteres impresos:

... identificado con el número de Parcela 298 y el número de Sección 19, situado en Manhattan, Nueva York, entre la calle Cuarenta y seis y la Segunda avenida, y Sombra Corporation, empresa que lleva a cabo actividades comerciales en el estado de Nueva York.

A fecha de hoy, 15 de julio de 1976, Sombra entrega la suma de 100.000,00 dólares a fondo perdido a Calvin Torre, quien acusa recibo de la misma en relación con dicha propiedad. Teniendo en cuenta lo arriba estipulado, Calvin Torre acuerda no...

El 15 de julio de 1976. De eso no hacía ni un año.

Eddie sintió que la oscuridad caía sobre ellos y trató de almacenar en la memoria el resto del documento a través de los ojos; suficiente, quizá, para comprender qué estaba ocurriendo allí. Si lo conseguía, al menos sería un paso más para acabar de dilucidar cómo les afectaba a ellos todo aquello.

«Si las campanillas no me vuelven loco. Si las cosas que acechan en la oscuridad no se nos zampan en el camino de vuelta.»

—¡Eddie!

Era Jake. Y estaba aterrorizado, a juzgar por su tono. Eddie no le hizo caso.

... Calvin Torre acuerda no vender, arrendar o gravar la propiedad en ningún otro modo durante un período de un año a contar desde la fecha anteriormente señalada y con cese en 15 de julio de 1977. Se entiende que Sombra Corporation tendrá derecho de compra sobre la susodicha propiedad, tal como se cita con anterioridad.

Durante el período acordado, Calvin Torre conservará y protegerá el interés manifestado por Sombra Corporation en la anteriormente citada Propiedad y no permitirá derechos de retención u otros gravámenes...

Había más, pero las campanillas se volvieron insoportables, atronadoras. Por un instante, Eddie comprendió —mierda, casi consiguió verlo— lo ralo que se había vuelto ese mundo. Casi seguro que todos los mundos. Tan ralo y ajado como la tela de sus téjanos. Alcanzó a ver una última línea del contrato:

... si se cumplen dichas condiciones, tendrá derecho a vender la propiedad a Sombra o a cualquier otro grupo.

Segundos después, las palabras desaparecieron, todo desapareció, arremolinándose en un

torbellino negro. Jake se asió al cinturón de Eddie con una mano y agarró a Acho con la otra. Acho ladraba desahogado y Eddie volvió a tener una visión confusa de Dorothy engullida por un tornado y transportada a la Tierra de Oz.

Sí que había cosas en la oscuridad: contornos amenazadores tras extraños ojos fosforescentes, el tipo de cosas que se ven en las películas sobre la exploración de las profundas fosas abisales del fondo oceánico. Salvo que en esas películas, los exploradores siempre iban dentro de una campana de inmersión de acero, mientras que Jake y él...

Las campanillas alcanzaron un volumen ensordecedor. Eddie creyó verse arrojado de cabeza al mecanismo del Big Ben mientras el reloj anunciaba la medianoche. Gritó sin oírse. Y a continuación todo desapareció, absolutamente todo —Jake, Acho, el Mundo Medio—, y él flotaba en algún lugar más allá de las estrellas y las galaxias.

—¡Susannah! —gritó—. ¿Dónde estás, Suze?

No hubo respuesta. Solo oscuridad.

**III
MÍA**

UNO

Érase una vez que se era, allá por los años sesenta (antes de que el mundo se moviera), una mujer llamada Odetta Holmes, una joven agradable con verdadera conciencia social. Era una muchacha sana, atractiva y siempre dispuesta a salir en defensa del prójimo (o de la prójima). Sin ni siquiera darse cuenta, aquella mujer compartía su cuerpo con una criatura mucho menos agradable, llamada Detta Walker. A Detta le importaba una puta mierda el prójimo (o la prójima). Rea de Cos se habría identificado con Detta y la hubiera considerado su hermana. Al otro lado del Mundo Medio, Roland de Gilead, el último pistolero, había invocado a aquella mujer dividida y había creado a una tercera que era, con mucho, mejor y más fuerte que cualquiera de las dos anteriores. Aquella era la mujer de la que Eddie Dean se había enamorado. Ella lo consideraba su marido y, por tanto, había adoptado el apellido paterno de Eddie. Como se había perdido las luchas feministas de las últimas décadas, lo hizo sin mayor remordimiento de conciencia. Si no se hacía llamar Susannah Dean con orgullo y felicidad a partes iguales, se debía únicamente a que su madre le había enseñado que el orgullo precede a la caída.

Ahora había una cuarta mujer nacida a partir de la tercera en otro momento de crisis y cambio. Poco le importaban Odetta, Detta o Susannah; poco le importaba nada excepto el chaval que estaba en camino. El chaval necesitaba que lo alimentaran y el salón de banquetes estaba cerca. Aquello era lo que importaba, lo único que importaba.

Aquella nueva mujer, en todos los aspectos tan peligrosa como lo había sido Detta

Walker, aunque a su manera, era Mia. No respondía al apellido del padre de ningún hombre, solo a la palabra que en la Alta Lengua significa «madre».

DOS

Caminaba despacio por largos pasillos de piedra hacia el lugar del banquete. Pasó junto a las estancias en ruinas, las naves y los nichos vacíos, galerías olvidadas cuyos aposentos devolvían el eco aunque ninguno era el que buscaba. En algún lugar de aquel castillo descansaba un viejo trono bañado en sangre de otros tiempos. En algún lugar, las escaleras conducían a criptas de huesos emparedados que solo los dioses sabían hasta dónde se hundían en la tierra. Y, sin embargo, allí había vida; vida y comida succulenta. Mia era muy consciente de aquello, igual de consciente que del roce de las piernas que la sustentaban con la bufada falda de varias capas. Comida succulenta. Vida para ti y para tu cosecha, como rezaba el dicho. Estaba muy hambrienta. ¡Pues claro! ¿Acaso no tenía que comer por dos?

Llegó a una amplia escalera. Un ruido, apagado pero potente, llegó hasta ella: el ritmo acompasado de motores slotrans enterrados en la tierra, bajo las criptas más profundas. Poco le importaban a Mia, ni aquello ni la North Central Positronics, Ltd. que los había construido y puesto en funcionamiento decenas de miles de años atrás. Poco le importaban los ordenadores dipolares ni las puertas ni los Haces ni la Torre Oscura que se alzaba en el centro de todo.

Lo que le importaba eran los olores. Llegaron hasta ella con un golpe de viento, contundentes y sabrosos. Pollo, salsa de carne, cerdo asado recubierto por su piel crujiente y tostada. Platos de ternera sanguinolenta, tornos de quesos cremosos, enormes langostinos de Calla Fundy que parecían rechonchas comas anaranjadas. Pescado troceado de ojos negros y mirada extraviada y el vientre lleno a rebosar de salsa. Vasijas enormes de jambalaya y fanata, el tremendo guiso de caldo largo del lejano sur. ¡Añade a todo esto un centenar de frutas y un millar de dulces y aún así ni habrías comenzado! ¡Estarías en los aperitivos! ¡En los primeros bocados del primer plato!

Mia bajó la escalera a toda prisa, la piel de la palma de la mano rozaba con suavidad la barandilla y los pequeños pies resbaladizos triscaban sobre los escalones. En una ocasión había soñado que un hombre perverso la empujaba a las vías del metro y que le habían amputado las piernas hasta la rodilla. Pero los sueños eran una memez. Sus pies estaban allí y las piernas sobre ellos, ¿no? ¡Sí! Igual que el bebé en su vientre. El chaval quería que lo alimentasen. Estaba hambriento, y ella también.

TRES

Desde el pie de la escalera arrancaba un ancho pasillo recubierto de mármol negro que

recorría casi treinta metros hasta unas enormes puertas dobles. Mia se apresuró en aquella dirección. Veía su reflejo flotando a sus pies y las teas eléctricas ardiendo en las profundidades del mármol como antorchas bajo el agua. No obstante, no vio al hombre que la seguía, al que descendía la amplia curva de la escalera no con zapatos de salón, sino con unas botas viejas muy castigadas. Llevaba unos téjanos desteñidos y una camisa de algodón a cuadros en vez del atuendo palaciego. Un revólver, una pistola con empuñadura de sándalo desgastada, le colgaba en el costado izquierdo, en la funda trabada con cuero sin curtir. Tenía el rostro moreno y surcado de arrugas. El cabello era negro, aunque estaba poblado de abundantes hebras blancas. Los ojos eran el rasgo más llamativo. Eran azules, fríos y tranquilos. Detta Walker jamás había temido a nadie, ni siquiera a aquel hombre, aunque sí aquellos ojos de pistolero.

Había un vestíbulo justo antes de las puertas dobles. El suelo estaba recubierto de baldosas cuadradas de mármol rojas y negras. En las paredes forradas de madera colgaban retratos ajados de viejos señores y damas. En el centro se alzaba una estatua de mármol rosa y acerocromo entrecruzado que representaba a un caballero andante blandiendo en lo alto lo que podría haber sido una espada corta o un revólver. Aunque el rostro apenas se distinguía—el escultor no había hecho más que esbozar las facciones—, Mia creía saber de quién se trataba. Quién tenía que ser por fuerza.

—Os saludo, Arthur Eld —dijo, e hizo una profunda reverencia—. Os ruego que bendigáis lo que voy a tomar en beneficio propio. Y en el de mi chaval. Os deseo buenas noches.

No podía desearle largos días en la tierra porque sus días —y los de la mayoría de su estirpe— habían concluido. En su lugar se tocó los labios sonrientes con la punta de los dedos y le envió un beso. Una vez cumplido el protocolo, entró al comedor.

Aquella sala hacía casi cuarenta metros de ancho y setenta de largo. Brillantes antorchas eléctricas en soportes de cristal se alineaban a ambos lados. Cientos de sillas montaban guardia en su sitio alrededor de una enorme mesa de fustafierro repleta de manjares tanto fríos como calientes. Frente a cada silla había un plato blanco con una delicada filigrana azul, una vajilla para ocasiones especiales. Las sillas estaban vacías, los platos para ocasiones especiales estaban vacíos y las copas de vino estaban vacías, aunque el vino para llenarlas descansaba en cubos dorados dispuestos a intervalos en la mesa, fríos y listos. Era como sabía que sería, tal como lo había visto en sus ensueños más complacientes y nítidos, tal como lo había encontrado una y otra vez, y tal como lo encontraría siempre que ella (y el chaval) lo necesitaran. Allí donde ella se encontrase, el castillo estaría cerca. Y si olía a humedad y a fango rancio, ¿a ella qué? Si de entre las sombras de debajo de la mesa procedían ruidos de algo que se escabullía —tal vez de ratas o, incluso, de comadreja—, ¿por qué tendría que preocuparse? Sobre la mesa, todo era opulento y luminoso, aromático, succulento y estaba en su punto. Que las sombras bajo la mesa se preocuparan de ellas mismas. Aquello no era asunto suyo, no, suyo seguro que no.

—¡Aquí está Mia, hija de nadie! —anunció alegre y a voz en grito a la estancia silenciosa cargada de sus cientos de aromas de carnes, salsas, cremas y frutas—. ¡Tengo hambre y voy a alimentarme! Es más, ¡voy a alimentar a mi chaval! ¡Si alguien tiene algo en contra, que dé un paso al frente! ¡Que lo vea bien y que él me vea a mí!

Nadie dio un paso al frente, claro está. Quienes una vez podrían haber disfrutado de un banquete allí mismo, hacía tiempo que habían desaparecido. Lo único que quedaba en aquellos momentos era el profundo y adormecedor compás de los motores slotrans (y aquellos ruiditos apagados y molestos de algo en dispersión procedentes de la Tierra de la Inframesa). A sus espaldas, el pistolero observaba inmóvil y en silencio. No era la primera vez. No veía ningún castillo, pero la veía a ella; la veía muy bien.

—¡Quien calla otorga! —proclamó Mia. Apretó la mano contra su vientre que había comenzado a despuntar, a curvarse. A continuación, soltó una carcajada y gritó—: ¡Ea, que así sea! ¡Aquí está Mia para darse un festín! ¡Que le aproveche tanto a ella como al chaval que crece en su interior! ¡Que les aproveche!

Y vaya si se dio un festín, aunque nunca quieta en el mismo sitio ni comiendo en los platos. Odiaba los platos, la vajilla para ocasiones especiales azul y blanca. No sabía por qué y tampoco

le preocupaba averiguarlo. Lo único que le importaba era la comida. Recorrió la mesa como una mujer ante el buffet más grande del mundo, cogiéndolo todo con los dedos y metiéndoselo en la boca, a veces masticando la carne caliente y tierna directamente del hueso antes de devolver las porciones a las bandejas. De vez en cuando no acertaba y los pedazos de carne rodaban por el mantel de lino blanco e iban dejando lamparones de jugo como si se tratara de las manchas de una hemorragia nasal. Uno de aquellos pedazos rodantes de carne asada volcó una salsera. Otro se estampó contra una fuente de cristal llena de mermelada de arándano. Un tercero rodó limpiamente por el mantel hasta caer por el otro extremo. Mia oyó que algo lo arrastraba debajo de la mesa, a ese ruido le siguió una breve riña desgañifada y un aullido de dolor cuando algo hundió los dientes en alguna otra cosa. A continuación, se hizo el silencio. Sin embargo, duró poco pues lo interrumpieron las carcajadas de Mia. Se limpió los dedos grasientos en el pecho, despacio, disfrutando de las manchas de la mezcla de carnes y jugos que se extendían sobre la costosa seda, de las colmadas curvas de sus pechos y del tacto de sus pezones bajo las puntas de los dedos: rugosos, duros y excitados.

Recorrió la mesa sin prisa, charlando consigo misma con infinidad de voces diferentes, elaborando una especie de cháchara excéntrica.

—¿Qué, cómo les va la cosa, cielo?

—Ah, les va bien, muchas gracias por preguntar, Mia.

—¿En serio crees que Oswald trabajaba solo cuando disparó a Kennedy?

—Ni en un millón de años, cariño. Aquello fue un trabajito de la CÍA. De ellos o de esos blancuchos forraos del ferrocarril de Alabama.

—Bombingham, Alabama, cielo, ¿no es cierto?

—¿Has oído el nuevo disco de Joan Baez?

—Dios, sí, ¿a que canta como los ángeles? He oído que Bob Dylan y ella van a casarse...

Etcétera, etcétera... Cotorreando sin parar. Roland oyó la voz educada de Odetta y las blasfemias ásperas aunque ricas en matices de Detta. Oyó la voz de Susannah, así como la de muchas otras. ¿Cuántas mujeres habría en su cabeza? ¿Cuántas personalidades, formadas y por formar? Observaba, por encima de los platos vacíos que no estaban allí y las copas vacías (tampoco presentes), cómo comía directamente de las fuentes, cómo lo masticaba todo con el mismo deleite ávido, cómo el rostro iba adquiriendo poco a poco el brillo de la grasa, cómo el corpiño del vestido (que él no veía, pero presentía) se oscurecía cuando ella se limpiaba los dedos una y otra vez, estrujando la tela, apretándola contra sus pechos... Aquellos movimientos eran demasiado claros como para no reconocerlos. Y cada vez que se detenía, antes de ponerse de nuevo en marcha, hacía un ademán en el aire vacío frente a ella y arrojaba al suelo un plato que él no veía, a los pies, o por encima de la mesa contra una pared que debía existir en su sueño.

—¡Toma! —gritaba con la voz desafiante de Detta Walker—. ¡Toma, Mujer Azul, vieja asquerosa, lo he vuelto a romper! Me he cargao tu mierdaplato. ¿Y ahora qué dices, eh? ¿Ahora qué dices?

Luego, dando un paso hacia el siguiente plato, emitía una pequeña y agradable, aunque comedida, risa cantarina y les preguntaba a menganito y a zutanita cómo le iba a su chaval allí, en Morehouse, y que si no era maravilloso contar con una escuela tan buena para gente de color, si no era «¡lo mejor de lo mejor!». Y cómo está tu madre, corazón. Oh, vaya, lo siento, todos rezaremos para que se recupere pronto.

Se estiró hacia los platos imaginarios sin dejar de hablar. Cogió una sopera enorme a rebosar de brillantes huevas de pescado negras y cáscaras de limón. Sumergió la cabeza en la sopera como un cerdo que sumerge la cabeza en un abrevadero y engulló. Volvió a alzar la cara, sonriendo con delicadeza y recato a la luz de las antorchas eléctricas mientras las huevas de pescado relucían sobre su piel morena como si se tratara de sudor negro, le moteaban las mejillas y la frente, y se acomodaban alrededor de la nariz como coágulos de sangre («Sí, creo que hacemos muchos progresos; gente como ese Bull Connor ya hace años que está a la sombra, y la mejor venganza es que lo saben»). Arrojó la sopera hacia atrás, lanzándola por encima de la cabeza como una jugadora de voleibol enloquecida, mientras parte de las huevas le llovían sobre

el cabello (Roland casi lo vio), y cuando la sopera se hizo añicos contra la piedra, su rostro educado de «¿Verdad que es una fiesta maravillosa?» se crispó en un macabro gruñido de Detta Walker y se puso a chillar: «¡Toma, Mujer Azul, vieja asquerosa!, ¿qué te parece? Anda y embúchate un poco de ese caviar por el chocho reseco que tienes, ¡anda y métetelo! ¡Ahora mismo! ¡Eso estaría bien! ¡No te digo!».

Y pasó al siguiente plato, y al siguiente, y al siguiente. Se alimentaba en la gran sala de banquetes. Se alimentaba ella y alimentaba a su chaval. En ningún momento se volvió para mirar a Roland. En ningún momento se percató de que aquel lugar, en rigor, ni siquiera existía.

CUATRO

Cuando los cuatro (cinco, si se incluía a Acho) se acostaron tras el festín de los bollos de bola, Eddie y Jake ya estaban alejados de la mente y las preocupaciones de Roland; su concentración se centraba en Susannah. El pistolero estaba bastante seguro de que aquella noche volvería a deambular y de que él volvería a seguirla, la seguiría cuando lo hiciera. No para descubrir qué se traía entre manos; eso lo sabía de antemano.

No, su principal objetivo era protegerla.

A media tarde, más o menos cuando Jake había vuelto con las manos llenas de comida, Susannah había comenzado a manifestar señales que Roland conocía: frases breves a medio pronunciar, movimientos demasiado bruscos para ser gráciles, cierta tendencia inconsciente a frotarse la sien o por encima de la ceja izquierda, como si le doliera en aquel lugar. ¿Eddie no había advertido los indicios?, se preguntaba Roland. En realidad, Eddie era un observador bastante torpe cuando Roland lo conoció; sin embargo, había cambiado mucho desde entonces y...

Y la quería. La amaba. ¿Cómo podía ser que no viera lo que Roland veía? Las señales no eran tan obvias como lo habían sido en la playa, a la orilla del mar del Oeste, cuando Detta se estaba preparando para dar el salto final y arrebatarse el control a Odetta, pero estaban allí, de eso no cabía duda alguna y, además, no se diferenciaban demasiado.

Por otro lado, la madre de Roland tenía un dicho: «El amor es ciego». Podría ser que lo único que le sucediera a Eddie era que estaba demasiado unido a ella para verlo. «O no quiere hacerlo —pensó Roland—. No quiere enfrentarse a la idea de que podríamos tener que pasar por lo mismo otra vez. Que podríamos tener que obligarla a que su naturaleza dividida y ella se enfrentaran.»

No obstante, en aquella ocasión no se trataba de ella. Roland lo llevaba sospechando desde hacía tiempo —de hecho, desde antes de garlar con la gente de Paso del Río—, y ahora lo sabía. No, no se trataba de ella.

Así que se había estirado junto a sus compañeros, escuchando el ritmo acompasado de sus respiraciones a medida que uno a uno caían en un profundo sueño: Acho, luego Jake, a continuación Susannah, y Eddie el último.

Bueno... tal vez el último no. Apagado, muy apagado, Roland oyó el murmullo de una conversación mantenida por la gente al otro lado de la colina que se alzaba al sur; por los que los seguían y observaban. Lo más probable es que estuvieran armándose de valor para dar un paso adelante y darse a conocer. Roland tenía un oído muy fino, aunque no lo suficiente como para captar lo que estaban diciendo. Tal vez se intercambiaron una docena de frases susurradas antes de que alguien los chistara para acallarlos. Se hizo el silencio, salvo por el débil aullido intermitente del viento en la copa de los árboles. Roland permaneció inmóvil, contemplando una cerrazón en la que no brillaban las estrellas, a la espera de que Susannah se levantara. Y al final lo hizo.

Sin embargo, antes de que eso ocurriera, Jake, Eddie y Acho entraron en exotránsito.

CINCO

Roland y sus compañeros sabían del exotránsito (lo único que se sabía) por Vannay, el tutor de la corte en aquel tiempo ya pasado, cuando eran jóvenes. Al principio, habían formado un quinteto: Roland, Alain, Cuthbert, Jamie y Wallace, el hijo de Vannay. Wallace, de viva inteligencia, pero de naturaleza enfermiza, había muerto a causa del mal caduco, a veces llamado

mal del rey. Por tanto se habían quedado en cuatro y bajo el manto del ka-tet verdadero. Vannay también lo sabía y sin duda esa certeza formaba parte de su pesar.

Cort les enseñó a navegar guiándose por el sol y las estrellas; Vannay les descubrió la brújula, el cuadrante, el sextante y les impartió las matemáticas necesarias para utilizarlos. Cort los inició en la lucha. Vannay los instruyó para evitarla mediante la historia, los problemas de lógica y las lecciones sobre lo que llamaba «las verdades universales». Cort los preparó para matar si tenían que hacerlo. Vannay, con su sonrisa relajada y benévola, aunque distraída, les descubrió que la violencia empeoraba los problemas en vez de resolverlos. La llamaba «la estancia vacía», en la que los sonidos reales se veían distorsionados por el eco.

Les impartió física (lo que se sabía). Les impartió química (lo que quedaba de ella). Les enseñó a acabar frases del tipo: «Ese árbol es como un...», «Cuando corro me siento tan feliz como un...» y «No pudimos evitar reírnos porque...». Roland odiaba aquellos ejercicios, pero Vannay no permitía que se los saltara.

—Tu imaginación es pobre, Roland —observó su tutor en una ocasión. Roland debía de tener unos once años por entonces—. No voy a dejar que la hambrees y la hagas aún más pobre.

Les instruyó en las Siete Esferas de la Magia, aunque se negó a confesar si creía en alguna de ellas. Roland creyó recordar que Vannay había mencionado el exotransito de forma tangencial en alguna de aquellas lecciones. O tal vez había que escribirlo con mayúscula, tal vez sería Exotransito. Roland no lo sabía con seguridad. Sabía que Vannay había hablado de la secta de los mannis, viajeros de largas distancias. ¿No había mencionado también el Arco Iris del Mago?

Roland creía que sí, aunque por dos ocasiones había tenido la banda rosa del arco iris en sus manos, una siendo niño y otra ya de adulto, y aunque había viajado en ella en ambas ocasiones —con sus amigos en la segunda—, nunca había entrado en exotransito.

«Ya, pero ¿cómo lo sabes? —se preguntó a sí mismo—. ¿Cómo lo sabes, Roland, una vez que has entrado?»

Porque Cuthbert y Alain se lo hubieran dicho, por eso.

«¿Estás seguro?»

Una sensación tan extraña como para no saber identificarla comenzó a invadir al pistolero —¿indignación?, ¿terror?, ¿tal vez incluso la sensación de haber sido traicionado?— cuando admitió que no, que no estaba seguro. Lo único que sabía era que la bola se lo había llevado a su interior y que había sido muy afortunado de salir ileso.

«Aquí no hay bola que valga», pensó, y de nuevo fue aquella otra voz, la áspera, el tono inclemente de su viejo y renqueante tutor cuyo pesar por su único hijo no conocía fin, la que respondió, y las palabras fueron las mismas:

«¿Estás seguro?»

«Pistolero, ¿estás seguro?»

SEIS

Comenzó con un chisporroteo apagado. En lo primero que pensó Roland fue en la fogata: alguno habría traído ramas verdes, las brasas las habrían alcanzado y las agujas producían ese sonido al arder. Sin embargo...

El ruido fue en aumento y se convirtió en una especie de zumbido eléctrico. Roland se incorporó y miró las brasas agonizantes. Abrió los ojos de par en par y se le aceleró el corazón.

Susannah le daba la espalda a Eddie y se había apartado un poco de él. Eddie se había estirado, igual que Jake. Sus manos se tocaban y, mientras Roland observaba, comenzaron a desvanecerse y a aparecerse ante sus ojos en una sucesión de bruscas pulsaciones. A Acho le ocurría lo mismo. Cuando se desvanecían, los sustituía un brillo apagado y gris que perfilaba los contornos y la postura de los cuerpos, como si algo les guardara el sitio en la realidad. Cada vez que regresaban, se oía aquel zumbido y los chisporroteos. Roland comprobó que sus párpados se estremecían sobre los activos globos oculares.

Estaban soñando... y algo más. Aquello era exotransito, el paso entre dos mundos. Se suponía que los mannis podían hacerlo. Y se suponía que partes del Arco Iris del Mago podían obligarte a hacerlo, tanto si querías como si no. Una parte de aquel en concreto.

«Podrían quedar atrapados en medio y caer —pensó Roland—. Vannay también nos lo dijo. Dijo que entrar en exotransito estaba lleno de peligros.»

¿Qué más había dicho? Roland no tuvo tiempo para ponerse a recordarlo porque en ese momento Susannah se incorporó, se enfundó los suaves forros de piel que Roland le había confeccionado para los muñones y luego, de un impulso, se subió a la silla de ruedas. Instantes después se dirigía hacia los árboles centenarios, hacia la vera del camino orientado al norte. Justo en dirección contraria al campamento de sus perseguidores; al menos eso era un alivio.

Roland se quedó un momento donde estaba, sin saber qué hacer. Al final, el único camino estuvo claro. No podía despertarlos mientras estuvieran en estado de exotransito; hacerlo los hubiera puesto en peligro. Lo único que podía hacer era seguir a Susannah, como ya lo había hecho otras noches, y esperar que no se metiera en problemas.

«También podrías aprovechar para pensar un poco en lo que va a ocurrir a continuación. —Era la voz áspera de Vannay cuando le echaba sermones. Por lo visto, ahora que había vuelto, su viejo tutor tenía intenciones de quedarse por allí una temporada—. El razonamiento nunca fue tu fuerte; sin embargo, tienes que hacerlo. Esperarás hasta que las visitas se den a conocer, claro está, hasta que estés seguro de lo que quieren, pero al final, Roland, tendrás que actuar. No obstante, primero, piensa. No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy.»

Sí, siempre era mejor no dejar para mañana lo que se podía hacer hoy.

Se oyó un nuevo y potente zumbido crepitante. Eddie y Jake habían vuelto. Jake estrechaba a Acho entre sus brazos antes de volver a desaparecer. En el lugar donde habían estado no quedó nada salvo un débil resplandor ectoplasmático. Bueno, no importaba. Su tarea consistía en seguir a Susannah. En cuanto a Eddie y Jake, ya habría agua si Dios así lo quería.

«¿Y si vuelves y ellos han desaparecido? A veces ocurre, eso decía Vannay. ¿Qué vas a decirle a Susannah si se despierta y ve que no están ninguno de los dos, ni su marido ni su hijo adoptivo?»

Era algo de lo que no podía preocuparse en esos momentos. En esos momentos tenía que preocuparse de Susannah, mantener a salvo a Susannah.

SIETE

Al norte del camino, los ancianos árboles de troncos inabarcables se alzaban a una distancia considerable los unos de los otros. Sus ramas se entrelazaban y creaban un frondoso dosel sobre las cabezas, pero a ras de tierra había espacio suficiente para la silla de ruedas de Susannah por lo que esta avanzaba a gran velocidad, abriéndose camino entre los enormes fustaferreros y pinos, rodando cuesta abajo sobre la fragante hojarasca de agujas y mantillo.

«Susannah, no. Ni Detta u Odetta. Esta se hace llamar Mia.»

Por Roland como si se hacía llamar Reina de los Días Verdes, siempre y cuando regresara sana y salva, y los otros dos estuvieran allí cuando lo hiciera.

Comenzó a oler a vegetación más lozana y fresca —carrizos y plantas acuáticas—, acompañado del olor a fango, del chapoteo de las ranas, del saludo sarcástico —¡juú, uú!— de una lechuga, del chapuzón de algo que saltaba al agua... A aquello le siguió un chillido agónico de algo que perdía la vida; tal vez el asaltante, tal vez el asaltado. El sotobosque comenzó a brotar en medio de la hojarasca; al principio, como pequeñas motitas; luego, ahogándola. El dosel formado por las copas de los árboles comenzó a clarear. Los mosquitos y las moscardas zumbaban. Los basureros hilvanaban el aire. Los olores de la ciénaga se intensificaron.

Las ruedas de la silla habían avanzado sobre la hojarasca sin dejar rastro. A medida que la hojarasca fue dando paso a un caos de maleza, Roland comenzó a ver ramitas quebradas y hojas arrancadas que indicaban su paso. Luego, cuando llegó a un terreno más o menos llano y bajo, las ruedas comenzaron a hundirse en una tierra cada vez más blanda. Veinte pasos más allá, Roland empezó a ver que el líquido se filtraba en las rodadas. Sin embargo, ella era demasiado lista como para quedarse varada... demasiado habilidosa. Veinte pasos más allá de la primera señal de filtración, se topó con la silla de ruedas, abandonada. Sobre el asiento se encontraban los pantalones y la camisa. Se había adentrado desnuda en la ciénaga salvo por las fundas de piel que le cubrían los muñones.

Allí abajo jirones de bruma pendían sobre los charcos de agua estancada. Aquí y allí se alzaban montículos cubiertos de hierba y en uno de ellos, atado mediante un cable a un tronco muerto que había sido plantado derecho, descansaba lo que Roland, a primera vista, tomó por un espantapájaros. Cuando se acercó un poco más, comprobó que se trataba de un esqueleto humano. El cráneo revelaba una hendidura en la frente que dibujaba un triángulo de oscuridad entre las vigilantes cuencas. No cabía duda de que algún tipo de garrote primitivo para fines bélicos había sido la causa de aquella herida, y que los perpetradores habían dejado el cuerpo (o su espíritu errante) atrás para señalar la frontera del territorio de alguna tribu. Además, era muy probable que hiciera mucho tiempo que estuvieran muertos o que se hubieran trasladado, pero la prudencia siempre era una virtud. Roland desenfundó su pistola y continuó tras la mujer, de montículo en montículo, estremeciéndose cada vez que una punzada de dolor le acuchillaba la cadera derecha. Seguirle la pista requirió de toda su concentración y agilidad en gran parte porque ella no compartía con Roland la pretensión de mantenerse tan seco como le fuera posible. Susannah estaba tan desnuda como una sirena y se movía como tal, igual de cómoda entre los detritos y el lodo de la ciénaga como sobre la tierra seca. Se arrastraba por los montículos más pronunciados y se deslizaba por el agua estancada entre ellos, deteniéndose de vez en cuando para arrancarse las sanguijuelas. En la oscuridad, caminar y patinar parecían fundirse en un único movimiento deslizante tan perturbador como inquietante.

Susannah continuó unos cuatrocientos metros a través de lo que iba convirtiéndose en un lodazal mientras el pistolero la seguía con paciencia a sus espaldas. Roland trataba de hacer el menor ruido posible, aunque dudaba que fuera necesario; la parte de ella que veía, sentía y pensaba estaba muy lejos de allí.

Al final se detuvo, se incorporó sobre sus piernas cercenadas y se cogió a ambos lados de unas enredaderas resistentes para mantener el equilibrio. Oteó más allá de la superficie negra del pantano con la cabeza en alto y los músculos en tensión. El pistolero no consiguió distinguir si el pantano era grande o pequeño, las orillas se perdían en la bruma. Sin embargo, rezumaba luz; una especie de radiación apagada y difusa que parecía mecerse bajo la superficie del agua y que tal vez emanaba de troncos sumergidos que iban pudriéndose lentamente.

Susannah se quedó allí, inspeccionando aquel pantano forestal de detritos acumulados como si se tratara de una reina inspeccionando un... ¿Un qué?, ¿qué veía?, ¿un salón de banquetes? Aquello fue lo que él llegó a creer. A ver, casi. Como si la mente de ella se lo hubiera susurrado y además encajaba con lo que ella hacía y decía. El salón de banquetes era el truco ingenioso que su mente había utilizado para mantener a Susannah apartada de Mia, del mismo modo que había mantenido a Odetta apartada de Detta todos aquellos años. Mia podría tener muchas razones para desear que su existencia se mantuviera en secreto, pero sin duda alguna la más importante de todas tenía que ver con la vida que llevaba en su interior.

El chaval, lo llamaba ella.

Con una brusquedad que no dejó de sorprenderlo (a pesar de que ya lo había visto con anterioridad), ella comenzó a cazar, deslizándose en un silencio espeluznante sin chapoteo alguno, primero por la orilla del pantano y luego adentrándose cada vez más en él. Roland la observaba con una expresión horrorizada a la par que lujuriosa al tiempo que ella se abría camino entretejiendo y zigzagueando por entre los juncos y las matas de hierbas. En vez de arrancarse las sanguijuelas del cuerpo y arrojarlas lejos de sí, se las llevó a la boca a modo de caramelos. Los músculos de las piernas se tensaron. Su piel morena brillaba como si se tratara de seda mojada. Cuando Susannah se volvió (Roland se había ocultado detrás de un árbol y se había convertido en una sombra más), este distinguió con claridad la hinchazón de sus pechos.

El problema, por descontado, no se limitaba «al chaval». También estaba Eddie. «¿Se puede saber qué cojones te pasa, Roland? —oyó que le decía—. El niño podría ser nuestro. Es decir, no sabes que no es así. Sí, ya, ya sé que algo la poseyó mientras tirábamos de Jake, pero eso no tiene por qué significar que...»

«Etcétera, etcétera, bla, bla, bla», como diría Eddie. Y ¿por qué? Porque la amaba y quería al niño de su unión. Y porque discutir era algo tan natural para Eddie Dean como respirar. Igual

que Cuthbert.

Entre los carrizos, la mujer desnuda proyectó la mano hacia delante y atrapó una rana de un tamaño considerable. La estrujó, el batracio reventó y las tripas y un saco brillante de huevos le chorrearon por los dedos. La cabeza le estalló. Se lo llevó a la boca y lo devoró con avidez mientras las patas traseras verdiblanco seguían estremeciéndose. Se relamió la sangre y los brillantes rollitos de pellejo de los nudillos. A continuación, hizo el gesto de arrojar algo al suelo y gritó «¿Qué te parece, Mujer Azul asquerosa?» con una voz grave y gutural que hizo estremecer a Roland. Era la voz de Detta Walker. La Detta más infame y tarada.

Apenas sin detenerse, siguió avanzando en busca de algo. Lo siguiente fue un pez pequeño, luego otra rana y, a continuación, el premio gordo: una rata de agua que comenzó a chillar, a retorcerse y a tratar de morderla. La exprimió hasta dejarla sin vida y se la llevó a la boca con garras incluidas. Segundos después inclinó la cabeza hacia delante y regurgitó las sobras: una masa ensortijada de pelo y astillas de huesos.

«Entonces enséñale esto, asumiendo que Jake y él vuelvan de la aventura en la que se encuentren, claro. Y dile: "Sé que se supone que las mujeres tienen antojos extraños cuando están embarazadas, Eddie, pero esto ¿no te parece demasiado extraño? Mírala, rebuscando entre los juncos y la bruma como una especie de caimán humano. Mírala y dime que lo está haciendo para alimentar a tu hijo. A un niño humano".»

Seguiría llevándole la contraria y Roland lo sabía. Lo que ignoraba era lo que la propia Susannah haría cuando Roland le dijera que estaba gestando algo a lo que se le antojaba carne cruda en mitad de la noche. Y por si eso fuera poco, encima estaba lo del exotransito. Y los extraños que los seguían. Aunque los extraños eran el menor de sus problemas. De hecho, su presencia incluso lo reconfortaba. No sabía qué querían y, sin embargo, lo sabía. Había topado con ellos antes, muchas veces. En el fondo, todos querían lo mismo.

OCHO

La mujer que se llamaba a sí misma Mia comenzó a hablar mientras cazaba. Roland también estaba familiarizado con aquella parte del ritual; no obstante, no por eso consiguió evitar un estremecimiento. La tenía delante y aún así le seguía siendo difícil creer que todas aquellas voces diferentes provinieran de una misma garganta. Se preguntó a sí misma cómo estaba. Se respondió que bien, que se lo agradecía «mu» mucho. Habló de alguien llamado Bill, o tal vez fuera Bull. Se interesó por la madre de alguien. Le preguntó a alguien sobre un lugar llamado Morehouse y a continuación, con una voz grave y áspera —una voz de hombre sin duda alguna— se respondió que ella ni iba a Morehouse ni a morenada. Recibió la respuesta con carcajadas estridentes, de modo que debió de ser una especie de chiste. Se presentó varias veces (como lo había hecho otras noches) como Mia, un nombre que Roland conocía bien de su vida pasada en Gilead. Era, prácticamente, un nombre sagrado. En dos ocasiones hizo reverencias alzando una falda invisible y al pistolero le había dado un vuelco el corazón: la primera vez que había visto aquel tipo de reverencia había sido en Mejis, ciudad a la que sus padres lo habían enviado a él y a sus amigos, Alain y Cuthbert.

Mia se abrió camino de vuelta a la orilla del
(salón)

pantano, reluciente y empapada. Allí permaneció inmóvil unos cinco minutos que acabaron por convertirse en diez. La lechuza volvió a ulular su saludo burlón —¡uú!— y, como si respondiera a este, la luna apareció entre las nubes para echar un breve vistazo. Cuando lo hizo, también desapareció parte del instinto de ocultación entre las sombras de alguna sabandija que trató de superar a la mujer a la carrera. Ella la atrapó con suma destreza y hundió la cara en su vientre convulso. Se oyó un crujido húmedo seguido de varios mordiscos viscosos. Alzó los despojos al claro de luna con las manos y las muñecas tintadas de sangre. A continuación lo tronchó en dos partes y engulló los restos. Soltó un rotundo eructo y se dejó rodar hasta el agua. En aquella ocasión se oyó un buen chapuzón y Roland supo que el banquete de aquella noche había llegado a su fin. Incluso había engullido algunos basureros tras atraparlos sin esfuerzo alguno en el aire. Roland deseó con todas sus fuerzas que nada de lo que había comido la

enfermara. Hasta el momento, nada lo había hecho.

Mientras ella se acicalaba y se limpiaba como podía el barro y la sangre, Roland volvió sobre sus pasos poniendo los cinco sentidos y haciendo caso omiso del dolor cada vez más recurrente de su cadera. Ya la había visto llevar a cabo aquel ritual en tres ocasiones aunque una le había bastado para comprender la espeluznante agudeza de sus sentidos cuando se encontraba en aquel estado.

Se detuvo junto a la silla de ruedas y miró en derredor para cerciorarse de que no dejaba ningún rastro tras él. Advirtió una pisada de bota, la borró y la cubrió con unas cuantas hojas para asegurarse. No demasiadas; demasiadas hubiera sido peor que ninguna. Una vez hecho aquello, se dirigió hacia el camino y el campamento sin prisa alguna. Ella se entretendría un rato en su higiene personal antes de continuar. Se preguntó qué vería Mia mientras limpiaba la silla de ruedas de Susannah. ¿Una especie de carrito motorizado? No importaba. Lo que sí importaba era su inteligencia. Si él no se hubiera despertado porque tenía ganas de orinar justo cuando ella emprendía una de sus primeras expediciones, lo más probable es que siguiera sin saber nada de sus cazas nocturnas. Y se le suponía cierta habilidad para esas cosas.

«No tanta como la de ella, gusano.» Vaya, por si el fantasma de Vannay fuera poco, allí estaba Gort para sermonearlo. «Ya te lo ha demostrado antes, ¿no?»

Sí. Le había demostrado habilidad como tres mujeres. Y ahora estaba aquella cuarta.

NUEVE

Cuando Roland vio el claro entre los árboles frente a él —el sendero que habían estado siguiendo y el lugar donde habían acampado para pasar la noche—, hizo dos largas y profundas inspiraciones.

«Habrà agua si Dios quiere —se recordó—. Sobre las grandes cuestiones, Roland, no tienes ni voz ni voto.»

Una verdad poco reconfortante, en especial para un hombre con un cometido como el suyo, aunque hubiera aprendido a vivir con él.

Volvió a tomar una última inspiración y salió del bosque. Dejó escapar el aire en un prolongado suspiro de alivio cuando vio a Eddie y a Jake tumbados junto al fuego apagado y profundamente dormidos. La mano derecha de Jake, entrelazada con la izquierda de Eddie cuando el pistolero había seguido a Susannah fuera del campamento, ahora rodeaba el cuerpo de Acho.

El brambo abrió un ojo y miró a Roland. Luego lo volvió a cerrar.

Roland no la oyó volver, pero de todos modos sintió su presencia. Se tumbó con rapidez, de medio lado, y ocultó su rostro bajo la parte interior del codo. Desde aquella posición contempló la escena cuando la silla de ruedas salía del bosque. La había limpiado con rapidez, pero con eficacia. Roland no consiguió distinguir ni una sola mancha de barro. Los radios brillaban bajo la luz de la luna.

Aparcó la silla donde la había encontrado, se dejó resbalar con su gracilidad habitual y se dirigió hacia donde descansaba Eddie. Roland observó con cierta angustia cómo se aproximaba a la silueta durmiente de su marido. Pensó que cualquiera que hubiera conocido a Detta Walker la habría sentido porque la mujer que se hacía llamar «madre» se asemejaba demasiado a lo que había sido Detta.

Inmóvil por completo, como alguien durmiendo la mona más profunda, Roland se preparó para actuar.

A continuación, ella retiró hacia atrás el cabello de la cara de Eddie y lo besó en la depresión de la sien. La ternura que revelaba aquel gesto le dijo al pistolero todo lo que necesitaba saber. Dormir no entrañaba peligro. Cerró los ojos y dejó que la oscuridad se apoderara de él.

IV
GARLA

UNO

Cuando Roland se despertó por la mañana, Susannah seguía dormida, pero Eddie y Jake estaban en pie. Eddie había encendido un fuego sobre los restos grisáceos del anterior. El chico y él estaban sentados uno al lado del otro para entrar en calor, dando cuenta de lo que Eddie llamaba burritos de pistolero. Ambos parecían preocupados y nerviosos.

—Roland —lo llamó Eddie—, creo que deberíamos hablar. Anoche nos pasó algo...

—Lo sé —lo interrumpió Roland—. Lo vi. Entrasteis en exotransito.

—¿Exotransito? —preguntó Jake—. ¿Qué es eso?

Roland se dispuso a explicárselo, pero a continuación sacudió la cabeza.

—Si vamos a garlar, Eddie, será mejor que despiertes a Susannah. Así no tendré que volver a repetirlo desde el principio. —Miró hacia el sur—. Y con un poco de suerte nuestros amigos no nos interrumpirán hasta que hayamos acabado. Esto no les concierne.

Aunque volvió a preguntarse si estaba seguro de aquello.

Observó con mayor interés del habitual cómo Eddie zarandeaba a Susannah para despertarla, bastante seguro, aunque no convencido del todo, de que sería Susannah quien abriera los ojos. Y así fue. Se enderezó, se estiró y se pasó los dedos por los tupidos rizos.

—¿Qué tripa se te ha roto, tesorito? Habría dormido una hora más como mínimo.

—Tenemos que hablar, Suze —dijo Eddie.

—Lo que tú digas, pero no ahora mismo —respondió—. Por Dios, si estoy agarrotada.

—Es lo que tiene dormir sobre el suelo duro —apuntó Eddie.

«Y para qué hablar de cazar desnuda en ciénagas y pantanos», pensó Roland.

—Dame un poco de agua, cielo.

Extendió las palmas en las que Eddie vertió agua de uno de los odres. Ella se la repartió por las mejillas y los ojos y dejó escapar un grito acompañado de un escalofrío.

—¡Qué fría, te quedas aterida! —exclamó.

—¡Ida! —repitió Acho.

—Todavía no —le respondió al brambo—, pero dame unos cuantos meses más como los últimos y ya verás. Roland, los del Mundo Medio sabéis lo que es el café, ¿no?

Roland asintió con la cabeza.

—Lo cultivan en las plantaciones del Arco Exterior; hacia el sur.

—Si topamos con un poco, le echaremos el guante, ¿verdad? Prométemelo, ahora.

—Te lo prometo —accedió Roland.

Susannah, mientras tanto, estaba estudiando a Eddie.

—¿Qué ocurre? Chicos, tenéis muy mala cara.

—Más sueños —respondió Eddie.

—Yo también —intervino Jake.

—No son sueños —los corrigió el pistolero—. Susannah, ¿cómo has dormido?

Lo miró con candor. Roland ni siquiera percibió un atisbo de disimulo en su respuesta.

—Como un tronco, como siempre. Una de las cosas buenas de ir de un lado al otro es que puedes enviar el Nembutal a la mierda.

—¿Qué es eso tántrico, Roland? —preguntó Eddie.

—Exotransito —lo corrigió, y se lo explicó lo mejor que supo.

Lo que recordaba con mayor claridad de las enseñanzas de Vannay eran los largos períodos de ayuno a los que se sometían los mannis para alcanzar la condición mental necesaria y que viajaban de un lado para otro en busca del lugar idóneo que indujera al exotransito, para lo que se ayudaban de imanes y enormes plomadas.

—Creo que en Needle Park esos tipos se hubieran encontrado como en casa —comentó Eddie.

—O por el Greenwich Village —añadió Susannah.

—Suenan a hawaiano, ¿no? —apuntó Jake con voz grave y profunda, y todos rieron. Incluso Roland lo hizo levemente.

—Exotransito es otra forma de viajar —aventuró Eddie cuando las risas se hubieron

apagado—. Como las puertas y las bolas de cristal. ¿Correcto?

Roland iba a decir que sí, pero vaciló en el último momento.

—Creo que se podría tratar de variaciones de lo mismo —señaló—. Y, según Vannay, las bolas de cristal, las bandas del Arco Iris del Mago, facilitan el exotransito. A veces, demasiado.

—¿De verdad que parpadeamos como... como bombillas? —quiso saber Jake—. ¿Lo que tú llamas luces de chispa?

—Sí... Aparecíaís y desaparecíaís. Cuando desaparecisteis del todo, en vuestro lugar quedó un brillo apagado, como si algo os estuviera guardando el sitio.

—Pues gracias a Dios si fue así —comentó Eddie—. Cuando acabó... cuando aquellas campanillas comenzaron a sonar de nuevo y todo empezó a acelerarse... Si te digo la verdad, no creí que fuéramos a regresar.

—Yo tampoco —confesó Jake con un hilo de voz. El cielo se había vuelto a encapotar y bajo la tenue luz de la mañana, el chico parecía muy pálido—. Te perdí.

—En la vida me he alegrado tanto de estar en un sitio como cuando abrí los ojos y vi este sendero —dijo Eddie—. Y que estabas a mi lado, Jake. Incluso me alegré por Rantanplan. —Desvió la vista hacia Acho y luego la volvió a posar en Susannah—. ¿No te pasó nada por el estilo anoche, cielo?

—La hubiéramos visto —apuntó Jake.

—No si «exotransitamos» a un sitio diferente —repuso Eddie.

Susannah sacudió la cabeza; parecía desconcertada.

—He dormido como un tronco, ya te lo he dicho. ¿Y tú qué tal, Roland?

—Sin novedad —contestó Rolando Como siempre, se reservaría la opinión hasta que el instinto le dijera que había llegado el momento de compartirla. Además, lo que había dicho no era del todo mentira. Volvió su atención hacia Eddie y Jake—. Hay problemas, ¿verdad?

Eddie y Jake intercambiaron una mirada y a continuación se volvieron hacia Roland. Eddie suspiró.

—Sí, lo más seguro.

—¿Cómo de graves? ¿Lo sabéis?

—Creo que no. ¿Lo sabemos, Jake? —Jake sacudió la cabeza—. Pero me hago una idea —continuó Eddie—, y si tengo razón, tenemos un problema. Uno de los gordos.

Tragó saliva. Con fuerza. Jake le tocó la mano y el pistolero se preocupó al ver con qué rapidez y firmeza Eddie había respondido a los dedos del chico.

Roland alargó la mano y cogió la de Susannah entre las suyas. Tuvo una visión fugaz de aquella mano atrapando una rana y exprimiéndola hasta sacarle las tripas. La apartó de su cabeza. La mujer que había hecho aquello ya no estaba allí.

—Contádnoslo —les pidió a Eddie y a Jake—. Contádnoslo todo. Escucharemos de principio a fin.

—Palabra por palabra —convino Susannah—. Por la gloria de vuestros padres.

DOS

Les relataron lo que había sucedido en el Nueva York de 1977. Roland y Susannah escucharon fascinados la narración de la persecución de Jake hasta la librería y el frenazo frente a ella del coche de Balazar y sus caballeros frente aquella.

—¿Qué? —exclamó Susannah—. ¡Los chicos malos en persona! Es casi como una novela de Dickens.

—¿Quién es Dickens y qué es una novela? —preguntó Roland.

—Una novela es una historia larga puesta en un libro —le aclaró Susannah—. Dickens escribió cerca de una docena. Tal vez es el mejor novelista que haya existido. En sus historias, los habitantes de una ciudad enorme llamada Londres no hacían más que toparse con personas que habían conocido en otros lugares o en otros tiempos. En la facultad teníamos un profesor que odiaba esos repetidos encuentros. Decía que las historias de Dickens estaban llenas de coincidencias facilonas.

—Un profesor que o bien no conocía el ka o bien no creía en él —observó Roland.

Eddie asintió.

—Sí, eso es ka, seguro. Sin duda.

—Me interesa más la mujer que escribió *Charlie el Chu-Chú* que el escritor ese, Dickens —declaró Roland—. Jake, me pregunto si tú...

—Siempre me adelanto a ti —lo interrumpió Jake desatando las tiras de su petate.

Casi con reverencia, extrajo con cuidado el libro maltrecho que narraba las aventuras de Charlie, la locomotora, y su amigo Bob, el maquinista. Todos contemplaron la portada. El nombre bajo la ilustración seguía siendo Beryl Evans.

—Tío, esto es muy raro —musitó Eddie—. Es decir, puede que esto acabe en vía muerta... —Hizo una pequeña pausa al percatarse de que acababa de hacer un juego de palabras ferroviario, y luego continuó. De todos modos, a Roland no le interesaban demasiado ni los juegos de palabras ni los chistes—. Pero es muy extraño. El que compró Jake, Jake Setenta y siete, lo había escrito una tal Claudia no sé qué Bachman.

—Inez —intervino Jake—. Además, había una «y» en medio. Una «y» minúscula. ¿Alguno de vosotros sabe qué significa?

Ninguno lo sabía, pero Roland explicó que en Mejis había nombres parecidos.

—Creo que es una especie de añadido honorífico. Y no estoy seguro de que sea secundario. Jake, has dicho que el tablón del escaparate era diferente al de antes. ¿En qué?

—No lo recuerdo. Aunque, ¿sabes qué? Creo que si me volvieras a hipnotizar... Ya sabes, con la bala... Creo que podría recordarlo.

—Cuando llegue el momento —contestó Roland—, pero esta mañana el tiempo apremia.

«Ya estamos con lo mismo —pensó Eddie—. Ayer apenas existía y ahora apremia. Aunque, todo gira en torno al tiempo, ¿no? Los días pasados de Roland, nuestros días pasados y estos nuevos días. Días nuevos y peligrosos.»

—¿Por qué? —preguntó Susannah.

—Nuestros amigos —contestó Roland y señaló hacia el sur con el mentón—. Tengo el presentimiento de que se darán a conocer de aquí a poco.

—¿Son amigos? —inquirió Jake.

—Eso sí que es secundario —repuso Roland y, una vez más, se preguntó si aquello sería cierto—. Por ahora, concentremos la mente de nuestro khev en esa Librería de la Mente, o como se llame. Visteis a los devastadores de la Torre Inclinada haciéndole el tallo verde al dueño, ¿no? A ese tipo, Torre o Toren.

—¿Quieres decir presionándolo?—preguntó Eddie—. ¿Apretándole las tuercas?

—Sí.

—Ya lo creo que sí —aseguró Jake.

—Sí —repitió Acho—. Creo sí.

—Me juego lo que quieras a que Torre y Toren son en realidad el mismo nombre —apuntó Susannah—. A que «toren» es torre en alemán. —Vio que Roland se disponía a hablar y alzó la mano—. La gente suele hacerlo en nuestro pedacito de universo, Roland, cambiarse un apellido extranjero por otro que suene... bueno... menos extranjero.

—Sí —corroboró Eddie—. Stempowicz se convierte en Stamper, Yakov en Jacob, o...

—O Beryl Evans se convierte en Claudia y Inez Bachman —dijo Jake. Rió, pero sin demasiado ánimo.

Eddie apartó un palito medio quemado del fuego y comenzó a garabatear en la tierra. Una a una fueron formándose las Letras Mayores: «C... L... A... U».

—Incluso Narigudo dijo que Torre era alemán. «Un cabeza cuadrada es siempre un cabeza cuadrada, ¿eh, jefe?» —Miró a Jake en busca de confirmación.

Jake asintió, cogió el palito y continuó escribiendo.

«D... I... A...»

—Si es alemán, entonces todo encaja, ¿sabéis? —comentó Susannah—. Hubo un tiempo en que los alemanes fueron los dueños y señores de Manhattan.

—¿Queréis otro toque dickensiano? —preguntó Jake. Dibujó una «y» en la tierra después de «CLAUDIA» y luego alzó la vista hacia Susannah—. ¿Qué me dices de la casa encantada a través de la cual llegué a este mundo?

—La Mansión —murmuró Eddie.

—¡La Mansión de Dutch Hill! —especificó Jake.

—Dutch Hill. Eso es. Me cago en la...

—Vayamos a lo que realmente importa —pidió Roland—. Creo que es el contrato que viste. Además, sentiste que era necesario que lo vieras, ¿no?

Eddie asintió con la cabeza.

—¿Y crees que esa necesidad tenía algo que ver con seguir el Haz?

—Roland, creo que era el Haz.

—El camino a la Torre, en otras palabras.

—Sí —afirmó Eddie.

Estaba pensando en cómo las nubes vagaban a lo largo del Haz, en cómo las sombras se alargaban a lo largo del Haz, en cómo las ramas de los árboles parecían volverse en aquella dirección. «Todas las cosas sirven al Haz», les había dicho Roland, y la necesidad que Eddie había sentido de ver el documento que Balazar había plantado frente a Calvin Torre, le había parecido rigurosa e imperiosa.

—Dime qué ponía.

Eddie se mordió el labio. No se sentía tan inquieto como cuando tuvo que tallar la llave que al final permitiría el rescate de Jake y atraerlo hasta aquel lado, pero se acercaba bastante porque, igual que la llave, aquello era trascendental. Si olvidaba algo, los mundos podrían derrumbarse.

—Tío, no lo recuerdo todo, al menos no palabra por palabra...

Roland hizo un gesto de impaciencia.

—Si es necesario, te hipnotizaré y lo dirás palabra por palabra.

—¿Crees que importa? —preguntó Susannah.

—Creo que importa todo —contestó Roland.

—¿Y si la hipnosis no funciona conmigo? —preguntó Eddie—. ¿Y si no soy, esto... el sujeto adecuado?

—Eso déjame a mí —respondió Roland.

—Diecinueve —dijo Jake de repente. Todos se volvieron hacia él. Estaba mirando las letras que Eddie y él habían dibujado en el suelo junto a las ascuas—. Claudia y Inez Bachman. Diecinueve letras.

TRES

Roland meditó unos instantes y al final se rindió. Si el número diecinueve formaba parte de todo aquello, el significado se revelaría por sí mismo a su tiempo. Por el momento, había otros asuntos de los que ocuparse.

—El documento —insistió—. Por ahora centrémonos en eso. Cuéntame todo lo que recuerdes.

—Bueno, era un contrato, con su sello al final y todo. —Eddie se detuvo unos instantes, sorprendido por una cuestión bastante básica. Lo más probable era que Roland lo hubiera comprendido, al fin y al cabo había sido una especie de agente de policía, pero no estaría de más asegurarse—. Sabes lo que son los abogados, ¿verdad?

Roland respondió con suma sequedad:

—Olvidas que provengo de Gilead, Eddie. La Baronía Interior por antonomasia. Contábamos con más mercaderes, granjeros y artesanos que abogados, creo, pero el número debía andar a la zaga.

Susannah rió.

—Me recordáis una escena de Shakespeare, Roland. Dos personajes, podrían ser Falstaff y el príncipe Hal, no estoy segura, están hablando sobre lo que van a hacer cuando ganen la guerra y se hagan con el poder, y uno de ellos dice: «Lo primero que haremos será matar a todos los abogados».

—Un comienzo bastante pasable —contestó Roland en un tono reflexivo que a Eddie se le antojó glacial. A continuación, el pistolero se volvió hacia él—. Adelante. Jake, si crees que puedes aportar algo más, no dudes en hacerlo. Y relajaos, ambos, por la gloria de vuestros padres. Por ahora solo quiero que me deis una idea.

Eddie supuso que ya lo sabía, pero oírsele decir a Roland lo hizo sentir mejor.

—Está bien. Era una escritura pública de contrato. Eso es lo que ponía justo al principio de todo, en letras grandes. Al final decía: «Los acordantes», y había dos firmas. Una era la de Calvin Torre. La otra de un tal Richard no sé qué. ¿Tú lo recuerdas, Jake?

—Sayre —respondió aquel—. Richard Patrick Sayre. —Se detuvo un instante, aunque siguió moviendo los labios, y a continuación asintió con la cabeza—. Diecinueve letras.

—¿Y qué decía, el contrato? —preguntó Roland.

—No mucho, si quieres que te diga la verdad —confesó Eddie—. O al menos eso es lo que me pareció. En resumidas cuentas, decía que Torre era el dueño de un solar en la esquina de la Cuarenta y seis con la Segunda avenida...

—El solar —le interrumpió Jake—. El de la rosa.

—Sí, ese. De todas formas, Torre había firmado el contrato el quince de julio de mil novecientos setenta y seis. Sombra Corporation le soltó cien mil dólares. A cambio, según lo que entendí, él se comprometía a no vender el terreno a nadie que no fuera Sombra durante el año siguiente, a cuidarlo, a pagar los impuestos y esas cosas, y luego a garantizar a Sombra el derecho a compra, siempre y cuando no lo hubiera vendido antes, claro. Algo que todavía no había hecho cuando estuvimos allí, pero al contrato le quedaba un mes y medio para expirar.

—El señor Torre dijo que ya se había gastado los cien mil —indicó Jake.

—¿En ese contrato se decía algo sobre que Sombra Corporation tuviera una cláusula de exclusividad? —preguntó Susannah.

Eddie y Jake refrescaron la memoria, intercambiaron una mirada y luego sacudieron la cabeza.

—¿Seguro? —insistió Susannah.

—No del todo, pero bastante seguro —aseguró Eddie—. ¿Crees que tiene importancia?

—No lo sé —declaró Susannah—. El tipo de contrato del que estás hablando... Bueno, sin una cláusula de exclusividad no parece que tenga demasiado sentido. Si lo piensas un poco, ¿a qué se reduce la cosa?: «Yo, Calvin Torre, accedo a pensar si os vendo mi solar. Me pagáis cien mil dólares y me lo pienso durante un año. Es decir, cuando no esté tomando café o jugando al ajedrez con mis amigos. Y cuando acabe el año, a lo mejor os lo vendo; es decir, o me lo quedo o lo vendo al mejor postor. Y si no os gusta, guapitos de cara, ya os podéis ir a freír espárragos».

Olvidas algo —apuntó Roland con suavidad.

—¿El qué? —preguntó Susannah.

—Sombra no es un consorcio respetuoso de la ley cualquiera. Pregúntate si un consorcio respetuoso de la ley cualquiera contrataría a alguien como Balazar de correveidile.

—Premio para el caballero —dijo Eddie—. Torre estaba muy asustado.

—De todos modos —añadió Jake—, eso al menos aclara unas cuantas cosas. Por ejemplo, el letrero que vi en el solar. Sombra Corporation también tenía el derecho a «anunciar proyectos futuros» allí por sus cien mil dólares. ¿Viste esa parte, Eddie?

—Creo que sí. Justo después de donde decía que Torre no debía permitir embargos o gravámenes sobre su propiedad debido al «interés declarado», ¿no?

—Eso —confirmó Jake—. El letrero que vi en el solar decía... —Hizo una pausa para pensar, luego alzó las manos y miró a través de ellas, como si solo pudiera ver leyendo la señal: CONSTRUCCIONES MILLS Y FINCAS SOMBRA ASOCIADOS SIGUEN REMODELANDO EL ROSTRO DE MANHATTAN. Y luego: PROXIMA CONSTRUCCIÓN EN ESTE SOLAR: APARTAMENTOS DE LUJO TURTLE BAY.

—Para eso lo quieren —dijo Eddie—. Para construir pisos en condominio. Pero...

—¿Qué es eso del condominio? —preguntó Susannah, frunciendo el ceño—. Parece una

especie de colmena moderna.

—Es una especie de edificio de apartamentos en régimen compartido —explicó Eddie—. Seguramente ya existían en tu «cuándo», pero con un nombre diferente.

—Ah, ya —contestó Susannah con cierta aspereza—, lo que nosotros llamábamos cooperativas. O edificios de apartamentos si estaban en el centro.

—No importa, porque no estaba allí por los apartamentos —aseguró Jake—. Ni por el edificio que el letrero decía que iban a construir en realidad. De lo que se trataba, ya sabéis... ¡Leches!, ¿cuál es la palabra?

—¿Camuflaje? —sugirió Roland.

Jake sonrió.

—Camuflaje, sí. ¡Se trata de la rosa, no del edificio! Y no pueden acceder a ella hasta que la tierra en la que crece les pertenezca. Estoy seguro.

—Puede que tengas razón al decir que el edificio no significa nada —opinó Susannah—, pero el nombre ese de Turtle Bay, ¿no os suena a nada? —Miró al pistolero—. A esa parte de Manhattan la llaman Turtle Bay, Roland.

Asintió sin sorprenderse. La Tortuga era uno de los doce Guardianes y casi con total certeza se alzaba en el extremo lejano del Haz por el que viajaban.

—Podría ser que la gente de Construcciones Mills no supiera nada de la rosa —sugirió Jake—, pero me juego lo que queráis a que los de Sombra Corporation sí.

Hundió las manos en el pelo de Acho, tan abundante en el cuello del bilibrambo que sus dedos desaparecieran por completo—. Creo que en algún lugar de la ciudad de Nueva York, en un edificio de oficinas, lo más probable que en Turtle Bay o en el East Side, hay una puerta con el letrero de SOMBRA COR-PORATION. Y que detrás de esa puerta, hay otra. De las que te traen aquí.

Permanecieron pensativos durante un minuto, imaginando mundos girando alrededor de un único eje en una armonía agonizante, en silencio.

CUATRO

—Esto es lo que creo que está sucediendo —declaró Eddie—. Suze, Jake, no os cortéis y paradme si creéis que me equivoco. Ese tipo, Cal Torre, es una especie de custodio de la rosa. Puede que no lo sepa a un nivel consciente, pero tiene que serlo. Él y tal vez su familia antes que él. Eso explicaría el apellido.

—Pero él es el último —precisó Jake.

—Eso no puedes asegurarlo, cielo —repuso Susannah.

—No llevaba anillo de casado —alegó Jake, y Susannah asintió con la cabeza, concediéndole aquello, al menos de momento.

—Puede que en algún momento hubiera montones de Toren propietarios de terrenos en Nueva York —prosiguió Eddie—, pero esos tiempos ya pasaron. Ahora, lo único que se interpone entre Sombra Corporation y la rosa es un tipo gordo y casi en la ruina que se ha cambiado el apellido. Es un... ¿cómo se llama al que le gustan los libros?

—Bibliófilo —sugirió Susannah.

—Sí, uno de esos. Y puede que George Biondi no sea Einstein, pero al menos dijo una cosa inteligente cuando estuvimos allí. Dijo que la tienda de Torre no era una tienda de verdad sino un agujero por donde se escapaba el dinero. De donde venimos, lo que le ocurre al tipo es el pan de cada día, Roland. Cuando mi madre veía a un tipo rico en la tele, por ejemplo a Donald Trump...

—¿A quién? —le interrumpió Susannah.

—No lo conoces, en el sesenta y cuatro debía de ser un niño. Bueno, no importa. «Del sudor del abuelo, vive el padre y toma ejemplo el nieto», nos decía mi madre. «Así se hace en este país, niños», apostillaba. Entonces tenemos a Torre, una especie de Roland, el último de su estirpe. Vende un terreno aquí y otro allá, paga sus impuestos, los gastos de la casa, está al día con las tarjetas de crédito y las facturas del médico y las de los proveedores. Y sí, me lo estoy inventado todo... Aunque, no sé por qué, creo que es así.

—Sí —coincidió Jake en voz baja, reflexivo—. Así es.

—Tal vez compartiste su khéf—sugirió Roland—. Lo más probable es que lo tocaras, como solía hacer mi viejo amigo Alain. Sigue, Eddie.

—Y año tras año se dice que la librería saldrá adelante. Que tal vez se pondrá de moda, como sucede a veces en Nueva York. Que se olvidará de los números rojos y que todo irá bien. Y al final, solo le queda una cosa que vender: la parcela doscientos noventa y ocho en la sección Diecinueve de Turtle Bay.

—Doscientos noventa y ocho, si sumas los tres números da diecinueve —apuntó Susannah—. Ojalá supiera decir si eso significa algo o es solo el síndrome del Coche Azul.

—¿Qué es el síndrome del Coche Azul? —preguntó Jake.

—Que cuando te compras un coche azul, empiezas a ver coches azules por todas partes.

—Aquí no, no hay —dijo Jake.

—Aquí no —repitió Acho, y todos lo miraron.

Pasaban días, incluso semanas, en las que Acho se limitaba a reproducir una especie de eco de sus conversaciones de cuando en cuando. Y entonces decía algo que podría haber sido el producto de un pensamiento propio. ¡Quién sabe! No era seguro. Ni siquiera Jake lo sabía con certeza.

«Igual que lo del número diecinueve», pensó Susannah, y le dio unas cariñosas palmaditas al brambo en la cabeza. Acho le respondió con un parpadeo amistoso.

—Se aferra a ese terreno hasta el amargo final —prosiguió Eddie—. Me refiero a que, ¡eh!, ni siquiera es dueño de la mierda de edificio donde está la librería, está de alquiler.

Jake tomó el relevo.

—La Charcutería Artística de Tom y Jerry cierra, y Torre la tira abajo porque parte de él quiere vender el terreno. Esa parte le dice que está loco si no lo hace. —Jake permaneció en silencio unos instantes, recordando que algunos pensamientos lo asaltan a uno en mitad de la noche. Pensamientos disparatados, ideas disparatadas y voces que no callan—. Pero otra parte de él, otra voz...

—La voz de la Tortuga —lo interrumpe Susannah en un susurro.

—Sí, la Tortuga o el Haz —asiente Jake—. Seguramente son la misma cosa. Y esa voz le dice que tiene que quedarse con el terreno a toda costa. —Miró a Eddie—. ¿Crees que sabe lo de la rosa? ¿Crees que alguna vez se acerca por allí para contemplarla?

—¿El conejo caga en el bosque? —respondió Eddie—. Pues claro que va por allí. Y seguro que lo sabe. De alguna forma tiene que saberlo, porque un terreno en Manhattan... ¿Cuánto debe de costar eso, Susannah?

—En mi tiempo, seguro que un millón de pavos —calculó—. En mil novecientos setenta y siete, vete a saber. ¿Tres millones? ¿Cinco? —Se encogió de hombros—. Lo suficiente como para que sai Torre pudiera permitirse seguir vendiendo libros con pérdidas durante lo que le quedaba de vida, siempre que llevara un mínimo cuidado en la inversión del capital.

—Todo parece indicar que no quiere vender —comentó Eddie—. Quiero decir que Suze ya ha aclarado lo poco que Sombra saca por sus cien mil.

—Sacaron algo —intervino Roland—. Algo muy importante.

—Un pie en la puerta —aventuró Eddie.

—Tú lo has dicho. Y ahora que el término del contrato está a punto de expirar, le envían la versión de los Cazadores del Gran Ataúd de vuestro mundo. Chicos de grueso calibre. Si la avaricia o la necesidad no empujan a Torre a venderles la tierra con la rosa, ellos se encargarán de aterrorizarlo para que lo haga.

—Sí —apoyó Jake. Y ¿quién iba a ponerse del lado de Torre? Tal vez Aaron Deepneau. Tal vez nadie—. ¿Qué hacemos?

—Comprarla nosotros —declaró Susannah sin pensárselo dos veces—. Está claro.

CINCO

Se hizo un breve y atónito silencio hasta que Eddie asintió pensativo.

—Claro, ¿por qué no? Sombra Corporation no introdujo una cláusula de exclusividad en el contrato. Lo más seguro es que lo intentarían, pero a Torre no le haría gracia. Así que, ya está, lo

compramos nosotros. ¿Cuántas pieles de ante crees que pedirá? ¿Cuarenta? ¿Cincuenta? Si es un regateador duro de pelar, igual podríamos añadir unas cuantas reliquias del Pueblo Antiguo. Ya sabes, tazas, platos y puntas de flecha. Darán mucho de que hablar en los cócteles.

Susannah lo miró con reproche.

—Vale, tal vez no sea para bromear —admitió Eddie—, pero tenemos que enfrentarnos a los hechos, cielo. No somos más que un atajo de roñosos peregrinos de mierda acampados al raso en otra realidad. Me refiero a que esto ya ni siquiera es el Mundo Medio.

—Además —intervino Jake como si pidiera disculpas—, ni siquiera estuvimos allí en realidad, al menos no como cuando atraviesas una de esas puertas. Sienten nuestra presencia, pero en sí éramos invisibles.

—Paso a paso —pidió Susannah—. En lo que se refiere al dinero, yo tengo de sobra. Es decir, si podemos llegar hasta él.

—¿Cuánto? —preguntó Jake—. Ya sé que es de mala educación... A mi madre le habría dado un jamacuco si me hubiera oído preguntar una cosa así, pero...

—A estas alturas podríamos dejar de preocuparnos por ser educados —lo tranquilizó Susannah—. La verdad es que no lo sé con exactitud, corazón. Mi padre inventó un par de procesos dentales que tenían que ver con fundas de dientes y les sacó gran provecho. Fundó una empresa llamada Holmes Dental Industries y llevó él mismo gran parte de la gestión económica hasta mil novecientos cincuenta y nueve.

—El año en que Mort te empujó a las vías del metro —observó Eddie.

Ella asintió con la cabeza.

—Eso ocurrió en agosto. Unas seis semanas más tarde, mi padre sufrió un infarto, el primero de muchos. Seguro que parte tuvo que ver con lo que me sucedió, pero no lo achaco todo a eso. Era un trabajador nato, ni más ni menos.

—No tienes por qué achacar nada de nada a lo tuyo —repuso Eddie—. Quiero decir que no es que tú te tiraras a la vía, Suze.

—Lo sé, pero lo que sientes y durante cuánto tiempo no siempre tiene mucho que ver con la realidad objetiva. Sin mi madre, me tocaba a mí cuidar de él y no supe hacerlo. Nunca conseguí del todo sacarme de la cabeza que fue culpa mía.

—Lo pasado, pasado está —sentenció Roland, aunque no pareció solidarizarse demasiado con ella.

—Gracias, corazón —contestó Susannah con aspereza—. Tú sí que sabes dar a las cosas su verdadera dimensión. En cualquier caso, mi padre dejó en manos de su contable los asuntos económicos después del primer infarto, un viejo amigo llamado Moses Carver. Tras la muerte de mi padre, Tío Mose se encargó de todo por mí. Diría que cuando Roland me invocó y me sacó de Nueva York para traerme a este ninguna parte tan fascinante, yo debía de valer ocho o diez millones de dólares. ¿Con eso tendríamos suficiente para comprar el terreno del señor Torre? Siempre que nos lo venda, claro.

—Lo más seguro es que lo vendiera hasta por pieles de ante si Eddie tiene razón en lo del Haz —observó Roland—. Creo que en gran parte de la mente y el espíritu del señor Torre, el ka que lo hizo aferrarse al terreno durante tanto tiempo nos ha estado esperando.

—Esperando al séptimo de caballería —dijo Eddie, con un esbozo de sonrisa en los labios—. Como el fuerte Ord en los últimos diez minutos de una peli de John Wayne.

Roland lo miró, sin sonreír.

—Ha estado esperando al Blanco.

Susannah se llevó las manos a su rostro moreno y los miró.

—Entonces creo que a mí no me espera —dijo.

—Sí, sí que te espera —le aseguró Roland, y por un instante se preguntó de qué color sería la otra, Mia.

—Necesitamos una puerta —anticipó Jake.

—Dos como mínimo —lo corrigió Eddie—. Una para negociar con Torre, vale. Pero antes de hacer eso, necesitamos otra para volver al cuándo de Susannah. Y me refiero a un cuándo lo más

cercano posible al momento en que Roland se la llevó. Sería un coñazo volver a mil novecientos setenta y siete, ponerse en contacto con ese tipo, Carver, y descubrir que ha declarado a Odetta Holmes legalmente muerta en mil novecientos setenta y uno y que todas las propiedades se han repartido entre los familiares de Green Bay o San Berdoo.

—O volver a mil novecientos sesenta y ocho y descubrir que el señor Carver ha desaparecido —aventuró Jake—. Que ha traspasado todo a su cuenta y que se ha retirado a la Costa del Sol.

Susannah lo miró con una expresión que decía «¡Oh, mis tierras!», que habría resultado muy divertida en otras circunstancias.

—¡Tío Mose jamás haría una cosa así! Venga, hombre, pero ¡si es mi padrino!

Jake parecía incómodo.

—Lo siento. Leo muchas novelas de misterio, Agatha Christie, Rex Stout, Ed McBain, y esas cosas pasan cada dos por tres.

—Además —añadió Eddie—, la pasta gansa hace que la gente haga cosas extrañas.

Susannah le dirigió una mirada fría y pensativa que resultaba extraña, casi ajena, en su rostro. Roland, quien sabía algo que Eddie y Jake ignoraban, la consideró una mirada de exprimerranas.

—¿Y tú cómo lo sabes?! —le espetó—. Cariño, lo siento, no venía a cuento —se disculpó casi de inmediato.

—No pasa nada —aseguró Eddie. Sonrió, pero la sonrisa parecía tirante e insegura—. Ha sido el calor del momento.

Alargó una mano, cogió la de ella y se la apretó. Ella le devolvió el apretón. La sonrisa del rostro de Eddie se iluminó un poco, comenzó a parecer que estaba en el sitio correcto.

—Lo que ocurre es que conozco muy bien a Moses Carver. Es más recto que un palo.

Eddie alzó una mano que antes pareció indicar reticencia a seguir por aquel camino que a creer en sus palabras.

—Veamos si entiendo tu idea —intervino Roland—. Primero: depende de nuestra capacidad para regresar a tu mundo de Nueva York, a no solo un cuándo, sino a dos.

Se hizo un breve silencio mientras analizaban sintácticamente aquello y, a continuación, Eddie asintió con la cabeza.

—Correcto. Mil novecientos sesenta y cuatro para empezar. Susannah ha estado desaparecida durante un par de meses, pero nadie ha perdido la esperanza de encontrarla ni nada por el estilo. Ella entra en escena y todo el mundo aplaude. El regreso de la hija pródiga. Nos largamos con la guita, lo que podría llevarnos un tiempo...

—Convencer a Tío Mose para que se desprenda de ella tiene todos los puntos para ser la parte más complicada —advirtió Susannah—. Cuando se trataba del dinero en cuenta, ese hombre tenía el puño apretado. Y estoy segura de que en su interior me sigue viendo como a una niña de ocho años.

—Pero legalmente es tuyo, ¿no? —preguntó Eddie. Roland adivinó que seguía procediendo con cierta precaución. Todavía no se había recuperado del todo del comentario socarrón «¿Y tú cómo lo sabes?». Ni de la mirada que lo había acompañado—. Es decir, no puede impedir que te lo lleves, ¿verdad?

—No, cariño —respondió ella—. Mi padre y Tío Mose establecieron un fondo de fideicomiso, pero se impugnó en mil novecientos cincuenta y nueve, cuando cumplí los veinticinco. —Volvió sus ojos, ojos negros de una belleza y expresión sorprendentes, hacia él—. Ya está, ya no tienes que calentarme más la cabeza con lo de mi edad. Si sabes restar, calcúlalo por ti mismo.

—No importa —le aseguró Eddie—. El tiempo es un rostro en el agua.

A Roland se le puso la carne de gallina. En algún lugar —tal vez en un deslumbrante campo de rosas rojo sangre aún lejos de allí—, un herrumbroso acababa de posarse sobre su tumba.

SEIS

—Tendría que ser en metálico —apuntó Jake en un tono áspero y serio.

—¿Qué? —Eddie apartó la mirada de Susannah con esfuerzo.

—En metálico —repitió Jake—. Nadie haría efectivo un cheque de hace tres años, ni siquiera

uno bancario. Y menos todavía uno de millones de dólares.

—¿Cómo sabes esas cosas, cielo? —preguntó Susannah.

Jake se encogió de hombros. Le gustara o no (por lo general, no le gustaba) era el hijo de Elmer Chambers. Elmer Chambers no era uno de los chicos buenos del mundo —Roland jamás lo consideraría parte del Blanco—, pero había sido un maestro en lo que los ejecutivos de la cadena llamaban «entrar a matar». «Un Cazador del Gran Ataúd en Telelandia», pensó Jake. Quizá aquello fuera un poco injusto, pero decir que Elmer Chambers se las sabía todas no tenía nada de injusto, ni por asomo. Y, sí, él era Jake, hijo de Elmer. No había olvidado el rostro de su padre, aunque en ocasiones lo hubiese deseado.

—En metálico, solo en metálico —repitió Eddie para romper el silencio—. Un negocio de este tipo tiene que saldarse en metálico. Si nos dan un cheque, lo cobramos en mil novecientos sesenta y cuatro, no en mil novecientos setenta y siete. Lo metemos todo en una bolsa de gimnasio. ¿En mil novecientos sesenta y cuatro tenéis bolsas de gimnasio, Suze? No importa, no me hagas caso. Lo metemos todo en una bolsa y nos lo llevamos a mil novecientos setenta y siete. No tiene por qué ser el mismo día en que Jake compró *Charlie el Chu-Chú y Adivina, adivinanza*, pero sí una fecha bastante próxima.

—Y no después del quince de julio de mil novecientos setenta y siete —especificó Jake.

—¡Por Dios, no! —coincidió Eddie—. Si no seguro que nos encontramos con que Balazar ya ha persuadido a Torre para que venda, y ya nos estoy viendo allí, bolsa de dinero en mano y rascándonos los huevos con una sonrisa de tonto en la cara y sin nada más que hacer que pasar el día.

Se hizo un breve silencio —tal vez para considerar aquella imagen tan gráfica— hasta que Roland lo rompió:

—Haces que parezca muy fácil. ¿Por qué no? Para vosotros tres, la idea de que existan puertas entre vuestro mundo de taxis, astinas y fetografías, y este mundo os parece casi tan ramplona como para mí montar un mulo. O enfundarse un revólver. Y no digo que no exista una buena razón para que lo veáis de ese modo; al fin y al cabo, todos habéis atravesado una de esas puertas. De hecho, Eddie las ha atravesado en ambas direcciones, hacia este mundo y de vuelta al suyo.

—Deja que te diga que el viaje de vuelta a Nueva York no fue una fiesta —objetó Eddie—. Hubo demasiados tiros.

«Por no mencionar la cabeza cercenada de mi hermano rodando por el suelo de la oficina de Balazar.»

—Ni tampoco lo de traspasar la puerta de Dutch Hill —añadió Jake.

Roland asintió, concediéndoles la razón, aunque sin dar su brazo a torcer.

—Jamás he puesto en duda lo que dijiste cuando te conocí, Jake. Lo que dijiste cuando agonizabas.

Jake bajó la mirada, pálido y sin respuesta. No le gustaba recordar aquello (en cualquier caso, y por fortuna, lo recordaba con vaguedad) y sabía que a Roland tampoco. «¡Me alegro! —pensó—. ¡Supongo que no querrás recordarlo! ¡Tú me dejaste caer! ¡Tú me dejaste morir!»

—Dijiste que existían otros mundos además de este —continuó Roland— y existen. Nueva York y todos sus múltiples cuándoos es solo uno de muchos. Que nos veamos atraídos una y otra vez hasta allí está relacionado con la rosa. Estoy seguro, tanto como que la rosa es la Torre Oscura de algún modo que no soy capaz de comprender. Eso o...

—O es otra puerta —murmuró Susannah—. Una que da a la mismísima Torre Oscura.

Roland asintió con la cabeza.

—No hago más que darle vueltas y más vueltas a esa misma idea. En cualquier caso, los mannis conocen la existencia de esos otros mundos y, a su manera, les han dedicado su vida. Creen que el exotransito es el rito y el estado elevado supremos. Mi padre y sus amigos conocían las bolas de cristal desde antaño, eso ya os lo he contado. El hecho de que el Arco Iris del Mago, el exotransito y esas puertas mágicas puedan ser lo mismo es algo que hemos supuesto.

—¿Adonde quieres ir a parar, cielo? —preguntó Susannah.

—Lo único que hago es recordaros que hace mucho tiempo que yerro —dijo Roland—. A causa de los cambios en el tiempo, y sé que todos habéis sentido ese trastrocamiento, hace más de mil años que viajo en pos de la Torre Oscura, a veces saltándome generaciones enteras igual que un ave marina que vuela de cresta de ola en cresta dejando que solo las patas rocen la espuma. Durante todo este tiempo nunca me había topado con una de esas puertas entre los mundos hasta que encontré las de la playa, en la orilla del mar del Oeste. Y aunque podría haberos contado alguna cosa sobre el exotransito y las bandas del arco iris, no tenía ni idea de lo que eran las puertas. —Roland los miró con seriedad—. Habláis de mi mundo como si estuviera tan lleno de pasadizos mágicos como el vuestro de... —lo meditó un instante—... De aviones o de diligencibuses. Y no es así.

—Donde ahora nos encontramos no se parece en nada a ningún lugar donde hayas estado antes, Roland —replicó Susannah. Le tocó la morena muñeca con suavidad—. Ya no estamos en tu mundo. Tú mismo lo dijiste, en aquella versión de Topeka donde Blaine al fin se voló la tapa de los sesos.

—De acuerdo —le concedió Roland—. Lo único que pretendo es que seáis conscientes de que esas puertas pueden ser mucho más singulares de lo que creéis. Y ahora ya no estáis hablando solo de una, sino de dos. Son puertas con las que se puede apuntar a una época, como quien apunta con un revólver.

«No apunto con la mano», pensó Eddie, y un escalofrío le recorrió la espalda.

—Dicho así, Roland, la verdad es que da mala espina.

—Y entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Jake.

—Tal vez yo podría ayudarles —anunció una voz.

Todos se volvieron sobresaltados menos Roland. Hacía rato que había oído llegar al extraño, a mitad de la garla. Sin embargo, eso no impidió que se volviera con interés. Un breve vistazo al hombre que aguardaba a unos seis metros de ellos, al borde del camino, fue suficiente para decidir que el recién llegado o bien provenía del mundo de sus nuevos amigos o bien de alguno de la puerta de al lado.

—¿Quién es usted? —preguntó Eddie.

—¿Dónde están sus amigos? —quiso saber Susannah.

—¿De dónde viene? —inquirió Jake, los ojos le brillaban de emoción.

El extraño vestía un largo abrigo negro sin abotonar sobre una camisa oscura de cuello camisero. El cabello cano y largo se le bufaba en las sienes y por delante, como si estuviera asustado. En la frente lucía una cicatriz en forma de T.

—Mis amigos todavía están un poco atrás —añadió, y señaló hacia el bosque por encima del hombro, con el pulgar, aunque de forma deliberadamente vaga e imprecisa—. Hoy día considero que Calla Bryn Sturgis es mi hogar. Antes, lo fue Detroit, en Michigan, donde trabajé en un albergue para los sin techo, cocinando y organizando reuniones de Alcohólicos Anónimos. Un trabajo que conocía muy bien. Aún antes, aunque solo por un tiempo, fue Topeka, en Kansas. —Advirtió el respingo que los tres más jóvenes dieron ante aquellas palabras con una especie de atenta diversión—. En un tiempo aún más lejano, fue Nueva York. Y antes, un pequeño pueblo llamado Jerusalem's Lot, en el estado de Maine.

SIETE

—Está de nuestro lado —observó Eddie con un hilo de voz—. Por Dios santo, ¡está de nuestro lado de verdad!

—Sí, creo que sí —respondió el hombre—. Me llamo Donald Callahan.

—Es sacerdote —reparó Susannah.

Desvió la mirada de la cruz colgada al cuello (pequeña y discreta aunque desprendía destellos dorados) hacia la más grande y burda que cruzaba la frente.

Callahan sacudió la cabeza.

—Ya no. En su momento lo fui y tal vez vuelva a serlo algún día, si Dios quiere, pero ahora no. Ahora solo soy un hombre de Dios. Me permiten preguntarles... ¿de cuándo son ustedes?

—De mil novecientos sesenta y cuatro —respondió Susannah.

—De mil novecientos setenta y siete —dijo Jake.

—De mil novecientos ochenta y siete —contestó Eddie.

A Callahan los ojos le hicieron chiribitas.

—De mil novecientos ochenta y siete. Yo llegué aquí en mil novecientos ochenta y tres según lo contábamos entonces. Dígame algo, joven, algo muy importante. Cuando se fue, ¿los Red Sox ya habían ganado las Series Mundiales?

Eddie echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, un sonido alegre e inesperado.

—No, buen hombre, lo siento. El año pasado quedaron fuera por uno, en el Shea Stadium, contra los Mets. Va ese tipo, un tal Bill Buckner, que jugaba de primera base y deja escapar una bola rasa que estaba chupada. No lo va a olvidar en la vida. ¿Por qué no se acerca y se sienta? No hay café, pero Roland, este tipo andrajoso a mi derecha, prepara un té con aromas del bosque bastante bueno.

Callahan volvió su atención hacia Roland y acto seguido hizo algo sorprendente: hincó una rodilla en el suelo, inclinó ligeramente la cabeza y se llevó el puño a su frente cicatrizada.

—Salve, pistolero, bienhallados seamos en el camino.

—Salve —contestó Roland—. Adelántate, buen extraño, y hablemos de lo que te angustia. —Callahan alzó la vista, sorprendido. Roland le devolvió la mirada, con calma, y asintió—. Bien o mal hallados, puede que encuentres lo que buscas.

—Y puede que usted también —respondió Callahan.

—Entonces adelántate —insistió Roland—. Adelántate y únete a nuestra garla.

OCHO

—Antes de que empecemos, ¿podría preguntarle algo?

A Eddie le picaba la curiosidad. A su lado, Roland había avivado los rescoldos y estaba hurgando en la artilla común en busca de una vasija de barro, un utensilio de los Grandes Antiguos, en el que le gustaba preparar el té.

—Por supuesto, joven.

—Ha dicho que se llamaba Donald Callahan.

—Sí.

—¿Cuál es su segundo nombre?

Callahan inclinó la cabeza hacia un lado, enarcó una ceja y sonrió.

—Frank. Como mi padre. ¿Tiene importancia?

Eddie, Susannah y Jake intercambiaron una mirada. La idea que la suscitaba fluyó sin esfuerzo entre ellos: Donald Frank Callahan. Igual a diecinueve.

—Sí, la tiene —concluyó Callahan.

—Quizá sí —respondió Roland—, quizá no.

Vertió agua para el té, manipulando el odre con habilidad.

—Parece que ha sufrido algún percance —observó Callahan mirando la mano derecha de Roland.

—Me las apaño —contestó Roland.

—Podría decirse que va tirando con una pequeña ayuda de sus amigos —añadió Jake, sin sonreír.

Callahan asintió sin comprender, aunque sabía que tampoco hacía falta: eran ka-tet. Puede que no conociera aquel término en particular, pero el término no importaba. Se palpaba en la forma en que se miraban y se movían estando juntos.

—Ya conocen mi nombre —dijo Callahan—. ¿Me permitirían conocer los suyos?

Se presentaron: Eddie y Susannah Dean, de Nueva York; Jake Chambers, de Nueva York; Acho, de Mundo Medio; Roland Deschain, de Gilead. Callahan fue saludándolos de uno en uno con una ligera inclinación de cabeza y llevándose el puño cerrado a la frente.

—¿A sus amigos no les gustaría unirse a nosotros? —preguntó Roland—. No tenemos mucho que ofrecerles, pero hay té de sobras.

—Puede que todavía no.

—Bien —musitó Roland, y asintió con un gesto de comprensión.

—En cualquier caso, hemos comido bien —explicó Callahan—. Ha sido un buen año para el Calla, al menos hasta ahora, y será un honor compartir lo que tenemos. —Se detuvo, parecía como si comprendiera que había ido demasiado lejos, demasiado deprisa, y añadió—: Tal vez. Si todo va bien.

—«Si» —repitió Roland—. Un antiguo maestro solía decir que era la única palabra de un millar de letras.

Callahan se rió.

—¡No está mal! En cualquier caso, es probable que estemos mejor dotados de provisiones que ustedes. También tenemos bollos de bola recién cogidos que encontró Zalia, aunque sospecho que ya lo saben. Dijo que aunque la mata era grande, parecía removida.

—Jake encontró unos cuantos —aclaró Roland.

—En realidad fue Acho —lo corrigió Jake, y acarició la cabeza del brambo—. Creo que es una especie de sabueso de los bollos.

—¿Cuánto hace que saben que rondamos por aquí? —preguntó Callahan.

—Un par de días.

Callahan se las ingenió para parecer divertido al tiempo que exasperado.

—Desde que dimos con su rastro, vaya. Y miren que intentamos ser geniosos.

—Si no creyeran que necesitan a alguien más genioso que ustedes, no hubiera venido —repuso Roland.

Callahan suspiró.

—Dice verdad, digo gracias.

—¿Viene en busca de amparo y auxilio? —preguntó Roland.

Su voz solo dejó traslucir una leve curiosidad, pero a Eddie Dean lo recorrió un gélido escalofrío. Las palabras parecieron suspenderse en el aire acompañadas de resonancias. No fue el único en sentirlo. Susannah le cogió la mano derecha e, instantes después, Jake deslizó la suya bajo la izquierda de Eddie.

—Eso no me corresponde decidirlo a mí. —De repente, Callahan parecía vacilante e inseguro de sí mismo. Preocupado, tal vez.

—¿Sabes que has acudido al linaje de Eld? —preguntó Roland en el mismo tono que contenía un deje de curiosa amabilidad. Alargó una mano hacia Eddie, Susannah y Jake. Incluso hacia Acho—. Pues ellos me pertenecen como yo les pertenezco a ellos. Formamos un círculo y rodamos como tal. Y tú sabes qué somos.

—¿Lo son? —preguntó Callahan—. ¿Lo son todos?

—Roland, ¿en qué nos estás metiendo? —dijo Susannah.

—La nada es cero, la nada es libertad —respondió este—. Yo nada te debo, tú nada me has de dar. Al menos por el momento. Todavía no han decidido pedirnos nada.

«Lo harán», pensó Eddie. Dejando los sueños sobre la rosa, la charcutería y viajecitos en exotránsito aparte, no se tenía por vidente, pero no hacía falta serlo para darse cuenta de que aquellos otros —los que habían enviado a Callahan como representante— lo harían. En algún lugar las castañas habían caído al fuego y se suponía que Roland tenía que sacarlas.

Aunque no solo Roland.

«Has metido la pata, colega —pensó Eddie—. Es del todo comprensible, pero no por eso deja de ser un error. No somos el séptimo de caballería. No somos la cuadrilla del sheriff. No somos pistoleros. Solo somos tres almas perdidas de la Gran Manzana que...»

Pero no, no. Eddie sabía quiénes eran desde que estuvieron en Paso del Río, cuando los ancianos se habían arrodillado en la calle ante Roland. Mierda, lo sabía desde que estuvieron en el bosque (en el que seguía pensando como el Bosque de Shardik), donde Roland les había enseñado a apuntar con un ojo, a disparar con la mente y a matar con el corazón. No eran ni tres cuatro, era solo uno. Que Roland acabara con ellos de aquella manera, los hubiera comprometido de aquella manera, era terrible. Rebosaba veneno y los había besado con sus labios envenenados. Los había convertido en pistoleros. ¿De verdad Eddie había pensado que al linaje de Arthur Eld ya no le quedaba nada más que hacer en aquel mundo, medio desierto y desportillado? ¿Que se

les permitiría trastabillar por el Camino del Haz hasta que llegaran a la Torre Oscura de Roland y enmendaran lo que fuera que no andaba bien? Venga, hombre, a otro perro con ese hueso.

Fue Jake quien tradujo en palabras lo que a Eddie le rondaba por la cabeza y no le gustó la mirada entusiasmada que descubrió en los ojos del chico. Imaginó la cantidad de críos que iban a la guerra con la misma expresión de «Voy a patearle el culo a alguien» en sus rostros. El pobre crío no sabía que lo habían envenenado y eso lo convertía en un tonto, porque tendría que haberse dado cuenta antes que nadie.

—Sin embargo, lo harán —dijo—. ¿No es cierto, señor Callahan? Acabarán solicitándolo.

—No lo sé —confesó Callahan—. Igual tendrán que convencerlos... —Su voz se fue apagando mientras miraba a Roland, quien sacudía la cabeza.

—No funciona así —advirtió el pistolero—. Puede que no lo sepa porque no es del Mundo Medio, pero esto no funciona así. Nosotros no nos ocupamos de convencer. Lo nuestro es el plomo.

Callahan dejó escapar un profundo suspiro y asintió.

—Tengo un libro. Se titula *Cuentos de Arturo*.

A Roland le brillaron los ojos.

—¿De verdad? ¿En serio? Me gustaría verlo. Me gustaría mucho.

—Tal vez lo vea —accedió Callahan—. La verdad es que las historias que contiene no se parecen demasiado a los relatos sobre la Mesa Redonda que leía de pequeño, pero... —Sacudió la cabeza—. Comprendo lo que dice, dejémoslo ahí. Existen tres preguntas, ¿correcto? Y solo me ha formulado la primera.

—Tres, correcto —respondió Roland—. Tres es un número de poder.

«Si de verdad quieres probar un verdadero número de poder, Roland, viejo colega —pensó Eddie—, ¿qué te parece el diecinueve?»

—Y las tres han de tener un sí por respuesta.

Roland asintió.

—Y si es así, no harán falta más peticiones. Podéis hilvanarnos en la trama, sai Callahan, pero ningún hombre nos podrá deshilvanar. Asegúrese de que su gente —señaló con el mentón hacia el sur del bosque— lo entiende.

—Pistolero...

—Llámame Roland. Estamos en paz, tú y yo.

—De acuerdo, Roland. Atiéndeme bien, hazme el favor. Así es como lo decimos en el Calla. Los que nos dirigimos a vosotros solo sumamos media docena y nosotros seis no podemos decidir. Solo el Calla puede hacerlo.

—Democracia —murmuró Roland. Se echó el ala del sombrero hacia atrás, se rascó la frente y suspiró.

—Pero si los seis llegamos a un acuerdo, en especial sai Overholser... —Se detuvo con brusquedad y miró con cierta incomodidad a Jake—. ¿Qué? ¿Qué he dicho?

Jake sacudió la cabeza y le hizo una señal a Callahan para que continuara.

—Si los seis llegamos a un acuerdo, puede decirse que es pan comido.

Eddie cerró los ojos, como si se sintiera transportado.

—Vuélvalo a decir, amigo.

Callahan lo miró, desconcertado e incómodo.

—¿El qué?

—Pan comido. O cualquier cosa de su dónde y su cuándo. —Hizo una pausa—. Nuestro lado del gran ka.

Callahan lo meditó unos instantes y luego comenzó a sonreír.

—No me des la lata —dijo—, me fui de picos pardos, pelillos a la mar, a buenas horas mangas verdes, estoy a dos velas, soy más chulo que un ocho, me persiguen en la noche por el callejón de las almas perdidas. ¿Así está bien?

Roland parecía desconcertado (tal vez incluso un poco aburrido), pero la cara de Eddie Dean era el vivo retrato de la felicidad. Susannah y Jake parecían atrapados entre la diversión y una

especie de tristeza inesperada y evocadora.

—No pare, tío —pidió Eddie con voz quebrada y un gesto con ambas manos de «Venga, tío». Parecía como si un nudo le atenazara la garganta—. ¡Que no pare, tío!

—Tal vez en otra ocasión —contestó Callahan con delicadeza—. Ya nos sentaremos en otra ocasión y tendremos nuestra garla sobre esos sitios y su forma de hablar. Hablaremos de béisbol, si a bien tienes. Sin embargo, ahora el tiempo apremia.

—Mucho más de lo que crees, quizá —sentenció Roland—. ¿Qué es lo que queréis de nosotros, sai Callahan? Y, por favor, ve al grano pues ya te he explicado de todas las maneras posibles que no somos unos vagabundos con los que sus amigos puedan entrevistarse y luego contratarlos como hacen con sus peones o con viajeros errantes de montura raída.

—Por ahora, lo único que os pido es que os quedéis donde estáis y me permitáis traéroslos —contestó—. Está Tian Jaffords, el responsable de que nos encontremos aquí, y su mujer, Zalia. También Overholser, el más difícil de convencer de que os necesitamos.

—Nosotros no vamos a convencerlo ni a él ni a nadie —advirtió Roland.

—Lo comprendo —se apresuró a decir Callahan—. Sí, lo has dejado muy claro. También está Ben Slightman y su chico, Benny. Ben el Joven es un caso extraño. Su hermana murió hace cuatro años, cuando ambos tenían diez. Nadie sabe si eso hace de Ben un mellizo o un único. —Se detuvo con brusquedad—. Estoy divagando. Disculpádmeme.

Roland hizo un gesto con la palma de la mano para indicar que no pasaba nada.

—Me pones nervioso, atiéndeme, te lo ruego.

—No tiene por qué rogarnos nada, querido —dijo Susannah.

Callahan sonrió.

—Así es como se habla por aquí. En el Calla, cuando se conoce a alguien se suele decir: «¿Cómo te hallas de pies a cabeza, dime, hazme el favor?». Y la respuesta suele ser: «Me hallo bien, sin deterioro, digamos gracias a los dioses, sai».

Sacudieron las cabezas. Aunque algunas de las palabras les eran familiares, las expresiones en conjunto solo subrayaban el hecho de que habían llegado a otro sitio, a un lugar donde la forma de hablar era rara y las costumbres quizá lo fueran aún más.

—Lo que importa —continuó Callahan— es que las tierras fronterizas se ven aterrorizadas por unas criaturas llamadas los «lobos» que abandonan Tronido para llevarse a los niños de cada nueva generación. Hay mucho más, pero ese es el quid de la cuestión. Tian Jaffords, quien esta vez se arriesga a perder no solo a un hijo sino a dos, dice que se acabó, que ha llegado el momento de hacerles frente y luchar. Otros, hombres como Overholser, dicen que hacer eso sería un desastre. Creo que Overholser y los de su calaña se hubieran salido con la suya, pero vuestra llegada ha cambiado las cosas. —Se inclinó hacia delante con seriedad—. Wayne Overholser no es un mal hombre, solo un hombre asustado. Es el hacendado con más propiedades del Calla, por eso tiene más que perder que los otros. No obstante, si se le convenciera de que se puede ahuyentar a los lobos, de que no son invencibles, entonces creo que él también les haría frente y lucharía.

—Te he advertido... —comenzó a decir Roland.

—Que vosotros no convencéis —le interrumpió Callahan—. Sí, lo entiendo, de verdad. Pero ¿y si ellos os ven, os oyen hablar y luego se convencen...?

Roland se encogió de hombros.

—Habrá agua si Dios quiere, como suele decirse.

Callahan asintió.

—También se dice en el Calla. ¿Os importa que pase a otro tema relacionado?

Roland levantó ligeramente las manos, como si, pensó Eddie, le dijera a Callahan que era su fiesta.

Por un instante, el hombre de la cicatriz sobre la ceja permaneció en silencio. Cuando volvió a hablar, lo hizo con apenas un hilo de voz. Eddie tuvo que inclinarse hacia delante para oírlo.

—Tengo algo. Algo que vosotros queréis. Que tal vez necesitéis. Creo que ya os ha alcanzado.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Roland.
Callahan se mojó los labios y solo pronunció una palabra:
—Exotránsito.

NUEVE

—¿Y bien? —insistió Roland—. ¿Qué ocurre con el exotránsito?
—¿No has entrado? —Callahan pareció inseguro de sí mismo por unos instantes—. ¿Ninguno de vosotros habéis entrado?

—Pongamos que lo hayamos hecho —dijo Roland—. ¿Qué tiene que ver eso contigo o con los problemas de ese sitio que llamas el Calla?

Callahan suspiró. Aunque todavía era temprano, parecía cansado.

—Esto es más complicado de lo que había imaginado —confesó—, bastante más. Sois mucho más... ¿cuál es la palabra?, geniosos, supongo. Más geniosos de lo que esperaba.

—¿Lo que esperaba encontrar era viajeros errantes de montura raída, gatillo rápido y cabeza hueca? ¿Era eso más o menos? —preguntó Susannah. Parecía enojada—. Bien, pues le salió el tiro por la culata, cielito. De todas formas, puede que seamos viajeros errantes, pero no tenemos monturas. No hacen falta monturas si no hay caballos.

—Os hemos traído caballos —dijo Callahan, y con eso bastó.

Roland no lo comprendía todo, pero creyó que sabía lo suficiente para hacerse una clara idea de la situación. Callahan se había enterado de que ellos se acercaban, de cuántos eran y de que iban a pie en vez de a caballo. Unos espías podrían haberle informado de parte de aquello, pero no de todo. Y lo del exo-tránsito... El hecho de que supiera que todos o alguno de ellos habían entrado en exotránsito...

—En cuanto a lo de la cabeza hueca, puede que no seamos el cuarteto más brillante del universo, pero... —Susannah se detuvo de pronto con un estremecimiento y se llevó las manos al vientre.

—¿Suze? —dijo Eddie, preocupado al instante—. Suze, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

—Solo son gases —contestó, y le dedicó una sonrisa. Roland pensó que aquella sonrisa no parecía demasiado sincera y creyó ver unas finas arrugas de tensión en el contorno de los ojos—. Anoche comí demasiados bollos de bola. —Y antes de que Eddie le pudiera hacer más preguntas, Susannah volvió a centrar su atención en Callahan—. ¿Tenía algo más que decir? Pues dígalo, cielo.

—Muy bien —accedió Callahan—. Poseo un objeto de gran poder. Aunque todavía se encuentran a muchas ruedas de mi iglesia del Calla, donde oculto dicho objeto, creo que ya os ha alcanzado. Provocar un estado de exotránsito es solo una de las cosas que puede hacer. —Respiró hondamente y dejó escapar el aire—. Si nos prestáis el servicio que os solicito, pues el Calla también es mi pueblo, ¿sabéis?, donde espero acabar mis días y ser enterrado, os entregaré esa... esa cosa.

—Por última vez, te pediría que no volvieras a hablar así —le instó Roland. Su tono fue tan áspero que Jake se volvió para mirarlo con consternación—. Me deshonra a mí y a mi an-tet. Estamos obligados a hacer lo que nos pidáis, si juzgamos que tu Calla está en el Blanco y que aquellos a los que llamáis lobos son agentes de la oscuridad exterior o disgregadores del haz, si lo prefieres. No recibiremos recompensa alguna por nuestros servicios y no debes ofrecerla. Si lo hubiera hecho uno de tus compañeros, ese al que llamas Tian o ese otro al que llamas Overholster...

(Eddie pensó en corregir la pronunciación del pistolero, pero decidió mantener la boca cerrada. Cuando Roland estaba enojado, por lo general, lo mejor era quedarse calladito.)

—... sería distinto. Puede que lo único que conozcáis sean las leyendas. Pero tú, sai, como mínimo posees un libro al que deberías haberle prestado mayor atención. Te dije que lo nuestro es el plomo, y lo sigo manteniendo. Pero eso no nos convierte en pistoleros a sueldo.

—Está bien, está bien...

—En cuanto a esa cosa que tienes... —prosiguió Roland, alzando la voz e imponiéndose a la de Callahan—, te gustaría deshacerte de ella, ¿verdad? Te aterroriza, ¿no es cierto? Aunque

decidamos pasar de largo su pueblo, nos rogarías que nos la lleváramos, ¿verdad? ¿Verdad?

—Sí —confesó Callahan, con abatimiento—. Dices verdad y digo gracias. Sin embargo... el caso es que he escuchado parte de vuestra garla... lo suficiente para saber que queréis volver... que queréis dar el paso, como dicen los mannis, y no solo a un sitio, sino a dos. O tal vez a más... y a un tiempo... Os oí hablar de apuntar al tiempo como con una pistola...

El rostro de Jake adoptó una expresión de sorpresa horrorizada al comprenderlo.

—¿Cuál es? —preguntó—. No puede ser la rosa de Mejis porque Roland viajó dentro de ella y no lo hizo entrar en exotransito. Así que ¿cuál?

Una lágrima rodó por la mejilla derecha de Callahan y otra le siguió a continuación. Se las secó distraídamente.

—Nunca me he atrevido a utilizarla, pero la he visto. He sentido su poder. Que Cristo, Jesús Hombre, me asista, tengo la Trece Negra bajo las tablas del suelo de mi iglesia. Y ha vuelto a la vida. ¿Me comprendéis? —Los miró con los ojos anegados en lágrimas—. Ha vuelto a la vida.

Callahan hundió el rostro entre las manos.

DIEZ

Cuando el clérigo de la cicatriz en la frente se marchó en busca de sus compañeros de persecución, el pistolero se quedó observándolo sin moverse. Los pulgares de Roland estaban anclados a la cinturilla de sus viejos téjanos remendados y parecía como si pudiera quedarse en aquella posición hasta el fin de los tiempos. Sin embargo, en cuanto Callahan desapareció a la vista, se volvió hacia sus compañeros y con la mano crispada les hizo un gesto urgente, casi osuno, en el aire: «Venid a mi». Una vez reunidos, Roland se puso en cuclillas. Eddie y Jake lo imitaron (y para Susannah, estar en cuclillas era casi un estilo de vida). El pistolero habló casi de manera cortante.

—El tiempo apremia, así que decidme: ¿sincero o no? Y nada de titubeos.

—Sincero —contestó Susannah sin vacilar. A continuación volvió a hacer un gesto de dolor y se frotó por debajo del pecho izquierdo.

—Sincero —asintió Jake.

—Cero —articuló Acho, aunque no se le había preguntado.

—Sincero —convino Eddie—, pero mira. —Cogió un palito de la orilla del fuego que se había salvado de acabar carbonizado, despejó una zona de agujas de pino y escribió en la tierra oscura:

Calla Callahan

—¿Un encuentro en la tercera fase? —preguntó Eddie. A continuación, viendo el desconcierto en el rostro de Susannah, añadió—: ¿Es una coincidencia o significa algo de verdad?

—¿Quién sabe? —observó Jake. Todos hablaban en voz baja con las cabezas juntas sobre las letras escritas en el suelo—. Es como lo del diecinueve.

—Creo que se trata de una coincidencia —opinó Susannah—. No todo lo que nos encontremos en el camino tendrá que ser ka, ¿no? A ver, ni siquiera suenan igual. —Y las pronunció: primero «Calla», llevando la lengua al paladar para articular la primera «a» con gran claridad; y luego «Callahan», llevando la lengua abajo para que la primera «a» sonara más parecida a una «e»—. En nuestro mundo, «Calla» es una palabra española... Como muchas de las palabras que recuerdas de Mejis, Roland. Significa calle o plaza, creo... No me hagáis mucho caso porque el español del instituto me queda a años luz. Pero, si estoy en lo cierto, usar la palabra como prefijo para el nombre de una población, o para varias, como parece ser por estos andurriales, tendría bastante sentido. No encaja a la perfección, pero se acerca bastante. Por otro lado, Callahan... —Se encogió de hombros—. ¿Qué es? ¿Irlandés? ¿Inglés?

—Español, no, eso seguro —afirmó Jake—. Pero lo del diecinueve...

—A la mierda con el diecinueve —intervino Roland, con brusquedad—. No es el momento para jugar con numeritos. Volverá dentro de nada con sus amigos y antes debería hablar con vosotros an-tet de otro tema.

—¿Crees que puede tener razón en lo de la Trece Negra? —preguntó Jake.

—Sí —asintió Roland—. A juzgar por lo que anoche os ocurrió a Eddie y a ti, creo que la respuesta es que sí. Si tiene razón, es peligroso para nosotros tener una cosa así, pero debemos tenerla. Temo que esos lobos de Tronido se nos adelanten. No importa, por fuerza eso no debe preocuparnos ahora. —Sin embargo, Roland parecía muy preocupado. Volvió la vista hacia Jake—. Diste un respingo cuando oíste el nombre del hacendado. Tú también, Eddie, aunque disimulaste mejor.

—Lo siento —se disculpó Jake—. He olvidado el rostro de...

—Ni una pizca —lo interrumpió Roland—. A menos que yo también lo haya hecho. Porque yo también he oído ese nombre y no hace mucho. Aunque no recuerdo dónde. —A continuación, añadió con cierta reticencia—: Me estoy haciendo viejo.

—Fue en la librería —aclaró Jake. Cogió su bolsa, se peleó con nerviosismo con las correas y las desanudó. La abrió mientras hablaba. Era como si tuviera que asegurarse de que *Charlie el Chu-Chú y Adivina, adivinanza*, seguían allí, no se habían desvanecido—. El Restaurante de la Mente de Manhattan. ¡Es tan extraño! Me ocurrió una vez y observé cómo me ocurría una segunda. Eso habría sido un buen acertijo.

Roland esbozó un fugaz gesto haciendo girar su menoscabada mano derecha para decirle que continuara y que espabilara.

—El señor Torre se presentó —dijo Jake— y, a continuación, yo hice lo mismo. Jake Chambers, dije. Y él dijo...

—... «Buen nombre, colega» —lo interrumpió Eddie—. Fue eso. Luego añadió que Jake Chambers le sonaba al nombre del héroe de una novela del Oeste.

—«El tipo que se presenta en Black Fork, Arizona, limpia la ciudad y sigue su camino» —recordó Jake—. Y a continuación: «Algo de Wayne D. Overholser, quizá». —Miró a Susannah y lo repitió—: Wayne D. Overholser. Y si dices que es una coincidencia, Susannah... —Una sonrisa de oreja a oreja le iluminó el rostro—, entonces ya puedes besarme el culo de chico blanco.

Susannah rió.

—No hace falta, lengua sucia. No creo que sea una coincidencia. Y cuando conozcamos al amigo granjero de Callahan pienso preguntarle cuál es su segundo nombre. Doy fe con mi sello que no solo comenzará por D, sino que además será algo como Dean o Dane, de cuatro letras... —Devolvió la mano bajo el pecho—. ¡Estos dichosos gases! Lo que daría por unas sales de frutas o incluso una botella de... —Volvió a interrumpirse—. Jake, ¿qué ocurre? ¿Qué pasa?

Jake sostenía *Charlie el Chu-Chú* entre sus manos y estaba más pálido que un muerto. Tenía los ojos abiertos de par en par, desconcertado. A su lado, Acho gimíó intranquilo. Roland se inclinó para echar un vistazo y también abrió los ojos.

—Por todos los dioses —exclamó.

Eddie y Susannah también le echaron un vistazo. El título era el mismo. La ilustración era la misma: una locomotora antropomórfica echando humo colina arriba con una sonrisa en el quitapiedras y un ojo jovial por faro. Sin embargo, las letras amarillas de debajo, «relato e ilustraciones de Beryl Evans», habían desaparecido. No había créditos.

Jake le dio la vuelta al libro y comprobó el lomo. Rezaba: «*Charlie el Chu-Chú* y McCauley House, Editores». Nada más.

Al sur de donde estaban, oyeron unas voces. Callahan y sus amigos se aproximaban. Callahan del Calla. Callahan de Lot; también se había presentado de aquel modo.

—La página del título, cielo —le apremió Susannah—. Mira ahí, rápido.

Jake lo hizo. De nuevo solo aparecía el título del relato y el nombre del editor, aquella vez con el logotipo.

—Comprueba la página de derechos —sugirió Eddie.

Jake pasó la página. Allí, en el dorso de la página del título y junto a la cara donde comenzaba el relato, aparecía la información sobre los derechos de reproducción. Salvo que, en realidad, no había información alguna. Solo se leía:

Copyright 1936

Unos números que sumados daban diecinueve.
Lo que quedaba estaba en blanco.

V
OVERHOLSER

UNO

Susannah tuvo la oportunidad de observar todo lo que quiso y más de aquel día largo e interesante en parte porque Roland se la ofreció y, en parte, porque después de que su indisposición matutina hubiera pasado, volvió a sentirse ella misma.

Justo antes de que Callahan y su grupo se acercaran lo suficiente como para oírlos, Roland le murmuró:

—No te alejes de mí y ni una palabra salvo que te lo indique. Si te toman por mi sheevin, que así sea.

En otras circunstancias, habría tenido pronta alguna respuesta descarada ante la idea de ser la pequeña y silenciosa esposa segundona de Roland, su recurso nocturno, pero aquella mañana no había tiempo y, en cualquier caso, se alejaba mucho de ser un tema sobre el que bromear; la seriedad de su rostro lo dejaba claro. Además, el papel de la segundona leal y callada le atraía. A decir verdad, cualquier papel le atraía. Ya de niña, rara vez se sentía más feliz que cuando fingía ser otra persona.

«Lo que seguramente explica todo lo que vale la pena que sepas de mí, cielo», pensó.

—¿Susannah? —preguntó Roland—. ¿Me has oído?

—Te he oído bien —contestó—. No te preocupes por mí.

—Si la cosa va como espero, ellos apenas te verán, en cambio tú a ellos, mucho más.

Como mujer negra que había crecido en los Estados Unidos de mediados del siglo xx (Odetta había reído y aplaudido a su manera *El hombre invisible* de Ralph Ellison, a menudo balanceándose adelante y atrás en la silla como alguien al que le ha visitado una revelación), Susannah sabía con exactitud lo que Roland quería. Y se lo daría. A una parte de ella —la rencorosa de Detta Walker— siempre le molestaría el ascendiente que Roland ejercía sobre su corazón y su mente; sin embargo, la mayoría de las veces lo aceptaba por lo que era: el último de su estirpe. Tal vez incluso un héroe.

DOS

Mientras observaba a Roland llevar a cabo las presentaciones (presentó a Susannah la última de todos, después de Jake, y casi sin darle importancia), la joven tuvo tiempo para reflexionar sobre lo bien que se encontraba en aquellos momentos una vez superados los persistentes pinchazos de los gases en el costado izquierdo. Joder, incluso el tenaz dolor de cabeza se había esfumado y mira que aquel cabrón le había estado dando la lata —a veces en la nuca; otras, en una de las sienes, y otras sobre el ojo izquierdo, como una migraña disponiéndose a salir del cascarón— durante más de una semana. Sin olvidar las mañanas, claro. No había mañana que no sintiera náuseas agravadas por un tembleque de piernas durante la primera hora más o menos. No vomitaba, pero durante esa primera hora siempre se sentía al borde de hacerlo.

No era tan idiota como para que los síntomas se le pasaran por alto, aunque tenía razones para saber que no significaban nada. Lo único que esperaba era librarse de pasar la vergüenza de hincharse como lo había hecho Jessica, la amiga de su madre; y no solo una vez, sino dos. Dos embarazos psicológicos, y en los dos parecía que aquella mujer iba a tener mellizos. O incluso trillizos. Aunque claro, a Jessica Beasley se le había retirado el período, razón suficiente para que una mujer creyera estar embarazada. Susannah sabía que no estaba embarazada por la más sencilla de las razones: todavía seguía menstruando. La regla le había comenzado el mismo día que habían despertado una vez más en el Camino del Haz, cuando habían dejado el Palacio Verde a unos cuarenta o cincuenta kilómetros de distancia. Desde entonces, le había vuelto a venir. Ambos períodos habían sido excepcionalmente abundantes y había necesitado usar muchos trapos para enjugar el flujo oscuro. Las reglas anteriores no habían sido tan fecundas en sangre; algunos meses apenas alcanzaban unas cuantas manchas de lo que su madre llamaba «las rosas de una dama». Aun así no se quejaba porque, antes de llegar a aquel mundo, sus reglas solían ser dolorosas y, de vez en cuando, insoportables. Las dos que había tenido desde que habían regresado al Camino del Haz no la habían molestado en absoluto. Si no hubiera sido por los trapos empapados que enterraba con esmero a uno u otro lado del camino, no se habría enterado de que la tenía. Tal vez fuera a causa de la pureza del agua.

Por descontado sabía qué significaba todo aquello; no hacía falta ser un científico de la NASA, como a veces decía Eddie. El batiburrillo de sueños delirantes que no era capaz de recordar, la debilidad y las náuseas matutinas, los dolores de cabeza pasajeros, los ataques de gases de extraña intensidad y los calambres ocasionales, todo se reducía a lo mismo: quería tener un bebé de él. No había otra cosa que deseara más en el mundo que un crío de Eddie Dean creciera en su vientre.

Lo que no quería era hincharse a causa de un humillante embarazo psicológico.

«Todo eso no importa ahora —pensó, mientras Callahan se aproximaba con los demás—. Ahora mismo, lo que tienes que hacer es observar. Tienes que lograr ver lo que Roland, Eddie y Jake no ven. Así no se nos escapará nada.»

Y creyó poder llevar a cabo aquella tarea sin esfuerzo alguno.

En realidad, jamás en la vida se había sentido mejor.

TRES

Callahan fue el primero en llegar. Tras él venían dos hombres, uno que aparentaba unos treinta años y otro al que Susannah le calculó no menos del doble. El mayor tenía unas mejillas rollizas que de allí a unos cinco años se convertirían en unos carrillos colgantes, y unas arrugas que abrían un surco desde los flancos de la nariz hasta la barbilla. «Arrugas del que está acostumbrado a mandar», así las hubiera llamado su padre (y Dan Holmes no podía quejarse de las suyas). El más joven lucía un sombrero ajado; el mayor, un Stetson limpio y blanco que estuvo a punto de hacer reír a Susannah, era como el típico sombrero del bueno en una película del Oeste en blanco y negro. Además, supuso que un tocado como aquel no sería precisamente barato y, por tanto, creyó que el hombre que lo lucía tenía que ser Wayne Overholser. «El rico hacendado», lo había llamado Roland. Al que había que convencer, según Callahan.

«Aunque nosotros no», pensó Susannah. Algo que, en cierto modo, era un alivio. Los labios apretados, los ojos ladinos y sobre todo aquellas profundas arrugas que hendían la piel (tenía otra que le partía las cejas, justo sobre los ojos) sugerían que sai Overholser sería un hueso duro de roer a la hora de convencerlo.

Detrás de aquellos dos personajes —exactamente detrás del más joven de los dos—, había una mujer alta y bien parecida, y aunque no era negra, su piel era casi tan oscura como la de Susannah. Custodiando la retaguardia llegaba un hombre de mirada seria, con gafas, ropas de granjero y un chico que se le daba un aire, tal vez dos o tres años mayor que Jake. Era imposible no reparar en el parecido entre ellos; tenían que ser Slightman el Viejo y el Joven.

«Puede que el chico sea mayor que Jake —pensó Susannah—, pero la verdad es que no tiene pinta de ser muy listo.» Cierto, aunque no por ello algo malo. Jake había visto demasiadas cosas para un chico que todavía no había entrado en la adolescencia. Y también las había hecho.

Overholser miró sus armas (Roland y Eddie llevaban los enormes revólveres con la empuñadura de sándalo; la Ruger del 44 neoyorquina colgaba bajo la axila de Jake en lo que Roland llamaba un «agarradero»), y luego a Roland. Hizo un saludo con gesto mecánico: el puño medio cerrado merodeó cerca de la frente. No hubo reverencia. Si a Roland le ofendió aquello, su rostro no delató emoción alguna. Lo único que revelaba su expresión era interés por cortesía.

—Salve, pistolero —lo saludó el hombre que caminaba junto a Overholser, y este sí que hincó una rodilla en el suelo con la cabeza inclinada y la frente descansada en el puño—. Soy Tian Jaffords, hijo de Luke. Esta señora es mi mujer, Zalia.

—Salve —devolvió el saludo Roland—. Permítame ser Roland para usted, si a bien tiene. Que sus días sean largos en la tierra, sai Jaffords.

—Tian, por favor. Y que tú y tus amigos tengáis el do...

—Yo me llamo Overholser —lo interrumpió con brusquedad el hombre del Stetson blanco—. Hemos venido a encontrarnos con usted, con usted y sus amigos, a petición de Callahan y el joven Jaffords. Yo me saltaría las formalidades e iría al grano en cuanto fuera posible, no se ofenda, se lo ruego.

—Disculpa, pero las cosas no han sido así exactamente —objetó Jaffords—. Hubo una reunión y los hombres del Calla votaron...

Overholser volvió a interrumpirlo. Susannah pensó que era el típico que interrumpía a los demás. Seguro que ni siquiera era consciente de que lo hacía.

—El pueblo, sí. El Calla. He venido con la intención de hacer lo mejor para mi pueblo y mis vecinos; sin embargo, estamos en una época de mucho ajetreo, no hay época más ajetreada que...

—Árbol *charyou* —intervino Roland con suavidad, y aunque Susannah conocía un significado más profundo para aquella expresión, uno que hizo que un escalofrío le recorriera la espalda, los ojos de Overholser se iluminaron. Fue entonces cuando Susannah tuvo el palpito de cómo iba a transcurrir el día.

—Llega la siega, sí, señor, digo gracias.

Callahan se había quedado a un lado y observaba el bosque con una suerte de paciencia estudiada. Detrás de Overholser, Tian Jaffords y su mujer intercambiaron una mirada de intranquilidad. Los Slightman solo esperaban y miraban.

—De todas formas, usted ya sabe de qué le hablo.

—En Gilead nos rodeaban las granjas y los campos —dijo Roland—. Almacenaba mi parte de heno y trigo en el granero. Sí, y también aguaturmas.

Overholser le dirigió a Roland una sonrisa que Susannah halló bastante ofensiva. Decía: «Usted y yo sabemos de lo que hablamos, ¿no, sai? Después de todo, ambos somos hombres de mundo».

—En realidad ¿de dónde es, sai Roland?

—Amigo, tiene usted que ir con urgencia a un otorrinolaringólogo —dijo Eddie.

Overholser lo miró confundido.

—¿Discúlpeme el oído?

Eddie hizo un gesto que venía a decir «Mire, ¿lo ve?» y asintió.

—Lo que le he dicho.

—Calma, Eddie —atajó Roland. Calma, suave como un guante—. Sai Overholser, deberíamos tomarnos un momento para conocer nuestros nombres y ofrecernos uno o dos buenos deseos. Pues así es como la gente civilizada y amable se conduce, ¿no? —Roland hizo una pausa; una pausa breve para hacer hincapié en lo siguiente—. Puede que con devastadores fuera diferente, pero por aquí no los hay.

Los labios de Overholser se unieron en una delgada línea y miró a Roland con dureza, predispuesto a sentirse insultado. Sin embargo, no descubrió nada en la expresión del pistolero que diera pie a ello y volvió a relajarse.

—Digo gracias —repuso—. Tian y Zalia Jaffords, como ya se ha dicho... —Zalia hizo una reverencia extendiendo unas faldas invisibles a ambos lados de sus ajados pantalones de pana—. Y aquí están Ben Slightman el Viejo y Benny el Joven. —El padre se llevó el puño a la frente e inclinó la cabeza. El hijo, cuyo rostro era el retrato del pasmo (Susannah supuso que se debía a las pistolas), hizo una reverencia con la pierna derecha estirada recta a él y el talón en el suelo—. Ya conoce al Viejo Amigo —acabó de decir Overholser, hablando con el mismo brusco desdén ante el cual el propio Overholser se habría sentido ofendido si se hubieran dirigido así a su valiosa persona. Susannah concluyó que cuando se es un hacendado, uno se acostumbra a hablar como le viene en gana. Se preguntó hasta dónde presionaría a Roland antes de descubrir que no lo había hecho en absoluto, pues a algunos hombres no se los puede presionar. Quizá que te sigan el juego durante un rato, pero luego...

—Estos son mis compañeros de viaje —dijo a su vez Roland—. Eddie Dean y Jake Chambers, de Nueva York. Y esta es Susannah.

Hizo un gesto hacia ella sin volverse en su dirección. El rostro de Overholser adoptó una expresión de complicidad muy masculina que Susannah ya había visto antes. Detta Walker tenía un sistema para borrar aquella expresión de la cara de los hombres que no creía que a sai Overholser le interesara conocer en absoluto.

Sin embargo, le dedicó a Overholser y a los demás una pequeña y recatada sonrisa, y compuso su propia reverencia con las faldas invisibles. Creyó haberla hecho con bastante gracia, a su manera, como la que había hecho Zalia Jaffords; aunque, claro está, una reverencia no

parece del todo lo mismo cuando a uno le falta la parte inferior de las piernas y los pies. Los recién llegados no habían dejado de reparar en la parte de ella que faltaba, por supuesto, aunque sus sentimientos acerca de aquel tema no le interesaban demasiado. Sin embargo, se preguntaba qué pensarían de la silla, la que Eddie le había conseguido en Topeka, donde Blaine el Mono había acabado sus días. Aquella gente no debía de haber visto jamás nada parecido.

«Puede que Callahan sí —pensó—. Porque Callahan es de nuestro lado. Él...»

—¿Eso es un brambo? —preguntó el chico.

—Silencio —le urgió Slightman en un tono que delataba cierta sorpresa ante el hecho de que su hijo hubiera hablado.

—No pasa nada —lo tranquilizó Jake—. Sí, es un brambo. Acho, ve con él.

Señaló a Ben el Joven. Acho rodeó al trote la fogata hasta donde se encontraba el recién llegado y alzó la mirada hacia el chico con sus ojos de aros dorados.

—Nunca antes había visto a uno domesticado —observó Tian—. Habíamos oído hablar de ellos, eso sí, pero el mundo se ha movido.

—Tal vez no todo —repuso Roland. Miró a Overholser—. Quizá todavía perdure algo de los tiempos pasados.

—¿Puedo acariciarlo? —preguntó el chico a Jake—. ¿Muerde?

—Puedes, y no muerde.

Al tiempo que Slightman el Joven se ponía en cuclillas frente a Acho, Susannah deseó que Jake estuviera en lo cierto. Que un bilibrambo le arrancara la nariz al crío no iba a procurarles demasiadas amistades.

Sin embargo, Acho se dejó acariciar, incluso estiró el largo cuello para olisquear la cara de Slightman. El chico se rió.

—¿Cómo has dicho que se llamaba?

Antes de que Jake pudiera responder, el brambo habló por él.

—¡Acho!

Todos rieron. Y algo tan simple los unió, bien hallados en aquel sendero que seguía el Camino del Haz. El lazo era frágil, pero incluso Overholser lo sentía. Un Overholser que cuando reía, daba la impresión de que podía llegar a ser un buen tipo. Tal vez algo asustado y sin duda pedante, pero tenía algo.

Susannah no sabía si alegrarse o escamarse.

CUATRO

—Me gustaría tener unas palabras con usted, si a bien tiene —declaró Overholser.

Los dos chicos se habían alejado un poco, con Acho entre ellos, mientras Slightman el Joven le iba preguntando a Jake si el brambo sabía contar pues había oído que algunos sabían.

—Creo que no, Wayne —se opuso Jaffords de inmediato—. Hemos convenido volver a nuestro campamento, compartir la mesa con ellos y exponerles nuestra petición. Y luego, si aceptan seguir adelante...

—No tengo inconveniente en tener unas palabras con sai Overholser —lo interrumpió Roland—, y creo que usted tampoco, sai Jaffords. ¿Acaso no es él tu dihn? —Y antes de que Jaffords pudiera poner cualquier otra objeción (o negarlo), añadió—: Sirvele té a esta gente, Susannah. Eddie, acércate aquí con nosotros una miaja, si a bien tienes.

Aquella frase, nueva a oídos de todos los presentes, sonó con toda naturalidad en los labios de Roland. Susannah se maravilló. Si hubiera tratado de decir aquello, habría sonado como si les estuviera haciendo la pelota.

—Allá al sur tenemos comida —informó Zalia con timidez—. Comida, graf y café. Andy...

—Comeremos complacidos y probaremos tu café con mucho gusto —contestó Roland—. Pero, primero, tomad té, os lo ruego. Esto nos llevará muy poco tiempo, ¿verdad, sai?

Overholser asintió con la cabeza. Su expresión de obstinado desasosiego había desaparecido, así como la rigidez corporal. Al otro lado del camino (cerca del lugar por donde una mujer llamada Mia se había escabullido hacia el bosque la noche anterior), los chicos reían mientras Acho hacía algo genioso; Benny, sorprendido, Jake, con evidente orgullo.

Roland cogió del brazo a Overholser y lo condujo unos pasos por el camino. Eddie paseaba con ellos. Jaffords, ceñudo, hizo el gesto de seguirlos. Susannah le tocó en un hombro.

—No lo hagas —le advirtió en voz baja—. Él sabe lo que se hace.

Jaffords la miró vacilante unos instantes y luego le dio la razón.

—Al igual podría avivarle el fuego una miaja, sai —se ofreció Slightman el Viejo con una mirada compasiva hacia la supuesta limitada movilidad de sus piernas—, pues veo que todavía quedan algunas brasas.

—Como guste —respondió Susannah, pensando en lo excepcional que era todo. Qué excepcional y qué extraño. Igual de mortal en potencia, claro; pero había acabado por aprender que también tenía su encanto. Era la posibilidad de la oscuridad lo que hacía que el día pareciera tan radiante.

CINCO

Camino arriba, a unos doce metros de los demás, los tres hombres se detuvieron. Parecía como si el único que hablara fuera Overholser, a veces ayudándose de gesticulaciones agitadas para apoyar un razonamiento. Hablaba como si Roland no fuera más que un pistolero de tres al cuarto que por casualidad se encontraba merodeando por el sendero con unos cuantos amigos rufianes que le seguían como perros falderos. Le explicó a Roland que Tian Jaffords era un loco (aunque hombre de buenas intenciones) que no comprendía las realidades de la vida. Le dijo a Roland que Jaffords tenía que ser comedido, calmado, no solo por su bien, sino por el del Calla. Insistió en que si se pudiera hacer algo, Wayne Overholser, hijo de Alan, sería el primero en presentarse voluntario para hacerlo; nunca había eludido sus responsabilidades, pero ir en contra de los lobos era una locura. Y, añadió bajando la voz, hablando de locura, también estaba el Viejo Amigo. Mientras se limitara a su iglesia y a sus rituales, no habría problema; en aquellas cosas, una pizca de locura era un buen condimento principal. Aquello, sin embargo, era algo diferente. Ea, ni de lejos era lo mismo.

Roland escuchaba con paciencia y asentía de vez en cuando. Apenas abrió la boca. Cuando Overholser hubo finalizado, el rico hacendado de Calla Bryn Sturgis miró al pistolero que tenía ante sí con una expresión de atenta fascinación. En gran parte a aquellos apagados ojos azules.

—¿Es lo que dice ser? —le preguntó al final—. Dígame la verdad, sai.

—Soy Roland de Gilead —contestó el pistolero.

—¿Del linaje de Eld? ¿Es eso lo que está diciendo?

—Por mi sello —afirmó Roland.

—Pero Gilead... —Overholser se detuvo—. Gilead hace mucho que desapareció.

—Yo —repuso Roland—, no.

—¿Nos va a matar a todos o va a hacer que nos maten? Dígamelo, se lo ruego.

—¿Qué haría usted, sai Overholser? No más tarde, ni dentro de un día, una semana o una luna, sino ahora mismo.

Overholser miró largo tiempo a Roland, a Eddie, y de nuevo a Roland. Aquel hombre no estaba acostumbrado a cambiar de opinión y si lo hacía, le dolía como una hernia. Desde el otro lado del camino llegaron las risas de los chicos cuando Acho atrapó algo que Benny había lanzado, un palo casi tan grande como el mismo brambo.

—Escucharía —admitió Overholser al final—. Al menos haría eso, que los dioses me asistan, digo gracias.

—En otras palabras, nos explicó todas las razones por las que se trataba de una empresa de locos —le contó Eddie a Susannah más tarde—, y a continuación hizo exactamente lo que Roland quería que hiciese, como por arte de magia.

—A veces, Roland hace magia —respondió ella.

SEIS

La partida del Calla había acampado en la cima de una agradable colina no muy lejos, al sur del sendero, aunque lo suficientemente alejado del Camino de Haz como para que las nubes pendieran inmóviles y tranquilas en el cielo; tan próximas que parecía que se las pudiera tocar. El camino de vuelta al campamento a través del bosque había sido indicado con esmero; algunas

de las señales que Susannah distinguió eran tan grandes como la palma de la mano. Puede que aquella gente fueran granjeros y ganaderos fuera de serie, pero estaba claro que el bosque los intranquilizaba.

—¿Me permite relevarle en esa silla una miaja, joven? —le preguntó Overholser a Eddie cuando empezaron el ascenso de la última colina.

Susannah ya olía a carne rustida y se preguntó quien estaría atendiendo la comida si toda la partida Callahan-Overholser había ido a conocerlos. ¿La mujer no había mencionado a alguien llamado Andy? ¿Un criado, tal vez? Ella tenía. ¿Personal de Overholser? Quizá. Seguro que un hombre que podía permitirse un Stetson tan grande como el que en aquellos momentos se inclinaba hacia atrás en su cabeza, también podía permitirse un criado.

—Usted mismo —respondió Eddie.

No se atrevió a añadir «Se lo ruego», («Todavía le suena un poco falso», pensó Susannah), pero se hizo a un lado y tendió los brazos de la silla de ruedas a Overholser. El granjero era un hombre voluminoso, la pendiente era bastante inclinada, y tenía que empujar a una mujer que pesaba cerca de sesenta kilos, pero la respiración, a pesar de los resoplidos, se mantuvo regular.

—¿Me permite hacerle una pregunta, sai Overholser? —preguntó Eddie.

—Por descontado —contestó Overholser.

—¿Cuál es su segundo nombre?

Susannah sintió una breve ralentización del movimiento que atribuyó a la mera sorpresa.

—¡Menuda pregunta más rara, joven amigo! ¿A qué viene eso?

—Bueno, es una especie de pasatiempo —contestó Eddie—. De hecho, digo la buenaventura a través de ellos.

«Cuidado, Eddie, cuidado», pensó Susannah aunque, a su pesar, le parecía divertido.

—¿Ah, sí?

—Sí —contestó Eddie—. Usted, por ejemplo. Diría que su segundo nombre comienza por... —hizo como si meditara—, por la letra «D» —aunque la pronunció alargando la «e», al estilo de las Letras Mayores de la Alta Lengua—. Y diría que es corto. ¿Cinco letras? ¿Cuatro tal vez?

Susannah sintió que la fuerza del empuje volvía a disminuir,

—¡Por las barbas del demonio! —exclamó Overholser—. Cómo lo ha sabido? ¡Dígamelo!

Eddie se encogió de hombros.

—En realidad se trata de contar y adivinar. La verdad, tengo tantos fallos como aciertos.

—Tienes más fallos —intervino Susannah.

—Pues le diré que mi segundo nombre es Dale —le informó Overholser—, aunque si alguien me explicó por qué alguna vez, ya no lo conservo en la memoria. Perdí a los míos de joven.

—Lo siento —dijo Susannah, feliz de ver que Eddie se alejaba seguramente que para decirle a Jake que ella tenía razón sobre lo del segundo nombre: Wayne Dale Overholser. Igual a diecinueve.

—¿Ese joven es un genioso o un loco? —le preguntó Overholser a Susannah—. Dígamelo, se lo ruego, porque yo no sé decirle.

—Es ambas cosas —contestó ella.

—Por no decir ya lo de esta silla de empujar, ¿no le parece? Es tan genioso como una brújula.

—Digo gracias —respondió y, en su interior, dejó escapar un pequeño suspiro de alivio. Había sonado adecuado, tal vez porque no había planeado decirlo.

—¿De dónde la han sacado?

—De bastante lejos de su camino —contestó. Aquel giro de la conversación no la satisfacía demasiado. Creía que era tarea de Roland contarles su historia (o no hacerlo). Él era el dinh. Además, si solo lo relataba uno, no podía incurrir en contradicciones. Aunque le pareció que podía decir algo—. Llegamos hasta aquí a través de una raedura. Al otro lado, las cosas son muy diferentes. —Volvió la cabeza para mirarlo. Tenía las mejillas y el cuello sonrojados aunque la verdad es que, pensó, lo estaba haciendo muy bien para un hombre que debía de tener ya sus cincuenta y muchos—. ¿Sabe de lo que le hablo?

—Ea —respondió, carraspeó y escupió a la izquierda—. No es que haya visto u oído ninguna de esas raeduras, entiéndame. Nunca me alejo demasiado, hay mucho que hacer en la granja. De todas formas, los del Calla no somos muy aficionados al bosque, que le conste.

«Sí, creo que me consta», pensó Susannah, echando un rápido vistazo a otra señal que casi tenía el tamaño de una bandeja. El desafortunado árbol marcado tendría suerte si sobrevivía al próximo invierno.

—Andy nos ha hablado mucho, pero que mucho de la raedura. Dice que hace ruido, pero que no sabe lo que es.

—¿Quién es Andy?

—Ya lo conocerá por usted misma bien pronto, sai. ¿Es de ese Calla York, como los amigos de usted?

—Sí —respondió, de nuevo en guardia. Overholser rodeó un fustafarro antediluviano con la silla. Los árboles eran cada vez más escasos y el olor a comida más intenso. Carne... y café. Le rugieron las tripas.

—Y no son pistoleros —observó Overholser, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a Eddie y a Jake—. No me irá a decir que sí.

—Eso tendrá que decidirlo usted cuando llegue el momento —contestó Susannah.

Durante unos instantes, Overholser permaneció en silencio. La silla de ruedas traqueteó sobre una afloración pedregosa. Delante de ellos, Acho caminaba tranquilo entre Jake y Benny Slightman, quienes se habían hecho amigos con la misteriosa velocidad de la infancia. Susannah se preguntó si sería buena idea, pues ambos eran muy diferentes. El tiempo les demostraría cuánto, para su pesar.

—Me asustó —dijo al fin Overholser. Habló con un hilo de voz apenas audible, como si lo hiciera para sí—. Fueron sus ojos, creo. Sobre todo, sus ojos.

—Y entonces ¿se seguirá manteniendo en sus trece? —preguntó Susannah. La pregunta distó mucho de ser tan inocente como esperaba que sonara, pero quedó desconcertada ante la violencia de la respuesta.

—¿Está loca, mujer? Claro que no... No, si consigo encontrar una salida al atolladero en que estamos. ¡Atiéndame bien! Ese muchacho —apuntó a Tian Jaffords quien caminaba delante de ellos con su mujer—, ese muchacho se ha atrevido a acusarme de ser un gallina. Tuvo que dejar claro ante todos que yo no tengo hijos de la edad del capricho de los lobos, ea. No como él, que sí los tiene, que le conste. Pero ¿cree que soy un loco que no sabe lo que esto nos va a costar?

—Yo, no —le aseguró Susannah con calma.

—¿Y él? Creo que sí. —Overholser hablaba como lo hace un hombre en cuyo interior se libra una batalla entre el orgullo y el miedo—. ¿Acaso quiero entregar los críos a los lobos? ¿Críos que nos devuelven arrunados y que se convierten en un lastre para el pueblo para siempre jamás? ¡No! ¡Pero tampoco quiero que un perdonavidas nos haga meter la pata sin vuelta atrás!

Susannah se volvió para mirarlo y descubrió algo fascinante. Quería dar su brazo a torcer. Deseaba encontrar una razón para hacerlo. Roland lo había llevado hasta aquel estado y sin apenas abrir la boca. Lo único... bueno, lo único que había hecho era mirarlo.

Captó un movimiento con el rabillo del ojo.

—¡Santo Dios! —exclamó Eddie.

La mano de Susannah voló hacia un revólver que no llevaba. Se volvió de nuevo en la silla. Bajando por el camino, en su dirección, moviéndose con un remilgado cuidado que ella no pudo evitar hallar divertido a pesar de la sorpresa, se aproximaba un hombre de metal de al menos dos metros de alto.

La mano de Jake se había trasladado al agarradero y a la culata de la pistola que allí descansaba.

—¡Tranquilo, Jake! —dijo Roland.

El hombre de metal, con unos ojos que lanzaban destellos azules, se detuvo frente a ellos. Permaneció inmóvil durante unos diez segundos, tiempo suficiente para que Susannah consiguiera leer lo que llevaba impreso en el pecho. «North Central Positronics —pensó—, ha

regresado para salir a escena. Por no mencionar a Industrias LaMerk.»

A continuación, el robot alzó un brazo plateado y se llevó una mano plateada hacia su frente de acero inoxidable.

—Salve, pistolero venido de lejos —saludó—. Largos días y gratas noches.

Roland se llevó los dedos a la frente.

—Que veáis el doble, Andy, sai.

—Digo gracias.

Sus profundas e incomprensibles entrañas emitieron ruiditos. A continuación se inclinó hacia Roland mientras los ojos no dejaban de refulgir con mayor intensidad. Susannah vio que la mano de Eddie reptaba hasta la empuñadura de sándalo del viejo revólver que llevaba. Roland, sin embargo, ni siquiera pestañeó.

—He preparado una comida deliciosa, pistolero. Cosas buenas que da la fecundidad de la tierra, ea.

—Digo gracias, Andy.

—Que le sea de provecho. —Las entrañas del robot volvieron a emitir sus ruiditos—. Mientras tanto, ¿le gustaría tal vez conocer su horóscopo?

VI
LA VÍA DEL ELD

UNO

Alrededor de las dos de la tarde de ese mismo día, los diez estaban disfrutando de lo que Roland llamaba una comida de ranchero.

—Durante los quehaceres matutinos, miras adelante con amor —les comentó Roland a sus amigos más tarde—. Durante los vespertinos, miras atrás con nostalgia.

Eddie pensó que estaba bromeando, aunque con Roland uno nunca podía estar seguro. El poco humor que tuviera era cáustico hasta la corrosión.

No era el mejor manjar que Eddie hubiera probado en su vida en ese sentido, el banquete dispuesto por los ancianos de Paso del Río seguía ocupando su sitio de honor, pero tras varias semanas en el bosque subsistiendo a base de burritos de pistolero (y cagando balines de zurullos de conejo unas dos veces a la semana), la verdad es que era todo un festín. Andy sirvió unos filetes enormes más bien poco hechos, bañados en salsa de champiñones. La guarnición consistía en judías, algo enrollado que parecían tacos y maíz tostado. Eddie probó una mazorca y la encontró dura, pero gustosa. Había ensalada de repollo, zanahoria y cebolla con mayonesa que, tal como Tian Jaffords se desvivió por explicarles, la había preparado su mujer con sus propias manos. También un delicioso pudín que llamaban costrón de fresas. Y, por descontado, café. Eddie calculó que, entre ellos cuatro, se habían ventilado como mínimo unos cuatro litros. Incluso Acho había probado el café. Jake había vertido un poco de la oscura y fuerte bebida en un platillo; Acho la había olisqueado, había exclamado «¡Caf!» y a continuación la había hecho desaparecer a lengüetazos enérgicos y primorosos.

Durante la comida no se habló de cosas serias («El yantar no se mezcla con el garlar», era uno de los muchos retazos de sapiencia de Roland), por lo que Eddie se enteró de muchas cosas sobre Jaffords y su mujer, en su mayor parte sobre cómo se vivía por allí, en lo que Tian y Zalia llamaban «las zonas fronterizas». Eddie esperaba que Susannah (sentada junto a Overholser) y Jake (con el chico en el que no dejaba de pensar como Benny el Niño) se estuvieran enterando, como mínimo, de casi tantas cosas como él. A Eddie no le habría sorprendido que Roland se sentara junto a Callahan, pero Callarían no se sentó con nadie. Se llevó su ración a cierta distancia de los demás, se persignó y comió solo. Tampoco demasiado. ¿Estaría enojado con Overholser por haberse hecho con la batuta o era un solitario por naturaleza? Difícil de decir con tan poco tiempo, pero si alguien lo hubiera obligado a responder, poniéndole una pistola en la sien, Eddie habría votado por la segunda opción.

Lo que más asombraba a Eddie era lo recondenadamente civilizada que era aquella parte del mundo. Hacía que Lud, con sus grises y pubis enfrentados, pareciera la Isla de los Caníbales de una historia para niños sobre naufragos. Aquella gente disponía de caminos, agentes de la ley y un sistema de gobierno que a Eddie le recordaba las asambleas municipales de Nueva Inglaterra. Tenían una Sala de Reuniones Municipal y una pluma que era como un símbolo de la autoridad. Si se deseaba convocar una reunión, se enviaba la pluma a todo el mundo; y si un número suficiente de gente la tocaba cuando esta llegase a su casa, se convocaba la reunión. De no ser así, no la había. Dos personas eran las encargadas de transportar la pluma, y jamás se desconfiaba de su recuento. Eddie dudaba de que aquello funcionara en Nueva York; sin embargo, en un lugar como aquel parecía un buen método para organizar las cosas.

Como mínimo existían otros setenta Callas cuya ubicación describía un gran arco que se extendía de norte a sur. Calla Bryn Sturgis quedaba en el centro. Calla Bryn Lockwood, situado al sur, y Calla Amistad, situado al norte, también eran pueblos de granjeros y rancheros. Y también tenían que sufrir los expolios periódicos llevados a cabo por los lobos. Más al sur se encontraban Calla Bryn Bouse y Calla Staffel, que poseían vastas extensiones de terreno, y, según Jaffords, tampoco se libraban de sufrir a los lobos... O al menos eso creía. Más al norte se hallaban Calla Sen Pinder y Calla Sen Chre, que eran pueblos de granjeros y ovejeros.

—Granjas de gran tamaño —aseguró Tian—, pero a medida que uno va subiendo son cada vez más pequeñas, que te conste, hasta que se llega a las tierras donde caen las nieves, eso me han dicho, porque nunca lo he visto con mis propios ojos, y donde hacen un queso delicioso.

—Los del norte llevan zapatos de madera, o eso dicen —le comentó Zalia a Eddie con cierto

aire nostálgico. Ella llevaba unos zapatos de piel curtida que llamaban botines.

El comercio era floreciente pues, pese a que la gente de los Callas viajaba poco, los caminos estaban allí por si querían hacerlo. Además, también tenían el Whye, a veces llamado Río Grande, que discurría al sur de Calla Bryn Sturgis hasta los mares del Sur, o eso se dice. Había Callas mineros y Callas artesanos (donde fabricaban artículos gracias a la presión del vapor e incluso, ea, gracias a la electricidad). Había también un Calla dedicado en exclusiva al placer: apuestas, carreras divertidas y alocadas, y...

Llegados a este punto, Tian, quien había estado hablando, sintió los ojos de Zalia clavados en él y se volvió hacia la olla a por más judías. Y a por un plato de reconciliadora ensalada de su mujer.

—Así que —resumió Eddie, dibujando una curva en el suelo—, estas son las zonas fronterizas. Los Callas. Un arco que va de norte a sur de unos... ¿Cuánto puede medir, Zalia?

—Eso es cosa de hombres, amén —contestó ella. A continuación, al ver que su marido seguía junto a los rescoldos de la fogata inspeccionando las ollas, se inclinó un poco hacia Eddie—. ¿Cuentas en kilómetros o en ruedas?

—Conozco las dos medidas, pero me defiendo mejor en kilómetros.

Ella asintió.

—Podiera ser que tres mil doscientos hacia allí —apuntó hacia el norte—, y el doble hacia allá.

Hacia el sur. Se quedó tal cual, apuntando en direcciones opuestas. A continuación dejó caer los brazos, unió las manos en el regazo y retomó su anterior aire recatado.

—Y estos pueblos... estos Callas... ¿se extienden a lo largo de todo el arco?

—Eso dicen, ¿sabes?, y los comerciantes lo recorren de punta a punta. Al noroeste de aquí, el Río Grande se divide en dos. Al ramal este lo llamamos Devar Tete Whye, lo que usted llamaría el Pequeño Whye. Vemos más tránsito por el río desde el norte, porque el río fluye de norte a sur, que te conste.

—Me consta. ¿Y hacia el este?

Zalia bajó la vista.

—Tronido —contestó con apenas un hilo de voz que Eddie casi no alcanzó a oír—. Nadie va allí.

—¿Por qué?

—Está oscuro —respondió, sin levantar la mirada del regazo. Entonces alzó un brazo y señaló en la dirección por la que Roland y sus amigos habían llegado. De vuelta al Mundo Medio—. Allí —dijo—, el mundo se está acabando. O eso dicen. Y allí... —Señaló hacia el este, y en aquella ocasión alzó la cara para enfrentarse a la de Eddie—. Allí, en Tronido, ya se ha acabado. En el medio estamos nosotros, que lo único que queremos es seguir en paz con nuestra vida.

—¿Y crees que podrá ser?

—No.

Eddie la vio llorar.

DOS

Poco después, Eddie se excusó y se adentró en un bosquecillo en busca de un momento de intimidad. Estaba en cuclillas y alargando una mano para coger unas cuantas hojas con las que limpiarse, cuando oyó una voz justo a sus espaldas.

—Esas no, sai, que le conste. Esas son turbación venenosa. Límpiase con eso y ya verá cómo le pica.

Eddie dio un respingo y se dio media vuelta sujetando la cinturilla de los téjanos con una mano y tentando en busca del cinturón de Roland que colgaba de la rama de un árbol cercano con la otra. Cuando comprobó quién —o qué— había hablado, se calmó un poco.

—Andy, es muy chungo arrastrarse por detrás de alguien mientras está jiñando. —A continuación señaló una mata de matorrales verdes y bajos—. ¿Y esos? ¿En qué lío me meteré si me limpio con eso?

Se produjeron varias pausas intercaladas por clics.

—¿Qué? —preguntó Eddie—. ¿He hecho algo mal?

—No —contestó Andy—. Solo estoy procesando la información, sai. «Chungo»: palabra desconocida. «Arrastrarse»: no lo he hecho, he caminado, si a bien tiene. «Jiñando»: probablemente argot para designar la evacuación de...

—Sí —lo atajó Eddie—, eso mismo. Pero una cosa, si no te has arrastrado, Andy, ¿cómo es que no te he oído? A ver, hay hojarasca. La gente suele hacer ruido cuando anda sobre la hojarasca.

—No soy una persona, sai —contestó Andy. A Eddie le sonó petulante.

—Un tipo, entonces. ¿Cómo un tipo tan grande como tú puede ser tan silencioso?

—Por la programación —dijo Andy—. Esas hojas valen, que le conste.

Eddie entornó los ojos y cogió un puñado. —Ah, ya. Por la programación, claro. ¿Cómo no? Digo gracias, sai, largos días, bésame el culo y que en gloria estés.

—Gloria —repitió Andy—. Cielo, lugar al que uno va después de morir; una especie de paraíso. Según Viejo Amigo, aquellos que van al cielo se sientan a la derecha de Dios Padre Todopoderoso por los siglos de los siglos.

—¿Ah, sí? ¿Y quién se sienta a la izquierda? ¿Los vendedores de Tupperware?

—Sai, no lo sé. «Tupperware» es una palabra desconocida. «¿Quiere oír su horóscopo?»

—¿Por qué no? —accedió Eddie.

Comenzó a caminar hacia el campamento guiándose por los sonidos de las risas de los chicos y los ladridos del bilibrambo. Andy caminaba a su lado, refulgente incluso bajo un cielo encapotado y silencioso. Algo extraño e intranquilizador.

—¿En qué Fecha nació, sai?

Eddie creyó que para aquello sí estaba preparado.

—Soy Luna Chivo —dijo, y entonces recordó algo más—. Chivo barbón.

—La nieve del invierno trae padecimiento, el vástago invernal es fiero y montaraz —vaticinó Andy. Sí, sonaba petulante, sin duda alguna.

—Fiero y montaraz, ese soy yo —dijo Eddie—. Después de más de un mes sin tocar el agua, será mejor que creas que es porque soy fiero y montaraz. ¿Qué más se te ofrece, Andy, viejo amigo? ¿Quieres leerme la palma de la mano o algo así?

—No es necesario, sai Eddie. —El robot parecía feliz de todas todas y Eddie pensó: «Ese soy yo, derrochando alegría allí adonde voy. Incluso los robots me adoran. Es mi ka»—. Estamos en Tierra Llena, digamos gracias. La luna es roja, lo que en el Mundo Medio se llama la Luna Cazadora, eso. ¡Viajará, Eddie! ¡Viajará lejos! ¡Sus amigos y usted! Esta misma noche regresará a Calla Nueva York. Conocerá a una mujer oscura. Usted...

—Quiero oír más sobre ese viaje a Nueva York —lo interrumpió Eddie, y se detuvo. Justo enfrente estaba el campamento, lo suficientemente cerca para ver a la gente trajinando de aquí para allá—. Nada de bromitas, Andy.

—¡Entrará en exotránsito, sai Eddie! Sus amigos y usted. Vaya con cuidado. Cuando oiga las *kammen*, las campanillas, que le conste bien, deben concentrarse los unos en los otros. Para evitar perderse.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Eddie.

—Por la programación —contestó Andy—. El horóscopo ya está, sai. Es gratis. —Y a continuación añadió lo que a Eddie le sorprendió por ser la excentricidad final—: Sai Callahan, el Viejo Amigo, ¿sabe usted?, dice que no tengo licencia para adivinar el futuro, así que no puedo cobrar.

—Sai Callahan dice verdad —contestó Eddie, y agregó cuando Andy reemprendía el paso—: Pero espera un segundo, Andy. Te lo ruego. —Era muy extraño lo rápido que esa forma de hablar comenzaba a sonarle natural.

Andy se detuvo sin rechistar y se volvió hacia Eddie con sus refulgentes ojos azules. Eddie tenía, más o menos, un millar de preguntas sobre el exotránsito; no obstante, sentía una curiosidad más acuciante por otra cosa.

—¿Sabes lo de esos lobos?

—Claro. Yo se lo dije a sai Tian. Se airó. —Eddie volvió a detectar algo similar a la petulancia en la voz de Andy... Aunque seguro que solo se trataba de una impresión, ¿no? Un robot, por mucho que hubiera sobrevivido a los viejos tiempos, no iba a tener las imperfecciones de los humanos. ¿O sí?

«¿No has tardado mucho en olvidar al mono, verdad, cariño?», le preguntó mentalmente la voz de Susannah a Eddie.

«Blaine es un engorro», la relevó la de Jake.

«Si tratas a este tipo como una mera máquina que predice el futuro en una feria ambulante, Eddie, chaval, te mereces lo que te pase», acabó por decir la suya.

—Háblame de los lobos —le solicitó Eddie.

—¿Qué le gustaría saber, sai Eddie?

—Para empezar, de dónde vienen. El lugar donde se sienten como en casa y donde se pueden pedorrear tanto como les venga en gana. Para quién trabajan. Por qué se llevan a los niños. Y por qué los devuelven arruinados a los que se llevan. —De repente, una nueva duda lo asaltó, tal vez la más obvia—: Ah, y cómo sabes cuándo van a venir.

Se oyeron unos cuantos clics en el interior de Andy. Muchos esta vez, tal vez durante casi un minuto. Cuando Andy habló por fin, su voz había cambiado. A Eddie le recordó al agente Bosconi, de su barrio. Brooklyn Avenue, aquel era el territorio de Bosco Bob. Si te lo encontrabas paseando por la calle volteando la porra, Bosco te hablaba como si fueras un ser humano de su misma condición: «¿Cómo va eso Eddie?», «¿Cómo está tu madre últimamente?», «¿Qué hace el bala perdida de tu hermano?», «¿Vas a fichar por los Cadetes de la liga de la policía?», «Bien, nos vemos en el gimnasio», «Aléjate de los cigarrillos, que tengas un buen día». Pero si creía que podías haber hecho algo, Bosco Bob se convertía en un tipo al que mejor sería no conocer de nada. Aquel agente Bosconi no sonreía y la mirada tras las gafas era como un charco de hielo en pleno febrero (que allí, en aquella parte del Gran Loquesea, vendría a ser el Tiempo del Chivo). Bosco Bob jamás le había pegado a Eddie, pero hubo un par de ocasiones —una de ellas justo después de que unos chavales le prendieran fuego al Woo Kim's Market—, en las que estuvo seguro de que aquel cabrón de madero le habría arreado si Eddie hubiera sido lo bastante estúpido como para contestar con insolencia. No se trataba de esquizofrenia —al menos no al puro estilo Detta/Odetta—, pero se le acercaba bastante. Existían dos versiones del agente Bosconi. Una de ellas era la de un tipo agradable. La otra era la de un poli.

Cuando Andy habló por fin, su voz ya no era la del tío bienintencionado, aunque tonto del culo, el tío que creía que eran ciertas las historias que publicaba el *Inside View* sobre el niño caimán y sobre que Elvis estaba vivo en Buenos Aires. La voz de aquel Andy sonó imperturbable y, en cierto sentido, muerta.

Como la de un robot de verdad, vaya.

—¿Cuál es su contraseña, sai Eddie?

—¿Eh?

—La contraseña. Tiene diez segundos. Nueve... ocho... siete...

Eddie pensó en las películas de espías que había visto.

—¿Quieres decir que si digo algo como «Las rosas están floreciendo en El Cairo», y tú dices «Solo en el jardín de la señora Wilson» y luego yo digo...?

—Contraseña incorrecta, sai Eddie. Dos... uno... cero.

Del interior de Andy salió un sonido grave y sordo que Eddie encontró desagradable. Como el de la hoja afilada de una cuchilla de carnicero que hiende la carne y se hunde en el tajo. Se dio cuenta de que estaba pensando por primera vez en el Pueblo Antiguo, cuyos componentes habrían construido a Andy (o tal vez el pueblo anterior al Pueblo Antiguo, se le podría llamar el Pueblo Antiguo de Verdad, ¿quién lo sabía con seguridad?). Esas eran gentes con las que a Eddie no le habría gustado nada encontrarse si es que se podía considerar un ejemplo los últimos vestigios de Lud.

—Puede volverlo a intentar una vez más —anunció la voz fría. Se parecía un poco

a la que le había preguntado a Eddie si Eddie deseaba que le dijeran su horóscopo, pero ahí terminaba la cosa, no era más que una leve semejanza—. ¿Quiere volverlo a intentar, Eddie de Nueva York?

Eddie pensó rápido.

—No —contestó—, así está bien. Información restringida, ¿eh?

Se oyeron varios clics y a continuación:

—«Restringida»: limitada, mantenida dentro de ciertos límites establecidos, como la información en un documento determinado o en un disco-q; limitada a aquellos autorizados a utilizar la información; aquellos autorizados se anuncian mediante la contraseña. —Una nueva pausa para pensar—. Sí, Eddie. Esa información es restringida —sentenció.

—¿Por qué? —preguntó Eddie.

No esperaba respuesta alguna, pero Andy se la proporcionó.

—Directiva diecinueve.

Eddie le dio una palmadita en un costado metálico.

—Amigo mío, eso no me sorprende nada de nada. La directiva diecinueve tenía que ser.

—¿Le gustaría oír un horóscopo ampliado, sai Eddie?

—Creo que paso.

—¿Qué le parece una canción llamada «La leche merengada que bebí anoche»? Tiene un montón de estrofas divertidas. —La nota aflautada de un diapasón surgió de alguna parte del diafragma de Andy.

Eddie, quien encontró la idea de «un montón de estrofas divertidas» algo alarmante, aceleró el paso en dirección que los demás.

—¿Por qué no lo dejamos para otro momento? —propuso—. Ahora mismo creo que necesito otra taza de café.

—Que lo disfrute, sai —contestó Andy. A Eddie le sonó bastante triste. Como cuando le decías a Bosco Bob que creías que ibas a estar muy ocupado ese verano para apuntarte a la liga de la policía.

TRES

Roland estaba sentado en una afloración rocosa tomando una taza de café. Escuchó a Eddie sin interrumpirlo; solo se permitió un leve cambio de expresión: un alzamiento de cejas apenas perceptible al escuchar ante las palabras «directiva diecinueve».

Al otro lado del claro, Slightman el Joven había sacado una especie de pipa para hacer unas pompas extraordinariamente resistentes. Acho las cazaba y las hacía estallar entre los dientes hasta que comenzó a cogerle el tranquillo a lo que Slightman por lo visto quería que hiciera, que venía a ser reunir las en una frágil pila reluciente. A Eddie la pila de pompas le hizo pensar en el Arco Iris del Mago, en aquellas peligrosas bolas de cristal. ¿De verdad Callahan tenía una? ¿La peor de todas?

Más allá de los chicos, en el borde del claro, Andy esperaba con los brazos plateados cruzados sobre la superficie curva de acero inoxidable de su pecho. Eddie supuso que aguardaba para recoger la comida que había arrastrado para ellos hasta allí y que luego les había cocinado. El criado perfecto. Cocina, limpia, te habla de la mujer oscura que conocerás. Inimaginable que viole la directiva diecinueve. En cualquier caso, no sin la contraseña.

—Acercaos, amigos —pidió Roland, alzando la voz ligeramente—. Ha llegado el momento de llevar a cabo una miaja de garla. No durará mucho y está bien que así sea, al menos para nosotros pues, ya antes de que sai Callahan nos encontrara, hemos llevado a cabo el nuestro, y hablar mucho marea, amén.

Se acercaron y se sentaron en torno a él como niños obedientes, tanto los del Calla como aquellos que procedían de mucho más lejos y que, tal vez, avanzarían aún más.

—Lo primero que querría oír es lo que sabéis de los lobos. Eddie me ha dicho que Andy no cuenta cómo sabe lo que sabe. —Dice verdad —masculló Slightman el Viejo—. O los que lo hicieron o los que vinieron después lo han enmudecido en cuanto a ese tema, aunque siempre nos avisa de su llegada. Para todo lo demás, no hay quien le pare la lengua.

Roland volvió la vista hacia el hacendado del Calla.

—¿Nos pone en antecedentes, sai Overholser?

Tian Jaffords pareció contrariado por no haber sido él la persona a la que se dirigió. Su mujer pareció contrariada por él. Slightman el Viejo asintió con la cabeza como si la elección de Roland fuera la única que cabría esperar. El propio Overholser no se ufanó como Eddie creyó que haría. En su lugar miró al suelo, a las piernas cruzadas y a los botines curtidos durante unos treinta segundos o así, rascándose la cara, pensativo. El claro estaba sumido en un silencio tal que Eddie oía el ruido áspero que producía la palma de la mano del granjero al pasarla sobre una barba que bien podía ser de hacía dos o tres días. Al final, suspiró, asintió con la cabeza y alzó la vista hacia Roland.

—Digo gracias. He de reconocer que no es usted como esperaba. Ni su tet tampoco. —Overholser se volvió hacia Tian—. Tenías razón en arrastrarnos hasta aquí, Tian Jaffords. Debíamos tener este encuentro y digo gracias por ello. —No fui yo quien te trajo hasta aquí —repuso Jaffords—. Fue el Viejo Amigo.

Overholser asintió en dirección a Callahan. Callahan le devolvió el ademán y esbozó una cruz en el aire con la mano cicatrizada, como si dijera, según Eddie, que tampoco había sido él, sino Dios. Tal vez sí, pero cuando se trataba de sacar las castañas del fuego, él apostaba dos dólares a favor de Roland de Gilead por cada uno que el otro apostara por Dios y Jesús Hombre, los pistoleros celestiales.

Roland esperó, su rostro era la viva imagen de la serenidad y la educación.

Al final, Overholser comenzó a hablar y lo hizo durante unos quince minutos, despacio, pero sin irse por las ramas. Para empezar estaba el asunto de los mellizos. Los habitantes del Calla sabían que en otras partes del mundo y en tiempos pasados los niños que nacían de dos en dos eran la excepción en vez de la regla; sin embargo, en el territorio de la Gran Media Luna, los hijos únicos, como el Aaron de los Jaffords, eran las rarezas. Las grandes rarezas.

Y tal vez hacía unos ciento veinte años (o acaso serían ciento cincuenta; con el tiempo tal como estaba, esas cosas eran imposibles de asegurar) que los lobos comenzaron sus incursiones. No aparecían justo en cada generación, lo que hubiera supuesto cada veinte años más o menos, el período era más largo, aunque ese cálculo era bastante aproximado.

Eddie pensó en preguntar a Overholser y a Slightman cómo podría haber sido el Pueblo Antiguo el que silenciara a Andy respecto a los lobos si estos hacían sus incursiones fuera de Tronido desde hacía menos de dos siglos. No obstante, al final no hizo la pregunta. Preguntar lo que no tenía respuesta era una pérdida de tiempo, habría dicho Roland. Aunque era interesante, ¿no? Era interesante preguntarse cuándo y quién (o qué) había programado por última vez a Andy el Mensajero (Muchas Otras Funciones).

Y por qué.

Según Overholser, se llevaban a los niños, a uno de cada pareja de mellizos de edades comprendidas entre tres y catorce años, al este, a la tierra de Tronido. (Eddie se percató que Slightman el Viejo le pasaba el brazo por encima de los hombros a su chico durante aquella parte de la historia.) Allí permanecían durante un período de tiempo relativamente corto, tal vez cuatro semanas, acaso ocho. Después, los devolvían a casi todos. Se suponía que aquellos pocos que no lo hacían habían muerto en la Tierra de la Oscuridad, que cualquiera que fuese el rito que se les había practicado los había matado en vez de «arruinarlos».

Los que volvían se habían convertido en bobos dóciles en el mejor de los casos. Una criatura de cinco años regresaba tras perder la capacidad de habla que tanto le había costado conquistar, viéndose reducida a meros balbuceos y obligada a señalar aquello que quería. Los pañales que habían quedado olvidados dos o tres años atrás volvían a hacerse imprescindibles y los seguía utilizando hasta que el niño arrunado tenía diez o incluso doce años.

—Cagüenla... Tia todavía se mea encima uno de cada seis días y ya puede contar con que también se caga una vez cada luna —señaló Jaffords.

—Atiéndanle —asintió Overholser con tristeza—. A mi propio hermano, Welland, le pasaba lo mismo hasta que murió. Y, claro, además se les ha de vigilar casi sin descanso, porque cuando

encuentran algo que les gusta, lo engullen hasta reventar. ¿Quién le está echando un vistazo a la tuya, Tian?

—Mi cormano —respondió Zalia, sin darle oportunidad de hacerlo a Tian—. Heddon y Hedda ya pueden echar una mano, ya tienen una edad...

Se detuvo y pareció caer en la cuenta de lo que estaba diciendo. Se le torció el gesto en los labios y enmudeció. Eddie creyó comprenderlo. Heddon y Hedda ya podían echar una mano, sí. El año siguiente, uno de ellos todavía podrá ayudar; no obstante, el otro...

Un niño secuestrado con diez años podía volver con algunas nociones elementales del lenguaje, pero nunca iría mucho más allá. En cierto modo, cuanto más mayores fueran cuando se los llevaban, peor, porque parecía como si regresaran con una vaga comprensión de lo que les habían hecho, de lo que les habían arrebatado. Tendían a llorar desconsolados o a alejarse a rastras para otear el horizonte, hacia el este, como perdidos; como si vieran sus pobres cerebros allá fuera, volando en círculos en el cielo oscuro. Con el paso de los años, incluso una media docena de ellos se había suicidado. (Al oír aquello, Callahan volvió a persignarse.)

Los arrunados seguían conservando el aspecto de niños tanto en estatura como en vocabulario y comportamiento hasta los dieciséis años. A partir de entonces, casi de sopetón, la mayoría florecía hasta alcanzar el tamaño de jóvenes gigantes.

—No podéis haceros una idea de lo que es si no lo habéis visto o no habéis pasado por ello —dijo Tian. Tenía la vista fija en el fuego—. No tenéis ni idea de lo que sufren. ¿Sabéis cómo llora un crío cuando le salen los dientes?

—Sí—contestó Susannah.

Tian asintió con la cabeza.

—Pues es como si le estuvieran saliendo los dientes en el cuerpo, que os conste.

—Atiéndanle —intervino Overholser—. Durante dieciséis o dieciocho meses, lo único que hizo mi hermano fue dormir, comer, llorar y crecer. Recuerdo que incluso lloraba mientras dormía. Yo me levantaba, me acercaba a él y oía un susurro que provenía del interior del pecho, de las piernas y de la cabeza. Era el sonido de los huesos que crecían por la noche, atiéndanme.

Eddie reflexionó sobre la impresión que todo aquello debía causar. Había oído historias de gigantes —ogros como el de las judías mágicas y esas cosas—, pero hasta entonces nunca había considerado lo que debía de ser hacerse gigante. «Como si le estuvieran saliendo los dientes en el cuerpo», pensó Eddie, y se estremeció.

—Un año y medio, no más, y se acabó todo; aunque me pregunto cuánto les debe de parecer a ellos que vuelven sin mayor sentido del tiempo que los pájaros o las sabandijas.

—Interminable —murmuró Susannah. Estaba muy pálida y su voz sonó rara—. Les debe de parecer interminable.

—El susurro nocturno cuando les crecen los huesos —dijo Overholser—, los dolores de cabeza cuando les crece el cráneo...

—Una vez, Zalman estuvo gritando durante nueve días sin descanso —dijo Zalia con voz átona, pero Eddie descubrió el horror en sus ojos, lo veía con toda claridad—. Los pómulos empujaban hacia fuera para salir, se veía a simple vista. La frente se le fue abombando hacia fuera y si acercabas la oreja, oías cómo le crujía el cráneo a medida que se ensanchaba. Sonaba igual que una rama curvándose por el peso del hielo.

»Gritó durante nueve días. Nueve. Mañana, tarde y plena noche. Gritaba sin parar. Las lágrimas le caían a borbotones. Rezamos a todos los dioses posibles para que se quedara afónico, incluso mudo, pero no ocurrió nada de eso, doy gracias. Si hubiéramos tenido una pistola, creo que lo habríamos sacrificado allí mismo, mientras estaba echado en su camastro, para acabar con su dolor. Las cosas habían llegado hasta tal punto que mi pobre viejo estaba preparado para cortarle el pescuezo cuando paró. Los huesos le siguieron creciendo un tiempo, los del esqueleto, ¿sabe usted?, pero la cabeza era lo peor de todo y esa por fin paró, digamos gracias a los dioses, y Jesús Hombre también.

Asintió en dirección a Callahan. Este le devolvió el gesto, alzó la mano hacia ella y la dejó estirada en el aire durante unos segundos. Zalia se volvió hacia Roland y sus amigos.

—Ahora tengo cinco hijos —prosiguió—. Aaron está a salvo, digo gracias, pero Heddon y Hedda tienen diez años, una edad buena. Lyman y Lia solo tienen cinco, edad suficiente. Cinco... Hundió el rostro en las manos y no dijo nada más.

CUATRO

Una vez que el estirón del crecimiento llegaba a su fin, les explicó Overholser, a algunos de ellos se los podía poner a trabajar. Otros —la mayoría— ni siquiera eran capaces de llevar a cabo trabajos tan rudimentarios como desarraigar tocones o cavar agujeros para clavar postes. A aquellos se los veía sentados en los escalones del almacén de Took o, de vez en cuando, paseando por el campo en grupos desgarbados, hombres y mujeres jóvenes, de estatura, peso y retardo enorme, a veces sonriéndose y balbuceando, y otras solo mirando el cielo con los ojos abiertos como platos.

No se apareaban, al menos podían dar gracias por aquello. Aunque no todos llegaban a alcanzar un tamaño descomunal y su capacidad mental y física variara de unos a otros, por lo visto compartían una característica: regresaban sin libido alguna.

—Ruego disculpen la rudeza —se excusó Overholser—, pero creo que cuando volvió mi hermano Welland, ni siquiera se le empalmaba por las mañanas. Zalia, ¿has visto alguna vez a tu hermano con una... ya sabes...?

Zalia dijo que no con la cabeza.

—¿Qué edad tenía cuando vinieron, sai Overholser? —le preguntó Roland.

—¿Se refiere a la primera vez? Welland y yo teníamos nueve años. —Overholser había adoptado un ritmo rápido en el habla. Daba un aire de un discurso ensayado a lo que decía, aunque Eddie no creía que lo fuera. Overholser era una figura de peso en Calla Bryn Sturgis; era, que Dios nos asista y apedree a los cuervos, el rico hacendado. Para él resultaba duro recordar la época en que había sido un niño pequeño, indefenso y aterrorizado—. Nuestros viejos trataron de escondernos en el granero. O al menos eso es lo que me contaron. No recuerdo nada, eso seguro. Supongo que me he obligado a olvidarlo. Ea, es muy probable. Algunos lo recuerdan mejor que otros, Roland, pero todas las historias vienen a ser lo mismo: se llevan a uno y dejan al otro. Al que se llevan lo devuelven arrunado, tal vez puede hacer algún trabajo, pero está muerto de cintura para abajo. Luego... cuando llegan a los treinta...

Cuando llegan a los treinta, los mellizos arrunados envejecen de sopetón. El cabello se les vuelve blanco y a menudo se les cae del todo. Los músculos, en otro tiempo descomunales (como eran entonces los de Tia Jaffords y Zalman Hoonik), se volvían flácidos y se atrofiaban. A menudo, su final distaba mucho de ser tranquilo. Les salían úlceras, a veces en la piel, pero con mayor frecuencia en el estómago y en la cabeza; en el cerebro. Todos morían mucho antes de lo que habría sido su hora de no haber sido por los lobos; y muchos morían del mismo modo que habían pasado del tamaño de un infante al de un gigante: gritando de dolor. Eddie se preguntó a cuántos de aquellos retardados que morían de lo que parecía un cáncer terminal se les asfixiaría o se les administraría un sedante potente que los transportara más allá del dolor, más allá del sueño. No era el tipo de pregunta que solía formularse en alto, pero creyó que la respuesta sería que a muchos. En alguna ocasión, Roland había utilizado la palabra «dela», que siempre pronunciaba con un ligero barrido de la mano hacia el horizonte.

Muchos.

Los visitantes del Calla, cuyas lenguas y recuerdos había desatado la desesperación, hubieran continuado apilando una triste anécdota sobre otra, pero Roland no lo permitió.

—Ahora háblenme de los lobos, se lo ruego. ¿Cuántos son?

—Cuarenta —respondió Tian Jaffords.

—¿Por todo el Calla? —intervino Slightman el Viejo—. No, más de cuarenta. —Se dirigió a Tian en tono de disculpa—: No tenías más de nueve años la última vez que estuvieron aquí, Tian. Yo era un veinteañero. Puede que fueran cuarenta en el pueblo, pero muchos más se dirigieron a las granjas y a los ranchos de la periferia. Yo diría que sesenta en total, sai Roland, tal vez ochenta.

Roland miró a Overholser con las cejas enarcadas.

—Hace veintitrés años, téngalo en cuenta —se disculpó Overholser—, pero diría que sesenta es bastante aproximado.

—Los llamáis lobos, pero ¿qué son en realidad? ¿Son hombres u otra cosa?

Overholser, Slightman, Tian, Zalia... Por un instante Eddie percibió cómo compartían su *khef*, casi los oyó. Lo hizo sentir solo y marginado, igual que cuando ves a una pareja besándose en una esquina, abrazados o mirándose a los ojos, totalmente perdidos en la mirada del otro. Bueno, ya no tenía que sentirse nunca más de aquella forma, ¿no? Contaba con su propio *ka-tet*, su propio *khef*. Por no mencionar a su propia mujer.

Mientras tanto, Roland estaba haciendo el gesto de impaciencia con el meñique con el que Eddie ya estaba tan familiarizado. «Venga, amigos —decía—, se nos acaba el día.»

—No puedo asegurar lo que son —confesó Overholser—. Parecen hombres, pero llevan máscaras.

—Máscaras de lobo —apuntó Susannah.

—Ea, señora, máscaras de lobo, grises como sus caballos.

—¿Dice que vienen a lomos de caballos grises? —preguntó Roland.

El silencio fue más breve en aquella ocasión, pero Eddie no dejó de experimentar aquella sensación de *khef* y *ka-tet*, de mentes en debate por medio de algo tan elemental que apenas alcanzaba a llamársele telepatía pues era algo aún más elemental.

—¡Cagüenla...! —exclamó Overholser, un término que parecía significar «Ya te puedes apostar el trasero, no me insultes volviéndome a preguntar»—. Toditos a lomos de caballos grises. Llevan pantalones grises que parecen piel; botas negras con unas enormes y mortales espuelas de acero; capas y capuchas verdes; y las máscaras. Sabemos que son máscaras porque hemos encontrado alguna que ha quedado atrás. Parecen de acero, pero se pudren al sol como la carne, las cabronas.

—Ah.

Overholser le dirigió una mirada bastante ofensiva, con la cabeza ladeada, una mirada que decía: «¿Es tonto o un poco lento?».

—Sus caballos galopan como el viento —añadió Slightman—. Algunos se han llevado un crío en la parte delantera de la silla y otro en la trasera.

—No me diga... —comentó Roland.

Slightman asintió con energía.

—Digo gracias a los dioses. —Vio que Callahan volvía a hacer la señal de la cruz en el aire y suspiró—. Ruego me disculpe, Viejo Amigo.

Callahan se encogió de hombros.

—Vosotros estabais aquí antes que yo. Confíate a todos los dioses que quieras siempre que no se te olvide que yo creo que son falsos.

—Y vienen de Tronido —prosiguió Roland, ignorando aquello último.

—Ea —afirmó Overholser—. Cae en esa dirección, a unas cien ruedas. —Señaló hacia el sudeste—. Pues hemos salido del bosque en el último cerro antes de la Media Luna. Desde allí se divisa toda la Llanura del Este y, más allá, una gran oscuridad, como una nube tormentosa en el horizonte. Se dice, Roland, que en el mucho tiempo atrás, desde allí se divisaban hasta las montañas.

—Como las Rocosas desde Nebraska—musitó Jake.

Overholser lo miró.

—¿Ruego me disculpe, Jake soh?

—Nada —se disculpó Jake, y le dirigió al hacendado una fugaz e incómoda sonrisa. Eddie, mientras tanto, se grabó en la memoria cómo lo había llamado Overholser. No *sai*, sino *soh*. Una nueva e interesante anécdota.

—Hemos oído hablar de Tronido —asintió Roland. La carencia de emoción en su voz la hacía, en cierto modo, terrorífica, y cuando Eddie sintió que la mano de Susannah se buscaba un hueco entre la suya, se sintió agradecido.

—Es una tierra de vampiros, espectros y *taheens*, eso dicen las historias —intervino Zalia

con apenas un hilo de voz a punto de romperse—. Claro que las historias son antiguas...

—Las historias son ciertas —atajó Callahan. Su voz era áspera, pero Eddie percibió el miedo que rezumaba. Lo percibió sin lugar a dudas—. Hay vampiros y, probablemente, muchas otras cosas. Tronido es su guarida. Ya hablaremos de eso en otro momento, pistolero, si a bien tiene. Por ahora, atiéndanme, háganme el favor, pues de vampiros sé mucho. No sé si los lobos les llevarán los niños del Calla o no, yo creo que no, pero haberlos, haylos.

—¿Por qué habla como si yo lo dudara? —preguntó Roland.

Callahan bajó la mirada.

—Tal vez porque muchos lo hacen. Yo mismo. Yo lo dudé y... —Se le rompió la voz. Se aclaró la garganta y acabó la frase en lo que apenas era un susurro—: Y resultó mi perdición.

Roland permaneció sentado en silencio durante un momento, apoyado sobre las suelas de sus viejas botas con los brazos alrededor de las rodillas huesudas, balanceándose ligeramente adelante y atrás.

—¿Qué marcaba el reloj cuando vinieron? —le preguntó a continuación a Overholser.

—Cuando se llevaron a Welland, mi hermano, era de mañana —contestó el granjero—. Hacia la hora del desayuno, no mucho después. Lo recuerdo porque Welland le pidió a nuestra vieja si se podía llevar su taza de café al granero con él. Pero la última vez... la vez que vinieron y se llevaron a la hermana de Tian, al hermano de Zalia y a otros tantos...

—Yo perdí dos sobrinas y un sobrino —intervino Slightman el Viejo.

—Esa vez no fue mucho después de la campana del mediodía de la Sala de Reuniones. Sabemos qué día va a ocurrir porque lo sabe Andy y eso sí nos lo dice. El día en cuestión oímos el estruendo de los cascos a medida que se acercan por el este y vemos la columna de polvo que levantan...

—Así que sabéis cuando vienen —lo interrumpió Roland—. De hecho, lo sabéis de tres modos: a través de Andy, por el ruido de los cascos y por la columna de polvo.

Un rubor teja mate comenzó a escalar las laderas de los carrillos rollizos de Overholser y a extenderse cuello abajo cuando este comprendió lo que las palabras de Roland implicaban.

—Vienen armados, Roland, ¿sabe usted? Con pistolas, rifles, además de los revólveres que el tet de usted lleva, granados y otras armas. Armas temibles del Pueblo Antiguo. Varas de luz que matan al contacto, esferas metálicas voladoras que zumban llamadas zumbadoras o sneetches. Las varas queman la piel y detienen el corazón... Tal vez sean eléctricas o quizá...

Eddie oyó la palabra que Overholser pronunció a continuación como «ant-nómicos». Al principio creyó que el hombre estaba tratando de decir «anatómicos». Segundos después cayó en la cuenta de que probablemente era «atómicos».

—Una vez que los zumbadores te han oído, te siguen por muy rápido que corras —añadió con entusiasmo el chico de Slightman— o por mucho que te revuelvas o des la vuelta. ¿Verdad, viejo?

—¡Cagüenla si no! —confirmó Slightman el Viejo—. Y luego les salen unas hojas que giran tan rápido que no las ves y que te hacen pedacitos.

—Y todos van a lomos de caballos grises —musitó Roland—. Todos y cada uno de ellos del mismo color. ¿Qué más?

Nada, por lo visto. Ya estaba todo dicho. Venían del este el día predicho por Andy y durante una hora aciaga —tal vez más— el Calla retumbaba con los estruendosos cascos de aquellos caballos grises y los alaridos de los desolados padres. Las capas verdes se arremolinaban. Las máscaras de lobo, que parecían de metal y se pudrían al sol como la piel, gruñían. Se llevaban a los niños. De vez en cuando, alguna pareja de mellizos se salvaba, lo que sugería que la presciencia de los lobos no era infalible. Aun así, tenían que ser rematadamente buenos, pensó Eddie, porque si se alejaba a los niños de allí (como a menudo se hacía) o se los ocultaba en casa (como casi siempre sucedía), los lobos los encontraban de todos modos sin perder el tiempo. Incluso en el fondo de las pilas de aguaturma o de los almiares. Aquellos del Calla que trataban de hacerles frente eran derribados de un disparo, freídos con las varas de luz —¿láseres de algún tipo?— o hechos pedazos por los zumbadores voladores. Cuando Eddie trató de imaginárselo

más tarde, le vino a la mente una peli sangrienta de tres al cuarto que Henry le había arrastrado a ver. *Phantasma* se titulaba. La daban en el viejo Majestic; esquina de Brooklyn con Markey Avenue. Como demasiadas cosas de su vida anterior, el Majestic olía a pis, a palomitas y a la clase de vino que iba en bolsas de papel. A veces había agujas en los pasillos. Tal vez no fuera de lo mejor, pero aun así a veces, por lo general de noche, cuando el sueño se negaba a visitarlo, algo muy en su interior seguía echando de menos la vida anterior de la que el Majestic había formado parte. Lo echaba de menos como un crío secuestrado echaría de menos a su madre.

Se hacían con los niños, los cascos se perdían por el mismo camino por el que habían llegado y allí se acababa todo.

—No, no puede ser —objetó Jake—. Tienen que devolverlos, ¿no?

—No —repuso Overholser—. Los arrunados vuelven en el tren, atiéndanme, hay una enorme pila de chatarra que podría mostrarles y... ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?

Jake se había quedado boquiabierto y había perdido el color.

—No hace mucho hemos tenido una mala experiencia en un tren —explicó Susannah—. Esos trenes que os devuelven a los niños, ¿son monos?

No lo eran. De hecho, Overholser, los Jaffords, y los Slightman no tenían ni idea de lo que era un mono. (Callahan, quien de adolescente había visitado Disneylandia, sí lo sabía.) Unas viejas locomotoras normales y corrientes sin conductor tiraban de los convoyes que devolvían a los niños («Espero que ninguna de ellas se llame Charlie», pensó Eddie), unas locomotoras que iban unidas a uno o tal vez dos vagones abiertos donde iban apiñados los pequeños. Cuando llegaban, solían estar llorando de miedo (y también a causa de las quemaduras del sol si el tiempo al oeste de Tronido era cálido y despejado), iban cubiertos de comida y de sus propias heces secas y, por si fuera poco, estaban deshidratados. No existía estación alguna en la cabeza de línea, aunque Overholser era de la opinión que siglos atrás alguna debió haber habido. Una vez que se hacía bajar a los niños, se utilizaban varios caballos para que tiraran y sacaran los cortos trenes de la herrumbrosa cabeza de línea. A Eddie se le ocurrió que podían calcular el número de veces que los lobos habían aparecido por allí contando el número de máquinas abandonadas, como cuando se calcula la edad de un árbol contando los anillos del tronco.

—¿Cuánto dirían que dura el viaje? —preguntó Roland—. A juzgar por las condiciones en las que llegan.

Overholser miró a Slightman y luego a Tian y a Zalia.

—¿Dos días? ¿Tres?

Se encogieron de hombros y asintieron.

—Dos o tres días —concluyó Overholser, hablando con una seguridad tal vez no del todo justificada a juzgar por las miradas de los demás—. Lo suficiente como para tener quemaduras del sol y para haberse comido la mayoría de las raciones que les dejan...

—O para embadurnarse con ellas —gruñó Slightman.

—... pero no tanto tiempo como para morir por la exposición al sol —finalizó Overholser—. Si pretende calcular a partir de eso lo lejos que se los llevan del Calla, ya le digo ahora que espero que sea de los que disfrutan con los acertijos, porque nadie sabe a qué velocidad avanza el tren cuando cruza las llanuras. Cuando llega a la orilla alejada del río, lo hace lenta y majestuosamente, pero eso apenas significa nada.

—No —coincidió Roland—, casi nada. —Reflexionó unos instantes—. ¿Quedan veintisiete días?

—Ahora veintiséis —puntualizó Callahan con tranquilidad.

—Un momento, Roland —advirtió Overholser. Lo dijo como si se disculpara, pero con la mandíbula tensa. Eddie pensó que Overholser había vuelto a topar con el tipo de persona que producía rechazo a simple vista. Si se tenía problemas con las figuras autoritarias, aquella era una, y Eddie siempre los tenía.

Roland enarcó las cejas a modo de pregunta muda.

—No hemos dicho que sí. —Overholser miró a Slightman el Viejo como si buscara apoyo, y Slightman asintió demostrando su aprobación.

—Tengan en cuenta que no tenemos modo de saber que son quienes dicen que son —intervino Slightman, en un tono cercano a la disculpa—. Mi familia no tenía libros con los que educarme y no hay ninguno en el rancho, por cierto soy capataz del Rocking B de Eisenhart, salvo los libros del ganado; pero de niño escuché tantas historias sobre Gilead, los pistoleros y Arthur Eld como cualquier otro crío... Oí hablar de la Colina de Jericó y de ese tipo de cuentos de capa y espada... Pero nunca de un pistolero al que le faltaran dos dedos o de una mujer pistolera de piel morena o de uno al que todavía le quedan varios años para afeitarse.

Su hijo parecía desconcertado e indeciblemente incómodo. Slightman también, pero siguió adelante.

—Les ruego me disculpen si lo que digo les ofende, de verdad...

—Atiéndanle, atiéndanle bien —murmuró Overholser.

Eddie comenzaba a pensar que si la mandíbula del hombre sobresalía un poco más acabaría por desencajarse del todo.

—... pero cualquier decisión que tomemos acarreará grandes repercusiones. Ya lo deben de saber. Si no acertamos en nuestra decisión, podría significar la extinción de nuestro pueblo y de todo lo que contiene.

—¡No puedo creer lo que estoy oyendo! —gritó Tian Jaffords, indignado—. ¿Creéis que son un fraude? Santos dioses, hombre, ¿es que no le has echado un vistazo? ¿No has... ?

Su mujer lo cogió del brazo con suficiente fuerza como para dejar las marcas blancas de las puntas de los dedos en el moreno del granjero. Tian la miró y calló, aunque frunció los labios con fuerza.

En algún lugar, en la lejanía, un cuervo graznó y un herrumbreiro le respondió con su chillido algo más estridente. A continuación todo se sumió en el silencio. Uno a uno, se volvieron hacia Roland de Gilead para saber cómo respondería.

CINCO

Siempre era lo mismo y estaba harto. Querían ayuda, pero también referencias. Un desfile de testigos, si podían conseguírselos. Querían que los salvaran sin ponerse en peligro, tan sencillo como cerrar los ojos y estar a salvo.

Roland se balanceó hacia delante y atrás con los brazos alrededor de las rodillas. A continuación asintió para sí mismo y alzó la cabeza.

—Jake —lo llamó—. Ven a mí.

Jake miró a Benny, su nuevo amigo, se levantó y se dirigió hacia Roland. Acho le pisaba los talones, como siempre.

—Andy —llamó Roland.

—¿Sai?

—Tráeme cuatro de los platos en los que hemos comido. —Mientras se alejaba Andy, Roland se dirigió a Overholser—: Va a perder parte de la vajilla. Cuando los pistoleros llegan a la ciudad, sai, las cosas se rompen. Sencillo como la vida misma.

—Roland, no creo que necesitemos...

—Ahora, silencio —lo cortó Roland, y aunque su voz era suave, Overholser calló de inmediato—. Nos han relatado su historia; ahora les relataremos nosotros la nuestra.

La sombra de Andy cayó sobre Roland. El pistolero alzó la vista y cogió los platos que todavía estaban sucios y brillantes gracias a la grasa. A continuación, se volvió hacia Jake en quien se apreciaba un cambio notable. Sentado junto a Benny el Niño, contemplando a Acho hacer sus trucos ingeniosos y sonriendo henchido de orgullo, Jake parecía como cualquier otro chico de doce años: despreocupado y lo más probable es que lleno de alegría. En aquellos momentos la sonrisa había desaparecido y hubiera resultado difícil adivinar su edad. Tenía los ojos azules clavados en los de Roland, con los que compartía casi la misma tonalidad. Bajo el hombro, la Ruger que Jake se había llevado del escritorio de su padre en otra vida, colgaba de su agarradero. El gatillo tenía puesto el seguro con una lazada de cuero sin curtir que Jake desató sin mirar de un simple tirón.

—Demuéstranos lo que sabes, Jake, hijo de Elmer, y afina esa puntería.

Roland temía que o bien Eddie o bien Susannah intervinieran; sin embargo, ninguno de los dos lo hizo. Los miró; sus rostros estaban tan inexpresivos y serios como el de Jake. Bien.

La voz de Jake tampoco contenía expresión alguna, pero habló con dureza y seguridad.

—No apunto con la mano; aquel que apunta con la mano ha olvidado el rostro de su padre. Yo apunto con el ojo. No disparo con la mano...

—¿Se puede saber que...? —comenzó Overholser.

—Silencio —espetó Susannah señalándolo con un dedo.

Jake no parecía haber oído nada. Sus ojos no se desviaron ni un segundo de los de Roland. La mano derecha del chico descansaba en el pecho con los dedos extendidos.

—Aquel que dispara con la mano ha olvidado el rostro de su padre. Yo disparo con la mente. No mato con mi pistola; aquel que mata con su pistola ha olvidado el rostro de su padre.

Jake hizo una pausa. Tomó aliento y lo dejó escapar mientras hablaba.

—Mataré con el corazón.

—Mátalos —ordenó Roland, y sin mayor indicación que aquella, lanzó los cuatro platos al aire. Se elevaron, giraron y se separaron; figuras negras contra un cielo despejado.

La mano de Jake, la que descansaba en el pecho, desapareció en un borrón. Extrajo la Ruger del agarradero y comenzó a accionar el gatillo cuando la mano de Roland todavía estaba en el aire. Los platos no se hicieron añicos uno detrás de otro, sino todos a la vez. Los pedazos llovieron por todo el claro. Algunos cayeron en la fogata y esparcieron ceniza y chispas. Uno o dos rebotaron en la cabeza metálica de Andy.

Roland hizo un rápido movimiento hacia arriba, las manos abiertas se movieron con una rapidez que las hizo invisibles. Aunque no les había dado ninguna indicación, Eddie y Susannah lo imitaron a la par mientras los visitantes de Calla Bryn Sturgis se encogían desconcertados por el estruendo del tiroteo. Y por la velocidad de los disparos.

—Miradnos, sea y os digo gracias —dijo Roland.

Extendió las manos. Eddie y Susannah hicieron lo mismo. Eddie había atrapado tres fragmentos de vajilla. Susannah tenía cinco (y un corte poco profundo en el pulpejo de uno de los dedos). Roland había atrapado una docena de fragmentos que caían. Parecían suficientes como para juntar un plato entero si se volvieron a pegar las piezas.

Los seis del Calla los miraron atónitos, incrédulos. Benny el Niño seguía con las manos en las orejas. Las fue bajando poco a poco. Miró a Jake como alguien que estuviera viendo un fantasma o una aparición en el cielo.

—Dios... mío —musitó Callahan—. Es como uno de esos trucos de los viejos programas del salvaje Oeste.

—No es ningún truco —lo corrigió Roland—, ni por asomo. Es la Vía del Eld. Provenimos de ese an-tet, khaf y ka. Pistoleros, sea. Y ahora les diré lo que vamos a hacer. —Sus ojos buscaron los de Overholser—. Lo que haremos, digo, pues ningún hombre nos lo pide. Aunque creo que nada de lo que diga vaya a contrariarle demasiado. En el caso de que así sea... —Roland se encogió de hombros. «Si es así, peor para ti», decía aquel gesto.

Dejó caer los pedazos de los platos entre sus botas y se limpió las manos de polvo.

—Si eso hubieran sido lobos —dijo—, ahora solo quedarían cincuenta y seis que les pudieran dar problemas en vez de sesenta. Cuatro de ellos yacerían muertos en el suelo antes de que ustedes pudieran tomar aliento. Muertos por un chico. —Miró a Jake—. O por lo que llamarían un chico, tal vez. —Hizo una pausa—. Nosotros estamos acostumbrados a que nos saquen mucha ventaja.

—El joven amiguito es un tirador impresionante, eso se lo admito —accedió Slightman el Viejo—. Pero existe cierta diferencia entre platos de barro y lobos a caballo.

—Tal vez para usted, sai. No para nosotros. No una vez que comienza el tiroteo. Cuando comienza el tiroteo, derribamos lo que se mueve. ¿No es por eso por lo que nos buscaban?

—¿Y si dispararles no sirve de nada? —alegó Overholser—. ¿Y si ni el mayor de los calibres consigue tumbarlos?

—¿Para qué desperdiciar más tiempo cuando el tiempo apremia? —preguntó Roland sin

alterarse—. Saben que se les puede matar o nunca hubieran venido hasta aquí para buscarnos. No lo he preguntado porque la respuesta es obvia.

Overholser volvió a sonrojarse intensamente.

—Le ruego que me disculpe —se excusó.

Benny, mientras tanto, continuaba contemplando a Jake con los ojos desorbitados y Roland sintió una cierta punzada de pesar por ambos. Aún podían cimentar una especie de amistad, pero lo que acaba de ocurrir la cambiaba sobremanera, la convertía en algo bastante diferente al habitual khéf desenfadado que los chicos compartían. Y era una pena porque, aunque a Jake se le llamaba para actuar como un pistolero, no dejaba de ser un niño de casi la misma edad que Roland cuando se le impuso la prueba de hombría. Aunque, de todos modos, ya no sería joven por mucho más tiempo. Una pena.

—Ahora, escúchenme —advirtió Roland—, y escúchenme con atención. Pronto les dejaremos para volver a nuestro campamento y aplicarnos nuestro propio consejo. Mañana, cuando lleguemos a su pueblo, nos alojaremos con uno de ustedes...

—Venid a Siete Millas —les ofreció Overholser—. Os alojaremos y decimos gracias, Roland.

—Nuestra casa es mucho más pequeña —comenzó Tian—, pero Zalia y yo...

—Estaríamos encantados de alojaros —concluyó Zalia. Se había ruborizado tanto como Overholser—. Ea, eso.

—¿Tiene una casa y una iglesia, sai Callahan? —preguntó Roland.

Callahan sonrió.

—Así es, digo gracias a Dios.

—Podríamos quedarnos con usted la primera noche en Calla Bryn Sturgis —aventuró Roland—. ¿Sería posible?

—Por supuesto, serán bienvenidos.

—Nos podría enseñar su iglesia e iniciarnos en sus misterios.

Callahan no apartó la mirada.

—Agradecería la oportunidad de hacerlo.

—En los días posteriores —añadió Roland, sonriendo—, nos pondremos en manos de la hospitalidad del pueblo.

—De eso no tendrá queja —aseguró Tian—. Se lo prometo.

Overholser y Slightman asintieron con la cabeza.

—Si lo que hoy hemos comido es solo una muestra, estoy seguro de que así será. Le decimos gracias, sai Jaffords; decimos gracias del primero al último. Durante una semana los cuatro nos daremos una vuelta por el pueblo e iremos figando aquí y allá. Tal vez algo más, pero nunca menos de una semana. Estudiaremos la disposición de los terrenos y el modo en que los edificios descansan en ellos. Tendremos un ojo puesto en la venida de esos lobos. Hablaremos con la gente, y la gente hablará con nosotros... Aquellos de ustedes que hoy se encuentran aquí se encargarán de eso, ¿ea? —Callahan asentía.

—No puedo hablar por los mannis, pero estoy seguro de que los demás estarán más que dispuestos a hablar con ustedes sobre los lobos. Dios y Jesús Hombre saben que no son ningún secreto y la gente de la Media Luna está aterrorizada. Si creen que hay una posibilidad de que nos ayuden, harán lo que les pidan.

—Los mannis hablarán conmigo —aseguró Roland—. Ya he hablado antes con ellos.

—No se deje llevar por el entusiasmo del Viejo Amigo, Roland —le advirtió Overholser. Alzó sus manos regordetas al aire en un ademán que sugería precaución—. En el pueblo hay otros a los que tendrá que convencer...

—Vaughn Eisenhart, por ejemplo —apuntó Slightman.

—Ea, y Eben Took, ¿sabes? —añadió Overholser—. El almacén es lo único que lleva su nombre, ¿sabes?, pero también es dueño de la casa de huéspedes y del restaurante de enfrente... Y también tiene intereses en la caballeriza... Y es acreedor de la mayoría de los minifundios de los alrededores. En cuanto a las pequeñas haciendas, no debe olvidar a Bucky Javier —prosiguió

Overholser con un murmullo—. No es el más importante, pero solo porque le dio la mitad de todo lo que tenía a su hermana pequeña cuando esta se casó. —Overholser se inclinó hacia Roland con el rostro iluminado por el chismorreo local que estaba a punto de transmitirle—. Roberta Javier, la mana de Bucky, esa sí que tiene suerte —comentó—. Cuando los lobos vinieron la última vez, su mellizo y ella solo tenían un año, así que los pasaron por alto.

—Al mellizo de Bucky se lo habían llevado la vez anterior —añadió Slightman—. Hace casi cuatro años que Bully murió. De la enfermedad. Desde entonces, parece que todo lo que pueda hacer por los dos más pequeños es poco. Pero deberías hablar con él, ea. Puede que Bucky no posea más que unas treinta hectáreas, pero es genioso.

«Todavía no lo ven claro», pensó Roland.

—Gracias —dijo—. Lo primero que nos espera, en gran parte, se basará en observar y escuchar. Cuando hayamos acabado, le pediremos al que esté en posesión de la pluma que la vaya pasando para convocar una reunión. En esa reunión os comunicaremos si hay defensa posible para el pueblo, y en el caso de que así sea, cuántos hombres necesitaremos.

Roland vio que Overholser reunía aire para hablar y sacudió la cabeza en su dirección.

—En cualquier caso, no serán muchos —lo tranquilizó—. Somos pistoleros, no un ejército. Pensamos de manera diferente y actuamos de manera diferente que un ejército. Como mucho os solicitaremos cinco hombres de apoyo. Es probable que menos, dos o tres. Pero podríamos necesitar algunos más para que nos echen una mano en la preparación.

—¿Por qué? —preguntó Benny.

Roland sonrió.

—Eso todavía no puedo responderlo, hijo, porque no he visto cómo están las cosas en tu Calla. Pero en casos como estos, la sorpresa es siempre el arma más contundente y, por lo general, preparar una buena sorpresa requiere mucha gente.

—La mayor sorpresa que podrían llevarse los lobos —observó Tian—, sería que lucháramos.

—¿Y si deciden que el Calla no tiene defensa posible? —objetó Overholser—. Dímelo, te lo ruego.

—Entonces mis amigos y yo os agradeceremos vuestra hospitalidad y seguiremos nuestro camino —contestó Roland—, pues nos esperan asuntos que habrán de llevarnos mucho más allá del Camino del Haz. —Observó los rostros abatidos de Zalia y Tian por un instante y añadió a continuación—: No creo que vaya a ser así, sabéis. Por lo general, siempre hay un modo.

—Que la reunión acepte tu juicio favorablemente —concluyó Overholser.

Roland vaciló. Aquel era el momento en que podría haber hecho hincapié en la realidad, si hubiera querido. Si aquella gente seguía creyendo que un tet de pistoleros se vería obligado a llevar a cabo lo que los granjeros y los rancheros decidieran en una reunión pública es que ciertamente habían perdido la noción del mundo tal como fue una vez. Aunque ¿aquello era tan malo? A fin de cuentas, el asunto tendría un final y pasaría a formar parte de su larga historia, o no. Si no era así, Calla Bryn Sturgis pondría fin a su historia y a su aventura, y ambas se apolillarían bajo una piedra. Tal vez ni siquiera eso; tal vez acabarían arrojados a una pila de muertos en algún lugar al este del pueblo, él y sus amigos; carne putrefacta a merced de los cuervos y los herrumbrosos. El ka lo diría. Siempre lo hacía.

Entretanto, los demás no le quitaron ojo.

Roland se levantó y torció el gesto cuando sintió una intensa punzada de dolor en la cadera derecha. Imitándolo, Eddie, Susannah y Jake también se pusieron en pie.

—Somos bien hallados —concluyó Roland—. En cuanto a lo que nos espera de aquí en adelante, habrá agua si Dios quiere.

—Amén —respondió Callahan.

VII

EXOTRÁNSITO

UNO

—Caballos grises —comentó Eddie.

—Ea —respondió Roland.

—Cincuenta o sesenta, todos a lomos de caballos grises.

—Ea, eso es lo que dijeron.

—Y no lo encuentran nada extraño —reflexionó Eddie.

—No, no lo parecía.

—¿Lo es?

—¿Cincuenta o sesenta caballos todos del mismo color? Yo diría que sí.

—La gente del Calla cría caballos.

—Ea.

—Nos han traído algunos para nosotros.

Eddie, quien en la vida se ha subido a un caballo, daba gracias de que al menos eso se hubiera pospuesto, aunque no lo dijo.

—Ea, amarrados en la cima de la colina.

—¿Eso lo sabes a ciencia cierta?

—Los olí. Supongo que el robot se ocupaba de ellos.

—¿Por qué esos tipos piensan que cincuenta o sesenta caballos del mismo color es lo más normal del mundo?

—Porque en realidad no se han parado a pensar en los lobos o en nada que tenga que ver con ellos —contestó Roland—. Creo que están demasiado ocupados teniendo miedo.

Eddie silbó cinco notas que apenas formaban una melodía.

—Caballos grises —dijo a continuación.

—Caballos grises —repitió Roland y asintió con la cabeza.

Se miraron por un instante y rompieron a reír. A Eddie le encantaba cuando Roland reía. El sonido era seco, tan escalofriante como las llamadas de aquellos gigantescos pájaros negros que llamaba herrumbreros, pero lo adoraba. Tal vez se debiera a que Roland apenas reía.

Caía la tarde. Sobre sus cabezas, las nubes habían clareado lo suficiente como para volverse de un azul pálido semejante al color del cielo. La partida de Overholser había regresado a su campamento. Susannah y Jake habían desandado sus pasos parte del camino por el bosque en busca de más bollos de bola. Una vez la comilona había llegado a su fin, habían recogido; ninguno de ellos quería llevar nada demasiado pesado. Eddie se sentó en un tronco, a tallar. A su lado se sentaba Roland con todas las armas desmontadas y dispuestas ante él sobre un retal de piel de ante. Engrasó las piezas una a una, alzando todos los pasadores, tambores y cañones a la luz del día para echarles un vistazo final antes de dejarlos a un lado y volver a montarlos.

—Les has dicho que no estaba en sus manos —observó Eddie—, pero han reparado tan poco en ello como en lo del asunto de todos esos caballos grises. Y tú no has insistido.

—Lo único que hubiera conseguido es preocuparlos —alegó Roland—. En Gilead teníamos un dicho: «Deja que el mal espere el día en que haya de caer».

—Ya —musitó Eddie—. En Brooklyn también teníamos un dicho: «No se puede despegar una plasta de una chaqueta de ante».

Alzó el objeto que estaba tallando. «Va a ser una peonza —pensó Roland—, un juguete para un niño.» Y de nuevo se preguntó hasta qué punto Eddie conocía a la mujer con la que se acostaba todas las noches. A las mujeres en general. No sus pensamientos más irrelevantes, sino en un sentido más profundo.

—Si decides que podemos ayudarlos, entonces tenemos que ayudarlos. En resumidas cuentas a eso es a lo que se reduce la Vía de Eld, ¿no?

—Sí —afirmó Roland.

—Y si no conseguimos que ninguno de ellos nos eche una mano, nos enfrentaremos solos a los lobos.

—Bueno, eso no me preocupa —confesó Roland. Tenía un plato lleno de claro y dulzón aceite lubricante para armas en el que mojó la punta de una gamuza; cogió el resorte del

cargador de la Ruger de Jake y comenzó a limpiarlo—. Tian Jaffords nos echará una mano cuando llegue el momento. Seguro que tiene uno o dos amigos que harán lo mismo independientemente de lo que se decida en la asamblea. Y si fuera necesario, también está su mujer.

—Y si hacemos que los maten a los dos, ¿qué hay de sus hijos? Tienen cinco. Además, creo que también hay un anciano de por medio, un tal «abuelo». Seguro que también están a cargo de él.

Roland se encogió de hombros. Unos meses atrás, Eddie hubiera interpretado mal aquel gesto —y el rostro inexpresivo del pistolero— confundiénolo con la indiferencia. Ahora ya caía en el mismo error. Roland era tan prisionero de sus normas y costumbres como Eddie lo había sido de la heroína.

—¿Y si quienes acabamos muertos somos nosotros en este pequeño pueblo al dar por culo a esos lobos? —preguntó Eddie—. Dime que tu último pensamiento no va a ser algo parecido a «No puedo creer lo gilipollas que fui, desperdiciando mi oportunidad de llegar a la Torre Oscura por defender a un hatajo de mocosos estirados», o algo por el estilo.

—A menos que seamos consecuentes con nosotros mismos, nunca nos acercaremos ni a mil kilómetros de la Torre —repuso Roland—. Dime que no sientes lo mismo.

Eddie no podía, porque lo sentía. Aunque también algo más: una especie de sed de sangre. De hecho, quería volver a pelear; quería tener unos cuantos de aquellos lobos, fueran lo que fuesen, al alcance de uno de los grandes revólveres de Roland. No tenía sentido engañarse sobre la verdad: deseaba cortar cabelleras.

O máscaras de lobo.

—¿Qué es lo que realmente te preocupa, Eddie? Me gustaría que me lo contaras ahora que estamos solos. —Los labios del pistolero esbozaron una fina, torcida e inusual sonrisa—. Dímelo, te lo ruego.

—Se nota, ¿no?

Roland se encogió de hombros y esperó.

Eddie rumió la pregunta. Era una gran pregunta. Enfrentarse a ella lo desesperaba y lo hacía sentirse incómodo, que una percepción muy similar a la que había experimentado cuando tuvo que abordar la tarea de tallar la llave que permitiera a Jake Chambers entrar en aquel mundo. Aunque entonces podía echarle las culpas al fantasma de su hermano, pues Henry susurraba dentro de su cabeza que no era bueno, que nunca lo había sido y que nunca lo sería. En aquel momento se trataba de la enormidad de lo que Roland le estaba pidiendo. Porque lo que le preocupaba era todo, todo estaba mal. Todo. Aunque, tal vez, «mal» no era la palabra correcta; de hecho, era la palabra diametralmente opuesta pues, por otro lado, parecía que las cosas estaban demasiado bien, demasiado perfectas, demasiado...

—¡Arrrrggghhh! —exclamó Eddie. Se tiró del pelo de las sienes—. No sé cómo explicarlo.

—Entonces di lo primero que te pase por la cabeza. Sin más.

—Diecinueve —dijo Eddie—. Todo este asunto se ha ido al diecinueve.

Se tumbó hacia atrás, sobre el fragante suelo del bosque, se cubrió los ojos y pateó los pies como un niño con una rabieta. «A lo mejor acabar con algunos lobos pondrá las cosas en su sitio —pensó—. Tal vez sea eso lo que necesito.»

DOS

Roland le dio un minuto de reloj y, a continuación, le preguntó:

—¿Te sientes mejor?

Eddie se incorporó.

—La verdad es que sí.

Roland asintió con la cabeza, sonriendo levemente.

—Entonces, ¿te ves capaz de decir algo más? Si no es así, lo dejamos correr, pero he aprendido a respetar tus opiniones, Eddie, mucho más de lo que imaginas y, si te apetece hablar, yo me presto a escuchar.

Lo que decía era cierto. La opinión inicial del pistolero respecto a Eddie se había debatido

entre la precaución y el desdén a causa de lo que Roland consideraba una debilidad de carácter. El respeto se había hecho esperar. Había comenzado en la oficina de Balazar, en la que Eddie había luchado desnudo. Muy pocos hombres que Roland conocía lo hubieran hecho. Y aquel respeto se había afianzado tras comprender lo mucho que Eddie se parecía a Cuthbert. Más adelante, a bordo del mono, Eddie había actuado con una especie de creatividad desesperada que Roland admiraba pues él jamás conseguiría igualarla. Eddie Dean poseía el siempre desconcertante, y a veces fastidioso, sentido del ridículo de Cuthbert Allgood; así como las profundas iluminaciones intuitivas de Alain Johns. Aunque en sí, Eddie no se parecía a ninguno de los amigos de Roland. En ocasiones era débil y egocéntrico, pero contaba con vastas reservas de valentía, y la valentía era buena compañera, lo que Eddie a veces llamaba «coraje».

No obstante, en aquellos momentos, Roland deseaba que pusiera en funcionamiento su intuición.

—Muy bien —accedió Eddie—. Entonces no me detengas, no me hagas preguntas. Solo escucha.

Roland asintió y esperó que Susannah y Jake no volvieran, al menos no justo entonces.

—Miro al cielo, a allá arriba, donde las nubes comienzan a clarear, y veo el número diecinueve escrito en azul.

Roland alzó la vista. Y sí, allí estaba, él también lo vio. Y también una nube que parecía una tortuga y otro agujero que le hizo pensar en un carromato de arpillera.

—Miro entre los árboles y veo el diecinueve. Miro el fuego, veo el diecinueve. Los nombres suman diecinueve, como el de Overholser o el de Callahan. Aunque eso solo es lo que en sí puedo decir, lo que en sí veo, a lo que puedo agarrarme. —Eddie hablaba a una velocidad desesperada, sin apartar la mirada de los ojos de Roland—. Y hay otra cosa. Tiene que ver con el exotransito. Sé que a veces pensáis que todo me recuerda a los subidones, y tal vez tengáis razón, pero Roland, entrar en exotransito es como estar colocado.

Eddie siempre le hablaba de aquellas cosas como si Roland jamás se hubiera metido nada más fuerte que graf entre pecho y espalda en toda su larga vida, algo que distaba mucho de ser cierto. Ya se lo recordaría a Eddie en otra ocasión, pero no en aquellos momentos.

—Estar aquí, en tu mundo, ya es como entrar en exotransito. Porque... tío, esto es duro... Roland, todo esto es real, pero no lo es.

Roland iba a recordarle a Eddie que aquel no era su mundo, ya no —para él, la ciudad de Lud había sido el fin del Mundo Medio y el comienzo de todos los misterios que se encontraban más allá—, pero de nuevo mantuvo la boca cerrada.

Eddie agarró un puñado de hojarasca y agujas fragantes y dejó cinco marcas negras en forma de mano en el suelo del bosque.

—Real —repitió—. Lo siento y lo huelo. —Se llevó el puñado de agujas a la boca y sacó la lengua para probarlas—. Reconozco su gusto. Pero al mismo tiempo es tan irreal como el diecinueve que pudieras ver en el fuego o como esa nube en el cielo que parece una tortuga. ¿Comprendes lo que digo?

—Lo comprendo muy bien —murmuró Roland.

—La gente es real. Tú... Susannah... Jake... el tipo ese, el Chirlas, el que se llevó a Jake... Overholser y los Slightman. Sin embargo, eso de que haya cosas de mi mundo que no dejen de aparecer por aquí, eso no es real. No tiene ni sentido ni lógica, aunque tampoco es eso. Es que no es real. ¿Por qué la gente de aquí canta «Hey Jude»? No lo sé. Aquel oso robot, Shardik, ¿de qué me suena ese nombre? ¿Por qué me hace pensar en conejos? Toda esa mierda sobre el Mago de Oz, Roland, todo lo que nos ha ocurrido, no dudo que haya sucedido, pero al mismo tiempo no me parece real. Me parece como el exotransito. Como el diecinueve. ¿Y qué ocurre después del Palacio Verde? Pues mira, que nos adentramos en el bosque, como Hansel y Gretel; que encontramos un sendero transitable; que encontramos bollos de bola; el fin de la civilización. Todo se está deshaciendo. Eso nos dijiste. Lo vimos en Lud. Aunque ¿sabes qué? ¡No es cierto! ¡Bang, bang, tontos del culo, os he vuelto a pillar!

Eddie dejó escapar una breve risotada que sonó estridente y enrarecida. Cuando se retiró el

pelo hacia atrás, le quedó en la frente una mancha oscura de tierra del bosque.

—Lo gracioso es que a miles de millones de kilómetros de ninguna parte nos topamos con un pueblo de ensueño: civilizado, honrado, el tipo de gente con la que te sientes como si ya la conocieras. Tal vez no te gusten todos, Overholser cuesta un poco de tragar, pero te sientes como si ya los conocieras.

Roland pensaba que Eddie también estaba en lo cierto respecto a aquello. Todavía no había visto Calla Bryn Sturgis y ya le recordaba a Mejis. En cierto modo, aquello podría parecer razonable —los pueblos de granjeros y rancheros en todo el mundo comparten ciertas similitudes—, aunque no por ello dejaba de ser intranquilizador. Intranquilizador de cojones. El sombrero que Slightman llevaba, por ejemplo. ¿Era posible que allí, a miles de kilómetros de Mejis, los hombres llevaran sombreros similares? Podría ser, pero ¿qué probabilidades había de que el sombrero de Slightman le recordara a Roland con tanta fuerza el que llevaba Miguel, el viejo mozo de la Costa de Mejis, hacia tantos años atrás? ¿O solo se trataba de su imaginación?

«En cuanto a eso, Eddie dice que no tengo», pensó Roland.

—El pueblo de ensueño se enfrenta a un problema de cuento de hadas —prosiguió Eddie—. Así que la gente de ensueño llama a una banda de héroes de pacotilla para que los salven de los villanos de cuento de hadas. Sé que es real, que lo más probable es que haya gente que muera y que la sangre será real, que los gritos serán reales, que los lloros posteriores serán reales... Pero, al mismo tiempo, hay algo en todo esto que me da la impresión de decorado de teatro.

—¿Y Nueva York? —preguntó Roland—. ¿Qué sensación te produce?

—La misma —respondió Eddie—. Veamos, piénsalo. Quedan diecinueve libros en el mostrador después de que Jake se lleve *Gharlie el Chu-Chú* y el libro de acertijos... Y a continuación, de todos los matones de Nueva York, ¡va y aparece Balazar! ¡Hay que joderse!

—¡Eh, eh, cuidadín! —advirtió Susannah en tono alegre a su espalda—. Nada de blasfemias, chicos. —Jake la empujaba por el camino y llevaba el regazo lleno de bollos de bola. Ambos parecían felices y contentos. Roland supuso que comer bien de buena mañana tendría algo que ver.

—A veces esa sensación de irrealidad desaparece, ¿verdad? —preguntó Roland.

—No es exactamente irrealidad, Roland. Es...

—Divide los clavos para hacer tachuelas si te va mejor. A veces desaparece, ¿no?

—Sí —admitió Eddie—. Cuando estoy con ella.

Se dirigió hacia Susannah, se inclinó y la besó. Roland los contempló, preocupado.

TRES

La luz del día iba desvaneciéndose. Se sentaron alrededor del fuego y lo dejaron apagar. El poco apetito que habían conseguido reunir había sido fácilmente satisfecho por los bollos de bola que Susannah y Jake habían traído al campamento. Roland había estado meditando algo que había dicho Slightman y con mayor intensidad de lo que probablemente era recomendable. Lo apartó a un lado a medio masticar y dijo:

—Puede que algunos de nosotros, o todos, nos encontremos más tarde esta misma noche en la ciudad de Nueva York.

—Espero que esta vez yo también vaya —comentó Susannah.

—El ka dirá —respondió Roland con toda calma—. Lo importante es que os mantengáis unidos. En el caso de que solo uno de nosotros haga el viaje, creo que ese serás tú, Eddie. Si es solo uno, debería quedarse exactamente donde él... o tal vez ella... se encuentre hasta que comiencen de nuevo las campanillas.

—Las kammen —dijo Eddie—. Así las llamó Andy.

—¿Lo habéis comprendido todos?

Asintieron y, al mirarlos a los rostros, Roland se percató de que cada uno de ellos se reservaba el derecho a decidir qué hacer cuando llegara el momento, según las circunstancias. Lo que en sí era correcto. Después de todo, ¿eran o no eran pistoleros?

Se sorprendió a sí mismo al soltar un breve y risueño resoplido.

—¿Qué encuentras tan gracioso? —preguntó Jake.

—Estaba pensando que una vida larga conlleva extrañas compañías —respondió Roland.

—Si te refieres a nosotros —observó Eddie—, te diré algo, Roland: no es que tú seas precisamente el tío más normal del mundo.

—Supongo que no —asintió Roland—. Si es un grupo el que cruza, dos, tres, tal vez todos, deberíamos unir nuestras manos cuando suenen las campanillas.

—Andy dijo que teníamos que concentrarnos los unos en los otros —añadió Eddie—. Para no perdernos.

Susannah los sorprendió a todos al ponerse a cantar. Solo a Roland le sonó más al coro de un galeote, algo compuesto para ser gritado verso a verso, que a una canción corriente. Aún así, sin seguir una melodía real, su voz era bastante melodiosa: «¡Niños, cuando oigáis la música del clarinete...! ¡Niños, cuando oigáis la música de la flauta...! ¡Niños, cuando oigáis la música de la pan-de-re-ta...! ¡Tenéis que saludar y ado-rar al ÍÍÍ-DOLO!».

—¿Qué es?

—Una saloma —respondió—. Parecido a lo que mis abuelos y bisabuelos debieron cantar mientras recogían el algodón del viejo aaamo —dijo aspirando la «j» de viejo—. Pero los tiempos cambian. —Sonrió—. La oí por primera vez en una cafetería del Greenwich Village, allá en mil novecientos sesenta y dos. Y el hombre que la cantaba era un blanco llamado Dave Van Ronk que berreaba blues.

—Me juego lo que quieras a que Aaron Deepneau también estaba allí —apuntó Jake en un susurro—. Mierda, seguro que estaba sentado en la puta mesa de al lado.

Susannah se volvió hacia él, sorprendida y rumiándolo.

—¿Por qué dices eso, corazón?

—Porque oyó decir a Calvin Torre que el tipo ese, Deepneau, rondaba por el Village desde... ¿Desde cuándo dijo, Jake? —intervino Eddie.

—Por el Village no, por Bleeker Street —lo corrigió Jake, con una breve risita—. El señor Torre dijo que el señor Deepneau rondaba por Bleeker Street desde mucho antes de que Bob Dylan supiera sacarle algo más que un sol a su Hohner. Debe de ser una armónica.

—Lo es —afirmó Eddie—, y aunque no me jugaría la granja en lo que Jake dice, sí algo más que calderilla. Seguro, Deepneau estuvo allí. Ni siquiera me sorprendería descubrir que Jack Andolini era el que atendía el bar, porque así es como funcionan las cosas en la Tierra del Diecinueve.

—En cualquier caso —repuso Roland—, aquellos de nosotros que crucemos deberíamos mantenernos unidos. Y me refiero a estar al alcance de la mano en todo momento.

—Yo no creo que cruce —avisó Jake.

—¿Por qué dices eso, Jake? —le preguntó el pistolero, sorprendido.

—Porque no voy a pegar ojo —respondió Jake—, estoy demasiado nervioso.

Sin embargo, todos cayeron en un profundo sueño.

CUATRO

Sabe que es un sueño inducido por un comentario fortuito de Slightman y aun así no consigue escapar a él. «Busca siempre la puerta de atrás», solía decirles Cort, pero si hay una puerta de atrás en este sueño, Roland no sabe encontrarla. «Oí hablar de la Colina de Jericó y de ese tipo de cuentos de capa y espada», eso es lo que había dicho el capataz de Eisenhart; sin embargo, la Colina de Jericó había resultado demasiado real para Roland. Y ¿por qué no? Había estado allí. Había supuesto el final de todos. El final de todo un mundo.

Hace un calor bochornoso, el sol alcanza el cenit y se detiene, como si las horas se hubieran suspendido. A sus pies se extiende un vasto y escarpado terreno repleto de gigantescos rostros de piedra negruzcos, estatuas erosionadas olvidadas por la gente desaparecida mucho tiempo atrás. Los hombres de Grissom avanzan sin descanso entre aquellas mientras Roland y sus últimos compañeros se retiran a lo alto, disparando mientras retroceden. El fuego es constante, eterno, el silbido de las balas que parten de entre los rostros de piedra es un canon estridente que se mete en sus cabezas como el silbido sediento de sangre de los mosquitos. Jamie DeCurry ha caído a manos de un francotirador, tal vez el hijo con vista de lince de Grissom o el propio Grissom. El

fin de Alain fue mucho peor; sus dos mejores amigos le dispararon en la oscuridad la noche antes de la batalla final. Fue un error imperdonable, una muerte horripilante. No hubo nada que hacer. Emboscaron a la columna de DeMullet y los aniquilaron en Rimrocks; cuando Alain volvió a caballo para informarles después de la medianoche, Roland y Cuthbert... El sonido de sus pistolas... Y cuando Alain gritó sus nombres...

Ahora se encuentran en la cima y no hay donde ponerse a salvo. Tras ellos, al este, el acantilado de pizarra se desmenuza hasta el Salado, lo que a ochocientos kilómetros hacia el sur de allí se llama el mar Limpio. Al oeste se alza la colina de los rostros de piedra por la que avanzan desgañitándose los hombres de Grissom. Roland y sus hombres han eliminado a cientos, pero aún quedan unos doscientos, y eso calculando por lo bajo. Doscientos hombres de rostros pintados de azul crispados por los gritos, algunos armados con pistolas e incluso unos cuantos con saetas, contra una docena. En aquellos momentos era todo lo que quedaba de ellos, allá, en la cima de la Colina de Jericó, bajo el sol ardiente. Jamie muerto, Alain muerto a balazos por sus mejores amigos —el imperturbable y honrado Alain, quien podría haber continuado cabalgando a salvo y eligió no hacerlo— y a Cuthbert le habían disparado. ¿Cuántas veces? ¿Cinco? ¿Seis? Tiene la camisa empapada de carmesí pegada a la piel. Parte de la cara está encharcada de sangre y el ojo asoma, ciego, sobre la mejilla. Sin embargo, todavía sostiene el cuerno de Roland, el utilizado por Arthur Eld, o eso contaban las historias. No iba a devolverlo. «Porque lo toco mejor de lo que tú nunca lo hiciste —le dice a Roland, riendo—. Puedes volver a quedártelo cuando me muera. No te descuides de quitármelo, Roland, pues te pertenece.»

Cuthbert Allgood, el que en una ocasión había entrado a caballo en la Baronía de Mejis con un cráneo de grajo engarzado en el arzón de su silla de montar. «El centinela», lo llamaba, y le hablaba como si estuviera vivo pues tenía aquella manía. A veces volvía a Roland medio loco con sus tonterías. Y allí está bajo el sol abrasador, tambaleándose hacia él con un revólver humeante en una mano y el Cuerno de Eld en la otra, empapado en sangre, medio ciego y agonizante... pero sin dejar de reír. Oh, buenos dioses, riendo sin parar.

—¡Roland! —grita—. ¡Nos han traicionado! ¡Nos superan en número! ¡Tenemos el mar a nuestra espalda! ¡Los tenemos justo donde queríamos! ¿Cargamos ya?

Roland comprende que tiene razón. Si la búsqueda de la Torre Oscura ha de finalizar allí, en la Colina de Jericó, traicionados por uno de los suyos y abatidos por lo que quedaba del bárbaro ejército de John Farson, entonces que acabara por todo lo alto.

—¡Ea! —grita—. ¡Ea, muy bien! ¡Los del castillo, a mí! ¡Pistoleros, a mí! ¡A mí!

—En cuanto a los pistoleros, Roland —dice Cuthbert—, estoy aquí. Y somos los últimos.

Roland primero lo mira, luego lo abraza bajo aquel cielo apocalíptico. Siente el cuerpo abrasador de Cuthbert, su cuerpo consumido avanzando con un tambaleo suicida. Y aún así sigue riendo. Bert sigue riendo.

—Muy bien —dice Roland con voz ronca, mirando en derredor a sus pocos hombres restantes—. Vamos a por ellos. Sin cuartel.

—No, nada de cuartel, absolutamente nada —repite Cuthbert.

—Aunque nos la ofrezcan, no aceptaremos su rendición.

—¡Bajo ninguna circunstancia! —confirma Cuthbert, riendo más alto que nunca—. Nialunque los dos mil al completo depongan sus armas.

—Pues haz sonar ese puto cuerno.

Cuthbert se lleva el cuerno a los labios ensangrentados y sopla con fuerza, el último soplo, pues cuando un minuto después cae de sus dedos (o tal vez son cinco, o diez; el tiempo no tiene sentido en aquel lance final), Roland lo deja descansar en el polvo. Embargado por el dolor y la sed de sangre, olvidará el Cuerno de Eld.

—Y ahora, amigos míos... ¡Salve!

—¡Salve! —vocifera la última docena de hombres bajo el sol abrasador. Es el fin, el fin de Gilead, el fin de todo y ya no le importa. La vieja furia, roja, árida y enloquecedora, se está apoderando de su mente y ahoga cualquier pensamiento. «Entonces, por última vez —piensa—.

Que así sea.»

—¡A mí! —grita Roland de Gilead—. ¡Adelante! ¡Por la Torre!

—¡La Torre! —aúlla Cuthbert a su lado, tambaleante. Alza el Cuerno de Eld al cielo en una mano y el revólver en la otra.

—¡Sin prisioneros! —grita Roland—. ¡¡Sin prisioneros!!

Bajan de la cima a la carrera, hacia la horda de rostros azules de Grissom; Cuthbert y él al frente, y al tiempo que superan el primero de los gigantescos rostros grisáceos que se inclinan sobre las altas hierbas, y las lanzas, saetas y balas silban a su alrededor, suenan las campanillas con una melodía que supera toda belleza y que amenaza con hacerlo trizas con su descarnada seducción.

«Ahora no —piensa—, por los dioses, ahora no. Dejadme terminar esto. Dejadme terminar esto junto con mi amigo para poder, por fin, encontrar la paz. Por favor.»

Alarga la mano en busca de la de Cuthbert. Por un segundo siente el tacto de los dedos ensangrentados de su amigo, allí, en la Colina de Jericó, donde su valiente y sonriente ser se apagó. ..y, a continuación, los dedos que tocan los suyos desaparecen. O mejor dicho, los suyos se han fundido a través de los de Bert. Cae, cae, el mundo se oscurece, cae, las campanillas suenan, las kammien están sonando («Suena a hawaiano, ¿no?») y cae, la Colina de Jericó ha desaparecido, el Cuerno de Eld ha desaparecido, distingue unas letras rojas en la oscuridad que lo envuelve, algunas son Letras Mayores, suficiente para poder leer lo que dicen, las letras dicen...

CINCO

Decían: NO PASAR. Aunque Roland vio que la gente cruzaba la calle haciendo caso omiso de la señal. Echaban un rápido vistazo en dirección al tráfico y atravesaban la calzada. Un tipo cruzó a pesar de que se acercaba un tac-sí amarillo. El tac-sí viró con brusquedad y se oyó el claxon. El viandante le gritó sin reparo alguno, a continuación alzó el dedo corazón de la mano derecha y lo agitó tras el vehículo que se alejaba. Roland intuyó que aquel gesto no significaba largos días y gratas noches.

Era de noche en la ciudad de Nueva York y, aunque había gente por todas partes, nadie pertenecía a su ka-tet. Roland tuvo que admitir que se le presentaba un imprevisto con el que no había contado: que la persona que apareciera allí fuera a ser él. No Eddie, sino él. En nombre de todos los dioses, ¿adonde se suponía que tenía que ir? ¿Y qué se suponía que tenía que hacer una vez llegara allí?

«Recuerda tu propio consejo —pensó—. "Si os encontráis solos, quedaos donde estéis", les dijiste.»

Aunque ¿significaba aquello que tenía que prepararse a pasar la noche —alzó la vista hacia la señal verde de la calle— en la esquina de la Segunda avenida con la Cincuenta y cuatro, sin nada mejor que hacer que observar cómo cambiaba la señal roja de NO PASAR a la blanca de PASAR?

Mientras iba dándole vueltas a aquella idea, alguien lo llamó a sus espaldas en voz alta y embargada por la alegría.

—¡Roland! ¡Cariñín! ¡Date la vuelta y mírame! ¡Mírame con atención!

Roland se volvió sabiendo de antemano qué iba a ver, aunque no por ello dejó de sonreír. Había sido inhumano revivir aquel día en la Colina de Jericó, pero no había antídoto comparable a aquello: Susannah Dean volaba en su dirección por la Cincuenta y cuatro, riendo y llorando de alegría, con los brazos abiertos.

—¡Mis piernas! —gritaba con todas sus fuerzas—. ¡Mis piernas! ¡Vuelvo a tener piernas! ¡Roland, corazón, alabado sea Jesús Hombre! ¡¡Vuelvo a tener piernas!!

SEIS

Se lanzó entre sus brazos, lo besó en las mejillas, en el cuello, en la frente, en la nariz, en los labios, sin dejar de repetir una y otra vez: «Las piernas, Roland, las ves, puedo andar, puedo correr, vuelvo a tener piernas, alabado sea Dios y todos los santos, vuelvo a tener mis piernas».

—Que disfrutes de todo el júbilo que puedan prestarte, cariño —dijo Roland.

Interiorizar el dialecto del último lugar adonde había ido a parar era uno de sus viejos trucos

o, tal vez, una costumbre. Ahora utilizaba el dialecto del Calla. Supuso que si pasara más tiempo allí, en Nueva York, pronto acabaría agitando el dedo corazón a los tac-sis.

«Aunque siempre sería un forastero»—pensó—. Vaya, ni siquiera sé decir aspirina. Cada vez que lo intento me sale mal.»

Susannah le cogió la mano derecha, tiró de ella hacia abajo con una fuerza sorprendente y se la colocó en la espinilla.

—¿La sientes? —le preguntó—. Es decir, no me lo estoy imaginando, ¿verdad?

Roland rió.

—¿No has corrido hacia mí como si tuvieras alas en ellas, igual que Raf? Sí, Susannah. —Le colocó la otra mano, la que conservaba todos los dedos, en la pierna izquierda—. Una y dos piernas, las dos acabadas en un pie. —Frunció el ceño—. Aunque deberíamos encontrarte unos zapatos.

—¿Por qué? Es un sueño. Tiene que serlo.

La miró sin apartar la vista y, poco a poco, la sonrisa de ella fue desdibujándose.

—¿No lo es? ¿En serio que no?

—Hemos entrado en exotransito. Estamos aquí en realidad. Mia, si te haces un corte en el pie, ese tajo seguirá ahí mañana cuando te despiertes al lado de la fogata.

El otro nombre le había salido casi sin pensarlo, aunque no del todo. Esperó con todos los músculos en tensión a ver si ella se había dado cuenta. Si así fuera, se disculparía y le diría que había entrado en exotransito desde un sueño en el que aparecía alguien a quien había conocido mucho tiempo atrás (aunque solo había habido una mujer importante en su vida tras Susan Delgado, y no se llamaba Mia).

Sin embargo, ella no se dio cuenta, y Roland no se sorprendió.

«Porque cuando sonaron las kammen se estaba preparando para salir en otra de sus expediciones de caza siendo Mia. Y, a diferencia de Susannah, Mia tiene piernas. Se prodiga banquetes de ricos manjares en un gran salón, habla con todos sus amigos, no fue a Morehouse ni a morenada, y tiene piernas. Esta tiene piernas. Es ambas mujeres, aunque no lo sabe.»

De súbito, Roland se descubrió pensando que no deseaba encontrarse con Eddie, quien podría percibir la diferencia, aunque la propia Susannah no fuera capaz de hacerlo. Y no, eso no sería nada bueno. Si a Roland se le hubiera permitido pedir tres deseos como el príncipe de un cuento infantil, en aquel momento los tres hubieran sido el mismo: acabar con aquel asunto de Calla Bryn Sturgis antes de que el embarazo de Susannah, el de Mia, se hiciera obvio. Tener que tratar ambos asuntos al mismo tiempo sería complicado.

Tal vez imposible.

Ella lo miraba con unos ojos enormes e inquisidores. No porque la hubiera llamado por un nombre que no era el suyo, sino porque quería saber qué debían hacer a continuación.

—Es tu ciudad —dijo—. Me gustaría ver la tienda de libros. Y el solar. —Hizo una pausa—. Y la rosa. ¿Puedes llevarme?

—Bien —contestó ella mirando a su alrededor—, es mi ciudad, de eso no cabe duda, pero la Segunda avenida no tiene el mismo aspecto que tenía en los días en que a Detta la echaban a puntapiés de Macy's por robar.

—O sea que no puedes encontrar la librería y el solar.

Roland estaba contrariado, aunque lejos de la desesperación. Habría un modo. Siempre había un...

—Ah, por eso no hay problema —le aseguró Susannah—. Las calles son las mismas. Nueva York es una parrilla, Roland, las avenidas van en una dirección y las calles en otra. Pan comido. Vamos.

La señal había vuelto a cambiar a NO PASAR, pero, tras echar una rápido vistazo calle arriba, Susannah lo cogió del brazo y cruzaron la Cincuenta y cuatro hasta la otra acera. Susannah caminaba a grandes zancadas sin titubeo alguno a pesar de ir descalza. Las manzanas no eran demasiado largas, pero estaban abarrotadas de tiendas exóticas. Roland no podía evitar devorarlo todo con ojos desorbitados, aunque su falta de atención no les hizo ralentizar el paso.

A pesar de que las aceras estaban congestionadas, nadie tropezó con ellos. Sin embargo, Roland oía los tacones de sus botas repiquetear contra el cemento y veía sus sombras proyectadas en los escaparates.

«Casi estamos aquí —pensó—. Si la fuerza que nos ha traído fuera más poderosa, lo estaríamos del todo.»

Se percató de que, de hecho, aquella fuerza podría hacerse más poderosa siempre y cuando Callahan estuviera en lo cierto sobre lo que ocultaba bajo las tablas de la iglesia. A medida que se aproximaban al pueblo y a lo que producía aquel...

Susannah le tiró del brazo. Roland se detuvo de inmediato.

—¿Los pies? —le preguntó.

—No —contestó ella, y Roland comprobó que estaba preocupada—. ¿Por qué está tan oscuro?

—Susannah, es de noche.

Le sacudió el brazo con impaciencia.

—Ya lo sé, no estoy ciega. ¿No lo... ? —Vaciló—. ¿No lo sientes?

Roland se percató de que lo sentía. En primer lugar, la oscuridad de la Segunda avenida en realidad no era oscura. El pistolero seguía sin comprender lo mucho que se prodigaba la gente de Nueva York en el derroche de artilugios que los habitantes de Gilead hubieran apreciado por ser escasos y valiosos. Papel, agua, aceite refinado, luz artificial. Aquello último se encontraba en todas partes. En el resplandor de los escaparates (aunque la mayoría de las tiendas estaban cerradas, los escaparates seguían encendidos), en el resplandor incluso más intenso de un sitio donde vendían popkins llamado Blimpie's y, sobre todo, en unas farolas de color naranja muy peculiares que parecían empapar de luz el aire. Pero Susannah tenía razón. Pese a las farolas de color naranja, en el aire se percibía una sensación de oscuridad que parecía envolver a la gente que paseaba por aquella calle. Aquello le trajo a la mente lo que Eddie le había comentado con anterioridad: «Todo este asunto se ha ido al diecinueve».

Sin embargo, aquella oscuridad más palpable que visible no tenía nada que ver con el diecinueve. Para comprender lo que estaba sucediendo allí había que restarle seis. Por primera vez, Roland creyó que Callahan tenía razón.

—La Trece Negra —musitó.

—¿Qué?

—Es lo que nos ha traído hasta aquí, lo que nos ha hecho entrar en exotransito y lo que sentimos a nuestro alrededor. No es lo mismo que cuando viajé dentro del pomelo, pero se parece.

—No parece nada bueno —dijo ella, con un hilo de voz.

—No lo es —respondió Roland—. Es probable que la Trece Negra sea el artilugio más temible de los tiempos de Eld que todavía permanece en la faz de la tierra. No es que el Arco Iris del Mago date de entonces; estoy seguro de que ya existía antes...

—¡Roland! ¡Eh, Roland! ¡Suze!

Alzaron la vista y, a pesar de sus anteriores recelos, Roland se sintió en sumo aliviado al ver no solo a Eddie, sino también a Jake y a Acho. Estaban a una manzana y media de ellos. Eddie saludaba con la mano. Susannah le devolvió el saludo con energía. Roland la cogió por el brazo antes de que se lanzara a correr, lo que a todas luces era su intención.

—Ten cuidado con los pies —le advirtió—. No querrás coger una infección y llevártela al otro lado.

Acordaron un paso ligero. Eddie y Jake, ambos calzados, corrieron hacia ellos. Roland advirtió que los transeúntes se apartaban de su camino sin mirar, ni siquiera interrumpían sus conversaciones, aunque luego observó que aquello no era del todo cierto. Había un niño pequeño, de apenas unos tres años, que caminaba con garbo junto a su madre. La mujer no pareció percibir nada, pero cuando Eddie y Jake los esquivaron, el pequeñín miró con ojos como platos y curiosidad. ..Ya continuación alargó la mano como si quisiera acariciar al trotón decidido de Acho.

Eddie se adelantó a Jake y llegó el primero. Cogió a Susannah por los brazos y los extendió, contemplándola. Roland advirtió que su expresión se acercaba mucho a la de una criatura.

—¿Y bien? ¿Qué te parece, cariño? —le preguntó Susannah con nerviosismo, como una mujer que ha llegado a casa y se presenta ante su marido con un nuevo peinado algo radical.

—Una mejora donde las haya —declaró Eddie—. No es que las necesite para quererte, pero son mejor que buenas e incluso diría que excelentes. Por Dios, ¡pero si ahora encima eres dos centímetros más alta que yo!

Susannah cayó en la cuenta de que aquello era cierto y se rió. Acho olisqueó el tobillo que no estaba en aquel sitio la última vez que había visto a aquella mujer y a continuación también se rió. Un ladrido algo extraño, aunque risueño sin duda alguna.

—Bonitas piernas, Suze —observó Jake, y el carácter mecánico del cumplido provocó una nueva risa cantarína en Susannah. El chico no se dio cuenta porque ya se había vuelto hacia Roland—. ¿Quieres ver la librería?

—¿Hay algo que ver?

Jake torció el gesto.

—En realidad, no mucho. Está cerrada.

—Preferiría ver el solar, si hay tiempo antes de que nos devuelvan —declaró Roland—. Y la rosa.

—¿Te duelen? —le preguntó Eddie a Susannah. La estaba mirando de muy cerca. —Sientan de maravilla —contestó riendo—. De maravilla.

—Pareces otra.

—¡Por supuesto! —contestó, y ejecutó una breve giga descalza. Habían pasado lunas y más lunas desde la última vez que había bailado, pero el alborozo que la embargaba suplía cualquier falta de gracia. Una mujer trajeada y balanceando un maletín se venía encima de la pequeña partida de trotamundos harapientos y, de repente, viró. En realidad, incluso rectificó su trayectoria haciéndose a un lado para evitarlos—. Por supuesto que sí, ¡tengo piernas!

—Como dice la canción —comentó Eddie.

—¿Eh?

—Nada —contestó, y deslizó un brazo alrededor de su cintura. Sin embargo, Roland volvió a advertir que Eddie le dirigía aquella mirada penetrante e inquisidora.

«Con un poco de suerte, lo dejará correr», pensó Roland.

Y eso fue lo que Eddie hizo. La besó en la comisura de los labios y se volvió hacia Roland.

¿Así que quieres ver el famoso solar y la aún más famosa rosa, eh? Bueno, yo también. Tú mandas, Jake.

SIETE

Jake los guió por la Segunda avenida y solo se detuvo un momento; el tiempo suficiente para que todos pudieran echar un vistazo al Restaurante de la Mente de Manhattan. Sin embargo, aquella no era de las tiendas que despilfarraban la luz y, por tanto, no hubo mucho que ver. Roland esperaba poder darle una ojeada al tablero del menú, pero había desaparecido. - —Lo más seguro es que lo cambie todos los días —advirtió Jake tras leerle la mente con la naturalidad que lo hacen las personas que comparten khéf.

—Tal vez —respondió Roland.

Escudriñó a través del escaparate un poco más y no distinguió nada salvo unas estanterías, unas cuantas mesas y el mostrador a oscuras que Jake había mencionado, aquel en el que los tipos mayores se sentaban a tomar café y a jugar a la versión de los castillos de aquel mundo. Nada que ver, pero algo que sentir, incluso a través del cristal: desesperación y pesar. Roland pensó que si se hubiera tratado de un olor, habría sido acre y algo viciado: el olor del fracaso. Tal vez de sueños que nunca cuajan. El resorte perfecto para alguien como Enrico Balazar «Il Roche».

—¿Estás? —preguntó Eddie.

Sí. Vamos.

OCHO

Para Roland, el trayecto de ocho manzanas desde la Segunda avenida con la Cincuenta y cuatro hasta la Segunda con la Cuarenta y seis fue como visitar un país en el que hasta aquel momento solo había creído a medias. «¿Hasta qué punto debe ser aún más extraño para Jake?», se preguntó. El vagabundo que le había mendigado al chico una moneda había desaparecido, pero el restaurante junto al que se sentaba seguía allí, en la esquina de la Segunda con la Cincuenta y dos: Chew Chew Mama's. Una manzana más allá se encontraba la tienda de discos, la Torre de Poder. Todavía no había cerrado. Según un reloj sobre sus cabezas que anunciaba la hora con enormes puntos eléctricos, solo eran las ocho y catorce de la tarde. Un ruido estridente se derramaba por la puerta abierta. Guitarras y baterías. La música de aquel mundo. Le trajo a la mente la música expiatoria que interpretaban los Grises en la ciudad de Lud y, ¿por qué no?, aquello era Lud en cierto modo enrevesado, en otro dónde y cuándo. Estaba seguro de aquello.

—Son los Rolling Stones —comentó Jake—, pero no es la canción que tenían puesta el día que vi la rosa. Aquella era «Paint It Black».

—¿Y esta no sabes cuál es? —preguntó Eddie.

—Sí, pero no recuerdo el título.

—Pues deberías —apuntó Eddie—. Es «Nineteenth Nervous Breakdown».

Susannah se detuvo y miró a su alrededor.

—¿Jake?

—Tiene razón —ratificó Jake.

Eddie, entretanto, pescaba un periódico de las puertas de seguridad que había junto a Discos Torre de Poder. De hecho, se trataba de una sección de *The New York Times*.

—Cari, ¿tu mami nunca te enseñó que pispar prensa amarilla no es una costumbre de la gente con un poquito de clase? —preguntó Susannah.

Eddie no le hizo caso.

—Mirad esto —dijo—. Todos.

Roland se inclinó, medio convencido de que vería la noticia de una nueva gran plaga; no obstante, no se trataba de nada tan apocalíptico. Al menos no por lo que a él respectaba.

—Léeme lo que dice —le pidió a Jake—. Las letras me bailan en la cabeza. Creo que es porque estamos en exotransito, atrapados en medio...

«El ejército de Rodesia aumenta el control sobre los poblados mozambiqueños—leyó Jake—. Dos asesores de Cárter prevén un ahorro de miles de millones en programas de asistencia social.» Y aquí debajo: «China anuncia que el terremoto de mil novecientos setenta y seis fue el más trágico de los últimos cuatrocientos años». También...

—¿Quién es Cárter? —preguntó Susannah—. ¿Es el presidente anterior a... Ronald Reagan?

Acompañó las dos últimas palabras de un lánguido guiño. Hasta la fecha, Eddie no había conseguido convencerla de que hablaba en serio cuando le decía que Reagan era presidente. Ni tampoco había creído a Jake cuando el chico le había dicho que, al menos, la idea era vagamente posible, por muy estrambótica que pudiera parecer, pues Reagan había sido gobernador de California. Susannah se había limitado a reír y a asentir, como si lo aplaudiera por su creatividad. Sabía que Eddie había convencido a Jake para que lo secundara, pero ella no iba a morder el anzuelo. Creía que podría llegar a imaginarse a Paul Newman de presidente e incluso a Henry Fonda, quien tenía bastante porte presidencial en *Punto límite*, pero ¿el presentador del programa *Death Valley Days*? Ni de coña.

—Pasad de lo de Cárter —dijo Eddie—. Mirad la fecha.

Roland trató de hacerlo, pero no dejaba de bailar ante sus ojos. Por un instante casi encajaba con Letras Mayores que sabía leer y al segundo siguiente volvía a convertirse en un batiburrillo.

—¿Qué pone, por tu padre?

—Dos de junio —leyó Jake. Miró a Eddie—. Pero si el tiempo es igual aquí que allí, ¿no debería ser uno de junio?

—Pues no es igual —sentenció Eddie con gravedad—. No lo es. El tiempo en este lado transcurre más deprisa. El juego ha comenzado, y las manecillas corren deprisa.

Roland lo meditó.

—Cada vez que volvamos aquí será más tarde, ¿verdad? —Eddie asintió. Roland continuó, como si hablara para él mismo en vez de para todos—. Cada minuto que pasamos en el otro lado, en el del Calla, en este lado transcurre un minuto y medio. O tal vez dos.

—No, dos no —objetó Eddie—. Estoy seguro de que no transcurre al doble de velocidad. —A pesar de que el nuevo vistazo intranquilo a la fecha del periódico sugería que no estaba del todo.

—Aunque estuvieras en lo cierto —continuó Roland—, lo único que ahora podemos hacer es continuar adelante.

—Hasta el quince de julio —dijo Susannah—, cuando Balazar y sus caballeros dejarán de jugar limpio.

—Tal vez debiéramos dejar que la gente del Calla se las apañara como pudiera —sugirió Eddie—. Odio decir esto, Roland, pero tal vez deberíamos hacerlo.

—No podemos, Eddie.

—¿Por qué no?

—Porque Callahan tiene la Trece Negra —dijo Susannah—. El precio para que nos la de es nuestra ayuda. Y la necesitamos.

Roland sacudió la cabeza.

—De todos modos nos la dará, creía que eso había quedado muy claro. Lo tiene aterrorizado.

—Sí —dijo Eddie—. Yo también sentí lo mismo.

—Tenemos que ayudarlos porque es la Vía del Eld —le explicó Roland a Susannah—. Y porque el camino del ka siempre es el camino del deber.

Creyó adivinar un brillo en lo profundo de su mirada, como si hubiera dicho algo gracioso. Supuso que así había sido aunque no era a Susannah a quien le había divertido el comentario. Detta o Mia eran las que habían encontrado la idea divertida. La cuestión era: ¿cuál de las dos? ¿O habrían sido ambas?

—No me gusta nada la sensación que tengo aquí —dijo Susannah—. Esa sensación oscura.

—Cambiará en el solar —aseguró Jake. Comenzó a caminar y el resto lo siguió—. La rosa hace que todo sea mejor. Ya lo veréis.

NUEVE

Cuando Jake cruzó la Cincuenta, comenzó a apretar el paso. En la acera de la Cuarenta y nueve más próxima al centro, comenzó a trotar. En la esquina de la Segunda con la Cuarenta y ocho, rompió a correr. No podía evitarlo. En la Cuarenta y ocho la señal de PASAR le prestó algo de ayuda, aunque el parpadeo rojo comenzó tan pronto como alcanzó el bordillo de la otra acera.

—¡Jake, espera! —lo llamó Eddie a sus espaldas.

Pero Jake no se detuvo. Tal vez no pudiera. Eddie también sentía la atracción de aquello que les llamaba, igual que Roland y Susannah. El aire estaba impregnado de un zumbido suave y dulce que iba agudizándose. Era todo lo que la desagradable e intensa sensación que los envolvía no era.

El zumbido le trajo a Roland recuerdos de Mejis y de Susan Delgado. De besos correspondidos sobre un jergón de hierba recién segada.

Susannah recordó estar con su padre de pequeña, trepar a su regazo y apoyar la suave piel de la mejilla contra el áspero tejido de su jersey. Recordó que cerraba los ojos y que respiraba profundamente aquel olor que le pertenecía a él y solo a él: tabaco de pipa, esencia de gaulteria y la crema Musterole que se frotaba en las muñecas donde la artritis había comenzado a hacer mella en él a la indignante edad de veinticinco años. Para ella, el significado de todos aquellos olores era que todo iba bien.

Eddie se descubrió recordando un viaje a Atlantic City de muy niño, con apenas cinco o seis años. Su madre los había llevado allí y, en cierto momento del día, ella y Henry se habían ido a buscar unos helados. La señora Dean le había señalado el paseo marítimo entarimado y le había dicho: «Descansa el trasero ahí, hombrecito, y no te muevas hasta que volvamos». Y él lo hizo. Se podría haber quedado sentado allí todo el día contemplando la explanada de la playa, el

vaivén gris del mar. Las gaviotas se mecían sobre la espuma de las olas, llamándose las unas a las otras. Cada vez que las olas retrocedían, olvidaban atrás una superficie resbaladiza de arena tostada y húmeda tan brillante que a duras penas conseguía mirarla sin pestañear. El susurro de las olas era envolvente y adormecedor al mismo tiempo. «Podría quedarme aquí para siempre —recordó haber pensado—. Podría quedarme aquí para siempre porque es bonito, sereno y... y va bien. Aquí todo va bien.»

Aquello era lo que los cinco sentían con mayor fuerza (incluido Acho), la sensación de algo que estaba extraordinaria y bellamente bien.

Roland y Eddie cogieron a Susannah por los codos con apenas un intercambio de miradas. Levantaron sus pies descalzos de la acera y la llevaron en volandas. En la Segunda y la Cuarenta y siete el tráfico circulaba en sentido contrario a ellos, pero Roland estiró una mano hacia los faros que se les venían encima y gritó:

—¡Salve! ¡Deteneos en nombre de Gilead!

Y lo hicieron. Se oyó el chirrido de los frenos, el topetazo de un guardabarros delantero empotrándose en uno trasero, y el tintineo de cristales rotos, pero se detuvieron. Roland y Eddie cruzaron entre los focos de los faros delanteros y la cacofonía de los cláxones con Susannah en medio y sus pies recuperados (ya bastante sucios) a siete centímetros del suelo. La sensación de felicidad y de que todo iba bien se acentuaba a medida que se acercaban a la esquina de la Segunda avenida con la Cuarenta y seis. Roland sintió el zumbido de la rosa corriendo con desenfreno por sus venas.

«Sí—pensó Roland—. Por todos los dioses, sí. Eso es. Tal vez no sea una puerta hacia la Torre Oscura, sino la misma Torre. Dioses ¡qué fuerza! ¡Qué atracción! ¡Cuthbert, Alain, Jamie... ojalá estuvierais aquí!»

Jake se encontraba en la esquina de la Segunda con la Cuarenta y seis, contemplando una valla de tabloncillos de un metro y medio de alto. Las lágrimas le corrían por las mejillas. De la oscuridad al otro lado de la valla llegaba un potente zumbido armónico, el de muchas voces cantando al unísono una nota infinita y libre. «Aquí está el sí —decían las voces—. Aquí está el tú puedes. Aquí está el giro afortunado, el feliz encuentro, la fiebre que remitió justo antes del alba y calmó tu calentura. Aquí está el deseo hecho realidad y el ojo que todo lo ve. Aquí está la amabilidad que recibiste y que así aprendiste a transmitir. Aquí está la cordura y la claridad que creíste perdidas. Aquí, todo va bien.»

Jake se volvió hacia ellos.

—¿Lo sentís? —les preguntó—. ¿Eh? —Roland asintió. Eddie hizo otro tanto—. ¿Suze?

—Casi es lo más bello del mundo, ¿no? —respondió.

«Casi —pensó Roland—. Ha dicho casi.» Tampoco se le pasó por alto el hecho de que su mano se había dirigido a su barriga y que la acariciaba mientras lo decía.

DIEZ

Los carteles que Jake recordaba seguían allí: Olivia Newton-John en el Radio City Music Hall, G. Gordon Liddy y los Grots en un lugar llamado el Mercury Lounge, una película de terror titulada *La guerra de los zombis*, PROHIBIDO EL PASO...

—Eso es diferente —anunció, señalando un graffiti de color rosa oscuro—. Es del mismo color y parece como si lo hubiera hecho la misma persona, pero cuando estuve aquí la otra vez hablaba sobre la Tortuga: «Mira la TORTUGA de enorme amplitud, sobre su caparazón sostiene la tierra». Y luego venía algo sobre seguir el Haz.

Eddie se acercó y leyó lo siguiente:

—«Oh SUSANNAH-MIO, mi chica varias veces, Done aparcó su CACHARRO allí, enfrente del DIXIE PIG, en el año noventa y nueve.» —Miró a Susannah—. ¿Qué cojones significa eso? ¿Alguna idea, Suze?

Ella sacudió la cabeza. Tenía los ojos desorbitados. «Ojos temerosos», pensó Roland. Aunque ¿qué mujer estaba asustada? No sabía decirlo; lo único que sabía es que Odetta Susannah Holmes había estado dividida desde el principio y aquel «mio» se parecía mucho a Mia. El zumbido procedente de la oscuridad al otro lado de la valla impedía pensar en aquellas

cosas. Roland deseaba aproximarse a la fuente del zumbido sin mayor dilación. Necesitaba hacerlo igual que un hombre sediento necesita el agua.

—Vamos —propuso Jake—. Podemos saltarla; es fácil.

Susannah bajó la vista a sus pies descalzos y sucios y retrocedió un paso.

—Yo no —se negó—. No puedo. No llevo zapatos.

Y parecía lógico, pero Roland creyó que detrás de aquello había algo más. Mia no quería entrar. Mia sabía que sucedería algo terrible si lo hacía. A ella y a su bebé. Por un instante, Roland estuvo tentado de obligarla a hacerlo, de dejar que la rosa se ocupara de lo que crecía en su interior y de la nueva y problemática personalidad, tan fuerte que Susannah había aparecido allí con las piernas de Mia.

«Roland, no. —Era la voz de Alain. Alain, el que siempre había tenido un mayor don para el toque—. No es el momento ni el lugar.»

—Yo me quedaré con ella —se ofreció Jake.

Lo dijo con enorme pesar, aunque sin vacilación alguna, y a Roland lo invadió una oleada de amor por el chico al que una vez había dejado morir. Aquella voz infinita de la oscuridad al otro lado de la valla cantaba sobre aquel amor, él lo oía. ¿Y sobre el perdón sin más en vez de la difícil marcha forzada de la expiación? Así lo creyó.

—No —se negó ella—. Tú sigue adelante, cariñín. No va a pasarme nada. —Les sonrió—. Esta también es mi ciudad, recordadlo. Sé cuidar de mí misma. Además... —bajó la voz como si fuera a confiar un secreto—, creo que somos como invisibles.

Eddie volvió a mirarla con aquella mirada interrogadora, como si le preguntara por qué no podía acompañarlos, descalza o no; sin embargo, aquella vez Roland no se preocupó. El secreto de Mia estaba a salvo, al menos por el momento. La llamada de la rosa era demasiado fuerte para Eddie como para poder pensar en nada más. Estaba loco por entrar.

—Deberíamos permanecer juntos —observó Eddie—. Así no nos perderemos cuando regresemos. Eso fue lo que dijiste, Roland.

—¿A qué distancia estamos de la rosa, Jake? —preguntó Roland. Era difícil hablar con aquel zumbido sonando en sus oídos como si se tratara del viento. Era difícil pensar.

—Viene a estar en medio del solar. A unos treinta metros; tal vez algo menos.

—En cuanto oigamos las campanillas —indicó Roland—, corremos hacia la valla y hacia Susannah. Los tres. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó Eddie.

—Los tres y Acho —puntualizó Jake.

—No, Acho se queda con Susannah. —Jake frunció el ceño como muestra de su completo desacuerdo. Roland no había esperado aquella reacción—. Jake, Acho también va descalzo... ¿Yno dijiste que ahí dentro hay cristales rotos?

—Sssí. —Interminable. Reacio. A continuación, Jake hincó una rodilla en el suelo y miró a Acho directamente a sus ojos bordeados de oro—. Haz compañía a Susannah, como un perro guardián, Acho.

—¡Acho! ¡Eso!

«Acho sabueso.» Suficiente para Jake. Se levantó, se volvió hacia Roland y asintió.

—¿Suze? —preguntó Eddie—. ¿Estás segura?

—Sí.

Enfático. Sin vacilación. Roland estaba casi seguro de que Mia era la que tenía el control, la que manejaba las palancas y giraba los diales. Casi. Ni siquiera entonces estaba del todo seguro. El zumbido de la rosa impedía estar seguro sobre nada salvo que todo —todo— podría ir bien.

Eddie asintió, la besó en la comisura de los labios y a continuación se dirigió a la valla de madera con el extraño poema: «OH SUSANNAH-MIO, mi chica varias veces». Entrelazó los dedos para crear un peldaño. Jake apoyó un pie, se dio impulso y desapareció por el otro lado en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Ake! —gritó Acho, y luego se calló y se sentó a los pies descalzos de Susannah.

—Ahora tú, Eddie —dijo Roland.

Entrelazó los dedos que le quedaban con la intención de procurar a Eddie el mismo peldaño que este le había procurado a Jake, pero Eddie se limitó a cogerse al borde de la valla y la saltó limpiamente. El yonqui que Roland había conocido en un avión a punto de aterrizar en el aeropuerto Kennedy jamás podría haber hecho aquello.

—Quedaos donde estáis —advirtió Roland. Podría haberse referido a la mujer y al bilibrambo, pero solo miró a la mujer.

—Estaremos bien —aseguró ella, y se agachó para acariciar el sedoso pelo de Acho—. ¿A que sí, muchacho?

—¡Acho!

—Ve a ver tu rosa, Roland. Mientras puedas.

Roland le dirigió una última mirada pensativa y luego se agarró al borde de la valla. Instantes después había desaparecido dejando a Susannah y a Acho solos en la esquina más viva y vibrante de todo el universo.

ONCE

Durante la espera le ocurrieron cosas extrañas.

Por donde habían venido, cerca de Discos Torre de Poder, el reloj de un banco anunciaba alternativamente la hora y la temperatura: 8.27,18 °C; 8.27,18 °C; 8.27,18 °C. Y, de repente, anunció: 8.34,18 °C; 8.34,18 °C. Juraría que no había apartado los ojos de allí. ¿Le pasaría algo al mecanismo del letrero luminoso?

«Va a ser eso —pensó—. Si no, ¿qué otra cosa podía ser?» Nada, supuso, pero ¿por qué de repente todo producía una sensación diferente? Incluso todo parecía diferente. «Tal vez ha sido mi mecanismo el que ha fallado.»

Acho gimió y extendió el largo cuello hacia ella. Al mismo tiempo, Susannah cayó en la cuenta de por qué las cosas parecían diferentes. Además de ignorar cómo había dejado pasar siete minutos sin percatarse, el mundo había recobrado una antigua perspectiva que le era muy familiar. Una perspectiva arrañada. Estaba más cerca de Acho porque estaba más cerca del suelo. Las espléndidas piernas y pies que tenía cuando había abierto los ojos en Nueva York habían desaparecido.

¿Cómo había sucedido? ¿Y cuándo? ¿En los siete minutos que faltaban?

Acho volvió a gemir. Aquella vez se aproximó a un ladrido. Su mirada iba más allá de ella, a sus espaldas. Susannah se volvió hacia allí. Media docena de personas cruzaban la Cuarenta y seis en su dirección. Cinco eran normales y corrientes. La sexta era una mujer de rostro lechoso con un vestido moteado de musgo. Las cuencas de sus ojos estaban vacías y negras. Era como si la boca le colgara abierta hasta el mismo esternón, y Susannah vio que un gusano verde se arrastraba por el labio inferior. Los que cruzaban a su lado le hacían espacio suficiente, igual que habían hecho aquellos otros viandantes con Roland y sus amigos en la Segunda avenida. Susannah supuso que en ambos casos, los peatones más normales percibían algo fuera de lo normal y se apartaban. Sin embargo, aquella mujer no estaba en exo-tránsito.

Aquella mujer estaba muerta.

DOCE

El zumbido aumentaba cada vez más de intensidad al tiempo que los tres trastabillaban entre la jungla de desechos y cascotes del solar. Como la vez anterior, Jake veía rostros en todas las esquinas y las sombras. Vio al Chirlas y al Bocina; a Tic-Tac y a Flag; vio a los pistoleros de Eldred Jonas, Depape y Reynolds; vio a su madre, a su padre y a Greta Shaw, su ama de llaves quien se preocupaba de retirar la corteza a los sandwiches. Greta Shaw, quien de vez en cuando lo llamaba «Bama», aunque aquello era un secreto entre ellos.

Eddie vio a gente de su antiguo barrio: Jimmie Polio, el chico del pie deforme; y a Tommy Fredericks, quien siempre se entusiasmaba tanto viendo a los niños jugar al béisbol en la calle que hacía muecas por lo que los niños lo llamaban Tommy Halloween. Estaba Skipper Brannigan, quien habría buscado camorra con el mismísimo Al Capone si este hubiera sido lo bastante tonto como para aparecer por el barrio; y Csaba Drabnik, el Jodido Húngaro Loco. Vio el rostro de su madre en una pila de ladrillos hechos trizas, sus ojos brillantes recreados a partir

de los pedazos rotos de una botella de refresco. Vio a su amiga, Dora Bertollo (todos los niños del barrio la llamaban Tetas Bertollo porque las tenía bien grandes, tan grandes como unos putos melones). Y, por descontado, vio a Henry. Henry entre las sombras, observándolo. Aunque Henry sonreía en vez de tener el ceño fruncido, parecía sereno. Tenía una mano adelantada y le mostraba a Eddie lo que parecían unos pulgares vueltos hacia arriba. «Adelante —creyó oír susurrar al zumbido creciente con la voz de Henry Dean—. Adelante, Eddie, demuéstales de qué estás hecho. ¿No se lo había dicho ya a esos otros tíos? Cuando estábamos ahí detrás de Dahlie's fumando los cigarrillos de Jimmie Polio, ¿no se lo dije? "Mi hermanito sería capaz de convencer al mismo diablo para que se prendiera fuego", les dije. ¿O no?» Sí, sí que lo había hecho. «Así me sentía siempre —le susurró el zumbido—. Siempre te he querido. A veces te menospreciaba, pero siempre te he querido. Eras mi hombrecito.»

Eddie comenzó a llorar. Lágrimas que hacían bien.

Roland vio todos los fantasmas de su vida entre aquellas ruinas llenas de cascotes y envueltas en sombras, desde su madre y su ama de cría hasta las visitas de Calla Bryn Sturgis. A medida que avanzaban, la sensación de que todo iba bien se acentuaba. La sensación de que todas las decisiones difíciles, el dolor, el pesar y la sangre derramada, al final no habían sido en vano, de que había una razón, un propósito. Había vida y amor. Lo oyó en la canción de la rosa y también él comenzó a llorar. En gran parte con alivio. Llegar hasta allí había supuesto un largo y duro viaje. Muchos habían muerto a pesar de que allí vivían, allí cantaban con la rosa. Después de todo, su vida no había sido un sueño estéril.

Unieron las manos y siguieron adelante a trompicones, ayudándose unos a otros a sortear las tablas remachadas de clavos y los agujeros en los que un tobillo podía hundirse, torcerse y, tal vez, romperse. Roland no sabía si uno podía romperse un hueso mientras se encontraba en exotránsito, pero no tenía ninguna prisa por descubrirlo.

—Esto lo vale todo —dijo con voz ronca.

Eddie asintió.

—No me detendré jamás. No me detendría aunque muriera.

Jake hizo un gesto de aprobación juntando el pulgar y el índice para formar un círculo y profirió una carcajada. El sonido fue dulce a los oídos de Roland. Había menos luz que en la calle, pero las farolas naranjas de la Segunda con la Cuarenta y seis eran lo bastante potentes como para procurar algo de luz. Jake señaló un cartel que descansaba en una pila de tablones.

—¿Veis eso? Es el rótulo de la charcutería. Lo recogí de entre la maleza. Por eso está donde está. —Miró a su alrededor y luego apuntó en otra dirección—. ¡Mirad!

Aquel cartel todavía se sostenía en pie. Roland y Eddie se volvieron para leerlo. Aunque ninguno de los dos lo había visto antes, ambos experimentaron una fuerte sensación de *deja vu*.

¡CONSTRUCCIONES MILLS Y FINCAS SOMBRA ASOCIADOS

SIGUEN REMODELANDO EL ROSTRO DE MANHATTAN!

PRÓXIMA CONSTRUCCIÓN EN ESTE SOLAR:

¡APARTAMENTOS DE LUJO TURTLE BAY!

INFÓRMESE LLAMANDO AL 661-6712

¡SE ALEGRARÁ DE HABERLO HECHO!

Tal como Jake les había dicho, el cartel parecía viejo, le hacía falta una buena capa de pintura o sustituirlo. Jake recordaba el graffiti que lo atravesaba —y Eddie de la historia de Jake—, no porque significara algo para él, sino porque era extraño. Y allí estaba, tal como lo había contado: BANGO SKANK. La tarjeta de visita de algún grafitero desaparecido mucho tiempo atrás.

—Creo que el número de teléfono del cartel es diferente —observó Jake.

—¿Ah, sí? —preguntó Eddie—. ¿Cuál era el anterior?

—No lo recuerdo.

—Entonces, ¿cómo puedes estar seguro de que este es diferente?

En otro momento y en otro lugar, Jake podría haberse sentido ofendido por aquella pregunta. En aquellos momentos, aplacado por la proximidad de la rosa, lo que hizo fue sonreír.

—No lo sé. Supongo que no estoy seguro, pero me parece diferente. Como el letrero del

escaparate de la librería.

Roland apenas escuchaba. Avanzaba sobre las pilas de cascotes, tablas y cristal hecho añicos con sus viejas botas de vaquero. Sus ojos refulgían incluso en las sombras. Había visto la rosa. Había algo junto a ella, en el lugar donde Jake había encontrado su versión de la llave, pero Roland no le prestó atención. Solo veía la rosa en medio de un terrón de hierba moteada de morado a causa de la pintura que había goteado. Cayó de rodillas ante ella. Un segundo después, Eddie se le unió a la izquierda y Jake a la derecha.

La rosa cerraba sus pétalos a la noche. No obstante, cuando se arrodillaron frente a ella, estos comenzaron a abrirse, como si les dieran la bienvenida. El zumbido se intensificó envolviéndolos, como una canción interpretada por ángeles.

TRECE

Al principio, Susannah estaba bien. Aguantaba a pesar de haber perdido más un pie y la mitad de ella misma —la mitad que había llegado allí, en cualquier caso— y en aquellos momentos se veía obligada a adoptar la postura familiar (y odiosamente servil) de siempre: medio arrodillada, medio sentada en la acera. Apoyaba la espalda contra la valla que rodeaba el solar. Un pensamiento sarcástico y burlón cruzó su mente: «Lo único que me falta es un cartelito de cartón y una lata».

Aguantó incluso después de haber visto cruzar la Cuarenta y seis a la mujer muerta. La melodía ayudaba, lo que ella tomaba por la voz de la rosa. Acho también ayudaba, apretándose junto a ella y compartiendo el calor de su cuerpo cálido. Le acarició el pelo sedoso para utilizar la realidad que Acho representaba como algo a lo que aferrarse. No dejaba de repetirse una y otra vez que no estaba loca. Está bien, había perdido siete minutos. Tal vez. O quizá le había entrado el hipo al mecanismo del moderno reloj de allá. Está bien, había visto cruzar la calle a una mujer muerta. Tal vez. O quizá lo único que había visto era una yonqui colgada, Dios sabía que de aquello no faltaba en Nueva York...

«¿Una yonqui con un gusanito verde saliéndole por la boca?»

—Puede ser que me haya imaginado esa parte —le dijo al brambo—. ¿No?

Acho dividía su atención inquieta entre Susannah y los veloces faros de los coches que debían de parecerle enormes depredadores de ojos brillantes. Gimió con nerviosismo.

—Además, los muchachos volverán dentro de poco.

—Achos —repetió el brambo con una voz que sonó esperanzada.

«¿Por qué no entré con ellos y ya está? Eddie podría haberme llevado a caballito, Dios sabe que ya lo ha hecho antes, tanto con el arnés como sin él.»

—No podía —murmuró—. No podía.

Porque una parte de ella temía la rosa. Temía acercarse demasiado a ella. ¿Había tenido esa parte el control durante los siete minutos que faltaban? Susannah tenía miedo de que así hubiera sido. En todo caso, ahora ya se había ido. Se había llevado con ella las piernas y había echado a caminar por el Nueva York de aproximadamente 1977. Malo. Sin embargo, también se había llevado el miedo a la rosa y aquello era bueno. No deseaba temer algo que emanaba una sensación tan potente y maravillosa.

«¿Otra personalidad? ¿Estás pensando que la mujer que se trajo las piernas era otra personalidad?»

En otras palabras, ¿otra versión de Detta Walker?

La sola idea hizo que deseara gritar. En aquel instante creyó comprender cómo se debía sentir una mujer que, cinco años después de someterse a una operación de cáncer con aparente éxito, el médico le dijera que en una placa de rayos X rutinaria le había encontrado una mancha en el pulmón.

—Otra vez no —murmuró con un hilo de voz grave y desesperado al tiempo que un grupo de transeúntes pasaba a su lado. Todos se apartaron un poco de la valla, aunque aquello reducía el espacio entre ellos de manera considerable—. No, otra vez, no. No puede ser, estoy entera. Estoy... ¡Estoy cuerda!

¿Cuánto hacía que sus amigos se habían marchado?

Volvió la vista calle abajo, hacia el reloj. Indicaba las 8.42, pero no estaba segura de que pudiera confiar en él. Parecía más tarde. Mucho más. Tal vez debería llamarlos, pegarles un grito. ¿Qué tal os va por ahí?

«No, ni hablar. Eres una pistolera, guapa. Al menos, eso es lo que él dice, lo que piensa. Y no vas a hacerle cambiar de opinión berreando como una colegiala que acaba de ver una culebra bajo un arbusto. Te vas a quedar sentadita a esperar. Tú puedes hacerlo. Tienes a Acho de compañía y...»

Entonces vio al hombre al otro lado de la acera. Allí de pie, junto a un quiosco de periódicos. Estaba desnudo. Un veteado corte en Y, cosido a puntadas enormes con hilo negro, le comenzaba en la ingle, ascendía y se bifurcaba en el esternón. Sus ojos vacíos la miraban. La traspasaban. Traspasaban el mundo.

Cualquier posibilidad de que aquello pudiera ser una simple alucinación acabó cuando Acho comenzó a ladrar. Miraba directamente al hombre desnudo y muerto.

Susannah abandonó su silencio y comenzó a llamar a Eddie a gritos.

CATORCE

Cuando la rosa se abrió y reveló el interior del volcán entre sus pétalos y el sol que ardía en su interior, Eddie vio todo lo que importaba.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Jake con voz entrecortada a su lado, aunque podría haberse encontrado a miles de kilómetros.

Eddie vio grandes cosas y accidentes que nunca llegaron a ocurrir. Albert Einstein de niño y a punto de ser arrollado por el camión del lechero cuando cruzaba la calle. Un adolescente llamado Albert Schweitzer saliendo de la bañera y a punto de pisar una pastilla de jabón que descansaba junto al tapón quitado. Un *Oberleutnant* nazi quemando un trozo de papel donde estaban escritos la fecha y el lugar de la invasión del día D escritos en aquel. Vio morir a un hombre, que tenía la intención de envenenar el suministro de agua de Denver, de un ataque al corazón en un área de descanso de la interestatal I-80, en Iowa, con una bolsa de patatas fritas de McDonald's en el regazo. Vio a un terrorista envuelto en explosivos saliendo de repente de un restaurante abarrotado en una ciudad que podría haber sido Jerusalén. Lo que había paralizado al terrorista había sido el cielo y la idea de que amparaba a justos y pecadores por igual. Vio cómo cuatro hombres rescataban a un niño pequeño de un monstruo cuya cabeza parecía consistir por entero en un ojo.

Sin embargo, lo más importante de todo aquello era el inmenso y creciente peso de las cosas pequeñas, desde aviones que no se habían estrellado, a hombres y mujeres que habían llegado al lugar correcto en el momento idóneo y habían fundado generaciones. Vio besos correspondidos en portales, carteras devueltas y hombres que habían llegado a una bifurcación y habían escogido el camino correcto. Vio un millar de encuentros al azar que no eran azarosos, diez mil decisiones correctas, cien mil respuestas acertadas, un millón de actos de amabilidad no reconocidos. Vio a los ancianos de Paso del Río y a Roland arrodillándose en la tierra para la bendición de Tía Talitha; volvió a oír cómo se la ofrecía de buen grado. La oyó decirle que depositara la cruz que le había dado al pie de la Torre Oscura y que pronunciara el nombre de Talitha Unwin en el confín más remoto de la tierra. Vio la Torre en los pliegues abrasadores de la rosa y por un segundo comprendió su propósito: cómo distribuía las líneas de fuerza a todos los mundos existentes y los sujetaba con firmeza a la gran hélice del tiempo. Por cada cascote que aterrizaba en el suelo en vez de sobre la cabeza de un niño pequeño, por cada tornado que sorteaba el parque de caravanas, por cada misil que no despegaba, por cada mano alzada contra la violencia, allí estaba la Torre.

Y la tranquila y cantarina voz de la rosa. La canción que prometía que todo iría bien, todo iría bien, que todo tipo de cosas podrían ir bien.

«Pero hay algo que no encaja», pensó.

En el zumbido había enterrada una disonancia irregular, como si fueran fragmentos de cristal fracturado: un brillo violáceo, inquietante y parpadeante en el mismo corazón ardiente, una especie de luz fría que no encajaba.

—Hay dos centros de existencia —oyó decir a Roland—. ¡Dos! —Igual que Jake, podría haberse encontrado a miles de kilómetros de allí—. La Torre... y la rosa. Aunque son lo mismo.

—Lo mismo —coincidió Jake.

Su rostro estaba bañado por una brillante luz granate y amarillo vivo. Sin embargo, Eddie creyó ver aquella otra luz, un reflejo violáceo parpadeante, como un cardenal. Por un instante danzó en la frente de Jake, luego en la mejilla y a continuación nadó en las ojeras. Desapareció y reapareció en la sien, como la manifestación física de una mala idea.

—¿Qué es lo que no encaja? —se oyó preguntar, pero no hubo respuesta. Ni de Roland, ni de Jake, ni de la rosa.

Jake levantó un dedo y comenzó a contar. A contar pétalos, dedujo Eddie. Aunque no había necesidad alguna de contar; todos sabían cuántos pétalos tenía.

—Tenemos que hacernos con este terreno —anunció Roland—. Primero comprarlo y luego protegerlo. Hasta que los Haces se hayan restablecido y la Torre vuelva a ser segura, porque mientras la Torre se debilita, esto es lo que lo mantiene todo unido. Y también se está debilitando. Está enferma. ¿Lo sentís?

Eddie abrió la boca para decir que por supuesto que lo sentía cuando Susannah comenzó a gritar. Instantes después, Acho se le unió ladrando como un loco.

Eddie, Jake y Roland se miraron como durmientes despertados del más profundo de los sueños. Eddie fue el primero en hacer el gesto de levantarse. Se volvió y trastabilló de vuelta a la valla y la Segunda avenida, gritando el nombre de Susannah. Jake lo siguió e hizo una breve pausa para coger algo de entre el amasijo de bardanas donde había encontrado la llave.

Roland se permitió una última y agonizante mirada a la rosa silvestre que crecía esplendorosa allí, en aquella tierra baldía de cascotes, tablones, hierbajos y desechos. Había comenzado a cerrar los pétalos, a ocultar la luz que ardía en su interior.

«Volveré —le prometió—. Juro por los dioses de todos los mundos, por mi madre, mi padre y los que fueron mis amigos, que volveré.»

Sin embargo, tenía miedo.

Roland se volvió y corrió hacia la valla escogiendo el camino a través de los desechos esparcidos con una agilidad inconsciente a pesar del dolor de la cadera. Mientras corría, una idea no dejaba de atormentarlo: «Dos. Dos centros de existencia. La rosa y la Torre. La Torre y la rosa».

Todo lo demás se sostenía entre ellas, dando vueltas en una frágil complejidad.

QUINCE

Eddie superó la valla de un salto, aterrizó de mala manera y quedó despatarrado; se puso en pie y se dirigió hacia Susannah sin detenerse a pensarlo. Acho continuaba ladrando.

—¡Suze! ¿Qué? ¿Qué ocurre? —Alargó la mano en busca de la pistola de Roland y no la encontró. Por lo visto las pistolas no entraban en exotransito.

—¡Allí! —gritó Susannah, señalando al otro lado de la calle—. ¡Allí! ¿Lo ves? ¡Por favor, Eddie, por favor, dime que lo ves!

Eddie sintió que la temperatura de su sangre caía en picado. Lo que vio fue a un hombre desnudo al que habían abierto en canal y al que luego habían vuelto a coser dibujando lo que solo podía ser un tatuaje de autopsia. Otro hombre —este vivo— compró un periódico en el quiosco de al lado, comprobó el tráfico y a continuación cruzó la Segunda avenida. Aunque estaba sacudiendo el diario para abrirlo y leer los titulares, Eddie vio que sorteaba al hombre muerto. «Igual que la gente a nuestro alrededor», pensó.

—Había otro más —murmuró Susannah—. Una mujer. Caminaba. Y un gusano. Vi un gusano a-a-arrastr...

—Mirad a vuestra derecha —dijo Jake, tenso.

Tenía una rodilla en el suelo y acariciaba a Acho para calmarlo. En la otra mano llevaba algo arrugado y rosa. Él estaba blanco como la nieve.

Miraron. Una criatura se acercaba despreocupada y lentamente hacia ellos. Solo era posible saber que era una niña por el vestido rojo y azul que llevaba. Cuando estuvo más cerca, Eddie

supuso que el azul debía de ser el mar. Los puntos rojos se dividieron en pequeños botes de múltiples colores. Le habían aplastado la cabeza en algún terrible accidente; aplastada hasta ser más ancha que larga. Sus ojos eran uvas espachurradas. En un brazo blanquecino llevaba una cartera blanca de plástico. El modelo de bolsito para niña ideal para atropellos por sorpresa.

Susannah tomó aliento para chillar. La oscuridad que antes solo había sentido, ahora casi era visible. Y tangible, pesaba en ella como si se tratara de tierra. Pues iba a chillar. Tenía que hacerlo. O chillaba o se volvía loca.

—Ni una palabra —le susurró Roland de Gilead al oído—. No la perturbes, pobrecilla. ¡Por tu vida, Susannah!

El chillido de Susannah murió en un suspiro prolongado y aterrorizado.

—Están muertos —dijo Jake con un hilo de voz controlado—. Los dos.

—Muertos errantes —contestó Roland—. Oí hablar de ellos al padre de Alain Johns. Debió de ser poco después de que volviéramos de Mejis, porque tras aquello no hubo mucho más tiempo antes de que todo... ¿Cómo es eso que dices, Susannah? Antes de que todo «se fuera a hacer gárgaras». En cualquier caso, fue Burning Chris quien nos avisó de que si alguna vez entrábamos en exotránsito era posible que viéramos errantes. —Señaló el otro lado de la calle, donde continuaba inmóvil el cadáver desnudo—. Es gente como el tipo de allá, o murieron tan de repente que todavía no han comprendido lo que les ha sucedido, o tan solo se niegan a aceptarlo. Tarde o temprano seguirán adelante. No creo que haya muchos.

—Gracias a Dios —suspiró Eddie—. Es como si lo hubieran sacado de una peli de zombis de George Romero.

—Susannah, ¿qué le ha ocurrido a tus piernas? —preguntó Jake.

—No lo sé —contestó ella—. Las tenía y de repente me encontré igual que antes. —Pareció darse cuenta de la mirada de Roland y se volvió hacia él—. ¿Encuentras algo gracioso, cariño?

—Somos ka-tet, Susannah. Dinos lo que ha pasado de verdad.

—¿Qué cojones estás tratando de insinuar? —preguntó Eddie a Roland. Habría continuado, pero antes de que pudiera hacerlo, Susannah lo cogió por el brazo.

—Me has pillado, ¿eh? —le dijo a Roland—. Está bien, os lo diré. Según ese reloj tan moderno de allí, he perdido siete minutos mientras os estaba esperando. Siete minutos y mis preciosas piernas. No quería decir nada porque... —Se le entrecortó la voz y continuó—: Porque tenía miedo de estar perdiendo la chaveta.

«No es de eso de lo que tienes miedo —pensó Roland—. No exactamente.»

Eddie le dio un breve achuchón y la besó en la mejilla. Miró con nerviosismo al otro lado de la calle, al cuerpo desnudo (por fortuna, la niña pequeña con la cabeza aplastada había seguido vagando por la Cuarenta y seis, hacia el edificio de Naciones Unidas), y luego devolvió la mirada al pistolero.

—Si lo que has dicho antes es cierto, Roland, el asunto ese de que el tiempo vaya dando saltitos no es una buena nueva. ¿Y si en vez de siete minutos pasan tres meses? ¿Y si la próxima vez que volvamos Calvin Torre ya ha vendido el solar? No podemos permitir que suceda. Porque esa rosa, tío... esa rosa... —Las lágrimas habían comenzado a caer por las mejillas de Eddie.

—Es lo mejor del mundo —concluyó Jake en voz baja.

—De todos los mundos —lo corrigió Roland. ¿Tranquilizaría a Eddie y a Jake saber que aquel salto en el tiempo en concreto era probable que solo hubiera sucedido en la cabeza de Susannah? ¿Que Mia había salido durante siete minutos, había echado un vistazo y que luego se había vuelto a introducir en su madriguera como la marmota Phil de Punxsutawney en el día de la Marmota? Seguramente no. Sin embargo, vio algo en el rostro demacrado de Susannah: o bien sabía qué ocurría o lo sospechaba. «Tiene que ser espantoso para ella», pensó.

—Tenemos que hacerlo mejor si de verdad queremos cambiar las cosas —dijo Jake—. Así no somos mucho más que los errantes.

—Y también tenemos que volver a mil novecientos sesenta y cuatro —añadió Susannah—. Si es que vamos a echarle el guante a mi pasta, claro. ¿Podemos, Roland? Si Callahan tiene la Trece Negra, ¿servirá de puerta?

«Lo que nos va a servir son calamidades —pensó Roland—. Calamidades y algo peor.» No obstante, antes de que pudiera expresar aquello en palabras (aquello o cualquier otra cosa), comenzaron a sonar las campanillas del exotransito. Los peatones de la Segunda avenida las oyeron igual que veían a los peregrinos reunidos junto a la valla, pero el cuerpo al otro lado de la calle alzó lentamente las manos muertas y las colocó sobre sus orejas inertes mientras la boca se crispaba en un gesto de dolor. Y entonces vieron a través de él.

—Manteneos unidos —indicó Roland—. ¡Jake, agarra a Acho por el pelo, bien fuerte! ¡No te preocupes si le haces daño!

Jake lo obedeció mientras las campanillas iban penetrando en su cabeza. Bellas, pero crueles.

—Como un empaste sin novocaína —comentó Susannah. Volvió la cabeza y por un instante vio a través de la valla. Se había vuelto transparente. Tras ella se encontraba la rosa de pétalos cerrados que no dejaba de desprender su propio brillo, silencioso y majestuoso. Sintió los brazos de Eddie deslizándose sobre sus hombros.

—Agárrate, Suze. Pase lo que pase, no te sueltes.

Susannah cogió la mano de Roland. Por un segundo contempló la Segunda avenida y a continuación todo había desaparecido. Las campanillas engulleron el mundo y ella volaba a través de la oscuridad con el brazo de Eddie a su alrededor y la mano de Roland apretándole la suya.

DIECISEIS

Cuando la oscuridad los liberó, se encontraron a casi doce metros de su campamento, en el camino. Jake se incorporó despacio y se volvió hacia Acho.

—¿Estás bien, muchacho?

—Acho.

Jake le dio unas palmaditas en la cabeza al brambo. Miró a su alrededor en busca de los demás. Todos estaban allí. Suspiró aliviado.

—¿Qué es esto? —preguntó Eddie.

Le había cogido a Jake la otra mano cuando las campanillas habían comenzado a sonar. En aquellos momentos, atrapado entre los dedos entrelazados, había un objeto rosa arrugado. Tenía el tacto de un trozo de tela, aunque también de metal.

—No lo sé —confesó Jake.

Lo has cogido del solar, justo después de que Susannah chillara —dijo Roland—. Te he visto.

—Sí —asintió Jake—. Creo que lo he cogido de allí. Porque estaba donde antes estuvo la llave.

—¿Qué es, cariño?

—Una especie de bolsa. —La alzó por las correas—. Diría que es mi bolsa de bolos, de cuando iba a las pistas, con mi bola dentro. Es de mil novecientos setenta y siete.

—¿Qué lleva escrito en el lado? —preguntó Eddie.

Sin embargo, no pudieron averiguarlo. Las nubes habían vuelto a cerrarse y no dejaban traspasar la luz de la luna. Regresaron juntos al campamento, despacio, tambaleantes como inválidos. Roland encendió el fuego y entonces comprobaron lo que había escrito en el lado de la bolsa de bolos rosa. Decía:

MUNDO MEDIO JUEGA EN ESTAS PISTAS

—No está bien —apuntó Jake—. Casi, pero no del todo. Lo que dice en mi bolsa es: MEDIO MUNDO JUEGA EN ESTAS PISTAS. Timmy me la regaló un día que hice doscientos ochenta y dos puntos. Dijo que yo era demasiado pequeño para invitarme a una cerveza.

—Un pistolero que juega a los bolos —comentó Eddie y sacudió la cabeza—. No ganamos para sorpresas, ¿eh?

Susannah cogió la bolsa y le pasó las manos por encima.

—¿Qué tipo de tejido es este? Parece metal. Y pesa.

Roland, quien se hacía una vaga idea de para qué servía la bolsa (aunque no sabía quién o qué la había dejado para ellos), dijo:

—Métela en tu mochila con los libros, Jake, y guárdala bien.

—Y ahora ¿qué hacemos? —preguntó Eddie.

—Dormir —respondió Roland—. Creo que durante las próximas semanas vamos a estar muy ocupados. Tendremos que echar cabezaditas cuando y donde podamos.

—Pero...

—A dormir —lo atajó Roland, y extendió sus pieles.

Al final lo imitaron y todos soñaron con la rosa. Salvo Mia, quien se levantó en la última hora antes del alba y se escabulló para darse un festín en el gran salón de banquetes. Y vaya si se dio un festín.

Después de todo, estaba comiendo por dos.

SEGUNDA PARTE
HISTORIAS REVELADORAS



I
EL ROSTRO EN EL AGUA

UNO

Si algo sorprendió a Eddie del viaje a Calla Bryn Sturgis fue con qué facilidad y naturalidad se acostumbró a montar a caballo. A diferencia de Susannah y Jake, quienes habían montado en los campamentos de verano, Eddie ni siquiera había acariciado a un equino. Cuando a la mañana siguiente de lo que él llamaba el Exotránsito Número Dos había oído los cascos que se aproximaban, había sentido una aguda punzada de pánico. Lo que lo preocupaba no era cabalgar, ni los animales, sino la posibilidad —¡mierda!, la casi segura posibilidad— de parecer idiota. ¿Qué clase de pistolero no ha montado jamás a caballo? Sin embargo, Eddie encontró el momento para charlar con Roland antes de que llegaran.

—Anoche no fue igual.

Roland puso cara de sorpresa.

—Anoche no fue diecinueve.

—¿Qué quieres decir?

—No sé lo que quiero decir.

—Pues yo tampoco —intervino Jake—, pero tiene razón. Anoche Nueva York parecía real. Quiero decir que, ya sé que estábamos en exotránsito, pero...

—Real —musitó Roland.

—Real como las rosas —dijo Jake, sonriendo.

DOS

En aquella ocasión, los Slightman iban al frente de la comitiva del Calla; cada uno de ellos conducía un par de monturas a gran distancia. Los caballos de Calla Bryn Sturgis no eran demasiado intimidatorios; lo cierto es que no eran como los que Eddie había imaginado galopando por la ladera de la Pendiente cuando Roland les había relatado la historia de la ya lejana Mejis. Aquellas bestias eran animales pequeños y recios, de patas robustas, abundante pelaje y ojos grandes e inteligentes. Eran más grandes que los ponis, pero estaban a años luz de la envergadura de los sementales de ojos encendidos que había esperado encontrar. No solo ya estaban ensillados, sino que además habían añadido un saco de dormir enrollado a cada montura.

A medida que Eddie fue acercándose a su montura (no hacía falta que le dijeran cuál era, ya lo sabía: el ruano), todas sus dudas y preocupaciones se desvanecieron. Solo hizo una pregunta dirigida a Ben Slightman el Joven tras examinar los estribos.

—Van a ser un poco cortos para mí, Ben, ¿podrías enseñarme cómo se alargan?

—Cuando el muchacho desmontó para hacerlo él mismo, Eddie sacudió la cabeza—. Sería mejor que aprendiera —dijo. Y sin ningún tipo de embarazo.

Mientras el chico le indicaba cómo hacerlo, Eddie se dio cuenta de que, en realidad, no necesitaba la lección. Supo cómo funcionaba en el momento en que los dedos de Benny tiraron hacia arriba del estribo y dejó a la vista la correa de cuero de debajo. No era un conocimiento oculto o subconsciente ni tampoco lo sorprendió como algo sobrenatural. Simplemente allí, ante un caballo que suponía una realidad cálida y olorosa, comprendió cómo funcionaba todo. Solo había tenido una experiencia como aquella desde que se encontraba en el Mundo Medio: la primera vez que cayó en sus manos una de las pistolas de Roland.

—¿Necesitas ayuda, cariño? —le preguntó Susannah.

—Bueno, cógeme si me caigo por el otro lado —bufó, aunque, por descontado, no ocurrió nada parecido. El caballo permaneció tranquilo y solo se removió ligeramente cuando Eddie colocó un pie en el estribo y montó de un salto en la silla negra del peón.

Jake le preguntó a Benny si tenía un guardapolvo. El hijo del capataz miró vacilante hacia el cielo encapotado.

—No creo que vaya a llover —dijo—. Cuando se acerca la Siega suele hacer este tiempo durante días...

—Es para Acho —especificó con total tranquilidad y sin titubeos.

«Se siente igual que yo —pensó Eddie—. Como si lo hubiera hecho un millón de veces.»

El chico extrajo un impermeable enrollado de una de sus alforjas y se lo tendió a Jake, quien se lo agradeció, se lo puso y luego embutió a Acho en el espacioso bolsillo que lucía al frente,

como si se tratara de una bolsa marsupial. No se oyó protesta alguna por parte del brambo.

«Si le dijera a Jake que habría esperado que Acho trotara detrás de nosotros como un perro pastor —pensó Eddie—, ¿me habría contestado que siempre montaba de aquella manera? No... pero lo habría pensado.»

Cuando emprendieron la marcha, Eddie cayó en la cuenta de a qué le recordaba todo aquello: a las historias que había oído sobre la reencarnación. Había tratado de apartar la idea, de rescatar al chico práctico y duro de Brooklyn que había crecido a la sombra de Henry Dean, y no lo había conseguido del todo. La idea de la reencarnación tal vez habría sido menos intranquilizadora si le hubiera llegado de frente, pero no había sido así. Creyó que era imposible que perteneciera al linaje de Roland, sencillamente, era imposible. Es decir, salvo que en algún momento Arthur Eld se hubiera detenido en Co-Op City para, por ejemplo, echar un casquete y probar uno de los buñuelos de Dahlie Lundgren. Era estúpido deducir una idea como aquella de la habilidad para montar sin lección alguna un caballo que a simple vista era tan dócil. Sin embargo, a lo largo del día la idea lo asaltó en momentos extraños y, la noche anterior, lo había seguido hasta entrar en un sueño profundo: el Eld. La estirpe del Eld.

TRES

Comieron sobre la silla y mientras engullían popkins y tomaban café frío, Jake acercó su montura a la de Roland. Acho atisbaba al pistolero con ojos brillantes desde el bolsillo delantero del guardapolvo. Jake alimentaba al brambo con pedacitos de su popkin y varias migas habían quedado atrapadas en los bigotes de Acho.

—Roland, ¿puedo hablar contigo como dihn? —Jake parecía algo intranquilo.

Por supuesto. —Roland bebió café y a continuación miró interesado al chico sin dejar de balancearse adelante y atrás en su silla.

—Ben, es decir, los Slightman, pero sobre todo el chico, me han preguntado si iba a alojarme con ellos. En el Rocking B.

—¿Quieres ir? —preguntó Roland.

Las mejillas del chico se sonrojaron profundamente.

—Bueno, he pensado que si vosotros os quedáis en el pueblo con el Viejo Amigo y yo me voy al campo, al sur del pueblo, te consta, así contaríamos con dos perspectivas del lugar. Mi padre dice que no ves nada como es debido si solo tienes un punto de vista.

—Muy cierto —convino Roland, con la esperanza de que ni su voz ni su cara revelara el pesar y la tristeza que lo asaltó. Ante él tenía un niño que se estaba avergonzado de ser un niño. Había hecho un amigo y el amigo lo había invitado a alojarse con él, como a veces hacen los amigos. Seguro que Benny había prometido que Jake lo ayudaría a dar de comer a los animales y, tal vez, a disparar el arco (o la ba, si disparaba saetas en vez de flechas). Habría lugares que Benny querría compartir con él, lugares secretos a los que puede que hubiera ido con su gemelo en otros tiempos. Tal vez una plataforma en un árbol o un vivero entre los juncos especial para él o al arenal de una ribera donde se decía que los piratas de antaño habían enterrado oro y joyas. Sitios a los que van los niños. Sin embargo, una gran parte de Jake Chambers se avergonzaba de querer hacer aquellas cosas; la parte que el guardián de la puerta de Dutch Hill, el Chirlas y el señor Tic-Tac le habían arrancado. Y el mismo Roland, claro. Si no accedía a la petición de Jake, seguramente el chico nunca más volvería a preguntarlo. Y nunca se lo tendría en cuenta, lo que era aún peor. Si lo aprobaba, pero no en la forma correcta —por ejemplo, con el más mínimo atisbo de indulgencia en su voz—, el chico cambiaría de opinión.

El chico... El pistolero se dio cuenta de lo mucho que deseaba poder seguir llamando a Jake de aquella manera y del poco tiempo que le quedaba para poder hacerlo. Tenía un mal presentimiento acerca de Calla Bryn Sturgis.

—Ve con ellos después de la cena de esta noche en el Pabellón —concluyó Roland—. Ve y que a bien tengas, como dicen por aquí.

—¿Estás seguro? Porque si crees que podríais necesitarme...

—El dicho de tu padre es acertado. Mi viejo maestro...

—¿Cort o Vannay?

—Cort. Solía decirnos que un hombre tuerto es ciego ante los matices. Se necesitan dos ojos, un poco separados el uno del otro, para ver las cosas como son en realidad. Así que, ea, ve con ellos. Hazte amigo del chico, si crees que es lo más natural. Él parece que lo esté deseando.

—Sí —contestó Jake sin más. Sin embargo, el color volvía a arrebolar sus mejillas. A Roland le gustó aquello.

—Quédate mañana con ellos. Y con sus amigos, si es que va con algún grupillo.

Jake negó con la cabeza.

—Viven un poco alejados, en el campo. Ben dice que Eisenhart tiene a mucha gente por allí y que hay algunos chicos de su edad, pero que no le dejan jugar con ellos. Creo que porque es el hijo del capataz.

Roland asintió. Aquello no le sorprendía.

—Esta noche te ofrecerán graf en el Pabellón. ¿Hace falta que te diga que después del primer brindis solo puedes beber té helado?

Jake sacudió la cabeza. Roland le tocó la sien, los labios, la comisura de los ojos y de nuevo los labios.

—Cabeza clara. Boca cerrada. Mira mucho. Habla poco.

Jake sonrió ligeramente y le hizo el gesto de los pulgares alzados.

—¿Y vosotros qué?

—Nosotros tres nos quedaremos esta noche con el sacerdote. Tengo la esperanza de poder oír su historia mañana.

—Y ver... —A pesar de haberse rezagado, Jake bajó la voz—. ¿Ver eso de lo que nos habló?

—Eso no lo sé —admitió Roland—. Pasado mañana iremos los tres al Rocking B. Puede que comamos con sai Eisenhart y tengamos una miaja de garla. Luego, los días siguientes, los cuatro echaremos un vistazo al pueblo, tanto al pueblo en sí como a los alrededores. Jake, si las cosas te van bien en el rancho, por mí puedes quedarte tanto como gustes o tanto como ellos te quieran allí.

—¿De verdad? —Aunque domeñó las facciones (como decía el dicho), el pistolero vio que Jake estaba encantado con la idea.

—Ea. Por lo que entiendo, lo que me consta, hay tres mandamases en Calla Bryn Sturgis. Overholser es uno de ellos. Took, el tendero, es otro. El tercero es Eisenhart. Escucharé todo lo que tengas que contarme sobre él con sumo interés.

—Lo escucharás —aseguró Jake—. Te digo gracias, sai.

Se dio tres golpecitos en la garganta y, a continuación, una amplia sonrisa desbarató su seriedad. Una sonrisa infantil. Azuzó a su caballo para ponerlo al trote y así alcanzar a su nuevo amigo que iba al frente para decirle que sí, que iba a quedarse a pasar la noche con él, y que sí, que le dejaban ir a jugar.

CUATRO

—¡Santa madre de Dios! —exclamó Eddie pronunciando aquellas palabras con lentitud y en alto; casi pareció la exclamación de un personaje de dibujos animados atemorizado.

Pero es que, después de casi dos meses en el bosque, la vista merecía una exclamación. Además del elemento sorpresa. Llegó un momento en que lo único que pudieron hacer fue renquear por el sendero del bosque casi todo el tiempo en fila de a dos (Overholser cabalgaba solo a la cabeza del grupo, igual que Roland, en la retaguardia). Y, de súbito, los árboles desaparecieron y la tierra cayó en declive hacia el norte, el sur y el este. Se hallaron ante una repentina, pasmosa e imponente vista del pueblo cuyos niños se suponía que tenían que salvar.

No obstante, al principio a Eddie no le llamó la atención lo que se extendía justo a sus pies, y cuando miró a Susannah y a Jake, comprobó que también ellos miraban más allá del Calla. Eddie no tuvo que volverse hacia Roland para saber que también él miraba más allá. «Definición de trotamundos —pensó Eddie—: un tipo que siempre mira más allá.»

—Ea, vaya vista, digamos gracias a los dioses —dijo Overholser con complacencia. Y añadió tras volver la mirada hacia Callahan—: Y a Jesús Hombre también, claro está, todos los dioses son uno cuando se trata de dar gracias, o eso he oído, y va a ser cierto.

Hubiera seguido parlotando. Lo más probable es que lo hiciera; cuando se era el hacendado, por lo general se estaba acostumbrado a meter baza y a que todos estuvieran de acuerdo. Eddie lo ignoró; había vuelto su atención hacia el paisaje.

Ante ellos, pasado el pueblo, apuntaba una franja gris de río que corría en dirección sur. El afluente del Río Grande conocido como Devar-Tete Whye, recordó Eddie. Cuando dejaba el bosque, el Devar-Tete se encajonaba entre riberas escarpadas que iban suavizándose a medida que el río entraba en los primeros campos cultivados hasta que el desnivel se igualaba por completo. Divisó unos cuantos palmerales, verdes e improbablemente tropicales. Pasado el pueblo de una extensión moderada, los terrenos al oeste del río eran una inyección de un verde resplandeciente moteada de gris que se extendía en todas direcciones. Eddie estaba seguro de que aquel gris se volvía de un azul brillante en un día soleado y de que el resplandor debía deslumbrar demasiado para mirarlo directamente cuando el sol alcanzaba el cenit. Estaba contemplando los campos de arroz. O tal vez preferáis llamarlos arrozales.

Pasados aquellos, al este del río, se extendían kilómetros de desierto. Eddie distinguió unos rayotes metálicos paralelos que lo recorrían y supuso que serían las vías del tren.

Más allá del desierto —u oscureciendo lo que quedaba de aquel— solo se divisaba oscuridad. Se alzaba hasta el cielo como un muro vaporoso que parecía abrirse camino entre las nubes bajas.

—Allende está Tronido, sai —anunció Zalia Jaffords.

Eddie asintió.

—La Tierra de los Lobos. Y Dios sabe de qué más.

—Cagüenla... —musitó Slightman el Joven.

Trató de que sonara natural y despreocupado, pero Eddie creyó verlo aterrado de pies a cabeza, prácticamente al borde de las lágrimas a pesar de que era casi seguro que los lobos no se lo llevarían. Si tu mellizo moría, eso te convertía en hijo único, ¿no? Bueno, al menos a Elvis Presley le había salido bien; claro que el Rey no procedía de Calla Bryn Sturgis. Ni siquiera de Calla Lockwood, al sur.

—No, el Rey era un chico del Mississippi —musitó Eddie en voz baja.

Tian se volvió en su silla para mirarlo.

—Le ruego me disculpe, sai.

Eddie, sin darse cuenta de que había hablado en alto, respondió:

—Lo siento. Estaba hablando conmigo mismo.

Andy, el Robot Mensajero (Muchas Otras Funciones) apareció a grandes zancadas por el camino que se abría ante ellos a tiempo de oír aquello.

—Aquel que conversa consigo mismo resulta pobre compañía. Es un viejo dicho del Calla, sai Eddie, no se ofenda, hágame el favor.

—Y, como ya he dicho antes y sin duda volveré a repetir, no se puede despegar una plasta de una chaqueta de ante, amigo mío. Un viejo dicho de Calla Bryn Brooklyn.

Las entrañas de Andy clicaron. Los ojos azules refulgieron.

—«Plasta»: porción de excremento pastoso. También, persona pesada o altanera. «Ante»: piel curtida que...

—No importa, Andy —lo interrumpió Susannah—. Mi amigo solo está haciendo el tonto. Lo hace con frecuencia.

—Ah, ya —dijo Andy—. Es un vástago invernal. ¿Quiere que le diga su horóscopo, Susannah-sai? ¡Conocerá a un hombre apuesto! ¡Tendrá dos ideas, una mala y una buena! De cabello oscuro tendrá un...

—Largo de aquí, imbécil —lo interrumpió Overholser—. Derechito al pueblo, sin desvíos. Comprueba que todo esté a punto en el Pabellón. A nadie le interesan tus condenados horóscopos, le ruego me perdone, Viejo Amigo.

Callahan no respondió. Andy hizo una reverencia, se dio tres palmaditas en el cuello y emprendió el camino, un camino en pendiente, pero bastante ancho. Susannah contempló su partida con lo que podría definirse como alivio.

—Has sido un poquito duro con él, ¿no? —comentó Eddie.

—Si no es más que maquinaria —contestó Overholser, silabeando la última palabra como si estuviera hablando con un niño.

—Y puede llegar a ser un poco pesado —añadió Tian—. Pero, decidme, sais, ¿qué pensáis de nuestro Calla?

Roland guió su caballo entre el de Eddie y el de Callahan.

—Es muy bonito —opinó—. Sean lo que sean los dioses, han bendecido este lugar. Veo maíz, aguaturma, judías y... ¿patatas? ¿Eso son patatas?

—Ea, papas, sea —asintió Slightman, halagado a todas luces según creyó observar Roland.

—Y allende de esos cultivos se extienden todos esos magníficos arrozales —dijo Roland.

—Son todas fincas pequeñas junto al río —explicó Tian—, donde el agua es dulce y corre tranquila. Y sabemos lo afortunados que somos. Cuando llega el tiempo del arroz, bien para plantarlo o bien para cosecharlo, todas las mujeres se reúnen. En los campos se oye cantar e incluso se baila.

—Ven, ven, commala —entonó Roland. Al menos aquello fue lo que a Eddie le pareció oír.

A Tian y Zalia se les iluminó el rostro, sorprendidos, pues reconocían la canción. Los Slightman intercambiaron una mirada y sonrieron.

—¿Dónde ha escuchado «La canción del arroz»? —preguntó el Viejo—. ¿Cuándo?

—En casa —respondió Roland—. Hace mucho tiempo. Ven, ven, commala, mi arroz ya grana. —Señaló hacia el oeste, más allá del río—. Aquella es la mayor de las granjas y está colmada de trigo. ¿La tuya, Overholser?

—Eso mismo, digo gracias.

—Y más allá, hacia el sur, más granjas... y, a continuación, los ranchos. Ese es de reses... Aquel de ovejas... Aquel de reses... Más reses... Más ovejas...

—¿Cómo puedes distinguirlos desde tan lejos? —preguntó Susannah.

—Las ovejas pacen la hierba a ras de suelo, señora sai —le explicó Overholser—, así que donde vea isletas de color marrón claro, se tratará de tierra pastada por ovejas. Las del otro color, ese que ustedes llaman ocre, creo... Eso es pasto de reses.

Eddie pensó en todas las películas del Oeste que había visto en el Majestic: Clint Eastwood, Paul Newman, Robert Redford, Lee Van Cleef...

—En mi tierra se cuentan leyendas de guerras entre rancheros y criadores de ovejas —dijo—. Se decía que las ovejas pacían la hierba demasiado a ras de suelo, que incluso se llevaban las raíces, os consta, y que por eso la hierba no volvía a crecer.

—Eso es una solemne tontería, te ruego que me disculpes —objetó Overholser—. Las ovejas pacen la hierba casi a ras del suelo, ea, pero luego llevamos allá a las vacas a abrevar. El estiércol que echan está lleno de semillas.

—Ah —dijo Eddie. No se le ocurrió nada más que decir. Mirado de aquel modo, la idea de guerras en la pradera parecía sumamente tonta.

—Venga —los animó Overholser—. Estamos desperdiciando la luz del día, sea, y nos espera un banquete en el Pabellón. El pueblo entero os estará esperando para daros la bienvenida.

«Y un buen repaso», pensó Eddie.

—Adelante —lo secundó Roland—. Podemos estar allí hacia el final del día. ¿O me equivoco?

—No —dijo Overholser y acto seguido hincó los pies en los flancos del caballo y tiró de las riendas hacia un lado con brusquedad (Eddie hizo un gesto de dolor solo con mirarlo). Abrió la marcha camino adelante. Los demás lo siguieron.

CINCO

Eddie no olvidaría nunca el primer encuentro con la gente del Calla, sería un recuerdo que siempre lo acompañaría. Suponía que se debía a que todo lo que sucedió había sido una sorpresa, y que cuando todo es una sorpresa, la experiencia se imbuje de una cualidad irreal. Recordaba cómo habían cambiado las antorchas cuando se acabó de parlamentar, la luz extraña y variopinta. Recordaba el inesperado saludo de Acho a los allí reunidos. Los rostros vueltos hacia arriba, el

pánico agobiante y su rabia contra Roland. Recordaba a Susannah sentándose sin más asistencia que la suya propia en la banqueta del piano, en lo que los lugareños llamaban la «música». Ah, sí, aquel recuerdo lo conservaría por siempre. Se jugaba lo que fuera. No obstante, aún más vívido que el recuerdo de su amada era el del pistolero.

El de Roland bailando.

Si bien, antes de todo aquello venía el paseillo por la calle principal del Calla y el mal presentimiento que lo asaltó. La premonición de que se avecinaban días aciagos.

SEIS

Llegaron al pueblo una hora antes de la puesta del sol. Las nubes se abrieron y permitieron el paso a la última luz rojiza del día. La calle estaba vacía. La superficie tenía una capa de arena aceitosa. Los cascos de los caballos producían un ruido sordo sobre la tierra compactada cruzada de rodadas. Eddie distinguió una caballeriza, un lugar llamado el Descanso de los Viajeros que parecía una especie de posada y, al cabo de la calle, un enorme edificio de dos plantas que sin duda era la Sala de Reuniones del Calla. A la derecha se distinguía el resplandor de las antorchas, así que supuso que la gente les estaría esperando allí, pero en el extremo norte del pueblo, por donde habían entrado, no había nadie.

El silencio y las aceras de tablonés desiertas comenzaron a ponerle los pelos de punta. Recordó el relato de Roland sobre la entrada final de Susan, en Mejis, en la parte de atrás de un carro, de pie, con las manos atadas al frente y una soga al cuello. Su camino también se había visto libre de obstáculos. Al principio. Luego, no lejos de la intersección del Gran Camino y el Camino del Rancho de la Seda, Susan y sus captores habían pasado junto a un granjero solitario, un hombre con ojos de matarife de corderos, según Roland. Más tarde, Susan acabaría acribillada por verduras y palos, incluso por piedras, pero aquel granjero solitario había sido el primero que le había arrojado un puñado de raspas de maíz, con suavidad, cuando pasaba junto a él de camino a su... bueno, de camino a su «árbol charyou», la Feria de la Siega del Pueblo Antiguo.

A medida que iban adentrándose en Calla Bryn Sturgis, Eddie esperaba que apareciera aquel hombre con ojos de matarife de cordero y el puñado de raspas de maíz en cualquier momento. Porque el pueblo le daba malas vibraciones. Malignas no —malignas puede que lo hubieran sido las de Mejis la noche de la muerte de Susan Delgado—, sino malas sin más. Malas como la mala suerte, una mala decisión o un mal presentimiento. Mal ka, tal vez.

Se inclinó hacia Slightman el Viejo.

—¿Dónde narices está la gente, Ben?

—Alen —contestó Slightman, señalando el resplandor de las antorchas.

—¿Por qué están tan callados? —preguntó Jake.

—No saben qué van a encontrarse —dijo Callahan—. Aquí estamos aislados. Los forasteros que vemos de cuando en cuando son buhoneros, devastadores o algún jugador ocasional... Ah, y los mercados flotantes que a veces se detienen por aquí en pleno verano.

—¿Qué es un mercado flotante? —preguntó Susannah.

Callahan le describió una barcaza impulsada por una rueda hidráulica de paletas, de colores chillones y atestada de pequeños tenderetes. Recorrían lentamente el Devar-Tete Whye y se detenían para comerciar en los Callas de la Media Luna Central hasta que se les agotaban las existencias. Mercancía de muy baja calidad, dijo Callahan, pero Eddie no estaba seguro de que se pudiera confiar en él por completo, al menos en cuanto a los mercados flotantes, pues hablaba con el desagrado casi inconsciente del clérigo que lo ha sido toda su vida.

—Y los otros forasteros vienen a robarles a los niños —concluyó Callahan.

Apuntó a la izquierda, hacia un enorme edificio de madera que ocupaba casi la mitad de la calle principal. Eddie contó las barandillas para amarrar las monturas: ni dos ni cuatro, sino ocho. Y de las largas.

—El Almacén de Took, que os sirva de provecho —les informó Callahan con un tono algo sarcástico.

Llegaron al Pabellón. Tiempo después Eddie calcularía que los presentes eran unos setecientos u ochocientos, pero cuando los vio por primera vez —una concentración de

sombreros, tocados, botas y manos curtidas por el trabajo, bajo la extensa franja roja del sol vespertino de aquel día—, la multitud le pareció mucho más numerosa, inconmensurable.

«Nos van a arrojar mierda —pensó—. Nos van a arrojar mierda y van a gritarnos "árbol charyou" como posesos.» La idea era ridícula, pero no por ello menos vívida.

Las gentes del Calla se retiraron formando dos bandos y les abrieron un pasillo de hierba verde que conducía a una plataforma de madera. Alrededor del Pabellón habían colocado antorchas que descansaban en armazones de hierro. En aquellos momentos todavía emitían una luz bastante amarillenta. El olfato de Eddie detectó el fuerte hedor del aceite.

Overholser desmontó, y lo mismo hicieron los de su partida. Eddie, Susannah y Jake miraron a Roland. Roland aún se demoró unos instantes tal cual estaba: ligeramente inclinado hacia delante con un brazo cruzado sobre el fuste de la silla, como si estuviera ensimismado en sus pensamientos. Acto seguido se quitó el sombrero, lo alzó sobre sus cabezas y se dio tres golpecitos en el cuello. Un murmullo recorrió la multitud. ¿De aprobación o de pasmo? Eddie no lo sabía. Aunque estaba seguro de que no era de rabia y aquello lo tranquilizó. El pistolero pasó una pierna por encima de la silla y desmontó con ligereza. Eddie bajó de su caballo con mayor cuidado, consciente de que todos los ojos estaban puestos en él. Se había colocado el arnés de Susannah con anterioridad y ya estaba junto a su montura, de espaldas. Ella se deslizó en el arnés con la agilidad que procuraba una práctica prolongada. Un nuevo murmullo volvió a recorrer la multitud cuando vieron que le faltaban las piernas de rodillas para abajo.

Overholser salvó la distancia sin perder más tiempo, estrechando unas cuantas manos a lo largo del camino. Callahan le pisaba los talones y de vez en cuando dibujaba la señal de la cruz en el aire. Unas manos aparecieron de entre la multitud para ligar los caballos. Roland, Eddie y Jake avanzaron en formación de a tres. Acho seguía en el ancho bolsillo delantero del guardapolvo que Benny le había prestado a Jake, contemplando con interés lo que lo rodeaba.

Eddie se percató de que olía a la gente: a sudor, a cabello, a piel tostada y al chorro para la ocasión de lo que algunos personajes de las películas del Oeste solían llamar (con un desdén similar al de Callahan por los mercados flotantes) «agua olorosa». También olió a comida: cerdo, ternera, pan recién hecho, cebollas fritas, café y graf. Le rugieron las tripas aunque no tenía hambre. No, la verdad es que no la tenía. La idea de que el camino por el que avanzaban desapareciera y que aquella gente cerrara filas sobre ellos no abandonaba su mente. ¡Estaban tan callados...! De algún lugar cercano le llegaron los primeros gorjeos que entonaban chotacabras y zumayas como bienvenida a la noche.

Overholser y Callahan subieron a la plataforma. Eddie comenzó a intranquilizarse al ver que ninguno de los demás miembros de la partida que había salido a caballo a buscarlos los imitaba. Sin embargo, Roland ascendió los tres anchos escalones de madera sin vacilar. Eddie lo siguió consciente de que le fla-queaban las rodillas.

—¿Estás bien? —le murmuró Susannah al oído.

—Por ahora.

A la izquierda de la plataforma había un escenario circular en el que esperaban siete hombres, todos vestidos con camisas blancas, tejanos y fajines. Eddie reconoció los instrumentos que sostenían y, aunque la mandolina y el banjo le llevaron a pensar en la alta probabilidad de que la música a interpretar se encontrara dentro de un estilo pueblerino, no por ello la visión de aquellos le dejó de parecer tranquilizadora. No se solía contratar bandas de música en los sacrificios humanos, ¿no? Tal vez un tío para los tambores o dos, para animar a la concurrencia.

Eddie se volvió para mirar de frente a la gente, con Susannah a la espalda. Se sintió algo intimidado al comprobar que el pasillo que comenzaba donde acababa la calle principal ya había desaparecido. Las cabezas asomaban para mirarlo. Mujeres y hombres, ancianos y jóvenes. Ninguna expresión en aquellas caras y ningún niño a la vista. Había rostros que pasaban la mayor parte del tiempo bajo el sol y que contaban con las arrugas para demostrarlo. La sensación de mal presentimiento no lo abandonaría.

Overholser se detuvo junto a una sencilla mesa de madera. Sobre aquella descansaba una enorme pluma vaporosa. El granjero la cogió y la sostuvo en alto. La gente, en silencio hasta el

momento, se sumió en un mutismo absoluto tan inquietante que Eddie pudo oír el borboteo atronador de su respiración y la de Susannah.

—Bájame, Eddie —le pidió Susannah con tranquilidad.

A él no le gustó la idea, pero lo hizo.

—Soy Wayne Overholser de la granja de las Siete Millas —anunció Overholser, dando un paso hasta el borde del escenario con la pluma alzada ante él—. Atendedme, os lo ruego.

—Decimos gracias, sai —murmuraron los demás.

Overholser se volvió y extendió una mano hacia Roland y su tet, que se encontraba allí de pie con las ropas sucias por el viaje (Susannah no estaba exactamente de pie, sino que descansaba entre Eddie y Jake, apoyada sobre las caderas, utilizando una mano como puntal). Eddie pensó que nunca en la vida se había sentido tan observado.

—Nosotros, hombres del Calla, escuchamos a Tian Jaffords, George Telford, Diego Adams y a todos aquellos que quisieron hablar en la Sala de Reuniones —entonó Overholser—. Yo mismo hablé. «Vendrán y se llevarán a los niños», dije refiriéndome a los lobos, claro está. «Luego nos volverán a dejar en paz durante una generación o más. Así es, así ha sido siempre, y digo que lo dejemos tal como está.» Ahora creo que aquellas palabras acaso pudieron ser un poco precipitadas. —Entre la multitud se alzó un murmullo tan suave como una brisa—. En esa misma reunión oímos al padre Callahan decir que había pistoleros al norte de aquí. —Se oyó otro murmullo algo más alto. Pistoleros... Mundo Medio... Gilead—. Acordamos que una avanzadilla debía partir y observar. Estas son las gentes que hemos encontrado, sea. Dicen ser... lo que el padre Callahan dijo que eran. —Overholser parecía incómodo. Como si estuviera reprimiendo un pedo. Eddie había visto aquella expresión antes, casi siempre en la televisión, cuando los políticos se veían enfrentados a algún hecho del que no podían librarse y se veían obligados a dar marcha atrás—. Dicen provenir del mundo desaparecido. O sea...

«Adelante, Wayne —pensó Eddie—, escúpelo. Tú puedes.»

—... O sea, de la estirpe de Eld.

—¡Alabados sean los dioses! —chilló una mujer—. ¡Los dioses nos los han enviado para que salven a nuestros críos, decimos gracias!

La gente pidió silencio. Overholser esperó a que se serenaran de nuevo, con una expresión dolida en su rostro, y continuó.

—Pueden hablar por sí mismos, y deben, pero he visto suficiente para creer que podrían ayudarnos con nuestro problema. Tienen buenas armas, ya las veis, y saben usarlas. Doy fe de ello con mi sello, digo gracias.

Aquella vez, el murmullo que recorrió la multitud se elevó con fuerza y Eddie percibió buenas vibraciones. Se relajó un poco.

—Muy bien, entonces dejemos que se presenten ante vosotros uno por uno para que podáis oír sus voces y ver sus rostros con claridad. Este es su dihn. —Alzó una mano hacia Roland.

El pistolero dio un paso al frente. El sol rojo encendió su mejilla izquierda, la derecha estaba bañada de amarillo por el brillo de las antorchas. Avanzó una pierna. El impacto del tacón gastado sobre los tablones fue contundente en medio del silencio; Eddie, por ninguna razón en particular, imaginó un puño aporreando la tapa de un ataúd. Roland hizo una profunda reverencia con las manos abiertas hacia ellos.

—Roland de Gilead, hijo de Steven —se presentó—. La estirpe de Eld.

La gente contuvo la respiración.

—Seamos bien hallados. —Dio un paso atrás y miró a Eddie.

Hasta allí llegaba.

—Eddie Dean de Nueva York —dijo—. Hijo de Wendell. «Al menos eso es lo que mi madre siempre aseguraba», pensó. Y, a continuación, añadió sin saber que iba a hacerlo—: La estirpe de Eld. El ka-tet del Diecinueve.

Dio un paso atrás y Susannah se adelantó al frente, hasta el borde de la plataforma. Con la espalda rígida, mirándolos con calma, se presentó:

—Yo soy Susannah, mujer de Eddie, hija de Dan, la estirpe de Eld, el ka-tet del Diecinueve,

seamos bien hallados y que os sea de provecho.

Hizo una reverencia, extendiendo unas faldas imaginarias. Aquello arrancó tanto risas como aplausos.

Mientras ella pronunciaba su parte, Roland se agachó para susurrar brevemente algo al oído de Jake. Jake asintió y a continuación dio un paso al frente sin vacilar. Parecía muy niño y estaba muy guapo bajo la luz crepuscular. Adelantó un pie e hizo una reverencia. El guardapolvo se bamboleó con un balanceo cómico a causa del peso de Acho.

—Soy Jake Chambers, hijo de Elmer, la estirpe de Eld, el ka-tet del Noventa y Nueve.

«¿Noventa y nueve? —Eddie miró a Susannah, quien le correspondió con un leve encogimiento de hombros—. ¿Qué coño es eso del noventa y nueve?» A continuación pensó que, ¡qué cojones!, ni siquiera sabía qué era lo del ka-tet del diecinueve y eso que lo había dicho él.

Sin embargo, Jake no había terminado. Sacó a Acho del bolsillo del guardapolvo de Benny Slightman. La gente empezó a murmurar en cuanto lo vio. Jake intercambió una rápida mirada con Roland, «¿Estás seguro?», preguntaba, y Roland asintió.

Al principio, Eddie no creyó que el colega peludo de Jake fuera a hacer nada. La gente del Calla —las yentes— había vuelto a enmudecer, el silencio era tal que, una vez más, el canto vespertino de los pájaros se oía con total claridad.

Acto seguido Acho se alzó sobre sus patas traseras, avanzó una de ellas e hizo una reverencia. Se tambaleó, pero no perdió el equilibrio. Tenía las pequeñas pezuñas negras extendidas con las palmas hacia arriba, como las de Roland. Se oyeron respiraciones entrecortadas, risas y aplausos. Jake parecía estupefacto.

—¡Acho! —dijo el brambo—. ¡Eld! ¡Gradecido!

Lo pronunció todo con perfecta claridad. Mantuvo la reverencia unos instantes más y, a continuación, cayó de cuatro patas y volvió a escurrirse a toda prisa al lado de Jake. El aplauso fue atronador. Roland (quién si no podría haberle enseñado al brambo a hacer aquello, pensó Eddie) se había metido a aquella gente en el bolsillo de un simple y brillante plumazo. Al menos, por aquella noche.

De modo que aquella fue la primera sorpresa: Acho haciendo una reverencia ante la yente del Calla allí reunida y presentándose como an-tet con sus compañeros de viaje. La segunda no se hizo esperar.

—No soy buen orador —confesó Roland, volviendo a adelantarse—. Mi lengua se traba peor que la de un borracho la noche de la Siega, pero estoy seguro de que Eddie nos deleitará con unas palabras.

Ahora a Eddie le había llegado el turno de quedarse estupefacto. A sus pies, la gente aplaudía y pateaba el suelo en señal de aprobación. Se oyeron gritos de «Digo gracias, sai», «Dices bien» y «Atendedle, atendedle». Incluso la banda metió baza en el asunto e interpretó una floritura que sonó irregular, pero bien alta.

Tuvo tiempo para enviar a Roland una mirada agitada y colérica. «¿Por qué cojones me estás haciendo esto?» El pistolero se la devolvió sin inmutarse y cruzó los brazos sobre el pecho.

El aplauso se apagaba. Igual que su cólera, a la que sustituyó el terror. Overholser lo observaba con interés y con los brazos cruzados en una imitación consciente o no de la postura de Roland. A sus pies, Eddie distinguió unos cuantos rostros al frente de la multitud: los Slightman y los Jaffords. Miró en la otra dirección y allí estaba Callahan con sus ojos azules abiertos de par en par. Sobre ellos, la cicatriz desigual en forma de crucifijo parecía desprender destellos.

«¿Qué mierda se supone que tengo que decirles?»

«Será mejor que les digas algo, Eds —le advirtió su hermano Henry—. Están esperando.»

—Ruego me disculpen si tardo en arrancar —comenzó—. Hemos recorridos kilómetros y ruedas y más kilómetros y más ruedas y ustedes son las primeras personas que hemos visto desde...

¿Desde hacía cuánto? ¿Semanas, meses, años, décadas?

Eddie rió. Se sentía como el mayor imbécil del mundo, un tipo en el que no se podía confiar ni para que te aguantara la picha mientras meabas, no digamos ya una pistola.

—... Desde hace la leche de tiempo.

Rieron, y a mandíbula batiente. Algunos incluso aplaudieron. Había dado en el hueso de la risa del pueblo sin darse cuenta. Se relajó y, cuando lo hizo, se descubrió hablando con bastante naturalidad. El pensamiento fortuito de que no mucho tiempo atrás el pistolero armado frente a aquellas setecientas personas asustadas y esperanzadas había estado sentado frente a la tele sin nada más que unos calzoncillos amarillos, comiendo Cheetos, hasta las cejas de heroína y viendo el oso Yogi, cruzó su mente.

—Venimos de muy lejos —continuó— y muy lejos aún hemos de ir. El tiempo que pasemos aquí será breve, pero haremos todo lo que podamos, atiéndanme, háganme el favor.

—¡Adelante, forastero! —lo animó alguien—. ¡Hablas bien!

«¿Ah sí? —pensó Eddie—. Pues eso es nuevo, tío.»

Se oyeron algunos gritos de «Ea» y «Sea».

—Los curanderos de mi baronía tienen un dicho —prosiguió Eddie—: «Lo primero, no hacer daño». —No estaba seguro de si era una máxima de abogados o de médicos, pero la había oído en muchas pelis y programas de la tele y le sonaba bastante bien—. Aquí no haremos daño alguno, que os conste, pero jamás se ha sacado una bala, ni siquiera una astilla de debajo de la uña de un niño, sin derramar sangre.

Se alzaron algunos murmullos de aprobación. No obstante, Overholser mantenía cara de póquer y entre la multitud Eddie divisó rostros escépticos. Lo invadió una sorpresa oleada de rabia. No tenía derecho a enfadarse con aquellas gentes, pues no les habían hecho ni les habían negado absolutamente nada (al menos de momento); y aún así, lo estaba.

—En la baronía de Nueva York tenemos otro dicho —les dijo—: «No se da comida gratis». Por lo que sabemos de vuestra situación, es grave. Hacer frente a esos lobos podría resultar peligroso. No obstante, a veces, quedarse de brazos cruzados hace que la gente se sienta enferma y hambrienta.

—¡Atendedle, atendedle! —gritó el mismo de antes, que estaba en el fondo.

Eddie distinguió a Andy al final de todo y, junto a aquel, una enorme carreta llena de hombres con voluminosas capas negras o azul oscuro. Eddie supuso que se trataba de los mannis.

—Le echaremos un vistazo —prosiguió Eddie— y, una vez hallamos comprobado la dimensión del problema, veremos lo que puede hacerse. Si creemos que no hay nada que hacer, nos despediremos y seguiremos adelante.

Dos o tres filas atrás había un hombre con un sombrero vaquero blanco bastante ajado, unas hirsutas cejas blancas y un bigote blanco a juego. Eddie pensó que se parecía bastante a Ben Cartwright, ese personaje de aquella serie de televisión, *Bonanza*. Aquel doble del patriarca Cartwright no parecía demasiado entusiasmado por las palabras de Eddie.

—Si podemos ayudar, ayudaremos —continuó con una voz totalmente monótona—. Pero no lo haremos solos, amigos. Atendedme, os lo ruego. Atendedme bien. Será mejor que estéis preparados para defender lo que queréis. Será mejor que estéis preparados para luchar por lo que queréis conservar.

Dicho aquello, adelantó un pie al frente —el mocasín que calzaba no produjo el mismo ruido de puño sobre tapa de ataúd, aunque Eddie lo imaginó de todas formas— e hizo una reverencia. El silencio fue sepulcral. Un instante después, Tian Jaffords comenzó a aplaudir. Zalia se le unió. Benny también aplaudió. Su padre le propinó un leve codazo, pero el chico continuó aplaudiendo y, tras unos instantes, Slightman el Viejo lo imitó.

Eddie le lanzó a Roland una mirada incandescente. La expresión insulsa de Roland no varió. Susannah le tiró de la pernera del pantalón y Eddie se agachó.

—Lo has hecho muy bien, corazón.

—No gracias a él.

—Eddie asintió en dirección a Roland. Pero, una vez concluido todo, se sentía sorprendentemente bien. Lo cierto es que hablar no era el fuerte de Roland y Eddie lo sabía. Si

no había más remedio, se prestaba a hacerlo, pero no era santo de su devoción.

«Así que ya sabes qué eres —pensó—. El portavoz de Roland de Gilead.»

¿Y acaso aquello era tan malo? ¿Cuthbert Allgood no había desempeñado aquel papel mucho antes que él?

Callahan dio un paso al frente.

—Tal vez podríamos animarlos una miaja mejor de lo que lo hemos hecho, amigos míos, démosles una bienvenida a lo Calla Bryn Sturgis como se merecen.

Comenzó a aplaudir. Aquella vez la yente reunida se unió de inmediato al aplauso que fue prolongado y efusivo. Se oyeron aclamaciones, silbidos y aporreo de tacones (aunque algo menos contundente sin un suelo de madera que amplificara el sonido). El combo musical interpretó no solo una floritura, sino toda una serie de ellas. Susannah le cogió una mano a Eddie y Jake le dio la otra. Los cuatro hicieron una reverencia como si se tratara de un grupo de rock al final de una buena actuación, y el aplauso se redobló.

Al final, Callahan lo acalló alzando las manos.

—Nos queda mucho trabajo por delante, amigos —continuó—. Cosas serias en las que pensar y hacer. Pero, por ahora, comamos. ¡Y luego ya bailaremos, cantaremos y nos divertiremos! —Comenzaron a aplaudir de nuevo y Callahan volvió a acallarlos—. ¡Basta! —gritó, riendo—. ¡Y vosotros, los mannis de ahí atrás, sé que os traéis vuestras propias pitanzas, pero no hay razón alguna para que no podáis comer y beber lo que os habéis traído con nosotros! ¡Uníos a nosotros, sea! ¡Y que os sea de provecho!

«Que nos sea de provecho a todos», pensó Eddie. La sensación de mal agüero no lo había abandonado. Era como un invitado apartado en los márgenes de una fiesta, un poco más allá del resplandor de las antorchas. Y como un sonido. Un taconazo en un suelo de madera. Un puñetazo sobre la tapa de un ataúd.

SIETE

Aunque había bancos y largas mesas apuntaladas con caballetes, solo los ancianos comían sentados. Y vaya si fue un festín sonado con, literalmente, doscientos platos entre los que elegir, la mayoría de ellos caseros y deliciosos. Las actividades comenzaron con un brindis por el Calla. Lo propuso Vaughn Eisenhart, quien se levantó con un vaso lleno hasta los topes en una mano y la pluma en la otra. Eddie imaginó que aquello sería la versión de la Media Luna del himno nacional.

—¡Que os sea siempre de provecho! —gritó el ranchero y apuró el vaso de un solo trago.

Aunque solo fuera por aquello, Eddie admiró las tragaderas del hombre. El graf de Calla Bryn Sturgis era tan fuerte que con solo olerlo te saltaban las lágrimas.

—¡¡Sea!! —respondieron todos a una y lo imitaron.

En ese momento, las antorchas que rodeaban el Pabellón adoptaron el carmesí intenso del recién difunto sol. La multitud lo alabó embelesada y aplaudió. Tecnológicamente hablando, Eddie no creyó que fuera nada del otro mundo —al menos si se comparaba con Blaine el Mono o con los ordenadores dipolares que controlaban Lud—, pero proyectaba una luz muy agradable sobre la gente, y esta no parecía tóxica. Aplaudió con los demás. Lo mismo que Susannah. Andy había llevado la silla de ruedas y se la había desplegado con un cumplido (también se había ofrecido para hablarle del apuesto extraño que iba a conocer). En aquellos momentos, Susannah se abría paso entre los pequeños grupos de gente con un plato de comida en el regazo, conversaba por aquí, avanzaba, conversaba por allá y volvía a avanzar. Eddie supuso que llevaba a la espalda muchas fiestas no muy diferentes a aquella y sintió una punzada de celos por su desenvoltura.

Eddie comenzó a atisbar a algún que otro niño entre la multitud. Por lo visto, al final la yente había decidido que los invitados no iban a sacar las pipas e iban a comenzar una masacre allí mismo. A los más mayores se les permitió merodear solos por allí. Se movían en pequeñas manadas protectoras, que a Eddie le recordaron su infancia, haciéndose con cantidades ingentes de comida de las mesas (aunque ni siquiera el apetito voraz de los adolescentes conseguiría hacer mella entre tanta munificencia). Observaban a los forasteros, pero ninguno se atrevía a acercarse.

Los más pequeños no se apartaban de sus padres. Los que se encontraban en una edad intermedia se apiñaban alrededor del tobogán, los columpios y la ensortijada estructura de barras para juegos infantiles en el extremo más alejado del Pabellón. Pocos los utilizaban, la mayoría se limitaba a contemplar la fiesta con los ojos desorbitados de aquel al que se pilla *infraganti*. Eddie se compadeció de ellos. Comprobó la cantidad de mellizos que había —era extraño e intranquilizador— y supuso que era entre aquellos niños desconcertados, demasiado grandes para utilizar el equipamiento del parque con naturalidad, donde la criba de los lobos se cebaría en mayor número... Si a los lobos se les permitía algo por el estilo, claro. No vio a ninguno de los «arrunados» y supuso que los habían dejado aparte con toda intención para que no enturbiaran el ambiente festivo. Eddie lo comprendía, pero esperaba que estuvieran disfrutando de su propia fiesta en alguna parte. (Más tarde supo que así había sido: galletas y helados detrás de la iglesia de Callahan.)

Jake habría encajado a la perfección en el grupo del medio si hubiera sido del Calla, aunque, claro está, no lo era. Y había hecho un amigo que le venía como anillo al dedo: mayor que él en edad, menor en experiencia. Iba de mesa en mesa, picoteando al azar. Acho le pisaba los talones bastante satisfecho, balanceando incansable la cabeza de un lado a otro. Eddie no albergaba duda alguna de que si a alguien se le ocurría hacer un ademán agresivo en dirección a Jake de Nueva York (o a su nuevo amigo, Benny del Calla), aquel tipo iba a encontrarse con dos dedos menos. En un momento dado vio que los dos niños se miraban y, aunque no se dijeron nada, estallaron en carcajadas justo en el mismo instante. A Eddie le recordó su infancia con tanta intensidad que incluso le dolió.

Lo cierto era que tampoco tuvo demasiado tiempo para la introspección. Sabía, gracias a los relatos de Roland (y a haberlo visto en acción en un par de ocasiones), que los pistoleros de Gilead habían sido mucho más que agentes de la ley. También habían sido mensajeros, contables, a veces espías, y en algún que otro momento verdugos. Sin embargo, ante todo habían sido diplomáticos. Eddie, criado por su hermano y sus amigos con sesudas perlas de sabiduría del tipo «¿Por qué no me la comes como tu hermana?» y «Me tiré a tu madre y le gustó que no veas», por no mencionar el ya por siempre popular «¿Qué dices? Que me la barnices que la tengo palo», jamás se hubiera imaginado como un diplomático, aunque en general se las había apañado bastante bien. Solo Telford se lo puso difícil, pero la banda lo acalló, digamos gracias.

Dios sabía que se trataba de salir a flote o hundirse; puede que la gente del Calla estuviera atemorizada por los lobos, pero no se cortaba un pelo a la hora de preguntar cómo Eddie y los demás miembros de su tet iban a solucionar el problema. Eddie cayó en la cuenta de que Roland le había hecho un gran favor al obligarlo a hablar frente a aquella gente, pues lo había preparado para lo demás.

A todos les respondió lo mismo una y otra vez: era imposible hablar de una estrategia hasta que le hubieran echado un vistazo al pueblo. Imposible decirles cuántos hombres del Calla iban a ser necesarios. El tiempo lo diría. Ya lo verían por la mañana. Habría agua si Dios lo quería. Y todos los demás tópicos que le vinieron a la mente. (Incluso se le pasó por la cabeza poner a Dios por testigo de que nunca volverían a pasar hambre después de que los lobos fueran derrotados, pero se mordió la lengua antes de llegar a ese extremo.) Un minifundista llamado Jorge Estrada quiso saber qué harían si los lobos decidían prenderle fuego al pueblo. Otro, Garrett Strong, quería que Eddie le dijera dónde mantendrían a salvo a los niños cuando vinieran los lobos.

—Porque no vamos a dejarlos aquí, eso que le conste clarito —le advirtió.

Eddie, quien se dio cuenta que le constaba muy poco, tomó un trago de su graf y no se definió al respecto. Un tipo llamado Neil Faraday (Eddie no supo decidir si era un minifundista o un peón) se le acercó y le dijo que todo aquello había ido demasiado lejos.

—Nunca se llevan a todos los niños, ¿sabe? —comentó.

Eddie sintió la tentación de preguntar a Faraday qué haría él con alguien que dijera «Bueno, solo dos de ellos violaron a mi mujer», pero optó por guardarse el comentario. Un tipo de piel morena y bigote llamado Louis Haycox se le presentó y le dijo que había decidido que Tian Jaffords tenía razón. Desde la reunión había pasado muchas noches en vela, dándole vueltas al

asunto. La combinación de sinceridad y terror que Eddie distinguió en el rostro del hombre lo conmovió profundamente. No se trataba de un niño nervioso que no sabía lo que se hacía, sino de un hombre hecho y derecho que probablemente lo sabía muy bien.

De modo que se aproximaban con sus preguntas y se alejaban sin una respuesta convincente, pero aun así, tenían aspecto satisfecho. Eddie habló hasta que se le secó la boca y entonces cambió la copa de madera de graf por un té helado; no quería acabar como una cuba. Tampoco quería comer nada más, estaba empachado. Sin embargo, siguieron acercándosele. Cash y Estrada; Strong y Echeverría; Winkler y Spalter (primos de Overholser, según dijeron); Freddy Rosario y Farren Posella... ¿O era Freddy Posella y Farren Rosario?

Cada diez o quince minutos las antorchas cambiaban de color. Del rojo al verde, del verde al naranja, del naranja al azul. Las tazas de graf circulaban. El murmullo de las conversaciones aumentaba. Y las risas. Eddie comenzó a escuchar con mayor frecuencia exclamaciones tipo «Cagüenla...» y algo que sonaba a «¡Hasta el fondo!», siempre acompañadas de risas.

Vio a Roland charlando con un anciano con una capa azul. El hombre lucía la barba más tupida, larga y blanca que Eddie hubiera visto en algún otro sitio que no fuera en una superproducción de la Biblia para la televisión. Hablaba con seriedad y con la vista clavada en el rostro curtido de Roland. En cierto momento tocó el brazo del pistolero y tiró de él. Roland escuchaba, asentía y no decía nada, al menos no mientras Eddie los estuvo observando.

«Pero está interesado —pensó Eddie—. Ya lo creo, el viejo larguirucho y feo está escuchando algo que le interesa mucho.»

Los músicos volvían a entrar en tropel en el quiosco de música cuando alguien más se acercó a Eddie. Era el tipo que le recordaba a Ben Cartwright.

—George Telford —se presentó—. Que te sea de provecho, Eddie de Nueva York.

Se dio un golpecito superficial en la frente con un lado del puño y a continuación abrió la mano y se la tendió. Lucía un tocado de ranchero —un sombrero vaquero en vez de un sombrero de granjero—, pero la palma de la mano era suave salvo por una franja callosa que le recorría la base de los dedos.

«Eso es de llevar las riendas —pensó Eddie—, y seguramente ese es su trabajo.»

Eddie inclinó ligeramente la cabeza.

—Largos días y gratas noches, sai Telford.

Se le pasó por la cabeza preguntarle si Adam, Hoss y Little Joe ya habían vuelto a la Ponderosa, pero de nuevo decidió mantener la boca de sabelotodo cerrada.

—Y que tú veas el doble, hijo, el doble. —Miró la pistola que Eddie llevaba en la cadera y luego alzó la vista hasta el rostro. Sus ojos eran perspicaces y no demasiado amistosos—. Tu dinh lleva la pareja de esa, me consta.

Eddie sonrió y no dijo nada.

—Wayne Overholser dice que su ka-nene hizo una exhibición de tiro muy buena con otra. Creo que esta noche la lleva su mujer.

—Creo que sí —contestó Eddie, sin darle demasiada importancia a lo del ka-nene.

Sabía muy bien que Susannah llevaba la Ruger. Roland había decidido que sería mejor que Jake no fuera armado al Rocking B de Eisenhart.

—Cuatro contra cuarenta sería una apuesta arriesgada, supongo que en eso estarás de acuerdo —observó Telford—. Ea, sería una apuesta muy arriesgada. Y tal vez descubráis que vienen sesenta del este, porque nadie parece recordar la cifra con exactitud. Claro, ¿cómo iban a hacerlo? Veintitrés años es mucho tiempo de paz, alabado sea Dios y digamos gracias a Jesús Hombre.

Eddie sonrió y siguió sin decir nada con la esperanza de que Telford cambiara de tema. En realidad, con la esperanza de que Telford se marchara.

No hubo suerte. Los que iban mamados siempre se colgaban de uno, prácticamente era una ley de la naturaleza.

—Claro que cuatro armados contra cuarenta... o sesenta... pintan mejor que tres armados y uno al lado animándolos. En especial cuatro armados con calibres de peso, atiéndeme bien.

—Te atiendo muy bien —contestó Eddie.

En la plataforma en la que habían sido presentados, Zalia Jaffords le estaba contando algo a Susannah. Eddie pensó que Suze también parecía interesada. «A ella le toca la mujer del granjero; a Roland le toca el Señor de los putos Anillos; a Jake, hacer amigos; y a mí ¿qué? Un tipo que se parece a Ben Cartwright y que te interroga en plan Perry Mason.»

—¿Contáis con más armas? —preguntó Telford—. Seguro que tenéis más si pensáis hacer frente a los lobos. Por lo que a mí respecta, creo que la idea es una locura, lo sabe todo el mundo. Vaughn Eisenhart opina lo mismo...

—Overholser también y cambió de opinión —le interrumpió Eddie con tono de estar pasando el rato. Dio un trago a la taza de té y observó a Telford por encima del borde esperando encontrarse con un ceño fruncido, tal vez incluso con cierta exasperación. Pero no vio ni lo uno ni lo otro.

—¡Menudo jeta, Wayne el Veleta! —dijo Telford, y ahogó una risita—. Ea, ea, va dando vueltas de aquí para allá. Yo no pondría la mano en el fuego por él, joven sai.

Eddie estuvo a punto de responder «Si cree que esto lo hemos elegido nosotros, es que está mal de la cabeza», pero se contuvo. Boca cerrada, ve mucho, habla poco.

—¿Tenéis pipas de repetición, al igual? —preguntó Telford—. ¿O granados?

—Buenooo —contestó Eddie—, lo justo.

—Nunca había oído hablar de una mujer pistolera.

—¿No?

—O de un niño, para el caso. Ni siquiera de un bisoño. ¿Cómo vamos a saber que sois quienes decís que sois? Dímelo, te lo ruego.

—Bien, eso es difícil de contestar —confesó Eddie.

Había comenzado a tomarle gran antipatía a Telford, quien parecía demasiado mayor para tener hijos dentro de la edad comprometida.

—Pero la gente querrá saberlo —objetó Telford—. Y sin duda antes de que se desencadene la tormenta.

Eddie recordó el dicho de Roland: «Podéis hilvanarnos a la trama, pero ningún hombre nos podrá deshilar». Estaba claro que todavía no lo habían comprendido. Al menos Telford seguro que no. Por supuesto que había preguntas que esperaban una respuesta, y una respuesta afirmativa; Callahan así lo había mencionado y Roland lo había confirmado. Tres. La primera tenía algo que ver con la ayuda y el auxilio. Eddie no creía que aquellas preguntas ya hubieran recibido respuesta, no veía cómo, pero dudaba que se formularan en la Sala de Reuniones llegado el momento. Las respuestas las proporcionarían gente de poco peso como Posella o Rosario, quienes ni siquiera sabrían lo que estaban diciendo. Gente que sí tenía niños en una edad que los ponía en peligro.

—¿Quién eres en realidad? —preguntó Telford—. Dímelo, te lo ruego.

—Eddie Dean, de Nueva York. Espero que no estés poniendo en entredicho mi honestidad. Por Dios espero que no lo estés haciendo.

Telford retrocedió un paso con súbito pasmo. Eddie experimentó un triste regocijo al percatarse de aquello. El miedo no era mejor que el respeto, pero sí mejor que nada.

—¡No, en absoluto, amigo mío! ¡Por favor! Pero, dime ¿has utilizado alguna vez la pistola que llevas? Dímelo, te lo ruego.

Eddie comprendió que, aunque ponía nervioso a Telford, en realidad aquel no lo creía. Tal vez todavía había demasiado del viejo Eddie Dean, del que en realidad había sido de Nueva York, en su rostro y en su porte que impedía que el ranchero-sai lo creyera; no obstante, Eddie dudaba que se tratara de aquello. Al menos no del todo. Allí delante tenía a un tipo que había decidido cruzarse de brazos a observar cómo unas criaturas de Tronido se llevaban a los hijos de sus vecinos. Podría ser que un hombre así no creyese en la sencilla y contundente respuesta que un revólver ofrecía. Sin embargo, Eddie sí la conocía. Incluso había llegado a adorarla. Recordó el día aciago que estuvieron en Lud, cuando él empujaba presuroso la silla de ruedas de Susannah bajo un cielo plomizo mientras los tambores de los dioses retumbaban. Recordó a

Frank, a Lustre y a Topsy el Marino; a una mujer llamada Maud arrodillándose para besar a uno de los locos que Eddie había derribado de un disparo. ¿Qué le había dicho? «No hubiera tenido que disparar a Winston. Hoy era su cumpleaños.» Algo así.

—Sí. Esta, la otra y también la Ruger —contestó—. Y no vuelvas a hablarme de ese modo, amigo, como si todo esto no se tratara más que de una broma.

—Si te he ofendido de algún modo, pistolero, te ruego me disculpes.

Eddie se tranquilizó un poco. «Pistolero.» Al menos el hijo de puta canoso había sido lo bastante listo como para llamarlo de aquel modo aunque no lo creyera.

La banda interpretó una nueva floritura. El líder se pasó la correa de la guitarra por encima de la cabeza y llamó a la concurrencia:

—¡Venga todos! ¡Ya habéis comido bastante! ¡Ha llegado el momento de quemarlo bailando y sudando, amén!

Se oyeron aclamaciones y hurras. También se encendió una traca de petardos a causa de la cual Eddie bajó la mano tal como le había visto hacer a Roland en muchas ocasiones,

—Tranquilo, amigo —dijo Telford—. Solo son unos cohetes. Los niños, que están tirando petardos de la Siega, ¿sabes?

—Amén —contestó Eddie—. Te ruego que me disculpes.

—Nada, nada —sonrió Telford.

Fue una bella sonrisa a lo Pa Cartwright en la que Eddie distinguió algo con claridad: aquel hombre jamás se pondría de su lado. Solo lo haría única y exclusivamente cuando el último lobo que hubiera salido de Tronido yaciera muerto ante los ojos de todo el pueblo en aquel mismo Pabellón. Y si aquello llegaba a ocurrir, gritaría a los cuatro vientos que él había estado de su parte desde el primer momento.

OCHO

El baile continuó hasta la salida de la luna, que aquella noche brilló con total claridad. Eddie bailó por turnos con varias mujeres del pueblo y, en dos ocasiones, un vals con Susannah en brazos. Cuando llegó la ocasión del baile country, Susannah describió unos giros —hazla girar a la izquierda, hazla girar a la derecha— y se cruzó por delante de su pareja en la silla de ruedas con bastante precisión. Bajo la luz cambiante de las antorchas, su rostro húmedo mostraba una expresión complacida. Roland también bailó con cierta gracia, aunque (según Eddie) sin entusiasmo ni demasiado estilo. Lo cierto es que no había nada en todo aquello que les preparara para el colofón final de la velada. Jake y Benny Slightman se habían perdido por alguna parte, aunque en una ocasión Eddie los había visto arrodillados junto a un árbol jugando a algo que se parecía sospechosamente al hínque.

Cuando el baile tocó fin, comenzaron los cánticos. Fue la banda la primera en acometer una balada amorosa de profunda tristeza y, acto seguido, un aire de ritmo rápido con una letra tan impregnada del dialecto del Calla que Eddie no consiguió seguirla. No tuvo que hacerlo para comprender que contenía algo de picaresca pues los hombres se prodigaron en gritos y risas y las mujeres en chillidos y grititos de regocijo. Algunos de los mayores se taparon las orejas.

Después de aquellas dos primeras canciones, varias personas subieron al quiosco para cantar. Eddie imaginó que ninguno de ellos llegaría muy lejos en un programa de cazatalentos, pero a todos se les dio una cálida bienvenida cuando subieron junto a la banda y fueron vitoreados acaloradamente (y en el caso de una matrona bastante joven, con calentura) cuando bajaron. Dos niñas de unos nueve años, gemelas sin ningún tipo de dudas, cantaron una balada llamada «Calles de Campara» en perfecta y conmovedora armonía, acompañadas por una guitarra que tocaba una de ellas. Eddie se sorprendió por el silencio embelesado con el que las yentes escuchaban. Aunque la mayoría de los hombres ya estaban muy ebrios, ni uno solo rompió el silencio. No explotó ningún petardo. Buena parte de ellos (el tal Haycox entre otros) escuchaban con lágrimas que les caían por las mejillas. Si se lo hubieran preguntado con anterioridad, Eddie habría dicho que comprendía la carga emocional que aquel pueblo tenía que soportar sobre sus hombros. En aquellos momentos supo que no habría sido cierto.

Cuando la canción sobre la mujer raptada y el vaquero agonizante tocó fin, se hizo un

momento de profundo silencio, ni siquiera las aves nocturnas se atrevieron a trinar, roto de inmediato por un fervoroso aplauso.

«Si ahora mismo tuvieran que decidir a mano alzada qué hacer con los lobos, ni siquiera Ben Cartwright se atrevería a votar a favor de cruzarse de brazos», pensó Eddie.

Las niñas hicieron una reverencia y saltaron con agilidad a la hierba. Eddie creyó que la noche había llegado a su fin, pero entonces, para su sorpresa, Callahan subió al escenario.

—Ahí va una canción aún más triste que mi madre me enseñó —anunció y, a continuación, acometió una alegre cancioncilla irlandesa llamada «Cabrón, págame otro trago».

Al menos era tan rija como la que la banda había interpretado con anterioridad, con la diferencia de que en aquella ocasión Eddie comprendió la mayoría de las palabras. Tanto él como los lugareños que aún estaban presentes se unieron de buen grado al último verso de cada estrofa: «¡Antes de irme al otro lado, cabrón, págame otro trago!».

Susannah condujo la silla hasta el cenador y la ayudaron a subir durante la ronda de aplausos que arrancó la canción del Viejo Amigo. Intercambió cuatro palabras con los tres guitarristas y les mostró algo en el mástil de uno de los instrumentos. Todos asintieron. Eddie supuso que o bien conocían la canción o bien una versión de aquella.

Los allí reunidos aguardaron expectantes, aunque ninguno más que el marido de la señora. Se mostró encantado, aunque no del todo sorprendido, cuando entonó «Maid of Constant Sorrow», que ella ya había cantado alguna que otra vez por el camino. Susannah no era Joan Baez, pero tenía una voz bien afinada y cargada de emoción. Y ¿por qué no? Era la canción de una mujer que ha cambiado el hogar por un lugar extraño. Cuando terminó, no se hizo un silencio como tras el pequeño dueto de las niñas, sino una ronda de aplausos sinceros y entusiastas. Se oyeron gritos de «¡Ea!» y «¡Otra!» y «¡Más estrofas!». Susannah no pudo ofrecerles más (pues ya había cantado todas las que se sabía), pero a cambio les obsequió con una profunda reverencia. Eddie aplaudió hasta que le dolieron las manos y, a continuación, se llevó los dedos a las comisuras de los labios y silbó.

Fue entonces —por lo visto, no iban a ganar para sorpresas— cuando el mismísimo Roland subió al escenario mientras bajaban a Susannah con sumo cuidado.

Jake y su nuevo compañero estaban junto a Eddie. Benny Slightman llevaba a Acho. Hasta aquella noche, Eddie habría jurado que el brambo habría mordido a cualquiera que lo hubiera intentado que no fuera del ka-tet de Jake.

—¿Canta? —preguntó Jake.

—La primera noticia que tengo, chaval —confesó Eddie—. Veamos.

No tenía ni idea de lo que iba a presenciar y le divirtió descubrir la fuerza con la que le latía el corazón.

NUEVE

Roland se despojó del revólver enfundado y de la cartuchera. Se los tendió a Susannah, quien los cogió y se ciñó el cinturón bien alto, en la cintura. Al hacerlo, la ropa de la camisa se le pegó más al cuerpo y por un segundo Eddie creyó que sus pechos parecían más grandes. Acto seguido lo descartó y lo achacó a un efecto visual.

Las antorchas eran naranjas. Roland estaba bajo su luz, desarmado, tan recto de caderas como un muchacho. Por un momento se limitó a otear los rostros silenciosos y expectantes, y Eddie sintió la mano de Jake, fría y pequeña, deslizándose en la suya. No hacía falta que el chico dijera lo que estaba pensando porque Eddie hacía otro tanto. Nunca había visto un hombre que pareciera tan solitario, tan alejado de la corriente de la vida humana, de su fraternidad y candor. Verlo allí, en aquel lugar de festejo (pues aquello era un festejo por muy trágico que fuera el asunto que los había conducido hasta allí), solo ponía de relieve la verdad: era el último. No había otro. Si Eddie, Susannah, Jake y Acho pertenecían a su estirpe, debía de ser a una rama lejana muy alejada del tronco. Puede que no hubieran pensado en aquello. Sin embargo, Roland... Roland...

«Silencio —pensó Eddie—. No es necesario que pienses eso ahora. Esta noche, no.»

Despacio, Roland cruzó los brazos sobre el pecho y los estrechó con fuerza de modo que la

palma de la mano derecha quedara en la mejilla izquierda y la palma de la izquierda, en la mejilla derecha. Aquello no significaba nada de nada para Eddie, pero la reacción de los más o menos setecientos habitantes del Calla fue instantánea: un exultante rugido de aprobación que superaba con creces el mero aplauso. A Eddie le vino a la mente un concierto de los Rolling Stones al que había asistido. La gente había proferido aquel mismo rugido cuando el batería de los Stones, Charlie Watts, comenzó a percutir el cencerro a un ritmo sincopado que solo podía anunciar «Honky Tonk Woman».

Roland no se movió de donde estaba, con los brazos cruzados y las palmas en las mejillas, hasta que volvió a hacerse el silencio.

—Bien hallados somos en el Calla —dijo—. Atendedme, os lo ruego.

¡Decimos gracias! —rugieron—. ¡Te atendemos muy bien!

Roland asintió y sonrió.

—Pero mis amigos y yo venimos de lejos y aún nos queda mucho por ver y hacer. Y ahora que nos hemos detenido, ¿os abriréis a nosotros si nos abrimos a vosotros?

A Eddie lo recorrió un escalofrío y sintió que la mano de Jake apretaba la suya.

«La primera de las preguntas», pensó.

Antes de que el pensamiento se completara, habían rugido la respuesta:

—¡Ea, decimos gracias!

—¿Comprendéis lo que somos y aceptáis lo que hacemos?

«Allá va la segunda», pensó Eddie. Entonces era él quien apretaba la mano de Jake. Se percató de que Telford y el tal Diego Adams intercambiaban una mirada de preocupación y complicidad. La mirada de unos hombres que repentinamente caen en la cuenta de que se está cerrando el trato ante sus narices y de que no está en sus manos hacer nada. «Demasiado tarde, muchachos», pensó Eddie.

—¡Pistoleros! —gritó alguien—. ¡Pistoleros justos y honestos, decimos gracias! ¡Decimos gracias en el nombre de Dios!

Se produjeron rugidos de aprobación. Un estallido de gritos y aplausos. Se oyeron exclamaciones de «Decimos gracias», «Ea» e, incluso, «Cagüenla...».

Cuando de nuevo se hizo el silencio, Eddie esperó a que formulara la última pregunta, la más importante: «¿Buscáis ayuda y auxilio?».

Roland no la formuló. Se limitó a decir:

—Por esta noche será mejor que nos retiremos y nos vayamos a dormir pues estamos cansados. Pero os obsequiaré con una última canción y un pequeño baile antes de irnos, así haré, pues creo que conocéis ambos. —Un rugido de aprobación acogió sus palabras. La conocían, perfecto—. Yo también la conozco y me encanta —continuó Roland de Gilead—. La conozco de hace mucho y no esperaba volver a oír «La canción del arroz» de otros labios que no fueran los míos. Ya estoy algo mayor, sí señor, y no tan ágil como antes. Ruego me disculpéis por los pasos que no acierte...

—¡Pistolero, te decimos gracias! —exclamó una mujer—. ¡Así de jubilosos nos sentimos, ea!

—¿Y no siento yo lo mismo? —preguntó el pistolero con amabilidad—. ¿Acaso no os ofrezco júbilo de mi júbilo y el agua que he transportado con la fuerza de mis brazos y de mi corazón?

—Os ofrezco el alimento de la verde cosecha —cantaron todos a una, y Eddie sintió que un escalofrío le recorría la espalda y que los ojos se le anegaban en lágrimas.

—Por Dios —suspiró Jake—. Sabe tantas cosas...

—Os ofrezco el júbilo del arroz —dijo Roland.

Se recreó un poco más bajo el resplandor anaranjado, como si reuniera fuerzas, y a continuación comenzó un baile que estaría entre la giga y el claqué. Al principio se movió con lentitud, con mucha lentitud; tacón, punta, tacón, punta. Una y otra vez los tacones de las botas producían aquel golpeteo parecido al de un puño sobre un ataúd, aunque en aquella ocasión con ritmo. En realidad, al principio solo era ritmo y luego, al tiempo que los pies del pistolero comenzaron a coger velocidad, se convirtió en algo más, se convirtió en una especie de swing.

Aquella fue la única palabra que Eddie encontró, la única que le pareció adecuada.

Susannah se acercó a ellos. Tenía los ojos abiertos de par en par y una sonrisa de asombro. Unió las manos con fuerza entre los pechos.

—¡Eddie! —exclamó con voz entrecortada—. ¿Tú sabías que podía hacer eso? ¿Tenías ni la más mínima idea?

—No —confesó Eddie—. Ni idea.

DIEZ

Los pies del pistolero se movieron con mayor rapidez embutidos en sus viejas botas desgastadas y maltrechas. Y, a continuación, aún más rápido. El ritmo cada vez iba adquiriendo mayor definición y Jake descubrió de súbito que lo conocía. Lo conocía de la primera vez que había entrado en exotransito en Nueva York. Antes de encontrarse con Eddie, un joven negro con unos auriculares de walkman había pasado a su lado, un joven que iban marcando aquel ritmo con los pies enfundados en unas sandalias y canturreando «Cha-da-ba, cha-da-bou». Era el mismo ritmo que Roland estaba marcando en el quiosco. A cada «¡bou!» daba una patada al frente y clavaba con sequedad el tacón en la madera.

A su alrededor, la gente comenzó a dar palmas. Sin seguir el ritmo, sino en el tiempo débil. Comenzaron a balancearse. Las mujeres que vestían faldas las extendieron y las agitaron. La expresión que Jake descubrió en todos los rostros, desde el del más anciano hasta el más joven, fue la misma: puro gozo. «No solo eso —pensó, y recordó una frase que su profesora de inglés había utilizado para expresar lo que los libros nos hacen sentir: "El éxtasis del reconocimiento perfecto".»

El sudor comenzó a brillar en el rostro de Roland. Bajó los brazos cruzados y comenzó a dar palmas. Y, entonces, las yentes del Calla comenzaron a cantar una palabra una y otra vez siguiendo el ritmo: «¡Ven...! ¡Ven...! ¡Ven...! ¡Ven!». A Jake le vino a la mente que aquella era la expresión que algunos niños utilizaban para referirse a la eyaculación y de pronto dudó de si aquello era mera coincidencia.

«Claro que no lo es. Igual que el tipo negro que seguía el mismo ritmo. Todo es el Haz, y es todo diecinueve.»

—¡Ven...! ¡Ven...! ¡Ven...!

Eddie y Susannah se habían unido a los demás. Benny también. Jake dejó de rumiar sobre lo que oía e hizo otro tanto.

ONCE

Al final, Eddie acabó por no tener ni idea de la letra de «La canción del arroz». Y no por culpa del dialecto, al menos no en el caso de Roland, sino porque la cantaban demasiado deprisa para seguirla. En una ocasión, en la tele, había oído a un subastador de tabaco de Carolina del Sur. Pues era como aquello. Había rimas consonantes, rimas asonantes, versos blancos e incluso rimas forzadas (palabras que no rimaban en absoluto, pero que por un instante se introducían con calzador en la canción). En realidad tampoco era una canción, sino una especie de cántico o un delirante hip-hop callejero. Aquello era lo máximo a lo que Eddie llegaba. Y mientras tanto los pies de Roland aporreaban las tablas con aquel ritmo fascinante al tiempo que la gente daba palmas y cantaba: «Ven, ven, ven, ven».

Lo que Eddie consiguió distinguir decía lo siguiente:

Ven, ven, commala,
mi arroz ya grana.
Mano y su mana,
folía brama.
Río que todo anega
a Oriza se entrega.
El arroz es verdor,
ved lo que nos,
ved el verdor.
Ven, ven, commala.

Ven, ven, commala,
mi arroz ya grana.
En la vaguada
brota el commala.
Bajo el cielo raso,
alto crece el tallo.
Una moza y su amigo,
yacen allí unidos.
Estrechan más que lazos,
bajo el cielo raso.
Ven, ven, commala,
mi arroz ya grana.

A aquellas dos estrofas les seguían al menos tres más. Para entonces Eddie había perdido el hilo de las palabras, pero estaba bastante seguro que había captado la idea: un hombre joven y una mujer sembrando arroz y niños en primavera. El tempo de la canción, de una velocidad suicida ya desde el principio, fue acelerándose hasta que las palabras acabaron siendo un batiburrillo de jerigonza. La gente daba palmas con tanta rapidez que sus manos no eran más que un borrón. Y los tacones de las botas de Roland habían desaparecido por completo. Eddie habría dicho que era imposible que nadie bailara a esa velocidad, en especial tras una comida pesada.

«Afloja el ritmo, Roland —pensó—. A ver quién llama a urgencias si te da un jamacuco.»

Entonces, a una señal que ni Eddie ni Susannah ni Jake comprendieron, Roland y las yentes del Calla se detuvieron en seco, alzaron las manos al cielo y adelantaron las caderas, como en el coito.

—¡¡Commala!! —gritaron, y aquello marcó el final.

Roland dio unos pasos inseguros mientras el sudor le corría por las mejillas y la frente... y se dejó caer sobre la gente. A Eddie le dio un vuelco el corazón. Susannah exhaló un grito y se adelantó en la silla de ruedas. Jake asió uno de los mangos de la silla para detenerla.

—¡Creo que es parte del espectáculo! —dijo.

—Ea, yo también diría que lo es —convino Benny Slightman.

La gente aplaudió y lo vitoreó. A Roland lo transportaban por encima de sus cabezas, sobre los brazos extendidos para tal fin. Llevaba los suyos alzados hacia el firmamento. El pecho se le hinchaba y deshinchaba como un fuelle. Eddie contemplaba la escena con una especie de divertidísima incredulidad al tiempo que el pistolero se deslizaba hacia ellos como si estuviera en la cresta de una ola.

—Roland canta, Roland baila y, por si fuera poco —comentó—, Roland se lanza desde el escenario como Joey Ramone.

—¿De qué estás hablando, corazón? —preguntó Susannah.

Eddie sacudió la cabeza.

—No me hagas caso. No hay nada que pueda superar eso, así que debe de ser el fin de fiesta. Lo fue.

DOCE

Media hora después, cuatro jinetes avanzaban con lentitud por la calle principal de Calla Bryn Sturgis. Uno iba envuelto en una pesada *salide*. Sus bocas, y los hocicos de sus monturas, expelían unas vaharadas de aire gélido. El firmamento estaba repleto de un frío manto de esquirlas diamantinas; la Vieja Estrella y la Vieja Madre las más brillantes entre todas. Jake ya se había ido por su lado al Rocking B de Eisenhart con los Slightman. Callahan conducía a los otros tres viajeros cabalgando algo por delante de estos. Sin embargo, antes de conducirlos a ninguna parte, insistió en envolver a Roland en la pesada manta.

—Si dice que no hay ni dos kilómetros hasta su casa... —protestó Roland.

—Déjate de tonterías —lo atajó Callahan—. Las nubes se han retirado y la noche se ha vuelto tan fría que casi parece que va a nevar. Además, has bailado un commala como el que no había visto en todos los años que llevo aquí.

—¿Y esos cuántos años serían? —preguntó Roland.

Callahan sacudió la cabeza.

—No lo sé. En serio, pistolero, no tengo ni idea. Sé muy bien cuándo llegué aquí, en el invierno de mil novecientos ochenta y tres, nueve años después de que dejara el pueblo de Jerusalem's Lot. Nueve años después de hacerme esto. —Alzó una mano cubierta de cicatrices por espacio de un segundo.

—Parece una quemadura —observó Eddie.

Callahan asintió, pero no abundó en el tema.

—En cualquier caso, el tiempo aquí es diferente como todos ustedes sabrán muy bien.

—Se mueve sin parar —afirmó Susannah—, como la aguja de una brújula.

Roland, todavía envuelto en la manta, se había despedido de Jake con una palabra... y con algo más. Eddie oyó un tintineo metálico cuando algo pasó de la mano del pistolero a la del aprendiz. Algo de dinero, tal vez.

Jake y Benny Slightman se perdieron a caballo en la oscuridad uno al lado del otro. Cuando Jake se había vuelto para saludar por última vez, Eddie había correspondido el saludo con una angustia que lo había cogido por sorpresa. «Por Dios, que no eres su padre», pensó. Cierto, pero no por ello la angustia se mitigó.

—¿Estará bien, Roland?

Eddie no esperaba ninguna otra respuesta que no fuera una afirmación, pues lo único que deseaba era un bálsamo para su angustia. De modo que el largo silencio del pistolero lo preocupó.

Al final, Roland respondió:

—Esperemos que sí.

Sobre el asunto de Jake Chambers no diría una palabra más.

TRECE

Se encontraban delante de la iglesia de Callahan, un sencillo edificio de planta baja con una cruz sobre la puerta.

—¿Cómo la llama, padre? —preguntó Roland.

—Nuestra Señora de la Serenidad.

Roland asintió.

—Bastante apropiado.

—¿Lo sentís? —preguntó Callahan—. ¿Alguno de vosotros lo siente? —No tuvo que decir de qué estaba hablando.

Roland, Eddie y Susannah se quedaron sentados en silencio durante, tal vez, varios minutos. Al final, Roland sacudió la cabeza. Callahan asintió satisfecho.

—Duerme. —Se detuvo y a continuación añadió—: A Dios digo gracias.

—Pero ahí hay algo —dijo Eddie, y con un gesto de la cabeza indicó la iglesia—. Es como un... No sé, como un peso.

—Sí —afirmó Callahan—. Como un peso. Es terrible, pero esta noche duerme. Alabado sea Dios. —Se persignó en el aire gélido.

Al final de otro camino de tierra (aunque despejado y bordeado de setos cuidados con esmero) se alzaba otro edificio alargado. Era la casa de Callahan, lo que él llamaba «la rectoría».

—¿Nos contarás tu historia esta noche? —preguntó Roland.

Callahan escrutó el rostro consumido y exhausto del pistolero y sacudió la cabeza.

—Ni una palabra, sai. Ni aunque estuvierais frescos. La mía no es una historia para contarla a la luz de las estrellas. Mañana, durante el desayuno, antes de que tú y tus amigos partáis en pos de vuestros quehaceres. ¿Eso os va bien?

—Ea —contestó Roland.

—¿Y si se despierta en plena noche? —preguntó Susannah, y volvió la cabeza hacia la iglesia—. ¿Y si se despierta y nos hace entrar en exotránsito?

—Entonces entraremos —concluyó Roland.

—Tú ya tienes pensado algo para eso, ¿verdad? —preguntó Eddie.

—Tal vez —contestó Roland.

Recorrieron el camino hacia la casa, Callahan entre ellos con tanta naturalidad como el respirar.

—¿Tiene algo que ver con el tipo ese de los mannis con el que estuviste hablando? —quiso saber Eddie.

—Tal vez —repitió Roland. Miró a Callahan—. Dígame, padre, ¿le ha hecho entrar a usted alguna vez en exotransito? Sabe lo que quiere decir la palabra, ¿verdad?

—Lo sé —admitió Callahan—. Dos veces. Una me envió a México. A un pequeño pueblo llamado Los Zapatos. Y otra... creo... al Castillo del Rey. Creo que fui muy afortunado al volver esa segunda vez.

—¿De qué rey está hablando? —inquirió Susannah—. ¿De Arthur Eld?

Callahan sacudió la cabeza. La cicatriz de la frente brilló bajo la luz de las estrellas.

—Será mejor que no hablemos de eso ahora —insistió—. De noche, no. —Miró a Eddie con tristeza—. Los lobos se acercan, y por si eso no fuera suficiente desgracia, encima llega un joven que me dice que los Red Sox volvieron a perder las Series Mundiales... ¿contra los Mets?

—Lo siento —se disculpó Eddie, y su descripción de la final (una final que no tenía sentido alguno para Roland aunque el juego se parecía un poco a los puntos, también llamado «rastrillos» por algunos) los acompañó hasta la casa.

Callahan tenía una ama de llaves. No había señales de aquella, pero había dejado un perol de chocolate caliente en los hornillos.

—Zalia Jaffords me contó algo que podría interesarte, Roland —comentó Susannah, mientras disfrutaban de una taza de chocolate. El pistolero enarcó las cejas—. El abuelo de su marido vive con ellos. Se dice que es el hombre más viejo de Calla Bryn Sturgis. Tian y el anciano llevan años sin avenirse, Zalia ni siquiera sabe por qué están cabreados, imaginaos si viene de lejos, pero ella se lleva bastante bien con él. Dice que se ha vuelto bastante senil en estos últimos dos años, pero que todavía tiene días lúcidos. Y que dice haber visto uno de esos lobos. Muerto. —Hizo una pausa—. Dice haberlo matado él mismo.

—¡Dios santo! —exclamó Callahan—. ¡No me digas!

—Le digo. Es decir, lo dice Zalia.

—Esa es una historia que valdría la pena escuchar —opinó Roland—. ¿Fue la última vez que vinieron los lobos?

—No —respondió Susannah—. Ni siquiera la anterior, cuando incluso Overholser haría poco que había dejado los pañales. La anterior a esa.

—Si vienen cada veintitrés años —calculó Eddie—, entonces debe de haber sido hace unos setenta años.

Susannah asintió.

—Y en aquel entonces ya era un hombre hecho y derecho. Le contó a Zalia que un moit de ellos se plantó en el Camino del Oeste y esperaron a que vinieran los lobos. No sé cuántos vienen a ser un moit...

—Cinco o seis —aclaró Roland. Cabeceaba sobre su chocolate.

—En cualquier caso, el abuelo de Tian estaba entre ellos. Y mataron a uno de los lobos.

—¿Qué era? —preguntó Eddie—. ¿Qué pinta tenía sin la máscara?

—No me lo dijo —respondió Susannah—. Creo que él no se lo contó. Pero deberíamos...

Se alzó un ronquido, largo y profundo. Eddie y Susannah se volvieron sobresaltados. El pistolero se había quedado dormido. Tenía la barbilla apoyada en el pecho y los brazos cruzados, como si se hubiera quedado dormido pensando en el baile. Y en el arroz.

CATORCE

Solo contaban con una habitación de invitados, así que Roland durmió con Callahan. De aquel modo, a Eddie y a Susannah se les concedió una especie de rudimentaria luna de miel: la primera noche a solas por completo, en una cama y bajo un techo. No estaban tan cansados como para desaprovechar la ocasión. Después, Susannah cayó dormida de inmediato. Eddie permaneció despierto algo más. Con recelo, dirigió sus pensamientos hacia la pequeña y

ordenada iglesia de Callahan tratando de tocar aquello que contenía. Lo más probable es que fuera una mala idea, pero no consiguió resistirse a probar como mínimo. No había nada. Mejor dicho, no había cosa alguna en contraposición a alguna cosa.

«Podría despertarla —pensó Eddie—. Creo que podría.»

Ya, y alguien con una caries se la podría repicar con un martillo, pero ¿para qué?

«Tarde o temprano tendremos que despertarla. Creo que la vamos a necesitar.»

Tal vez, pero otro día. Ya era hora de dejar que aquel diera fin.

Sin embargo, Eddie no consiguió hacerlo durante un rato. Los destellos de las imágenes en su cabeza lo deslumbraban como pedazos de un espejo roto bajo la luz brillante del sol. El Calla, extendiéndose a sus pies bajo un cielo encapotado; el Devar-Tete Whye, una franja gris; los lechos verdes de sus orillas: «Mi arroz ya grana»; Jake y Benny Slightman mirándose y riendo sin necesidad de intercambiar la palabra que provocaba aquella risa; el pasillo de hierba verde entre la calle principal y el Pabellón; las antorchas de colores cambiantes; Acho haciendo reverencias y hablando («¡Eld!», «¡Gradecidos!») con total claridad; Susannah cantando: «*I've known sorrow all my days...*».

Y, sin embargo, lo que recordaba con mayor claridad era a Roland de pie, enjuto y desarmado, sobre los tablones con los brazos cruzados en el pecho, las manos contra las mejillas y aquellos ojos de un azul apagado observando a las yentes. Roland haciendo preguntas, dos de tres. Y, a continuación, el ruido de sus botas sobre las tablas, despacio al principio, luego cobrando velocidad. Cada vez más veloces, hasta convertirse en un borrón bajo la luz de las antorchas. Dando palmas. Sudando. Sonriendo.

Aunque sus ojos no sonreían, no aquellos ojos azules de bombardero; su mirada era tan fría como siempre.

¡Pero cómo había bailado! Santo Dios, cómo había bailados a la luz de las antorchas.

«Ven, ven, commala, mi arroz ya grana», pensó Eddie.

A su lado, Susannah gimió en sueños.

Eddie se volvió hacia ella y deslizó la mano por debajo de su brazo de modo que pudiera llevarla hasta su pecho. Su último pensamiento se lo dedicó a Jake. Más les valdría tratarlo bien en aquel rancho. Si no lo hacían, iban a convertirse en un calamitoso atajo de vaqueros.

Eddie se durmió. No tuvo sueños. Y, a medida que se adentraba la noche y la luna se ponía, aquel mundo fronterizo se retrasó como un reloj agonizante.

II
CHASQUIDO SECO

UNO

Roland emergió de un nuevo y espeluznante sueño en la Colina de Jericó, al alba. El cuerno... Tenía que ver con el cuerno de Arthur Eld. Junto a él, en la amplia cama, el Viejo Amigo dormía con el ceño fruncido, como si estuviera atrapado en su propia pesadilla. Las arrugas de la ancha frente formaban un zigzag que truncaba los brazos de la cruz cicatrizada.

Fue el dolor lo que había despertado a Roland, no el sueño del cuerno cayendo de la mano de Cuthbert al tiempo que lo hacía su viejo amigo. El dolor atenazaba los músculos del pistolero desde las caderas hasta los tobillos. Si cerraba los ojos, lo imaginaba como una serie de anillos brillantes e incandescentes. Aquel era el precio de los abusivos excesos de la noche anterior. Si aquello hubiera sido todo, ni se habría preocupado; sin embargo, sabía que no se trataba solo de haber bailado el commala con cierto entusiasmo desmedido. Ni siquiera era culpa del reuma, como se había tratado de convencer aquellas últimas semanas, el período necesario que su cuerpo necesitaba para adaptarse al tiempo húmedo de la estación otoñal. No estaba tan ciego como para no ver que se le comenzaban a hinchar los tobillos, sobre todo el derecho. Había observado una hinchazón similar en las rodillas y, aunque las caderas todavía parecían estar bien, cuando colocaba los brazos en jarras, notaba cómo la derecha iba cambiando bajo la piel. No, no era el reuma que había aquejado a Cort de manera tan despiadada durante su último año de vida, que lo había obligado a quedarse encerrado en casa, junto al fuego, en los días de lluvia. Aquello era algo peor. Era artritis, de la dolorosa, de la seca. No tardaría mucho en afectarle en las manos. Roland habría sacrificado con complacencia la derecha si la enfermedad se hubiera dado por satisfecha con eso; había aprendido a hacer muchas cosas con ella desde que las langostruosidades le arrancaran los dos dedos, pero nunca sería lo que fue. Sin embargo, las dolencias no funcionaban de aquel modo, ¿verdad? No se las podía aplacar con sacrificios. La artritis aparecería cuando le apeteciera y se extendería por donde se le antojara.

«Puede que me quede un año —pensó tumbado en la cama junto al religioso durmiente del mundo de Eddie, Susannah y Jake—. Tal vez incluso dos.»

No, dos no. Lo más probable era que ni siquiera le quedase uno. ¿Qué era lo que Eddie decía a veces? «Deja de engañarte.» Eddie tenía muchos dichos de su mundo, pero aquel era uno de los que valía la pena. Uno que venía muy al caso.

No es que fuera a echarse a atrás en cuanto a lo de la Torre si el Viejo Chascahuesos le arrebatara la destreza para disparar, montar a caballo, cortar una correa de cuero o incluso leña para el fuego, algo tan sencillo como aquello; no, estaría en esa empresa hasta el final. Sin embargo, no se regocijaba con el panorama de tener que cabalgar detrás de los demás, de depender de ellos, tal vez atado a la silla con las riendas porque ya no pudiera sujetarse a la perilla. Poco más que un lastre del que no podrían deshacerse si necesitaban navegar a toda vela.

«Si llego a eso, me suicidaré.»

Aunque no lo haría. Aquella era la verdad. «Deja de engañarte.»

Lo que volvió a hacerle pensar en Eddie. Tenía que hablar con él acerca de Susannah, y cuanto antes mejor. Aquella era la certeza con la que había despertado, una convicción que tal vez mereciera aquel dolor. No sería una conversación agradable, pero tenía que producirse. Ya era hora de que Eddie supiera de la existencia de Mia. Ahora que se encontraban en un pueblo —en una casa—, ella lo tendría más difícil para escabullirse; de todas formas, tenía que hacerlo. Mia podía luchar contra las necesidades de su hijo y sus propios antojos tanto como Roland contra los anillos brillantes de dolor que le ceñían la cadera y la rodilla derechas y ambos tobillos, pero que hasta el momento le habían perdonado las habilidosas manos. Si no ponía a Eddie sobre aviso, podría encontrarse con graves problemas. Y más problemas era algo que no necesitaban en aquellos momentos; aquello podría hundirlos.

Roland se quedó tumbado en la cama, soportando el dolor punzante y contemplando el despuntar del alba. Quedó desconcertado al comprobar que la claridad ya no asomaba por el este, sino que ahora se decantaba un poco hacia el sur.

El amanecer también daba tumbos sin gobierno.

DOS

El ama de llaves era bien parecida, de unos cuarenta años. Se llamaba Rosalita Muñoz.

—Una taza de café y luego se viene conmigo —le dijo a Roland cuando vio cómo este caminaba hacia la mesa.

Callahan ladeó la cabeza hacia Roland cuando Rosalita se dirigió hacia la cocina para ir a buscar la olla. Eddie y Susannah todavía no se habían levantado. Tenían la cocina para ellos solos.

—¿Es muy grave, señor?

—Solo es un poco de reuma —contestó Roland—. Lo padece toda mi familia por parte de padre. Mejora al mediodía, si el sol brilla con fuerza y el aire es seco.

—Sé lo que es el reuma —dijo Callahan—. Diga gracias a Dios para que no vaya a peor.

—Ya lo hago. Y a usted también le digo gracias —le dijo a Rosalita, quien traía dos pesadas tazas de café humeante.

Dejó las tazas en la mesa, hizo una pequeña reverencia y luego lo miró con timidez y seriedad.

—Nunca he visto bailar mejor la danza del arroz, sai.

Roland esbozó una sonrisa de medio lado.

—Pues esta mañana lo estoy pagando.

—Yo lo avío —dijo—. Tengo un aceite de gato especial. Primero le quitará el dolor y luego la cojera. Pregúntele al padre.

Roland miró a Callahan, quien asintió.

—Entonces le tomo la palabra. Le digo gracias, sai.

Rosalita volvió a hacer una reverencia y los dejó solos.

—Necesito un mapa del Calla —anunció Roland cuando esta se hubo ido—. No tiene que ser una virguería, pero sí preciso y exacto en cuanto a las distancias. ¿Me podrías dibujar uno?

—En absoluto —contestó Callahan con total serenidad—. Hago mis pinitos, pero no sabría dibujarte un mapa que te llevara más allá del río, ni siquiera a punta de pistola. Se trata de una habilidad que no poseo. Sin embargo conozco a un par que te podrían ayudar con eso. —Alzó la voz—. ¡Rosalita! ¡Rosie! ¡Ven aquí un momento, sea!

TRES

Veinte minutos después, Rosalita se llevó a Roland de la mano con decisión y firmeza. Lo condujo a la despensa y cerró la puerta.

—Quítese los pantalones, se lo ruego —le ordenó—. No sea tímido, dudo que tenga nada que no haya visto antes, a menos que los hombres tengan una constitución un pelo diferente en Gilead y en las Interiores.

—No creo —contestó Roland dejando caer los pantalones.

El sol ya se había levantado, pero no así Eddie y Susannah. Roland no tenía prisa alguna por despertarlos. Les quedaban muchos madrugones por delante —y noches en vela también, con toda probabilidad—, pero aquella mañana prefería que disfrutaran de la paz de un techo sobre sus cabezas, de la comodidad de un colchón de plumas bajos sus cuerpos y de la exquisita privacidad que les proporcionaba una puerta entre ellos y el resto del mundo.

Rosalita, frasco de líquido aceitoso y claro en mano, ahogó un gesto de dolor sobre el grueso labio inferior. Miró la rodilla derecha de Roland y a continuación le tocó la cadera de aquel lado con la mano izquierda. A pesar de hacerlo con toda la delicadeza del mundo, Roland se estremeció ligeramente al contacto. Rosalita alzó la mirada hacia él. Sus ojos eran de un castaño tan intenso que casi parecían negros.

—Esto no es reuma, es artritis. Y de la que se extiende con rapidez.

—Ea, de donde yo vengo se le llama chasquido seco —dijo él—. Ni una palabra de esto ni al padre ni a mis amigos.

Aquellos ojos oscuros lo miraron sin apartar la vista.

—No podrá ocultárselo por mucho tiempo.

—La atiendo muy bien. Sin embargo, mientras pueda mantenerlo en secreto, lo mantendré. Y usted me ayudará.

—Ea —contestó ella—. No tema. Así lo acato.

—Le digo gracias. Bueno, ¿eso me hará algún bien?

Rosalita miró el frasco y sonrió.

—Ea. Es menta y resitoño de la ciénaga. Pero el secreto está en la bilis de gato que contiene, no más de tres gotas por frasco, le consta. Es de los gatos monteses que abandonan el desierto, vienen de la gran oscuridad.

Inclinó el frasco y vertió un poco del líquido aceitoso en la palma. El olor de la menta golpeó la nariz de Roland de inmediato seguido de otro olor, un olor algo más imperceptible y mucho menos agradable. Sí, creyó que aquello podría ser la bilis de un puma o de lo que llamaban gato montes por aquellos andurriales.

Cuando Rosalita se inclinó y se lo restregó por las rótulas, sintió un calor inmediato e intenso, casi demasiado para soportarlo. No obstante, cuando se moderó un poco, sintió más alivio del que se hubiera atrevido a esperar.

—¿Cómo se te queda el cuerpo, pistolero sai? —preguntó Rosalita una vez finalizada la unción.

En vez de contestar con palabras, la estrechó con fuerza contra su cuerpo magro y desnudo. Ella le devolvió el abrazo con una ingenua carencia de vergüenza y le susurró al oído:

—Si sois quienes decís que sois, no podéis dejar que se lleven a los críos. No, ni a uno. No importa lo que digan los peces gordos como Eisenhart o Telford.

—Haremos todo lo que podamos —contestó él.

—Bien. Te digo gracias. —Dio un paso atrás y bajó la vista—. Vaya, por lo visto hay una parte que no tiene ni artritis ni reuma. Parece muy lozana. Puede que esta noche una dama contemple la luna, pistolero, y anhele compañía.

—Tal vez la encuentre —contestó Roland—. ¿Sería tan amable de darme uno de esos frascos para llevarme en mis viajes por el Calla o es algo demasiadopreciado?

—No, ¡¿qué va a serpreciado?! —Durante el coqueteo, había sonreído. Ahora volvía a estar seria del todo—. Pero creo que te servirá de poco.

—Lo sé —contestó Roland—. No importa. Alargamos el tiempo todo lo que podemos, pero al final el mundo vuelve a recuperarlo.

—Ea —convino ella—. Amén.

CUATRO

Cuando salió de la despensa abrochándose la hebilla, al fin escuchó movimiento en la otra habitación: el murmullo de la voz de Eddie seguido de una carcajada somnolienta, de una risa femenina. Callahan estaba junto a los hornillos sirviéndose café recién hecho. Roland entró y habló con rapidez.

—Vi bayas de calalú a la izquierda del camino que va de la iglesia hasta su casa.

—Sí y están maduras. Tienes una vista muy aguda.

—Dejemos mi vista, ea. Me gustaría llenar el sombrero de algunas. ¿Podrías ocuparte de que Eddie se reuniera conmigo mientras su mujer casca uno o tres huevos?

—Creo que sí, pero...

—Bien —le interrumpió Roland, y salió.

CINCO

Cuando Eddie lo alcanzó, Roland ya tenía el sombrero medio lleno de frutos naranjas y se había comido varios puñados. El dolor de las piernas y las caderas había mitigado con una rapidez sorprendente. Mientras iba recogiendo las bayas de calalú, se preguntó qué habría pagado Cort por uno solo de los frascos de aceite de gato de Rosalita Muñoz.

—Tío, se parecen a la fruta de cera que nuestra madre solía poner sobre un tapete todos los días de Acción de Gracias —comentó Eddie—. ¿De verdad que se pueden comer?

Roland cogió una baya de calalú casi tan grande como la punta del dedo y la hizo saltar a la boca de Eddie.

—¿Tiene sabor a cera, Eddie?

Los ojos de Eddie, al principio entrecerrados con precaución, de súbito se abrieron como

platos. Tragó, sonrió de oreja a oreja y tendió la mano por más.

—Se parecen a los arándanos, pero son más dulces. Me pregunto si Suze sabrá hacer bollos. Y aunque no sepa, seguro que el ama de llaves de Callahan...

—Escúchame, Eddie. Escúchame bien y controla tus emociones. Por la gloria de tu padre.

Eddie estaba inclinándose hacia un arbusto cargado hasta no poder más de bayas de calalú. Se detuvo y miró a Roland sin expresión alguna en el rostro. A aquella temprana hora de la mañana, Roland comprobó lo mayor que Eddie parecía. Le sorprendió lo mucho que había envejecido.

—¿Qué pasa?

Roland, quien había mantenido el secreto y se había reservado la opinión hasta convertir el asunto en una cuestión más compleja de lo que en realidad era, razón por la que le sorprendió la rapidez y la sencillez con la que se deshizo de la carga. Y a Eddie, por lo visto, no lo pilló del todo por sorpresa.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Roland trató de detectar algún tipo de tono acusador en la pregunta, pero no lo oyó.

—¿Con seguridad? Desde que la vi escabullirse por primera vez hacia el bosque. Y la vi comer... —Roland se detuvo—... lo que comía. La oí hablar con gente que no existía. Pero lo sospechaba desde mucho antes. Desde Lud.

—Y no me lo dijiste.

—No. —Había llegado el momento en que la recriminación haría acto de presencia, y con una generosa guarnición del sarcasmo de Eddie. Sin embargo, no fue así.

—Quieres saber si estoy cabreado, ¿verdad? Si voy a convertir esto en un problema.

—¿Lo estás?

—No. No estoy enfadado, Roland. Exasperado, tal vez, y cagado de miedo por Suze, pero ¿por qué debería estar enfadado contigo? ¿No eres el dinh? —Le llegó el turno a Eddie de hacer una pausa. Cuando volvió a hablar, fue más específico. No era fácil para él, pero consiguió decirlo—: ¿No eres mi dinh?

—Sí —contestó Roland. Alargó una mano y le tocó el brazo a Eddie. Se sentía desconcertado por el deseo, casi la necesidad, de ofrecerle una explicación. Pero se resistió. Si Eddie podía llamarlo no solo dinh, sino *su* dinh, entonces tenía que comportarse como tal—. No parece precisamente pasmado por la noticia —acabó por decir.

—Bueno, estoy sorprendido —contestó Eddie—. Tal vez no pasmado, pero... bueno... —Recogió frutos y los fue echando al sombrero de Roland—. He visto cosas, ¿vale? A veces está demasiado pálida. Otras se balancea y se coge el vientre, pero si le preguntas dice que son solo gases. Y tiene las tetas más grandes, de eso estoy seguro. Pero, Roland, ¿si todavía tiene la regla! Hace un mes o así la vi enterrando los trapos, y estaban ensangrentados. Empapados. ¿Cómo puede ser? Si se quedó embarazada cuando trajimos a Jake, mientras mantenía al demonio del círculo ocupado, de eso debería de hacer unos cuatro meses como mínimo, tal vez incluso cinco. A pesar de cómo salta el tiempo por aquí, tiene que haber pasado esa cantidad de meses.

Roland asintió con la cabeza.

—Ya sé que ha estado teniendo sus reglas, lo que prueba sin lugar a dudas que no es hijo tuyo. Lo que lleva dentro desdeña su sangre de mujer.

Roland recordó cómo había espachurrado la rana en el puño, cómo la había hecho estallar, se había bebido la bilis negra y se había relamido los dedos como si los hubiera tenido impregnados de almíbar.

—¿Tendrá...? —Eddie hizo el gesto de llevarse una baya de calalú a la boca, se arrepintió y la arrojó al sombrero de Roland. Roland pensó que todavía pasaría un tiempo antes de que Eddie volviera a sentir el acuciamiento del verdadero apetito—. Roland, ¿tendrá siquiera el aspecto de un bebé humano?

—Casi con toda seguridad, no.

—¿De qué, entonces?

Antes de que pudiera detenerlas, las palabras salieron.

—Será mejor no mentar al diablo.

Eddie se estremeció. El escaso arrebol que aún retenía su rostro lo abandonó.

—¿Eddie? ¿Estás bien?

—No —confesó Eddie—. Te puedo asegurar que no estoy bien, pero tampoco me voy a desmayar como una cría en un concierto de Andy Gibb. ¿Qué vamos a hacer?

—Por ahora, nada. Tenemos muchas otras cosas que hacer.

—¿No me digas? —dijo Eddie—. Los lobos se presentarán de aquí a veinticuatro días, si no me fallan los cálculos. En Nueva York, ¿quién sabe qué día es? ¿El seis de junio? ¿El diez? Más cerca del quince de julio que ayer, eso seguro. Pero, Roland... si lo que lleva dentro no es humano, no podemos estar seguros de que el embarazo acabe al cabo de nueve meses. Podría soltarlo en seis. Mierda, podría soltarlo mañana mismo.

Roland asintió y esperó. Si Eddie había llegado hasta allí, seguro que haría el resto del viaje. Y lo hizo.

—Tenemos las manos atadas, ¿verdad?

—Sí. Podemos observarla, pero no hay mucho más que podamos hacer por ella. Ni siquiera le podemos pedir que no haga nada con la esperanza de ralentizar el asunto porque, con toda seguridad, adivinaría por qué se lo hemos pedido. Y la necesitamos para disparar cuando llegue el momento, pero antes de eso, tendremos que entrenar a algunas personas de por aquí con el arma con la que se manejen mejor. Lo más seguro es que acaben siendo arcos.

Roland esbozó una mueca. Al final había alcanzado la diana en el Campo Norte con suficientes flechas como para satisfacer a Cort, aunque el arco y las flechas, o la ba y las saetas, nunca le habían llamado la atención. Aquellas habían sido las armas escogidas por Jamie DeCurry, no por él.

—Vamos a intentarlo, ¿verdad?

—Sí.

Eddie sonrió. Sonrió a su pesar. No podía cambiar su forma de ser. Roland lo comprendió y se sintió satisfecho.

SEIS

—Has sido muy sincero conmigo, Roland —dijo Eddie mientras volvían paseando a la rectoría de Callahan—, ¿por qué no serlo con ella?

—No estoy seguro de entenderte.

—Ya lo creo que sí —contestó Eddie.

—Está bien, pero la respuesta no te va a gustar.

—Te he oído todo tipo de respuesta y ya te digo que poco más de una de cada cinco me ha preocupado. —Lo repensó—. No, eso es demasiado generoso. Digamos una de cada cincuenta.

—A la que se hace llamar Mia, que significa «madre» en la Alta Lengua, le consta que está embarazada aunque dudo que le conste qué tipo de criatura lleva dentro.

Eddie lo sopesó en silencio.

—Sea lo que sea, Mia piensa en él como su niño y lo protegerá con su vida si fuera necesario. Si eso significa hacerse con el cuerpo de Susannah, como Detta Walker a veces lo hacía por encima de Odetta Holmes, lo hará, si puede.

—Y lo más seguro es que pueda —musitó Eddie con pesar. A continuación se volvió hacia Roland—. En fin, lo que creo que me estás diciendo, y corrígeme si me equivoco, es que no quieres decirle a Suze que podría estar alimentando a un monstruo en su vientre, porque eso podría afectar a su rendimiento.

Roland podría haber objetado algo acerca de la dureza de su juicio, pero prefirió no hacerlo. En esencia, Eddie tenía razón.

Como siempre que se enojaba, el acento callejero de Eddie se hacía más pronunciado. Era casi como si hablara por la nariz en vez de por la boca.

—Y si algo cambia durante el próximo mes, más o menos, si se pone de parto y da a luz a la Criatura de la Laguna Negra, por ejemplo, se encontrará el pastel de golpe. No tendrá ni la más

mínima idea.

Roland se detuvo a unos seis metros de la rectoría. A través de la ventana distinguió a Callahan hablando con una pareja de jóvenes, un chico y una chica. Incluso desde allí pudo distinguir que eran gemelos.

—¿Roland?

—Dices verdad, Eddie. ¿Qué sentido tiene decírselo? Si lo hay, espero que lo encuentres. El tiempo ya no es un rostro en el agua, como tú mismo has señalado. Se ha convertido en un lujo.

De nuevo esperaba un estallido con el sello de Eddie Dean, amenizado con frases tipo «Vete a tomar por culo» o «Come mierda y muérete». Pero, de nuevo, dicho estallido no se produjo. Eddie se limitaba a mirarlo, nada más. Fijamente y con cierto pesar. Pesar por Susannah, por supuesto, pero también por ellos dos, que estaban allí conspirando contra un miembro del tet.

—Voy a seguirte el juego —accedió Eddie—, pero no porque seas el dinh ni porque uno de esos dos tenga todos los números para volver descerebrado de Tronido. —Señaló a la pareja de niños con la que estaba charlando el Viejo Amigo en el salón—. Vendería a cualquier niño de este pueblo por el que lleva Suze dentro de ella. Si fuera un niño. Mi niño.

—Lo sé —asintió Roland.

—Lo que me preocupa es la rosa —prosiguió Eddie—. Es lo único por lo que vale la pena poner la vida de Suze en peligro. Aun así, tienes que prometerme que si las cosas salen mal, si se pone de parto o si esa Mia comienza a apoderarse de ella, intentaremos salvarla.

—Siempre trataría de salvarla —aseguró Roland, y entonces una fugaz y atormentada imagen cruzó su mente, fugaz pero muy nítida, la de Jake colgando por la pendiente de las montañas.

—¿Lo juras? —preguntó Eddie.

—Sí —contestó Roland.

Sus ojos se encontraron con los del joven. Sin embargo, en su cabeza, vio a Jake cayendo hacia el abismo.

SIETE

Alcanzaron la puerta de la rectoría justo cuando Callahan conducía fuera a los jóvenes. Roland pensó que tal vez fueran los niños más hermosos que había visto en la vida. Tenían el cabello negro como el carbón: el del niño le llegaba hasta los hombros; la niña lo llevaba recogido con una cinta blanca y le caía hasta la cintura. Sus ojos eran de un azul oscuro immaculado. La piel tenía un tono cremoso y los labios eran de un rojo sensual y sorprendente. Sus mejillas estaban delicadamente salpicadas de pecas. Por lo que Roland llegó a distinguir, las pecas de ambos también eran idénticas. Primero lo miraron a él, luego a Eddie y luego volvieron la vista hacia Susannah, quien se apoyó en el dintel con un trapo de cocina en una mano y una taza de café en la otra. La expresión compartida delataba asombro mezclado con curiosidad. Roland distinguió cierto recelo en sus rostros, pero no miedo.

—Roland, Eddie, me gustaría presentaros a los mellizos Tavery, Frank y Francine. Rosalita ha ido a buscarlos. Los Tavery viven a menos de un kilómetro de aquí, ea. Tendréis vuestro mapa esta tarde y ya veréis como será el mejor que hayáis visto en toda vuestra vida. Es solo uno de los muchos talentos que tienen.

Los gemelos Tavery demostraron sus modales: Frank con una inclinación y Francine con una reverencia.

—Nos sois de provecho, os decimos gracias —les correspondió Roland.

Un rubor idéntico tiñó la tez de ambos niños de una cremosidad sorprendente, murmuraron un agradecimiento y se dispusieron a marcharse a la carrera. Antes de poder hacerlo, Roland colocó un brazo alrededor de cada uno de los estrechos hombros, pero de buena constitución, y acompañó un trecho a los mellizos. Lo embelesaba menos su perfecta belleza infantil que la vívida inteligencia que había atisbado en sus ojos azules. No albergaba duda alguna de que le dibujarían el mapa; como tampoco dudaba de que Callahan hubiera enviado a Rosalita a buscarlos con un propósito, si es que todavía hacía falta: si no lo impedían, uno de aquellos bellos niños se convertiría en un mocosito bobalicón en menos de un mes.

—Sai —respondió Frank. Percibió cierto atisbo de preocupación en su voz.

—No debéis temerme —dijo Roland—, pero sí atenderme, y bien.

OCHO

Callahan y Eddie observaron a Roland alejarse con los gemelos Tavery a paso lento por el camino de la rectoría revestido de piedras en dirección al de tierra. Los dos hombres compartieron el mismo pensamiento: Roland parecía un abuelo benévolo.

Susannah se les unió, observó y luego tiró de la camisa de Eddie.

—Ven un segundo.

La siguió a la cocina. Rosalita se había ido y la tenían para ellos solos. Los enormes ojos castaños de Susannah brillaban.

—¿Qué pasa? —le preguntó Eddie.

—Levántame.

Eddie lo hizo.

—Y ahora, rápido, bésame mientras todavía puedas.

—¿Es esto todo lo que querías?

—¿No es suficiente? Será mejor que lo sea, señor Dean.

La besó de buen grado, pero no pudo evitar percatarse de lo mucho que le habían crecido los pechos al apretarse contra él. Cuando apartó la cara de la de Suze se descubrió buscando signos de la otra en su rostro. De la que hacía llamarse Madre en la Alta Lengua. Solo vio a Susannah, pero supuso que desde ese momento en adelante estaría condenado a observar. Y sus ojos no dejaban de intentar desviarse hacia su vientre. Trató de mantenerlos apartados de ese punto, pero era como si tuvieran un imán. Se preguntó qué es lo que cambiaría entre ellos y no le resultó una reflexión agradable.

—¿Mejor? —preguntó.

—Mucho mejor. —Susannah esbozó una sonrisa que un segundo después se esfumó—. Eddie, ¿ocurre algo?

Él sonrió y volvió a besarla.

—¿Te refieres a algo como que igual todos vayamos a morir aquí? No. Nada de nada.

¿Le había mentido en alguna otra ocasión? No lo recordaba, pero creía que no; y aunque lo hubiera hecho, nunca había sido con tanta desfachatez como en aquel momento. De modo tan calculador.

Aquello no estaba bien.

NUEVE

Diez minutos después, rearmados con tazas de café recién hecho (y un tazón de bayas de calalú), salieron al pequeño patio trasero de la rectoría. El pistolero alzó el rostro hacia la luz del sol por un momento, saboreando su consistencia y su calor. A continuación se volvió hacia Callahan.

—A los tres nos gustaría oír su historia, padre, si tiene a bien contárnosla. Y luego puede que nos acerquemos a su iglesia y le echemos un vistazo a lo que hay allí.

—Quiero que os la llevéis —les rogó Callahan—. No ha profanado la iglesia, no podría porque, para empezar, Nuestra Señora nunca ha sido consagrada. Pero ha traído el peor de los cambios. Aún cuando la iglesia no era más que un edificio, sentía la presencia de Dios en su interior. Se acabó, esa cosa lo ha expulsado. Quiero que os la llevéis.

Roland abrió la boca para decir algo que no los comprometiera, pero Susannah habló antes de que pronunciara ni una palabra.

—¿Roland? ¿Estás bien?

El pistolero se volvió hacia ella.

—Sí. ¿Por qué no debería estarlo?

—No haces más que frotarte la cadera.

¿Lo había estado haciendo? Sí, por lo visto, lo había hecho. El dolor ya volvía a acuciarlo a pesar del calor del sol y del aceite de gato de Rosalita. El chasquido seco.

—No es nada —le aseguró—. Solo un poco de reuma.

Susannah lo miró con recelo y luego pareció aceptar la explicación. «Pues sí que empezamos bien —pensó Roland—. Como mínimo dos de nosotros guardamos secretos. No podemos seguir así. No por mucho tiempo.» Se volvió hacia Callahan.

—Cuéntenos su historia. Cómo se hizo esas cicatrices, cómo llegó hasta aquí y cómo se hizo con la Trece Negra. Escucharemos todo lo que tenga que decirnos.

—Sí —murmuró Eddie.

—Todo —repitió Susannah.

Los tres miraron a Callahan, el Viejo Amigo, el religioso que permitía que lo llamaran padre, pero no sacerdote. Se llevó la crispada mano derecha a la cicatriz de la frente y se la frotó.

—Fue la bebida —comenzó al fin—. Eso es lo que creo ahora. Ni Dios ni los demonios ni la predestinación ni la compañía de santos. Fue la bebida. —Hizo una pausa para pensar y luego les sonrió. A Roland le recordó a Nort, el Mascahierba de Tull, que había sido resucitado de entre los muertos por el hombre de negro. Nort sonreía de aquella manera—. Sin embargo, Dios hizo el mundo, pero también Dios hizo la bebida. Y eso también es Su voluntad.

«Ka», pensó Roland.

Callahan se sentó en silencio, frotándose la cicatriz en forma de crucifijo de la frente, ordenando sus pensamientos, y comenzó a relatar su historia.

III
LA HISTORIA DEL SACERDOTE
(NUEVA YORK)

UNO

Fue la bebida, al final se convenció de aquello cuando la dejó y recuperó la claridad. Ni Dios ni Satán ni una batalla psicosexual soterrada entre su adorada madre y su adorado viejo. Solo la bebida. ¿Y acaso sorprendía que el whisky lo hubiera cogido por las orejas? Era irlandés y sacerdote, un strike más y quedaba eliminado.

Del seminario de Boston había pasado a una parroquia de Lowell, Massachusetts. Los parroquianos lo adoraban (no se referiría a ellos como su rebaño, «rebaños» eran los formados por borregos que iban de camino al matadero), pero tras siete años en Lowell, Callahan comenzó a sentir cierta desazón. Cuando se lo comentó al obispo Dugan en la oficina de la diócesis, utilizó todas las palabras de moda del momento para expresar aquella agitación: anomia, malestar urbano, una creciente falta de empatía, una sensación de desconexión con la vida espiritual. Había echado un trago en el lavabo antes de la entrevista (seguido de un par de caramelos refrescantes, ¡tonto no era!), y aquel día estuvo bastante elocuente. La fe no siempre lo imbuye a uno de elocuencia, a menudo lo hace la botella. Pero no era un mentiroso; creía a pies juntillas todo lo que dijo aquel día en el despacho de Dugan. Palabra por palabra. Como que creía en Freud, en el futuro de la misa oficiada en inglés, en la honestidad de la «guerra» de Lyndon Johnson contra la pobreza y en la idiotéz que cometió al involucrarse en la de Vietnam, «Estábamos con el agua hasta el cuello y el imbécil dijo que siguiéramos adelante», como rezaba la vieja canción popular. Tenía fe en gran parte porque aquellas ideas (si eran ideas y no solo cháchara de cócteles) se habían estado cotizando al alza en la bolsa intelectual. «Conciencia Social ha subido casi tres puntos; Casa y Hogar baja un cuarto pero sigue siendo tu valor de riesgo mínimo.» Después, todo se volvió mucho más sencillo. Después, llegó a comprender que no estaba bebiendo demasiado porque sentía una desazón espiritual, aunque sentía una desazón espiritual porque estaba bebiendo demasiado. Quería protestar, asegurar que aquello no podía ser la causa, o no la única, pero era demasiado sencillo. Sin embargo, era aquello, solo aquello. «La voz de Dios es plácida y suave, la voz de un gorrión en un ciclón», eso decía el profeta Isaías, todos digamos gracias. Es difícil oír una voz suave con claridad si llevas un pedo monumental la mayor parte del tiempo. Callahan dejó Estados Unidos y entró en el mundo de Roland antes de que la revolución informática acuñara el acrónimo GIGO —*garbage in, garbage out*—, aunque a tiempo para oír a alguien decir en una reunión de Alcohólicos Anónimos que si metías a un tonto del culo en un avión en San Francisco y lo hacías volar hasta la costa Este, el mismo tonto del culo bajaba en Boston. Con cuatro o cinco tragos entre pecho y espalda, por lo general. Aunque eso fue después. En 1964 creía lo que creía, y mucha gente se había mostrado más que dispuesta a ayudarlo a encontrar el camino. De Lowell había pasado a Spofford, Ohio, un barrio residencial de Dayton. Allí permaneció unos cinco años, hasta que comenzó a sentir de nuevo aquella desazón y, en consecuencia, empezó con la misma monserga de antes. La que solía oírse en los despachos diocesanos. La que hacía que te siguieran trasladando. Anomia. Desconexión espiritual (en aquella ocasión de sus parroquianos del barrio residencial). Sí, lo apreciaban (y el sentimiento era recíproco), aunque parecía que seguía habiendo algo que no encajaba. Y había algo que no encajaba, casi siempre en el silencioso bar de la esquina (en el que todos lo apreciaban también) y en el mueble bar del salón de la rectoría. Más allá de las dosis pequeñas, el alcohol es una toxina y Callahan se envenenaba todas las noches. Fue el veneno que circulaba por sus venas, no la situación del mundo ni la de su alma, lo que lo estaba deprimiendo. ¿Siempre había sido tan obvio? Tiempo después (en otra reunión de Alcohólicos Anónimos) había oído a un tipo comparar el alcoholismo y las adicciones con tener un elefante en la salita: ¿cómo se te podía pasar por alto? Callahan no le contestó, en aquel momento todavía estaba en los primeros noventa días de sobriedad y aquello significaba que lo único que se esperaba de él es que permaneciera sentado y callado («Sácate el algodón de las orejas y métetelo en la boca», le recomendaban los veteranos, todos digamos gracias), pero podría haberlo hecho, sin duda. El elefante se te pasaba por alto porque era un elefante mágico, porque tenía el poder —como la Sombra— de nublar la mente de los hombres. De hecho, tenía el poder de hacerte creer que tus problemas eran espirituales y mentales, pero que no tenían absolutamente nada que ver con

empinar el codo. Dios santo, si solo la pérdida de la fase REM del sueño debida al alcohol era suficiente para joderte bien jodido; si bien jamás se pensaba en aquello mientras se estaba activo. Empinar el codo convertía tus procesos mentales en algo similar a ese número circense en que todos los payasos salen amontonados de un coche diminuto. Cuando estando sobrio, uno echaba la vista atrás, las cosas que se habían dicho y hecho lo hacían estremecer. («Me sentaba en un bar a solucionar todos los problemas del mundo y luego no era capaz de encontrar el coche en el aparcamiento», recordó un tipo en una reunión, todos digamos gracias.) Las cosas que se pensaban eran aún peores. ¿Cómo se podía pasar la mañana vomitando y la tarde creyendo que se tenía una crisis espiritual? Sin embargo, él lo hizo. Y sus superiores también, posiblemente porque más de uno y de dos compartían sus problemas con el elefante mágico. Callahan comenzó a pensar que una iglesia más pequeña, una parroquia rural, volvería a ponerlo en contacto con Dios y consigo mismo. Así que, en la primavera de 1969, se encontró de nuevo en Nueva Inglaterra. En aquella ocasión fue en el norte de Nueva Inglaterra. Había abierto consulta —bolsa y equipaje, crucifijo y casulla— en el agradable y pequeño pueblo de Jerusalem's Lot, en Maine. Allí por fin se enfrentaría al mal real. Cara a cara.

Y se estremeció.

DOS

—Vino a verme un escritor —prosiguió—. Un hombre llamado Ben Meras.

—Creo que he leído un libro suyo —dijo Eddie—. *Danza aérea*, se titulaba. ¿Va de un hombre que acaba en la horca por el asesinato que cometió su hermano?

Callahan asintió.

—Ese mismo. Él y un maestro llamado Matthew Burke creían que había un vampiro haciendo de las suyas en Salem's Lot, de los que crean más vampiros.

—¿Es que hay de otro tipo? —preguntó Eddie, recordando alrededor de un

centenar de películas que había visto en el Majestic y tal vez un millar de tebeos que había comprado (y a veces robado) en Dahlie's.

—Lo hay. Ya llegaremos a eso, ahora olvídale. Lo más importante de todo es que había un chico que también lo creía. Tenía más o menos la misma edad que su Jake. No me convencieron, al menos al principio, pero ellos sí estaban convencidos y fue difícil hacer frente a su fe. Además, algo estaba ocurriendo en El Lot, de aquello no había duda. La gente desaparecía. El pueblo estaba envuelto en una atmósfera de terror. Ahora me es imposible describirla, sentado aquí, al sol, pero era terrorífica. Tuve que officiar el funeral de otro niño. Se llamaba Daniel Glick. Dudo que fuera la primera víctima de aquel vampiro en El Lot, y ya os digo que tampoco fue la última, pero fue la primera en aparecer muerta. El día del entierro de Daniel Glick, mi vida cambió de algún modo. Y no solo estoy hablando de dejar el litro diario de whisky. Algo cambió en mi cabeza, como si hubieran accionado un interruptor. Y aunque no he probado un trago en años, ese interruptor sigue accionado.

«Eso fue que entró en exótransito, padre Callahan», pensó Susannah.

«Eso fue que entró en diecinueve, colega —pensó Eddie—. O tal vez en noventa y nueve. O quizá, no sé cómo, en ambos.»

Roland se limitó a escuchar. Su mente estaba libre de reflexiones, era un perfecto aparato receptor.

—El escritor, Meras, se había enamorado de una chica del pueblo llamada Susan Norton. El vampiro se la llevó. Creo que en parte lo hizo porque se le antojó así y en parte para castigar a Meras por atreverse a formar un grupo, un ka-tet, con la intención de darle caza. Fuimos al lugar que el vampiro había comprado, unas viejas ruinas llamadas «la casa de los Marsten». Lo que allí se alojaba respondía al nombre de Barlow.

Callahan se sentó, caviloso, les echó un vistazo y recordó aquellos días pasados. Al final, retomó el hilo.

—Barlow no estaba, pero había dejado a la mujer. Y una carta. Estaba dirigida a todos nosotros, pero en especial a mí. En cuanto vi a la muchacha allí tendida, en el sótano de la casa de los Marsten, comprendí que todo era cierto. Aun así, el médico que nos acompañaba la

auscultó y le tomó la presión para asegurarse. No tenía pulso. Y la presión arterial era cero. Sin embargo, cuando Ben le hundió la estaca, volvió a la vida. La sangre manó a borbotones y no dejaba de chillar. Las manos... Recuerdo la sombra de las manos en la pared...

La mano de Eddie asió la de Susannah. Escuchaban con un embeleso horrorizado que no dejaba adivinar si creían en aquello o no. No se trataba de un tren parlanchín propulsado por unos circuitos de ordenador que no funcionan, ni de hombres o mujeres que han involucionado hacia el salvajismo. Se trataba de algo relacionado con el demonio que había llegado al lugar donde habían tirado de Jake. O con el guardián de la puerta de Dutch Hill.

—Ese Barlow, ¿qué le decía en la nota? —preguntó Roland.

—Que mi fe era débil y que estaba acabando conmigo mismo. Tenía razón, claro. Por entonces, en lo único en lo que creía a pies juntillas era en el whisky irlandés. Yo no lo sabía. Sin embargo, él sí. La bebida también es un vampiro, tal vez por ello la reconoció.

»El chico que iba con nosotros estaba convencido de que aquel príncipe de los vampiros tenía la intención de matar a sus padres a continuación o de convertirlos. Como venganza. Veréis, habían capturado al chico, pero se había escapado y había matado al cómplice medio humano del vampiro, un hombre llamado Straker.

Roland asintió pensando que aquel niño le recordaba cada vez más a Jake.

—¿Cómo se llamaba?

—Mark Petrie. Lo acompañé a casa con el considerable poder que la Iglesia me concede: la cruz, la estola, el agua bendita y, por descontado, la Biblia. Sin embargo, había llegado a considerar aquellas cosas meros símbolos, y eso se convirtió en mi talón de Aquiles. Barlow estaba allí. Tenía a los padres de Petrie y, más tarde, se hizo con el chico. Alcé la cruz, esta resplandeció, lo hirió. El vampiro lanzó un alarido. —Callahan sonrió al recordar el chillido agónico. Aquella expresión heló la sangre de Eddie—. Le dije que si le hacía daño a Mark, lo destruiría, y lo cierto es que en ese momento podría haberlo hecho. Él también lo sabía. Respondió que antes de que yo lo destruyera, él le arrancaría el cuello al niño. Y podría haberlo hecho.

—Una postergación mexicana —murmuró Eddie, recordando un día junto al mar del Oeste cuando se había enfrentado a Roland en una situación muy similar—. Una postergación mexicana.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Susannah.

La sonrisa de Callahan desapareció. Se frotaba la mano derecha cubierta de cicatrices igual que el pistolero se había frotado la cadera, sin darse cuenta.

—El vampiro me hizo una proposición. Dejaría libre al chico si yo bajaba el crucifijo que sostenía. Nos enfrentaríamos el uno al otro desarmados. Su fe contra la mía. Accedí. Que Dios me asista, accedí. El chico...

TRES

El chico ha desaparecido, como en un torbellino de agua revuelta.

Barlow parece crecer en estatura. Es como si sus cabellos, peinados hacia atrás al estilo europeo, flotasen alrededor del cráneo. Lleva un traje oscuro y una brillante corbata roja con un nudo impecable. Callahan cree que Barlow forma parte de la oscuridad que lo rodea. Los padres de Mark Petrie yacen muertos a sus pies con los cráneos destrozados.

—Cumple tu parte del trato, chamán.

Aunque ¿por qué debería hacerlo? ¿Por qué no lo ahuyenta y queda en tablas por esta noche? ¿O lo mata sin más? Algo le dice que no es una buena idea, nada buena, pero no sabe por qué. Las palabras de moda que le han ayudado en anteriores momentos de crisis tampoco le serán de ayuda. No se trata de anomia, falta de empatía o del dolor existencial del siglo XX, se trata de un vampiro. Y...

Y la cruz, la que hasta el momento ha brillado con fuerza, se está apagando.

El miedo le asalta el estómago, que se convierte en un amasijo de cables incandescentes. Barlow se dirige hacia Callahan atravesando la cocina de los Pretie y Callahan distingue los colmillos con claridad porque Barlow sonríe. Es la sonrisa del ganador.

Callahan retrocede un paso. Luego dos. A continuación, las nalgas chocan contra el canto de la mesa y esta se desliza hasta la pared. Ya no queda otro sitio adonde ir.

—*Es triste ver cómo se derrumba la fe de un hombre* —dice Barlow, y se abalanza sobre él.

¿Qué se lo impide? La cruz que Callahan sujeta en alto se ha apagado. Ya no es más que un pedazo de yeso, un artículo barato de marquetaría que su madre le compró en una tienda de recuerdos de Dublín, seguramente a precio de reventa. El poder que le había enviado con una sacudida brazo arriba, el voltaje espiritual suficiente como para echar abajo paredes y desmenuzar piedras, ha desaparecido.

Barlow se la arranca de los dedos. Callahan grita desesperado; es el grito de un niño que de súbito descubre que el hombre del saco siempre ha existido y que ha estado esperando paciente y metido en el armario una oportunidad. Es entonces cuando oye un sonido que ha de perseguirlo por el resto de su vida, desde Nueva York y las carreteras secretas de Estados Unidos, hasta las reuniones de Alcohólicos Anónimos de Topeka donde al fin recupera la sobriedad; hasta la última estación de Detroit; hasta su vida allí, en Calla Bryn Sturgis. Recordará el sonido cuando le graben la cicatriz en la frente y solo le quede esperar la muerte. Lo recordará cuando sea asesinado. Es el sonido de dos chasquidos secos al tiempo que

Barlow parte los brazos de la cruz, y el ruido sordo de cuando arroja los restos al suelo. Y también recordará el pensamiento ridículo y delirante que lo asaltó cuando Barlow se abalanzaba sobre él: «Dios, necesito un trago».

CUATRO

El padre se volvió hacia Roland, Eddie y Susannah con la mirada de alguien que está reviviendo el peor momento de su vida.

—En Alcohólicos Anónimos llegas a oír todo tipo de dichos y lemas. Hay uno que siempre se me presenta cuando pienso en aquella noche, cuando Barlow me cogió por los hombros.

—¿Cuál? —preguntó Eddie.

—«Ten cuidado con lo que deseas —respondió Callahan—, porque puede convertirse en realidad.»

—Eché un trago —concluyó Roland.

—¡Vaya si lo eché! —afirmó Callahan.

CINCO

Las manos de Barlow son fuertes, implacables. Al tiempo que Callahan se ve proyectado hacia delante comprende lo que va a suceder. No, la muerte, no. La muerte sería algo misericordioso en comparación con aquello.

«No, por favor, no», trata de decir, pero las palabras no salen de su boca, solo un débil y endeble gemido.

—*Ahora, sacerdote* —susurra el vampiro.

La boca de Callahan queda presionada contra la carne hedionda del gélido pescuezo del vampiro. No hay anomia ni disfunción social ni ramificaciones éticas o raciales. Solo el hedor a muerte y una vena, abierta y palpitante gracias a la sangre infecta y muerta de Barlow. Ninguna sensación de angustia existencial, ningún pesar posmoderno por la muerte del sistema de valores estadounidense, ni siquiera sensación de la culpa religiosa y psicológica del hombre occidental. Solo la lucha por aguantar la respiración para siempre jamás o la de volver la cabeza o la de hacer ambas cosas. No puede. Aguanta durante lo que le parecen eones, bañandose sangre sus mejillas, la barbilla y la frente como una pintura de guerra. En vano. Al final hace lo que todos los alcohólicos tienen que hacer una vez que la bebida los ha cogido por las orejas: bebe. Strike tres. Eliminado.

SEIS

—El chico consiguió escapar. Al menos consiguió eso. Y Barlow me dejó ir. Matarme no hubiera tenido ninguna gracia, ¿no? No, la gracia consistía en dejarme vivo.

«Vagué durante una hora o más por un pueblo que iba desvaneciéndose ante mis ojos. No existen muchos vampiros Tipo Uno, y eso es toda una suerte porque un Tipo Uno puede crear un

infierno de confusión y caos en un período de tiempo extremadamente corto. El pueblo ya estaba medio infectado, pero yo estaba demasiado ciego, demasiado conmocionado, para darme cuenta. Además, ninguno de los vampiros recién convertidos se me había aproximado. Barlow me había impuesto su marca como Dios dejó la suya en Caín antes de expulsarlo a morar la tierra de Nod. Por su fe y su sello, como dirías tú, Roland.

»En el callejón, junto al drugstore de Spencer, había una fuente pública; una de esas fuentes que el Departamento de Sanidad prohibiría años después, aunque en aquellos días había una o dos en cada pueblo pequeño. Me limpié la sangre de Barlow de la cara y el cuello. También traté de sacármela del pelo, y luego fui a Saint Andrew, mi iglesia. Había decidido que iba a rezar para que se me concediera una segunda oportunidad. No al dios de los teólogos que creen que a fin de cuentas todo lo sagrado y lo pecaminoso procede del interior de uno, sino al Dios de toda la vida. El que ordenó a Moisés que no dejara vivir a hechicera alguna, el que le concedió a su hijo el poder de resucitar de entre los muertos. Una segunda oportunidad era lo único que quería. ¡Mi vida por ella!

»Para cuando llegué a Saint Andrew, iba casi corriendo. Para llegar al interior había que atravesar tres puertas. Alcancé la intermedia. Desde algún lugar me llegó el estruendo del tubo de escape de un coche y la risa de alguien. Recuerdo aquellos sonidos con mucha claridad. Es como si señalaran la frontera de mi vida como sacerdote de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana.

—¿Qué le ocurrió, corazón? —preguntó Susannah.

—La puerta me rechazó —contestó Callahan—. Tenía un picaporte de hierro y, cuando lo toqué, escupió una llamarada como si lo hubiera alcanzado un rayo por dentro. Me envió escaleras abajo hasta el camino de cemento. Me hizo esto. —Alzó la mano derecha cubierta de cicatrices.

—¿Y eso? —preguntó Eddie señalando la frente.

—No —contestó Callahan—. Esto vino después. Me recompuse. Caminé algo más. Volví de nuevo al drugstore de Spencer, aunque en aquella ocasión entré. Compré una venda para la mano y, entonces, cuando estaba pagando, vi la señal. Monta en el Gran Perro Gris.

—Se refiere a Greyhound, cariño —le explicó Susannah a Roland—. Es una compañía de autobuses nacional.

Roland asintió e hizo girar el dedo para indicarle que continuara.

—La señorita Coogan me dijo que el siguiente autobús salía para Nueva York así que compré un billete. Si me hubiera dicho que el destino era Jacksonville o Nome o Hot Burgoon, en Dakota del Sur, habría acabado en uno de esos lugares. Lo único que deseaba era salir de aquel pueblo. No me importaba que la gente se estuviera muriendo o algo peor a pesar de que algunos fueran amigos míos y, otros, mis parroquianos. Lo único que deseaba era salir de allí. ¿Lo comprendéis?

—Sí —afirmó Roland sin vacilación alguna—. Muy bien.

Callahan lo miró de frente y lo que descubrió pareció tranquilizarlo un poco. Cuando continuó, parecía más calmado.

—Loretta Coogan era una de las solteras del pueblo. Seguro que la asusté porque dijo que tendría que esperar el autobús fuera. Salí. Al final llegó el bus. Subí y le di el billete al conductor quien se quedó con su mitad y me devolvió la mía. Me senté y el autocar emprendió la marcha. Pasamos por debajo del semáforo intermitente de color ámbar situado en el centro del pueblo; ya habíamos recorrido casi los dos primeros kilómetros. Los dos primeros kilómetros de carretera que me trajeron hasta aquí. Más tarde, tal vez a las cuatro y media de la madrugada, todavía era de noche, el autocar se detuvo en...

SIETE

—*Hartford* —anuncia el conductor—. *Estamos en Hartford, Mac. Parada de descanso de veinte minutos, ¿Te importaría entrar ahí y traerte un bocadillo o algo así?*

Callahan busca a tientas el reloj en el bolsillo con la mano vendada y casi se le cae. Siente el regusto de la muerte en los labios, un regusto asqueroso y harinoso como el de una manzana podrida. Necesita algo con lo que quitárselo y, si no existe nada que lo quite, al menos que lo

cambie y, si no existe nada que lo cambie, al menos que lo disimule como cuando se tapa un feo boquete en un suelo de madera con una alfombra barata.

—¿Puede traerme una botella? —le dice al conductor tendiéndole un billete de veinte.

—Señor, las normas...

—Y quédese el cambio, claro. Con una botella pequeña me conformo.

—No quiero que nadie arme follón en mi autobús. Llegaremos a Nueva York en un par de horas. Una vez que estemos allí puede comprarse lo que le apetezca. —El conductor trata de sonreír—. Es la Ciudad de la Diversión, ya sabe.

Callahan —ya no es el padre Callahan, la llamarada que había expulsado el picaporte lo había dejado claro— añade diez más a los veinte. Le está tendiendo treinta dólares. Vuelve a repetirle al conductor que con una botella de medio litro se conforma y que no espera que le devuelva el cambio. Esta vez el conductor, que no es tonto, coge el dinero.

—Pero después no me arme un follón —le repite—. No quiero que nadie arme follones en mi autobús.

Callahan asiente con la cabeza. Nada de armar follones, eso son cuatro de diez. El conductor entra en el local, que es una mezcla de tienda de comestibles, licorería y restaurante de carretera a la entrada de Hartford, en el filo de la mañana, bajo luces amarillas de alta intensidad. Hay carreteras secretas en Estados Unidos, carreteras ocultas. Aquel lugar descansa en una de las rampas de entrada que conduce a esa red de carreteras del lado oscuro, y Callahan lo percibe. Lo siente en el modo en que los vasos de plástico y los paquetes arrugados de cigarrillos ruedan por el asfalto empujados por la brisa del cercano amanecer. Lo susurra la señal de los surtidores de gasolina, la que dice: CUANDO SEA DE NOCHE, EL IMPORTE DE LA GASOLINA SE ABONARÁ POR ADELANTADO. Está en el adolescente de la acera de enfrente, sentado en la entrada del porche a las cuatro y media de la madrugada con la cabeza entre los brazos; un ensayo mudo sobre el dolor. Las carreteras secretas están ahí fuera, cerca y le susurran: «Vamos, colega —dicen—. Aquí lo olvidarás todo, incluso el nombre que te pusieron cuando no eras más que un bebé desnudo y desconsolado todavía embadurnado de la sangre de tu madre. Te pusieron un nombre como se ata una lata a la cola de un perro, ¿verdad? Pero no tienes por qué arrastrarla por todas partes. Ven, vamos». Sin embargo, no va a ninguna parte. Está esperando al conductor del bus que aparece en menos que canta un gallo con una botella de medio litro de whisky Old Log Cabin en un envoltorio de papel marrón. Es una marca que Callahan conoce muy bien, una pinta de aquello seguro que no sube a más de dos dólares y veinticinco centavos allí, en el culo del mundo, lo que significa que el conductor del autobús se acaba de ganar una propina de veintiocho dólares, centavo arriba, centavo abajo. No está mal. Es el estilo americano, ¿no? Dar mucho y obtener poco. Y si el Log Cabin se lleva ese asqueroso regusto de la boca —mucho peor que la palpitación de la mano quemada—, habrá valido todos y cada uno de los centavos de esos treinta pavos. ¡Cojona!, incluso valdría uno de los grandes.

—Nada de follones —le advierte el conductor—. Si empieza a armar follón lo suelto en medio de la autostopista Cross Bronx. Le juro por Dios que lo hago.

Para cuando el Greyhound entra en la terminal de autobuses de Port Authority, Don Callahan está borracho. Sin embargo, no arma follones, se limita a quedarse sentado hasta que llega la hora de bajarse y unirse a la marabunta humana de las seis en punto, bajo las frías luces de los fluorescentes. Yonquis, taxistas, limpiabotas, chicas que te la chupan por cinco dólares, polis haciendo girar sus porras, camellos con sus radiotransistores, obreros que acaban de llegar de Nueva Jersey... Callahan se une a ellos, borracho pero tranquilo; los polis que hacen girar sus porras apenas te dedican una segunda mirada. El aire de Port Authority huele a humo de cigarrillo, de canutos y de tubo de escape. Los motores de los autobuses de la darsena retumban. Parece como si todo el mundo acabara de salir de prisión. Bajo los fríos y blancos fluorescentes, todos parecen muertos.

«No —piensa, caminando bajo una señal que reza: SALIDA—. Muertos no, no es exacto. Parecen "no-muertos".»

OCHO

—Tío, ¡tú sí que has estado en la guerra! —dijo Eddie—. En las de Grecia, en las de Roma y en la de Vietnam.

Cuando el Viejo Amigo había comenzado su historia, Eddie había esperado que los llevara al galope hasta el momento en que entrarían en la iglesia y pudieran ver lo que tuviese allí escondido. No había esperado sentirse conmovido, ni mucho menos afectado, pero así había sido. Callahan conocía cosas que Eddie creía que nadie más conocía: la tristeza de los vasos de plástico rodando sobre el asfalto, la desesperanza oxidada de aquella señal de los surtidores de gasolina, el aspecto del mundo bajo una mirada humana poco antes del amanecer.

Y, sobre todo, la urgencia de la necesidad.

—¿En la guerra? No sé —contestó Callahan. A continuación suspiró y asintió—. Sí, supongo que sí. Me pasé todo ese primer día en salas de cine y la noche en Washington Square Park. Vi que la otra gente sin un techo bajo el que cobijarse se cubría de periódicos, así que hice lo mismo. Un ejemplo de cómo la vida, su calidad y consistencia, parecía haber cambiado para mí el día del funeral de Danny Glick. No lo comprenderéis de inmediato, pero permitidme abusar un poco más de vuestra paciencia. —Miró a Eddie y sonrió—. Y no te preocupes, hijo, no me voy a pasar el día hablando. Ni siquiera la mañana.

—Continúe y cuéntelo del modo que a bien tenga —respondió Eddie.

Callahan estalló en carcajadas.

—¡Digo gracias! ¡Ea, te digo muchas, pero que muchas gracias! Lo que iba a contaros es que me cubrí la mitad del cuerpo con el *Daily News* y los titulares decían: LOS HERMANOS DE HITLER CAEN SOBRE QUEENS.

—¡Dios santo, los Hermanos de Hitler! —exclamó Eddie—. Los recuerdo. Una pareja de tarados. Apaleaban... ¿a quiénes? ¿A los judíos? ¿A los negros?

—A ambos —concretó Callahan—. Y les grababan esvásticas en la frente. No tuvieron oportunidad de acabar la que me querían grabar a mí. Y menos mal, porque lo que tenían pensado para después de los cortes era algo más que una simple paliza. Ocurrió años después, cuando volví a Nueva York.

—Esvástica —repitió Roland—. ¿Es el sigil del avión que encontramos cerca de Paso del Río? ¿El que llevaba dentro a David Quick?

—Aja —asintió Eddie, y dibujó una esvástica entre la hierba con la punta de la bota.

La hierba volvió a recuperar su forma casi de inmediato, pero no antes de que Roland comprobara que sí, que la marca en la frente de Callahan podría tomarse por un esbozo de una de aquellas cruces. Si la hubieran terminado.

—Ese día, a finales de octubre de mil novecientos setenta y cinco —prosiguió Callahan—, los Hermanos de Hitler solo eran un titular bajo el que yo dormía. Pasé la mayoría del segundo día en Nueva York dando vueltas y luchando contra las ganas de hacerme con una botella. Parte de mí quería luchar en vez de beber, tratar de enmendarme. Pero, al mismo tiempo, sentía que la sangre de Barlow iba haciendo mella en mí, cada vez con más intensidad. El mundo olía diferente y no por ello mejor. Las cosas parecían diferentes y no por ello mejores. Y aquel regusto me volvía una y otra vez a la boca, un regusto a pescado podrido o a vino picado.

»No tenía esperanza alguna de salvación. Nunca creí tenerla. De todas formas, enmendarse no tiene nada que ver con la salvación. Ni con el cielo. Tiene que ver con tener la conciencia tranquila aquí, en la tierra, y eso no puede tenerse si se está borracho. Ni siquiera entonces creía ser un alcohólico, me limitaba a preguntarme si Barlow me habría convertido en un vampiro, si el sol empezaría a quemarme la piel y si no dejaría de mirarles el cuello a las señoras. —Se encogió de hombros y rió—. O tal vez a los caballeros. Ya sabéis lo que se dice sobre el sacerdocio, que somos un atajo de reinonas que vamos dando vueltas por ahí agitando la cruz en las narices de la gente.

—Pero no se convirtió en un vampiro —apuntó Eddie.

—Ni siquiera en uno Tipo Tres. Solo era un impío ajeno a todo. Un náufrago al que no lo abandonaba su hedor y que veía el mundo como las cosas como él debían verlo: sombreado de

rojo y gris. El rojo fue el único color brillante que conseguí distinguir durante años. El resto no era más que un susurro.

»Creo que estuve buscando una sucursal de ManPower, ya sabéis, esa empresa de trabajo temporal. En aquella época todavía estaba bastante fuerte y, claro está, también era mucho más joven. No encontré la sucursal, pero sí un sitio llamado El Hogar. Estaba en la Primera avenida con la calle Cuarenta y siete, no muy lejos de la ONU.

Roland, Eddie y Susannah intercambiaron una mirada. Fuera lo que fuese El Hogar, había estado a tan solo dos manzanas del solar. «Aunque entonces no debía de ser un solar —pensó Eddie—. En mil novecientos setenta y cinco no. En mil novecientos setenta y cinco todavía debía de ser la Charcutería Artística de Tom y Jerry, Especialidad en bandejas para fiestas.» De repente deseó que Jake estuviera allí. Eddie imaginó que a aquellas alturas el niño ya habría estado dando botes de nerviosismo.

—¿Qué tipo de tienda era El Hogar? —preguntó Roland.

—No era una tienda. Era un albergue. Un albergue húmedo. No puedo asegurar que fuera el único de Manhattan, pero juraría que era uno de los pocos. En aquel entonces no sabía mucho de albergues, algo me sonaba de cuando estuve en mi primera parroquia, pero a medida que pasó el tiempo, aprendí mucho. Viví las dos caras de la moneda de ese sistema. A veces era el tipo que servía la sopa a las seis de la tarde y repartía las mantas a las nueve; otras, era el tipo que comía la sopa y dormía bajo las mantas. Tras pasar una inspección para ver si tenía piojos, claro.

»Hay refugios en los que no te dejan entrar si el aliento te huele a alcohol. Y hay otros en los que te dejan entrar si aseguras que al menos hace dos horas que tomaste el último trago. En otros sitios, los menos, te dejan entrar aunque vayas de meados y alcohol hasta las cejas siempre y cuando te dejes registrar a la entrada y confiscar el vino rancio que lleves encima. Una vez que se han ocupado de eso, te meten en una sala especial, y cerrada, con los demás tipos que ya no pueden caer más bajo. No puedes escabullirte para echar otro trago si cambias de opinión y no hay posibilidad de asustar a la gente que está menos trompa que tú si te entra el *delirium tremens* y empiezas a ver salir gusanos de las paredes. No se admitían mujeres en el calabozo, porque tenían todos los puntos para que acabaran violadas. Es una de las razones por las que mueren más mujeres que hombres sin techo. Eso es lo que solía decir Lupe.

—¿Lupe? —preguntó Eddie.

—Ya llegaré a él, por ahora baste decir que era el artífice de la política sobre el alcohol de El Hogar. En El Hogar guardaban la bebida bajo llave, no a los borrachos. Te permitían tomar un trago si lo necesitabas y si prometías que no ibas a armar jaleo. Y un traguito más pequeño, y de algo no tan fuerte, como sedante. No es el procedimiento médico recomendado, ni siquiera estoy seguro de que fuera legal, puesto que ni Lupe ni Rowan Magruder eran médicos, pero parecía funcionar. Una noche ajetreada aparecí sobrio y Lupe me puso a trabajar. Trabajé gratis durante un par de días y entonces Rowan me llamó a su oficina, un cuartucho no más grande que el armario de las escobas. Me preguntó si era alcohólico. Le dije que no. Me preguntó si la policía me buscaba. Le dije que no. Me preguntó si escapaba de algo. Le dije que sí, de mí mismo. Me preguntó si quería trabajar y rompí a llorar. Consideré aquello como un sí.

»Me pasé los nueve meses siguientes, hasta junio de mil novecientos setenta y seis, trabajando en El Hogar. Hacía las camas, cocinaba, de vez en cuando acompañaba a Lupe o a Rowan en las llamadas que hacían para recaudar fondos, llevaba a dos borrachos a las reuniones de Alcohólicos Anónimos en la furgoneta de El Hogar, dispensaba algunos tragos a tipos que se estremecían de tal modo que a duras penas conseguían sujetar el vaso. Pasé a encargarme de los libros porque se me daba mejor que a Magruder o a Lupe o a cualquiera de los tipos que trabajaban allí. No fueron los días más felices de mi vida, no diría tanto, y el regusto de la sangre de Barlow nunca abandonó mi boca, pero fueron días benditos. No pensaba demasiado. Me limitaba a agachar la cabeza y a hacer lo que me pidieran. Comencé a sanar.

»En algún momento a lo largo de aquel invierno, me di cuenta de que había comenzado a cambiar. Fue como si hubiera desarrollado una especie de sexto sentido. A veces oía el tintineo de unas campanillas. Era horroroso, aunque al mismo tiempo agradable. Otras, cuando estaba en

la calle, todo se oscurecía, incluso cuando el sol brillaba. Recuerdo que miraba al suelo para comprobar que mi sombra no había desaparecido. Estaba seguro de que no la encontraría, pero siempre estaba allí.

El ka-tet de Roland intercambió una mirada.

—A veces se añadía un elemento olfativo a aquellas fugas. Un olor acre, como a cebolla mezclada con metal caliente. Comencé a sospechar que había desarrollado una especie de epilepsia.

—¿Acudió a un médico? —preguntó Susannah.

—No, no lo hice. Tenía miedo de que me encontrara algo más. Un tumor cerebral me parecía lo más probable. Lo que hice fue agachar la cabeza y seguir trabajando. Y entonces, una noche, fui al cine de Times Square para ver una reposición de dos películas del Oeste de Clint Eastwood. ¿Lo que solían llamar un *spaghetti western*?

—Sí —respondió Eddie.

—Comencé a escuchar las campanillas. Era un repique. Y a percibir aquel olor más fuerte que nunca. Todo aquello procedía de algún sitio frente a mí, a la izquierda. Miré en aquella dirección y vi a dos hombres, uno bastante mayor y el otro más joven. Fueron fáciles de localizar porque el lugar estaba casi vacío. El más joven estaba inclinado sobre el otro que no apartaba los ojos de la pantalla aunque tenía el brazo alrededor de los hombros del más joven. Si hubiera sucedido cualquier otra noche, casi no habría dudado de lo que estaba pasando, pero aquella noche no. Nunca había visto aquella luz. Era como la oscuridad que a veces percibía en la calle, cuando las campanillas comenzaban a sonar en mi cabeza, como el olor. Sabía que aquello no estaba allí y, aun así, estaba allí. Entonces lo comprendí. No lo acepté, eso vino después, pero lo comprendí: el más joven era un vampiro.

Se detuvo para pensar cómo proseguir su historia. Cómo exponerla.

—Creo que al menos existen tres tipos de vampiros que rondan por el mundo. Los llamo Tipo Uno, Tipo Dos y Tipo Tres. Los Tipo Uno son raros. Barlow era un Tipo Uno. Viven muchos años y pueden pasar largo tiempo, cincuenta años, cien, tal vez doscientos, hibernando. Cuando están activos son capaces de crear nuevos vampiros, lo que llamamos los «no muertos». Estos no muertos pertenecen al Tipo Dos. También cuentan con la capacidad de crear nuevos vampiros, pero no son demasiado listos. —Miró a Eddie y a Susannah—. ¿Han visto *La noche de los muertos vivientes*?

Susannah sacudió la cabeza. Eddie asintió.

Los no muertos de esa película eran zombis, criaturas con el cerebro muerto. Los vampiros Tipo Dos son más inteligentes que los zombis, pero no mucho más. No pueden salir durante el día. Si lo intentan acaban ciegos, se queman o mueren. Aunque no puedo asegurarlo, creo que no suelen vivir mucho. No porque el cambio de vivo y humano a no muerto y vampiro acorte la vida, sino porque la existencia del vampiro Tipo Dos es harto peligrosa.

»En la mayoría de los casos, y esto es algo que creo, no que sé, los vampiros Tipo Dos crean otros vampiros Tipo Dos en una zona relativamente pequeña. En esta fase de la enfermedad, pues es una enfermedad, el vampiro Tipo Uno, el vampiro rey, por lo general ya se ha mudado. En Salem's Lot al final mataron al hijo de puta, y podría ser que solo hubiera una docena como él en todo el mundo.

»En otros casos, los Tipo Dos crean vampiros Tipo Tres. Los Tipo Tres son como mosquitos. No pueden crear más vampiros, pero se alimentan y se alimentan y se alimentan...

—¿Pillan el sida? —preguntó Eddie—. Es decir, sabe lo que es, ¿no?

—Lo sé, aunque nunca había oído el término hasta la primavera de mil novecientos ochenta y tres, cuando estaba trabajando en el albergue El Faro de Detroit y mi estancia en Estados Unidos se estaba acortando. Durante diez años supimos que había algo. Algunas publicaciones lo llamaron GRID, inmunodeficiencia asociada a la homosexualidad. En mil novecientos ochenta y dos comenzaron a publicarse artículos en los periódicos sobre una nueva enfermedad llamada «el cáncer gay» y se especulaba que podría ser contagiosa. En la calle, algunos hombres la llamaban «enfermedad de la llaga venérea» por las marcas que dejaba. No creo que sea mortal para los

vampiros o que ni siquiera la desarrollen, pero pueden contraerla. Y transmitirla. Sin duda. Tengo razones para creerlo. —Los labios de Callahan se estremecieron y acto seguido los apretó con firmeza.

—Cuando aquel demonio-vampiro le hizo beber su sangre, le transmitió la capacidad de distinguirlos —aventuró Roland.

—Sí.

—¿A todos o solo a los Tipo Tres? ¿A los pequeños?

—A los pequeños —musitó Callahan, y a continuación emitió una breve y forzada risa—. Sí, eso me gusta. En cualquier caso, solo he visto vampiros Tipo Tres, al menos desde que dejé Jerusalem's Lot. Aunque, claro está, los Tipo Uno como Barlow son muy raros y los Tipo Dos no viven mucho, su hambre desmedida los pierde. Son casi voraces. Sin embargo, a los Tipo Tres no les afecta la luz del día y obtienen el sustento principal de los alimentos, como nosotros.

—¿Qué hizo esa noche? —preguntó Susannah—. ¿En el cine?

—Nada —contestó Callahan—. Durante el tiempo que pasé en Nueva York la primera vez, no hice nada hasta abril. Veréis, no estaba seguro. Es decir, el corazón me decía que sí, pero la cabeza se negaba de plano. Y durante todo aquel tiempo se interpuso la cosa más sencilla de todas: era un alcohólico en seco. Un alcohólico también es un vampiro, y esa parte de mí iba volviéndose más sedienta mientras que la parte restante de mi ser trataba de negar mi naturaleza esencial. Así que me dije que había visto a una pareja de homosexuales besuqueándose en el cine, nada más. En cuanto al resto, las campanillas, el olor, la luz azul oscuro que envolvía al joven, me convencí de que era epilepsia o un vestigio de lo que Barlow me había hecho, o ambas cosas. Y, por descontado, tenía razón sobre Barlow. Su sangre había despertado en mi interior. Veía.

—Fue algo más que eso —advirtió Roland.

Callahan se volvió hacia él.

—Entró en exotransito, padre. Algo de este mundo le estaba llamando. Sospecho que era lo que tiene en la iglesia, aunque no estaría en la iglesia cuando se encontró con ello la primera vez.

—No —respondió Callahan. Observaba a Roland con un respeto cauteloso—. No lo estaba. ¿Cómo lo sabes? Dímelo, te lo ruego.

Roland no lo hizo.

—Continúe —le pidió—. ¿Qué le ocurrió a continuación?

—Lupe —contestó Callahan.

NUEVE

Se apellidaba Delgado.

Roland exteriorizó su sorpresa tan solo un instante —abrió los ojos algo más de lo normal—, pero Eddie y Susannah conocían al pistolero lo bastante bien como para saber que siquiera aquello se salía de lo cotidiano. Por otro lado, casi se habían acostumbrado a las coincidencias que no podían ser tales, a la sensación de que cada una de ellas era el giro de una enorme rueda dentada.

Lupe Delgado tenía treinta y dos años, era un alcohólico que llevaba casi cinco años sin probar la bebida y que había estado trabajando en El Hogar desde 1974. Magruder había encontrado el sitio, pero fue Lupe Delgado quien le dio vida y un objetivo. Durante el día formaba parte de la plantilla de mantenimiento del Plaza, en la Quinta avenida. Por la noche trabajaba en el albergue. Había ayudado a elaborar la ley «húmeda» y había sido la primera persona en saludar a Callahan cuando este entró.

—Esa primera vez, estuve en Nueva York poco más de un año —dijo Callahan—, pero, sobre marzo de mil novecientos setenta y seis, me... —Se detuvo luchando por decir lo que sus tres oyentes comprendieron por la expresión que adoptó. Se había sonrojado por completo salvo la cicatriz, cuya apariencia blanquecina parecía brillar en comparación con una luz casi sobrenatural—. Está bien, supongo que vosotros diréis que me había enamorado de él. ¿Eso me convierte en marica? ¿En un julandrón? No lo sé. Dicen que todos lo somos, ¿no? Bueno, hay gente que lo dice. Y ¿por qué no? Cada uno o dos meses, por lo visto, aparecía un artículo en los

periódicos sobre un sacerdote con tendencia a meter mano a los niños por debajo de los faldones. En cuanto a mí, no hay razón para que me crea marica. Dios sabe que cuando una mujer guapa cruzaba las piernas no me dejaba indiferente, fuera o no fuera cura, y jamás se me pasó por la cabeza acosar a los monaguillos. Y nunca hubo nada físico entre Lupe y yo. Pero lo quería, y no estoy hablando de que me gustara solo por sus ideas, por su dedicación y por sus proyectos para El Hogar. Ni porque hubiera escogido realizar su verdadero trabajo entre los pobres, como Cristo. Había una atracción física. —Callahan se detuvo, vaciló y luego estalló—: Dios, era hermoso. ¡Hermoso!

—¿Qué le ocurrió? —preguntó Roland.

—Llegó a El Hogar una noche nevada, a finales de marzo. El albergue estaba lleno y los residentes estaban nerviosos. Ya había habido una pelea a puñetazos y todavía nos estábamos rehaciendo de aquello. Un tipo estaba en pleno *delirium tremens* y Rowan Magruder se lo había llevado atrás, a su oficina, y le estaba dando café mezclado con whisky. Como creo que ya les he dicho, no había ninguna habitación cerrada con llave en El Hogar. Era la hora de comer, de hecho, ya había pasado media hora, y tres de los voluntarios no se habían presentado a causa del tiempo. Sonaba la radio y un par de mujeres bailaban. «Hora de comer en el zoo», solía decir Lupe.

»Me estaba quitando el abrigo, de camino a la cocina... Un tipo llamado Frank Spinelli me cogió por banda... Quería saber cómo iba lo de una carta de recomendación que había prometido que le escribiría... Y una mujer, Lisa no sé qué, que deseaba que le ayudara a seguir uno de los pasos de Alcohólicos Anónimos: "Confeccionar una lista de aquellos a los que hemos herido...". También había un chico joven que quería que le echara una mano con una solicitud de trabajo, sabía leer un poco, pero no escribir... Algo comenzó a quemarse en la cocina... Estalló el caos. Pero me gustaba. Aquello me levantaba el ánimo y me mantenía activo. Sin embargo, en medio de todo aquello, me detuve. No había campanillas y solo olía a sudor de borracho y a comida quemada... pero el cuello de Lupe estaba envuelto de aquella luz, como si fuera un collar. Y vi las marcas. Muy pequeñas. En realidad, eran poco más que un muerdo.

»Me detuve en seco y debí de tambalarme porque Lupe se me acercó corriendo. Entonces lo olí, muy suave: cebolla y metal caliente. También debí de perder el conocimiento durante unos segundos porque, de repente, estábamos los dos en un rincón, junto al archivador en el que guardábamos las cosas de Alcohólicos Anónimos, y me estaba preguntando cuándo había comido por última vez. Él sabía que a veces se me olvidaba hacerlo.

»El olor había desaparecido. El resplandor azul alrededor del cuello había desaparecido. Y aquella marca, en el lugar donde algo lo había mordido, también había desaparecido. Salvo que el vampiro sea insaciable, las marcas se van rápido. Yo lo sabía. No valía la pena preguntarle con quién había estado ni cuándo ni dónde. Los vampiros, incluso los Tipo Tres, o tal vez los Tipo Tres en particular, tienen sus mecanismos de protección. Las sanguijuelas de estanque segregan un enzima en la saliva que mantiene el flujo de la sangre mientras se alimentan. También entumece la piel de modo que, a menos que la veas, no sabes qué está ocurriendo. Es como si esos vampiros Tipo Tres pudieran transmitir una especie de amnesia a corto plazo y selectiva a través de la saliva.

»Le resté importancia. Le dije que me había dado un mareo, lo achaqué a pasar del frío de la calle a todo aquel ruido, luz y calor. Lo aceptó, pero me dijo que me lo tomara con calma. "Eres demasiado importante como para perderte, Don", dijo y acto seguido me besó. Aquí. —Callahan se tocó la mejilla derecha con la mano cubierta de cicatrices—. Bueno, supongo que he mentido cuando he dicho que no había nada físico entre nosotros, ¿no? Hubo aquel beso. Todavía recuerdo con toda exactitud cómo fue. Incluso el pequeño cosquilleo que me produjeron los cuatro pelos que tenía en el labio superior... Aquí.

—Lo siento mucho por usted —dijo Susannah.

—Gracias, querida —contestó Callahan—. Me pregunto si sabes lo mucho que esto significa. Lo maravilloso que es contar con el consuelo de alguien del mundo de uno. Es como ser un náufrago y recibir nuevas de casa. O como el agua fresca de un arroyo tras años de líquido

embotellado y rancio.

Se inclinó hacia ella, le cogió la mano entre las suyas y sonrió. Eddie creyó adivinar en aquella sonrisa algo forzado, o incluso falso, y lo asaltó una idea espantosa. ¿Y si el padre Callahan estaba oliendo una mezcla de cebollas amargas y metal caliente en ese mismo instante? ¿Y si estaba viendo un resplandor azulado, no alrededor del cuello de Susannah, sino envolviendo su vientre como un cinturón?

Eddie miró a Roland, pero no encontró ayuda. El rostro del pistolero no dejaba adivinar emoción alguna.

—Tenía el sida, ¿verdad? —preguntó Eddie—. Algún vampiro gay Tipo Tres mordió a su amigo y se lo pegó.

—Gay —repitió Callahan—. ¿En serio utilizas esa palabra...? —Su voz se fue apagando y sacudió la cabeza.

—Aja —contestó Eddie—. Los Red Sox todavía no han ganado las Series y los homosexuales son gays.

—¡Eddie! —le recriminó Susannah.

—Eh, ¿crees que es fácil ser el último en irse de Nueva York y haberse dejado las luces encendidas? —se defendió Eddie—. Porque no lo es. Y déjame decirte que yo también me estoy sintiendo cada vez más desfasado. —Se volvió hacia Callahan—. Da igual, eso es lo que ocurrió, ¿verdad?

—Eso creo. Recuerde que yo tampoco es que supiera demasiado en aquella época y que estaba negando y reprimiendo lo que sabía. «Con gran energía», como solía decir el presidente Kennedy. Vi el primero, el primer «pequeño», en aquel cine, la semana entre Navidad y Año Nuevo de mil novecientos setenta y cinco. —Soltó una risita seca—. Y, ahora que lo pienso, aquel cine se llamaba el Gaiety. ¿No es sorprendente? —Hizo una pausa y los miró a los ojos con cierta perplejidad—. No lo es. No estáis sorprendidos en lo más mínimo.

—Se nos han agotado las coincidencias, cariño —dijo Susannah—. Lo que estamos viviendo estos días se parece más a una versión dickensiana de la realidad.

—No lo entiendo.

—No hace falta, corazón. Siga, cuente su historia.

El Viejo Amigo esperó un momento antes de retomar el hilo y continuó.

—Vi mi primer Tipo Tres a finales de diciembre de mil novecientos setenta y cinco. Desde aquella noche hasta la de unos tres meses después, cuando vi el resplandor azulado alrededor del cuello de Lupe, me había topado con una media docena más. Solo uno de ellos de caza. Estaba en un callejón del East Village con otro tipo. Él, el vampiro, estaba así. —Callahan se levantó y lo escenificó con los brazos extendidos y las manos contra una pared invisible—. El otro, la víctima, estaba entre los brazos, de cara a él. Podrían haber estado hablando. Podrían haber estado besándose. Pero yo sabía, lo sabía, que no era ni una cosa ni la otra.

»Los otros... Vi a un par en restaurantes, los dos comían solos. Aquel brillo les envolvía las manos y los rostros, les manchaba los labios como... Como si fuera jugo de arándano azul eléctrico. Y el olor a cebolla quemada flotaba a su alrededor como una especie de perfume. —Callahan esbozó una sonrisa—. Me sorprende que todas las descripciones que trato de hacer parezcan tener un símil. Porque tenéis que saber que no solo trato de describirlos, sino que trato de comprenderlos. Aún hoy trato de hacerlo, de imaginar cómo ha podido existir este otro mundo, este mundo secreto, durante todo este tiempo, justo al lado del que siempre he conocido.

«Roland tiene razón —pensó Eddie—. Es exotránsito. Tiene que serlo. No lo sabe, pero así es. ¿Eso lo convierte en uno de los nuestros? ¿Parte de nuestro ka-tet?»

—Vi una en la cola del Marine Midland Bank, donde estaban las cuentas de El Hogar —continuó Callahan—. En mitad del día. Yo estaba en la cola de ingresos y aquella mujer en la de reintegros. La luz la envolvía. Me vio mirándola y me sonrió. Me miró directamente a los ojos sin temor alguno. Flirteaba. —Hizo una pausa—. Resultaba provocativa.

—Usted los reconoce gracias a la sangre del vampiro demonio que lleva dentro —dijo Roland—. ¿Y ellos a usted lo reconocen?

—No —contestó Callahan sin vacilar—. Si hubieran podido verme, identificarme, mi vida no habría valido ni un céntimo. Aunque llegaron a conocerme. Pero eso fue más tarde.

»El caso es que yo los veía. Sabía que estaban allí. Y cuando vi lo que le había ocurrido a Lupe, supe qué estado haciendo. Ellos también lo ven. Y lo huelen. Lo más seguro es que también oigan las campanillas. Sus víctimas están marcadas y por ello tienen más posibilidades de atraer a otros, como las moscas a la luz. O como los perros, con esa fijación que tienen de mear todos en la misma farola.

«Estoy seguro de que esa noche de marzo fue la primera vez que mordieron a Lupe, porque nunca antes había visto el brillo a su alrededor... Ni las marcas a un lado del cuello que parecían unos simples cortes hechos al afeitarse. Sin embargo, lo mordieron varias veces más después de aquello. Algo tuvo que ver la naturaleza del negocio en el que estábamos, el trabajar con gente que siempre estaba de paso. Tal vez beber sangre empapada de alcohol es un subidón barato para ellos. ¿Quién sabe?

»En cualquier caso, fue por Lupe por quien llevé a cabo mi primer asesinato. El primero de muchos. Fue en abril...

DIEZ

Es abril y el aire por fin ha comenzado a oler a primavera. Callahan está en El Hogar desde las cinco; primero ha preparado los cheques para pagar las facturas de final de mes y luego se ha puesto a trabajar en su especialidad culinaria que él llama «estofado de sapos con fideos». La carne es ternera estofada, pero el pintoresco nombre le hace gracia.

Ha estado limpiando las ollas de acero inoxidable a medida que dejaba de utilizarlas, no porque necesite hacerlo (una de las pocas cosas de las que no van cortos en El Hogar es de cacharros de cocina), sino porque así es como su madre le había enseñado a valerse en la cocina: a limpiar a medida que cocinaba.

Lleva una de las ollas grandes hasta la puerta de atrás, la sujeta contra la cadera con una mano y gira el pomo con la otra. Sale al callejón con la intención de verter el agua jabonosa por la rejilla de la alcantarilla y entonces se detiene. Sucede algo que ya ha visto antes, en el Village; sin embargo, en aquella ocasión los dos hombres —el que está apoyado contra la pared y el que está frente a él inclinándose hacia delante con las manos contra los ladrillos— solohabían sido sombras. A esos dos los ve con toda claridad gracias a la luz de la cocina. El que está apoyado contra la pared, como si estuviera dormido, con la cabeza vuelta hacia un lado exponiendo el cuello, es alguien que Callahan conoce.

Es Lupe.

Aunque la puerta abierta ha iluminado esa parte del callejón y Callahan no ha hecho esfuerzo alguno por ser silencioso —de hecho, ha estado cantando «Take a Walk on the Wild Side» de Lou Reed—, ninguno de los dos parece percatarse de su presencia. Están en trance. El hombre que está frente a Lupe parece cincuentón y va bien vestido, con traje y corbata. A su lado, un caro maletín Mark Cross descansa sobre los adoquines. El hombre tiene la cabeza inclinada hacia delante y ladeada. Los labios abiertos están sellados contra el lado derecho del cuello de Lupe. ¿Qué es lo que pasa por ahí? ¿La yugular? ¿La carótida? Callahan no lo recuerda ni se molesta en recordarlo. Las campanillas suenan, pero el olor es abrumador, tan hediondo que los ojos se le llenan de lágrimas y le empieza a gotear agüilla de la nariz. Los dos hombres irradian una luz azul oscuro que se arremolina a su alrededor al compás de pulsaciones rítmicas. «Es su aliento —piensa—. Es su aliento lo que rebulle esa mierda alrededor de los dos. Lo que significa que es real.»

Callahan percibe un leve ruido, como de succión. Es el ruido que se oye en una película cuando una pareja se besa con pasión, poniendo toda la carne en el asador.

No piensa lo que hace a continuación. Deja en el suelo la olla llena de agua jabonosa y grasienta que produce un ruido metálico sonoro sobre el cemento, pero la pareja apoyada contra la pared del callejón no se mueve, permanecen inmersos en su sueño. Callahan retrocede dos pasos hacia la cocina. Sobre la encimera está la cuchilla de carnicero que ha estado utilizando para trocear la carne del estofado. La hoja brilla con intensidad. Ve su

rostro reflejado en ella y piensa: «Buena, al menos no soy uno de ellos, veo mi reflejo». A continuación cierra la mano alrededor del mango de goma, regresa al callejón y sortea la olla de agua jabonosa. El aire es suave y húmedo. En algún lugar gotea agua. En algún lugar una radio está atronando «Someone Saved My Life Tonight». La humedad del aire crea un halo alrededor de la luz al otro lado del callejón. Es abril en Nueva York y a tres metros de Callahan —no mucho tiempo atrás un sacerdote ordenado por la Iglesia católica— un vampiro está alimentándose de la sangre de su presa. Del hombre del que Donald Callahan está enamorado.

«Almost had your hooks in me, din'tcha, dearf», canta Elton John y Callahan avanza un paso alzando la cuchilla de carnicero. La deja caer y la hunde en el cráneo del vampiro. Las dos partes del rostro del chupasangre se separan como si de alas se tratara. De súbito, este alza la cabeza como un depredador que acaba de oír aproximarse algo más grande y mortífero que él. Un segundo después se agacha con ligereza, como si fuera a recoger el maletín, luego parece decidir que puede pasar sin él. Se vuelve y camina despacio hacia la boca del callejón. Hacia Elton John, quien ahora está cantando: «Someone saved, someone saved, someone saved my lii-iife tonight». La cuchilla todavía sobresale del cráneo de aquella cosa. El mango se balancea adelante y atrás a cada paso, como una colita rígida. Callahan ve algo de sangre, pero no el torrente que hubiera esperado. En ese momento está demasiado conmocionado para cuestionarse aquello, pero más tarde concluirá que por las venas de esos seres apenas corre el preciado líquido; sea lo que sea lo que los mantiene vivos es más mágico que el milagro de la sangre. La mayor parte de lo que sería su sangre está tan densamente coagulada como la yema de un huevo duro.

Da un nuevo paso; se detiene. Los hombros se le hunden. Callahan pierde de vista la cabeza cuando cae hacia delante. Y entonces, de repente, la ropa se desmorona, queda arrugada en una pila, amontonada en el suelo húmedo del callejón.

Callahan se adelanta para examinarla sintiéndose como en un sueño. Lupe Delgado se queda contra la pared, con la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados, todavía sumergido en quién sabe qué sueño en que el vampiro le ha sumido. La sangre rueda cuello abajo en unos hilillos apenas perceptibles.

Callahan mira la ropa. La corbata sigue anudada. La camisa todavía está dentro del traje y por dentro de los pantalones. Sabe que si bajara la cremallera de esos pantalones, encontraría los calzoncillos en su interior. Coge una manga del abrigo, en parte para confirmar que está vacía mediante el tacto igual que lo está a la vista, y el reloj del vampiro cae y aterriza en el suelo con un ruido metálico junto a lo que parece el típico anillo de licenciado universitario.

Hay pelo. Hay dientes, algunos con empastes. Del resto de don Maletín Mark Cross no hay rastro alguno.

Callahan recoge la ropa. Elton John sigue cantando «Someone Saved My Life Tonight», aunque tal vez no sea sorprendente. Es una canción bastante larga, debe de ser uno de esos cortes de cuatro minutos. Se coloca el reloj en la muñeca y el anillo en un dedo, solo para ponerlo a buen recaudo por el momento. Entra la ropa pasando junto a Lupe. Lupe sigue sumido en su sueño. Y los agujeros del cuello, al principio poco más grandes que unos pinchacitos, están desapareciendo.

La cocina está vacía como por milagro. A un lado, a la izquierda, hay una puerta en la que dice: ALMACÉN. Al otro hay un pequeño vestíbulo con compartimentos a derecha e izquierda, tras puertas cerradas hechas de una pesada tela metálica para desalentar al hurto.

Hay comida en lata a un lado, comida no percedera al otro. A continuación, ropa; camisas en un compartimiento; pantalones en otro; vestidos y faldas en otro; abrigos en otro más. Al final del vestíbulo hay un armario desvencijado en el que se lee: VARIOS. Callahan encuentra la cartera del vampiro y la desliza en su bolsillo, sobre la suya. Las dos juntas hacen un buen bulto. A continuación abre el armario y arroja dentro la ropa del vampiro sin clasificarla. Es más sencillo que tratar de separar el hatillo, aunque adivina que cuando encuentren la ropa interior dentro de los pantalones habrá quejas. En El Hogar no se acepta ropa interior usada.

—Puede que nos encarguemos de los más desastrosos —le dijo Rowan Magruder a Callahan en una ocasión—, pero tenemos nuestros principios.

En aquel momento no importan aquellos principios. Todavía tiene que pensar qué va a hacer con el pelo y los dientes del vampiro. El reloj, el anillo, la cartera ...y ¡santo Dios, el maletín y los zapatos! ¡Debían de seguir allá fuera!

«Ni te atrevas a quejarte —se dice a sí mismo—. No cuando ha desaparecido el noventa y cinco por ciento de esa cosa, tan oportuno como el monstruo en el último rollo de una película de terror. Dios ha estado contigo hasta el momento, creo que es Dios, así que no te atrevas a quejarte.»

No lo hace. Recoge el cabello, los dientes y el maletín y se los lleva hasta el final del callejón, chapoteando en los charcos, y los arroja por encima de la valla. Tras considerarlo unos segundos, también se deshace del reloj, la cartera y el anillo. El anillo se encalla en el dedo y por unos segundos casi se deja arrastrar por el pánico, pero al final sale y allá va... ¡clinc! Ya se ocupará alguien de todo aquello. Después de todo, aquello era Nueva York. Regresa junto a Lupe y ve los zapatos. Son demasiado buenos para tirarlos, piensa; a aquel par aún le queda años de trajín. Los recoge y vuelve a la cocina con ellos colgando del índice y el corazón de la mano derecha. Los sostiene delante del horno cuando Lupe entra en la cocina desde el callejón.

—¿Don? —pregunta. Tiene la voz algo pastosa, la voz de alguien que acaba de despertarse de un sueño profundo. También parece divertido. Señala los zapatos que penden de la punta de los dedos de Callahan—. ¿Ibas a ponerlos en el estofado?

—Puede que mejoraran el sabor, pero no, iba a guardarlos —responde Callahan. La calma de su propia voz lo tiene anonadado. ¡Ysu corazón! Late al compás, a un ritmo regular de sesenta o setenta pulsaciones por minuto—. Alguien los ha dejado fuera. ¿Qué has estado haciendo?

Lupe le dedica una sonrisa y cuando sonríe está más guapo que nunca.

—He estado por ahí, fumando un cigarrillo —responde—. Hacía buen tiempo y no apetecía entrar. ¿No me has visto?

—La verdad es que sí, te he visto —dijo Callahan—. Parecías perdido en tu pequeño mundo y no quise interrumpirte. ¿Me abres la puerta del almacén, por favor?

Lupe abre la puerta.

—Parecen buenos —observa—. Son Bally. ¿Qué hace alguien dejando unos zapatos Bally para los borrachos?

—Pues alguien debe de haber cambiado de opinión respecto a ellos —aventuró Callahan.

Oye las campanillas, ese encantamiento venenoso, y le rechinan los dientes. El mundo parece que titila por un segundo. «Ahora no —piensa—. Oh, ahora no, por favor.»

No es una plegaria, cada vez ora menos, pero tal vez algo lo escucha porque el sonido de las campanillas se apaga. El mundo se estabiliza. En la otra estancia alguien se desgañita exigiendo la cena. Otro está maldiciendo. Lo mismo de siempre. Y él necesita un trago. Eso también es lo mismo de siempre, aunque el deseo es más acuciante que nunca. No deja de pensar en el tacto del mango de goma en sus manos. En el peso de la cuchilla de carnicero. En el sonido que produjo. Y el gusto regresa a su boca. El gusto rancio de la sangre de Barlow. Eso, también. ¿Qué dijo el vampiro en la cocina de los Petrie después de haber hecho trizas el crucifijo que su madre le había regalado? Que era triste ver cómo se derrumbaba la fe de un hombre.

«Iré a la reunión de Alcohólicos Anónimos de esta noche», piensa. Coloca una goma alrededor de los mocasines Bally y los arroja junto al resto del calzado. A veces las reuniones ayudan. Nunca dice «Me llamo Don y soy alcohólico», pero a veces ayudan.

Lupe está tan cerca cuando se da la vuelta que casi da un respingo.

—Tranquilo, chaval —dice Lupe, riendo.

Se rasca el cuello con naturalidad. Las marcas siguen ahí, pero habrán desaparecido por la mañana. Sin embargo, Callahan sabe que los vampiros ven algo. O lo huelen. O alguna maldita cosa.

—Oye, he estado pensando en irme de la ciudad durante una semana o dos —le dice a Lupe—. En tomarme un pequeño respiro. ¿Por qué no vamos juntos? Podríamos ir al norte. A pescar.

—No puedo —contesta Lupe—. Hasta junio no me dan vacaciones en el hotel y, además, aquí vamos cortos de personal. Pero si quieres ir, ya me las arreglaré con Rowan. No hay problema. —Lupe lo observa con detenimiento—. Me parece que deberías tomarte un poco de tiempo libre. Pareces cansado. Y estás nervioso.

—No, solo era una idea —responde Callahan.

No va a irse a ninguna parte. Si se queda, tal vez pueda vigilar a Lupe. Además, ahora sabe algo. Matarlos es tan fácil como espachurrar insectos en una pared. Y no dejan mucho tras de sí. «No deja ni huella», como dicen en los anuncios de la tele. A Lupe no le pasará nada. Por lo visto, los Tipo Tres como don Maletín Mark Cross no matan a sus presas, ni siquiera las transforman. Al menos no en algo que pueda observarse a corto plazo. Pero estará ojo avizor, no le cuesta nada. Montará guardia. Será una pequeña acción de expiación por Jerusalem's Lot. A Lupe no le pasará nada.

ONCE

—Pero sí le pasó algo —dijo Roland.

Estaba liando un cigarrillo con sumo cuidado con los restos que quedaban en el fondo de su saquito. El papel era quebradizo y la verdad es que el tabaco apenas se diferenciaba del polvo.

—Sí —asintió Callahan—. Le pasó algo. Roland, no tengo papel de cigarrillo, pero podría ofrecerle algo mejor que eso para fumar. Hay tabaco del bueno en la casa, del sur. Yo no fumo, pero a Rosalita a veces le apetece fumarse una pipa por la noche.

—Te tomaré la palabra un poco más tarde, te digo gracias —agradeció el pistolero—. No lo echo tanto de menos como el café, pero casi. Termina tu historia. No te dejes nada, creo que es importante que lo oigamos todo, pero...

—... Lo sé. El tiempo apremia.

—Sí —convino Roland—. El tiempo apremia.

—Pues, para abreviar, mi amigo contrajo esa enfermedad. ¿Al final se decantaron por el nombre de sida?

Estaba mirando a Eddie, quien asintió.

—Bien. Creo que es tan buen nombre como otro cualquiera, aunque lo primero que me viene a la cabeza cuando oigo esa palabra es una bebida de manzana. Sabrán que no siempre se extiende con rapidez; sin embargo, en el caso de mi amigo, prendió como el fuego en la paja. A mediados de mayo de mil novecientos setenta y seis, Lupe Delgado estaba muy enfermo. Perdió el color. Tenía fiebre casi todo el tiempo. A veces se pasaba toda la noche en el baño, vomitando. Rowan le hubiera prohibido entrar en la cocina, pero no tuvo que hacerlo... Lupe se lo prohibió a sí mismo. Y luego comenzaron a aparecer las llagas.

—Creo que las llaman sarcomas de Kaposi —apuntó Eddie—. Una enfermedad de la piel que desfigura.

Callahan asintió.

—Tres semanas después de que comenzaran a aparecer las llagas, Lupe acabó en el New York General. Rowan Magruder y yo fuimos a verlo una noche a finales de junio. Hasta ese momento nos habíamos estado diciendo que lo superaría, que saldría de aquello mejor que nunca. ¡Mierda!, era joven y fuerte. Sin embargo, esa noche, en cuanto nos acercamos a la puerta, supimos que estaba acabado. Lo tenían en una burbuja de oxígeno. Tenía los brazos acribillados a vías intravenosas. Sufría terriblemente. No quiso que nos acercáramos porque dijo que podría ser contagioso. La verdad, parecía que nadie sabía demasiado de aquella enfermedad.

—Lo que la hizo más temible que nunca —observó Susannah.

—Sí. Dijo que los médicos creían que era una enfermedad de la sangre propagada por la actividad homosexual, o tal vez por compartir jeringuillas. Y lo que él quería que supiéramos, lo que no dejó de repetirnos una y otra vez, fue que estaba limpio, todas las pruebas para detectar la presencia de drogas habían dado negativo. «Nada desde mil novecientos setenta —no dejaba de repetir—. Ni una calada, ni un porro. Lo juro por Dios.» Le dijimos que sabíamos que estaba limpio. Nos sentamos uno a cada lado de la cama y nos cogió las manos.

Callahan tragó saliva y se oyó un sonoro chasquido en su garganta.

—Las manos... Nos las hizo lavar antes de irnos. Dijo que era por si acaso. Y nos agradeció que hubiéramos ido. Le dijo a Rowan que El Hogar era lo mejor que le había pasado; que en lo que a él respectaba, era literalmente su hogar.

»Nunca había necesitado tanto un trago como esa noche al dejar el New York General. Sin embargo, no dejé que Rowan se apartara de mi lado, y los dos pasamos de largo los bares. Aquella noche me fui sobrio a la cama, pero me tumbé con la certeza de que, en realidad, solo era cuestión de tiempo. El primer trago es el que te emborracha, eso es lo que dicen en Alcohólicos Anónimos, y el mío estaba muy cerca. En algún lugar, un camarero estaba esperando que fuera para servírmelo.

»Dos noches después, Lupe murió.

»Al funeral debieron de acudir unas trescientas personas, casi todas ellas gente que había pasado una temporada en El Hogar. Hubo muchos lloros y se dijeron cosas muy bonitas, algunas pronunciadas por tipos que casi seguro no hubieran podido caminar por una línea dibujada con tiza en el suelo. Cuando se acabó, Rowan Magruder me cogió por el brazo y dijo: "No sé quién eres, Don, pero sé lo que eres: un muy buen hombre y un muy mal borracho que se ha mantenido en el dique seco durante... ¿cuánto hace?". Pensé en seguir tirándome un farol, pero me pareció demasiado trabajo. "Desde octubre del año pasado", le contesté. "Y ahora te apetece un trago", dijo. "Se te ve en la cara. Así que déjame decirte una cosa: si crees que echar un trago va a devolverte a Lupe, tienes mi permiso. De hecho, pasa a buscarme e iremos juntos al Blarney Stone. Invito yo hasta que se me acabe el dinero. ¿De acuerdo?" "De acuerdo", respondí. "Si hoy te emborrachas sería el peor tributo que podrías hacerle a Lupe. Sería como si te mearas en su cara muerta."

»Él tenía razón y yo lo sabía. Me pasé lo que quedaba del día igual que mi segunda jornada en Nueva York: dando vueltas, luchando contra aquel regusto en mi boca, contra el deseo acuciante de agenciarme una botella y vigilando un banco del parque. Recuerdo que estaba en Broadway, luego en la Décima avenida y al final me encontré bajando por Park Avenue y la Treinta. Para entonces se hacía de noche y los coches transitaban en ambas direcciones por Park Avenue con los faros encendidos. El cielo crepuscular, teñido de naranjas y rosas, inundaba las calles de aquella majestuosa y lánguida luz.

»Me invadió una sensación de paz y pensé: "Voy a ganar. Al menos esta noche, voy a ganar". Y entonces comenzaron las campanillas. Más estruendosas que nunca. Creí que iba a estallarme la cabeza. Park Avenue titiló frente a mí y pensé: "Pero si no es real. Ni Park Avenue ni nada. Solo es un lienzo gigantesco. Nueva York es un telón de fondo pintado en ese lienzo y ¿qué hay detrás? Vaya, pues nada. Nada de nada. Solo oscuridad".

»Luego las cosas volvieron a su cauce. Las campanillas fueron apagándose y apagándose hasta que desaparecieron. Comencé a caminar, muy despacio, como un hombre caminando sobre hielo. Tenía miedo de pisar con demasiada fuerza y caer en picado de ese mundo para aterrizar en la oscuridad de detrás. Sé que no tiene ningún sentido, mierda, ya lo sabía entonces, pero saber una cosa no siempre ayuda, ¿verdad?

—No —convino Eddie, pensando en sus días de esnifador de heroína con Henry.

—No —dijo Susannah.

—No —dijo Roland, pensando en la Colina de Jericó y en el cuerno caído.

—Caminé una manzana, dos, tres. Comencé a pensar que todo iba a salir bien. Es decir, puede que percibiera el olor nauseabundo y puede que viera unos cuantos Tipo Tres, pero podría manejar todo aquello. Sobre todo contando con que los Tipo Tres no parecían reconocerme. Mirarlos era como observar a los sospechosos en una sala de interrogatorios de la policía a través de un cristal espejado. Sin embargo, aquella noche vi algo peor, algo mucho peor que un hatajo de vampiros.

—Vio un muerto —apuntó Susannah.

Callahan se volvió hacia ella con una expresión de pura y estupefacta sorpresa.

—¿Cómo...? ¿Cómo...?

—Lo sé porque yo también he entrado en exotransito en Nueva York —explicó Susannah—.

Todos nosotros. Roland dice que es gente que no sabe que ha fallecido o que se niega a aceptarlo. Son... ¿Cómo los llamaste, Roland?

—Muertos errantes —respondió el pistolero—. No hay muchos.

—Más que de sobra —repuso Callahan—, y esos sí sabían que estaba allí. Vi gente hecha pedazos en Park Avenue; uno de ellos era un hombre sin ojos; el otro, una mujer quemada de arriba abajo a la que le faltaba el brazo y la pierna derechos; y los dos me miraban como si pensarán que yo, no sé cómo, podía...enmendarlos.

»Rompí a correr. Y debí correr un buen trecho porque cuando recuperé algo parecido a la cordura, estaba sentado en el bordillo de la Segunda avenida con la calle Diecinueve, con la cabeza colgando entre las piernas y resollando como un motor a vapor.

»Un anciano se me acercó y me preguntó si estaba bien. Para entonces ya había recuperado suficiente aliento para contestarle que sí. Él dijo que en ese caso era mejor que siguiera mi camino porque había un coche patrulla de la policía justo a dos manzanas de allí y venía en nuestra dirección. Seguro que me darían la vara y que incluso me trincarían. Miré al viejo a los ojos y le dije: "He visto vampiros, incluso he matado uno. Y he visto un muerto andante. ¿Cree que me preocupa un par de polis en un coche patrulla?"

«Retrocedió. Dijo que me mantuviera alejado de él. Dijo que le había parecido un tipo legal y que por eso había tratado de hacerme un favor. Dijo que así era como se lo recompensaba. Que en Nueva York ninguna buena acción quedaba sin castigo. Y salió zumbando calle abajo como un niño con un berrinche.

«Comencé a reír. Me levanté del bordillo y me eché un vistazo. Iba con los faldones de la camisa por fuera y me había manchado los pantalones al chocar contra algo mientras corría, aunque no recordaba el qué. Miré a mi alrededor y allí, por todos los santos y los pecadores, estaba el Americano Bar. Más tarde me enteré de que hay varios por todo Nueva York, pero entonces pensé que aquel se había trasladado allí para mí, directamente desde los años cuarenta. Entré, escogí el taburete al final de la barra y, cuando el camarero vino hacia mí, dije: "Tiene guardado algo para mí". "No me diga, amigo", contestó él. "Sí", insistí yo. "Bueno", continuó él. "Dígame lo que es y se lo iré a buscar." "Es un Bushmill's y ya que lo tiene desde octubre, ¿por qué no le añade el interés y me lo trae doble?"

Eddie hizo una mueca.

—Mala idea, tío.

—Entonces me pareció la mejor idea jamás concebida por la mente de un mortal. Olvidaría a Lupe, dejaría de ver gente muerta, tal vez incluso dejaría de ver vampiros... Mosquitos, como los llamaba entonces. A las ocho ya estaba borracho. A las nueve, muy borracho. A la diez, estaba más borracho de lo que nunca lo he estado. Guardo un débil recuerdo del camarero echándome del lugar. Es un recuerdo algo mejor que el de despertarme a la mañana siguiente en el parque bajo un manto de periódicos.

—Vuelta a empezar —murmuró Susannah.

—Ea, señora, vuelta a empezar, dice verdad, le digo gracias. Me incorporé. Creí que la cabeza estaba a punto de estallarme. La puse entre las rodillas y, como no explotó, la volví a levantar. En otro banco, a unos veinte metros del mío, había una anciana con un pañuelo en la cabeza echándoles nueces a las ardillas de una bolsa de papel. La única pega era que aquella luz azul le recorría las mejillas y la frente, y entraba y salía de su boca cuando respiraba. Era una de ellos. Un mosquito. Los muertos andantes habían desaparecido, pero todavía podía ver a los Tipo Tres.

»Volver a emborracharme me pareció la respuesta lógica, pero tenía un pequeño problema: estaba sin blanca. Por lo visto alguien me había registrado mientras dormía la mona bajo el manto de periódicos y si te he visto no me acuerdo. —Callahan sonrió. No hubo nada agradable en aquella sonrisa—. Aquel día sí que encontré ManPower. También al día siguiente y al siguiente. Y después me emborrachaba. Aquello se convirtió en una costumbre durante el verano a bordo del Cutty Sark: trabajaba sobrio durante tres días, por lo general empujando una carretilla en algún solar o cargando cajas enormes para alguna empresa que se trasladara, y luego

me pasaba una noche emborrachándome hasta la inconsciencia y utilizando todo el día siguiente para recuperarme. Y vuelta a empezar. Menos los domingos. Así transcurrió mi vida en Nueva York ese verano. Allí adonde iba escuchaba esa canción de Elton John, "Someone Saved My Life Tonight". No sé si aquel fue el verano en que se hizo popular o no. Lo único que sé es que la oía en todas partes. En una ocasión trabajé cinco días seguidos para Mudanzas Covay. Se hacían llamar el Equipo Amigo. En cuanto a estar sobrio, aquella fue la mejor marca que conseguí en julio. El encargado se acercó a mí el quinto día y me preguntó qué me parecería si me contrataran a jornada completa. "No puedo", le dije. "El contrato de trabajo temporal nos prohíbe expresamente aceptar un trabajo indefinido con cualquier empresa durante un mes." "Venga hombre, a la mierda con eso", contesta él. "Todo dios hace la vista gorda con esa gilipollez. ¿Qué dices, Donnie? Eres un buen hombre. Y me da en la nariz que podrías hacer algo más que cargar muebles en el camión. ¿Por qué no te lo piensas esta noche?"

»Me lo pensé, y pensar me llevó de nuevo a beber, como siempre ese verano. Como siempre les ocurre a los que les va el alcohol. De nuevo estaba ahí, sentado en un pequeño bar frente al Empire State Building, escuchando a Elton John en la máquina de discos. "Almost had your hooks in me, din'tcha, dear?" Cuando volví a trabajar, me apunté a una empresa de trabajo temporal diferente, una que no hubiera oído hablar en la vida del puto Equipo Amigo.

Callahan escupió la palabra «puto» con una especie de gruñido de desesperación, como hacen los hombres cuando la vulgaridad se ha convertido para ellos en una especie de lance lingüístico de último recurso.

—Bebía, se dejaba llevar y trabajaba —resumió Roland—. Pero también haría más cosas ese verano, ¿verdad?

—Sí. Me llevó un tiempo arrancar. Vi a muchos, la mujer que alimentaba a las ardillas en el parque solo fue la primera, pero no hacían nada. Es decir, era consciente de lo que eran, pero me seguía resultando difícil matarlos a sangre fría. Entonces, una noche en Battery Park, pillé a otro alimentándose. Yo llevaba una navaja automática en el bolsillo, a todas partes. Me acerqué por detrás mientras comía y se la clavé cuatro veces: una en los riñones, otra entre las costillas, otra en lo alto de la espalda y otra en el cuello. Descargué toda mi fuerza en la última puñalada. La navaja salió por el otro lado con la nuez de aquella cosa ensartada en la punta como el trozo de carne de una brocheta. Se oyó una especie de desgarró.

Callahan hablaba con naturalidad, pero su rostro se había puesto muy pálido.

—Lo que había ocurrido en el callejón trasero de El Hogar ocurrió de nuevo: el tipo desapareció dentro de la ropa. Lo esperaba, pero por supuesto no estaría seguro hasta que ocurriera de verdad.

—Una golondrina no hace verano —sentenció Susannah.

Callahan asintió.

—La víctima era un chaval de unos quince años y parecía puertorriqueño, o tal vez dominicano. Tenía un loro entre los pies. No recuerdo qué sonaba, así que casi seguro que no era «Someone Saved My Life Tonight». Pasaron cinco minutos. Estaba a punto de chascar los dedos bajo su nariz o tal vez de propinarle un cachete cuando parpadeó, se tambaleó, sacudió la cabeza y volvió en sí. Me vio de pie ante él y lo primero que hizo fue agarrar su loro. Se lo apretó contra el pecho, como si fuera un bebé. A continuación dijo con fuerte acento hispano: «¿Qué tú quieres, man?». Respondí que no quería nada, nada de nada, que no pasaba nada, que solo me había llamado la atención la ropa que había en el suelo, junto a él. El chaval la miró, se arrodilló y comenzó a registrar los bolsillos. Pensé que tendría entretenimiento para un buen rato, así que me marché. Ese fue el segundo. El tercero resultó aún más sencillo. El cuarto, todavía más. A finales de agosto había acabado con media docena. El sexto fue la mujer que había visto en el Marine Midland Bank. El mundo es un pañuelo, ¿verdad?

»A menudo solía ir a la Primera avenida con la Cuarenta y siete y me paraba frente a El Hogar. A veces me descubría allí, avanzada la tarde, observando a los borrachos y a los sin techo que se acercaban hasta allí para cenar. En alguna ocasión Rowan salía y charlaba con ellos. No fumaba, pero siempre llevaba cigarrillos en los bolsillos, un par de paquetes, y los repartía hasta

que se le acababan. Nunca hice esfuerzo alguno para ocultarme a su vista, pero si alguna vez me pescó, jamás mostró señal alguna de ello.

—Para entonces seguramente estaría muy cambiado —aventuró Eddie.

Callahan asintió.

—Llevaba el pelo largo hasta los hombros y lo tenía casi gris, como la barba. Y, por supuesto, ya no me tomaba demasiadas molestias con el vestuario. La mitad de lo que llevaba procedía de los vampiros que mataba. Uno de ellos fue un mensajero en bicicleta que calzaba unas botas moteras geniales. No eran unos mocasines Bally, pero estaban casi nuevas y eran de mi número. Esos zapatos te duran toda la vida; todavía las tengo. —Señaló con un gesto de la cabeza hacia la casa—. No obstante, no creo que nada de aquello le impidiera reconocermelo. En el negocio de Rowan Magruder, al trabajar con borrachos, colgados y vagabundos con un pie en la realidad y el otro en los límites de la realidad, uno se acostumbra a los grandes cambios que sufre la gente y, por lo general, no son cambios para mejor. Es como un entrenamiento para descubrir quién se oculta debajo de more-tones recientes y de capas frescas de suciedad. Me parece que más bien llegué a convertirme en lo que tú llamas un muerto errante, Roland. Invisible al mundo. Aunque creo que esas personas, o que lo fueron alguna vez, tienen que estar ligados a Nueva York...

—Nunca se alejan demasiado —convino Roland. Se había acabado el cigarrillo. El papel seco y los restos de tabaco habían desaparecido uñas arriba en dos caladas—. Los fantasmas siempre merodean por la misma casa.

—Claro, ¡pobres! Yo quería irme. El sol se ponía un poco antes cada día y sentía a diario la llamada de esas carreteras, de esas autopistas ocultas, un poco más fuerte. En parte podría deberse a la legendaria cura geográfica a la que creo haber aludido. Es una creencia totalmente ilógica aunque profunda. Crees que las cosas cambiarán para mejor en un lugar nuevo, que el ansia de autodestrucción desaparecerá como por arte de magia. En parte se debió, sin duda alguna, a la esperanza de que en otro lugar, en un lugar más amplio, no habría vampiros ni muertos andantes con los que vérselas. No obstante, en su mayor parte se debía a otras cosas. Bueno... a una cosa bien grande. —Callahan sonrió, pero no fue más que un estiramiento de los labios que dejó a la vista las encías—. Alguien había empezado a ir detrás de mí.

—Los vampiros —dijo Eddie.

—Sssí... —Callahan se mordió el labio y lo repitió con algo más de convicción—. Sí. Pero no solo los vampiros. Aunque parecía la respuesta más lógica, no me encajaba del todo. Al menos sabía que no eran los muertos. Ellos me veían, pero no les interesaba en modo alguno, salvo, tal vez, si creían que podía enmendarlos o acabar con su penar. Pero los Tipo Tres no podían verme, como os he dicho... Al menos no como lo que iba a por ellos. Además, su capacidad de atención también es reducida, como si estuvieran contagiados hasta cierto punto de la misma amnesia que transmiten a sus víctimas.

»Me di cuenta por primera vez de que tenía problemas una noche en Washington Square Park, poco después de haber matado a la mujer del banco. El parque se había convertido en uno de mis lugares predilectos, aunque Dios sabe que no era el único. En verano se convertía en un dormitorio al aire libre muy transitado. Incluso tenía mi banco favorito, aunque no podía hacerme con él todas las noches... Ni siquiera las pasaba allí todas. «Aquella noche en concreto, tormentosa, bochornosa y cerrada, llegué sobre las ocho. Llevaba una botella en una bolsa marrón y un ejemplar de los *Cantos pisanos* de Ezra Pound. Me acerqué al banco y allí, pintado con aerosol en el respaldo de otro banco cercano al mío, vi una pintada que decía: VIENE AQUÍ. TIENE UNA MANO QUEMADA.

—¡Por Dios santo! —exclamó Susannah, y se llevó una mano al cuello.

—Me fui del parque de inmediato y dormí en un callejón a veinte manzanas de allí. No tenía ni la más mínima duda de que yo era el objetivo de aquella pintada. Dos noches después vi otra en la acera, a la salida de un bar, en Lex, donde me gustaba beber y a veces comer un sandwich si, como suele decirse, tenía fondos. La habían escrito con tiza y los peatones la habían reducido a un borrón, pero aún se leía. Decía lo mismo: VIENE AQUÍ. TIENE UNA MANO QUEMADA

Habían dibujado cometas y estrellas alrededor del mensaje, como si quienquiera que lo hubiera escrito hubiera tratado de adornarlo. Una manzana más allá, pintado con spray en una señal de prohibido aparcar vi: AHORA TIENE EL PELO CASI BLANCO. A la mañana siguiente, en uno de los laterales de un autobús interurbano: PODRÍA APELLIDARSE COLLINGWOOD. Dos o tres días después, comencé a ver carteles de mascotas perdidas cerca de muchos de los lugares que habían acabado convirtiéndose en mis sitios favoritos: Needle Park, la parte occidental de Central Park, por The Ramble, el bar City Lights en Lex, un par de clubes de música folk y de poesía en el Village...

—Pósters de mascotas —musitó Eddie—. ¿Sabe? En cierto modo es una idea genial.

—Todos eran iguales —continuó Callahan—. ¿HA VISTO A NUESTRO SETTER IRLANDÉS? ES UN POCO VIEJO Y BOBALICÓN PERO LO QUEREMOS. PATITA DELANTERA DERECHA QUEMADA. RESPONDE AL NOMBRE DE KELLY, COLLINS O COLLINGWOOD. PAGAREMOS UNA BUENA RECOMPENSA. Y a continuación, una fila de símbolos de dólar.

—¿A quién estarían dirigidos esos carteles? —preguntó Susannah.

Callahan se encogió de hombros.

—No lo sé con certeza. Tal vez a los vampiros.

Eddie se frotó la cara con cansancio.

—Está bien, veamos. Tenemos a los vampiros Tipo Tres, a los muertos errantes y ahora a este tercer grupo. Los que van por ahí poniendo pósters de mascotas perdidas que no son de mascotas y escribiendo cosas en los edificios y en las aceras. ¿Quiénes eran?

—Los hampones —respondió Callahan—. A veces se hacen llamar así, aunque también hay mujeres entre ellos. Otras, se hacen llamar reguladores. Muchos de ellos llevan largas chaquetas amarillas, pero no todos. Y unos ataúdes azules tatuados en las manos, pero no todos, insisto.

—Roland, Cazadores del Gran Ataúd —murmuró Eddie.

Roland asintió, pero no apartó la vista de Callahan.

—Deja que hable el hombre, Eddie.

—Lo que son realmente es soldados del Rey Carmesí —afirmó Callahan. Y se persignó.

DOCE

Eddie dio un respingo. Susannah se llevó la mano al vientre y se lo frotó. Roland se descubrió recordando su paseo a través de Gage Park después de haber escapado de Blaine; los animales muertos del zoo; la enmarañada rosaleda; el tiovivo y el tren. Luego, la ruta de metal que conducía a una ruta de metal mayor; una que Eddie, Susannah y Jake llamaron autopista. Allí, en una señal, alguien había pintado a grandes trazos: OJO CON EL CAMINANTE. Y en otra, decorada con el mismo dibujo rudimentario de un ojo, el mensaje: ¡QUE TODOS ACLAMEN AL REY CARMESÍ!

—Ya veo que habéis oído hablar del caballero en cuestión —observó Callahan con sequedad.

—Digamos que también ha dejado su señal donde pudiéramos verla —contestó Susannah.

Callahan hizo un gesto con la cabeza en dirección a Tronido.

—Si vuestra búsqueda os lleva allí —dijo—, vais a ver mucho más que dos o tres mensajes pintados con spray en unas cuantas paredes.

—¿Y qué nos dice de usted? —preguntó Eddie—. ¿Qué hizo?

—Primero me senté y consideré la situación. Al final decidí que, a pesar de lo fantasioso o paranoico que pueda parecerle a un forastero, me acechaban y no tenían por qué ser los Tipo Tres. Aunque, claro está, sabía que la gente que iba dejando aquellas pintadas por ahí y colocando los carteles de mascotas perdidas no tendrían escrúpulos a la hora de utilizar vampiros contra mí.

»En aquel momento, recuérdelo, no tenía ni idea de quién podía ser aquel grupo tan misterioso. En Jerusalem's Lot, Barlow se había mudado a una casa que había sido testigo de actos violentos y de la que se decía que estaba encantada. El escritor, Mears, sostenía que una casa maléfica había atraído a un hombre maléfico. La mejor reflexión que hice en Nueva York me llevó hasta aquella idea. Comencé a pensar que había atraído a otra especie de rey vampiro,

otro Tipo Uno, igual que la casa Marsten había atraído a Barlow. Estuviera o no en lo cierto, que no lo estaba, me resultó reconfortante saber que mi cerebro, empapado o no en alcohol, todavía era capaz de discurrir con cierta lógica.

»Lo primero que tenía que decidir era si me quedaba en Nueva York o si me iba. Sabía que si no me iba acabarían por dar conmigo y lo más probable es que no tardaran demasiado. Tenían una descripción, y esto que les servía de pista como ninguna otra. —Callahan alzó la mano quemada—. Estaban a punto de adivinar mi apellido, seguro que lo tendrían en una semana o dos. Mantenían vigilados todos los sitios por donde solía dejarme caer, lugares donde mi olor había calado. Habían dado con gente con la que había hablado, con la que había salido por ahí, con la que había jugado a las damas y a las cartas. Gente con la que había trabajado en ManPower y Brawny Man.

»Aquello me llevó a un lugar al que tendría que haber acudido mucho antes, incluso después de un mes de hartarme de alcohol. Me di cuenta de que habían dado con Rowan Magruder, con El Hogar y con todo tipo de gente que me había conocido de allí. Trabajadores a tiempo parcial, voluntarios y montones de clientes. ¡Cojones!, al cabo de nueve meses los clientes se contaban por cientos.

»Para colmo, estaba el reclamo de aquellas carreteras. —Callahan miró a Eddie y a Susannah—. ¿Sabéis que hay un puente peatonal sobre el río Hudson que cruza hasta New Jersey? Prácticamente se encuentra a la sombra del puente George Washington, un puente de tabloncillos que todavía conserva unos cuantos abrevaderos de madera para vacas y caballos a uno de los lados.

Eddie rió como si alguien le hubiera meneado uno de sus apéndices inferiores.

—Perdone, padre, pero eso es imposible. Debo de haber estado en el puente George Washington unas quinientas veces en mi vida. Henry y yo solíamos ir al Palisades Park un día sí y otro también. No hay ningún puente de madera.

—Ya, pues lo hay —objetó Callahan sin perder la calma—. Diría que se remonta a principios del siglo diecinueve, aunque desde entonces ha sufrido constantes reparaciones. De hecho, hay un letrero a medio camino que dice: REPARACIONES DEL BICENTENARIO CONCLUIDAS EN 1975 POR INDUSTRIAS LAMERK.

Recordé ese nombre la primera vez que vi a Andy, el robot. Según la placa del pecho, esa fue la empresa que lo fabricó.

—Nosotros también hemos visto ese nombre antes —dijo Eddie—. En la ciudad de Lud. Aunque allí decía Fundición LaMerk.

—Probablemente sean diferentes divisiones de la misma empresa —sugirió Susannah.

Roland no dijo nada, se limitó a hacer el gesto de impaciencia con los dos dedos que le quedaban de la mano derecha: venga, venga.

—Existir, existe, pero es difícil encontrarlo —continuó Callahan—. Está escondido. Y solo es el primero de los caminos secretos que irradian desde Nueva York como una telaraña.

—Autopistas de exotransito —murmuró Eddie—. La idea mola.

—No sé si es así o no —dijo Callahan—. Lo único que sé es que vi cosas que se salían de lo normal durante mis andanzas de los siguientes años, y también conocí buena gente. Casi parece un insulto llamarlos gente normal, o gente corriente, pero lo eran. Y la verdad es que, para mí, elevan palabras como normal o corriente a la categoría de nobleza.

»No quería irme de Nueva York sin ver una vez más a Rowan Magruder. Quería que supiera que tal vez me había meado en la cara muerta de Lupe, que me había emborrachado sin lugar a dudas, pero que no me había bajado los pantalones hasta los tobillos y hecho lo otro. Que es mi poco delicada manera de decir que no había tirado la toalla del todo. Y que había decidido no limitarme a agachar la cabeza de miedo como un conejo ante un relámpago. —Callahan había comenzado a sollozar de nuevo. Se secó los ojos con la manga de la camisa—. Además, supongo que quería despedirme de alguien y que alguien se despidiera de mí. Después de todo, los adioses que recibimos y los adioses que damos son los adioses que nos dicen que seguimos vivos. Quería darle un abrazo y pasarle el beso que Lupe me había dado a mí. Junto con el

mismo mensaje: "Eres demasiado importante como para perderte". Yo...

Vio que Rosalita se acercaba corriendo hacia ellos con la falda ligeramente alzada hasta el tobillo y se interrumpió. Ella le tendió un fragmento plano de pizarra sobre el que había escrito algo con tiza. Por un disparatado instante Eddie visualizó un mensaje flanqueado por estrellas y lunas: ¡PERDIDO! ¡PERRO PERDIDO CON LA PATA DELANTERA LACERADA! ¡RESPONDE AL NOMBRE DE ROLAND! ¡¡¡MAL GENIO, PROPENSO A MORDER, PERO LO QUEREMOS DE TODAS FORMAS!!!

—Es de Eisenhart —anunció Callahan, alzando la mirada—. Si Overholser es el granjero próspero por estos lares y Eben Took el hombre de negocios, entonces tendríamos que llamar a Vaughn Eisenhart el ranchero próspero. Dice que Slightman el Viejo, el Joven, su Jake y él se encontrarán con nosotros en Nuestra Señora al mediodía, si a bien tenéis. Es difícil descifrar su caligrafía, pero creo que tiene la intención de mostrarles granjas, pequeñas haciendas y ranchos de camino de vuelta a Rocking B donde pasarían la noche. ¿Os viene a bien?

—No demasiado —objetó Roland—. Antes de partir me gustaría tener ese mapa.

Callahan reflexionó sobre aquello y, a continuación, miró a Rosalita. Eddie decidió que, con toda probabilidad, la mujer era algo más que una ama de llaves. Se había retirado lo suficiente como para no llegar a oír sus conversaciones, pero no había regresado del todo a la casa. «Como una buena secretaria de dirección», pensó Eddie. El Viejo Amigo no tuvo que hacerle ninguna seña, ella se adelantó con solo mirarla. Intercambiaron un par de palabras y acto seguido, Rosalita se alejó.

—Creo que comeremos en el jardín de la iglesia —anunció Callahan—. Allí podremos cobijarnos a la sombra de un agradable y anciano fustafarro. Para cuando hayamos acabado, estoy seguro de que los gemelos Tavery tendrán algo para ustedes.

Roland asintió con la cabeza, satisfecho.

Callahan se levantó con un gesto de dolor, se llevó las manos los riñones y se estiró.

—Y ahora tengo algo que mostraros —dijo.

—No ha terminado su historia —objetó Susannah.

—No —reconoció Callahan—, pero el tiempo apremia. Ya caminaré y hablaré al mismo tiempo si vosotros caminaís y escucháis.

—Lo haremos —aseguró Roland, levantándose a su vez. Sintió dolor, pero no demasiado. El aceite de gato de Rosalita era algo digno de mención—. Aunque dime un par de cosas antes de ir para allá.

—Si puedo, pistolero, y a bien tienes.

—¿Vio en sus viajes a los que ponían los mensajes?

Callahan asintió con la cabeza lentamente.

—Ea, pistolero, así es. —Miró a Eddie y a Susannah—. ¿Habéis visto alguna vez una foto tomada con flash en la que todo el mundo sale con los ojos rojos?

—Sí —afirmó Eddie.

—Pues así tienen los ojos. Ojos carmesí. ¿Y la segunda pregunta, Roland?

—¿Se trata de los lobos, padre? ¿Esos hampones? ¿Esos soldados del Rey Carmesí? ¿Son ellos los lobos?

Callahan vaciló largo tiempo antes de contestar.

—No podría asegurarlo —confesó al fin—. Al menos no del todo, me consta. Pero no lo creo. Son secuestradores, eso sí, pero no son niños lo que se llevan. —Repensó lo que acababa de decir—. Un tipo de lobos. —Vaciló, volvió a pensarlo un poco más y repitió a continuación—: Ea, un tipo de lobos.

IV
CONTINUACIÓN DE LA HISTORIA DEL SACERDOTE
(CARRETERAS OCULTAS)

UNO

El paseo desde el patio posterior de la rectoría hasta la puerta delantera de Nuestra Señora de la Serenidad era corto, no llevaba más de cinco minutos, tiempo en absoluto suficiente para que el Viejo Amigo les relatará sus años de vagabundo antes de toparse con un artículo en el *Bee* de Sacramento que lo devolvió a Nueva York en 1981. Y, sin embargo, los tres pistoleros oyeron toda la historia. Roland sospechaba que Eddie y Susannah sabían lo que aquello significaba tan bien como él: cuando se marcharan de Calla Bryn Sturgis —siempre y cuando no murieran allí—, era muy probable que Donald Callahan se marchara con ellos. Aquello no era solo el relato de una vivencia, sino *khef*, compartir el agua. Dejando el toque a un lado, pues se trataba de algo diferente, el *khef* solo se podía compartir entre aquellos cuyo destino se había forjado en comunión, para bien o para mal. Entre aquellos que eran *ka-tet*.

—¿Conocéis esa frase que dice: «Ya no estamos en Kansas, Toto»? —preguntó Callahan.

—Sí, corazón, esa frase nos suena un poco —contestó Susannah con sequedad.

—¿De verdad? Sí, con solo miraros ya veo que sí. Tal vez algún día también vosotros me contéis vuestra historia. Tengo la sensación de que la mía será cosa de crios en comparación. En cualquier caso, sabía que ya no estaba en Kansas cuando me acercaba al otro extremo del puente. Y tampoco parecía que estuviera entrando en New Jersey. Al menos no la que había esperado encontrar al otro lado del Hudson. Había un periódico arrugado contra los...

DOS

... travesaños del puente —que parece totalmente desierto salvo por su presencia, aunque el tráfico del gran puente en suspensión que se encuentra a su izquierda es denso y constante—y Callahan se agacha para recogerlo. El viento gélido que sopla sobre el río le alborota el cabello entrecano y largo hasta los hombros.

Solo es una hoja doblada, pero la parte superior es la primera plana del Register de Leabrook. Callahan nunca ha oído hablar de Leabrook. Tampoco hay razón para que así fuera, no es ningún entendido en New Jersey, ni siquiera ha estado allí desde su llegada a Manhattan el año anterior, pero siempre había creído que la ciudad al otro lado del puente George Washington era Fort Lee.

Y entonces su atención se ve atraída por los titulares. El del encabezado parece correcto, dice: REMISIÓN DE LAS TENSIONES RACIALES EN MIAMI. Los periódicos de Nueva York no hablaban de otra cosa durante los últimos días. No obstante, ¿qué significaba aquello de

LAGUERRA DE LOS COMETAS CONTINÚA EN TEANECK, HACKENSACK, con una imagen de un edificio en llamas? Hay una foto de unos bomberos que llegan en un camión de bomberos, ¡pero están riendo! ¿Qué significaba aquello de: EL PRESIDENTE AGNEW APOYA EL SUEÑO TERRAFORM DE LA NASA? ¿Qué significaba el artículo del final, escrito en cirílico?

«¿Qué me ha ocurrido?», se pregunta Callahan. Durante todo aquel asunto de los vampiros y los muertos andantes —incluso durante la aparición de los carteles de la mascota perdida que hacían referencia a él con toda claridad—, jamás se había cuestionado su cordura. En aquellos momentos, en la punta de New Jersey de aquel humilde (¡y sorprendente!) puente sobre el Hudson —aquel puente peatonal que solo utiliza él—, lo hace. La idea de Spiro Agnew como presidente es más que suficiente por sí misma, cree, para hacer que cualquiera con un mínimo de interés político dude de su cordura. Aquel tipo había dimitido en el oprobio hacía años, incluso antes de que lo hiciera su jefe.

«¿Qué me ha ocurrido?», se pregunta. Aunque si lo que ocurre es que está rematadamente loco y se imagina todo aquello, la verdad es que no quiere saberlo.

—Bomba va —dice, y arroja lo que sobrevive del Register de Leabrook por encima de la barandilla del puente.

El viento las atrapa y se las lleva hacia el George Washington. «Eso es la realidad —piensa—. Justo ahí. Esos coches, esos camiones, esa flota de autobuses Peter Pan.» Sin embargo, en ese momento, entre ellos distingue un vehículo rojo que parece avanzar con una banda de rodamiento circular, como la de los tanques. Sobre la carrocería del vehículo —que

es casi tan largo como un autobús escolar de tamaño mediano— da vueltas un cilindro carmesí. Uno de los lados reza BANDY. BROOKS, el otro. BANDY BROOKS. O BROOKS BANDY. ¿Qué cojones es Bandy Brooks? No lo sabe. Tampoco ha visto en la vida un vehículo como aquel ni hubiera creído posible que a una cosa así —mira qué neumáticos, por el amor de Dios— se le permitiera circular por la vía pública.

De modo que el George Washington tampoco es el mundo seguro. O ya no lo es.

Callahan se agarra a la barandilla del puente y se retuerce cuando lo invade el mareo que le hace sentir vacilante e inseguro de su equilibrio. La barandilla parece bastante real: madera calentada al sol y surcada por miles de iniciales y mensajes entrelazados. *Ve: DK X MB en un corazón. Ve: FREDDY & HELENA = HELENA, TE QUIERO. FREDDY». Ve. MUERTE A TODOS LOS SUDACAS Y LOS NEGRATAS. El mensaje estáflanqueado por esvásticas, y se asombra ante la economía verbal, tan contenida que ni siquiera al sufridor se le permite desarrollar sus epítetos favoritos. Mensajes de odio, mensajes de amor; todos tan reales como el agitado latido de su corazón o el peso de las pocas monedas y billetes en el bolsillo delantero de sus vaqueros. Toma una honda inspiración y eso también es real, hasta el olor penetrante de la gasolina.*

«Esto me está ocurriendo, sé que es así —piensa—. No estoy en la Sala 9 de un hospital psiquiátrico. Soy yo, estoy aquí y estoy sobrio, al menos por ahora, y Nueva York está a mis espaldas. Igual que el pueblo de Jerusalem's Lot, en Maine, con sus muertos desasosegados. Ante mí se encuentra la entidad de Estados Unidos con todas sus posibilidades.»

Aquella idea lo anima, idea a la que le sigue otra que lo anima aún más: tal vez no solo un Estados Unidos, sino varios... Un millar... o unmillón. Si eso de ahí es Leabrook en vez de Fort Lee, tal vez exista otra versión de New Jersey en la que la ciudad al otro lado del Hudson sea Leeman o Leighman o Lee Bluffs o Lee Palisades o Leghorn Village. Quizá en vez de haber un país de cuarenta y dos estados al otro lado del Hudson, hay cuatro mil doscientos o cuarenta y dos mil, todos apilados en posibles geografías verticales.

Y comprende por intuición que aquello es casi cierto. Se ha topado con una gran confluencia de mundos, posiblemente interminable. Todos son Estados Unidos, pero todos son diferentes. Hay carreteras que conducen a ellos y él puede verlas.

Acelera el paso hasta la orilla de Leabrook y vuelve a detenerse. «¿Y si luego no encuentro el camino de vuelta? —piensa—. ¿Y si me pierdo, empiezo a dar vueltas y no encuentro jamás el camino de vuelta a los Estados Unidos en los que Fort Lee se encuentra en la orilla occidental del George Washington, y Gerald Ford, quién si no, es el presidente de Estados Unidos?» Y piensa a continuación: «¿Y qué si lo hago? ¿Qué cojones pasa?».

Cuando pone un pie en la orilla de Jersey, está sonriendo de oreja a oreja sinceramente animado por primera vez desde el día que ofició junto a la tumba de Danny Glick en el pueblo de Jerusalem's Lot. Un par de chicos con cañas de pescar caminan en su dirección.

—¿A alguno de estos jóvenes le importaría darme la bienvenida a New Jersey? —pregunta Callahan, con una sonrisa más radiante que nunca.

—Bienvenido a Ene Jota, tío —dice uno de ellos de buen grado, pero ambos lo evitan y lo miran con recelo.

Callahan no los culpa y, de todos modos, aquello no consigue hacer mella en su magnífico humor. Se siente como un hombre que acaba de salir de una prisión gris en un día soleado. Aprieta el paso sin volverse para no tener que dedicar a los edificios de Manhattan recortados contra el horizonte ni siquiera una mirada de despedida. ¿Por qué debería hacerlo? Manhattan es el pasado. Los múltiples Estados Unidos que se abren ante él, eso es el futuro.

Está en Leabrook. No hay campanillas. Más adelante habrá campanillas y vampiros; más adelante habrá más mensajes escritos con tiza y con spray en paredes de ladrillo (aunque no todos acerca de él). Más adelante verá a los hampones en sus extravagantes Cadillacs rojos, en sus Lincolns verdes y en sus sedanes Mercedes-Benz morados; hampones de ojos rojos refulgentes, pero no hoy. Hoy el sol brilla en un nuevo Estados Unidos, en la orilla occidental de un puente peatonal restaurado sobre el Hudson.

Se detiene frente al Restaurante Casero de Leabrook, en Main Street, en cuyo escaparate hay un letrero que reza: SE NECESITA COCINERO/A DE CAFETERÍA . Don Callahan había trabajado de cocinero durante gran parte del tiempo que estuvo en el seminario e hizo otro tanto más en El Hogar, al este de Manhattan. Piensa que tal vez sea la persona que buscan allí, en el Casero de Leabrook. Resulta que tiene razón, aunque le lleva tres turnos recuperar su habilidad para cascar en la parrilla un par de huevos con una mano. El dueño, un hombre alto como un pino llamado Dicky Rudebacher, le pregunta a Callahan si tiene problemas de salud —«algo contagioso», lo llama—y asiente con la cabeza a modo de sencilla aceptación cuando Callahan le responde que no. No le pide ningún papel, ni siquiera el número de la Seguridad Social. Quiere pagar a su nuevo cocinero en negro, si no es problema. Callahan lo tranquiliza diciéndole que no lo es.

—Una cosa más —dice Dicky Rudebacher, y Callahan espera el jarro de agua fría. Nada lo hubiera sorprendido; sin embargo, Rudebacher se limita a decir—: Tienes pinta de darle a la bebida.

Callahan admite que ha sido famoso por empinar el codo.

—Yo también —confiesa Rudebacher—. En este trabajo es la forma de proteger tu puta cordura. No voy a olerte el aliento cuando entres... si llegas a tu hora. Pero a la segunda vez que llegues tarde, te pondré de patitas en la calle. No voy a repetirlo.

Callahan trabaja en el Restaurante Casero de Leabrook durante tres semanas y se aloja dos manzanas más allá, en el Sunset Motel. Aunque no siempre es el Casero, y no siempre es el Sunset. El cuarto día en la ciudad, se despierta en el Sunrise Motel, y el Restaurante Casero de Leabrook es el Restaurante Casero de Fort Lee. El Register de Leabrook, que la gente suele dejarse en la barra, se convierte en el Register-American de Fort Lee. No se siente precisamente tranquilo cuando descubre que Gerald Ford ha vuelto a asumir la presidencia.

Cuando Rudebacher le paga al final de la primera semana —en Fort Lee—, Grant aparece en los billetes de cincuenta, Jackson en los de veinte y Alexander Hamilton no supera los de las decenas en el sobre que el jefele tiende. Al final de la segunda semana —en Leabrook—, Abraham Lincoln aparece en los billetes de cincuenta y alguien llamado Chadbourne en los de diez. Andrew Jackson sigue en los de veinte, ¡menudo alivio! En la habitación de motel de Callahan, la colcha es rosa en Leabrook y naranja en Fort Lee. Aquello le viene muy bien, así siempre sabe en qué versión de New Jersey se encuentra en cuanto despierta.

Se emborracha un par de veces. La segunda, después de cerrar, Dicky Rudebacher lo acompaña y no le va en zaga en los tragos. «Antes este era un gran país», la versión de Leabrook de las quejas de Rudebacher, y Callahan piensa que es fantástico que algunas cosas no cambien; las quejas y los lamentos de rigor se presentan a medida que pasa el tiempo.

Sin embargo, su sombra comienza a alargarse antes cada día, ha visto al primer vampiro Tipo Tres haciendo cola para comprar una entrada en el Leabrook Twin Cinema, y un buen día se despide del trabajo.

—Creía que me habías dicho que no tenías nada —le recrimina Rudebacher a Callahan.

—¿Perdona?

—Creo que sufres un caso acentuado de culo de mal asiento, amigo mío. A menudo viene con lo otro. —Rudebacher hace un gesto de empinar el codo con una mano roja de tanto fregar platos—. Cuando se coge siendo mayor, a menudo no tiene cura. Te diré una cosa: si no tuviera una mujer que sigue siendo buena en la cama y dos chavales en la universidad, haría las maletas y me iría contigo.

—¿Ah sí? —preguntó Callahan, fascinado.

—Septiembre y octubre son siempre muy malos —continúa Rudebacher en tono soñador—. Oyes la llamada. Los pájaros también la oyen y van.

—¿El qué?

Rudebacher le dirige una mirada que dice: «no te hagas el tonto».

—Para ellos es el cielo. Para tipos como nosotros es la carretera. La llamada de la puta carretera abierta. Los tipos como yo, con chavales en la universidad y una mujer a la que

todavía le gusta hacerlo más a menudo que el sábado por la noche, suben la radio un poco más y la ahogan. Tú no vas a hacer eso. —Hace una pausa y mira a Callahan con astucia—. ¿Por qué no te quedas una semana más? Te soltaré veinticinco pavos. Preparas un Monte Cristo cojonudo.

Callahan se lo piensa y a continuación sacude la cabeza. Si Rudebacher tuviera razón, si fuera solo una carretera, tal vez podría quedarse unasemana más... y otra... y otra más. Pero no es solo una. Son todas, todas esas carreteras ocultas. Recuerda el nombre de su libro de lectura de cuando iba a tercero y estalla en carcajadas. Se titulaba Carreteras a todas partes.

—¿Qué es lo que tiene tanta gracia? —pregunta Rudebacher con acritud.

—Nada —responde Callahan—. Todo. —Le da una palmadita a su jefe en el hombro—. Eres un buen hombre, Dicky. Si vuelvo por aquí, vendré a visitarte.

—No volverás por aquí —sentencia Dicky Rudebacher y, por descontado, está en lo cierto.

TRES

—Estuve cinco años en la carretera, más o menos —dijo Callahan mientras se acercaban a la iglesia y, en cierto modo, aquello fue todo lo que dijo sobre el tema.

Aunque ellos oyeron mucho más. Ni siquiera se sorprendieron cuando más adelante descubrieron que Jake, de camino al pueblo con Eisenhart y los Slightman, también hubiera escuchado parte de aquello. Después de todo, era Jake quien tenía el toque más poderoso.

Cinco años en la carretera, nada más.

El resto, os consta: un millar de mundos perdidos de la rosa.

CUATRO

Está cinco años en la carretera, más o menos, aunque las carreteras son muchas más de una y, tal vez, en las circunstancias adecuadas, cinco años pueden ser una eternidad.

Está la 71, que atraviesa Delaware y manzanas de los que alimentarse. Hay un niño pequeño llamado Lars con una radio rota. Callahan la arregla y la madre de Lars le prepara una vianda espléndida para que se la lleve, una vianda que parece durarle días. Está la 317, que atraviesa el Kentucky rural, y encuentra un trabajo de enterrador con un tipollamado Pete Petacki que no calla nunca. Una chica se acerca a observarlos, es una jovencita muy guapa de unos diecisiete años o por ahí, que se sienta en una pared de piedra mientras una lluvia de hojas cae a su alrededor y Pete Petacki conjetura cómo debe de ser tener aquellas piernas largas, enfundadas en la pana que llevan, y envolviéndole a uno el cuello, cómo debe de ser tener la lengua hundida en una menor. Pete Petacki no ve el resplandor azul que la envuelve ni mucho menos el modo en que sus ropas caen al suelo más tarde, como plumas, cuando Callahan se sienta a su lado, la atrae hacia sí mientras ella desliza una mano hacia su ingle y la boca hacia su cuello, cuando le hunde el cuchillo certeramente en el bulto de hueso, nervio y cartilago de la nuca. Una puñalada que empieza a dominar como el que más.

Está la 19, que atraviesa Virginia Occidental, y hay una pequeña y polvorienta feria ambulante que busca un hombre que arregle las atracciones y que dé de comer a los animales.

—O al revés —dice Greg Chumm, el taimado dueño de cabello grasiento—. Ya sabe, que dé de comer a las atracciones y arregle los animales. Lo que le venga en gana.

Y, por un tiempo, cuando una infección bacteriana deja al taimado corto de personal (en aquellos momentos se dirigen al sur en un intento de dejar atrás el invierno), Callahan acaba haciendo de Menso, el Prodigio de Percepción Extrasensorial, con un éxito sorprendente. También va caracterizado de Menso cuando los ve por primera vez; no a los vampiros ni tampoco a los atribulados muertos, sino a los hombres altos de rostros pálidos y atentos que suelen ocultar bajo sombreros alados pasados de moda o gorras de béisbol de viseras extralargas muy a la moda. Entre las sombras proyectadas por esos tocados, sus ojos emiten un brillo rojizo oscuro, como si se tratara de los ojos de mapaches o turones cuando los atrapas con el haz de una linterna merodeando alrededor de los cubos de basura. ¿Ellos lo ven a él? Los vampiros (al menos los Tipo Tres), no. Los muertos, sí. ¿Y aquellos hombres con las manos hundidas en los bolsillos de sus largas chaquetas amarillas y los rostros de perdonavidas asomando por debajo de sus sombreros? ¿Ven? Callahan no lo sabe con certeza, pero prefiere

no tentar a la suerte. Tres días después, en la ciudad de Yazoo City, en Mississippi, cuelga su chistera negra de Menso, deja el mono grasiento en el suelo de una caravana y se larga de la Feria Ambulante de Chumm sin molestarse en cumplir con la formalidad de reclamar el cheque correspondiente a su paga. Cuando está saliendo de la ciudad, ve unos cuantos de aquellos carteles de mascotas clavados a postes telefónicos. Uno de los ya típicos dice:

¡PERDIDA GATA SIAMESA DE DOS AÑOS!

RESPONDE AL NOMBRE DE RUTA

MUY ALBOROTADORA, PERO JUGUETONA

SE OFRECE SUSTANCIOSA RECOMPENSA

\$\$\$\$\$\$

LLAME AL 764, ESPERE LA SEÑAL Y DEJE SU NÚMERO

QUE DIOS LO BENDIGA POR SU AYUDA

¿Quién es Ruta? Callaban no lo sabe. Lo único que sabe es que es ALBOROTADORA, pero JUGUETONA. ¿Seguirá siendo alborotadora cuando los hampones den con ella? ¿Seguirá siendo juguetona?

Callahan lo duda.

Pero tiene sus propios problemas y lo único que puede hacer es rezar a Dios, en quien ya no cree a pies juntillas, para que los hombres de las chaquetas amarillas no den con ella.

Más adelante, ese mismo día, haciendo dedo por el arcén de la 3 que cruza el condado de Issaquena, bajo un cielo plomizo que nada sabe de diciembre y las Navidades que se acercan, regresan las campanillas. Invaden su cabeza y amenazan con reventarle los tímpanos y hacer estallar una hemorragia que le agujereara toda la superficie del cerebro. A medida que van desapareciendo, lo invade una certeza espeluznante: vienen a por él. Los hombres de los ojos rojos, los sombreros grandes y las chaquetas amarillas están en camino.

Callahan se aleja corriendo del arcén de la carretera como un fugitivo de una cadena de presidiarios; deja atrás la cuneta atestada de desperdicios en plan Superman: de un solo salto. Más allá hay una vieja valla de madera cubierta de ramales de kudzu y lo que podría ser zumaque venenoso. No le importa si se trata o no de zumaque venenoso. Salta la valla, aterriza sobre hierbas altas y bardanas y atisba la carretera a través de una brecha entre el follaje.

Por un segundo o dos no ve nada. Entonces, un Cadillac rojo y blanco aparece retumbando por la 3 procedente de Yazoo City. No va a menos de cien por hora y el agujerito por el que espía Callahan es pequeño, pero aun así los distingue con una claridad sobrenatural: tres hombres, dos con lo que parecen chaquetas amarillas; el tercero, con lo que parece una cazadora de piloto. Los tres fuman; la cabina cerrada del Cadillac echa humo.

«Me van a ver, me van a oír, me van a sentir», protesta la mente de Callahan, quien la obliga a alejarse de su delirante y desesperada certeza, tira de ella para alejarla. Se obliga a pensar en aquella canción de Elton John, «Someone saved, someone saved, someone saved my liiife tonight...», y parece funcionar. En cierto momento, espeluznante y sobrecogedor, piensa que el Cadillac está aminorando la velocidad, un momento lo bastante largo como para imaginarse a esos hombres persiguiéndolo a través de aquel campo olvidado lleno de hierbajos, dándole caza, arrastrándolo hasta un cobertizo o un establo abandonado... Pero entonces, el Cadillac avanza colina arriba, tal vez en dirección a Natchez. O Copiah. Callahan espera diez minutos más. «Tienes que asegurarte de que no te la están jugando, tío», le hubiera dicho Lupe. Sin embargo, incluso mientras espera, sabe que aquello es solo una formalidad. No se la están jugando, lo han pasado de largo sin más. ¿Cómo? ¿Por qué?

La respuesta va tomando forma poco a poco; una respuesta, ¡al fin!, y que lo aspen si no es la correcta. Lo han pasado de largo porque se ha deslizado a otra versión de Estados Unidos cuando permanecía tumbado detrás de la maraña de kudzu y zumaque espionando la carretera. Tal vez solo se diferenciase en unos cuantos detalles insignificantes —digamos Lincoln en el de uno y Washington en el de cinco en vez de al revés—, pero suficientes. Solo los suficientes. Y está bien, porque aquellos tipos no tienen el cerebro hecho polvo, como los muertos, ni son ciegos a su presencia, como los chupasangre. Esa gente, sea quien sea, es la más peligrosa de todos.

Al final, Callahan vuelve a la carretera. Un hombre negro con un sombrero de paja y vestido con un mono se acerca conduciendo un viejo y destartado Ford. Se parece tanto al típico granjero negro de las películas de los años treinta que Callahan casi espera que ría, se dé unas palmotadas en la rodilla y suelte alguna exclamación ocasional del tipo «¡Sí, señó! ¡Vaya si tiene usté razón!». En cambio, el negro entabla con él una conversación sobre política, incitada por una noticia de la emisora National Public Radio que estaba escuchando. Cuando Callahan lo deja, en Shady Grove, el negro le da cinco dólares y una gorra de béisbol que le sobra.

—Tengo dinero —dice Callahan, tratando de devolverle los cinco dólares.

—Un hombre que huye nunca tiene suficiente —contesta el negro—. Y, por favor, no me digas que no estás huyendo. No insultes mi inteligencia.

—Te lo agradezco —responde Callahan.

—De nada —dice el negro—. ¿Adonde vas? Por así decirlo.

—No tengo ni idea —responde Callahan, y sonríe a continuación—. Por así decirlo.

CINCO

Recoge naranjas en Florida. Le da a la escoba en Nueva Orleans. Limpia caballerizas en Lufkin, Texas. Reparte folletos de inmobiliarias en las esquinas de Phoenix, Arizona. Son todos trabajos pagados en mano. Observa los rostros siempre cambiantes de los billetes. Repara en los nombres diferentes en los periódicos. Jimmy Cárter es elegido presidente, pero también lo son Ernest Hollings «Fritz» y Ronald Reagan. George Bush también es elegido presidente. Los nombres de los periódicos (los de la gente famosa cambian con mayor frecuencia, y hay muchos de los que nunca ha oído hablar) no importan. Los rostros del dinero no importan. Lo que importa es la imagen de una veleta recortada contra una puesta de sol de un violeta rabioso, el sonido de sus tacones sobre el asfalto solitario de una carreteril de Utah, el rumor del viento en el desierto de Nuevo México, la imagen de una niña saltando a la comba junto a un Chevrolet Caprice abandonado en Fossil, Oregón. Lo que importa es el aullido de los cables de alta tensión junto a la 50, al oeste de Elko, en Nevada, y un cuervo muerto en una cuneta en las afueras de Rainbarrel Springs. A veces está sobrio y otras se emborracha. En una ocasión se refugia durante cuatro días enteros en un cobertizo abandonado —justo en la frontera del estado de California con Nevada—y bebe sin parar. Acaba vomitando de forma intermitente durante siete horas. Durante la primera hora más o menos, los vómitos son tan constantes y violentos que está convencido de que lo van a matar. Después, lo único que desea es que ojalá lo hubieran hecho. Y cuando todo ha terminado, se jura que se acabó, que no volverá a beber, que ya ha aprendido la lección, y una semana después vuelva emborracharse y a contemplar las estrellas extrañas detrás del restaurante donde lo han contratado de lavaplatos. Es un animal enjaulado y no le importa. A veces hay vampiros y a veces los mata. La mayoría de ellas los deja vivir porque le preocupa atraer la atención. ..La de los hampones. A veces se pregunta qué cree que está haciendo, adonde cojones se dirige, y esas preguntas son el camino más rápido hacia la siguiente botella porque en realidad no va a ninguna parte. Se limita a seguir las carreteras ocultas y a arrastrar la jaula tras él, se limita a oír la llamada de esas carreteras y a ir de una a otra. Enjaulado o no, a veces se siente feliz; a veces canta encadenado, como el mar. Desea ver la siguiente veleta recortada contra la siguiente puesta de sol rosada. Desea ver el siguiente silo desmoronándose a lo lejos, en un campo al norte abandonado hace largo tiempo por un granjero desaparecido, y ver pasar zumbando el siguiente camión con GRAVAS TONOPAH O CONSTRUCCIONES ASPLUNDH escrito en los flancos. Está en el paraíso de los vagabundos, perdido en las diferentes personalidades de Estados Unidos. Desea oír el viento en los cañones y saber que es el único que lo oye. Desea gritar y oír cómo se aleja el eco. Cuando el regusto de la sangre de Barlow es demasiado intenso en su paladar, desea beber. Y, por supuesto, cuando ve los carteles de las mascotas perdidas o los mensajes escritos con tiza en las aceras, desea seguir su camino. En el oeste ve algunos de esos anuncios, pero no aparecen en ellos ni su nombre ni su descripción. De vez en cuando ve vampiros yendo de aquí para allá —la sangre nuestra de cada día, dánosla hoy—, pero los deja en paz. Después de todo, son mosquitos, nada más.

En la primavera de 1981 se encuentra entrando en la ciudad de Sacramento en la parte

trasera de lo que debe de ser el camión International-Harvester más viejo que sigue en la carretera de California. Va embutido en su interior con unos cuarenta mexicanos ilegales; hay mezcal, tequila, maría y varias botellas de vino. Todos están borrachos, acabados, y Callahan es, tal vez, el más borracho de todos. Los apellidos de sus compañeros regresan a su memoria años después como si se pronunciaran en medio del delirio causado por la fiebre: Escobar, Estrada, Javier, Esteban, Rosario, Echeverría, Caverria. ¿Son nombres que más tarde encontrará en el Calla o solo se trata de una alucinación causada por la bebida? En cuanto a eso, ¿qué debía pensar de su propio apellido que se parece tanto al lugar donde acaba? «Calla, Callahan. Calla, Callahan.» A veces, cuando ya hace mucho que se ha acostumbrado adormir en su cómoda cama de la rectoría, los dos nombres se dan caza en su cabeza como los tigres en El negrito Sambo.

En ocasiones, lo asalta el verso de un poema, una paráfrasis de (cree) la «Epístola para ser dejada en la tierra» de Archibald MacLeish. «No fue la voz de Dios, sino solo el trueno.» No es correcto, pero es como lo recuerda. «Dios no, sino el trueno.» ¿O sólo es lo que quiere creer? ¿Cuántas veces se habría renegado de Dios de aquella manera?

En cualquier caso, todo eso viene después. Cuando entra en Sacramento está borracho y es feliz. En su cabeza no hay preguntas. Al día siguiente está medio contento con resaca y todo. Encuentra un trabajo sin dificultad; parece como si los trabajos estuvieran por todas partes, por ahí tirados como manzanas tras un torbellino en el huerto. Es decir, siempre que a uno no le importe ensuciarse las manos o escaldárselas con agua caliente o, a veces, que le salgan ampollas a causa del mango de un hacha o de una pala. En sus años en la carretera nadie le ha ofrecido un trabajo de corredor de bolsa.

El trabajo que encuentra en Sacramento es el de descargar camiones en un almacén de camas y colchones que ocupa toda una manzana llamado Sleepy John's. Sleepy John está preparando la «Ma\$acre de Colchone\$» que celebra una vez al año y durante toda la mañana Callahan y una cuadrilla de otros cinco hombres transportan los extragrandes, los grandes y los de dos plazas. Comparado con algunos trabajos de un día que ha desempeñado en los últimos años, aquel era un chollo.

A la hora de comer, Callahan y el resto de los hombres se sientan a la sombra del muelle de carga. Él diría que no hay nadie del International-Harvester en aquella cuadrilla, pero no lo juraría; estaba totalmente borracho. Lo único que sabe sin duda alguna es que de nuevo vuelve a ser el único tipo blanco. Los demás comen enchiladas del Crazy Mary's que está al final de la carretera. Hay un loro sucio y viejo sobre una pila de cajones en el que suena salsa. Dos chicos agarrados mientras los demás —Callahan incluido— dejan a un lado lo que están comiendo para seguir el ritmo batiendo palmas.

Una joven vestida con blusa y falda sale del local, observa con disgusto cómo bailan los hombres y luego se vuelve hacia Callahan.

—¿Eres gringo, no? —le pregunta.

—Gringo por los siglos de los siglos, amén —responde Callahan.

—Entonces tal vez te interese. El resto no sabría qué hacer con esto.—Le tiende el periódico, el *Bee de Sacramento*, y luego mira a los mexicanos que siguen bailando—. *Frijoleros* —comenta, y en el trasfondo se percibe el tono de: «¿Qué vas a hacerle?».

Callahan considera si se pone en pie y menea ante ella su culito de gringo que no sabe bailar, pero es mediodía, demasiado tarde para encontrar otro trabajo si pierde este. Y aunque no acabara en el calabozo por agresión, no le pagarían. Decide enseñarle el dedo medio a la espalda girada de ella y se ríe cuando algunos hombres aplauden. La joven da media vuelta, los mira con recelo y a continuación regresa al interior. Sin dejar de sonreír, Callahan sacude el periódico para abrirlo. La sonrisa dura hasta que llega a la página de BREVES NACIONALES, donde se desvanece en un santiamén. Entre un artículo sobre el descarrilamiento de un tren en Vermont y el robo de un banco en Missouri, se topa con lo siguiente:

GANADOR DEL PREMIO «ÁNGEL DE LA CALLE»
EN ESTADO CRÍTICO

NUEVA YORK (AP) Rowan R. Magruder, dueño y director de lo que quizá sea el albergue con mayor prestigio para los sin techo, los alcohólicos y los drogadictos, se encuentra en estado crítico tras ser agredido por los llamados Hermanos de Hitler, quienes llevan actuando en Nueva York desde hace ocho años. Según fuentes policiales, se les considera responsables de una cuarentena de agresiones y de la muerte de dos hombres. A diferencia de sus otras víctimas, Magruder no es ni negro ni judío, pero fue encontrado en una portería no muy lejos de El Hogar, el albergue que fundó en 1968, con el sello característico de los Hermanos de Hitler: una esvástica grabada a cuchillo en la frente. Magruder también presentaba múltiples heridas causadas por arma blanca.

El Hogar alcanzó repercusión internacional en 1977 cuando la Madre Teresa lo visitó, ayudó a servir comida y rezó con los residentes. El propio Magruder fue el protagonista de un artículo de portada del *Newsweek* en 1980, cuando el neoyorquino conocido como el «ángel de la calle» fue nombrado Hombre del Año de Manhattan por el alcalde Ed Koch.

Un médico familiarizado con el caso consideró que las posibilidades de recuperación de Magruder eran de menos «del treinta por ciento». Informó de que, no solo había sido marcado por sus agresores, sino que además lo habían dejado ciego. «Me considero un hombre compasivo —dijo el médico—, pero, en mi opinión, los hombres que hicieron esto deberían ser decapitados.»

Callahan relee el artículo preguntándose si aquel es su Rowan Magruder u otro, pongamos que un Rowan Magruder de un mundo donde un tipo llamado Chadbourne aparece en uno de los verdes. No sabe cómo, pero está seguro de que lo es y de que se suponía que él tenía que leer aquel artículo en concreto. En aquellos momentos se encuentra en lo que él cree el «mundo real» sin duda alguna y no es solo el delgado fajo de billetes en su cartera lo que se lo dice. Es una sensación, una especie de señal. Una verdad. Si es así (y lo es, él lo sabe), lo mucho que se ha perdido allí, en las carreteras ocultas... ¡La Madre Teresa les hizo una visita! ¡Ayudó a servir la sopa! ¡Mierda, por lo que Callahan sabe, incluso puede que cocinara ese engrudo de sapos con fideos! Podría haberlo hecho, la receta estaba allí mismo, pegada con cinta adhesiva a la pared, junto a los hornillos. ¡Y un premio! ¡La portada del Newsweek! Le revienta no haberlo visto, pero no se consultan las revistas demasiado a menudo cuando se está viajando con una feria ambulante y arreglando las Tazas Lokas o limpiando las caballerizas detrás del rodeo de Enid, en Oklahoma.

Está tan avergonzado que ni siquiera sabe que está avergonzado. Ni siquiera cuando Juan Castillo le dice con fuerte acento hispano:

—¿Por qué moqueas, Donnie?

—¿Estoy llorando? —pregunta. Se seca las lágrimas de los ojos y sí, lo está. Está llorando. Pero no sabe que es de vergüenza, todavía no. Asume que se debe a la sorpresa y es probable que en parte sea por eso—. Sí, creo que sí.

—¿Adonde andas? —insiste Juan—. El descanso para el lonche casi ha terminado, man.

—Tengo que irme —responde Callahan—. Tengo que volver al este.

—Si te andas no te van a dar la guita, man.

—Lo sé —contesta Callahan—. Así está bien.

Y vaya si miente. Porque nada está bien.

Nada.

SEIS

—Tenía un par de cientos cosidos al fondo de la bolsa de viaje —dijo Callahan. Estaban sentados en los escalones de la iglesia, bajo el sol radiante—. Me compré un billete de avión de vuelta a Nueva York. Llegar cuanto antes era de vital importancia, claro, aunque en realidad esa no era la única razón. Tenía que salir de aquellas carreteras ocultas. —Hizo un leve asentimiento de cabeza en dirección a Eddie—. Las carreteras del exotransito. Son tan adictivas como la bebida...

—Más —aseguró Roland. Vio que tres figuras se les acercaban: Rosalita guiaba a los gemelos Tavery, Frank y Francine. La chica llevaba una hoja de papel enorme en las manos y la

portaba frente a ella con un aire de reverencia que casi era cómico—. Caminar sin rumbo fijo es la droga más adictiva que existe, creo, y toda carretera oculta conduce a una docena más.

—Dices verdad, te digo gracias —contestó Callahan.

Roland pensó que parecía triste y alicaído, un poco perdido.

—Padre, con gusto escucharíamos el resto de su historia, pero será mejor que la reserve para la noche. O para mañana por la noche, si no volvemos hasta entonces. Nuestro joven amigo Jake se presentará por aquí dentro de nada.

—¿Lo sabéis, verdad? —preguntó Callahan, interesado, pero no incrédulo.

—Ea —contestó Susannah.

—Me gustaría ver lo que tienes ahí dentro antes de que llegue —dijo Roland—. La historia de cómo topaste con ello forma parte de tu historia, creo...

—Sí —afirmó Callahan—. Así es. El meollo de la historia, creo.

—... y merece ser relatado en su momento. Por ahora, las cosas se nos están amontonando.

—Suele ocurrir —comentó Callahan—. Durante meses, incluso años, como trataba de explicaros, el tiempo apenas parece existir. Y, de repente, todo sucede en un abrir y cerrar de ojos.

—Dices verdad —convino Roland—. Acompáñame a recibir a los gemelos, Eddie. Creo que la jovencita te ha echado el ojo.

—Ya puede echarle los dos si quiere —observó Susannah de buen talante—. Mirar es gratis. Yo preferiría quedarme aquí sentada al sol, Roland, si no te importa. Hacía mucho tiempo que no montaba a caballo y no me avergüenza confesar que me duele absolutamente todo. No tener patas te deja el cuerpo para el arrastre.

—Como tú prefieras —contestó Roland, aunque no lo dijo de corazón, y Eddie lo sabía. Por el momento, el pistolero quería que Susannah se quedara donde estaba. Lo único que deseaba es que ella no lo percibiera.

Mientras se encaminaban hacia los niños y Rosalita, Roland habló con Eddie, en voz baja y de prisa.

—Voy a entrar en la iglesia con él yo solo. Quiero que sepas que no quiero manteneros a los dos alejados de lo que sea que haya allí dentro. Si es la Trece Negra, y creo que tiene que serlo, lo mejor es que ella no esté cerca.

—Dada su delicada condición, te refieres. Roland, cualquiera diría que preferirías que Suze tuviera un aborto.

—No es un aborto lo que me preocupa —contestó Roland—. Lo que me preocupa es que la Trece Negra fortalezca aún más esa cosa que lleva dentro. —Volvió a hacer una pausa—. Tal vez ambas cosas. El bebé y la guardiana del bebé.

—Mia.

—Sí, ella. —A continuación le sonrió a los gemelos Tavery. Francine le devolvió una sonrisa superficial reservando una radiante para Eddie. Veamos lo que habéis hecho, si no os importa —dijo Roland.

—Esperamos que esté bien —se excusó Frank Tavery—. Podría ser que no. Teníamos miedo, ea. La señora nos dio un papel tan bonito, que teníamos miedo.

—Primero lo dibujamos en el suelo —observó Francine—. Luego con carboncillo. Fue Frank quien lo terminó; las manos no dejaban de temblar le.

—Tranquilos —dijo Roland.

Eddie se acercó algo más y observó por encima de su hombro. El mapa era un portento en cuanto al detallismo. La Sala de Reuniones Municipal y la dula estaban dibujadas en el centro y el Río Grande/Devar Tete recorría la orilla izquierda de aquel papel que a Eddie le pareció un vulgar papel de gelatina, de esos que pueden encontrarse en cualquier tienda de material de oficina en Estados Unidos.

—Niños, esto es una pasada —comentó Eddie, y por un instante, creyó que Francine Tavery iba a desmayarse.

—Ea —convino Roland—. Nos habéis hecho un gran servicio. Pero ahora voy a hacer algo

que, con toda seguridad, vais a considerar un sacrilegio. ¿Conocéis esa palabra?

—Sí —contestó Frank—. Somos cristianos. «No tomarás el nombre de Dios Nuestro Señor ni el de Su Hijo, Jesús Hombre, en vano.» Aunque un sacrilegio también es cometer una falta de respeto contra algo noble o elevado.

Lo dijo en tono muy serio, aunque parecía interesado en ver qué sacrilegio tenía pensado cometer el forastero. Igual que su hermana.

Roland dobló por la mitad el papel, que ellos apenas se habían atrevido a tocar, a pesar de su más que obvia maestría. Los jóvenes dieron un respingo. Igual que Rosalita Muñoz, aunque no fue tan evidente.

—No es un sacrilegio tratarlo de esta manera porque ya no es solo papel —se explicó Roland—. Se ha convertido en una herramienta y las herramientas deben protegerse. ¿Os consta?

—Sí—aseguraron, aunque con cierta vacilación. El cuidado con el que Roland guardó el mapa doblado en su bolsa les devolvió parte de su confianza.

—Le digo muchas, pero que muchas gracias —dijo Roland. Tomó la mano de Francine con su izquierda y la de Frank con su maltrecha derecha—. Estas manos y estos ojos podrían haber salvado vidas.

Francine rompió a llorar. Frank mantuvo las lágrimas a raya hasta que sonrió, momento en que se desbordaron y rodaron por sus pecosas mejillas.

SIETE

—Son buenos chavales —observó Eddie regresando a los escalones de la iglesia—. Chicos con talento.

Roland asintió con la cabeza.

—¿Te imaginas a uno de ellos volviendo de Tronido como un idiota baboso?

Roland, quien se lo imaginaba demasiado bien, no respondió.

OCHO

Susannah acató sin rechistar la decisión de Roland en cuanto a que Eddie y ella se quedaran fuera de la iglesia, y el pistolero se descubrió recordando su renuencia a entrar en el solar. Se preguntó si Susannah estaba preocupada en parte por lo mismo que él. Si así fuera, la batalla —la de ella— ya había comenzado.

—¿Cuánto tiempo espero antes de entrar y sacarte a rastras? —preguntó Eddie.

—Antes de que entremos los dos y te saquemos —le corrigió Susannah.

Roland lo consideró, buena pregunta. Miró a Callahan en lo alto de los escalones con sus téjanos azules y una camisa a cuadros arremangada hasta los codos. Tenía las manos entrelazadas al frente. Roland distinguió unos músculos trabajados en aquellos antebrazos. El Viejo Amigo se encogió de hombros.

—Duerme. No debería haber problemas. Pero... —Desunió una de sus manos nudosas y señaló la pistola en la cadera de Roland—. Yo me desharía de eso, tal vez duerma con un ojo abierto.

Roland se desabrochó la pistolera y se la tendió a Eddie, quien llevaba la otra. A continuación, se descolgó la bolsa y se la alargó a Susannah.

—Cinco minutos —decidió—. Si hay problemas, puede que os llame.

No añadió: «O tal vez no pueda».

—Para entonces, Jake ya debería de haber llegado —observó Eddie.

—Si vienen, no los dejes entrar —le advirtió Roland.

—Eisenhart y los Slightman ni lo intentarán —aseguró Callahan—. Profesan culto a Oriza, la Señora del Arroz.

Compuso una mueca de disgusto para manifestar a los allí presentes lo que pensaba de la Señora del Arroz y del resto de dioses de segunda categoría del Calla.

—Vamos, pues —concluyó Roland.

NUEVE

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Roland Deschain había experimentado

ese tipo de temor profundamente supersticioso que acompaña a una religión en la que se cree a pies juntillas. Desde la infancia, tal vez. Sin embargo, el miedo se apoderó de él en cuanto el padre Callahan abrió la puerta de su más que modesta iglesia de madera y la mantuvo abierta para indicarle a Roland con un gesto que lo precediera en la entrada.

Había un vestíbulo, con una alfombra desvaída en el suelo, en cuya pared frontal esperaban abiertas dos puertas tras las que se abría una estancia de dimensiones considerables con bancos y reclinatorios a ambos lados. En el otro extremo del recinto se alzaba una plataforma y lo que Roland tomó por un facistol flanqueado por jarros de flores blancas. El aire estancado estaba impregnado de su sutil fragancia. Había ventanales alargados de vidrio traslúcido. Detrás del facistol, en la pared del fondo, había una cruz de fustaferró.

Roland oyó el tesoro escondido del Viejo Amigo y no con los oídos, sino con los huesos. Era un zumbido grave y constante. Del mismo modo que la rosa, el zumbido transmitía una sensación de poder, pero ahí acababan las similitudes. Aquel zumbido hablaba de una nada inmensa. De un vacío similar al que todos habían sentido que subyacía en la realidad superficial del exotransito de Nueva York. Un vacío que podía convertirse en una voz.

«Sí, es esto lo que nos llevó —pensó—. Nos llevó a Nueva York, a una de las muchas Nueva York según la historia de Callahan.

Pero podría llevarnos a cualquier dónde o a cualquier cuándo. Podría llevarnos... o podría arrojarnos.»

Recordó la conclusión de su larga charla con Walter en el lugar de los huesos. En aquel momento comprendió que también entonces había entrado en exotransito. Y que había experimentado una sensación de crecimiento, de hinchazón, hasta que se había hecho mayor que la tierra, las estrellas y el mismo universo. Aquel poder estaba allí, en aquel recinto, y lo temía.

«Los dioses velan su sueño», pensó. Sin embargo, a aquel pensamiento le siguió uno aún más desalentador: tarde o temprano tendrán que despertarlo. Tarde o temprano tendrán que utilizarlo para volver a los cuándoos de Nueva York que tenían que visitar.

Había un cuenco de agua en un atril junto a la puerta. Callahan se mojó los dedos y se persignó.

—¿Ya puedes hacerlo? —murmuró Roland con lo que apenas era un hilo de voz.

—Ea —contestó Callahan—. Dios me ha vuelto a aceptar en su seno, pistolero. Aunque creo que solo me tiene «a prueba», por así decirlo. ¿Te consta?

Roland asintió con la cabeza y siguió a Callahan al interior de la iglesia sin mojarse los dedos en la pila.

Callahan lo condujo por el pasillo central y, aunque avanzaba con rapidez y seguridad, Roland percibió que el hombre estaba tan asustado como él mismo, tal vez más. El religioso quería deshacerse de aquello, cierto, era innegable, pero Roland siguió admirando su valentía.

En el extremo más alejado de la sacristía, a la derecha, había un pequeño tramo de tres escalones. Callahan los subió.

—No hace falta que subas, Roland; desde donde estás lo puedes ver sin problemas. Ahora no te me irás a echar atrás, ¿no?

—En absoluto —aseguró Roland.

Los dos hablaban en voz baja.

—Bien. —Callahan hincó una de las rodillas en el suelo, lo que produjo un crujido audible al flexionar la articulación e hizo que ambos dieran un respingo ante el sonido—. Ni siquiera tocaría la caja en la que se encuentra si no fuera necesario. No lo he hecho desde que la dejé aquí, en el escondite que yo mismo le preparé. Que Dios me perdone por haber utilizado una sierra en Su morada.

—Sácala —dijo Roland.

Estaba preparado, con los sentidos alerta, atento a cualquier cambio que pudiera ver u oír en aquel zumbido interminable y vacío por mínimo que fuera. Echó de menos el peso de la pistola en la cadera. ¿La gente que iba a rezar no sentía aquella cosa espeluznante que el Viejo Amigo había escondido allí? Supuso que no, de lo contrario se mantendrían alejados. Y también supuso

que, en realidad, no había mejor sitio para algo así: en cierto modo, la humilde fe de los parroquianos debía de neutralizarla. Puede que incluso la sosegara y, por tanto, la obligara a caer en un sueño más profundo.

«Con todo, podría despertar —pensó Roland—. Despertar y enviarlos a los diecinueve puntos de ningún sitio en un abrir y cerrar de ojos.» Aquel pensamiento le resultó espeluznante, y lo apartó de su mente. La idea de utilizar aquello para asegurar la protección de la rosa iba pareciendo un chiste malo a medida que pasaba el tiempo. En su momento se había enfrentado a hombres y a monstruos, pero jamás se había encontrado cerca de algo como aquello. La percepción de la maldad era aterradora, abrumadora. La percepción del vacío malévolo era mucho, muchísimo peor.

Callahan introdujo el pulgar en una hendidura entre dos tablones. Se oyó un leve clic y una sección de la sacristía saltó. Callahan retiró los tablones y dejó al descubierto un agujero cuadrado de cerca de cuarenta centímetros de ancho y otros tantos de alto. Se retiró hacia atrás en cuclillas sosteniendo los tablones delante del pecho. El zumbido cobró volumen. A Roland lo asaltó una imagen fugaz de un enjambre gigantesco de abejas del tamaño de carromatos arrastrándose lentamente sobre el orificio. Se inclinó hacia delante y miró dentro del escondrijo del Viejo Amigo.

La cosa que había en el interior estaba envuelta en una tela blanca, era lino del bueno a juzgar por la apariencia.

—Es la sobrepelliz de un monaguillo —le aclaró Callahan—. Como una vestidura —añadió a continuación viendo que Roland no conocía la palabra. —Se encogió de hombros—. El corazón me dictó que lo envolviera y así lo hice.

—Es probable que tu corazón dijera verdad —musitó Roland. Estaba pensando en la bolsa que Jake había sacado del solar, en la que ponía MUNDO MEDIO JUEGA EN ESTAS PISTAS a un lado. La necesitarían, ea, pero no le gustó la idea del traslado.

Alejó el pensamiento —y el miedo— de su mente y retiró la tela. Bajo la sobrepelliz en la que estaba envuelta había una caja de madera.

A pesar del desasosiego, Roland alargó una mano para tocar la madera oscura y resistente. «Será como tocar un metal ligeramente aceitado», pensó. Y así fue. Una agitación sensual recorrió todo su ser, besó su miedo como una amante conocida y acto seguido desapareció.

—Es fustafarro negro —musitó Roland—. Había oído hablar de él, pero nunca lo había visto.

—En los *Cuentos de Arturo* lo llaman fustánima —contestó Callahan con otro susurro.

—¿Ea? ¿De verdad?

Un aire habitado de ánimas envolvía la caja, como de algo abandonado y en ruinas que hubiera encontrado la paz, aunque de manera temporal, tras vagar sin descanso. El pistolero hubiera deseado volver a acariciarla —la oscura y resistente madera suplicaba por su mano—, pero había captado la tenue subida de volumen del abrumador zumbido que produjo el objeto antes de volver al tono anterior. «El hombre inteligente no tienta un oso dormido con un palo», se dijo. Cierto, pero eso no calmó su deseo. Volvió a tocar la madera una vez más, con suavidad, solo con la punta de los dedos y luego se los olió. Desprendían la fragancia del alcanfor, del fuego y —lo hubiera jurado— de las flores del país del extremo norte, de las que florecen entre la nieve.

Había grabados tres objetos en la tapa de la caja: una rosa, una piedra y una puerta. Bajo la puerta se encontraba lo siguiente:



Roland volvió a alargar la mano. Callahan se inclinó hacia delante, haciendo el ademán de intentar detenerlo, pero acabó por apartarse. Roland tocó el grabado bajo la imagen de la puerta. El zumbido volvió a elevarse, el zumbido de la bola negra escondida dentro de la caja.

—¿Ig...? —susurró y volvió a pasar la base del pulgar sobre los símbolos en relieve—. ¿Ignota? —No lo leyó, las yemas de sus dedos le dijeron lo que oyeron.

—Sí, estoy seguro de que es eso lo que pone —respondió Callahan con un hilo de voz. Parecía complacido, pero aun así agarró la muñeca de Roland y la apartó: quería que la mano del pistolero se mantuviera alejada de la caja. El sudor le perlaba la frente y los antebrazos—. En cierto modo, tiene sentido. Una hoja, una piedra, una puerta ignota. Son los símbolos de un libro de mi lado. Se titula *El ángel que nos mira*.

«Una hoja, una piedra, una puerta —pensó Roland—. Solo se ha de sustituir la rosa por la hoja. Sí, parece que encaja.»

—¿Te la llevarás? —preguntó Callahan.

No obstante, en aquella ocasión elevó la voz levemente, ya no se trataba de un susurro, y el pistolero se dio cuenta de que se lo estaba rogando.

—Padre, la ha visto, ¿verdad?

—Ea, una vez. No hay palabras para explicar el terror que produce. Es como el ojo brillante de un monstruo que no ha crecido al abrigo de Dios. ¿Te la llevarás, pistolero?

—Sí.

—¿Cuándo?

Roland oyó el tintineo de las campanillas, apagado; era un sonido tan bellamente espantoso que provocaba el deseo de rechinar los dientes. Por un momento, las paredes de la iglesia del padre Callahan se ondularon; fue como si lo que había en la caja les hubiera hablado: «¿Veis lo poco que importa todo? ¿Con qué facilidad y rapidez puedo llevármelo todo si ese es mi deseo? ¡Cuidado, pistolero! ¡Cuidado, chamán! El abismo os rodea. Flotáis sobre él o caéis en él a mi capricho».

Acto seguido, las kammen habían desaparecido.

—¿Cuándo? —Callahan se inclinó sobre la caja en el agujero y agarró a Roland por la camisa—. ¿Cuándo?

—Pronto —prometió Roland.

«Demasiado pronto», repuso su corazón.

V
LA HISTORIA DE GRAY DICK

UNO

«Ya solo quedan veintitrés», pensaba Roland aquella noche sentado en la parte de atrás del Rocking B de Eisenhart mientras escuchaba el alboroto que armaban los chicos y los ladridos de Acho. Allá, en Gilead, aquel estilo de porche en la parte trasera de la casa, de cara a los establos y a los campos, se hubiera llamado tarima de trabajo. «Veintitrés días para los lobos. ¿Y cuántos para el parto de Susannah?»

Una idea escalofriante había comenzado a tomar forma en su cabeza en relación con aquello. ¿Y si Mia, la nueva mujer dentro de la piel de Susannah, fuera a dar a luz a su monstruosidad el mismo día que aparecieran los lobos? No parecía probable, pero, según Eddie, la coincidencia se había agotado y Roland imaginó que debía de tener razón. Lo cierto era que no había forma de calcular el período de gestación de aquello. Aunque se tratara de un niño humano, nueve meses podrían haber dejado de ser nueve meses. El tiempo había comenzado a trastocarse.

—¡Chicos! —vociferó Eisenhart—. ¿Se puede saber en nombre de Jesús Hombre qué voy a decirle a mi mujer si os abris la mollera saltando desde ese establo?

—¡Estamos bien! —respondió Benny Slightman—. ¡Andy no dejará que nos pase nada! —El chico, vestido con un pantalón de peto y descalzo, estaba de pie en el saledizo del establo, justo encima de las letras talladas que rezaban ROCKING B—. A no ser que... ¿Quiere que nos estemos quietos, sai?

Eisenhart miró a Roland, quien vio a Jake justo detrás de Benny aguardando con impaciencia su turno para poner en peligro sus huesos. Jake también iba vestido con un peto —que era de su nuevo amigo, sin duda—, y la imagen que componían hizo sonreír a Roland. No sabía por qué, pero Jake no era el tipo de chico al que te imaginabas con aquellas ropas.

—A mí tanto me da una cosa como la otra, si es eso lo que quieres saber —comentó Roland.

—¡Entonces, hale! —accedió el ranchero y, a continuación, volvió su atención a los cacharros de chatarra esparcidos sobre las tablas—. ¿Qué crees? ¿Disparará alguno?

Eisenhart había sacado las tres armas que tenía para que Roland les echara un vistazo. La mejor era el rifle que el ranchero había llevado al pueblo la noche que Tian Jaffords había convocado la reunión. Las otras dos eran el tipo de pistolas que Roland y sus amigos habían bautizado con el nombre de «pipas de tambor», como los niños, por los tambores extragrandes que tenían que girarse con la palma de la mano después de cada disparo. Roland había desmontado las armas de Eisenhart sin mediar palabra. Una vez más había vertido aceite lubricante de armas de fuego, aquella vez en un cuenco en vez de en un plato.

—He dicho...

—Te he oído, sai —lo interrumpió Roland—. Tu rifle es tan bueno como los que he visto a este lado de la gran ciudad. Las pipas de tambor... —Sacudió la cabeza—. Ese chapado en níquel podría disparar; el otro, ya puedes enterrarlo, igual crece algo útil.

—Odio oírte decir eso —comentó Eisenhart—. Las heredé de mi viejo y él del suyo, y así hasta al menos estas generaciones. —Alzó siete dedos y un pulgar—. Eso se remonta a antes de los lobos, ¿sabes? Permanecían siempre juntas y pasaban al mejor candidato entre los hijos mediante la última carta. Cuando las heredé yo en vez de mi hermano mayor, me sentí harto complacido.

—¿Tienes un mellizo? —preguntó Roland..

—Ea, Verna —contestó Eisenhart, que sonreía a menudo y con facilidad. En aquel momento hizo lo propio por debajo de la mata grisácea del bigote, aunque era una sonrisa colmada de dolor, la sonrisa de un hombre que desea ocultar la herida sangrante debajo de las ropas—. Era tan bonita como un amanecer, sí señor. Hace ya unos diez años o más que murió. Se fue dolorosamente pronto, como suelen hacer los arrunados.

—Lo siento.

—Digo gracias.

El sol se ocultaba encarnado hacia el sudoeste tiñendo el patio de un color sanguinolento. En el porche había dispuestas una fila de mecedoras. Eisenhart descansaba en una de aquellas. Roland estaba sentado con las piernas cruzadas en las tablas dándole un repaso a la herencia de

Eisenhart. Que hubiera mucha probabilidad de que las armas no dispararan nunca era algo que a las manos del pistolero no les importaba, unas manos que habían sido entrenadas para aquella tarea mucho tiempo atrás y que todavía la encontraban relajante.

Una vez hubo acabado, con una velocidad que hizo parpadear al rancharo, Roland volvió a montar las pistolas con una veloz serie de clics y clacs. Las dejó aparte sobre un cuadrado de piel de borrego, se limpió los dedos en un trapo y tomó asiento en la mecedora que había al lado de la Eisenhart. Imaginó que en tardes más corrientes que aquella, Eisenhart y su mujer se sentaban allí fuera, uno junto al otro, a contemplar cómo el sol abandonaba el día.

Roland rebuscó en su bolsa el saquito de tabaco, lo encontró y se enrolló un cigarrillo con el tabaco fresco y de olor agradable de Callahan. Rosalita le había añadido su propio regalo, un montoncito de delicados rollitos de espata que ella llamaba «caladas». Roland pensó que se enrollaban tan bien como cualquier papel de fumar y se entretuvo unos instantes a admirar el producto acabado antes de acercar el extremo a la cerilla a la que Eisenhart le había arrancado la llama con la gruesa uña del pulgar. El pistolero le dio una profunda calada y expulsó una larga bocanada de humo que se alzó lenta en el aire vespertino, un aire tranquilo y sorprendentemente bochornoso para hallarse a finales de verano.

—Bueno —dijo acompañándolo de un gesto de asentimiento.

—¿Ea? Si a bien tienes. Nunca llegué a cogerle el gusto.

El establo era mucho más grande que la casa; por lo menos hacía cincuenta metros de largo y quince de alto. La parte frontal estaba adornada con amuletos de la siega en honor a la estación; espantapájaros con enormes cabezas de aguaturma montaban guardia a los lados. El extremo de la viga maestra sobresalía por encima del saledizo, sobre las puertas principales, y de allí colgaba una soga que habían atado. Debajo, en el patio, los chicos habían erigido una buena pila de paja. Acho estaba apostado en uno de los lados; Andy, en el otro. Ambos miraban a lo alto, a Benny Slightman quien se agarró a la soga, le dio un tirón y luego retrocedió dentro del pajar hasta desaparecer de vista. Acho comenzó a ladrar nervioso. Un segundo después, Benny apareció a toda máquina con la soga alrededor de los puños y el pelo ondeando al viento.

—¡Por Gilead y el Eld! —gritó y saltó del saledizo. Se columpió en el rojizo aire del atardecer con la sombra pisándole los talones.

—¡Ben-Ben! —ladró Acho—. ¡Ben-Ben-Ben!

El chico soltó la cuerda, cayó en la pila de paja, desapareció y a continuación asomó la cabeza riendo. Andy le tendió una mano metálica, pero Benny la ignoró y se dejó caer a la tierra compacta. Acho corrió a su alrededor, ladrando.

—¿Suelen decir eso cuando juegan? —preguntó Roland.

Eisenhart soltó una risotada.

—¡En absoluto! Por lo general gritan por Oriza o por Jesús Hombre, o «Salve el Calla», o las tres cosas. Tu chico le ha estado llenando la cabeza de pájaros al chico Slightman, pienso yo.

Roland ignoró el ligero tono de desaprobación que percibió en el comentario y observó cómo Jake se enrollaba la cuerda. Benny seguía tumbado en el suelo, haciéndose el muerto, hasta que Acho le lamió la cara y se incorporó riendo tontamente. Roland no tenía duda alguna de que si el chico hubiera errado la trayectoria, Andy lo hubiera atrapado.

A un lado del establo había una recua de bestias de carga albardadas, cerca de una veintena. Un trío de vaqueros con zahones y botines maltrechos conducían la última media docena de monturas hacia aquel lugar. Al otro lado del patio había un matadero lleno de novillos. Durante las siguientes semanas serían sacrificados y enviados río abajo en los barcos mercantes.

Jake retrocedió hacia el pajar y a continuación apareció a toda máquina.

—¡Por Nueva York! —gritó—. ¡Por Times Square! ¡Por el Empire State Building! ¡Por las Torres Gemelas! ¡Por la estatua de la Libertad! —Y se lanzó al vacío siguiendo el arco de la cuerda. Lo vieron desaparecer, riendo, en la pila de paja.

—¿Alguna razón en particular para que prefirieras que los otros dos se quedaran con los Jaffords? —preguntó Eisenhart con despreocupación, aunque Roland creyó adivinar que la respuesta a aquella pregunta le interesaba algo más que un poco.

—Es mejor que nos diseminemos y dejar que nos vean tanto como sea posible. El tiempo apremia y se han de tomar decisiones.

Cierto, todo cierto, pero había más y era probable que Eisenhart lo supiera. Era más perspicaz que Overholser. Y también reacio a enfrentarse a los lobos, al menos hasta el momento. Sin embargo, aquello no impedía que a Roland le gustara el hombre, un hombre imponente y honesto con un sentido del humor desenfadado y campechano. Roland estaba seguro de que se le podría hacer cambiar de opinión si se le demostraba que había una oportunidad de ganar.

En el camino hacia el Rocking B, habían visitado media docena de pequeñas granjas a lo largo del río en las que el arroz era el cultivo principal. Eisenhart había llevado a cabo las presentaciones con una sonrisa bastante afable. Cada vez que se detenían, Roland formulaba las dos preguntas que había formulado la noche anterior en el Pabellón: «¿Os abriréis a nosotros si nos abrimos a vosotros?», «¿Comprendéis lo que somos y aceptáis lo que hacemos?». Todos habían respondido que sí. Eisenhart también había dicho que sí, aunque Roland se guardó mucho de formular la tercera pregunta. No hacía falta, todavía no. Aún les quedaban tres semanas por delante.

—Aguantamos, pistolero —dijo Eisenhart—. Incluso a pesar de los lobos, aguantamos. En otro tiempo existió Gilead y ahora Gilead ya no existe, nadie lo sabe mejor que tú, pero nosotros seguimos aguantando. Si nos enfrentamos a los lobos, todo eso podría cambiar. Puede que a usted y a los suyos tanto les dé lo que ocurra en la Media Luna y que no signifique mucho más que un pedo en una ventisca. Si ganáis y sobrevivís, seguiréis vuestro camino. Si perdéis y morís, nosotros no tendremos ningún sitio adonde ir.

—Pero...

Eisenhart alzó una mano.

—Atiéndeme, te lo ruego. ¿Vas a atenderme?

Roland asintió resignado. Y quizá lo mejor fue dejar que hablara. Más allá, los chicos corrían de vuelta al establo para volver a saltar. La inminente oscuridad pronto pondría fin a su juego. El pistolero se preguntó cómo se las estarían arreglando Eddie y Susannah. ¿Ya habrían hablado con el abuelo de Tian? Y si lo habían hecho, ¿les habría contado algo que valiera la pena?

—Supon que envían cincuenta o incluso sesenta lobos, como ya lo han hecho antes, mucho, pero que mucho antes. Y supon que acabamos con ellos. ¿Y si una semana o un mes más tarde, después de que os hayáis ido, envían a un centenar contra nosotros?

Roland meditó la pregunta. Mientras tanto, Margaret Eisenhart se les unió. Era una mujer esbelta, cuarentona, de pechos pequeños, vestida con unos téjanos y una camisa de seda gris. Llevaba el cabello negro vetado de blanco retirado hacia atrás en un moño pegado a la nuca y una mano escondida bajo el delantal.

—Buena pregunta —dijo—, pero tal vez no sea buen momento para hacerla. Venga, hombre, dale a él y a sus amigos una semana para que echen un vistazo y vean lo que tengan que ver.

Eisenhart le dirigió a su sai una mirada medio divertida, medio irritada.

—¿Te digo yo cómo debes llevar la cocina, mujer? ¿Cuándo se ha de cocinar y cuándo se ha de lavar?

—Solo unas cuatro veces a la semana —contestó ella. A continuación, al ver que Roland se levantaba de la mecedora que estaba junto a la de su marido, añadió—: No, siéntate tranquilo, te lo ruego. Ya llevo una hora sentada pelando aguaturma con Edna, la tía de aquel de allá. —Señaló con la cabeza en dirección a Benny—. Me vendrá bien estar de pie. —Se quedó mirand sonriente a los chicos mientras estos se columpiaban, se dejaban caer en la pila de paja y aterrizaban, riendo, mientras Acho danzaba y ladraba—. Vaughn y yo nunca hemos tenido que hacer frente a esta tragedia, Roland. Tenemos seis hijos, todos mellizos, pero ya estaban crecidos cuando llegaba el momento, así que tal vez no poseamos la comprensión necesaria para tomar una decisión como la que nos pides.

—Ser afortunado no convierte a un hombre en estúpido —sentenció Eisenhart—. Bien al contrario, creo yo. Los ojos serenos ven con claridad.

—Tal vez —contestó ella contemplando cómo los chicos volvían corriendo al interior del establo. Se iban empujando y riendo al tiempo que trataban de llegar el primero a la escalera—. Tal vez, ea. Sin embargo, el corazón también tiene que luchar por sus derechos, y el hombre o la mujer que haga oídos sordos es un loco. A veces es mejor columpiarse en la cuerda, incluso cuando ya está demasiado oscuro para ver si la paja sigue ahí o no.

Roland se inclinó hacia delante y le tocó la mano.

—Yo no podría haberlo expresado mejor.

Ella le dedicó una leve y distraída sonrisa solo un instante antes de devolver la atención a los chicos, aunque suficiente para que Roland descubriera que estaba asustada. Aterrada, en realidad.

—¡Ben, Jake! —los llamó—. ¡Ya está bien! ¡Es hora de lavarse y entrar! ¡Hay pastel para los que puedan comérselo y nata con que acompañarlo!

Benny apareció en el saledizo.

—Mi viejo dice que puedo dormir en la tienda que hay en el risco, sai, si no tiene inconveniente.

Margaret Eisenhart miró a su marido. Eisenhart asintió con la cabeza.

—Está bien —contestó ella—, venga esa tienda y que la disfrutéis, pero entrad ahora si queréis pastel. ¡Último aviso! ¡Y lavaos primero, no lo olvidéis! ¡Manos y cara!

—Ea, digo gracias —respondió Benny—. ¿Acho puede comer pastel?

Margaret Eisenhart se llevó la mano izquierda a la frente como si tuviera dolor de cabeza. La derecha, detalle que interesó a Roland, permaneció bajo el mandil.

—Sea —respondió ella—, pastel para el brambo, ya que estoy segura de que es Arthur Eld disfrazado y que me premiará con joyas, oro y el don de la curación.

—Le digo gracias, sai —dijo Jake—. ¿Podemos volver a tirarnos solo una vez más? Es la manera más rápida de bajar.

—Yo los atraparé si no vuelan bien, Margaret sai —intervino Andy.

Los ojos refulgieron con un destello azul que acabó atenuándose. Por un instante pareció que sonreía. Roland tenía la sensación de que el robot poseía dos personalidades: una de viejo quisquilloso y la otra de inofensivo impostor. Al pistolero no le gustaba ninguna de las dos y sabía muy bien por qué. Se había acostumbrado a no fiarse de la maquinaria en general y, en especial, de la que hablaba y se movía.

—Bien —dijo Eisenhart—, la pierna rota suele aguardar en el último salto, pero adelante si tiene que ser.

Allá fueron y no hubo piernas rotas. Ambos acertaron de pleno sobre la pila de paja, asomaron la cabeza riendo y mirándose, y luego echaron una carrera hasta la cocina con Acho corriendo tras ellos. Parecía un perro pastor conduciéndolos.

—Es maravilloso lo deprisa que los niños hacen amigos —observó Margaret Eisenhart, aunque no tenía la expresión de alguien al que le hubiera maravillado la idea. Parecía triste.

—Sí —convino Roland—. Es maravilloso. —Se puso la bolsa en el regazo y estuvo a punto de tirar del nudo que sujetaba las lazadas, pero no lo hizo—. ¿En qué son buenos tus hombres? —preguntó a Eisenhart—. ¿Arco o ba? Porque estoy seguro de que con el rifle o el revólver no.

—Nos decantamos más por la ba —contestó Eisenhart—. Colocas la saeta, tiras de la cuerda, apuntas, disparas y ya está.

Roland asintió. Lo que había esperado. Nada alentador, porque la ba casi nunca era demasiado certera desde una distancia superior a veinticinco metros, y eso solo en un día que no hiciera viento. En un día en que la brisa soplara con fuerza... o, que los dioses nos asistieran, que hubiera un vendaval...

No obstante, Eisenhart estaba mirando a su mujer; la miraba con una especie de ambigua admiración. Ella seguía allí, con las cejas enarcadas, devolviéndole la mirada. Devolviéndole una pregunta. ¿Qué significaba aquello? Seguramente tenía que ver con la mano debajo del mandil.

—Hale, díselo —concluyó Eisenhart. A continuación señaló con un dedo casi airado a Roland, como si se tratara del cañón de un revólver—. Pero no cambia nada. ¡Nada! ¡Digo

gracias! —pronunció las últimas palabras con los labios contraídos en una especie de sonrisa feroz.

Roland estaba más desconcertado que nunca, pero percibió un débil atisbo de esperanza. Podría tratarse de falsa esperanza, lo más seguro era que lo fuese, pero cualquier cosa era mejor que las preocupaciones y las vacilaciones —y los dolores— que lo habían acuciado en los últimos tiempos.

—No —respondió Margaret con exasperante recato—. No es mi cometido decirlo. Mostrarlo, tal vez, pero no decirlo.

Eisenhart suspiró, reflexionó y luego se volvió hacia Roland.

—Bailó la danza del arroz —dijo—, así que ha oído hablar de lady Oriza.

Roland asintió con la cabeza. La Señora del Arroz, en algunos lugares considerada una diosa; en otros, una heroína; en otros tantos, ambas cosas.

—Y sabe cómo se deshizo de Gray Dick, quien mató a su padre.

Roland volvió a asentir.

DOS

Según la historia —una de las buenas que tiene que recordar contarle a Eddie, a Susannah y a Jake cuando hubiera una nueva oportunidad para contar historias, si la había—, lady Oriza invitó a Gray Dick, un famoso príncipe forajido, a un pantagruélico festín en Waydon, su castillo a orillas del río Send. Quería perdonarlo por el asesinato de su padre, le dijo, pues había aceptado a Jesús Hombre en su corazón y aquello era lo que dictaban Sus enseñanzas.

—Allí me llevaréis y allí me daréis muerte si fuera tan estúpido de acudir
contestó Gray Dick.

—No, no, estáis equivocado —le aseguró lady Oriza—. Las armas habrán de dejarse fuera del castillo y cuando tomemos asiento en el salón de banquetes, solo estaré yo en un extremo de la mesa y vos en el otro.

—Ocultaréis una daga en vuestra manga o una bola bajo vuestro vestido —insistió Gray Dick—. Y si no lo hacéis vos, lo haré yo.

—No, no —repitió lady Oriza—, estáis equivocado, porque ambos estaremos desnudos.

En cuanto oyó aquello, a Gray Dick lo asaltó la lujuria, pues lady Oriza era bella. La idea de su verga endureciéndose ante la visión de aquellos pechos desnudos y aquel felpudo, y no llevar pantalones que ocultaran su calentura a los ojos de la doncella, lo excitó. Creyó comprender la razón de aquella proposición. «Su corazón altivo lo perderá», le había dicho lady Oriza a su doncella (que se llamaba Marian y que iba a vivir muchas y extravagantes aventuras por su cuenta).

La Señora tenía razón. «He matado a lord Grenfall, el señor más astuto de las baronías ribereñas —se dijo Gray Dick—. Y ¿quién resta para vengarlo más que una delicada hija? (Aunque hermosa). Así que hace un llamamiento a la paz. Y, tal vez, también al matrimonio si posee tanta audacia e imaginación como belleza.»

Así que aceptó su oferta. Sus hombres registraron el salón de banquetes del piso inferior antes de que él llegara y no encontraron armas; ni en la mesa, ni bajo esta, ni detrás de los tapices. Lo que ninguno de ellos podía saber era que durante semanas antes del banquete, lady Oriza había practicado el lanzamiento de un plato de mesa al que se le había dado un peso especial. Lo hacía a diario, durante horas. Poseía aptitudes atléticas y muy buena puntería. Además, odiaba a Gray Dick con toda el alma y estaba decidida a hacérselo pagar costara lo que costara.

No solamente se le había dado un peso especial al plato, sino que el canto había sido afilado. A los hombres de Dick se les pasó por alto, tal como Marian y ella habían estado seguras de que ocurriría. De modo que acudieron al festín, ¡y vaya si debió ser un festín extraño aquel!, con el risueño y apuesto forajido desnudo en un extremo de la mesa y la doncella de sonrisa recatada, aunque bella sin par, a unos diez metros de él, en el otro extremo, igualmente desnuda. Brindaron con el tinto de mejor calidad y con más cuerpo de lord Grenfall. A la Señora la llevaron los demonios hasta el borde de la locura cuando lo vio atizarse aquel exquisito vino de

la campiña como si fuera agua mientras unas gotas moradas rodaban por su barbilla y le salpicaban el velludo pecho. Sin embargo, no manifestó su disgusto y se limitó a sonreír con coquetería y a dar pequeños tragos a su copa. Sentía el peso de los ojos del príncipe en sus pechos. Era como tener unos insectos desagradables arrastrándose adelante y atrás sobre su piel.

¿Durante cuánto tiempo continuó aquella farsa? Algunos cuentacuentos dicen que puso fin a Gray Dick tras el segundo brindis. (El de él: «Que vuestra belleza se enaltezca». El de ella: «Que vuestro primer día en el infierno eternice diez mil años y que sea de todos el más breve»). Otros —esos liantes que se divierten alargando el suspense— describen un ágape de doce platos antes de que lady Oriza escogiera el especial mirando a Gray Dick a los ojos y sonriéndole mientras lo volteaba y lo tanteaba en busca del canto romo por donde asirlo sin peligro.

No importa lo largo que sea el relato, siempre acaba igual: lady Oriza lanza el plato. En el reverso se habían grabado unos pequeños canales estriados, debajo del canto afilado, para que volara con mayor facilidad. Cuando salió disparado, zumbó de modo extraño mientras cortaba el aire y proyectaba su sombra volante sobre el cerdo y el pavo asados, los amontonados cuencos de verduras y la fruta fresca apilada en fuentes de cristal.

Un segundo después de que lanzara el plato en su trayectoria ligeramente ascendente —aún tenía el brazo extendido y el dedo índice y el pulgar señalando al asesino de su padre—, la cabeza de Gray Dick voló a través de la puerta abierta hacia el vestíbulo que había detrás. Durante un segundo más, el cuerpo de Gray Dick permaneció con el pene señalándola a modo de dedo acusador. A continuación, el capullo se estremeció y el capullo de detrás se derrumbó hacia delante sobre un enorme asado de ternera y una montaña de arroz a las finas hierbas.

Lady Oriza, a la que Roland había oído que llamaban «Señora del Plato» en alguna de sus correrías, alzó su copa de vino y brindó sobre el cuerpo. Dijo:

TRES

—Que vuestro primer día en el infierno se eternice diez mil años —murmuró Roland.

Margaret asintió con la cabeza.

—Ea, y que sea de todos el más breve. Un brindis terrible, aunque de buen grado lo haría por cada uno de esos lobos. ¡Por todos y cada uno de ellos! —La mano visible se cerró en un puño. Bajo la agonizante luz rojiza parecía febril y enferma—. Teníamos seis hijos, ¿sabes? Justo media docena. ¿Te ha contado por qué ninguno de ellos está aquí para echar una mano en la matanza y el cercado del ganado para la Siega? ¿Te lo ha dicho, pistolero?

—Margaret, no hace falta —dijo Eisenhart. Se removió incómodo en su mecedora.

—Ah, pues tal vez sí la haga. Hace referencia a lo que decíamos antes. Puede que haya de pagarse un precio por echar una mano, pero a veces se paga uno mayor por quedarse de brazos cruzados. Nuestros hijos crecieron libres y confiados, no tenían por qué preocuparse de los lobos. Parí a los dos primeros, Tom y Tessa, menos de un mes antes de que vinieran por última vez. Los otros los siguieron, preciosos como los guisantes de una vaina. El más pequeño solo tiene quince años.

—Margaret...

No le hizo caso.

—Pero ellos no iban a tener tanta suerte con sus hijos y lo sabían. Y por eso se han ido. Algunos lejos, al norte, a lo largo del Arco; otros hacia el sur. Todos buscaron un lugar en el que no hubiera lobos. —Se volvió hacia Eisenhart y, aunque se dirigió a Roland, era a su marido a quien miraba cuando acabó de hablar—. Uno de cada dos: ese es el botín de los lobos. Eso es lo que se llevan cada veintitantos años desde hace mucho, pero que mucho tiempo. Menos de nosotros. A nosotros se nos llevaron todos. A... todos... y... cada... uno... de... ellos. —Se inclinó hacia delante y le dio unas palmaditas a Roland en la pierna, por encima de la rodilla, con gran énfasis—. Que no hayas de verlo.

El silencio invadió el porche. Los novillos condenados del matadero mugieron tontamente. De la cocina llegó el sonido de una risa infantil seguida de un comentario de Andy.

Eisenhart había bajado la cabeza. Roland no distinguía nada más que la mata extravagante del bigote, aunque no le hacía falta ver el rostro del hombre para saber que o bien estaba

sollozando o bien tratando con todas sus fuerzas de no hacerlo.

—No quisiera hacerte sentir mal ni por todo el arroz del Arco —dijo Margaret acariciando con infinita ternura el hombro de su marido—. Y de vez en cuando se dejan caer por aquí, ea, que ya es más de lo que hacen los muertos, salvo en nuestros sueños. No son tan mayores como para no echar de menos a su madre o para no tener preguntas del tipo «¿Cómo lo haces tú?» para su viejo. Sin embargo, no están aquí. Y ese es el precio de la seguridad, como ya te consta. —Bajó la vista hacia su marido por unos momentos; con una mano en el hombro y la otra bajo el mandil—. Y ahora dime hasta qué punto estás enfadado conmigo —dijo—, porque me gustaría saberlo.

Eisenhart sacudió la cabeza.

—Enfadado no —respondió con un hilo de voz.

—¿Has cambiado de opinión?

Eisenhart volvió a sacudir la cabeza.

—Viejo cabezota —dijo ella, aunque en su tono se descubría un afecto jovial—. Eres terco como una mula, ea, todos digamos gracias.

—Lo estoy pensando —respondió él sin alzar la vista—. Todavía lo estoy pensando, que ya es más de lo que esperaba a estas alturas. Por lo general, cuando decido algo no hay más que hablar. Roland, creo que el joven Jake les hizo a Overholser y a los demás una exhibición de puntería en el bosque. Puede que te demos algo aquí mismo que te sorprenda. Maggie, entra y tráete tu Oriza.

—No hace falta —contestó esta sacando, al fin, la mano de debajo del mandil—, porque la traigo conmigo. Aquí está.

CUATRO

Era un plato que tanto Detta como Mia habrían reconocido, un plato azul con una delicada filigrana. Un plato para ocasiones especiales. Tras unos instantes, Roland reconoció lo que representaba la filigrana: brotes de oriza, la planta de semillero del arroz. Cuando sai Eisenhart golpeó el plato con los nudillos, este devolvió un peculiar timbre agudo. Parecía porcelana, pero no lo era. ¿Vidrio, entonces? ¿Algún tipo de vidrio?

Alargó la mano para cogerlo con el semblante solemne y respetuoso de alguien que conoce y respeta las armas. Ella vaciló mordiéndose la comisura de los labios. Roland se llevó la mano a la pistolera, que se había enfundado antes de comer una vez fuera de la iglesia, y desenfundó el revólver. Se lo tendió por la culata.

—No —lo rechazó ella, dejando escapar la palabra en un largo suspiro—. No hace falta que me ofrezcas tu arma a modo de rehén, Roland. Creo que si Vaughn confía en ti como para alojarte en casa, yo puedo confiarte mi Oriza. Pero cuidadito con cómo la coges o perderás otro dedo, y me figuro que mal que bien te lo podrías permitir, pues veo que ya tienes un par de vergonzosos en la derecha.

Un simple vistazo al plato azul —la Oriza de sai— dejó claro lo sensato de la advertencia. Al mismo tiempo, Roland sintió una punzada de agitación y reconocimiento. Habían pasado muchos años desde la última vez que había visto un arma de valía, y nunca había visto una como aquella.

El plato era de metal, no de vidrio; de una aleación ligera y resistente. Era del tamaño de un plato normal y corriente de unos treinta y pico centímetros de diámetro. Tres cuartas partes del canto habían sido limadas hasta conseguir un afilado borde.

—No se despinta por donde lo coges, incluso si vas con prisas le explicó Margaret—. Porque ¿ves...?

—Sí —afirmó Roland con profunda admiración. Dos de los tallos de arroz se entrecruzaban formando lo que podrían haber sido la Letra Mayor Zn, que significaban tanto *zi* (eternidad) como «ahora». En el punto donde se entrecruzaban los tallos (que, para empezar, solo alguien con vista de lince podría haber distinguido de entre el dibujo como un todo), el canto del plato no solo era romo, sino ligeramente más grueso. Un asidero idóneo.

Roland dio la vuelta al plato. En el reverso, en el centro, había una pequeña funda metálica.

A Jake le habría parecido un sacapuntas de plástico de los que utilizaba en el colegio cuando iba a primero. A Roland, quien nunca había visto un sacapuntas, le pareció una pequeña crisálida vacía.

—Eso es lo que produce ese silbido cuando el plato vuela, ¿sabes? —dijo Margaret.

Había percibido la sincera admiración de Roland a la que reaccionaba con un sonrojo y los ojos chispeantes. Roland había advertido aquel tono de explicación ansiosa muchas veces antes, pero de aquello hacía mucho tiempo atrás.

—¿No tiene ningún otro propósito?

—Ninguno —aseguró ella—. Pero tiene que silbar porque forma parte de la leyenda, ¿no?

Roland asintió con la cabeza. Por supuesto que sí.

Las Hermanas de Oriza, explicó Margaret Eisenhart, era un grupo de mujeres a las que les gustaba ayudar a los demás...

—Y los chismorreos —gruñó Eisenhart, pero sonó divertido.

—Ea, eso también —concedió ella.

Cocinaban en los funerales y en las fiestas (fueron las Hermanas quienes habían preparado el banquete de la noche anterior en el Pabellón). A veces organizaban camarillas de costura y de confección de ropa del hogar cuando una familia perdía todas sus pertenencias en un fuego o cuando venía una riada cada seis o siete años e inundaba los minifundios más cercanos al Devar Tete Whye. Eran las Hermanas quienes se ocupaban de atender el Pabellón, de barrer el interior de la Sala de Reuniones Municipal y de que el exterior estuviera presentable. Organizaban bailes para los jóvenes y les hacían de carabina. De vez en cuando, la gente adinerada las contrataba («Gente como los Took y familias por el estilo, ¿sabes?», dijo) para preparar el festín de bodas y asuntos como aquellos que siempre iban bien; la comidilla del Calla durante meses, eso seguro. Entre ellas chismorreaban, ea, no iba a negarlo. También jugaban a las cartas, a los puntos y a los castillos.

—Y lanzan el plato —añadió Roland.

—Ea —asintió ella—, pero debes entender que solo lo hacemos para divertirnos.

Cazar es cosa de hombres y ellos se tienen a bien con la ba.

Volvió a acariciar el hombro de su marido, aunque, a juicio de Roland, con algo más de nerviosismo. También imaginó que si fuera cierto que los hombres se tienen a bien con la ba, ella jamás habría sacado aquella cosa tan letal y bella de debajo del mandil. Ni Eisenhart la hubiera animado a hacerlo.

Roland abrió su saquito de tabaco, extrajo uno de los rollitos de espata de Rosalita y lo pasó por el canto afilado del plato. El trozo de espata revoloteaba por el porche segundos después, con un corte limpio por la mitad. «Solo para divertirse», pensó Roland y casi sonrió.

—¿De qué metal está hecho? —preguntó—. ¿Vos lo sabéis?

Margaret enarcó ligeramente una ceja ante aquella forma de dirigirse a ella, pero no hizo comentario alguno al respecto.

—Andy lo llama titanio. Procede de una fábrica vieja y enorme, bien al norte, en Calla Sen Chre. Allí hay muchas ruinas. Nunca he estado allí, pero he oído lo que cuentan y pone los pelos de punta.

Roland asintió con la cabeza.

—Y los platos, ¿cómo se hacen? ¿Los hace Andy?

Margaret sacudió la cabeza.

—O no sabe o no quiere, una de dos. Son las señoras de Calla Sen Chre las que los hacen y los envían a los Callas de los alrededores. Aunque creo que el lugar más lejano al que llega este tipo de comercio hacia el sur es Divine.

—Los hacen las señoras —musitó Roland—. Las señoras.

—En algún sitio habrá una máquina que los fabrique y ya está —sentenció Eisenhart. A Roland le divirtió el tono forzado a la defensiva—. Solo habrá que apretar un botón, imagino.

Margaret, mirándolo con una sonrisa de mujer, no dijo nada, ni a favor ni en contra. Tal vez no lo supiera, aunque lo que seguro sí conocía era la política que mantenía la armonía

matrimonial.

—De modo que hay Hermanas al norte y al sur de aquí, a lo largo del Arco —musitó Roland—. Y todas lanzan platos.

—Ea, desde Calla Sen Chre a Calla Divine, al sur de aquí. Más arriba o abajo, ya no lo sé. Nos gusta echar una mano y nos gusta charlar. Lanzamos nuestros platos una vez al mes en honor a cómo lady Oriza se deshizo de Gray Dick, pero a pocas de nosotras se nos da bien.

—¿A vos se os da bien, sai?

No contestó y volvió a morderse el labio.

—Demuéstraselo —gruñó Eisenhart—. Demuéstraselo y acabemos con esto.

CINCO

Bajaron los escalones. La mujer del ranchero abría la marcha, la seguía Eisenhart y luego Roland. Detrás de ellos, la puerta de la cocina se abrió y se cerró de golpe.

—¡Bendito sea el Señor, sai Eisenhart va a lanzar el plato! —chilló Benny Slightman con regocijo—. ¡Jake! ¡No te lo vas a creer!

—Envíalos dentro, Vaughn —dijo ella—. No hace falta que vean esto.

—No, déjalos mirar —repuso Eisenhart—. A un muchacho no le va a hacer daño ver lo bien que lo hace una mujer.

—Envíalos dentro, Roland, por favor.

Lo miró, se sonrojó y se aturulló de un modo muy atractivo. A Roland le pareció diez años más joven que cuando había salido al porche, pero se preguntó cómo iba a arrojarlo en aquel estado. Era algo que deseaba ver con toda su alma porque tender una emboscada implicaba un trabajo duro, rápido y emocional.

—Estoy de acuerdo con tu marido —contestó—. Yo les dejaría que lo vieran.

—Como gustes —accedió.

Roland comprobó que en realidad aquello la satisfacía, que quería tener público, lo que alimentó sus esperanzas. Poco a poco iba convenciéndose de que aquella hermosa mujer de mediana edad, de pequeños pechos y cabello entrecano, poseyera alma de cazadora. Tal vez alma de pistolera no, pero, a esas alturas, se conformaría con unos cuantos cazadores —unos cuantos asesinos—, hombres o mujeres.

Margaret se dirigió hacia el establo. Cuando estuvieron a unos cincuenta metros de los espantapájaros que flanqueaban la puerta, Roland la tocó en el hombro y la hizo detener.

—No, están demasiado lejos —objetó ella.

—Te he visto arrojarlo a esta distancia y desde más lejos —repuso su marido y se mantuvo firme ante el rostro colérico de ella—. Sí, señor.

—No con un pistolero de la Estirpe de Eld a mi lado, eso sí que no —replicó ella, pero no se movió de donde estaba.

Roland fue hacia la puerta del establo y cogió la sonriente cabeza de aguaturma del espantapájaros de la izquierda. Entró en el cobertizo. Allí había una artesa llena de aguaturmas recién cogidas y, al lado, una de patatas. Cogió una patata y la colocó encima de los hombros del espantapájaros, en el lugar donde había estado la aguaturma. Era una papa de buen tamaño, aun así, el contraste seguía siendo cómico: el espantapájaros parecía don Cabezachica en una comparsa de carnaval o en un mercado.

—¡Roland, no! —gritó ella, fue un grito de auténtico desconcierto—. ¡No acertaré jamás!

—No te creo —contestó él y se apartó a un lado—. Lanza.

Por un instante creyó que no lo haría. Ella miró a un lado en busca de su marido. Roland se figuró que si Eisenhart hubiera seguido allí, ella le habría arrojado el plato a las manos y habría corrido hacia la casa sin importarle si él se había cortado o no. Sin embargo, Vaughn Eisenhart se había retirado hasta el pie de los escalones. Los chicos estaban a su lado, Benny Slightman observando con mero interés; Jake, con mayor atención, con el ceño fruncido y sin un atisbo de la anterior sonrisa en su rostro.

—Roland, yo...

—No quiero oírlo, sai, os lo ruego. Lo que habéis dicho sobre los lanzamientos ha

estado muy bien, pero ahora quiero verlo. Lanzad.

Ella retrocedió ligeramente con los ojos abiertos de par en par, como si la hubieran abofeteado. A continuación, volvió el rostro hacia la puerta del establo y llevó la mano derecha sobre el hombro izquierdo. El plato brilló con un destello trémulo bajo la luz vespertina que en aquellos momentos ya era más violácea que roja. Sus labios se habían convertido en una delgada línea blanca. Por un instante, el mundo entero aguardó en tensión.

—¡Riza! —gritó con una voz estridente y furiosa, y proyectó el brazo hacia delante.

Abrió la mano, y el dedo índice apuntaba con precisión la trayectoria que el plato tomaría. De todos los que se encontraban en el patio (los vaqueros también se habían parado a observar), solo Roland poseía una vista lo bastante aguda como para seguir el vuelo del plato.

«¡Certero! —se regocijó—. ¡No podría serlo más!»

El plato produjo una especie de aullido quejumbroso mientras sobrevolaba a toda velocidad el patio de tierra. Menos de dos segundos después de haber abandonado la mano, la patata quedó partida en dos mitades, una en la mano derecha enguantada del espantapájaros y la otra en la izquierda. El plato se hundió en un tablón del establo, vibrando.

Los chicos estallaron de júbilo. Benny alzó la mano como su nuevo amigo le había enseñado a hacer y Jake chocó los cinco con él.

—¡Nada mal, sai Eisenhart! —exclamó Jake.

—¡Buen tiro! ¡Digo gracias! —añadió Benny.

Roland observó cómo los labios de la mujer se separaban de sus dientes ante aquellas desafortunadas alabanzas hechas con la mejor intención. Parecía un caballo que acabara de ver una serpiente.

—Chicos, si fuera vosotros, ahora mismo me iría dentro —les advirtió Roland.

Benny se quedó desconcertado. Jake, sin embargo, volvió a mirar a Margaret Eisenhart y lo comprendió. En cuanto ella hubo hecho lo que debía, afloraron los sentimientos.

—Vamos, Ben —lo llamó.

—Pero...

—Vamos. —Jalee cogió a su nuevo amigo por la camisa y tiró de él hacia la puerta de la cocina.

Roland dejó que la mujer permaneciera un momento más donde estaba, cabizbaja, temblando de agitación. Un rubor intenso seguía tiñendo sus mejillas, pero el resto de su piel se había tornado tan blanca como la nieve. Creyó que estaba luchando por no vomitar.

Se acercó a la puerta del establo, cogió el plato por el lugar seguro y tiró de él. Le sorprendió la fuerza que tuvo que emplear para que el plato comenzara a moverse y acabara por salir. Lo trajo de vuelta y se lo tendió.

—Vuestro instrumento.

Por unos instantes no lo cogió, se limitó a mirarlo con una especie de odio intenso.

—¿Por qué os burláis de mí, Roland? ¿Cómo sabéis que Vaughn me trajo del clan de los mannis? Decídmelo, os lo ruego.

Había sido la rosa, por supuesto —una intuición dejada por el toque de la rosa— y también lo que revelaba su rostro, una versión femenina de la del viejo Henschick. Sin embargo, cómo sabía lo que sabía no era asunto de aquella mujer y se limitó a sacudir la cabeza.

—No. Pero no me burlo de vos.

Margaret Eisenhart cogió a Roland por el cuello de forma abrupta. El agarrón fue seco y el contacto con su piel ardía como si estuviera afectado por la fiebre. Tiró de él para acercar su oreja a sus agitados y crispados labios. Roland creyó oler las pesadillas que ella tuvo que haber tenido desde que decidió dejar a su gente por el rico ranchero de Calla Bryn Sturgis.

—Os vi hablar con Henschick la otra noche —dijo—. ¿Volveréis a hablar con él? Lo haréis, ¿verdad?

Roland asintió con la cabeza, paralizado por la presión que ejercía su mano, por la fuerza, por las ligeras espiraciones contra su oreja. ¿Todos escondían un loco en su interior, incluso una mujer como aquella? No lo sabía.

—Bien. Digo gracias. Decidle que Margaret del Clan Sendarroja está a bien con su hombre pagano, ea, a muy bien. —El apretón se intensificó—. ¡Decidle que no se arrepiente de nada! ¿Haréis eso por mí?

—Ea, señora, si así lo queréis.

Le arrebató el plato de las manos sin miedo a cogerlo por el canto letal. Fue como si la tranquilizara. Lo miró con ojos en los que las lágrimas nadaban, contenidas.

—¿Es de la cueva de lo que hablasteis con mi padre? ¿La Cueva de la Puerta? —Roland asintió—. ¿Qué es lo que vais a hacer que recaiga sobre nosotros, remirado pirado por las pistolas?

Eisenhart se les unió. Miró con aire vacilante a su mujer quien había soportado el exilio de su gente por él. Por un instante, ella le devolvió la mirada como si no lo conociera.

—Yo solo cumplo la voluntad del ka —respondió Roland.

—¡Ka! —exclamó ella, y su labio se elevó. Una expresión desdeñosa transformó su atractiva apariencia en una fealdad casi desconcertante. Hubiera asustado a los chicos—. ¡La excusa de todos los pendencieros! ¡Metéoslo por el culo con el resto de la mierda!

—Yo solo cumplo la voluntad del ka y vos haréis otro tanto —repuso Roland.

Ella lo miró como si no lo comprendiera. Roland cogió la mano ardiente que lo tenía agarrado y se la retorció, aunque no hasta el punto de hacerle daño.

—Y vos haréis otro tanto.

Ella le sostuvo la mirada durante unos segundos y luego la bajó.

—Ea —murmuró—. Ea, todos lo haremos. —Reunió fuerzas para volver a mirarlo—. ¿Le haréis llegar a Henchick mi mensaje?

—Ea, señora, como ya he dicho.

El silencio reinaba en el patio crepuscular salvo por el distante graznido de un herrumbreiro. Los vaqueros seguían apoyados contra la valla de la recua de bestias de carga albardadas. Roland se dirigió sin ninguna prisa hacia ellos.

—Buenas, caballeros.

—Espero que te vaya bien —dijo uno y se tocó la frente.

—Que te vaya mejor a ti —contestó Roland—. La señora sai ha lanzado el plato y ¡menudo lanzamiento!, ¿verdad?

—Digo gracias —convino otro—. Sin deterioro la señora sai.

—No, ni una pizca —respondió Roland—. Les diré algo, caballeros, una palabra que guardar bajo el sombrero, como se suele decir.

Lo miraron con cierto recelo. Roland alzó la vista y sonrió al cielo. Acto seguido volvió la mirada hacia ellos.

—Doy fe de ello con mi sello. Tal vez os apetezca hablar de esto, contar lo que habéis visto.

Lo miraron con cautela pues no les gustaba admitirlo.

—Una palabra y os mato —les advirtió Roland—. ¿Me habéis entendido?

Eisenhart le tocó en el hombro.

—Roland, seguro que...

El pistolero agitó el hombro para deshacerse de aquella mano sin volverse.

—¿Me habéis entendido?

Asintieron con la cabeza.

—¿Y me creéis?

Volvieron a asentir. Parecían atemorizados, lo que complació a Roland. Tenían razón en estarlo.

—Digo gracias.

—Digo gracias —repitió uno de ellos. Había roto a sudar.

—Ea —contestó el segundo.

—Muy, pero que muy agradecido —repuso el tercero, y escupió nervioso un chorro de tabacaa un lado.

Eisenhart insistió.

—Roland, atiéndeme, te lo ruego...

Sin embargo, Roland no lo hacía. Su cabeza bullía de ideas. De súbito veía el camino con claridad meridiana; al menos, el camino en aquel lado.

—¿Dónde está el robot? —le preguntó al ranchero.

—¿Andy? Se fue a la cocina con los chicos, creo.

—Bien. ¿Hay por aquí algún despacho para los asuntos del ganado? —Apuntó con la cabeza hacia el establo.

—Ea.

—Entonces vamos allá. Tu señora, tú y yo.

—Me gustaría llevarla a casa un rato —objetó Eisenhart. «Me gustaría llevarla a cualquier sitio lejos de ti», leyó Roland en sus ojos.

—Nuestra garla no se alargará demasiado —le aseguró Roland con total sinceridad. Ya había visto todo lo que necesitaba ver.

SEIS

El despacho solo contenía una silla, la que había detrás del escritorio. Margaret la ocupó. Eisenhart se sentó en un escabel. Roland se puso en cuclillas con la espalda apoyada contra la pared y la bolsa abierta ante él. Les había enseñado el mapa de los gemelos. Eisenhart no había comprendido de inmediato lo que Roland le había señalado (tal vez ni siquiera después), pero la mujer sí. A Roland no le sorprendía que no hubiera sido capaz de quedarse con los mannis. Los mannis eran pacíficos; Margaret Eisenhart no. En cualquier caso, no una vez que escarbabas un poco en su persona.

—Esto os lo guardaréis para vosotros —avisó Roland.

—¿O nos matarás como a nuestros vaqueros? —preguntó ella.

Roland le dirigió una mirada paciente y ella se sonrojó.

—Lo siento, Roland. Estoy preocupada. Es por haber lanzado el plato encendida.

Eisenhart le pasó un brazo por encima de los hombros. Aquella vez lo aceptó sin reparos y descansó la cabeza en su hombro.

—¿Quién más de vuestro grupo sabe lanzar tan bien como tú? —preguntó Roland—. ¿Hay alguna?

—Zalia Jaffords —respondió sin vacilar.

—¿En verdad lo dices?

Asintió vigorosamente con la cabeza.

—Zalia podría haber partido esa papa en dos centenas a veinte pasos más atrás.

—¿Otras?

—Sarey Adams, la mujer de Diego. Rosalita Muñoz. —Roland enarcó una ceja al oír aquel nombre—. Ea —afirmó ella—. Después de Zalia, Rosie es la mejor. —Hizo una breve pausa—. Y yo, supongo.

Roland sintió que se quitaba un enorme peso de encima. Estaba convencido de que, no sabía cómo, tendrían que traerse armas de Nueva York o ir las a buscar a la orilla este del río. Ahora parecía que tal vez no fuera necesario. Bien. Tenían otros asuntos en Nueva York, asuntos relacionados con Calvin Torre. No deseaba mezclar ambos temas salvo que no le quedara otro remedio.

—Me gustaría verlas a las cuatro en la rectoría del Viejo Amigo. Y solo a las cuatro. —Su mirada se posó en Eisenhart y luego la devolvió a su sai—. Sin maridos.

—Espera un minuto, cojona —objetó Eisenhart.

Roland alzó la mano.

—Todavía no se ha decidido nada.

—Eso es precisamente lo que me preocupa —dijo Eisenhart.

—Calla un momento —dijo Margaret—. ¿Cuándo te viene bien vernos?

Roland lo meditó. Faltaban veinticuatro días, tal vez solo veintitrés, y todavía le quedaba mucho por ver. Además, también tenía que ocuparse de la cosa escondida en la iglesia del Viejo Amigo. Y del viejo manni, Henchick...

Sin embargo, sabía que al final llegaría el día y que los acontecimientos se desarrollarían con velocidad vertiginosa. Siempre era igual. Cinco minutos, diez a lo sumo, y todo habría acabado, para bien o para mal. El truco estaba en estar preparado cuando esos minutos dieran comienzo.

—Dentro de diez días —decidió—. Por la tarde. Me gustaría que practicaraís, una y otra vez.

—De acuerdo —accedió ella—. No nos será problema. Pero, Roland... No arrojaré ni un solo plato ni moveré un solo dedo contra los lobos si mi marido sigue oponiéndose.

—Lo comprendo —contestó Roland con la certeza que ella haría lo que él dijera, le gustara o no. Cuando llegase el momento, todos lo harían.

La oficina tenía una pequeña ventana, sucia y adornada con telarañas, aunque lo bastante despejada como para distinguir a Andy atravesando el patio con los ojos eléctricos parpadeando en la penumbra creciente. Estaba murmurando para sí mismo.

—Eddie dice que los robots están programados para llevar a cabo ciertas tareas —dijo—. ¿Andy realiza las tareas que le encomiendan?

—Casi todas, sí —contestó Eisenhart—. No siempre. Aunque tampoco está por aquí siempre, que te conste.

—Es difícil creer que fue construido solo para cantar cancioncillas estúpidas y decir el horóscopo —musitó Roland.

—Tal vez el Pueblo Antiguo le introdujo pasatiempos —aventuró Margaret Eisenhart—, y ahora que sus tareas principales ya no existen, que se han perdido en el tiempo, ¿sabes?, se concentra en los pasatiempos.

—¿Crees que lo construyó el Pueblo Antiguo?

—¿Quién si no? —preguntó Vaughn Eisenhart.

Andy había desaparecido y el patio trasero estaba vacío.

—Ea, ¿quién si no? —repitió Roland entre dientes—. ¿Quién si no poseería los conocimientos y las herramientas? Pero el Pueblo Antiguo desapareció doscientos años antes de que los lobos comenzaran a asolar el Calla. Doscientos o más. De modo que lo que me gustaría saber es quién o qué programó a Andy para que no hablara de ellos, solo para decirnos cuándo iban a venir. Y otra pregunta no tan interesante, pero no menos curiosa: ¿por qué les dice solo eso si no puede, o no quiere, decirles nada más?

Eisenhart y su mujer se miraron desconcertados. Todavía no habían digerido la primera de las preguntas de Roland. El pistolero no se sorprendió, aunque quedó algo decepcionado. En realidad, había algo más que era muy obvio; es decir, si uno se devanaba un poco los sesos. Para ser justo con los Eisenhart, los Jaffords y los Overholser del Calla, imaginó que pensar con serenidad no era tan fácil cuando los crios de uno corrían peligro.

Llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —dijo Eisenhart.

Era Ben Slightman.

—El ganado ya está recogido, jefe. —Se sacó las gafas y se las limpió con la camisa—. Y los chicos ya se han ido con la tienda de Benny. Andy los está siguiendo de cerca, así que no hay peligro. —Slightman miró a Roland—. Es temprano para los gatos monteses, pero si uno se acercara, Andy le permitiría a mi chico que le disparara al menos una vez con su ba... Así se le ha dicho y él ha respondido: «orden grabada». Si Benny fallara, Andy se interpondría entre el gato y los niños. Está programado estrictamente para la defensa, y jamás hemos podido cambiarlo, pero si el gato insistiera...

—Andy lo haría pedazos —concluyó Eisenhart con una especie de satisfacción morbosa.

—Es rápido, ¿verdad? —preguntó Roland.

—Cagüenla... —contestó Slightman—. No lo parece, ¿eh?, con todo lo largo y desgarrado que es. Pero, ea, cuando quiere se mueve como alma que lleva el diablo. Más rápido que cualquier gato montes. Creemos que debe de correr en ant-nómicos.

—Seguro —contestó Roland ausente.

—No importa —dijo Eisenhart—, pero oye, Ben, ¿por qué crees tú que Andy no habla de los lobos?

—Su programa...

—Ea, pero es lo que Roland nos ha hecho ver justo antes de que entraras, y algo en lo que deberíamos haber caído mucho antes por nosotros mismos. Si el Pueblo Antiguo lo puso en marcha y luego se extinguieron o se marcharon... Mucho antes de que aparecieran los lobos... ¿Ves el problema?

Slightman el Viejo asintió con la cabeza y se colocó las gafas.

—Antaño debió de haber algo parecido a los lobos, ¿no creéis? Lo bastante parecidos para que Andy no sepa distinguirlos. Es lo único que se me ocurre.

«¿De verdad que es lo único?», se preguntó Roland.

Extrajo el mapa de los Tavery, lo desplegó y dio unos golpecitos sobre un desfiladero que cruzaba el terreno montañoso al nordeste del pueblo y que se adentraba en aquellas colinas antes de acabar en una de las viejas minas de granate del Calla. La mina era un pozo que se adentraba nueve metros en una ladera y que a continuación se detenía. Aquel lugar no se parecía demasiado al Cañón de la Armella de Mejis (sin ir más lejos, no había una raedura en el desfiladero), pero compartían una similitud crucial: ambos eran callejones sin salida. Y Roland tenía muy claro que un hombre vuelve a aprovechar aquello que le sirvió de provecho con anterioridad. Que escogiera para la emboscada de los lobos aquel desfiladero, aquel pozo de la mina sin salida, tenía todo el sentido del mundo. Y así también lo vieron Eddie, Susannah, los Eisenhart y en aquellos momentos el capataz de los Eisenhart. Tendría sentido para Sarey Adams y Rosalita Muñoz. Tendría sentido para el Viejo Amigo. No revelaría más de su plan a los demás, y todos le encontrarían sentido.

¿Y si se escapaba algo? ¿Y si algo de lo que decía era mentira? ¿Y si los lobos llegaban a saber de la mentira y la creían?

Aquello estaría bien, ¿no? ¿No estaría bien que arremetieran en la dirección adecuada, pero contra la cosa equivocada?

«Sí. Sin embargo, al final voy a tener que confiarle toda la verdad a alguien. ¿A quién?»

A Susannah no, porque Susannah volvía a estar dividida y no se fiaba de la otra.

A Eddie no, porque a Eddie se le podría escapar algo vital delante de Susannah y entonces Mia lo sabría.

A Jake tampoco, porque Jake había afianzado muy rápido su amistad con Benny Slightman.

Volvía a estar solo y aquella condición jamás le había parecido más desoladora.

—Mira —dijo, señalando el desfiladero—. Aquí hay un lugar en el que deberías pensar, Slightman. Entrar es fácil, pero salir no tanto. ¿Y si lleváramos a todos los niños de cierta edad y los pusiéramos a salvo en esa pequeña cueva?

Percibió la comprensión atisbando en la mirada de Slightman. Y también algo más. Esperanza, tal vez.

—Cuando escondemos a los niños, ellos saben dónde encontrarlos —advirtió Eisenhart—. Es como si los olieran, como los ogros de los cuentos infantiles.

—Eso me han dicho —dijo Roland—. Lo que sugiero es utilizarla.

—Hacerles morder el anzuelo, quieres decir. Pistolero, eso me parece complicado.

Roland, quien no tenía intención de meter a los niños del Calla en la mina abandonada de granate —ni siquiera cerca de aquella—, asintió con la cabeza.

—La vida a veces es complicada, Eisenhart.

—Digo gracias —replicó Eisenhart, pero tenía una expresión adusta. Tocó el mapa—. Podría funcionar. Ea, podría funcionar... pero solo si consiguieras engañar a todos los lobos.

«Sea donde sea que los niños acaben, necesitaré ayuda para llevarlos hasta allí —pensó Roland—. Habrá gente que tendrá que saber adonde ir y qué hacer. Necesito un plan. Pero todavía no, por ahora puedo seguir jugando a lo que estoy jugando. Es como los castillos, porque alguien está preparando una celada.»

¿Lo sabía con certeza? No, con certeza, no.

¿Se lo olía? Ea, eso sí.

«Ahora quedan veinticuatro —pensó Roland—. Veinticuatro días para los lobos.»

Tendrían que ser suficientes.

VI
LA HISTORIA DEL ABUELO

UNO

Eddie, un chico urbano hasta la médula, casi quedó mudo de asombro por lo mucho que le sedujo la casa de los Jaffords en el Camino del Río. «Podría vivir en un sitio como este —pensó—. Eso estaría bien, me sentaría muy bien.»

Se trataba de una alargada cabaña de madera, construida con maestría y agrietada por los vientos invernales. En uno de los lados había unos enormes ventanales a través de los que se podía contemplar la suave ladera de una colina que se extendía hasta los arrozales y el río. Al otro lado estaba el establo y el patio de tierra batida salpicado de islotes de hierba y flores, y a la izquierda del porche trasero, un pequeño huerto de hortalizas bastante exótico. La mitad estaba cubierta por una hierba amarilla llamada madrigal que Tian esperaba cultivar en gran cantidad al año siguiente.

Susannah le preguntó a Zalia cómo mantenía a las gallinas alejadas de allí y la mujer estalló en carcajadas, algo atribulada, y se apartó el pelo de la frente.

—Con mucho esfuerzo, así es cómo lo hago —contestó—. Aunque el madrigal crece bien, ¿sabe?, y donde algo crece siempre hay esperanza.

Lo que le gustaba a Eddie era el modo en que todo parecía encajar y dar una sensación hogareña. No sabía a ciencia cierta de qué se trataba porque no era una sola cosa, sin embargo...

«Sí, hay algo. Y no tiene nada que ver con la apariencia de cabaña rústica de este sitio ni con el huerto de hortalizas y las gallinas que picotean, ni tampoco con los arriates de flores.»

Eran los niños. Al principio, Eddie se había sentido algo abrumado porque eran muchos, y se pusieron en fila para que Suze y él les pasaran revista, como un escuadrón de soldados preparados para la visita de un general. Y, por Dios que a primera vista parecían suficientes como para completar un escuadrón. Un pelotón como mínimo.

—Los del final son Heddon y Hedda —los presentó Zalia señalando al par de niños de cabello rubio oscuro—. Tienen diez años. ¡Esos modales, vosotros dos!

Heddon esbozó una inclinación mientras se llevaba a la mugrienta frente el dorso de un puño aún más sucio. «A cubrir todas las bases», pensó Eddie. La niña hizo una reverencia.

—Largas noches y gratos días —saludó Heddon.

—Es largos días y gratas noches, tonto el haba —le chivó Hedda en un aparte.

A continuación, esta hizo una reverencia y repitió el saludo tal como, a su entender, debía hacerse. Heddon estaba demasiado intimidado por los forasteros como para fulminar con una mirada a su hermana sabelotodo, o para ni tan siquiera hacerle caso.

—Los dos chiquitajos son Lyman y Lia —continuó Zalia.

Lyman, todo ojos y boquiabierto, se inclinó con tal ímpetu que estuvo a punto de caer al suelo. De hecho, Lia aterrizó de bruces cuando hizo su reverencia. Eddie tuvo que luchar por mantener una expresión impassible cuando Hedda levantó a su hermana del suelo, siseándola.

—Y este —dijo Zalia, besando al enorme bebé que sostenía en brazos— es Aaron, mi amorcito.

—Tu hijo único —dijo Susannah.

—Ea, señora, eso es.

Aaron comenzó a removerse pataleando y retorciéndose. Zalia lo dejó en el suelo. Aaron se subió el pañal y se alejó trotando hacia un lado de la casa llamando a gritos a su padre.

—Heddon, sigúelo y mira a ver qué hace —dijo Zalia.

—¡Mama, no! —Envió a su madre unas señales frenéticas con los ojos que venían a decir que quería quedarse allí a escuchar a los forasteros y a comérselos con los ojos.

—¡Mama, sí! —replicó Zalia—. Hale, mira a ver qué hace tu hermano, Heddon.

El chico habría vuelto a protestar, pero en ese momento Tian Jaffords apareció doblando la esquina de la cabaña y recogió al pequeñajo en sus brazos. Aaron gorjeó, derribó el sombrero de paja de su padre y le tiró del cabello sudoroso.

Eddie y Susannah apenas se dieron cuenta de aquello. Solo tenían ojos para los gigantes vestidos con petos que venían detrás de Jaffords. Eddie y Susannah habrían visto a una docena de gente muy grande durante la vuelta que dieron por los minfundios a lo largo del Río Grande,

pero siempre de lejos. («La mayoría de ellos son tímidos con los extraños, ¿sabes?», había dicho Eisenhart.) A aquellos dos los tenían a menos de tres metros de distancia.

¿Hombre y mujer o chico y chica? «Las dos cosas a la vez —pensó Eddie—. Porque la edad no importa.»

La hembra, sudorosa y sonriente, debía de medir dos metros y tenía unos pechos que parecían el doble de grandes que la cabeza de Eddie. Alrededor del cuello llevaba un crucifijo de madera colgado de un cordel. El varón le sacaba al menos quince centímetros a su cuñada. Miró a los recién llegados con timidez y a continuación comenzó a chuparse el dedo con una mano y a apretarse la entrepierna con la otra. Para Eddie, lo más sorprendente de ellos no fue la estatura, sino la extraña e inquietante semblanza a Tian y a Zalia. Era como contemplar los primeros torpes esbozos de una obra de arte ulterior. Ambos eran claramente retrasados y estaban igual de claramente emparentados con gente que no lo era. Extraños e inquietantes eran las únicas palabras que se les podía aplicar.

«No —pensó Eddie—, la palabra es arrunado.»

—Este es mi hermano, Zalman —lo presentó Zalia en un tono extrañamente formal.

—Y mi hermana, Tia —añadió Tian—. ¡Esos modales, vosotros dos, pasmarotes!

Zalman se limitó a avanzar chupando una parte de sí mismo y sobando otra. Sin embargo, Tia hizo una espléndida reverencia (aunque algo patosa).

—¡Largos días, largas noches, larga tierra! —gritó—. ¡¡Comemos papas y moje!!

—Qué bueno —dijo Susannah con tranquilidad—. Las papas y el moje son buena cosa.

—¡¡Las papas y el moje está bueno!! —Tia arrugó la nariz y alejó el labio superior de los dientes con un resoplido porcuno de fraternidad—. ¡¡Papas y moje!! ¡¡Papas y moje!! ¡¡Buenas papas y moje!!

Hedda tocó la mano de Susannah con cierta vacilación.

—Sigue así todo el día si no le dices que se calle, señora sai.

—Calla, Tia —dijo Susannah.

Tia graznó una risotada al cielo, cruzó los brazos sobre los prodigiosos pechos y se calló.

—Zal —dijo Tian—, tienes pipí, ¿verdad?

El hermano de Zalia no dijo nada y continuó apretándose la entrepierna.

—Ves a hacer pipí —ordenó Tian—. Anda detrás del establo y riega la aguaturma, digo gracias.

Por un instante no ocurrió nada. A continuación, Zalman emprendió el camino avanzando con pasos grandiosos y desgarbados.

—¿Cuando eran pequeños...? —comenzó Susannah.

—Brillantes como ágatas pulidas, ambos —se adelantó Zalia—. Ahora ella está mal y mi hermano está aún peor.

Se llevó las manos a la cara con un gesto brusco. Aaron soltó un gritito agudo al verla y también se cubrió la cara, imitándola («¡Cucú!», dijo a través de los deditos); sin embargo, las dos parejas de mellizos permanecieron serias. Asustadas, incluso.

—¿Qué le pasa a mamá? —preguntó Lyman tirando de la pernera del pantalón de su padre. Zalman, ajeno a aquello, siguió su camino hacia el establo con una mano en la boca y la otra en la entrepierna.

—Nada, hijo. Tu mamá está bien. —Tian dejó al bebé en el suelo y luego se pasó el brazo por los ojos—. No pasa nada, ¿verdad Zee?

—Ea —contestó ella bajando las manos. Tenía los ojos enrojecidos, pero no lloraba—. Y con un poco de suerte, lo que no esté bien, lo estará.

—Que Dios te oiga —dijo Eddie, contemplando al gigante ir arrastrando los pies hacia el establo—. Que Dios te oiga.

DOS

—¿Tu abuelo tiene uno de esos días lúcidos? —preguntó Eddie a Tian minutos más tarde. Habían dado un paseo por los aledaños hasta el lugar desde el cual Tian le había mostrado a Eddie el campo que llamaba Hijo de Puta, después de dejar a Zalia y a Susannah con todos los

niños, los grandes y los chicos.

—Ves a saber si lo tiene —respondió Tian al tiempo que se le ensombrecía el rostro—. Ya lleva unos años que anda medio aturullado y, de todas formas, tampoco lo tendría conmigo. Con ella, ea, porque es la que le da de comer, le limpia la baba de la barbilla y le dice gracias. Por si no fuera suficiente tener que alimentar a dos enormes arrunados pasmarotes, también tengo que aguantar a ese viejo cascarrabias. La cabeza se le ha oxidado tanto como a una bisagra vieja. La mitad del tiempo ni siquiera sabe dónde está, y habla poco, pero que muy poco.

Las hierbas altas les rozaban los pantalones mientras paseaban. Por dos veces, Eddie estuvo a punto de tropezar con las piedras y en una ocasión Tian lo agarró por el brazo y lo condujo alrededor de lo que parecía un agujero chascapiernas de los buenos. «No me extraña que lo llame Hijo de Puta», pensó Eddie. Sin embargo, se apreciaban señales de que el terreno estaba cultivado. Era difícil de creer que alguien pudiera arar aquel laberinto pero, por lo visto, Tian Jaffords lo había estado intentando.

—Si tu mujer tiene razón, creo que debo hablar con él —dijo Eddie—. Necesito oír su historia.

—Mi abuelo tiene muchas historias, eso seguro. ¡Medio millar! El problema es que la mayoría no son más que patrañas de cabo a rabo y, además, ahora mezcla unas con otras. Siempre habló con un acento muy cerrado y en estos últimos tres años ha perdido los tres últimos dientes que le quedaban. Para empezar, es probable que no entiendas sus paparruchas. Espero que disfrutes de ello, Eddie de Nueva York.

—¿Qué coño te hizo, Tian?

—No fue lo que me hizo, sino lo que le hizo a mi viejo. Es una larga historia y no tiene nada que ver con este asunto. Déjalo.

—No, déjalo tú —replicó Eddie deteniéndose en seco.

Tian lo miró, desconcertado. Eddie asintió con la cabeza, sin sonreír: me has oído. Tenía veinticinco años, ya era uno mayor que Cuthbert Allgood el último día de su vida en la Colina de Jericó; sin embargo, bajo la luz crepuscular, podría haber pasado por un hombre de cincuenta. Uno de despiadada seguridad.

—Si ha visto un lobo, debe informarnos.

—No me consta, Eddie.

—Ya, pero creo que a ti te consta lo que digo muy bien. Sea lo que sea lo que tengas en su contra, te lo guardas. Si les pasamos cuenta a los lobos, tienes mi permiso para arrojarlo al fuego o tirarlo desde el puto tejado. Pero, hasta entonces, déjate de mariconadas. ¿Comprendido?

Tian asintió con la cabeza. Contemplaba el campo al norte de allí que tantos quebraderos de cabeza le producía, el que llamaba Hijo de Puta, con las manos en los bolsillos. Cuando lo escudriñaba de aquella manera, su rostro adoptaba una expresión de codicia atribulada.

—¿Crees que su historia sobre lo de matar un lobo es pura palabrería? Si de verdad lo crees así, no perderé el tiempo.

—Me inclino más a creer esa —contestó Tian a regañadientes— que la mayoría de las otras.

—¿Por qué?

—Bueno, la lleva contando desde que yo era bastante mayor para escuchar y nunca la ha cambiado demasiado. Además... —Tian arrastró las siguientes palabras, como si las pronunciara a través de los dientes apretados—... a mi abuelo nunca le faltaron ni espinas ni corteza. Si alguien hubiera tenido suficientes agallas para salirles al paso en el Camino del Este y hacerles frente, por no decir suficiente *trum* y vencer a otros para acompañarlo, apostararía mi dinero por Jamie Jaffords.

—¿Trum?

Tian rumió cómo explicárselo.

—Si tuvieras que meter la cabeza en la boca de un gato montes, para eso se necesitaría valor, ¿no?

Lo que se necesitaría es ser idiota fue lo que pensó Eddie, pero asintió con la cabeza.

—Si fueras el tipo de hombre que consiguieras convencer a otra persona para que metiera la

cabeza en la boca de un gato montes, eso te haría trum. Tu dihn es trum, ¿verdad?

Eddie recordó parte de las cosas que Roland le había hecho hacer y asintió. Roland era trum, de acuerdo. Era trum de cojones. Eddie estaba seguro de que los viejos compañeros del pistolero hubieran estado de acuerdo.

—Ea —dijo Tian, volviendo la mirada hacia su campo—. En cualquier caso, si quieres sacarle al viejo algo con cierta sensatez, yo esperaré hasta después de cenar. La cabeza se le aclara un poco después de la manduca y media pinta de graf. Y asegúrate de que mi mujer se sienta a su lado, donde la pueda ver bien. Imagino que trataría de hacer mucho más con ella que solo verla bien si fuera más joven. —Su expresión volvió a ensombrecerse.

Eddie le dio una palmada en el hombro.

—Bueno, no es más joven. Tú sí, así que ámate, ¿eh?

—Ea. —Tian hizo un esfuerzo visible para hacerlo—. ¿Qué piensas de mi campo, pistolero? El año que viene cultivaré madrigal. Eso amarillo que has visto antes.

Lo que Eddie pensaba era que el campo tenía la pinta de un ataque al corazón a punto de producirse. Sospechaba que, en el fondo, Tian pensaba más o menos lo mismo; uno no llamaba al único campo sin cultivar Hijo de Puta porque esperaba que diera algo bueno. Sin embargo, conocía la expresión del rostro de Tian: era la que Henry solía adoptar cuando los dos salían en busca de drogas. Siempre iba a ser la mejor mierda de todas, la mejor mierda de todos los tiempos. Dama blanca, y a olvidarse de ese azúcar moreno que daba dolor de cabeza y que revolvió el estómago. Se colocarían durante una semana, el mejor colcón de todos, tranquilo, y luego dejarían la mierda para siempre. Era la marca de la casa de Henry quien bien podría haber sido el que estuviera allí, a su lado, diciéndole los buenos dineros que significaba una cosecha de madrigal y contándole cómo a la gente que le había dicho que no se podía cultivar tan al norte se le iba a quitar las ganas de reírse cuando llegara la siega. Luego compraría aquel campo de allí, el de Hugh Anselm, en la parte alejada de su caballón y contrataría a un par de hombres más para la siega porque la tierra sería dorada hasta donde le alcanzaba la vista. Incluso dejaría de cultivar arroz y se convertiría en el rey del madrigal.

Eddie asintió con la cabeza en dirección al campo que apenas estaba medio arado.

—Aunque no parece que se are muy deprisa. Debes de ir con mucho tiento con las mulas.

Tian soltó una breve carcajada.

—Aquí fuera no me jugaría una muía, Eddie.

—Entonces, ¿con qué...?

—Con mi hermana.

Eddie se quedó boquiabierto.

—¡No jodas!

—En serio. También emplearía a Zal, es más grande como ya has visto, e incluso más fuerte, pero no es tan listo. No vale la pena los problemas que da. Ya lo he intentado.

Eddie sacudió la cabeza desconcertado. Sus sombras se alargaban sobre la tierra grumosa sembrada de malas hierbas y cardos.

—Pero... tío... ¿es tu hermana!

—Ea, ¿y qué otra cosa iba a hacer en todo el día? ¿Sentarse junto a la puerta del establo a mirar las gallinas? ¿Dormir horas y más horas y levantarse solo para comer sus papas con moje? Así es mejor, créeme, y a ella no le importa. Es muy complicado conseguir que are en línea recta, incluso cuando no hay piedras chascarados o un agujero cada ocho o diez pasos, pero tira que es un contento y ríe como una loca.

Lo que convenció a Eddie fue la sinceridad del hombre. No se había puesto a la defensiva o, al menos, él no lo había notado.

—Además, lo más seguro es que de aquí a diez años ya haya muerto. Que ayude mientras pueda, digo yo. Y Zalia piensa igual.

—Muy bien, pero ¿por qué no dejas que Andy se encargue de algo de lo que hay por arar? Estoy seguro de que adelantaría mucho. Todos vosotros, los de los minifundios, podríais compartirlo, ¿lo habíais pensado alguna vez? Podría arar los campos, cavar los pozos y levantar

las vigas de un establo él solito y ahorraríais en papas y moje. —Volvió a darle una palmada en el hombro—. Eso tiene que venirte a bien.

Los labios de Tian se crisparon.

—Sí, bonito sueño.

—No hay nada que hacer, ¿eh? O, mejor dicho, él no hace nada.

—Hace algunas cosillas, pero arar campos y cavar pozos no está entre ellas. Se lo pides y él te pide la contraseña. Cuando no tienes contraseña que darle, te pregunta si quieres volverlo a intentar. Y entonces...

—Entonces te dice que a otro perro con ese hueso. Por la Directiva Diecinueve.

—Si lo sabías, ¿por qué lo preguntas?

—Sabía que se comportaba así con los lobos porque se lo pregunté. No sabía que también afectaba a todo esto otro.

Tian asintió con la cabeza.

—La verdad es que no es de mucha ayuda y puede llegar a ser muy pesado; si todavía no te consta eso, ya te constará si te quedas un rato más, pero nos dice cuándo están de camino los lobos y por eso todos le decimos gracias.

Eddie tuvo que morderse la lengua para detener la pregunta que tenía en la punta. ¿Por qué se lo agradecían cuando la noticia solo servía para deprimirlos? Aunque estaba claro que aquella vez serviría para algo más; de hecho, aquella vez la noticia de Andy podría conducir a un cambio. ¿Sería aquello lo que don Vas-A-Conocer-A-Un-Extraño-Interesante había estado buscando todo el tiempo? ¿El conseguir que las yentes se pusieran en pie e hicieran frente común? Eddie recordó la sonrisa aduladora de Andy y encontró aquel altruismo difícil de digerir. No era justo juzgar a la gente (tal vez ni siquiera a los robots) por la forma en que sonreían o caminaban; sin embargo, todo el mundo lo hacía.

«Y ahora que lo pienso, ¿y su voz qué? ¿Y ese rollo petulante de "Yo lo sé y tú no" que se trae entre manos? ¿O eso también me lo estoy imaginando?»

Lo jodido del caso es que no lo sabía.

TRES

La voz de Susannah entonando una canción acompañada por los gorgoritos de los niños —de todos los niños, los grandes y los chicos—, atrajo a Eddie y a Tian a rodear la casa.

Zalman sujetaba un extremo de lo que parecía un dogal. Tia sujetaba el otro. La hacían dar unas vueltas perezosas en el aire con unas sonrisas exultantes en sus rostros mientras Susannah, sentada en el suelo, recitaba una cancioncilla de saltar a la comba que Eddie recordaba vagamente. Zalia y sus cuatro hijos saltaban al unísono; el cabello se columpiaba arriba y abajo con ellos. El benjamín de Aaron esperaba a un lado con los pañales casi bajados hasta las rodillas. En su rostro se dibujaba una enorme y exultante sonrisa mientras imitaba los movimientos de la cuerda con un puño regordete.

—«¡Meñique Alfeñique a la casa vino! ¡Ese muchacho va por mal camino! ¡Lo pillé fisgando, oncediezynueve, el mozo está hecho todo un delincuente!» ¡Más rápido, Zalman! ¡Más rápido, Zia! ¡Venga, que salten de verdad!

Tia hizo girar su extremo de la cuerda más rápido a la primera e, instantes después, Zalman la imitó. Por lo visto, aquello sí sabía hacerlo. Riendo, Susannah aceleró el ritmo.

—«¡Meñique Alfeñique espío sin decoro! ¡Ese sinvergüenza se llevó el tesoro! ¡Ochosieteyseis, llegamos al cinco, ese sinvergüenza no irá al Paraíso!» ¡Hala, Zalia, te veo las rodillas, mujer! ¡Más rápido, chicos! ¡Más rápido!

Los cuatro mellizos saltaban como volantes de bádminton. Heddon, con los puños remetidos en las axilas, hacía un zapateado. Una vez superado el apocamiento que les había hecho comportarse con torpeza, los dos más pequeños saltaban con ágil y sobrecogedora armonía. Parecía que incluso se balancearan los mismo mechones de cabello. Eddie se descubrió recordando las pecas clónicas de los mellizos Tavery.

—«Meñique... Meñique Alfeñique...» —Susannah se detuvo—. ¡Se me ha ido, Eddie! ¡No recuerdo cómo sigue!

—Más rápido, chicos —animó Eddie a los gigantes que hacían girar la cuerda, quienes obedecieron.

Tia rebuznó a un cielo cada vez más oscuro. Eddie contó el giro de la cuerda con los ojos balanceándose adelante y atrás a la altura de las rodillas, y se llevó la mano a la culata de la pistola de Roland para asegurarse de que no saldría volando.

—Eddie Dean, ¡no te atreverás! —exclamó Susannah risueña.

Sin embargo, a la siguiente vez que la cuerda estuvo en lo alto, se atrevió: saltó en medio de Hedda y la madre de Hedda. Quedó frente a Zalia, quien tenía el rostro sonrojado y sudoroso, y saltó con ella en perfecta armonía. Eddie cantó el único verso que sobrevivía en su memoria. Para poder seguir el ritmo, tuvo que cantarla casi tan rápido como un subastador en la feria del condado. No se dio cuenta hasta más tarde que había cambiado el nombre del chico malo dándole un toque puramente de Brooklyn.

—«¡Gordito Glotón del sayo me sisó, el dije de plata que mi amor me dio, lo pillé dormido, cuatrotresdosuno, le quité el dije en tan solo un segundo!» ¡Adelante, chicos! ¡Con fuerza!

Así lo hicieron, hicieron girar la cuerda tan rápido que apenas se distinguía. En un mundo que parecía dar botes sobre unos zancos con muelles invisibles, vio salir al porche como un topo fuera de su madriguera a un hombre mayor de cabello suelto y patillas entrecanas, aporreando el paso con un cayado de fustafierro. «Hola, abuelo», pensó y, acto seguido, apartó al hombre de sus pensamientos. En aquellos momentos lo único importante era no perder el ritmo y no ser el que la cagara en el juego. Le había gustado saltar a la comba desde niño y había maldecido el día que empezó a ir a la escuela de primaria Roosevelt y tuvo que dejárselo a las chicas, eso o arriesgarse a que los demás le colgaran el sambenito de nenaza por siempre jamás. Más adelante, durante las clases de educación física del instituto, había redescubierto por un fugaz instante las alegrías de saltar a la comba. No obstante, nunca se había tratado de nada como aquello. Fue como si hubiera descubierto (o redescubierto) cierta magia práctica que entrelazaba su vida en Nueva York y la de Susannah con aquella otra vida, de un modo que no necesitaba ni puertas mágicas ni bolas mágicas, ni siquiera entrar en exotransito. Rió extasiado y comenzó a hacer tijeretas con los pies adelante y atrás. Instantes después, Zalia Jaffords estaba haciendo lo mismo, imitándolo paso a paso. Era tan bueno como el baile del arroz. Tal vez mejor porque lo hacían todos a la vez.

Para Susannah sin duda fue mágico y, de todas las maravillas que le deparaban y que había dejado atrás, aquellos momentos en el patio trasero con los Jaffords siempre conservarían su brillo propio y único. No saltaban dos a la vez, ni siquiera cuatro, sino seis, mientras que los dos gigantes y sonrientes idiotas hacían girar la cuerda tan rápido como sus brazos macizos les permitían.

Tian rió, y estampando los botines en el suelo gritó:

—¡Esto sí que es armar jaleo! ¡No te digo! ¡Cagüenla...!

Desde el porche, su abuelo soltó una risotada tan oxidada que Susannah se preguntó cuánto tiempo habría mantenido aquel sonido encerrado.

La magia perduró cinco segundos más. La comba giraba tan rápido que se hacía invisible al ojo y lo único que aseguraba su existencia era un zumbido parecido al de un aleteo. La media docena de personas encerradas en aquel zumbido —desde Eddie, el más alto, en el extremo de Zalman, hasta al regordete y pequeño Lyman, en el de Tia— subían y bajaban como los pistones de una máquina.

Entonces, la cuerda atrapó el talón de alguien —el de Heddon, creyó atisbar Susannah, aunque más tarde todos tratarían de culparse a ellos mismos para que nadie se sintiera mal— y se desparramaron por el suelo, respirando agitadamente y riendo. Eddie, agarrándose el pecho, buscó a Susannah con la mirada.

—Me está dando un ataque al corazón, cariño, será mejor que llames a urgencias.

Con un impulso se acercó a donde estaba Eddie y bajó la cabeza para poder besarlo.

—No, no es verdad —objetó—, lo que estás atacando es mi corazón, Eddie Dean; te quiero.

La miró fijamente y con total seriedad desde la tierra del patio. Sabía que a pesar de lo

mucho que ella pudiera quererlo, él siempre la querría más. Y, como siempre que pensaba en aquellas cosas, lo asaltó la premonición de que el ka no los amistaba, que aquello acabaría mal entre los dos.

«Si es así, entonces tu trabajo consiste en procurar que sea lo mejor que pueda ser durante el mayor tiempo posible. ¿Harás tu trabajo, Eddie?»

—Con el mayor de los placeres —se respondió.

Susannah enarcó una ceja.

—¿En verdad? —preguntó al estilo del Calla para decir «¿Seguro?».

—En verdad —contestó él, sonriente—. Créeme, en verdad.

Llevó una mano a su nuca; la atrajo hacia sí; la besó en la frente, en la nariz y, finalmente, en los labios. Los mellizos rieron y aplaudieron. El bebé gorjeó. Y en el porche, el viejo Jamie Jaffords hizo otro tanto.

CUATRO

Todos se sentían hambrientos después del ejercicio y, con la ayuda de Susannah en la silla, Zalia Jaffords dispuso un festín pantagruélico en la larga mesa con caballetes detrás de la casa. El paisaje lo valía todo, según Eddie. Al pie de la colina crecía lo que calculó que sería un tipo de arroz de una resistencia especial que ya había llegado a la altura de los hombros de un hombre alto. Más allá, el río refulgía bajo la luz crepuscular.

—Di unas palabras, Zee, si quieres —le pidió Tian.

Aquello pareció complacerla. Un poco más tarde, Susannah informaría a Eddie de que Tian no tenía en gran aprecio la religión de su mujer, pero que parecía haber cambiado desde el inesperado apoyo del padre Callahan en la Sala de Reuniones Municipal.

—Bajad las cabezas, niños.

Cuatro cabezas se inclinaron; seis, contando a los grandes. Lyman y Lia cerraron los ojos con tanta fuerza que parecían niños con un dolor de cabeza espantoso. Alzaron las manos, limpias y de un rosa brillante gracias al chorro helado de la bomba de agua, frente a ellos.

—Bendice estos alimentos en nuestro provecho, Señor, y haznos agradecidos. Gracias por la compañía, que les vengamos a bien y ellos a nosotros. Líbranos del horror que vuela al mediodía y del que se arrastra por la noche. Digamos gracias.

—¡Decimos gracias! —exclamaron los niños, Tia tan alto como para que las ventanas casi traquetearan.

—En el nombre del Dios Padre, Hijo y Jesús Hombre —prosiguió Zalia.

—¡Jesús Hombre! —repitieron los niños.

A Eddie le divirtió ver que el abuelo, quien lucía un crucifijo casi tan grande como el que llevaban Zalman y Tia, estaba sentado con los ojos abiertos y se hurgaba la nariz durante las plegarias.

—Amén.

—¡Amén!

—¡¡Papás!! —exclamó Tia.

CINCO

Tian se sentaba en un extremo de la larga mesa; Zalia, en el otro. Los mellizos no estaban relegados al gueto de una «mesa para niños» (como Susannah y sus primos siempre lo habían estado en las reuniones familiares. ¡Cómo lo había odiado!), sino que se sentaban todos en una fila a uno de los lados; los dos más mayores flanqueaban a la pareja más joven. Heddon ayudaba a Lia; Hedda, a Lyman. Susannah y Eddie se sentaban uno junto al otro, frente a los niños, con uno de los jóvenes gigantes a la izquierda de Susannah y el otro a la derecha de Eddie. Al principio, el bebé estuvo tranquilo en el regazo de su madre y luego, cuando se cansó, en el de su padre. El anciano se sentaba junto a Zalia, quien le sirvió, le cortó la carne en trocitos diminutos y, de hecho, le limpió la barbilla cuando le chorreó el moje. Tian frunció el ceño ante aquello, malhumorado —algo que le restaba puntos, según Eddie—, pero mantuvo la boca cerrada salvo en una ocasión para preguntar a su abuelo si quería más pan.

—El brazo entavía me funciona si me viene en gana —contestó el anciano, y le arrebató la

cesta del pan para demostrárselo. Lo hizo con gran agilidad para un hombre de tan avanzada edad, aunque a continuación desbarató la impresión de brío al derribar el tarro de mermelada—. ¡Cojona! —exclamó.

Los cuatro niños se miraron con los ojos abiertos, se cubrieron la boca y ahogaron unas risitas. Tia retiró la cabeza hacia atrás y graznó al cielo. Uno de sus codos chocó contra las costillas de Eddie y casi lo derribó de la silla.

—Le pediría que no hablara así delante de los niños —dijo Zalia, poniendo en pie el tarro.

—Te ruego me perdones —se disculpó el abuelo.

Eddie se preguntó si habría mostrado aquella encantadora humildad si hubiera sido su nieto el que lo hubiese reprendido.

—Permítame servirle un poco de esto, abuelo —se ofreció Susannah cogiendo la mermelada de las manos de Zalia.

El anciano la miró con ojos húmedos, casi de carnero degollado.

—No había visto a una morena de verdad en, bueno, diría que unos cuarenta años —dijo el abuelo—. Solían venir en los mercados flotantes, como remeras, pero aquello se vino a acabar.

Cuando el abuelo dijo «remeras», lo que sonó fue «rameras».

—Espero que no sea una sorpresa desagradable descubrir que todavía seguimos por aquí —repuso Susannah dedicándole una sonrisa.

El anciano respondió con otra, rijosa y desdentada.

El filete estaba duro, pero tenía muy buen sabor, y el maíz estaba casi tan bueno como el que había preparado Andy cerca del límite del bosque. El cuenco de papas, aunque casi tenía el tamaño de un pilón, tuvo que ser rellenado en dos ocasiones; la salsera, en tres; aunque, para Eddie, la verdadera revelación fue el arroz. Zalia sirvió tres tipos diferentes y, al menos en su opinión, cada uno era mejor que el anterior. No obstante, los Jaffords lo comían como si tal cosa, como la gente bebe el agua en un restaurante. La comida terminó con un pastel de manzana y, a continuación, se envió a los niños a jugar. El abuelo puso la guinda con un rotundo eructo.

—Te digo gracias —le dijo a Zalia, y se dio tres golpecitos en el cuello—. Más güeno que nunca, Zee.

—Me alegra que haya comido tan bien, padre —respondió ella.

Tian gruñó y añadió:

—Padre, estos dos querrían hablar con usted de los lobos.

—Solo Eddie, si a bien tienes —se apresuró a decir Susannah con decisión—. Te ayudaré a quitar la mesa y a lavar los platos.

—No te molestes —dijo Zalia.

Eddie creyó ver que la mujer le enviaba a Susannah un mensaje con la mirada («Quédate, le gustas»), pero Susannah o no lo vio o no quiso verlo.

—No es ninguna molestia —aseguró Susannah transfiriéndose a la silla de ruedas con la habilidad heredada de una larga experiencia—. Hablará con mi hombre, ¿verdad, sai Jaffords?

—To eso fue tiempo ha —respondió el anciano, pero no parecía reacio a hacerlo—. No sé si entavía me consta. La cabeza ya no hila una historia como antes.

—Pues me gustaría oír lo que recuerde —intervino Eddie—. Todo.

Tia graznó una risotada, como si aquello fuera la cosa más divertida que hubiera oído en la vida. Zal la imitó y luego sacó el último bocado de puré de patata del cuenco con una mano casi tan grande como una tabla de cortar. Tian le propinó un rápido manotazo.

—Eso no se hace, cacho pasmarote, ¿cuántas veces te lo han dicho?

—Pos bien —accedió el abuelo—. Hablaré una miaja si quiere escuchar, muchacho. ¿Qué otra cosa puedo hacer con mi menda que cuajarme? Ayúdeme a tirar pal porche, los escalones son mucho más fáciles de bajar que de subir. Y si te traes la pipa, nuera, eso me tendría a bien, pues una pipa ayuda al hombre a pensar, amén.

—Por supuesto —contestó Zalia haciendo caso omiso de la nueva expresión adusta en el rostro de su marido—. Ahora mismo.

—Fue mucho tiempo ha, que le conste —comenzó el abuelo una vez que Zalia Jaffords lo dejó en su mecedora con un cojín en los riñones y la pipa tirando sin problemas—. No le puedo asegurar si los lobos han venido dos o tres veces pues, aunque pa entonces contaba diecinueve siegas, ya he perdido la cuenta de los años que nos separan.

Al noroeste, la línea roja de la puesta de sol se había vuelto de una tonalidad rosada cenicienta embelesadora. Tian estaba en el establo con los animales y Heddon y Hedda le echaban una mano. Los gemelos más pequeños estaban en la cocina. Los gigantes, Tia y Zalman, se encontraban en el extremo más alejado del patio, oteando hacia el este, sin hablar ni moverse. Podrían haber pasado por monolitos en una fotografía del *National Geographk* de la Isla de Pascua. Al mirarlos, a Eddie se le pusieron los pelos de punta. Aun así, dio las gracias por los aspectos positivos de la cuestión. El abuelo parecía relativamente lúcido y despierto y, aunque tenía un acento muy cerrado —casi grotesco—, no había tenido ningún problema para seguirlo, al menos hasta entonces.

—No creo que esos años sean tan importantes, señor —aventuró Eddie.

El abuelo enarcó las cejas y soltó su risotada oxidada.

—¡Señor, mira tú! ¡Ha mucho, pero que mucho que no sentía yo eso! ¡Debe de ser de la gente de muy al norte!

—Creo que sí, por un decir —contestó Eddie.

El abuelo cayó en un largo silencio contemplando la puesta de sol. A continuación, volvió la vista hacia Eddie con cierto asombro.

—¿Ya hemos jalao? ¿Vituallas y víveres?

A Eddie le dio un vuelco el corazón.

—Sí, señor. En la mesa, detrás de la casa.

—Se lo pregunto porque si voy a echar un zurullo, suelo echarlo en después de cenar. No siento urgencia, así que pensé en preguntarle.

—Ya. Ya hemos comido.

—Ah. ¿Cómo se llama?

—Eddie Dean.

—Ah. —El anciano le dio una calada a la pipa y expulsó unos remolinos gemelos de humo por la nariz—. ¿Y la morena es de usted? —Eddie estaba a punto de pedirle una aclaración cuando el abuelo se la ofreció—: La mujer.

—Susannah. Sí, es mi esposa.

—Ah.

—Señor... Abuelo... ¿Los lobos? —Aunque Eddie ya no creía que fuera a sacarle nada al anciano. Tal vez Suze pudiera...

—Tal como lo recuerdo, éramos cuatro —dijo el abuelo.

—¿No eran cinco?

—¡Ca, hombre!, aunque bastante arrejuntaos pa pasar por un moit. —Su voz se había vuelto seca y concisa. El acento se suavizó un poco—. Éramos jóvenes y atolondraos, nos importaba un mojino escoció de rata si moríamos o vivíamos, que le conste. Estábamos lo bastante cabreaos como pa defender una postura tanto si el resto decía que sí, que non o que acaso. Estaba yo... Pokey Slidell... que era mi mejor amigo... y estaba Eamon Doolin y su mujer, esa pelirroja Molly. Era el mismo diablo cuando se trataba de lanzar el plato.

—¿El plato?

—Ea, las Hermanas de Oriza lanzan el plato y Zee es una de ellas. Le diré que se lo enseñe. Tienen platos con el canto afilao menos por ande las mujeres lo cogen, que le conste. ¡Vaya joyas, sí señor, ea! Hacen que un hombre con una ba parezca tonto el Culo. Tié que verlo.

Eddie tomó nota mental para decírselo a Roland. No sabía si les iba a servir de algo lo del lanzamiento de platos o no, pero lo que sí sabía era que iban muy cortos de armas.

—Fue la Molly quien mató al lobo...

—¿No fue usted? —Eddie estaba desconcertado, pensó en cómo la verdad y la leyenda se entrelazaban hasta que no había forma de desentrañarlas.

—Ca, hombre, aunque —al abuelo le brillaron los ojos— puede que haya dicho que fui yo en algún momento, pa aflojar las rodillas de una seña que si non hubieran quedao bien rejuntas, ¿sabusté?

—Creo que sí.

—Fue la Roja Molly quien lo hizo con el plato, esa es la verdad, pero non pongamos el carro delante del mulo. Vimos la nube de polvo en viniendo. Luego, a unas seis ruedas del pueblo, ¡se entrifurcó!

—¿Cómo? No le entiendo.

El abuelo levantó tres dedos crispados para mostrarle que los lobos habían entrado por tres sitios distintos.

—El grupo más grande, a juzgar pol polvo, me constó, se encaminó hacia el pueblo y feron a polos Took, lógico porque algunos habían pensao esconder a sus crios en la carbonera del almacén, en la parte de atrás. Tooky tenía un escondrijo secreto donde guardaba los cuartos, las joyas, unas cuantas armas viejas y otros géneros muy vendibles que se llevaba allí; ¡no los llaman familia urraca por nada, sabusté! —Volvió a soltar una risotada oxidada y socarrona—. Era un buen bujero, ni siquiera la gente que trabajaba pal viejo buitre sabía que existía. Empero, cuando llegó el momento, los lobos se dirigieron derechitos allí y se llevaron a los crios después de matar a aquel que se interpuso en su camino, ni tan siquiera pa mendigar clemencia. Endeluego, cuando saliron a caballo, le diron al almacén con sus varas de luz y le prendiron fuego. Hasta los cimientos se quemó, y suerte tuvieron de no haber perdió to el pueblo, joven sai, porque las llamas que salen de esos palos que los llevan lobos no se parecen a ningún otro fuego que se apague con agua. ¡Si les echa agua las alimenta! ¡Van parriba! ¡Parriba y queman más! ¡Cagüenla...!

Escupió por encima de la barandilla para darle más énfasis. Luego, miró a Eddie con ojos taimados.

—Le diré una cosa: no importa a cuántos de por estos andurriales aconvenza mi nieto, usted o su morenita, pa hacerles frente y luchar. Eben Took jamás estará entre ellos. Los Took tienen ese almacén desde que al tiempo entavía no le habían salió los dientes y no tienen intención de volverlo a ver achurruscao. Una vez ya fue suficiente pa esos gallinas, ¿me sigue?

—Sí.

—De las otras dos nubes de polvo, la grande se perdió hacia el sur, hacia los ranchos. La más chica se vino por la Cañada del Este, hacia los sembraos, pa ande estábamos nosotros y ande les hicimos frente.

El rostro del anciano se iluminó, arrobado por los recuerdos. Eddie no descubrió al hombre joven que había sido (el abuelo era demasiado mayor para aquello), pero en sus ojos legañosos distinguió la mezcla de agitación, determinación y miedo, acervo que debió de haberlo invadido aquel día. A todos. Eddie sintió cómo aquello lo arrastraba igual que la comida arrastraría a un hombre hambriento, y el anciano debió de adivinar parte de ello en su rostro pues pareció ufanarse y recobrar brío. Estaba claro que no se trataba de una reacción que el anciano hubiera apreciado nunca en su nieto; a Tian no le faltaba valentía, digamos gracias, pero no dejaba de ser un labriego. Sin embargo, aquel hombre, aquel Eddie de Nueva York... Puede que viviera una vida corta y que muriera mordiendo el polvo, pero no era un labriego, por Riza.

—Continúe —lo animó Eddie.

—Ea. A eso voy. Algunos de los que se venían hacia nosotros se endividiron en la Cañada del Río hacia los sembraos de arroz que hay allí, se veía pol polvo, y otros tantos se endividiron hacia la Senda del Café. Me recuerdo que Pokey Slidell se volvió hacia mí, con una sonrisa escalofriante en la cara, me alargó la mano, la que no llevaba la ba, y dijo...

SIETE

Lo que Pokey Slidell dice bajo un cielo abrasador de otoño, con el sonido de los últimos grillos de la estación elevándose desde la alta hierba blanquecina a ambos lados, es:

—*Me alegro de haberte conocido, Jamie Jaffords, digo verdad.*

Jamie nunca le había visto aquella sonrisa, pero solo tiene diecinueve años y vive allá fuera,

en lo que algunos llaman el Borde y otros la Media Luna, por lo que hay muchas cosas que no ha visto antes. O que nunca verá, por lo que parece en aquellos momentos. Es una sonrisa escalofriante, pero en ella no detecta cobardía. Jamie adivina que está esbozando una idéntica. Allí están, bajo el sol de sus padres, y la oscuridad pronto los haría suyos. Les había llegado la hora.

Sin embargo, el apretón es vigoroso cuando coge la mano de Pokey.

—*Entavía no has terminao de conocerme, Pokey* —responde.

—*Espero que tengas razón.*

La nube de polvo avanza hacia ellos. En un minuto, quizá menos, divisarán a los jinetes que la levantan. Y, lo más importante, los jinetes que la levantan los verán a ellos.

—*¿Sabéis?, creo que deberíamos echarnos a la zanja* —propone Eamon Doolin señalando hacia la derecha del camino— *y escondernos muy, pero que muy bien. En luego, cuando vayan a pasar, salimos de un salto y arremetemos contra ellos.*

Molly Doolin lleva unos pantalones ceñidos de seda negra y una blusa blanca con el cuello desabrochado para mostrar un diminuto amuleto plateado de la siega: Oriza con el puño en alto. En la mano derecha, Molly sostiene un plato afilado, acero de titanio azul con el dibujo de una delicada filigrana de brote verde de arroz. Colgado del hombro derecho lleva un bolso de paja forrado de seda. En ella hay cinco platos más, dos suyos y tres de su madre. Le brilla tanto el cabello bajo la refulgente luz que parece como si le ardiera la cabeza. Muy pronto así sería, a decir verdad.

—*Haz lo que quieras, Eamon Doolin* —le dice—. *En cuanto a mí, voy a quedarme aquí mismo, donde puedan verme, y voy a gritar el nombre de mi hermana gemela para que lo oigan bien. Puede que me arrollen, pero mataré a uno o le cortaré las piernas desde debajo de sus malditos caballos antes de que lo hagan, de eso doy fe.*

No hay tiempo para más. Los lobos aparecen en la hondonada que indica la entrada a la pequeña parcela de Arra. Las yentes del Calla los ven al fin y ya no vuelve a hablarse de esconderse. Jamie casi esperaba que Eamon Doolin, de modales suaves y medio calvo ya a los veintitrés, soltara la ba y saliera disparado hacia las hierbas altas con las manos arriba para mostrar su rendición. Sin embargo, se coloca en posición, al lado de su mujer, y flecha una saeta. Se oye un grave susurro cuando tensa la cuerda.

Se apostan en el camino con las botas sobre la tierra batida, lo bloquean. Y lo que invade a Jamie como una bendición es una sensación de gracia divina. Iban a hacer lo correcto. Van a morir allí, pero está bien. Mejor morir que cruzarse de brazos mientras se llevan a los niños. Todosellos han perdido a un gemelo y Pokey —quien de lejos es el mayor de ellos— ha perdido tanto a un hermano como a un hijo pequeño a manos de los lobos. Aquello es lo correcto. Saben que los lobos podrían vengarse en los demás por aquella insurrección, pero no importa. Es lo correcto.

—*¡Vamos!* —grita Jamie y arma su ba: un giro, dos giros y encajada—. *¡Vamos, buitres! ¡Cobardes, vamos, venid a por lo vuestro! ¡Por el Calla! ¡Por Calla Bryn Sturgis!*

Bajo el sol abrasador del momento, los lobos parecen estáticos, como si se limitaran a titilar en el mismo lugar. Y entonces, el sonido de los cascotes de los caballos, antes apagados y sordos, crece en intensidad y parece como si los lobos salieran de un salto del aire arremolinado. Sus pantalones son tan grises como los flancos de sus caballos. Unas capas verde oscuro vuelan al viento tras ellos. Unas capuchas verdes envuelven unas máscaras (tienen que ser máscaras) que transforman las cabezas de los cuatro jinetes en las cabezas de lobos hambrientos y amenazadores.

—*¡Cuatro contra cuatro!* —grita Jamie—. *¡Cuatro contra cuatro, equilibrados, manteneos firmes, compadres! ¡Ni un paso atrás!*

Los cuatro lobos se abalanzan sobre ellos a lomos de sus caballos grises. Los hombres alzan sus bas. Molly —a la que a veces llaman Roja Molly antes por su famoso temperamento que por su cabello— se lleva el plato al hombro izquierdo. Parece enojada, pero está tranquila y relajada.

Los lobos de los extremos llevan varas de luz. Las alzan. Los del medio retiran los puños hacia atrás, enguantados en guantes verdes, para arrojar algo. «Sneetches —piensa Jamie sin perder la calma—. Eso es lo que son.»

—¡Aguantad, chicos...! —dice Pokey—. ¡Aguantad...! ¡Aguantad...! ¡Ahora!

Suelta la cuerda y Jamie ve pasar la saeta-ba de Pokey con un rehilo justo por encima de la cabeza del segundo lobo empezando por la derecha. La de Eamon alcanza el cuello del caballo del extremo izquierdo. La bestia emite un atropellado relincho y se tambalea justo cuando los lobos comienzan a acortar los últimos cuarenta metros de distancia. Se derrumba sobre el caballo vecino en el momento en que su jinete lanza lo que lleva en la mano. En realidad es una sneetch, pero se desvía sobremanera de su rumbo y ninguno de sus sistemas de navegación consigue localizar un objetivo.

La saeta de Jamie alcanza el pecho del tercer jinete. Jamie inicia un grito triunfante que acaba en uno ahogado de desaliento antes de llegara salir de su garganta. La saeta rebota en el pecho de la cosa como lo hubiera hecho en el de Andy o en una piedra en Hijo de Puta.

«Lleva coraza. ¡Peazo cabrón!, llevas coraza bajo esa recondenada...»

La otra sneetch vuela certera y alcanza a Eamon Doolin en plena cara. Al explotarle la cabeza, lo rocía todo de sangre, de huesos y de una sustancia gris y pastosa. La sneetch prosigue su camino unos treinta grop, luego vira y regresa. Jamie se agacha y la oye pasar como un rayo sobre su cabeza, arrastrando su zumbido grave y seco.

Molly no se ha movido, ni siquiera cuando se ha visto bañada en la sangre y los sesos de su marido.

—¡¡Esto va por Minnie, hijos de puta!! —dice a voz en grito y lanza el plato.

La distancia ya es mínima —apenas puede llamársele distancia—, pero lo lanza con todas sus fuerzas y el plato se eleva en cuanto abandona la mano.

«Demasiado fuerte, cariño —piensa Jamie al tiempo que esquiva el golpe de una vara de luz (la vara de luz también produce aquel zumbido grave y salvaje)—. Cagüenla... demasiado fuerte.»

Sin embargo, el lobo contra el que Molly ha apuntado cabalga al encuentro del plato que sigue elevándose. Impacta justo en el sitio donde la capucha verde de la cosa se encuentra con la máscara de lobo que lleva. Se oye un extraño sonido sordo y la cosa cae hacia atrás del caballo con las manos enguantadas agitándose en lo alto.

Pokey y Jamie dejan escapar una exclamación eufórica, pero Molly se limita a rebuscar con frialdad un nuevo plato en su bolsa, donde los ha guardado con cuidado con el canto romo por donde asirlos señalado. Está sacando uno cuando una de las varas de luz le separa el brazo del cuerpo. Se tambalea, los dientes sobresalen por debajo de los labios en un gruñido, e hinca una rodilla en el suelo mientras su blusa arde en llamas. Jamie se queda pasmado al ver que la mano cercenada sigue tanteando en busca del plato allí donde ha caído, en la tierra del camino.

Los tres lobos restantes los han sobrepasado. Al que Molly acertó con su plato yace en el suelo agitándose como un poseso, las manos enguantadas se estremecen arriba y abajo como si tratara de decir: «¿Qué se podía esperar? ¿Qué se podía esperar de estos malditos labriegos?».

Los otros tres hacen virar a sus monturas con tanta habilidad como una brigada de soldados de caballería y regresan a la carrera. Molly arranca el plato de entre sus dedos muertos y a continuación cae hacia atrás engullida por el fuego.

—¡Arriba, Pokey! —grita Jamie, histérico, al tiempo que la muerte avanza hacia ellos bajo el abrasador cielo emplomado—. ¡Arriba, que los dioses te maldigan!

Y sigue experimentando esa sensación de gracia divina cuando huele la carne chamuscada de los Doolin. Aquello es lo que deberían de haber hecho desde el principio, ea, todos ellos, porque se puede derribar a los lobos; aunque lo más seguro es que no vivan para contarlos y que se lleven a su compadre muerto para que nadie lo sepa.

Se oye la vibración de una cuerda cuando Pokey dispara una nueva saeta. Acto seguido, una sneetch lo alcanza de pleno, y Pokey explota dentro de sus ropas: vomita sangre y carne hecha jirones por las mangas, por los puños y por los botones estallados de su bragueta. Jamie vuelve a

quedar empapado, esta vez del mejunje caliente que una vez fue su amigo. Dispara su ba, cuya saeta abre un surco en uno de los flancos de un caballo gris. Sabe que es inútil agacharse, pero de todos modos se agacha, y algo zumba por encima de su cabeza. Uno de los caballos lo golpea con dureza al pasar junto a él y lo tira a la cuneta en la que Eamon les propuso esconderse. La ba le vuela de la mano. Se queda allí tendido, con los ojos abiertos, inmóvil, consciente de que cuando hagan dar media vuelta a sus caballos tendrá que fingirse muerto y esperar a que pasen de largo. No lo harán, por supuesto que no, pero es lo único que le resta por hacer, así que lo hace tratando de dar a sus ojos el vidriado de la muerte. Sabe que de allí a unos segundos ya no tendrá que fingir. Huele la tierra, oye los grillos entre la hierba y se aferra a aquellas cosas con la certeza de que son lo último que volverá a oler o a oír, que lo último que verá son los lobos abalanzándose sobre él con su gruñido congelado en el rostro.

Regresan retumbando.

Uno de ellos se vuelve en la silla y una sneetch sale disparada de la mano enguantada al tiempo que pasa por su lado. Sin embargo, en ese mismo instante, el caballo salva el cuerpo del lobo derribado que sigue retorciéndose en el suelo, aunque ya apenas alza las manos. La sneetch sobrepasa a Jamie solo por unos milímetros. Casi puede percibir cómo vacila en busca de la presa. A continuación, sigue su camino hacia los campos.

Los lobos cabalgan hacia el este levantando polvo tras ellos. La sneetch da media vuelta y se dirige hacia Jamie de nuevo, esta vez desde más arriba y con mayor lentitud. Los caballos grises doblan una curva en el camino a unos cincuenta metros al este y se pierden en la distancia. Lo último que ve de ellos son tres capas verdes alborotadas y casi perpendiculares a sus espaldas.

Jamie se pone en pie en la cuneta sobre unas piernas que amenazan con ceder bajo él. La sneetch repite un bucle y regresa, esta vez directa hacia él, aunque se mueve cada vez con mayor lentitud, como si aquello que la impulsaba estuviera agotándose. Jamie regresa al camino, cae de rodillas junto a los restos humeantes del cuerpo de Pokey y coge su ba. Esta vez la sujeta por el extremo, como si cogiera un mazo para jugar a los puntos. La sneetch se abalanza sobre él. Jamie se lleva la ba al hombro y cuando aquello se dirige en su dirección, lo batea como si se tratara de un insecto gigantesco. Caer al suelo junto a uno de los botines arrancados de Pokey y allí queda zumbando sin buenas intenciones, tratando de alzarse.

—¡Toma, hijo de puta! —grita Jamie, y comienza a arrojarle tierra encima con las manos. Está sollozando—. ¡Toma, hijo de puta! ¡Toma! ¡Toma!

Por fin desaparece enterrada bajo un montículo de arena blanca que se agita y zumba hasta que, al fin, se para.

Sin levantarse —no tiene bastante fuerza para mantenerse en pie, todavía no, apenas puede creer que sigue vivo—, Jamie Jaffords gatea hasta el monstruo que Molly ha matado. Porque está muerto o, al menos, está tendido inmóvil. Quiere quitarle la máscara y verle la cara. Primero lo patear con los pies, como un niño con una pataleta. El cuerpo del lobo se mece de un lado a otro y vuelve a quedarse inmóvil. Desprende un olor acre y hediondo. Un humo de olor putrefacto se alza de la máscara que parece estar fundiéndose.

«Muerto —piensa el chico que tiempo después se convertirá en "el abuelo", el ser humano más viejo del Calla—. Está muerto, ea, no hay duda. ¡Así que, hale, gallina! ¡Hale, desenmáscáralo!»

Lo hace. Bajo el ardiente sol de otoño agarra la máscara putrefacta, que tiene el tacto de una especie de malla metálica, y ve...

OCHO

Por un instante Eddie no se dio cuenta de que el anciano había dejado de hablar.

Seguía sumergido en la historia, hipnotizado. Lo veía todo con tal claridad que podría haber sido él quien estuviera allí fuera, en el Camino del Este, arrodillado en el suelo con la ba apoyada en el hombro como si se tratara de un bate de béisbol, preparado para golpear la sneetch que se acercaba.

En aquel momento Susannah pasó en su silla de ruedas por el porche en dirección al establo con un cuenco de pienso para las gallinas en el regazo y les dirigió una mirada curiosa. Eddie se

despertó. No estaba allí para que lo entretuvieran. Imaginó que el hecho de que pudiera entretenerlo una historia como aquella decía mucho de él.

—¿Y? —preguntó Eddie al anciano una vez Susannah se había metido en el establo—. ¿Qué vio?

—¿Eh? —El abuelo le dirigió una mirada de tal vacuidad que Eddie se desesperó.

—¿Que qué vio cuando le quitó la máscara?

Por un segundo, aquella mirada vacía —como si las luces estuvieran encendidas, pero no hubiera nadie en casa— persistió. Y luego (por pura fuerza de voluntad, creyó adivinar Eddie) el anciano regresó. Miró hacia la casa, que estaba detrás de Eddie, hacia las negras fauces del establo y la mecha de luz fosforescente del interior. Incluso barrió el patio con la vista.

«Está asustado —pensó Eddie—. Muerto de miedo.»

Eddie trató de convencerse de que se trataba de la paranoia de un anciano, pero, de todos modos, sintió un escalofrío.

—Venga pa aquí —murmuró el abuelo y Eddie lo hizo—. Al único al que se lo he contado fue a mi chico, Luke... El padre de Tian, sabusté? Fue años y años después. Me dijo que nunca volviera a hablar de eso con naide. Yo le dije: «Pero, Lukey, ¿y si fuera de ayuda? ¿Y si sirviera de ayuda pa la próxima vez que vuelvan?».

Los labios del abuelo apenas se movían, pero su acento cerrado casi había desaparecido por completo y Eddie lo comprendía a la perfección.

—Y él me dijo: «Padre, si de verdad cree que saberlo podía ayudar, ¿por qué no lo ha dicho antes de ahora?». Y no supe responderle, joven amigo, porque lo único que mantuvo mi boca cerrada fue la intuición. Además, ¿pa qué? ¿Qué cambia?

—No lo sé —respondió Eddie. Tenían las caras muy cerca la una de la otra. Eddie olía la ternera y el moje en el aliento del viejo Jamie—. ¿Cómo voy a saberlo yo si no me ha dicho lo que vio?

—«El Rey Rojo siempre encuentra a sus secuaces», me dijo mi chico. «Será mejor que nadie sepa nunca que usted estuvo allí, y aún mejor si nadie vuelve a oír jamás lo que usted vio, no sea que ellos se enteren, ea, ni siquiera en Tronido.» Y vi algo triste, joven amigo.

Aunque casi se estaba volviendo loco de impaciencia, Eddie creyó que sería mejor dejar que el anciano hilara la historia a su manera.

—¿Qué fue, abuelo?

—Vi que Luke no me había creído del todo. Pensó que su viejo solo estaba desvariando, que le estaba contando un cuento disparatado sobre lo de acabar con los lobos pa crecer ante sus ojos. Aunque ya ve usted que incluso un medio lelo se daría cuenta de que si iba a contar una patraña, me habría puesto yo como el que mató al lobo, y no a la mujer de Eamon Doolin.

Eddie pensó que aquello tenía sentido y luego recordó al abuelo dejando entrever que había sido él quien se había llevado los méritos de «cuentista profesional», como a veces decía Roland.

—Lukey tenía miedo de que alguien más oyera mi historia y la creyera. Que les llegara a los lobos y que pudiera acabar muerto por contar una patraña. Empero, no lo era. —El anciano lo miró con ojos legañosos y suplicantes en la envolvente oscuridad—. Usted me cree, ¿verdad?

Eddie asintió con la cabeza.

—Sé que dice verdad, abuelo. Pero ¿quién...? —Eddie se detuvo. «¿Quién iba a irse de la lengua?», así fue como la pregunta se presentó en su mente, pero el abuelo podría no comprenderle—. Pero ¿quién iba a decir nada? ¿De quién sospechaba?

El abuelo barrió el patio, que estaba cada vez más oscuro, con la vista; parecía a punto de hablar, pero no dijo nada.

—Dígame —insistió Eddie—. Dígame qué es lo que usted...

Una enorme manaza reseca recorrida por un temblor producido por la edad, aunque todavía sorprendentemente fuerte, lo agarró por el cuello y lo atrajo hacia él. Los pelos hirsutos del bigote rasparon la oreja de Eddie haciéndole estremecer y poniéndole la piel de gallina.

El abuelo le susurró diecinueve palabras al tiempo que la última luz del día se apagaba y la noche envolvía el Calla.

Los ojos de Eddie Dean se abrieron de par en par. Lo primero que pensó fue que entonces ya comprendía lo de los caballos, que todos fueran grises. Lo segundo fue: «Claro. Ahora todo tiene sentido. Deberíamos de haber caído en la cuenta».

La palabra decimonovena fue pronunciada, y el susurro del abuelo cesó. La mano aferrada al cuello de Eddie regresó al regazo del abuelo. Eddie volvió la cara hacia él.

—¿Dice verdad?

—Ea, pistolero —aseguró el anciano—. No puede ser más verdad. No se lo puedo asegurar de todos, pues munchas máscaras parecidas pueden ocultar muchos rostros diferentes, pero...

—No —dijo Eddie pensando en los caballos grises. Por no mencionar lo de los pantalones grises. Y las capas verdes. Todo tenía sentido. ¿Cómo era aquella vieja canción que su madre solía cantar? *«You're in the army now, you're not behind the plow. You'll never get rich, you son of a bitch, you're in the army now.»*

—Tengo que contarle esta historia a mi dinh —dijo Eddie.

El abuelo asintió lentamente.

—Ea —dijo—, como guste. No me las avengo con el chacho, ¿le consta? Lukey tentó de alumbrar un pozo ande Tian le sopuntó con la zahorilla, ¿sabusté?

Eddie asintió como si lo hubiera comprendido. Más tarde, Susannah se lo tradujo: «No me llevo bien con el chico, ¿sabusté? Lukey trató de cavar un pozo donde Tian apuntó con la horquilla de zahori, ¿comprende?».

—¿Una horquilla de zahori? —preguntó Susannah desde la oscuridad. Había regresado en silencio y le estaba mostrando un gesto con las manos, como si sujetara una carretilla.

El anciano la miró sorprendido y asintió.

—La zahorilla, ea. Yo dije que non, pero aluego de que los lobos vinieran y se llevaran a su hermana, a Tia, Lukey hacía lo que el chacho quería. ¿Le cabe en la cabeza? ¿Dejar que un chacho de non más de diecisiete años tentara un con o sin zahorilla? Pero Lukey cavó allí, y de allí brotó agua, eso se lo admito; todos vimos el resplandor y la olimos antes de que los arcenes de arcilla se vinieran pabajo y enterraran vivo a mi chico. Lo sacamos con palas, pero se había ido pal fondo; tenía las tragaderas y los pulmones llenos de arcilla y tierra.

Despacio, muy despacio, el anciano extrajo un pañuelo del bolsillo y se secó los ojos.

—Desde entonces, el chacho y yo no cruzamos ni una palabra amable; ese pozo sigue abierto entre nosotros. Empero, tié razón en lo de querer plantar cara a los lobos, y si le dicen algo de mi parte... ¡Cagüenla... díganle que su abuelo admira su maldito orgullo, que lo admira mucho, pero muy mucho! ¡Por sus venas corre la sangre de los Jaffords, ea! Ya les plantamos cara años ha y ahora la sangre se revela.

—Asintió, en aquella ocasión con mayor parsimonia—. ¡Hale, díganse a su dinh, ea! ¡Palabra por palabra! Y si les llega... Si los lobos fueren a salir de Tronido antes por un zurullo viejo y acabado como mi menda... —Mostró los pocos dientes que le quedaban en una sonrisa que Eddie encontró muy truculenta—. Entavía puedo armar una ba —aseguró—, y algo me dice que a su morenita se le daría bien lo del plato, con las piernas cortas o sin ellas. —La mirada del anciano se perdió en la oscuridad—. Que vengan —murmuró—. Al final las pagarán todas arrejuntás, cagüenla... Al final las pagarán todas arrejuntás.

VII
NOCTURNO: HAMBRE

UNO

Mia volvía a estar en el castillo, aunque esta vez era diferente. Esta vez no se movía con lentitud, no tonteaba con el hambre ni sabía que pronto la saciaría y la saciaría por completo, que tanto ella como su chaval quedarían satisfechos. Esta vez lo que sentía en su interior era una desesperación voraz, como si algún animal salvaje hubiera sido enjaulado en su vientre. Comprendió que lo que había sentido en las otras expediciones no había sido hambre en absoluto, no hambre de verdad, sino solo un saludable apetito. Esto era diferente.

«Su hora está llegando —pensó—. Necesita comer más, para hacerse fuerte. Y yo también.»

Aun así le asustaba, le aterrorizaba, que no fuera una simple cuestión de necesitar más comida. Necesitaba comer algo en concreto, algo muy especial. El chaval lo necesitaba para... bueno, para...

«Para acabar de cobrar vida.»

¡Sí!, ¡sí, eso era!, ¡cobrar vida! Y con toda seguridad lo encontraría en el salón de banquetes, porque absolutamente todo estaba en el salón de banquetes, donde había miles de platos, cada uno más suculento que el anterior. Iría rozando la mesa y cuando encontrase lo apropiado, la verdura, trozo de carne o hueva de pescado apropiados, sus tripas y entrañas lo reclamarían a gritos y comería... ¡oh, sí!, empezaría a babear...

Caminó apretando aún más el paso y acto seguido empezó a correr. No era muy consciente del frufú que producía el roce de sus piernas porque llevaba pantalones. Pantalones de mezclilla, como unos téjanos. Y en lugar de zapatillas de deporte lle-vaba botas. «Botines —le susurró su mente a su mente—. Botines, si a bien tienes.» Pero nada de aquello importaba. Lo que importaba era comer, atiborrarse (¡tenía tantísima hambre!) y encontrar lo apropiado para el chaval. Encontrar aquello que no solo lo fortaleciera sino que a ella le provocase el parto.

Bajó a toda prisa los anchos escalones hasta llegar al zumbido uniforme de los motores slotrans. A esas alturas, deliciosos aromas deberían de haberla abrumado: de carnes asadas, de aves hechas a la barbacoa, de pescado a las hierbas, pero no olió nada de comida.

«A lo mejor estoy resfriada —pensó mientras producía un ruido de tacones con los botines sobre los escalones—. Debe de ser eso, tendré un resfriado. Tengo sinusitis y no huelo nada.»

Pero sí que olía. Olía el polvo y la antigüedad de aquel lugar. Olía la filtración de la humedad y el penetrante olor del aceite para motor y el moho que devoraba implacablemente los tapices y cortinas colgados en las habitaciones en ruinas.

Olía esas cosas, pero no comida.

Corrió por el suelo de mármol negro hacia las puertas de doble hoja sin ser consciente de que volvían a seguirla; esta vez no era el pistolero, sino un muchacho con los ojos como platos, con el pelo alborotado, una camiseta de algodón y un par de pantalones cortos del mismo material. Mia cruzó el vestíbulo de baldosas rojas y negras y la escultura de mármol y acero entrecruzados. No se detuvo a hacer una reverencia, ni siquiera inclinó la cabeza. El hecho de que ella sintiera un hambre incontenible era tolerable, pero para el chaval, para el chaval nunca.

Lo que la detuvo (y solo durante unos segundos) fue su propio reflejo, lechoso y borroso, en el acerocromo de la escultura. Sobre sus téjanos había una sencilla camiseta blanca («Esto se llama camiseta», le susurró su mente) con algo escrito y un dibujo.

El dibujo era un cerdo.

«Da igual lo que lles en la camiseta, mujer. El chaval es lo que importa. ¡Tienes que alimentar al chaval!»

Irrumpió en el comedor y se detuvo jadeante. La habitación estaba llena de sombras en ese momento. Unas cuantas antorchas eléctricas seguían encendidas, pero la mayoría de ellas se habían apagado. Mientras miraba, la única que todavía seguía ardiendo parpadeó, emitió un zumbido y se apagó. Los platos blancos habían sido sustituidos por platos azules decorados con verdes ramitas de arroz. Las plantas de arroz formaban la Letra Mayor Zn, que, por lo que sabía, significaba «eternidad» y «ahora», y también «ven», como en «ven, commala». Pero los platos no importaban. Los estampados no importaban. Lo que importaba era que los platos y la hermosa cristalería estaban vacíos y cubiertos de polvo.

No, no todos estaban vacíos; en una copa vio una viuda negra muerta con las patas retorcidas y apoyadas contra la marca roja en forma de reloj de arena de su vientre.

Vio el cuello de una botella de vino que asomaba por el borde de una cubeta de plata y su estómago lanzó un alarido imperioso. La agarró rápidamente, apenas consciente del hecho de que no había agua en el cubo, ni qué decir tiene hielo; estaba completamente seca. Por lo menos, la botella pesaba y tenía suficiente líquido dentro para hacer ruido.

Sin embargo, antes de que Mia pudiera rodear con los labios la boca de la botella, el olor a vinagre la golpeó con tanta intensidad que se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Cagüenla...! —gritó, y tiró la botella—. ¡Me cago en la puta!

La botella se hizo añicos sobre el suelo de piedra. Unas cosas corrieron y chirriaron de sorpresa debajo de la mesa.

—¡Sí, corred, corred! —gritó—. ¡Iros por ahí, seáis lo que seáis! Aquí está Mia, hija de nadie, y no está de buen humor. ¡Me voy a alimentar! ¡Sí! ¡Sí! ¡Lo haré!

Lo dijo de forma enérgica, aunque al principio no vio nada comestible sobre la mesa. Había pan, pero el único pedazo que se molestó en coger se había puesto duro como una piedra. Había algo con aspecto de restos de pescado, pero se había podrido y estaba sobre un hervidero blanquiverdoso de gusanos.

Le rugió el estómago pues no se amilanó ante tal asquerosidad. Peor aún, algo que estaba debajo de su estómago se inquietaba, pataleaba y gritaba para que lo alimentasen. No lo hizo con su voz, sino apretando ciertos botones en el interior de Mia, en las partes más primitivas de su sistema nervioso. Se le secó la garganta, se le arrugó la boca como si se hubiera bebido el vino agrio; se le agudizó la vista porque los ojos se le abrieron como platos y le saltaban de las cuencas. Todos sus pensamientos, todos sus sentidos y todos sus instintos se volcaron en la misma idea simple: comida.

Pasado el extremo más distante de la mesa había un biombo donde se veía a Arthur Eld con la espada levantada en el aire, cabalgando por un pantano con tres de sus pistoleros-caballeros a la zaga. Enrollada a su cuello estaba Saita, la gran serpiente, a la que supuestamente acababa de dar muerte. ¡Otra cacería exitosa! ¡Que te aproveche! ¡Los hombres y sus cacerías! ¡Bah! ¿Qué le importaba a ella la cacería de una serpiente mágica? Llevaba un chaval en el vientre, y el chaval tenía hambre.

«Jalar —pensó con una voz que no era la suya—. El chaval quiere jalar.»

Detrás del biombo había una puerta de doble hoja. La abrió de golpe y pasó a través de ella, seguía sin darse cuenta de que el niño Jake estaba en el fondo del comedor en ropa interior, mirándola, asustado.

La cocina estaba más bien vacía, más bien polvorienta. Las superficies lucían los tatuajes de las huellas de los bichos. Había cacerolas, sartenes y trapos de cocina hechos un embrollo en el suelo. Más allá de esa basura había cuatro pilas, una de ellas estaba llena de agua estancada donde había crecido una capa de algas. Unos tubos fluorescentes iluminaban la habitación. Solo algunos brillaban a un ritmo constante. La mayoría de ellos parpadeaban, encendiéndose y apagándose, dándole a ese caos un aspecto surrealista y de pesadilla.

Se abrió paso por la cocina, apartando a patadas las cacerolas y sartenes que se interponían en su camino. Había cuatro hornos dispuestos en fila. La puerta del tercero estaba entreabierta. De allí provenía un tenue resplandor de calor, como el que se sentiría procedente de una chimenea seis u ocho horas después de que las últimas brasas se hubieran apagado, y un olor que volvió a hacer que su estómago rugiera. Era olor a carne recién asada.

Mia abrió la puerta del horno. En su interior, en efecto, había una especie de asado. Una rata del tamaño de un gato se lo estaba comiendo. Volvió la cabeza al oír el ruido de la puerta que se abría y la miró con sus ojos negros e intrépidos. Sus bigotes, empapados de grasa, se movieron. Luego volvió al asado. Mia oía los chasquidos sordos de sus fauces y el ruido de la carne desgarrada.

«Nanai, doña Rata, no lo han dejado para ti. Lo han dejado para mí y para mi chaval.»

—¡Tienes una oportunidad, amiguita! —canturreó mientras se volvía hacia las encimeras y

los armarios que había debajo—. Será mejor que te vayas mientras puedes. ¡El que avisa no es traidor! —Pero no lo hizo, la señora Rata también quería jalar.

Mia abrió un cajón y solo encontró tablas de cortar el pan y un rodillo. Consideró durante un instante usar el rodillo, pero no quería rociar la cena con más sangre de rata de la absolutamente necesaria. Abrió el armario que estaba debajo y encontró moldes de latón para magdalenas y para decorar postres. Se desplazó hacia la izquierda, abrió otro cajón y allí estaba lo que andaba buscando.

Pensó en los cuchillos, pero en su lugar cogió uno de los tenedores para la carne. El utensilio tenía dos púas de acero de quince centímetros de largo. Lo llevó hasta la fila de hornos, dudó un instante y revisó los otros tres. Estaban vacíos, como sabía que estarían. Algo —el destino, la providencia, el ka— había dejado carne fresca, pero solo para uno. Doña Rata creyó que era suya; doña Rata había cometido un error. Mia creía que no volvería a cometerlo. Al menos, no en este lado del claro.

Se inclinó y una vez más el olor a cerdo recién asado volvió a inundarle la nariz. Se le ensancharon los labios y por las comisuras de su sonrisa le caía la baba. Esta vez la señora Rata no se volvió a mirar. Doña Rata había decidido que Mia no suponía una amenaza. Eso estaba bien. Se inclinó más hacia delante, respiró y ensartó a la rata con el tenedor de carne. ¡*Kebab* de rata! La sacó del horno y la levantó hasta ponérsela a la altura de la cara. El roedor se retorció con furia, hacía girar las patas en el aire, movía la cabeza hacia atrás y hacia delante, la sangre corría por el mango del tenedor hasta ir a parar a la muñeca de Mia. La llevó, todavía retorciéndose, a la pila de agua estancada y la sacó del tenedor. Chapoteó en la oscuridad y se hundió. Durante un momento la punta de su agitada cola se quedó tiesa, pero luego también desapareció.

Siguió la línea de pilas, probando los grifos y del último sacó un débil hilillo de agua. Metió la ensangrentada mano debajo hasta que el hilillo se consumió. Luego volvió al horno, secándose las manos en el trasero de sus pantalones de montar. No vio a Jake, que en ese momento había traspasado las puertas de la cocina y la estaba mirando, aunque no hizo intento alguno de esconderse; estaba por completo obsesionada con el olor a carne. No era suficiente, y no era precisamente lo que su chaval necesitaba, aunque serviría de momento.

Metió la mano, cogió los bordes de la bandeja de asados y tiró de ella lanzando un grito ahogado, con los dedos temblorosos y una sonrisa de oreja a oreja. Era una sonrisa de dolor, aunque no estaba del todo exenta de humor. O bien la señora Rata era más resistente al calor que Mia, o bien tenía más ganas de jalar. Aunque era difícil de creer que cualquier persona o cosa tuviera más ganas de jalar que ella en ese preciso momento.

—¡Quiero jalar! —gritó ella, riendo, mientras seguía la fila de cajones, abriéndolos y cerrándolos con rapidez—. ¡Mia es una mujer que quiere jalar, sí señor! No ha ido ni a Morehouse, ni a Morenada, pero quiere jalar. ¡Y mi chaval también quiere jalar!

En el último cajón (¿acaso no ocurre así siempre?), encontró las manoplas que andaba buscando. Volvió corriendo al horno con ellas en las manos, se agachó y sacó el asado. Su risa se tornó de repente en un grito ahogado... y luego volvió a estallar, más alta y más intensa que nunca. ¡Menuda estúpida era! ¡Menuda tontorrón! Por un momento creyó que el asado, que estaba hecho en su punto con la piel crujiente y que solo había sido roído por la señora Rata por una parte, era el cuerpo de un niño. Y sí, supuso que un cerdo asado se parecía en cierta forma a un niño... a un bebé... al chaval de alguien... pero ahora que estaba fuera y que podía ver los ojos cerrados, las orejas carbonizadas y la manzana asada en la boca abierta, no había duda de lo que era.

Cuando lo colocó sobre la encimera, volvió a pensar en la imagen que había visto reflejada en el vestíbulo. Pero eso no importaba ahora. Sus tripas eran un rugido de hambruna. Sacó un cuchillo de carnicero del cajón de donde había sacado el tenedor para la carne y cortó por el sitio por donde estaba comiendo la señora Rata, como se corta por el agujero que ha hecho un gusano en una manzana. Tiró ese trozo hacia atrás, luego cogió todo el asado y hundió la cara en él.

Jake la miraba desde la puerta.

Cuando hubo saciado lo más acuciante de su hambre, Mia miró a su alrededor en la cocina con una expresión que estaba entre el cálculo y la desesperación. ¿Qué se suponía que tenía que hacer cuando se acabara el asado? ¿Qué se suponía que iba a comer cuando el hambre volviera? ¿Y dónde se suponía que iba a encontrar lo que de verdad quería su chaval, lo que de verdad necesitaba? Haría cualquier cosa por encontrarlo y hacerse con un buen montón de ello, de esa comida o bebida o vitamina especial o lo que fuera. El cerdo estaba cerca de serlo (lo bastante para que el chaval volviera a dormirse, gracias a todos los dioses y al Hombre Jesús), pero no lo suficiente.

Dejó por el momento a sai Cerdito en la bandeja del horno, se quitó la camiseta que llevaba y le dio la vuelta para poder ver la parte de delante. Era el dibujo de un cerdo, de color rojo porque estaba asado, aunque parecía no importarle; sonreía con gran regocijo. Sobre el dibujo, con letras rústicas para emular el letrero de una posada, decía: DIXIE PIG, ENTRE LEX Y LA CALLE SESENTA Y UNO, y debajo, LAS MEJORES COSTILLAS DE NUEVA YORK. REVISTA GOURMET.

«Dixie Pig —pensó—. Dixie Pig... ¿De qué me suena?»

No lo sabía, pero creía que sabría encontrar la calle Lex si tuviera que hacerlo.

—Eso está justo entre la Tercera y Park —dijo—. Eso es, ¿no?

El chico, que había salido a hurtadillas aunque había dejado la puerta entornada, lo escuchó y asintió con gesto entristecido. Ahí era donde estaba, sí.

«Bueno, bueno —pensó Mia—. Por ahora todo va bien, tan bien como puede ir, al fin y al cabo, y como dijo esa mujer del libro: Mañana será otro día. Ya te preocuparás de eso mañana, ¿verdad?»

Verdad. Volvió a coger el asado y empezó a comer. Los chasquidos que emitía no eran muy distintos de los que había oído hacer a la rata. En realidad no eran distintos en absoluto.

DOS

Tian y Zalia habían intentado cederles a Eddie y a Susannah su habitación. Convencerlos de que sus invitados no querían su habitación —que dormir en ella los hubiera hecho sentir muy incómodos— no había sido fácil. Fue Susannah la que al final supo qué hacer y les dijo a los Jaffords con una voz dubitativa y confidencial que les había ocurrido algo horrible en la ciudad de Lud, algo tan traumático que ninguno de los dos podía conciliar el sueño con facilidad en una casa. Un establo, donde se pudiera ver la puerta abierta al mundo en cualquier momento para echar un vistazo, era mucho mejor.

Fue una buena historia y bien contada. Tian y Zalia escucharon con credulidad compasiva, lo que hizo que Eddie se sintiera culpable. Les habían ocurrido un montón de adversidades en Lud, eso era cierto, pero nada que los traumatizase por tener que dormir en una casa. Al menos él creía que no; puesto que desde que habían dejado su mundo, los dos solo habían pasado una noche (la anterior) bajo un techo de verdad de una casa de verdad.

En ese momento estaba sentado con las piernas cruzadas sobre una de las mantas que Zalia le había dado para cubrir la paja, las otras dos las había dejado de lado. Estaba mirando hacia el patio, más allá del porche donde el abuelo le había contado su historia, y en dirección al río. La luna iba y venía entre las nubes, primero iluminaba la escena con un tono plateado y luego la dejaba a oscuras. Eddie apenas veía lo que estaba mirando. Tenía el oído puesto en el suelo del establo que estaba debajo, donde se encontraban los pura sangre y el ganado. Ella estaba allí abajo en alguna parte, estaba seguro, pero ¡Dios!, ¡estaba tan callada!

«Y, por cierto, ¿quién es ella? Roland dice que es Mia, pero eso no es más que un nombre. ¿Quién es en realidad?»

Sin embargo, no era solo un nombre.

«Significa "madre" en Alta Lengua», había dicho el pistolero.

Significa madre.

«Sí. Pero ella no es la madre de mi niño. El chaval no es hijo mío.»

Se oyó un ruido sordo en el piso de abajo seguido por el crujido de un tablón, Eddie olfateó el aire. Ella estaba ahí abajo, sí. Había empezado a dudar, pero era ella.

Se había despertado después de tal vez seis horas de profundo y tranquilo sueño y vio que ella se había ido. Fue hacia la puerta del establo que daba al saledizo, que habían dejado abierta, y miró hacia fuera. Allí estaba ella. Incluso a la luz de la luna, él sabía que la que estaba allí en la silla de ruedas no era realmente Susannah, no era su Suze, ni tampoco era Odetta Holmes ni Detta Walker. Aunque no le resultaba del todo desconocida. Ella...

«La viste en Nueva York, solo que entonces tenía piernas y sabía cómo utilizarlas y no se quería acercar demasiado a la rosa. Tenía sus motivos, y eran buenos motivos, pero ¿sabes cuál creo que era el verdadero motivo? Creo que le daba miedo que la rosa dañara lo que fuera que llevaba en el vientre.»

Aun así, sentía pena por la mujer que estaba abajo. No importaba quién fuera o lo que llevase en su interior, se había metido en esa situación por salvar a Jake Chambers. Se resistió al demonio del círculo, atrapándolo en su interior el tiempo suficiente para que Eddie terminase la talla de la llave que había creado.

«Si la hubieras acabado antes, si no hubieras sido un puto cagado, puede que incluso ella no estuviera metida en este lío, ¿se te ha ocurrido alguna vez?»

Eddie apartó ese pensamiento. Tenía algo de verdad, claro —había perdido la confianza en sí mismo mientras tallaba la llave, que había sido la razón por la cual no había estado terminada cuando llegó la hora de la invocación de Jake—, pero ya estaba bien de pensar así. No servía para nada excepto para abrir una excelente variedad de heridas autoinfligidas.

Fuera quien fuese ella, su corazón estaba con la mujer que había visto abajo. En el silencio adormecido de la noche, a través de la alternancia de luz de luna y oscuridad, ella empujó la silla de ruedas de Susannah primero por el patio... luego hacia atrás... y hacia delante otra vez... hacia la izquierda... y luego hacia la derecha. A él le recordaba un poco a los antiguos robots del claro donde habitaba Shardik, a los que Roland le había dicho que disparase. ¿Acaso eso era tan sorprendente? Empezó a quedarse dormido pensando en esos robots y en lo que Roland había dicho de ellos: «En mi opinión, a su manera, son criaturas de una gran tristeza. Eddie los va a librar de su miseria». Y así lo había hecho, después de cierta persuasión: había uno que parecía una serpiente multiarticulada, otro que parecía un tractor de juguete de la marca Tonka, como el que le habían regalado para un cumpleaños, y otro era una rata malhumorada de acero inoxidable. Les había disparado a todos excepto al último, una especie de objeto volador mecánico. Roland se había encargado de ese.

Como los robots antiguos, la mujer que estaba en el patio quería ir a algún lugar, pero no sabía adonde. Quería conseguir algo, pero no sabía qué. La cuestión era ¿qué se suponía que debía de hacer él?

«Tú mira y espera. Usa el tiempo para inventar otra patraña de mierda por si uno de ellos se despierta y la ve en la puerta del patio, yendo de aquí para allá con la silla de ruedas. ¿Qué tal un poco más de estrés postraumático provocado en Lud?»

—Oye, a mí me ha funcionado —murmuró, pero justo entonces, Susannah se había vuelto y había retrocedido con la silla hacia el establo, y en ese momento se movía con algún propósito determinado. Eddie se había tumbado, preparado para fingir que estaba dormido, pero en lugar de oírla subir las escaleras, escuchó un ligero tintineo, un gruñido de esfuerzo, luego un crujido de tablones que se dirigía hacia la parte trasera del establo. Se la imaginó levantándose de la silla y retrocediendo hacia allá con ese gateo suyo tan peculiarmente rápido... ¿para qué?

Cinco minutos de silencio. Estaba empezando a ponerse nervioso cuando se oyó un único chillido, breve y agudo. Fue tan parecido al grito de un bebé que se le encogieron las pelotas y se le puso la carne de gallina. Miró hacia la escalerilla que bajaba hasta la primera planta del establo y se obligó a esperar un poco más.

«Ha sido un cerdo. Una de las crías. Un cochinito, eso es todo.»

Quizá, pero lo que seguía imaginándose era a los mellizos más jóvenes. Sobre todo a la niña. Lia rima con Mia. Eran solo unos bebés, y era una locura pensar que Susannah los degollaba, era totalmente descabellado, pero...

«Pero la que está ahí abajo no es Susannah, y si empiezas a pensar que sí es ella, te vas a

hacer daño, como has estado a punto de hacértelo antes.»

Daño, ¡y una mierda! Habían estado a punto de matarlo. Las langostruosidades habían estado a punto de arrancarle la cara a mordiscos.

«Fue Detta la que me tiró a esas repulsivas criaturas. Esta no es ella.»

Sí, y tenía la impresión —que era solo un presentimiento, en realidad— de que esta podría ser la rehostia, mucho más simpática que Detta, pero sería un idiota si apostara su vida en ello.

¿O las vidas de los niños? ¿Los hijos de Tian y Zalia?

Se quedó allí sentado, sudando, sin saber qué hacer.

Ahora bien, después de lo que pareció una espera interminable, se oyeron nuevos chillidos y crujidos. El último se oyó justo debajo de la escalerilla que llevaba a la buhardilla. Eddie volvió a tumbarse y cerró los ojos, aunque no del todo. Mirando a través de las pestañas, vio aparecer la cabeza de ella por encima del suelo de la buhardilla. En ese momento, la luna salió navegando de detrás de una nube e inundó la buhardilla de luz. Vio sangre en la comisura de sus labios, oscura como el chocolate, y recordó que tendría que limpiársela por la mañana. No quería que ninguno del clan de los Jaffords lo viera.

«Lo que quiero ver es a los mellizos —pensó Eddie—. A las dos parejas, a los cuatro, sanos y salvos. Sobre todo a Lia. ¿Qué más quiero? Que Tian salga del granero con cara de pocos amigos. Que nos pregunte si hemos oído algo por la noche, tal vez un zorro o incluso esos gatos monteses de los que hablan. Porque, veréis, uno de esos cochinitos ha desaparecido. Espero que escondas lo que haya quedado de él, Mia o quienquiera que seas. Espero que lo escondas bien.»

Ella se acercó a él, se tumbó, se dio una vuelta y se durmió; él lo supo por el ruido de su respiración. Eddie volvió la cabeza y miró hacia la casa de los durmientes Jaffords.

«No se ha acercado a la casa.»

No, no a menos que hubiera cruzado todo el establo con la silla de ruedas hasta el fondo, eso era. Hubiera girado por allí... se hubiera colado por una ventana... hubiera cogido a uno de los gemelos pequeños... se hubiera llevado a la niña... se la habría llevado al fondo del establo... y...

«No ha hecho eso. Para empezar, no ha tenido tiempo de hacerlo.»

Puede que no, pero de todos modos, él se sentiría mucho mejor por la mañana. Cuando viera a los niños en el desayuno. Incluido a Aaron, el niño pequeño de las piernas rollizas y esa barriguita prominente. Pensó en lo que decía su madre a veces cuando veía a una madre empujando un carrito con un niño así por la calle: «¡Qué monada! ¡Está para comérselo!».

«Déjalo ya. ¡Duérmelo!»

Pero pasó mucho tiempo antes de que Eddie volviera a dormirse.

TRES

Jake se despertó de su pesadilla con un grito ahogado, sin estar seguro de dónde se encontraba. Se incorporó, tembloroso, rodeándose el cuerpo con los brazos. No llevaba nada más que una camiseta lisa de algodón —demasiado grande para él— y unos ligerísimos pantalones cortos de algodón, una especie de pantalones cortos de deporte, que también le iban demasiado grandes. ¿Qué...?

Había sido un gruñido, seguido por un pedo amortiguado y Jake buscó el origen de esos ruidos, vio a Benny Slightman enterrado hasta los ojos bajo dos mantas, y todo encajó. Llevaba una de las camisetas interiores de Benny y uno de sus calzoncillos. Estaban en la tienda de Benny. Estaban en el acantilado que daba al río. Las orillas del río eran pedregosas, según había dicho Benny, no eran buenas para plantar arroz, pero sí excelentes para la pesca. Les bastaba con un poco de suerte para pescarse el desayuno en el Devar Tete Whye. Y aunque Benny sabía que Jake y Acho tendrían que volver a la casa de Viejo Amigo para estar con su dinh y con sus compañeros de ka durante un día o dos, tal vez más, a lo mejor Jake podía regresar más adelante. Allí había buena pesca, se podía nadar bien algo más allá, río arriba, y había cuevas cuyas paredes y lagartos refulgían en la oscuridad. Jake se había ido a dormir muy satisfecho pensando en esas maravillas. No es que le encantase estar allí sin pistola (había visto y hecho demasiadas cosas para sentirse totalmente cómodo sin una pistola en esos días), aunque estaba bastante seguro de que Andy los vigilaba y se había permitido dormir profundamente.

Entonces llegó el sueño. El horrible sueño. Susannah en la enorme y sucia cocina de un castillo abandonado. Susannah levantando una rata que se retorció ensartada en un tenedor de carne. Levantándola y riendo mientras la sangre corría por el mango de madera del tenedor y le llegaba a la mano.

«Eso no ha sido un sueño y tú lo sabes. Tienes que contárselo a Roland.»

El pensamiento que tuvo a continuación fue en cierta forma más perturbador: «Roland ya lo sabe. Y también Eddie».

Jake se sentó con las rodillas recogidas contra el pecho y abrazándose las piernas a la altura de las espinillas, se sentía más triste que nunca desde que le había echado una buena ojeada a su Redacción Final en la clase de composición inglesa de la señorita Avery. «Mi comprensión de la verdad», se había titulado y aunque la entendía mucho mejor ahora —entendía cuánto de ello había sido inspirado por lo que Roland llamaba «el toque»— su primera reacción había sido de puro horror. Lo que sentía en ese momento no era tanto miedo en sí... sino...

«Tristeza», pensó.

Sí. Se suponía que eran ka-tet, «de muchos, uno», pero ahora habían perdido su unidad. Susannah se había convertido en otra persona y Roland no quería que ella lo supiese, no con los lobos de camino tanto allí como en el otro mundo.

Lobos del Calla, lobos de Nueva York.

Quería estar enfadado, pero por lo visto no había nadie con quien enfadarse. Al fin y al cabo, Susannah se había quedado embarazada al ayudarlo, y si Roland y Eddie no contaban lo que sabían era porque querían protegerla.

«Vale, está bien —dijo una voz resentida—. Y además quieren asegurarse de que ella puede ayudarlos cuando los lobos lleguen a toda velocidad desde Tronido. Habría un arma menos si ella estuviera ocupada abortando o con un ataque de nervios o algo por el estilo.»

Él sabía que aquello no era justo, pero el sueño lo había dejado hecho polvo. La rata era lo que no podía dejar de recordar; esa rata agitándose en el tenedor para la carne. Ella levantándola. Y sonriendo de oreja a oreja. No quería olvidarlo. Sonriendo de oreja a oreja. Había percibido el pensamiento que ella tenía en mente en ese momento y había sido «*kebab* de rata».

—Jesús —susurró.

Suponía que entendía por qué Roland no le hablaba a Susannah sobre Mia —y sobre el bebé, al que Mia llamaba «chaval»—, pero ¿no entendía el pistolero que algo mucho más importante se había perdido, y que se perdía cada vez más a medida que permitían que eso siguiera así?

«Lo entienden mejor que tú, ya son mayorcitos.»

Jake pensó que aquello era una mierda. Si ser mayor en realidad significaba entender mejor, ¿por qué su padre seguía fumando tres paquetes de cigarrillos sin filtro al día y esnifando cocaína hasta que le sangraba la nariz? ¿Si ser mayor significaba tener una especie de conocimiento especial de lo que hay que hacer, cómo podía ser que su madre se acostase con su masajista, que tenía unos bíceps enormes y nada de cerebro? ¿Por qué ninguno de los dos se había dado cuenta, a medida que la primavera de 1977 se convertía en verano, que su hijo (que tenía un apodo —Bama— que solo conocía la casera) estaba yéndose de la puta olla?

«Esto no es lo mismo.»

Pero ¿y si lo era? ¿Y si Roland y Eddie estaban tan cerca del problema que no podían ver la verdad?

«¿Cuál es la verdad? ¿Cuál es tu comprensión de la verdad?»

Que ya no había ka-tet, esa era su comprensión de la verdad.

¿Qué era eso que Roland le había dicho a Callahan, en la primera garla? «Somos un círculo y por eso rodamos.» Eso había sido cierto entonces, pero Jake no creía que fuera cierto ahora. Recordó un viejo chiste que la gente contaba cuando se les pinchaba una rueda: «Bueno, al menos solo se ha pinchado por la base». Así estaban ellos en ese momento: pinchados por la base. Ya no eran verdadero ka-tet; ¿cómo iban a serlo si había secretos entre ellos? Y ¿eran Mia y el niño que crecía en el vientre de Susannah el único secreto? Jake creía que no. Había otra cosa. Algo que Roland le ocultaba no solo a Susannah, sino a todos ellos.

«Podemos vencer a los lobos si estamos juntos —pensó—. Si somos ka-tet. Pero no como estamos ahora. No aquí, ni tampoco en Nueva York. No lo creo.»

Otro pensamiento llegó a continuación de aquel, uno tan terrible que al principio intentó dejarlo de lado. Aunque se dio cuenta de que no podía hacerlo. Pese a lo poco que le gustaba, se trataba de una idea que debía plantearse.

«Puedo encargarme de arreglarlo por mi cuenta. Puedo decírselo yo.»

¿Entonces qué? ¿Qué le diría a Roland? ¿Cómo se lo explicaría?

«No podría. No habría una explicación que yo pudiera dar o que él escuchase. Lo único que podría hacer...»

Recordó la historia de Roland sobre el día que resistió frente a Cort. El viejo y maltrecho pequeño señor con su garrote, el niño todavía no sometido a prueba con su halcón. Si él, Jake, tenía que contravenir la decisión de Roland y decirle a Susannah lo que hacía tanto tiempo que se le ocultaba, se sometería directamente a su prueba de hombría.

«No estoy listo. A lo mejor Roland sí lo estaba —apenas—, pero yo no soy él. Nadie lo es. Me vencería y me enviarían solo a Tronido. Acho intentaría venir conmigo, pero yo no podría permitirselo. Porque allí hay muerte. Tal vez para los cuatro del ka-tet, tal vez para un niño solo como yo.»

Y aun así, los secretos que guardaba Roland... eso estaba mal. Y ¿entonces? Volverían a estar juntos, todos ellos, a oír el resto de la historia de Callahan —a lo mejor— a enfrentarse a la cosa que estaba en la iglesia de Callahan. ¿Qué haría él entonces?

«Habla con él. Intenta convencerlo de que está haciendo algo perjudicial.»

Está bien. Podría hacerlo. Sería difícil, pero podría hacerlo. ¿Tendría que hablar también con Eddie? Jake creía que no. Implicar a Eddie complicaría aún más las cosas. Dejaría que Roland decidiera si decírselo a Eddie. Al fin y al cabo, Roland era el dinh.

La portezuela de la tienda contra el viento tembló y Jake llevó la mano al costado, donde habría estado colgada la Ruger si hubiera llevado el agarradero. Allí no lo llevaba, claro, pero esta vez no pasaba nada. Era solo Acho, que asomaba el hocico por debajo de la portezuela, subiéndola para meter la cabeza en el interior de la tienda.

Jake se estiró para tocar la cabeza del bilibrambo. Acho le cogió la mano con suavidad entre los dientes y tiró. Jake lo siguió con mucho gusto; se sentía como si el sueño estuviera a miles de kilómetros.

En el exterior de la tienda, el mundo era un estudio de intensos blancos y negros. Una ladera tachonada de rocas descendía hasta el río, cuyo cauce era ancho y poco profundo en ese punto. La luna se encendía en él como una lámpara. Jake vio dos figuras allí abajo en la orilla pedregosa y se quedó helado. Cuando lo hizo, la luna se ocultó tras una nube y el mundo oscureció. Acho volvió a atraparle la mano entre sus fauces y tiró de él para que siguiera avanzando. Jake lo acompañó, llegó a un salto de un metro de alto y se dejó caer. Acho quedó en ese momento por encima de él y justo detrás, jadeando en su oreja como un motorcillo.

La luna salió de detrás de su nube. El mundo volvió a iluminarse. Jake vio que Acho lo había llevado hasta un enorme fragmento de granito que sobresalía de la tierra como la proa de un barco hundido. Era un buen escondite. Echó un vistazo a su alrededor y hacia abajo, donde estaba el río.

No había duda de quién era uno de ellos; su estatura y la luz de la luna brillando sobre el metal eran suficientes para identificar a Andy el Robot Mensajero (Muchas Otras Funciones). Sin embargo, el otro... ¿quién era el otro? Jake entrecerró los ojos, pero no lo reconoció de buenas a primeras. Como mínimo había casi dos metros desde su escondite hasta la margen de allí abajo, y aunque la luna era brillante, también resultaba engañosa. El hombre levantó la cabeza para poder mirar a Andy y la luz de la luna le dio de lleno en la cara, aunque las siluetas parecían nadar. Sin embargo, el sombrero que llevaba el tío... Conocía ese sombrero...

«Podrías estar equivocado.»

En ese momento, el hombre volvió la cabeza ligeramente, la luz de la luna sobre su rostro proyectó dos destellos idénticos, entonces Jake no tuvo ninguna duda. Podían ser vaqueros

perdidos en el Calla que llevaban sombreros de copa redonda como el de quien estaba allá abajo, aunque, hasta la fecha, Jake solo había visto a un tío que llevase gafas.

«Vale, es el viejo de Benny. ¿Y qué? No todos los padres son como el mío, algunos se preocupan por sus hijos, sobre todo si ya han perdido a uno como el señor Slightman perdió a la hermana gemela de Benny. Por los pulmones calientes, según dijo Benny, que seguramente significa neumonía. Hace seis años. Así que hemos venido aquí de acampada, y el señor Slightman ha enviado a Andy para que nos eche un ojo, pero se ha despertado en plena noche y ha decidido vigilarnos personalmente. A lo mejor él también ha tenido una pesadilla.»

A lo mejor esa era la causa, pero eso no explicaba que Andy y el señor Slightman estuvieran garlando allí abajo, en el río, ¿no?

«Bueno, a lo mejor le daba miedo despertarnos. A lo mejor subirá a comprobar la tienda ahora —en ese caso, será mejor que vuelva dentro— o a lo mejor se ha fiado de lo que le ha dicho Andy, que estamos bien, y va de regreso al Rocking B.»

La luna se metió detrás de otra nube, y Jake tuvo la mejor de las ideas al quedarse donde estaba hasta que volvió a salir. Cuando esto ocurrió, miró lleno de esa misma clase de desesperación que había sentido en su sueño, mientras perseguía a Mia por el castillo deshabitado. Durante un instante se aferró a la posibilidad de que eso también fuera un sueño, de que simplemente había pasado de uno a otro, pero el tacto de las piedrecitas contra sus pies y el ruido del jadeo de Acho en su oído no parecían en absoluto oníricos. Aquello estaba ocurriendo de verdad.

El señor Slightman no estaba subiendo hacia el lugar en que los chicos habían clavado su tienda y no iba de regreso hacia el Rocking B (aunque Andy sí iba de vuelta, con largas zancadas por la orilla). No, el padre de Benny estaba cruzando el río. Se dirigía directamente hacia el este.

«Podría tener una razón para ir hacia allá. Podría tener una razón perfectamente válida.»

¿En serio? ¿Cuál podría ser esa razón perfectamente válida? El Calla ya no estaba allí, Jake lo sabía. Allí no había más que tierras baldías y desierto, una barrera entre las tierras fronterizas y el reino de la muerte que era Tronido.

Primero, algo relativo a Susannah, su amiga Susannah, no encajaba. Ahora, al parecer, algo relativo al padre de su nuevo amigo tampoco encajaba. Jake se dio cuenta de que había empezado a morderse las uñas, una costumbre que había adquirido durante las últimas semanas en la Piper School, y se obligó a parar.

—¿Sabes?, esto no es justo —le dijo a Acho—. No es en absoluto justo.

Acho le lamió la oreja. Jake se volvió, rodeó al bilibrambo con los brazos y apoyó la cara sobre el suntuoso pelaje de su amigo. El bilibrambo se quedó quieto con paciencia, aguantándolo. Después de un rato, Jake volvió a subir al sitio donde el suelo estaba más nivelado, donde se encontraba Acho. Se sintió algo mejor, algo reconfortado.

La luna se metió detrás de otra nube y el mundo se oscureció. Jake se quedó de pie donde estaba. Acho gimoteó con suavidad.

—Un momento —murmuró Jake.

La luna volvió a salir. Jake miró fijamente al lugar donde Andy y Ben Slightman habían estado garlando, para fijarlo en la memoria. Había una enorme roca redonda con una superficie brillante. Había un tronco seco apoyado contra ella que había sido arrastrado por la corriente. Jake estaba bastante seguro de poder volver a encontrar ese lugar aunque la tienda de Benny no estuviera.

«¿Vas a contárselo a Roland?»

—No sé lo que voy a hacer, no —musitó.

—No —dijo Acho desde detrás del tobillo de Jake, lo cual le hizo dar un brinco.

«No» ¿qué? ¿Que no lo sabía o que no lo iba a hacer? ¿Qué había dicho en realidad el bilibrambo?

«¿Estás loco?»

No lo estaba. Hubo un tiempo en el que creyó que estaba loco, o que se estaba volviendo loco a marchas forzadas; pero había dejado de creerlo. Y algunas veces Acho sí le adivinaba el

pensamiento, Jake lo sabía.

Jake volvió a meterse en la tienda. Benny seguía profundamente dormido. Jake miró al otro chico —mayor por edad, pero mucho más joven en diversos e importantes aspectos— durante un minuto largo, mordiéndose el labio inferior. No quería meter al padre de Benny en líos. No a menos que tuviera que hacerlo.

Jake se tumbó y se cubrió con las mantas hasta la barbilla, jamás en la vida se había sentido tan indeciso sobre tantas cosas, y tenía ganas de llorar. El día había empezado a arrojar su luz antes de que pudiera volver a dormirse.

VIII
EL ALMACÉN DE TOOK; LA PUERTA IGNOTA

UNO

Durante la primera media hora desde su partida del Rocking B, Roland y Jake cabalgaron en silencio hacia el este en dirección a los minifundios, sus caballos iban tranquilamente uno junto a otro en perfecta camaradería. Roland sabía que Jake estaba pensando en algo serio; la seriedad de su rostro lo dejaba claro. Aun así, el pistolero se sorprendió cuando Jake cerró la mano en un puño, lo posó sobre el lado izquierdo de su pecho y dijo:

—Roland, antes de que Eddie y Susannah se unan a nosotros, ¿podré hablar contigo dan-dinh?

«¿Puedo abrir mi corazón a tu mando?», quiso decir. Aunque lo que podía leerse entre líneas era mucho más complicado que eso, y ancestral, anterior a Arthur Eld, o eso había asegurado Vannay. Significaba exponer un problema emocional irresoluble, que por lo general tenía que ver con un asunto amoroso, al dinh de uno. Cuando se hacía esto, la persona en cuestión accedía a hacer al pie de la letra lo que el dinh sugería, de forma inmediata y sin preguntar. Sin embargo, no había duda de que Jake Chambers no tenía problemas amorosos —no a menos que se hubiera enamorado de la hermosa Francine Tavery y punto—, además, para empezar, ¿cómo conocía esa expresión?

Mientras tanto, Jake lo miraba con los ojos como platos y el rostro pálido por la solemnidad, lo que a Roland no le gustaba demasiado.

—Dan-dinh... ¿dónde has oído eso, Jake?

—Nunca lo había oído. Lo he cogido de tu mente, creo—Jake añadió a regañadientes—: No es que haya entrado a fisgonear ni nada por el estilo, es que a veces me llegan algunas cosas. La mayoría de ellas no son muy importantes, no lo creo, pero a veces son expresiones.

—Las coges como un cuervo o un herrumbrero coge las cosas brillantes a las que les echa el ojo desde el aire.

—Supongo que sí, sí.

—¿Qué más? Cuéntame algunas.

Jake parecía avergonzado.

—No recuerdo muchas. Dan-dinh, eso significa que te abro mi corazón y que accederé a hacer lo que tú digas.

Era más complicado que eso, pero el chico había captado lo esencial. Roland asintió con la cabeza. Era agradable sentir el sol en la cara mientras cabalgaban. La demostración de Margaret Eisenhart con el plato lo había tranquilizado, había tenido un agradable encuentro con el padre de la señora sai más adelante y había dormido bastante bien por primera vez hacía muchas noches. «Sí.»

—Veamos. Está «cuenta, cuenta», que creo que significa chismorrear sobre alguien de quien no se debería chismorrear. Se me quedó grabada en la cabeza, porque así es como empiezan los chismorreos: «cuenta, cuenta». —Jake se puso una mano en forma de trompetilla en la oreja.

Roland sonrió. En realidad era «kentakent», pero, claro, Jake lo había captado de forma fonética. Era realmente increíble. Se recordó a sí mismo que debía guardarse los pensamientos profundos con cuidado en un futuro. Gracias a los dioses, había formas de hacerlo.

—Luego está exotrans-dinh, que es una especie de líder religioso. Estabas pensando en ello esta mañana, creo, por... ¿es por el anciano manni? ¿Es un exotrans-dinh?

Roland asintió con la cabeza.

—Algo bastante parecido. Y ¿cómo se llama, Jake? —el pistolero se concentró en ello—. ¿Puedes leer su nombre en mi mente?

—Claro, Henschick —Jake dijo de inmediato y casi con brusquedad—. Hablaste con él... ¿cuándo? ¿A última hora de anoche? —Sí.

En eso no se había concentrado y se habría sentido mejor si Jake no se hubiera enterado. Pero al chico se le daba bien lo del toque y Roland lo creyó cuando le dijo que no había estado fisgoneando. Al menos, no de forma intencionada.

—La señora Eisenhart cree que lo odia, pero tú crees que ella solo le tiene miedo.

—Sí —afirmó Roland—. Se te da bien lo del toque. Mucho más de lo que se le dio jamás a

Alain. Además, se te da mucho mejor que antes. Es por la rosa, ¿verdad?

Jake asintió. Era por la rosa, sí. Cabalgaron en silencio durante un rato más, los cascos de sus caballos levantaban una fina capa de polvo. Pese al sol que brillaba, el día era frío; la promesa de un otoño en toda regla.

—Está bien, Jake. Háblame dan-dinh si quieres, y yo diré gracias por tu confianza en esa sabiduría que poseo.

Sin embargo, durante un espacio de casi dos minutos, Jake no dijo nada. Roland curioseó en él para intentar meterse en su mente como el chico había conseguido meterse en la suya (y con gran facilidad), pero no había nada. Nada de na...

Aunque, sí que había algo. Había una rata... que se retorció, ensartada en algo...

—¿Dónde está el castillo al que va? —preguntó Jake—. ¿Lo sabes?

Roland fue incapaz de ocultar su sorpresa. En realidad, era estupefacción. Y supuso que también había un cierto elemento de culpa. De pronto lo entendió... bueno, no todo, pero sí bastante.

—No hay castillo y nunca lo ha habido —le dijo a Jake—. Es un lugar al que va en su mente, seguramente inventado a partir de las historias que ha leído y también de las que yo cuento junto a la hoguera. Va hasta allí para no ver lo que está comiendo en realidad. Lo que su bebé necesita.

—La vi engullir un cerdo asado —dijo Jake—. Solo que antes de que ella llegase, una rata se lo estaba comiendo. La ensartó con un tenedor para la carne.

—¿Dónde viste eso?

—En el castillo. —Hizo una pausa—. En su sueño. Yo estaba en su sueño.

—¿Ella te vio allí?

Los ojos azules del pistolero eran muy nítidos, casi centelleantes. No cupo duda de que su caballo había notado algún cambio, porque se detuvo. También se detuvo la montura de Jake. Allí estaban, en el Camino del Este, a menos de un kilómetro y medio del lugar donde Molly Doolin, la Roja, había matado una vez a un lobo de Tronido. Allí estaban, cara a cara.

—No —dijo Jake—. Ella no me vio.

Roland estaba pensando en la noche en que la había seguido hasta el pantano. Había sabido que, en su mente, ella estaba en otro lugar, lo había sentido así, pero no sabía muy bien dónde. Cualquier visión que captaba de su mente era nublada. Ahora ya lo sabía. También sabía algo más: Jake se sentía mal con la decisión de su dinh de dejar que Susannah siguiera así. Y tal vez tenía motivos para sentirse mal. Pero...

—La que viste no era Susannah, Jake.

—Ya lo sé. Es la que todavía tiene piernas. Se hace llamar Mia. Está embarazada y está muerta de miedo.

Roland dijo:

—Si me hablas dan-dinh, cuéntame todo lo que viste en tu sueño y todo lo que te preocupó sobre él al despertar. Y yo te entregaré la sabiduría de mi corazón, tanta sabiduría como poseo.

—¿No irás a...? Roland, ¿no irás a echarme una bronca?

Esta vez Roland fue incapaz de ocultar su estupefacción.

—No, Jake, nada más lejos. A lo mejor soy yo quien debería pedirte que no me echases una bronca.

El niño sonrió con languidez. Los caballos volvieron a cabalgar, esta vez un poco más deprisa, como si supieran que había estado a punto de surgir un problema y quisieran alejarse de ese lugar.

DOS

Jake no estaba del todo seguro de cuánto de lo que tenía en su mente iba a salir hasta que empezase a hablar. Se había despertado indeciso otra vez con respecto a lo que contarle a Roland sobre Andy y Slightman el Viejo. Al final retomó la palabra justo donde Roland la había dejado —«Cuéntame todo lo que viste en tu sueño y todo lo que te preocupó sobre él al despertar»—, y dejó totalmente de lado el encuentro en el río. En realidad, esa mañana, le parecía mucho menos importante.

Le habló a Roland sobre la forma en que Mia había bajado corriendo las escaleras, y sobre el miedo que ella había sentido cuando había visto que no quedaba comida en el comedor ni en el salón de banquetes o fuera lo que fuese aquello. Luego lo de la cocina. El hallazgo del asado con la rata aferrada a él. La lucha encarnizada. El atracón tras la victoria. Luego estaba él, que se había despertado temblando e intentando no gritar.

Dudó y miró a Roland. Roland hizo su gesto de impaciencia con los dedos, ese gesto que expresaba: «Sigue, venga, termina».

«Bueno —pensó—. Ha prometido no regañarme y está manteniendo su palabra.»

Eso era cierto, pero Jake seguía siendo incapaz de contarle a Roland que en realidad había pensado en descubrirle el pastel a Susannah en persona. Sin embargo, expresó su mayor miedo; ese relacionado con el hecho de que ellos tres supieran algo y otro componente del grupo no, por eso su ka-tet se había fragmentado justo cuando necesitaba ser más sólido. Incluso le contó a Roland el viejo chiste, el de un tipo con un pinchazo en la rueda que dice: «Al menos solo se ha pinchado por la base». No esperaba que Roland se riera, y sus expectativas se cumplieron de forma admirable a este respecto. No obstante, tuvo la sensación de que Roland se sentía hasta cierto punto avergonzado, y eso le pareció aterrador. Creía que la vergüenza era, en gran medida, algo reservado a las personas que no sabían lo que hacían.

—Y hasta anoche fue incluso peor que el hecho de que tres estuvieran dentro y uno fuera —dijo Jake—. Porque también intentabas dejarme fuera a mí, ¿verdad?

—No —respondió Roland.

—¿No?

—Simplemente dejo que las cosas se queden como estaban. Se lo conté a Eddie porque tenía miedo de que, en cuanto compartieran habitación, él descubriera sus paseos e intentara despertarla. Tenía miedo de lo que pudiera ocurrirles a ambos si lo hacía.

—¿Y por qué no se lo cuentas a ella y ya está?

Roland suspiró.

—Atiéndeme, Jake. Cort se encargaba de nuestro entrenamiento físico cuando éramos niños. Vannay se encargaba de nuestro entrenamiento mental. Ambos intentaron enseñarnos lo que sabían sobre ética. Pero en Gilead, nuestros padres eran los responsables de enseñarnos sobre el ka. Y como el padre de cada niño era distinto, cada uno de nosotros emergió de la infancia con una idea ligeramente distinta de lo que es y de lo que no es ka. ¿Lo entiendes?

«Entiendo que estás evitando responder una pregunta muy sencilla», pensó Jake, pero asintió con la cabeza.

—Mi padre me habló bastante sobre el tema y casi todo ha abandonado mi mente, pero hay algo que sigue estando muy claro. Dijo que cuando te sientes inseguro, debes dejar que el ka lo solucione solo.

—Así que es el ka. —Jake parecía decepcionado—. Roland, eso no es de gran ayuda.

Roland percibió preocupación en las palabras del niño, pero fue la decepción lo que le dolió. Se volvió, sentado en la silla de montar, abrió la boca y fue consciente de lo superficial que era la justificación que estaba a punto de dar, así que volvió a cerrar la boca. En lugar de justificarse, dijo la verdad.

—No sé qué hacer. ¿Querías decírmelo tú?

El niño se ruborizó con un alarmante tono rojo, y Roland se dio cuenta de que Jake creyó que estaba siendo sarcástico, ¡por el amor de los dioses! De que estaba enfadado. Esa falta de comprensión era aterradora. «Tiene razón —pensó el pistolero—. Nos hemos fragmentado, que los dioses nos asistan.»

—Que así no sea —dijo Roland—. Atiéndeme, te lo ruego, atiéndeme bien. Los lobos ya llegan a Calla Bryn Sturgis. Balazar y sus «caballeros» ya llegan a Nueva York. Ambos tienen que llegar muy pronto. ¿Esperará el bebé de Susannah hasta que estas cuestiones se hayan resuelto de una forma u otra? No lo sé.

—Ni siquiera parece embarazada —dijo Jake débilmente. Parte del color rojo había desaparecido de sus mejillas, aunque seguía cabizbajo.

—No —dijo Roland—, no lo parece. Tiene los pechos un poco más hinchados, tal vez también las caderas, pero esos son los únicos signos. Además, tengo algunos motivos para tener esperanzas. Debo tener esperanzas, y tú también. Porque, más importante que los lobos y el tema de la rosa en tu mundo, es la cuestión de la Trece Negra y cómo enfrentarnos a ella. Creo que lo sé, eso espero, pero tengo que volver a hablar con Henchick. Y tenemos que escuchar el resto de la historia del padre Callahan. ¿Has pensado en contarle algo a Susannah por tu cuenta?

—Yo... —Jake se mordió los labios y se calló.

—Ya veo que lo has hecho. Quitate esa idea de la cabeza. Si algo distinto a la muerte rompiese nuestra camaradería para siempre, sería hablar sin mi permiso, Jake. Yo soy tu dinh.

—¡Lo sé! —Jake lo dijo casi gritando—. ¿Crees que no lo sé?

—¿Y crees que me gusta? —preguntó Roland, rozando la indignación—. ¿No entiendes cuánto más fácil era esto antes de...? —Se calló, horrorizado por lo que había estado a punto de decir.

—Antes de que llegásemos —concluyó Jake. Lo dijo con un tono neutro—. Pues bueno, adivina una cosa, nosotros no pedimos venir, ninguno de nosotros. —«Y yo tampoco te pedí que me tirases a la oscuridad. Para matarme.»

—Jake... —El pistolero suspiró, levantó las manos y se las apoyó sobre los muslos. En la lontananza se encontraba la curva que los conduciría hacia el minifundio de los Jaffords, donde Eddie y Susannah estarían esperándolos—. Lo único que puedo hacer es volver a decir lo que ya he dicho: cuando uno no está seguro del *ka*, es mejor dejar que el *ka* lo solucione. Si uno se entromete, suele hacer siempre lo equivocado.

—Eso suena a lo que la gente del Reino de Nueva York llama escurrir el bulto, Roland. Una respuesta que no es una respuesta, solo una forma de conseguir que los demás se traguen lo que quieras.

Roland reflexionó. Frunció los labios.

—Tú me pediste que dirigiese tu corazón.

Jake asintió con un gesto cauteloso.

—Entonces estas son las dos cosas que te digo dan-dinh. Primera: digo que nosotros tres, Eddie, tú y yo hablaremos an-tet con Susannah antes de que lleguen los lobos y le contaremos todo lo que sabemos. Que está embarazada, que su bebé es casi con total seguridad el hijo de un demonio y que ha creado una mujer llamada Mia para que sea la madre del niño. Segunda: digo que no discutiremos más esto hasta que llegue el momento de contárselo a ella.

Jake pensó en estas cosas. Mientras lo hacía, su cara se fue iluminando poco a poco de alivio.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. —Roland intentó no demostrar cuánto le dolía y lo enfurecía esa pregunta. Al fin y al cabo, entendía por qué lo preguntaba el chico—. Prometo y juro mi promesa. Si a bien tienes.

—¡Sí! ¡A bien tengo!

Roland asintió con la cabeza.

—No hago esto porque esté convencido de que es lo correcto, sino porque tú estás convencido de ello, Jake. Yo...

—Espera un segundo, vaya, espera —dijo Jake. Su sonrisa se desvanecía—. No intentes cargármelo todo a mí. Yo nunca...

—Ahórrame esa tontería. —Roland usó un tono árido y distante que Jake había escuchado pocas veces—. Has pedido desempeñar el papel del hombre que decide. Yo lo permito, debo permitirlo, porque el *ka* ha establecido que desempeñes el papel de un hombre en las grandes cuestiones. Has abierto esa puerta al cuestionar mi juicio. ¿Niegas eso?

Jake había pasado de la palidez al rubor una vez más. Parecía terriblemente asustado y sacudió la cabeza sin decir ni una sola palabra. «Ah, dioses —pensó Roland—. Odio hasta el último detalle de esto. Apesta como la mierda de un muerto.»

En un tono más reposado, dijo:

—No, no pediste que te trajeran aquí. Ni tampoco yo quería robarte tu infancia. Aun así, aquí estás, y el *ka* se queda al margen y se mofa. Debemos hacer su voluntad o pagar el precio.

Jake agachó la cabeza y pronunció dos palabras en un susurro tembloroso:

—Lo sé.

—Tú crees que deberíamos contárselo a Susannah. Yo, por otro lado, no sé qué hacer, en esta cuestión he perdido el norte. Cuando uno sabe y otro no, el que no sabe no debe agachar la cabeza y el que sabe debe asumir la responsabilidad. ¿Me entiendes, Jake?

—Sí —susurró Jake, y se llevó la mano doblada a la frente.

—Bien. Dejemos eso a un lado y digamos gracias. Se te da bien lo del toque.

—¡Ojalá no se me diera bien! —gritó Jake.

—Sea como fuere, ¿puedes tocarla?

—Sí. No curioseo, ni en ella ni en ninguno de vosotros, pero a veces la toco. Percibo breves fragmentos de canciones en las que está pensando, o pensamientos sobre su piso en Nueva York. Lo echa de menos. Una vez pensó: «Ojalá hubiera tenido la oportunidad de leer esa nueva novela de Alien Drury que vendían en el Club del Libro». Creo que Alien Drury debe de ser un famoso escritor de su cuándo.

—Cosas superficiales, en otras palabras.

—Sí.

—Pero no podrías profundizar más.

—Seguramente también podría verla desnuda —dijo Jake con desánimo—, pero eso no estaría bien.

—En estas circunstancias, sí que estaría bien, Jake. Piensa en ella como en un pozo al que debes acudir a diario y hundirte un poco más para asegurarte de que el agua todavía es potable. Quiero saber si cambia. En particular, quiero saber si planea algo alén de aquí.

Jake lo miró, atónito.

—¿Escapar? ¿Escapar adonde?

Roland sacudió la cabeza.

—No lo sé. ¿Adonde va una gata a tirar sus desperdicios? ¿A un armario? ¿Debajo de un establo?

—¿Y si se lo contamos y la otra se impone? Roland, ¿y si Mia se va alén de aquí y arrastra a Susannah consigo?

Roland no contestó. Eso, por supuesto, era justamente lo que él temía y Jake era lo bastante listo como para saberlo.

Jake lo estaba mirando con un resentimiento en parte comprensible... aunque también con aceptación.

—Una vez al día. No más que eso.

—Más si percibes un cambio.

—Está bien —accedió Jake—. Lo odio, pero te he preguntado dan-dinh. Supongo que tú ganas.

—No es un pulso, Jake. Ni tampoco un juego.

—Lo sé. —Jake sacudió la cabeza—. Me da la impresión de que me has cargado el muerto, pero no pasa nada.

«No te he cargado el muerto», pensó Roland. Suponía que era bueno que ninguno de ellos supiera lo perdido que se sentía justo en ese momento, lo falto que estaba de la intuición que lo había sacado de tantas situaciones difíciles. «Lo he hecho... pero solo porque tenía que hacerlo.»

—De momento no diremos nada, pero se lo contaremos antes de que lleguen los lobos —dijo Jake—. Antes de que tengamos que luchar. ¿Ese es el trato?

Roland asintió con la cabeza.

—Si tenemos que enfrentarnos a Balazar antes, en el otro mundo, también tendremos que decírselo. ¿Vale?

—Sí —dijo Roland—. Está bien.

—Odio esto —comentó Jake con aire taciturno.

—Yo también —afirmó Roland.

TRES

Eddie estaba sentado y haciendo tallas en el porche de los Jaffords, escuchando alguna confusa historia del abuelo y asintiendo en los momentos que esperaba fueran los correctos, cuando Roland y Jake llegaron al galope. Eddie dejó su cuchillo, bajó los escalones para reunirse con ellos y se volvió para llamar a Suze.

Se sentía increíblemente bien esa mañana. Sus miedos de la noche anterior se habían disipado, como suele ocurrir con nuestras pesadillas más extravagantes; como los vampiros Tipo Uno y Tipo Dos del padre, esos miedos parecían tenerle una alergia especial a la luz del día. En primer lugar, los hijos de los Jaffords se habían presentado al completo y como era debido a la hora del desayuno. En segundo lugar, un cochinito de la granja había desaparecido de verdad. Tian le había preguntado a Eddie y a Susannah si habían oído algo durante la noche, y había asentido lleno de satisfacción cuando ambos lo negaron sacudiendo la cabeza.

—Ea. Las razas mutadas escasean sobre todo en este lado del mundo, pero no en el norte. Hay manadas de perros salvajes que bajan cada otoño. Hace dos semanas es probable que estuvieran en Calla Amistad; la semana que viene nos desharemos de ellos y serán problema de Calla Lockwood. Son silenciosos. No es que sean callados, es que son mudos. No tienen nada aquí. —Tian se dio una palmadita en la garganta—. Además, no es que nunca me hayan hecho por lo menos algún bien. Encontré una rata de establo como una vaca. Estaba más tiesa que la mojava. Uno de ellos le arrancó la cabeza casi de cuajo.

—¡Qué asco! —exclamó Hedda, empujando su tazón con una repugnancia teatral.

—Cómase esa avena, señorita —ordenó Zalia—. Te la calentaré mientras tiendes la ropa.

—¡Mama, mama!, ¿por queeeeé?

Eddie había cruzado una mirada con Susannah y le había guiñado un ojo. Ella le había correspondido con otro guiño y todo se arregló. Vale, ella había dado un pequeño paseíto por la noche. Se había tomado un pequeño aperitivo nocturno. Había enterrado los restos. Y, sí, este asunto de que estuviera embarazada tenía que hablarse. Por supuesto que sí. Pero ya saldría, Eddie estaba seguro de ello. Y a la luz del día, la idea de que Susannah pudiera siquiera hacerle daño a un niño parecía totalmente ridícula.

—Salve, Roland. Jake.

Eddie se volvió hacia el lugar por el que Zalia había salido al porche. Ella hizo una reverencia. Roland se quitó el sombrero, lo sostuvo en dirección a ella y luego volvió a ponérselo.

—Sai —le preguntó a ella—, estás con tu marido en la cuestión de luchar contra los lobos, ¿no?

Ella suspiró, pero su mirada fue lo bastante firme.

—Sí, pistolero.

—¿Buscas ayuda y auxilio?

La pregunta fue pronunciada sin ostentación, casi con un tono de charla, en realidad... pero Eddie sintió que el corazón le daba un vuelco, y cuando la mano de Susannah trepó por la suya, él la apretó. Se presentaba una tercera pregunta, la pregunta clave, y no se la habían planteado al gran granjero del Calla, ni al gran ranchero ni al gran hombre de negocios. Se la habían planteado a la esposa de un labriego que llevaba el pelo color castaño desvaído cogido en un moño, la mujer de un granjero de minifundio cuya tez, aunque morena por naturaleza, estaba muy agrietada y áspera por el exceso de sol; cuya vestimenta doméstica había palidecido a fuerza de lavados. Y estaba bien que fuera así, perfectamente bien. Porque el alma de Calla Bryn Sturgis se encontraba en casi cincuenta granjas de minifundio como aquella, pensó Eddie. Que Zalia Jaffords hablara por todas ellas. ¿Por qué coño no iba a ser así?

—Lo espero y digo gracias —se limitó a contestar—. Que Dios Nuestro Señor y Jesús Hombre os bendigan a ti y a los tuyos.

Roland asintió con la cabeza como si no estuviera haciendo otra cosa que pasar el rato.

—Margaret Eisenhart me enseñó algo.

—¿Ah, sí? —preguntó Zalia con una leve sonrisa.

Tian apareció caminando lentamente al doblar la esquina, con aspecto cansado y sudoroso,

aunque solo eran las nueve de la mañana. Llevaba un arreo estropeado sobre el hombro. Les deseó a Roland y a Jake un buen día, luego se colocó junto a su mujer, le rodeó la cintura con una mano y la dejó reposar sobre su cadera.

—Ea, cuéntanos el cuento de lady Oriza y Gray Dick.

—Es una buena historia —dijo ella.

—Sí que lo es —corroboró Roland—. Le hablaré claro, señora sai. ¿Se jugará el cuello con el plato cuando llegue la hora?

Tian abrió los ojos de par en par. Se quedó boquiabierto, luego volvió a cerrar la boca. Miró a su mujer como un hombre al que de pronto hubieran anunciado una gran revelación.

—Sea —respondió Zalia.

Tian dejó caer el arreo y la abrazó. Ella correspondió el abrazo, con brevedad e intensidad, luego se volvió hacia Roland y sus amigos una vez más.

Roland estaba sonriendo. Eddie tuvo una ligera sensación de irrealidad, como le ocurría siempre que contemplaba ese fenómeno.

—Bien. ¿Y le enseñarás a Susannah a usarlo?

Zalia miró con detenimiento a Susannah.

—¿Ella aprendería?

—No lo sé —dijo Susannah—. ¿Es algo que se supone que debo aprender, Roland?

—Sí.

—¿Cuándo, pistolero? —preguntó Zalia.

Roland hizo sus cálculos.

—Dentro de tres o cuatro días a partir de hoy, si todo va bien. Si no demuestra ninguna aptitud, envíamela de vuelta y lo intentaremos con Jake.

La sorpresa de Jake fue evidente.

—Aunque creo que lo hará bien. No he conocido nunca a un pistolero que no se adapte a las nuevas armas como los pájaros a los nuevos estanques. Además, debo contar por lo menos con uno que pueda o lanzar el plato o disparar la bala, porque somos cuatro y solo hay tres pistolas en las que podamos confiar. Y me gusta el plato. Me gusta mucho.

—Le enseñaré lo que pueda, claro —dijo Zalia y le dedicó a Susannah una tímida mirada.

—Entonces, dentro de nueve días, Margaret, Rosalita, Sarey Adams y tú vendréis a la casa del Viejo Amigo y veremos qué tal va;

—¿Tienes un plan? —preguntó Tian, con los ojos encendidos de esperanza.

—Lo tendré para entonces —respondió Roland.

CUATRO

Cabalaron hacia la ciudad en columna de cuatro en fondo al mismo paso, pero en el enclave en que el Camino del Este se cruzaba con otro, que se bifurcaba hacia el norte y el sur, Roland se detuvo.

—Aquí os dejo durante un rato —les dijo. Señaló al norte, hacia las montañas—. A dos horas de aquí está lo que algunos miembros del Pueblo Buscador llaman Calla Manni y otros llaman Manni Sendarroja. Es su hogar con cualquiera de los dos nombres, una pequeña ciudad dentro de una más grande. Me reuniré con Henchick allí.

—Su dinh —apuntó Eddie.

Roland asintió con la cabeza.

—Más allá del pueblo manni, a una hora de distancia más o menos, hay unas cuantas minas abandonadas y un montón de cuevas.

—¿El lugar que señalaste en el mapa de los gemelos Tavery? —preguntó Susannah.

—No, pero está por ahí cerca. La cueva que me interesa es la que llaman Cueva de la Puerta. Esta noche Callahan nos hablará de ella cuando termine su historia.

—¿Lo sabes a ciencia cierta o es una intuición? —preguntó Susannah.

—Lo sé por Henchick. Habló de ello anoche. También habló del padre. Podría contároslo, pero creo que será mejor que nos lo cuente Callahan en persona. En cualquier caso, esa cueva será importante para nosotros.

—¿Es el camino de regreso, verdad? —preguntó Jake—. Crees que es el camino de regreso a Nueva York.

—Más que eso —respondió el pistolero—. Junto con la Trece Negra, creo que podría ser el camino a cualquier dónde y cualquier cuándo.

—¿Incluida la Torre Oscura? —preguntó Eddie. Su voz sonó ronca, apenas fue un susurro.

—No lo sé —contestó Roland—, pero creo que Henchick me enseñará la cueva y entonces puede que sepa algo más. Mientras tanto, vosotros tres tenéis cosas que hacer en Took, en el almacén.

—¿Ah, sí? —preguntó Jake.

—Sí. —Roland balanceó el monedero en su regazo, lo abrió y rebuscó a fondo. Al final sacó una bolsa de piel fruncida con una cuerda que ninguno de ellos había visto antes—. Mi padre me dio esto —dijo distraídamente—. Es lo único que me queda en este momento que no sean las ruinas de mi rostro más joven, de lo que tenía cuando cabalgaba hacia Mejis con mis compañeros de ka durante todos esos años.

Lo miraron con sobrecogimiento, compartiendo la misma idea: si lo que decía el pistolero era cierto, el saquito de piel tenía que tener cientos de años. Roland lo abrió, miró dentro e hizo un gesto de asentimiento.

—Susannah, extiende las manos.

Ella obedeció. En sus manos ahuecadas, Roland tiró unas diez piezas de plata y vació la bolsa.

—Eddie, extiende las tuyas.

—Oye, Roland, creo que la despensa está pelada.

—Extiende las manos.

Eddie se encogió de hombros y lo hizo. Roland volcó la bolsa encima de ellas y tiró unas doce piezas de oro y vació la bolsa.

—¿Jake?

Jake levantó las manos. Desde el bolsillo delantero del guardapolvo, Acho miraba con interés. Esta vez la bolsa descargó una docena de brillantes gemas antes de vaciarse. Susannah lanzó un grito ahogado.

—Son granates —dijo Roland, casi disculpándose—. Por lo que dicen, es una buena moneda de cambio por estos lares. No servirán para comprar muchas cosas, pero sí para cubrir las necesidades de un niño, eso creo.

—¡Mola! —Jake sonreía de oreja a oreja—. ¡Te digo gracias! ¡Tope!

Miraron la saca vacía con una estupefacción silenciosa, y Roland sonrió.

—La mayoría de la magia que una vez conocí o a la que tuve acceso ha desaparecido, pero ya veis que queda un poco. Como las hojas remojadas en el fondo de las teteras.

—¿Todavía quedan más cosas dentro? —preguntó Jake.

—No. A su debido tiempo podría haberlas. Es una bolsa crecedora. —Roland volvió a poner el antiguo saquito de piel en su bolsa, sacó el tabaco fresco que le había dado Callahan y se lió un cigarrillo—. Id a la tienda. Compraos vestimenta. Un par de camisas, por ejemplo, y una para mí, si a bien tenéis; podría ponerme una. Luego salid al porche y tomáoslo con calma, como hacen los tipos de pueblo. A sai Took no le importará mucho, no hay nada que le guste más que contemplar espaldas que parten hacia el este en dirección a Tronido, pero no os ahuyentará.

—Que lo intente —gruñó Eddie, y tocó la culata de la pistola de Roland.

—No necesitarás eso —le advirtió Roland—. La clientela lo mantendrá detrás del mostrador, ocupándose de la caja registradora. Eso, y el carácter del pueblo.

—Está en nuestra onda, ¿no? —preguntó Susannah.

—Sí, Susannah. Si les preguntas de forma directa, como le pregunté a sai Jaffords, no te contestarán, aún no. Pero sí, tienen intención de luchar. O dejar que luchemos por ellos. Lo cual no puede hacerse contra ellos. Luchar por aquellos que no pueden luchar por sí mismos es nuestro trabajo.

Eddie abrió la boca para decirle a Roland lo que el abuelo le había contado y volvió a

cerrarla. Roland no le había preguntado, aunque esa había sido la razón por la que los había enviado a casa de los Jaffords. Se dio cuenta de que tampoco Susannah se lo había preguntado. Ella no había mencionado para nada su conversación con el viejo Jamie.

—¿Le preguntarás a Henchick lo que le preguntaste a la señora Jaffords? —preguntó Jake.

—Sí —respondió Roland—. Se lo preguntaré.

—Porque sabes lo que responderá.

Roland asintió y volvió a sonreír. No era una sonrisa que transmitiera bienestar; era tan fría como la luz del sol sobre la nieve.

—Un pistolero nunca formula esa pregunta hasta que sabe cuál será la respuesta —sentenció—. Nos reuniremos en la casa del padre para el ágape nocturno. Si todo sale bien, estaré allí justo cuando el sol salga por el horizonte. ¿Todos de acuerdo? ¿Eddie? ¿Jake? —Una breve pausa—. ¿Susannah?

Todos asintieron. Acho también asintió.

—Entonces, hasta la noche. Que os vaya bien y que el sol jamás os ciegue.

Azuzó a su caballo y se volvió para dirigirse hacia el caminito rechazado que conducía al norte. Contemplaron su partida hasta que lo perdieron de vista, y como siempre ocurría cuando se había ido y ellos se quedaban solos, los tres compartieron un complejo sentimiento que era en parte miedo, en parte soledad y en parte orgullo lleno de nerviosismo.

Siguieron cabalgando hacia el pueblo con los caballos un poco más juntos.

CINCO

—¡Ni hablar, ni hablar, ni se te ocurra meter esa maldita bestia de brambo aquí! ¡De eso nada! —gritó Eben Took desde su posición tras el mostrador.

Tenía una voz aguda, casi femenina; rasgó la somnolienta quietud de la tienda como esquirlas de cristal. Señalaba a Acho, que estaba espiando desde el bolsillo delantero del guardapolvo de Jake. Una docena de compradoras desganadas, la mayoría de ellas mujeres con ropa de andar por casa, se volvieron para mirar.

Dos granjeros, vestidos con sencillas camisas marrones, pantalones blancos sucios y zoris, habían permanecido junto al mostrador. Se dieron la vuelta a toda prisa, como si hubieran esperado que los dos forasteros fueran armados y estuvieran dispuestos a salir levantando una nube de polvo y llevándose consigo a sai Took hasta Calla Camposanto.

—Sí, señor —respondió Jake con suavidad—. Lo siento. —Sacó a Acho del bolsillo del guardapolvo y lo sentó en el soleado porche, justo al lado de la puerta—. Quédate aquí, muchacho.

—Acho aquí —dijo el bilibrambo, y enrolló su cola de espiral en las ancas.

Jake volvió a reunirse con sus amigos y entraron en la tienda. A Susannah el olor le recordó a una en la que había estado durante su época en Mississippi; una mezcla de olor a carne salada, piel, especias, café, bolas de naftalina y las viejas engañifas de toda la vida. Junto al mostrador había un enorme barril de madera con la tapa un tanto apartada y un par de tenacillas colgadas de un clavo puesto ahí al lado. Del barril llegaba un intenso aroma de pepinillos en salmuera, tan penetrante que hacía saltar las lágrimas.

—No se fia —gritó Took con la misma voz chillona y molesta—. Nunca le he fiado a un forastero y nunca le fiaré. ¡Digo verdad y gracias!

Susannah cogió de la mano a Eddie y le dio un apretón de advertencia. Eddie se zafó de ella con nerviosismo, pero cuando habló, su voz sonó tan débil como había sonado la de Jake.

—Agradecido quedo, sai Took, nosotros no te lo hemos pedido. —Y recordó algo que había oído decir al padre Callahan—: No lo hemos hecho en la vida.

Algunos de los presentes en la tienda lanzaron un murmullo de aprobación. No quedaba ninguno que siguiera fingiendo que compraba. Took se ruborizó. Susannah volvió a coger de la mano a Eddie y esta vez le dedicó una sonrisa para acompañar el apretón.

Al principio, compraron en silencio, pero antes de terminar, muchas personas, todas ellas habían estado en el Pabellón hacía dos noches, los saludaron y les preguntaron (con timidez) qué tal estaban. Los tres respondieron que estaban bien. Tenían sus camisas, incluidas dos para

Roland, sus pantalones de mezclilla, sus camisetas interiores y tres pares de botines feos pero útiles. Jake compró una cesta de golosinas, las escogió a dedo mientras Took las metía en una bolsa de paja entretejida con lentitud gruñona y desagradable. Cuando intentó comprar una saca de tabaco y unos cuantos papeles de fumar para Roland, Took se lo negó con evidente satisfacción.

—Ni hablar, ni hablar, no pienso venderle de fumar a un crío. No lo he hecho en la vida.

—Buena idea, sí —dijo Eddie—. De eso a la hierba del diablo solo hay un paso. El ministro de Sanidad dice gracias. Pero ¿sí me lo venderás a mí, no, sai? A nuestro dinh le gusta fumarse un pitillo por la noche, mientras planea nuevas formas de ayudar a los necesitados.

Se produjeron un par de risitas al oír aquello. La tienda había empezado a llenarse de forma bastante asombrosa. En ese momento estaban actuando para un verdadero público, y a Eddie no le importaba en absoluto. Took estaba quedando como un idiota, lo que no sorprendía. Took era sin duda alguna un idiota.

—Jamás he visto a nadie bailar mejor el commala que él —gritó un hombre muerto de risa, y se produjo un murmullo de asentimiento.

—Digo gracias —dijo Eddie—. Se lo diré.

—Y tu mujer canta bien —apuntó otro.

Susannah hizo una reverencia levantándose un poco la falda. Finalizó sus compras. Les puso punto y final empujando un poco más la tapa del barril y sacando un enorme ejemplar con las tenacillas. Eddie se acercó y dijo:

—Creo haberme sacado algo así de verde de la nariz una vez pero no lo recuerdo bien.

—No seas soez, querido —contestó Susannah, sonriendo con dulzura durante un rato.

Eddie y Jake estuvieron encantados de dejarle a ella la responsabilidad de regatear, lo que Susannah hizo con gusto. Took intentó cobrarle tanto como pudo por sus artillas, aunque Eddie sabía que eso no lo había hecho por ser ellos en particular, sino porque era parte de lo que Eben Took consideraba su trabajo (o tal vez a lo que estaba llamado). En realidad era lo bastante inteligente como para intuir el calibre de su clientela, porque cuando llegó el fin de sus compras hacía tiempo que había dejado de molestarlos. Lo que no evitó que hiciera resonar las monedas con que le pagaron sobre un cuadrado metálico especial que parecía reservado a ese único propósito y que mirase a contraluz los granates de Jake y rechazase uno de ellos (que era como los demás, según pudieron ver Eddie, Jake y Susannah).

—¿Cuánto tiempo estaréis por aquí, chachos? —preguntó con un tono ligeramente cordial cuando las compras estuvieron finalizadas. Aunque tenía los ojos entornados y Eddie no tuvo ninguna duda de que dijeran lo que dijeran llegaría a oídos de Eisenhart, Overholser y de cualquiera que se interesase antes de que el día tocara a su fin.

—Ah, bueno, eso depende de lo que veamos —respondió Eddie—. Y lo que veamos depende de lo que las gentes nos muestren, ¿no le parece?

—Sea —afirmó Took, aunque parecía desconcertado.

En ese momento había unas cincuenta personas en el espacioso almacén y tienda de víveres, la mayoría de ellas simplemente mirando embobadas. Había una suerte de emoción que flotaba como polvo en el aire. A Eddie le gustaba. No sabía si eso estaba bien o mal, pero, sí, le gustaba mucho.

—También depende de lo que las gentes quieran —añadió Susannah.

—¡Yo te diré lo que quieren, morenita! —dijo Took con su voz estridente de esquirlas de cristal—. Quieren paz, como siempre. Quieren que este pueblo siga aquí después de que vosotros cuatro...

Susannah cogió el dedo pulgar del hombre y se lo dobló hacia atrás. Lo hizo con destreza. Jake tuvo sus dudas de que más de dos o tres gentes, las que estaban más cerca del mostrador, lo hubieran visto, pero la cara de Took adoptó un color blanco sucio y los ojos se le salieron de las órbitas.

—Me lo tragaría si me lo dijera un viejo a punto de perder la chaveta —dijo ella—, pero no me lo creo de ti. Vuelve a llamarme morenita, gordo seboso, y te sacaré la lengua de la boca y

haré que te chupes el culo con ella.

—¡Te imploro perdón! —gritó Took. En ese momento, le brotaron gotas de sudor en las mejillas bastante voluminosas y asquerosas—. ¡Te imploro perdón, lo imploro!

—Está bien —respondió Susannah, y lo soltó—. Ahora tendríamos que salir y sentarnos en tu porche durante un rato, porque las compras son una labor agotadora.

SEIS

En el almacén de Took no había guardianes del Haz como Roland había contado que había en Mejis, pero había mecedoras alineadas a lo largo de todo el porche, doce en total. Y cada tres escalones había un espantapájaros debido a la estación en la que se encontraban. Cuando los compañeros de ka de Roland salieron, llevaron tres mecedoras hasta el centro del porche. Acho se tumbó contento entre los pies de Jake y se quedó dormido con el hocico apoyado sobre las patas delanteras.

Eddie levantó el dedo pulgar para señalar hacia atrás en dirección al almacén de Eben Took.

—Qué pena que Detta Walker no estuviera ahí dentro para comprarle unas cosillas a ese hijo de puta.

—No creas que no me he sentido tentada en su nombre —dijo Susannah.

—Se acercan unos tipos —anunció Jake—. Creo que quieren hablar con nosotros.

—Claro que quieren —dijo Eddie—. Para eso hemos venido. —Sonrió, su hermoso rostro se embelleció aún más. Por lo bajo dijo—: Os presento a los pistoleros, chicos. Ven, ven, commala, van a llover balas.

—Cierra esa boca que tienes, hijo —dijo Susannah, pero estaba riendo.

«Están locos», pensó Jake. Pero si él era distinto, ¿por qué se reía también?

SIETE

Henchick de los mannis y Roland de Gilead descansaban al mediodía a la sombra de una enorme afloración rocosa, comiendo pollo frío y arroz envuelto en tortillas y bebiendo refresco de sidra de una sola jarra que se iban pasando. Henchick marcó el inicio con una palabra a la que se refería como la Fuerza y el Paso, luego se quedó callado. A Roland le pareció bien. El viejo había contestado que sí a la única pregunta que el pistolero había necesitado preguntar.

Cuando hubieron terminado de comer, el sol se había metido detrás de los profundos desfiladeros y escarpaduras. Así que caminaron en la sombra, abriéndose paso por una senda plagada de escombros y demasiado estrecha para sus caballos, a los que habían dejado en un bosquecillo de hojas amarillas que temblaban bajo los álamos. Montones de pequeñas lagartijas corrían delante de ellos y salían disparadas en algunas ocasiones hasta las grietas de las rocas.

Sombrío o no, en aquel lugar hacía más calor que en las mismísimas puertas del infierno. Tras un kilómetro y medio de ascensión constante, Roland empezó a respirar con dificultad y a utilizar el pañuelo para secarse el sudor de las mejillas y el cuello. Henchick, que aparentaba unos ochenta años, caminaba delante de él con una serenidad imperturbable. Respiraba con la facilidad de un hombre que pasea por el parque. Había dejado su capa abajo, colgada de la rama de un árbol, pero Roland no vio manchas de sudor esparcidas por su camisa negra.

Llegaron a un peralte del camino y durante un instante, el mundo hacia el norte y el oeste se extendía a sus pies con un esplendor sedoso y vaporoso. Roland pudo ver los enormes rectángulos tostados de tierra de pastura y el diminuto ganado de juguete. Hacia el sur y el este, los campos eran cada vez más verdes a medida que se acercaban a las tierras bajas del río. Veía el pueblo del Calla, e incluso —en la onírica distancia del oeste— las lindes del gran bosque a través del cual habían conseguido llegar hasta allí. La brisa que los bañaba en esa estrecha senda era tan fría que hizo a Roland lanzar un grito ahogado. Aun así, alzó la cara hacia ella con grandiosidad, con los ojos casi cerrados, al tiempo que olisqueaba las cosas que había en el Calla: los novillos, los caballos, el grano, el agua del río y el arroz, arroz y más arroz.

Henchick se había quitado el sombrero de ala ancha y copa achatada y también había levantado la cabeza y tenía los ojos casi cerrados, estaba absorto en un agradecimiento silencioso. El viento le echó hacia atrás la larga cabellera y separó de forma juguetona los pelos de la barba que le llegaba hasta la cintura en horquetas. Estuvieron así durante unos tres minutos,

dejando que la brisa los refrescase. A continuación, Henchick volvió a encasquetarse el sombrero en la cabeza. Miró a Roland.

—¿Diríais que el mundo terminará envuelto en llamas o congelado, pistolero?

Roland pensó en ello.

—De ninguna de las dos formas —respondió al fin—. Creo que terminará sumido en la oscuridad.

—¿Eso creéis?

—Sí.

Henchick lo pensó durante un rato, luego se volvió para continuar la ascensión del camino. Roland estaba impaciente por llegar a su destino, sin embargo tocó el hombro del manni. Una promesa era una promesa. Sobre todo cuando uno se la ha hecho a una señora.

—Estuve con uno de los desmemoriados anoche —declaró Roland—. ¿No es así como llamáis a los que han decidido abandonar vuestro ka-tet?

—Sí, los llamamos desmemoriados —confirmó Henchick, mirándolo con detenimiento—. Pero no usamos la palabra *ka-tet*. La conocemos, pero no es nuestra, pistolero.

—En cualquier caso, yo...

—En cualquier caso, vos habéis dormido en el Rocking B con Vaughn Eisenhart y con nuestra hija, Margaret. Y ella tiró el plato para vos. No lo mencioné cuando conversamos anoche, porque ya lo sabía como vos. De todas formas teníamos otras cosas de las que hablar, ¿verdad? De cuevas y esas cosas.

—Sí.

Roland intentó ocultar su sorpresa. Aunque no debió de conseguirlo, porque Henchick asintió ligeramente con la cabeza, tras la barba, se vio cómo sus labios dibujaban una sonrisa de medio lado.

—El manni tiene formas de enterarse, pistolero; siempre tiene formas de enterarse.

—¿No me vas a llamar Roland?

—No.

—Ella me pidió que os dijera que Margaret del clan Sendarroja está a bien con su hombre pagano, a muy bien.

Henchick hizo un gesto de asentimiento. Si eso le dolía, no lo demostró. Ni siquiera con la mirada.

—Condenada sea —dijo. Usó el tono que se utilizaría para decir: «Parece que esta tarde hará sol».

—¿Me estás pidiendo que le diga eso? —preguntó Roland. Le divertía y le aterraba al mismo tiempo.

Los ojos azules de Henchick se habían vuelto marrinosos y acuosos por la edad, pero no cabía duda de que fue sorpresa lo que se reflejó en ellos al oír esa pregunta. Sus pobladas cejas se arquearon.

—¿Por qué iba a molestarme? —preguntó—. Ya lo sabe. Tendrá tiempo de sobra para arrepentirse de su hombre pagano en las profundidades de Na'ar. Eso también lo sabe. Vamos, pistolero. Otro cuarto de rueda y ya habremos llegado. Pero es un camino empinado.

OCHO

Sí que era empinado, pero empinado de verdad. Media hora después llegaron a un lugar donde una roca desprendida bloqueaba casi por completo el camino. Henchick se abrió paso por un lateral, sus pantalones oscuros ondulaban con el viento, la barba se le levantaba hacia los lados, sus dedos de uñas largas se apretaban por el ansia de caza. Roland lo siguió. La roca desprendida estaba caliente por el sol, pero el viento era tan frío en ese momento que él estaba temblando. Sentía cómo los tacones de sus raídas botas quedaban asomados sobre una caída estremecedora de sesenta metros de alto. Si el viejo decidía empujarlo, todo acabaría en un abrir y cerrar de ojos. Como quien no quiere la cosa.

«Pero no sería así —pensó—. Eddie ocuparía mi lugar y los otros dos seguirían adelante hasta caer.»

En el extremo más apartado de la roca desprendida, la senda terminaba en un agujero irregular y oscuro de dos metros de profundidad y uno y medio de anchura. Una corriente de aire procedente de allí le sopló a Roland en la cara, era un vaho apestoso y desagradable. Entremezclados con él se oían gritos que Roland no pudo entender. Aunque eran gritos emitidos por voces humanas.

—¿Lo que se oye son los gritos de las gentes de Na'ar? —le preguntó a Henchick.

En ese momento, los labios casi ocultos del anciano carecían de toda sonrisa.

—No hagáis burla —sentenció—. Aquí no. Porque os encontraréis en presencia del infinito.

Roland lo creyó. Avanzó con cautela, con las botas aferradas al pedregal de cascajos, con una mano apoyada en la culata de su pistola; ahora siempre llevaba la pistola a la izquierda, si es que llevaba alguna; bajo la mano sana.

El hedor apestoso procedente de la boca abierta de la cueva se volvió aún más intenso. Resultaba nocivo, cuando no directamente tóxico. Roland se puso el pañuelo sobre la boca y la nariz con su tullida mano derecha. Había algo en el interior de la cueva, en las sombras. Huesos, sí, los huesos de lagartijas y otros animales pequeños, aunque había algo más, una silueta que conocía...

—Tenga cuidado, pistolero —le advirtió Henchick, pero se apartó para que Roland entrase en la cueva si así lo deseaba.

«Mis deseos no importan —pensó Roland—. Simplemente es algo que debo hacer. Así de simple.»

La silueta en la sombra se volvió más nítida. No le sorprendió descubrir que era una puerta exactamente igual a las que había encontrado en la playa; ¿por qué si no ese lugar iba a llamarse Cueva de la Puerta? Estaba hecha de fustaferrero (o quizá de fustánima) y se encontraba a unos seis metros de la entrada de la cueva. Tenía veinte metros de alto, como las puertas de la playa. Y, al igual que aquellas, se encontraba aislada entre las sombras, con goznes que al parecer no estaban agarrados a nada.

«Aun así giraría sobre esos goznes con facilidad —pensó—. Girará. Cuando llegue la hora.»

No había cerradura. El pomo parecía de cristal. Debajo tenía grabada una rosa. En la playa del mar del Oeste, las tres puertas tenían grabaciones en Alta Lengua: EL PRISIONERO en una, LA DAMA DE LAS SOMBRAS en otra, EL QUE EMPUJA en la tercera. En esta estaba el jeroglífico que había visto en la caja oculta en la iglesia de Callahan:

—Significa «ignoto» —dijo Roland.

Henchick asintió con la cabeza, pero cuando Roland avanzó para rodear la puerta, el anciano dio un paso hacia delante y extendió una mano.

—Id con cuidado o puede que descubráis por vos mismo a quién pertenecen esas voces.

Roland entendió lo que quería decir. A unos dos o tres metros de la puerta, el suelo de la cueva descendía en un ángulo de cincuenta o incluso sesenta grados. No había nada a lo que agarrarse y la piedra parecía tan lisa como el cristal. A diez metros de profundidad, esa resbaladiza caída se abría a un abismo. Voces que gemían se elevaban entremezcladas desde allí. Y entonces, una de ellas se oyó con claridad; era la voz de Gabrielle Deschain.

—¡Roland, no! —chilló su madre muerta de entre la oscuridad—. ¡No me dispaes! Soy tu ma...

Pero antes de que pudiera terminar, el estallido solapado de las pistolas la acalló. El dolor impactó en la cabeza de Roland. Se apretaba la cara cubierta con el pañuelo con una fuerza tal que hubiera bastado para romperle la nariz. Intentó relajar los músculos del brazo, aunque al principio fue incapaz de hacerlo.

A continuación, de aquella oscuridad hedionda surgió la voz de su padre.

—He sabido desde que ibas a gatas que no eras precisamente un genio —dijo Steven Deschain con una voz cansada—, pero nunca creí hasta ayer por la noche que fueras idiota. ¡Mira que dejar que te metiese en un brete como a una vaca! ¡Dioses!

«No importa. No son ni siquiera fantasmas. Creo que son solo ecos, de alguna forma han salido de mi cabeza y se han proyectado.»

Cuando rodeó la puerta (esta vez, atento a la caída que quedaba a su derecha), esta desapareció. Quedó solo la silueta de Henchick, el grave perfil masculino recortado en papel negro que se encontraba en la entrada de la cueva.

«La puerta sigue ahí, pero solo se puede ver desde un lado. Y en ese sentido es igual a las demás puertas.»

—¿Menuda preocupación más tonta, no? —dijo con una risita la voz de Walter procedente de las profundidades de la garganta de la Cueva de la Puerta—. Déjalo, Roland. Es mejor dejarlo y morir que descubrir que la habitación en lo alto de la Torre Oscura está vacía.

Entonces se oyó la fuerte estridencia del Cuerno de Eld, lo cual le puso la piel de gallina del brazo y le erizó los pelos de la nuca: el último grito de batalla de Cuthbert Allgood cuando descendía la Colina de Jericó hacia su muerte a manos de los bárbaros de rostros azulados.

Roland se quitó el pañuelo de la cara y reemprendió la marcha. Un paso, dos, tres. Los huesos crujían bajo los tacones de sus botas. Al tercer paso, la puerta reapareció con ese pasador que parecía morder el aire estancado, como los goznes del otro lado. Roland se detuvo durante un instante, mientras contemplaba el grosor de la puerta, disfrutando de su extrañeza tal como había disfrutado de la extrañeza de las que había encontrado en la playa. Y en la playa se había sentido enfermo casi hasta morir. Si inclinaba la cabeza ligeramente hacia delante, la puerta desaparecía. Si la devolvía a la posición inicial, allí estaba de nuevo. La puerta nunca oscilaba, nunca titilaba. Era el típico caso de una cosa o la otra; o estaba allí o no estaba.

Volvió sobre sus pasos, posó las palmas extendidas sobre la madera de fustafarro, apoyándose contra ella. Sintió una leve aunque perceptible vibración, como la sensación de una poderosa maquinaria. Desde la profunda garganta de la cueva, Rea de Cos le gritaba, diciendo que era un chaval que jamás había visto el verdadero rostro de su padre, diciéndole que su putita se reventó la garganta a gritos mientras ardía. Roland lo ignoró y cogió el pomo de cristal.

—¡Ca! Pistolero, no os atreváis —gritó Henchick alarmado.

—Sí que me atrevo —contestó Roland. Y así lo hizo, pero el pomo no giró en ninguna dirección. Roland se apartó de él—. Pero ¿la puerta estaba abierta cuando encontraste al cura? —le preguntó a Henchick. Habían hablado de eso la noche anterior, pero Roland quería oírlo una vez más.

—Así es. Jemmin y yo lo encontramos. ¿Vos sabéis que nosotros, los ancianos mannis, buscamos otros mundos? No vamos en busca de tesoros, sino de iluminación.

Roland asintió. También sabía que algunos habían regresado enloquecidos de sus viajes. Otros jamás regresaban.

—Estas colinas son magnéticas y están plagadas de múltiples caminos que conducen a numerosos mundos. Salimos de una cueva próxima a las minas de granate y allí encontramos un mensaje.

—¿Qué clase de mensaje?

—Que había una máquina instalada en la entrada de la cueva —dijo Henchick—. Apretabas un botón y salía una voz de ella. La voz nos dijo que viniéramos aquí.

—¿Ya conocías esta cueva?

—Así es, pero antes de que el padre llegase, la llamaban la Cueva de las Voces. Ya sabéis vos por qué.

Roland asintió con la cabeza e hizo un gesto a Henchick para que continuara.

—La voz de la máquina habló con el acento de sus compañeros de ka, pistolero. Dijo que teníamos que venir aquí, Jemmin y yo, y que encontraríamos una puerta, un hombre y una maravilla. Así lo hicimos.

—Alguien te dio instrucciones —murmuró Roland. Estaba pensando en Walter. El hombre de negro, que también les había dejado las galletas que Eddie llamaba Keeblers. Walter era Flagg y Flagg era Marten y Marten... ¿Él era Maerlyn, el anciano y picaro mago de la leyenda? Roland seguía sin estar seguro sobre esa cuestión—. ¿Y te llamó por tu nombre?

—Nanai, no nos conocía tanto. Nos llamaba solo gentes mannis.

—¿Cómo crees que sabía ese alguien dónde dejar la máquina de la voz?

Henchick puso expresión de duda.

—¿Por qué pensáis que es una persona? ¿Por qué no un dios hablando por boca de un hombre? ¿Por qué no un agente del Paso?

—Los dioses dejan sigils. Los hombres dejan máquinas. —Hizo una pausa—. Eso por lo que me dicta la experiencia, claro, padre.

Henchick hizo un gesto cortante, como para decirle a Roland que se ahorrara los cumplidos.

—¿Era algo sabido por todos que tus amigos y tú estabais explorando la cueva donde encontrasteis la máquina parlante?

Henchick se encogió de hombros con bastante hosquedad.

—La gente nos vio, supongo. Tal vez alguien oteara a kilómetros de distancia con su catalejo o sus prismáticos. También hay un hombre mecánico. Ve bastantes cosas y lo cotorrea continuamente con todo el que se preste a escuchar.

Roland tomó esa respuesta como un sí. Pensó que alguien sabía que el padre Callahan iba a ir hasta allí. Y que necesitaría ayuda cuando llegara a las afueras del Calla.

—¿Cuál era la abertura de la puerta? —preguntó Roland.

—Estas son preguntas para Callahan —respondió Henchick—. Prometí enseñaros este lugar. Lo he hecho. Estoy seguro de que eso os basta.

—¿Estaba consciente cuando lo encontraste?

Se produjo un silencio reticente. A continuación dijo:

—No. Apenas susurraba, como se hace cuando se duerme y se tienen pesadillas.

—Entonces, él no me lo podrá contar, ¿verdad? No esta parte. Henchick, buscas ayuda y auxilio. Me has contado esto en nombre de todos los de tu clan. ¡Entonces, ayúdame! ¡Ayúdame para ayudaros!

—No entiendo cómo esto puede ayudar.

Y puede que no ayudase, no en la cuestión de los lobos que tanto preocupaban a ese anciano y al resto de Calla Bryn Sturgis, pero Roland tenía otras preocupaciones y necesidades; primero es la obligación que la devoción, como decía Susannah en algunas ocasiones. Permaneció de pie mirando a Henchick, con una mano todavía apoyada en el pomo de cristal.

—Estaba un poco abierta —dijo por fin Henchick—. Y también la caja. Las dos solo un poco. El que llaman Viejo Amigo, estaba boca abajo, allí. —Señaló hacia los cascajos y hacia el suelo cubierto de huesos sobre el que las botas de Roland estaban plantadas en ese instante—. La caja estaba a vuestra derecha, abierta un tanto así. —Henchick hizo un gesto separando el dedo pulgar y el índice unos cinco centímetros—. De allí llegaba el sonido de las kammen. Las había oído antes, pero nunca tan alto. Me provocaban dolor en los ojos y me hacían llorar. Jemmin gritó y empezó a caminar hacia la puerta. Las manos del Viejo Amigo estaban extendidas sobre el suelo y Jemmin le pisó una, pero no se enteró.

»La puerta solo estaba entornada, como la caja, pero una terrible luz salía a través de ella. He viajado bastante, pistolero, a muchos dónde y muchos cuándo; he visto otras puertas y he visto el quillotro del exotransito, los agujeros de la realidad, pero nunca había visto una luz como esa. Era negra, como ha sido siempre el vacío, aunque había algo rojo en ella.

—El Ojo —dijo Roland.

Henchick lo miró.

—¿Un ojo? ¿Lo decís en serio?

—Eso creo —respondió Roland—. La negrura que viste la proyecta la Trece Negra. El color rojo podría ser el ojo del Rey Carmesí.

—¿Quién es?

—No lo sé —contestó Roland—. Solo sé que aguarda a lo lejos, al este de aquí, en Tronido o más allá. Creo que puede ser un guardián de la Torre Oscura. Incluso puede que crea que le pertenece.

En cuanto Roland mencionó la Torre, el anciano se tapó los ojos con ambas manos, un gesto de profundo temor religioso.

—¿Qué ocurrió luego, Henchick? Cuéntamelo, te lo ruego.

—Empecé a acercarme a Jemmin, luego recordé cómo había pisado la mano de ese hombre con el tacón de su bota y lo pensé mejor. Me dije: «Henchick, si haces eso, te arrastrará con él».»-Los ojos del anciano se clavaron en los de Roland—. Viajar es lo que hacemos, sé que os consta y rara vez nos asalta el temor, porque confiamos en el Paso. Aun así, me asustaba aquella luz y el sonido de aquellas campanillas. —Hizo una pausa—. Me aterrorizaban. Jamás he hablado de aquel día. —¿Ni siquiera con el padre Callahan?

Henchick sacudió la cabeza.

—¿No os habló al despertarse?

—Preguntó si estaba muerto. Le dije que de haberlo estado, lo estaríamos todos. —¿Qué me dices de Jemmin?

—Murió dos años después. —Henchick se golpeó la parte delantera de su camisa negra—. Del corazón.

—¿Hace cuántos años viste al padre Callahan aquí?

Henchick movió lentamente la cabeza hacia detrás y hacia delante, describiendo amplios arcos, un conocido gesto manni que podría haber sido un rasgo genético.

—No lo sé, pistolero. Pues el tiempo va...

—Sí, a la deriva —concluyó Roland con impaciencia—. ¿Hace cuánto crees que fue?

—Más de cinco años, pues ha levantado su iglesia y ha captado a sus supersticiosos locos para llenarla, os consta.

—¿Qué hiciste? ¿Cómo salvaste a Jemmin?

—Me puse de rodillas y cerré la caja —respondió Henchick—. Fue lo único que se me ocurrió. Si dudaba aunque fuera un solo segundo creo que hubiera estado perdido, porque esa misma luz negra salía de ella. Me hacía sentir débil y... y atontado.

—Apuesto a que sí —dijo Roland con gravedad.

—Pero me moví con rapidez y cuando la tapa de la caja se cerró, la puerta se cerró de golpe. Jemmin la golpeó con los puños y gritó y rogó para que lo dejaran pasar. Entonces cayó desmayado. Lo saqué a rastras de la cueva. Los saqué a ambos a rastras. Tras un rato al aire libre, ambos recuperaron la conciencia. —Henchick levantó las manos, luego volvió a bajarlas, como para decir: «Eso es todo».

Roland intentó por última vez girar el pomo. No se movió en ninguna dirección. Pero con la bola...

—Volvamos —dijo—. Me gustaría estar en casa del padre a la hora de la cena. Eso significa que tenemos que recorrer el camino de vuelta a toda prisa hasta los caballos y cabalgar incluso más deprisa una vez que lleguemos allí.

Henchick hizo un gesto de asentimiento. Su rostro barbudo servía para ocultar las expresiones, pero Roland tuvo la impresión de que el anciano se sentía aliviado al irse de allí. Él mismo se sentía algo aliviado. ¿A quién puede gustarle escuchar gritos acusadores de una madre y un padre muertos levantándose de la oscuridad? Por no hablar de los gritos de un amigo muerto.

—¿Qué ha pasado con el aparato parlante? —preguntó Roland cuando empezaron a descender por el camino de regreso.

Henchick se encogió de hombros.

—¿Os consta la existencia de las «píleas»?

«Pilas.» Roland asintió.

—Mientras funcionaron, la máquina emitía el mismo mensaje una y otra vez, el que nos decía que teníamos que ir a la Cueva de las Voces y encontrar un hombre, una puerta y una maravilla. También se oía una canción. La tocamos una vez para el padre y él lloró. Debe preguntarle sobre ello, porque en realidad, esa es su parte de la historia.

Roland volvió a asentir.

—Entonces la píleas murieron. —El encogimiento de hombros de Henchick demostraba un cierto desprecio por las máquinas, por el mundo desaparecido, o quizá por ambos—. Las sacamos. Eran Duracell. ¿Os consta la existencia de Duracell, pistolero?

Roland hizo un gesto de asentimiento.

—Se las llevamos a Andy y le preguntamos si las podía recargar. Se las metió dentro, pero cuando salieron eran tan inservibles como antes. Andy pidió perdón. Nosotros dijimos gracias. -»-Henchick se encogió de hombros con el mismo gesto despreciativo—. Abrimos la máquina, lo hicimos con otro botón y le salió la lengua. Era así de larga. —Henchick separó las manos diez o doce centímetros—. Tenía dos agujeros. Y algo de color marrón y brillante dentro, como la cuerda. El padre lo llamó «cinta de casete».

Roland asintió.

—Quiero agradecerte el haberme traído a la cueva, Henchick, y el haberme contado todo lo que sabes.

—He hecho lo que debía —aclaró Henchick—. Y vos haréis lo que habéis prometido. ¿No es así?

Roland de Gilead asintió.

—Que Dios escoja a un ganador.

—Sea, así decimos. Habláis como si nos hubierais conocido en otra época. —Hizo una pausa, mirando a Roland con cierta perspicacia amarga—. ¿O acaso es una invención mía? Pues aquel que haya leído el buen libro puede hacer uso del vos y el vuestro hasta que los cuervos regresen al nido.

—¿Me preguntas si me hago el adulator, aquí arriba, donde nadie ha oído hablar de nosotros más que ellos? —Roland asintió señalando a la habladora oscuridad—. Tú deberías saberlo mejor que nadie, espero, pues si tú no lo sabes, es que estás mal de la cabeza.

El anciano lo pensó, luego extendió su mano nudosa y de dedos alargados.

—Bendito seáis, Roland. Es un nombre bueno y justo.

Roland extendió su mano derecha y cuando el anciano la tomó y la estrechó, Roland sintió la primera punzada de dolor profundo, donde menos quería sentirlo.

«No, todavía no. Lo sentiría menos en la otra mano. En la que todavía está sana.»

—Tal vez en esta ocasión, los lobos nos maten —dijo Henchick.

—Tal vez.

—Aun así, tal vez seamos bien hallados.

—Tal vez lo seamos—respondió el pistolero.

IX
CONCLUSIÓN DE LA HISTORIA DEL SACERDOTE
(IGNOTA)

UNO

—Las camas están listas —dijo Rosalita Muñoz cuando regresaron.

Eddie estaba tan cansado que pensó que ella había dicho algo totalmente distinto: «Hora de regar el jardín», tal vez, o «Hay cincuenta o sesenta personas que quieren conoceros y esperan en la iglesia». Al fin y al cabo, ¿quién habla de camas a las tres de la tarde?

—¿Qué? —preguntó Susannah medio adormilada—. ¿Qué has dicho, cielo? No lo he pillado muy bien. —Que las camas están listas —repitió la asistenta del padre—. Vosotros dos id donde dormisteis antes de ayer; el joven soh, a la cama del padre. Y el bilibrambo puede dormir contigo, Jake, si quieres; el padre me ha pedido que te lo diga. Él vendría a decírtelo en persona, pero es la tarde en que le toca ronda con los enfermos. Les da la comunión. —Dijo esto último con un orgullo inconfundible.

—Camas —repitió Eddie. No entendía muy bien el sentido de aquello. Miró a su alrededor, como para confirmar que todavía era media tarde, el sol seguía brillando con intensidad—. ¿Camas?

—El padre os vio en la tienda —amplió Rosalita— y pensó que querríais hacer la siesta después de hablar con todas esas gentes.

Eddie lo entendió por fin. Supuso que en algún momento de su vida debió de haberse sentido más agradecido ante un gesto de amabilidad, pero sinceramente no recordaba cuándo ni qué clase de amabilidad podría haber sido. Al principio, los que se acercaban a él cuando se sentaron en las mecedoras del porche de Took habían llegado poco a poco, en pequeños grupos vacilantes. Pero cuando nadie se volvió para tirar una piedra o disparar una bala a la cabeza de nadie —cuándo, en realidad, una animada charla y las sinceras risas dieron comienzo—, empezaron a llegar cada vez más. Cuando el goteo se convirtió en un torrente, Eddie descubrió por fin qué significaba ser un personaje público. Estaba sorprendido por lo difícil que resultaba, por lo agotador. Las gentes querían respuestas simples a miles de preguntas complejas: de dónde venían los pistoleros y adonde iban fueron las dos primeras. Algunas podían contestarse con sinceridad, pero poco a poco, Eddie se oyó a sí mismo dando respuestas evasivas, como los políticos, y escuchó a sus dos amigos hacer lo mismo. No eran del todo mentiras, sino pequeños regalos de promoción propagandística que sonaban a respuesta. Y todos querían que les mirasen directamente a la cara y oír un «que a bien tengas» que pareciese dicho de todo corazón. Incluso Acho participó; lo acariciaron una y otra vez, y lo hicieron hablar hasta que Jake se levantó, entró en la tienda y le pidió un tazón de agua a Eben Took. Ese caballero le dio una taza de metal en su lugar y le dijo que la podía rellenar en el abrevadero de enfrente. Jake se vio rodeado por las gentes del pueblo que le preguntaban constantemente, incluso cuando realizó aquella simple tarea. Acho lamió la taza hasta dejarla seca, luego se enfrentó a su propia bandada de preguntones curiosos mientras Jake volvía al abrevadero para rellenar la taza.

En total habían sido las cinco horas más largas que Eddie había pasado y pensó que jamás volvería a ver a los famosos de la misma forma. Para colmo, antes de irse por fin del porche y dirigirse de vuelta a la residencia del Viejo Amigo, Eddie calculó que debían de haber hablado con todos los habitantes del pueblo y un cuantioso número de granjeros, rancheros, vaqueros y jornaleros que vivían más allá. Los rumores corrieron deprisa: los que procedían de otro mundo estaban sentados en el porche del almacén y si uno quería hablar con ellos, ellos respondían.

Y ahora, ¡Dios santo!, esa mujer —ese ángel— hablaba de camas.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —le preguntó a Rosalita.

—El padre debería estar de vuelta a las cuatro —respondió ella—, pero no comeremos hasta las seis y eso solo si vuestro dihn vuelve a tiempo. ¿Por qué no os despierto a las cinco y media? Eso os dará tiempo de lavaros. ¿Os es de provecho?

—Sí —respondió Jake, y le dedicó una sonrisa—. No sabía que el simple hecho de hablar con las gentes fuese tan agotador.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Hay una jarra de agua fresca en la despensa.

—Tendría que ayudarte a preparar la comida —dijo Susannah, y en ese momento su boca se

abrió en un amplio bostezo.

—Sarey Adams viene a ayudarme —anunció Rosalita—, en todo caso, no es más que una comida fría. Ahora id. Descansad. Estáis derrotados, se nota.

DOS

En la despensa, Jake bebió un largo trago, luego sirvió agua en un tazón para Acho y lo llevó a la habitación del padre Callahan. Se sintió culpable por estar allí dentro (y por tener con él allí a un bilibrambo), pero los edredones del estrecho camastro de Callahan estaban retirados, la almohada estaba mullida y ambos lo llamaban. Dejó el tazón en el suelo y Acho empezó a lamer el agua con toda tranquilidad. Jake se despojó de su nueva ropa interior, luego se echó en la cama y cerró los ojos.

«Seguramente no podré dormir de verdad —pensó—, nunca se me ha dado muy bien lo de dormir la siesta, ni siquiera en la época en que la señora Shaw me llamaba Bama.»

En menos de un minuto estaba roncando con suavidad, con un brazo sobre los ojos. Acho se durmió en el suelo junto a él con el hocico apoyado sobre una pata.

TRES

Eddie y Susannah se sentaron juntos en la cama de la habitación de invitados. Eddie apenas podía creérselo: no solo una siesta, sino una siesta en una cama de verdad. No se podía pedir más lujo. No quería otra cosa que echarse, coger a Suze entre sus brazos y dormirse así, pero antes había que hablar de una cuestión. Había estado dándole vueltas todo el día, incluso durante el momento más acalorado de su politiquería.

—Suze, sobre lo del abuelo de Tian...

—No quiero oírlo —lo atajó enseguida.

Él arqueó las cejas, sorprendido. Aunque supuso que debería de haberlo imaginado.

—Podríamos hablarlo —dijo ella—, pero estoy cansada. Quiero dormir. Cuéntale a Roland lo que te dijo el viejo y cuéntaselo a Jake también si quieres, pero no a mí. Todavía no. —Se sentó junto a él, con su muslo moreno tocando el muslo blanco de él, con sus ojos marrones mirando fijamente a sus ojos color avellana—. ¿Me atiendes?

—Te atiendo muy bien.

—Digo gracias, muchas pero que muchas gracias.

Él rió, la estrechó entre sus brazos y la besó.

Y no tardaron en quedarse dormidos uno en brazos del otro y con las frentes juntas. Un rectángulo de luz ascendió a un ritmo constante por sus cuerpos a medida que el sol se ponía. El astro había regresado al verdadero oeste, al menos por el momento. Roland lo vio con sus propios ojos mientras cabalgaba lentamente por el camino hacia la rectoría del Viejo Amigo con las piernas doloridas y fuera de los estribos.

CUATRO

Rosalita salió para darle la bienvenida.

—Salve, Roland, largos días y gratas noches.

Él asintió.

—Y que tú veas el doble.

—Me consta que nos pedirás a algunas que lancemos el plato contra los lobos, cuando lleguen.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Oh... un pajarito me lo ha dicho al oído.

—Ah. Y si te lo pidiera ¿lo harías?

Ella descubrió sus dientes en una sonrisa de oreja a oreja.

—Nada en esta vida me proporcionaría mayor placer. —Los dientes desaparecieron y la sonrisa se suavizó para dar paso a una risa sincera—. Aunque tal vez nosotros dos juntos podríamos descubrir un placer que se acercaría bastante. ¿Te gustaría ver mi casita, Roland?

—Sea. ¿Y a ti te gustaría hacerme unas friegas con ese aceite mágico otra vez?

—¿Friegas es lo que quieres?

—Ea.

—¿Friegas fuertes o suaves?

—He oído que un poco de las dos calma una articulación dolorida.

Ella lo pensó, estalló en risas y le cogió de la mano.

—Ven. Mientras el sol brilla y este pequeño rincón del mundo duerme.

Él la acompañó gustoso y fue a donde lo llevó. Ella ocultaba una fuente secreta rodeada de dulce musgo y Roland se refrescó en su interior.

CINCO

Al final, Callahan regresó a eso de las cinco y media, justo cuando Eddie, Susannah y Jake se estaban despertando. A las seis, Rosalita y Sarey Adams sirvieron una cena consistente en verdura y pollo frío en el porche acristalado que se encontraba en la parte trasera de la rectoría. Roland y sus amigos comieron con apetito, el pistolero no solo comió un segundo plato, sino un tercero. Por otro lado, Callahan no hizo más que remover su comida de un lado a otro del plato. El tono moreno de su rostro le daba un cierto aspecto saludable, pero no ocultaba las oscuras ojeras que tenía. Cuando Sarey—una mujer alegre y vivaracha, rechoncha aunque de paso ligero— sacó un pedazo de tarta, Callahan se limitó, a sacudir la cabeza.

Cuando en la mesa no quedaban más que las tazas y la cafetera, Roland sacó el tabaco y el sacerdote puso cara de sorpresa.

—Sea —dijo Callahan, luego levantó la voz—: ¡Rosie, tráele al muchacho algo en lo que echar las cenizas!

—Jefe, podría estar escuchándole todo el día —dijo Eddie.

—Yo también —admitió Jake.

Callahan sonrió.

—Yo siento lo mismo con respecto a vosotros, chicos, al menos un poco.

Se sirvió media taza de café. Rosalita le trajo a Roland un tazón de cerámica para que echase las cenizas. Cuando ella se hubo marchado, el Viejo Amigo dijo:

—Debería haber terminado esta historia ayer. He pasado casi toda la noche dando vueltas en la cama, pensando en cómo contar el resto.

—¿Serviría de algo si te dijera que ya conozco una parte? —preguntó Roland.

—Seguramente no. Has subido a la Cueva de la Puerta con Henchick, ¿verdad?

—Sí. Dijo que había una canción que hablaba de una máquina que los envió allí arriba a buscarte, y que tú lloraste al oírla. ¿Es esa canción que mencionaste?

—«Someone Saved My Life Tonight», sí. Y me cuesta describir lo extraño que era estar sentado en una cabaña manni en Calla Bryn Sturgis, mirando hacia la oscuridad de Tronido y escuchando a Elton John.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Susannah—. Va mucho más adelantado que nosotros, padre. Lo último que supimos es que usted estaba en Sacramento, era mil novecientos ochenta y uno, y acababa de descubrir que su amigo había sido capturado por esos a los que llaman Hermanos de Hitler, —Paseó con seriedad la mirada desde Callahan a Jake y finalmente se detuvo en Eddie—. Tengo que decir, caballeros, que no parece que hayan hecho grandes progresos en la cuestión de la convivencia pacífica desde la época en que salí de Estados Unidos.

—A mí no me echas las culpas —dijo Jake—. Yo estaba en el colé,

—Y yo estaba colgado —arguyó Eddie.

—Está bien, yo me cargaré las culpas —dijo Callahan, y todos rieron.

—Termina tu historia —le pidió Roland—. Tal vez esta noche puedas dormir mejor.

—Tal vez lo haga —admitió Callahan. Pensó durante un instante, luego prosiguió—: Lo que recuerdo sobre el hospital, lo que supongo que todo el mundo recuerda, es el olor a desinfectante y el ruido de las máquinas. Sobre todo las máquinas. Esos «bips» que producían. Solo hay otra cosa que suena así y es el equipo que hay en la cabina de un piloto de avión. Una vez se lo pregunté a un piloto y él me dijo que el sistema de navegación hace ese ruido. Recuerdo haber pensado esa noche que debía de haber un montón de actividad de navegación en la UCI del hospital.

»Rowan Magruder no estaba casado cuando yo trabajaba en El Hogar, pero supuse que eso debía de haber cambiado, porque había una mujer sentada en la silla junto a su cama, leyendo un libro de bolsillo. Iba bien vestida, con un bonito traje verde, medias y zapatos planos. El hecho de tener que enfrentarme a ella me hizo bien; me lavé y me peiné lo mejor que pude y no había tomado una copa desde Sacramento. Pero en cuanto estuvimos de verdad cara a cara, no me sentí en absoluto bien. Veréis, estaba sentada dando la espalda a la puerta. Di un golpecito en la jamba, ella se volvió hacia mí y mi supuesta compostura se fue a paseo. Retrocedí un paso y se me cruzaron los cables. Era la primera vez desde aquella noche en que Rowan y yo visitamos a Lupe en ese mismo lugar. ¿Podéis suponer por qué?

—Por supuesto —aseguró Susannah—. Porque las piezas encajaron. Las piezas siempre encajan. Lo vemos una y otra, y otra vez. Lo que ocurre es que no sabemos cuál es la imagen.

—O no la entendemos —dijo Eddie.

Callahan hizo un gesto de asentimiento.

—Fue como mirar a Rowan, solo que tenía el pelo largo y rubio, y pechos. Era su hermana gemela. Y ella se rió. Me preguntó si creía que ella era un fantasma. Me parecía... surrealista. Como si me hubiera escabullido a uno más de esos otros mundos igual al verdadero, si es que existe, aunque no del todo igual. Sentí la loca urgencia de mirar en mi cartera y ver quién estaba en los billetes. No era solo el parecido; era su risa. Sentada allí junto a un hombre que tenía su cara, suponiendo que le quedara cara bajo todas esas vendas, y riendo.

—Bienvenido a la habitación diecinueve del Hospital Exotransito —dijo Eddie.

—¿Cómo dices?

—Solo quería decir que sé cómo se siente, Don. Todos lo sabemos. Siga.

—Me presenté y pregunté si podía entrar. Y cuando lo pregunté, volví a pensar en Barlow, el vampiro. Pensé: «Tienes que invitarlos a entrar por primera vez. Después de eso, pueden entrar y salir cuando se les antoje». Por supuesto me dijo que podía entrar. Dijo que había venido de Chicago para estar con él en lo que ella llamaba «sus horas de cierre». Luego, con esa misma voz agradable, dijo: «He sabido quién eras en cuanto te he visto. Es por la cicatriz que tienes en la mano. En sus cartas, Rowan decía que estaba bastante seguro de que en su otra vida eras un hombre religioso. Solía hablar sobre las otras vidas de la gente todo el tiempo, refiriéndose al momento en que habían empezado a beber o a consumir drogas o cuando se habían vuelto locos o las tres cosas a la vez. Ese era carpintero en su otra vida. Esa era modelo en su otra vida. ¿Acertó contigo?». Todo lo dijo con esa voz agradable. Como una mujer que te da conversación en un cóctel. Y Rowan allí tendido con la cabeza cubierta de vendas... Si hubiera llevado gafas de sol, habría parecido Claude Rains en *El hombre invisible*

»Entré. Dije que había sido religioso, sí, pero que eso era algo del pasado. Ella extendió una mano. Yo correspondí el gesto, porque, veréis, pensé que...

SEIS

Extiende una mano porque ha supuesto que ella quiere estrechársela. La voz agradable lo ha enloquecido. No se da cuenta de que lo que está haciendo en realidad Rowena Magruder Rawlings es levantar la mano, no extenderla. Al principio él ni siquiera se da cuenta de que lo han abofeteado, y lo bastante fuerte como para oír un soniquete en el oído derecho y sentir cómo se le humedece el ojo izquierdo; tiene una confusa idea de que el repentino calor que le brota en la mejilla izquierda tiene que ser una especie de absurda alergia, tal vez una reacción al estrés. A continuación, ella se aproxima a él con las lágrimas que le corren por esa extraña cara con aspecto de Rowan.

—Ve y míralo —dice—. Porque, adivina, esta es la otra vida de mi hermano. La única que le queda. Acércate bien y échale un buen vistazo. Le han sacado los ojos, le han arrancado una mejilla, y se le ven los dientes, ¡cucú! La policía me ha enseñado las fotos. No querían, pero yo los obligué. Le han hecho un agujero en el corazón, pero supongo que los médicos lo han tapado. Es el hígado lo que lo está matando. También le han hecho un agujero ahí y se está muriendo.

—Señorita Magruder, yo...

—Soy la señora Rawlings —le corrige ella—, a ti eso no te dice nada, de ninguna forma. Venga, échale un buen vistazo. Mira lo que le han hecho.

—Yo estaba en California... Me enteré por el periódico...

—Oh, estoy segura —dice ella—. Estoy segura. Pero tú eres el único al que puedo recurrir, ¿no lo entiendes? El único que estaba lo bastante cerca de él. Su otro compañero murió de la enfermedad de los maricones, y los demás no están aquí. Están comiendo comida gratis en su albergue para vagabundos, supongo, o hablando sobre lo que ha ocurrido en sus reuniones. De cómo se sienten en ellas. Bueno, reverendo Callahan, ¿o debo llamarte padre? Veo que te sientes confundido, deja que te cuente como me siento yo. Me siento... ¡Furiosa! —Sigue utilizando esa voz agradable, pero cuando él abre la boca para volver a hablar, ella le pone un dedo sobre los labios y la fuerza que ejerce presión sobre sus dientes es tanta en ese único dedo, que él desiste. ¿Dejarla hablar, por qué no? Ha pasado un año desde la última vez que escuchó una confesión, pero algunas cosas son como montar en bicicleta.

—Se graduó en la Universidad de Nueva York suma cum laude dice ella—. ¿Lo sabías? Quedó segundo en el Certamen del Premio de Poesía Beloit en mil novecientos cuarenta y nueve, ¿lo sabías? ¡Ytodavía no se había graduado! Escribió una novela, una hermosa novela, que está en mi ático acumulando polvo.

Callahan sintió que le llovía un rocío suave y cálido sobre la cara. Provenía de la boca de ella.

—Le pedí, no, le rogué, que siguiera escribiendo y él se rió de mí, dijo que no era bueno. «Eso déjaselo a los Mailer, a los O'Hará y a los Irwin Shaw —decía—, a la gente que de verdad sabe hacerlo. Yo acabaré en algún despacho de una torre de marfil, fumando una pipa de espuma de mar y con aspecto de viejo profesor.»

»Y eso habría estado bien —dice ella—, pero luego se metió en el programa de Alcohólicos Anónimos y desde allí fue fácil dar el salto al albergue para vagabundos. Y salir con sus amigos, con amigos como tú.

Callahan está sorprendido. Nunca había oído la palabra «amigos» dicha con tanto desprecio.

—Pero ¿dónde están ahora que se está hundiendo? —le preguntó Rowena Magruder Rawlings—, ¿eh? ¿Dónde están todas esas personas a las que curó, todos los articulistas de periódico que lo llamaron genio? ¿Dónde está Jane Paule? Ella lo entrevistó en el programa Today, yasabes. ¡Dos veces! ¿Dónde está esa puta Madre Teresa? En una de sus cartas contaba que la llamaban santita cuando visitó El Hogar, pues ahora podría irle bien una santa, a mi hermano le iría muy bien una santa ahora mismo, una imposición de manos, así que ¿dónde coño está?

Las lágrimas le caen por las mejillas. El pecho le sube y le baja. Es hermosa y terrible. Callahan piensa en un cuadro que una vez vio de Shiva, el dios de la destrucción hindú. No tiene suficientes brazos, piensa, y tiene que reprimir una loca y suicida necesidad apremiante de reír.

—No están aquí. Solo estamos tú y yo, ¿no? Y él. Podría haber ganado el premio Nobel de literatura. O podría haber enseñado a cuatrocientos estudiantes al año durante tres décadas. Podría haber conmovido doce mil mentes con la suya. En lugar de eso, está aquí tumbado en una cama de hospital con la cara mutilada, y necesitan un abono de su puto albergue para vagabundos para pagar su última enfermedad, si es que se le puede llamar enfermedad al hecho de que te corten en trozos, el ataúd y el entierro.

Ella lo mira, a cara descubierta y sonriendo, con las mejillas brillantes por la humedad y restos de moco colgando de la nariz.

—En su otra vida anterior, padre Callahan, era el Ángel Callejero. Esta es su última otra vida. Elegante, ¿verdad? Voy a ir al bar que está al final del pasillo a por un café y un pastelito. Me quedaré allí un par de minutos más o menos. Es tiempo más que suficiente para que hagas tupequeña visita. Hazme un favor y vete antes de que vuelva. Tú y todos los demás hacedores de buenas obras me ponéis enferma.

Ella se va. Sus cómodos y prácticos zapatos planos se van taconeando por el pasillo. En el momento en que han desaparecido por completo y lo han dejado a él con el constante bip de las

máquinas, Callahan se da cuenta de que está temblando. No cree que sea el principio del delirium tremens, pero ¡Dios santo!, eso parece.

Cuando Rowan habla desde debajo de su apretado velo de vendas, Callahan está a punto de gritar. La voz de su viejo amigo es bastante pastosa, pero Callahan no tiene problemas para entenderlo.

—Ha soltado ese sermón por lo menos ocho veces en lo que va de día y no se molesta en contarle a nadie que el año que quedé segundo en Beloit solo participaron cuatro personas. Supongo que la guerra sacaba mucha poesía de los chicos. ¿Qué te cuentas, Don?

La dicción es mala, la voz que la produce es un mero ruido áspero, pero es Rowan, seguro. Callahan se dirige hacia él y toma las manos que sé encuentran sobre el cubrecama. Se aferran a las suyas con firmeza.

—En cuanto a la novela... tío, era un James Jones de tercera, y eso es malo.

—¿Cómo estás, Rowan? —pregunta Callahan. Ahora es él quien llora. La maldita habitación pronto estará flotando.

—Oh, bien, bastante colgado —dice el hombre de debajo de las vendas. A continuación añade—; Gracias por venir.

—Nilo menciones —responde Callahan—. ¿Qué necesitas de mí, Rowan? ¿Qué puedo hacer?

—Puedes quedarte lejos de El Hogar —responde Rowan. Su voz se apaga, pero sus manos siguen aferradas a las de Callahan—. Ellos no me quieren. Eras tú al que perseguían. ¿Lo entiendes, Don? Te buscaban a ti. No paraban de preguntarme dónde estabas, y al final se lo habría dicho de haberlo sabido, créeme. Pero, claro, no lo hice. Una de las máquinas empieza a hacer ruido de forma más apresurada, los bips se funden en una mezcla que activará una alarma. Callahan no tiene forma de saberlo, pero lo sabe de todas formas. De algún modo.

—Rowan, ¿tenían los ojos rojos? ¿Llevaban... no sé... unos chaquetones largos? ¿Cómo gabardinas? ¿Llegaron en cochazos elegantes?

—Nada de eso —susurra Rowan—. Debían de tener unos treinta años, pero vestían como adolescentes. Y parecían adolescentes. Esos tipostendrán aspecto de quinceañeros durante otros veinte años, si es que viven tanto tiempo, y luego envejecerán de golpe.

Callahan piensa: «No eran más que un par de gamberros. ¿Eso es lo que está diciendo? Sí que lo es, casi seguro que lo es, pero eso no quiere decir que los Hermanos de Hitler no fueran contratados por los hampones para este trabajo en particular. Tiene sentido. Incluso el artículo del periódico, pese a lo breve que era, decía que Rowan Magruder no era la típica víctima de los Hermanos».

—Mantente alejado de El Hogar —susurra Rowan, pero antes de que Callahan pueda prometerlo, la alarma se activa tal como había previsto. Durante un instante, las manos que se aferran a las suyas lo cogen con más fuerza y Callahan siente un espectro de la antigua energía de ese hombre, esa energía feroz y salvaje que de alguna forma había mantenido las puertas de El Hogar abiertas pese a que las cuentas del banco siempre estaban en números rojos, la energía que atraía a los hombres que podían hacer cualquier cosa que Rowan Magruder no podía hacer.

La habitación empieza a llenarse de enfermeras, hay un médico de rostro arrogante pidiendo a gritos el historial del paciente, y bastante deprisa regresará la hermana gemela de Rowan, esta vez, posiblemente escupiendo fuego. Callahan decide que ha llegado la hora de largarse de esa jaula de grillos, y de la jaula de grillos aún más grande que es la ciudad de Nueva York. Por lo visto, los hampones siguen interesados en él, muy interesados, de hecho, y si tienen una base de operaciones, probablemente esté justo aquí, en la ciudad de la Diversión, sita en Estados Unidos. En consecuencia, el regreso a la costa Oeste sería una idea excelente. No puede permitirse otro billete de avión, pero tiene suficiente efectivo para coger el autobús de la compañía del perrazo gris. Tampoco sería la primera vez que lo hace. Otro viaje al Oeste, ¿por qué no? Se ve a sí mismo con absoluta claridad, el hombre del asiento 29-C: un paquete de cigarrillos nuevos, sin abrir, en el bolsillo de la camisa; una botella sin abrir de Early Times en una bolsa de papel; la

nueva novela de John D. MacDonald, también nueva y sin abrir, sobre su regazo. A lo mejor estará en la vertiente más lejana del Hudsony de camino a Fort Lee, bien entrado el capítulo uno y tomándose la segunda copa antes de que apaguen para siempre las máquinas de la habitación 577 y su viejo amigo salga a la oscuridad hacia lo que sea que nos espere allí.

SIETE

—Quinientos setenta y siete —repitió Eddie.

—Diecinueve —dijo Jake.

—¿Disculpa? —volvió a preguntar Callahan.

—Cinco, siete y siete —dijo Susannah—. Súmelos y obtendrá diecinueve.

—¿Eso significa algo?

—Júntelos todos, se forma la palabra madre, una palabra que lo es todo para mí —dijo Eddie con una sonrisa sentimental.

Susannah no le hizo caso.

—No lo sabemos —contestó—. ¿No se fue de Nueva York, verdad? Si lo hubiera hecho, jamás habría conseguido eso. —Señaló la cicatriz de su frente.

—Oh, me fui —dijo Callahan—. Pero no tan pronto como pretendía. Mi intención cuando salí del hospital era realmente volver a la terminal de Port Authority y comprar un billete para el autobús Cuarenta.

—¿Qué es eso? —preguntó Jake.

—Es una expresión de los vagabundos para hablar de la distancia más lejana a la que se puede llegar. Si te compras, un billete para Fairbanks, en Alaska, coges el autobús Cuarenta.

—Aquí eso es el autobús Diecinueve —dijo Eddie.

—Mientras caminaba me puse a pensar en los viejos tiempos. Algunos momentos fueron divertidos, como aquella vez en que unos cuantos chicos de El Hogar montaron un circo. Otros momentos fueron terroríficos, como una noche justo antes de cenar en que un tío le dijo a otro «Deja de sacarte los mocos, Jeffy, me estás poniendo enfermo», y Jeffy dijo: «¿Por qué no me los sacas tú con esto, amiguito?», y se sacó una navaja enorme de hoja retráctil, y antes de que ninguno de nosotros se pudiera mover ni imaginar siquiera qué estaba ocurriendo, Jeffy le rajó el pescuezo al otro tío. Lupe se puso a chillar y yo grité «¡Jesús! ¡Jesús bendito!», y la sangre se esparció por todas partes porque le había cortado la carótida al chico, o a lo mejor era la yugular, y entonces Rowan salió corriendo del baño con los pantalones en una mano y un rollo de papel higiénico en la otra y ¿sabéis lo que hizo?

—Utilizó el papel —dijo Susannah.

Callahan sonrió. Eso le hizo parecer más joven.

—Cagüenla... Puedes apostar a que lo hizo. Empapó todo el rollo justo por donde salía la sangre y le dijo a gritos a Lupe que llamara al doscientos once, que era el teléfono de urgencias en aquella época. Yo estaba allí de pie, viendo cómo el papel higiénico blanco se volvía rojo, mientras la sangre iba abriéndose paso hacia el canutillo de cartulina. Rowan dijo «Piensa que se trata del corte de afeitado más grande del mundo», y empezamos a reír. Reímos hasta que nos saltaron las lágrimas.

»He pensado en muchos de los momentos pasados, sea. Los buenos, los feos y los malos. Recuerdo, vagamente, haber parado en el Mercado Smiler y haber comprado un par de latas de Bud metidas en una bolsa de papel. Me bebí una y seguí caminando. No pensaba adonde iba a ir, no de forma consciente, al menos, pero mis pies deben de tener mente propia, porque de pronto eché un vistazo a mi alrededor y estaba justo delante del lugar donde solíamos ir a cenar si teníamos fondos, como suele decirse. Estaba en la Segunda con la Cincuenta y dos.

—Chew Chew Mama's—dijo Jake.

Callahan lo miró realmente maravillado, luego miró a Roland.

—Roland, tus chicos empiezan a asustarme un poco.

Roland se limitó a retorcer los dedos con el viejo gesto: «Continúa, compañero», quiso decir.

—Se me ocurrió entrar y pedir una hamburguesa por los viejos tiempos —prosiguió Callahan—. Y mientras estaba comiendo, decidí que no quería irme de Nueva York sin echar

aunque fuera un vistazo por la ventana de la fachada de El Hogar. Podría quedarme en la calle de enfrente, como en la época en la que me pasaba por allí después de que Lupe muriese. ¿Por qué no? Allí jamás me habían molestado. Ni los vampiros, ni tampoco los hampones. —Los miró—. No puedo decir si en realidad lo creía. O si era una especie de engaño mental retorcido y suicida. Puedo recordar muchas cosas de las que sentí aquella noche, lo que dije y cómo pensaba, pero eso no.

»En cualquier caso, jamás llegué a El Hogar. Pagué y seguí caminando hasta la Segunda avenida. El Hogar estaba en la Primera con la Cuarenta y siete, pero no quería ir directamente. Así que decidí ir hasta la Primera con la Cuarenta y seis y cruzar desde allí.

—¿Por qué no hasta la Cuarenta y ocho? —le preguntó Eddie con toda tranquilidad—. Podría haber girado en la Cuarenta y ocho, eso habría sido más directo. Se ahorra pasar dos veces por la misma manzana.

Callahan consideró la pregunta, luego sacudió la cabeza.

—Si había una razón, no la recuerdo.

—Había una razón —dijo Susannah—. Quería pasar por el solar vacío.

—¿Por qué iba yo a...?

—Por la misma razón que la gente quiere pasar por la pastelería cuando sacan las rosquillas del horno —dijo Eddie—. Algunas cosas son agradables, eso es todo.

Callahan escuchó aquello con incredulidad, luego se encogió de hombros.

—Si tú lo dices.

—Lo digo, sai.

—En cualquier caso, yo seguía caminando, tomándome la cerveza a sorbos. Casi había llegado a la Segunda con la Cuarenta y seis cuando...

—¿Qué había allí? —preguntó Jake, ansioso—. ¿Qué había en esa esquina en el año mil novecientos ochenta y uno?

—No lo... —empezó a decir Callahan, y luego se detuvo—. Una valla —dijo—. Una valla bastante alta. De unos tres metros o tres metros y medio.

—No era por la que trepamos —le dijo Eddie a Roland—. No a menos que haya crecido un metro y medio ella solita.

—Había un dibujo —comentó Callahan—. Eso lo recuerdo. Una especie de mural callejero, pero no vi lo que era, porque las farolas de la esquina estaban apagadas. Y de pronto me dio la sensación de que algo no marchaba bien, se me disparó una alarma en la cabeza. A decir verdad, era muy parecida a la que había atraído a toda esa gente a la habitación de Rowan en el hospital. De pronto no me creía dónde estaba; era de locos. Pero al mismo tiempo estoy pensando que...

OCHO

Al mismo tiempo está pensando: «No pasa nada, son solo un par de luces apagadas, eso es todo, si hubiera vampiros los habrías visto y si hubiera habido hampones habrías oído las campanillas y habrías olido a cebolla rancia y a metal caliente». De todos modos, decide abandonar la zona y de inmediato. Haya campanillas o no, hasta el último nervio de su cuerpo se pone de punta, chisporrotea y crepita.

Se vuelve y hay dos hombres justo detrás de él. Durante un espacio de segundos se sienten tan sorprendidos por su abrupto cambio de dirección que seguramente podría haber salido pitando entre ambos como un defensa entrado en años y retroceder a toda prisa hasta la Segunda avenida. Pero él también está sorprendido y durante unos segundos más, los tres se quedan allí de pie, mirando.

Hay un Hermano de Hitler pequeño y un Hermano de Hitler grande: El pequeño no mide más de uno cincuenta y ocho. Lleva una camisa holgada de batista sobre pantalones de sport de color negro. En la cabeza lleva una gorra de béisbol puesta del revés. Los ojos son tan negros como gotas de alquitrán y su color de piel es enfermizo. Callahan piensa de inmediato que se llama Lennie. El grande puede que mida dos metros, lleva una sudadera de los Yanhees, tejanos azules y zapatillas de deporte. Tiene un bigote de color rubio rojiza. Lleva una riñonera, pero la lleva puesta por delante, así que en realidad es una «barriguera». Callahan lo llama George.

Callahan se vuelve, planea huir hacia la Segunda avenida si tiene verde el semáforo o si puede evitar los embotellamientos. Si eso no es posible, irá hacia la cañe Cuarenta y seis hasta el hotel Plaza de las Naciones Unidas y se esconderá en el vestíbu...

El grande, George, lo coge por la camisa y tira de él hacia atrás por el cuello. El cuello se desgarrá, pero por desgracia no lo suficiente para liberarlo.

—De eso nada, monada —dice el pequeño—. De eso nada. —Luego se mueve rápidamente hacia delante, raudo como un insecto, y antes de que Callahan entienda lo que está pasando, Lennie ha llegado a su entrepierna, le ha cogido los testículos y se los ha estrujado con violencia. El dolor es inmediato e intenso, un malestar hiriente como plomo líquido.

—¿Ta gustao, follanegros? —le pregunta Lennie con un tono que parece transmitir verdadera preocupación, que parece decir: «Queremos que esto signifique tanto para ti como significa para nosotros».

Luego vuelve a tirar hacia delante de los testículos de Callahan y el dolor se triplica. Unos dientes de sierra enormes y marrones se clavan en el vientre de Callahan y él piensa: «Me los va a arrancar, ya los ha estrujado hasta convertirlos en gelatina y ahora me los va a arrancar de cuajo, solo los aguanta un poco de piel suelta y él va a...».

Empieza a gritar y George le pone una mano en la boca.

—¡Para! —le gruñe a su compañero—. Estamos en la puta calle, se te ha olvidado?

Incluso mientras el dolor lo está matando, Callahan está pensando en lo extraño de la situación por ser inversa a lo normal: George es el Hermano de Hitler mayor que está al mando, no Lennie. George es el Hermano de Hitler listo. Desde luego no es la forma en que lo habría escrito Steinbeck.

Entonces, oye un zumbido procedente de su lado derecho. Al principio cree que son las campanillas, pero el zumbido es tenue. Aunque también intenso. George y Lennie lo oyen y no les gusta.

—¿Qué coño es eso? —pregunta Lennie—. ¿Has oído?

—No sé. Vamos a volver a llevarlo a ese sitio. Y quítale las manos de las pelotas. Luego podrás tirar de ellas todo lo que quieras, pero ahora límitate a ayudarme.

Se sitúan uno a cada lado de Callahan y enseguida se ve transportado en volandas por la Segunda avenida. La enorme valla de tablones queda justo a su derecha. Ese intenso y tenue zumbido proviene del otro lado. «Si pudiera saltar esa valla, estaría a salvo», piensa Callahan. Hay algo ahí, algo poderoso y bueno. No se atreverían ni acercarse a ello.

Tal vez sea así, pero duda que pueda escabullirse saltando una valla de tablones de tres metros de alto aunque las pelotas no le estuvieran enviando tremendas descargas en su propio y doloroso código Morse, aunque no las sintiera doloridas en el interior de sus calzoncillos. De repente, la cabeza le cae hacia delante y vomita un montón de comida a medio digerir sobre la pechera de la camisa y los pantalones. Siente cómo se filtra el vómito hasta tocarle la piel, cálido como el pis.

Dos parejas jóvenes, evidentemente juntas, pasan caminando en la otra dirección. Los muchachos son corpulentos, podrían barrer las calles con Lennie e incluso darle a George una buena lección para quitarle el dinero si se unían para atacarlo, pero en ese preciso instante miran con asco y está claro que lo único que quieren es alejar a sus chicas de Callahan lo más rápido posible.

—Es que ha bebido más de la cuenta —dice George, sonriendo con compasión, y luego añade—: ¡Dios santo! Ocurre hasta en las mejores familias.

«¡Son los Hermanos de Hitler! —intenta gritar Callahan—. ¡Estos tíos son los Hermanos de Hitler! ¡Han matado a mi amigo y ahora me van a matar a mí! Llamen a la policía.» Pero, por supuesto, no le sale ni una palabra, como suele ocurrir en las pesadillas de esta clase, y las parejas no tardan en alejarse caminando en dirección contraria. George y Lennie continúan arrastrando a Callahan con brío por la manzana de la Segunda avenida entre la Cuarenta y seis y la Cuarenta y siete. Apenas toca el asfalto con los pies. La hamburguesa con queso de Chew Mama's echa vapor sobre su camisa. Oh, Dios, incluso puede oler la mostaza que le había

puesto.

—Déjame verle la mano —dice George mientras se acercan al siguiente, cruce, y cuando Lennie coge la mano izquierda de Callahan, George dice—: No, cabeza de melón, la otra.

Lennie tira de la mano derecha de Callahan. Callahan no podría detenerlo ni aunque lo intentase. Le han llenado la entrepierna de cemento caliente y húmedo. Mientras tanto, parece que el estómago se le estremece, en el fondo de la garganta, como un animal pequeño y asustado.

George mira, la cicatriz de la mano derecha de Callahan y asiente.

—Sí, es él, lo tenemos. Asegurarse no está de más. Venga, vayámonos, padre. Paso ligero, jop, jop.

Cuando llegan a la Cuarenta y siete, lo arrastran por el callejón principal. Bajando a la izquierda hay una laguna de blanca luz: El Hogar. Incluso puede ver un par de siluetas con los hombros inclinados; hombres que están en la esquina, hablando y fumando. Puede que incluso conozca a algunos de ellos, piensa confundido. Seguramente los conoce.

Pero no llegan hasta allí. A menos de un cuarto de la manzana, entre la Segunda avenida y la Primera, George arrastra a Callahan por la puerta de una fachada ciega con un letrero de SE VENDE O SE ALQUILA en sus dos ventanas tapiadas. Lennie se limita a rodearlos, como un terrier juguetón en torno a una pareja de vacas que se mueven a cámara lenta.

—Te voy a follar vivo, follanegros —va canturreando—. Nos hemos cepillado a miles como tú, nos cepillaremos a un millón antes de acabar, podemos atrapar a cualquier negrata, incluso cuando el negrata es una vaca, eso es de una canción que estoy escribiendo, se titula «Cargarse a todos los maricones follanegros», se la voy a enviar a Merle Haggard cuando la haya terminado, es el mejor, es el que le dije a todos esos hippies que se fueran a hacer de okupas y a cagarse en sus sombreros, el puto Merle para presidente de Estados Unidos. Tengo una Mustang trescientos ochenta y tengo la Luger de Goering, ¿lo sabías, follanegros?

—Cierra el pico, skin de mierda —ordena George, pero habla con un tono realmente ausente como si reservase su verdadera atención para encontrar la llave que quiere en un repleto llavero y luego abrir la puerta del edificio vacío por dentro. Callahan piensa: «Para él, Lennie es como la radio que siempre está sonando en un taller o en la cocina de un restaurante de comida rápida, ya ni siquiera lo oye, forma parte del ruido de fondo».

—Lo que tú digas, Nort —dice Lennie y entonces sigue—: La puta Luger del puto Goering, eso es, y puede que te vuele las pelotas con ella, porque nosotros sabemos qué estáis haciendo de verdad los putos follanegros como vosotros en este país, ¿a qué sí, Nort?

—Ya te lo dije, nada de nombres —dice George/Nort, pero habla con indulgencia y Callahan sabe por qué: jamás será capaz de dar ni un solo nombre a la policía, no si las cosas salen como esos dos mamones planean.

—Lo siento, Nort, pero estos follanegratas y los putos intelectuales judíos son los que están jodiendo este puto país, así que quiero que pienses en eso cuando te arranque las putas pelotas del puto escroto...

—Las pelotas son el escroto, tonto del culo —dice George/Nort con una extraña voz infantil y exclama—: ¡Bingo!

La puerta se abre. George/Nort tira de Callahan y pasa a través de ella. La fachada es como una peste aturdidora de lejía, jabón y almidón. Gruesos cables y tuberías salen de dos de las paredes. Se ven cuadrados más limpios en los muros donde alguna vez estuvieron las lavadoras y secadoras de monedas. En el suelo hay un cartel que apenas puede leer en la oscuridad: LAVARROPÍA DE TURTLE BAY, USTED LAVA O LAVAMOS NOSOTROS, PERO LA ROPA SIEMPRE SALE CON UNA CARA NUEVA.

«Todo sale de aquí con una cara nueva, sí», piensa Callahan. Cuando se vuelve hacia ellos no le sorprende mucho ver a George/Nort apuntándole con una pistola. No es la Luger de Hermann Goering, a Callahan le parece más bien la típica del 32 barata que te compras por sesenta dólares en el distrito residencial de la ciudad, pero está seguro de que servirá. George/Nort abre la riñonera sin apartar los ojos de Callahan, ya lo ha hecho antes, los dos lo han hecho, son manos expertas, viejos lobos con muchas tablas, y saca un rollo de cinta aislante. Callahan recuerda que

Lupe dijo una vez que Estados Unidos se hundiría en una semana si no tuviera cinta aislante. «El arma secreta», lo llamaba él. George/Nort le pasa el rollo a Lennie, quien lo coge y lo lleva hacia Callahan con esa misma velocidad de insecto.

—*Ponte las manos adetrás, aborto de negro* —dice Lennie.

Callahan no lo hace.

George/Nort menea la pistola delante de él.

—*Hazlo o te meto una en bs tripas, papi. No has sentido nunca un dolor así, te lo garantizo.*

Callahan obedece. No tiene alternativa. Lennie se sitúa a toda prisa detrás de él.

—*Ajunta las manos, aborto de negro* —ordena Lennie—. *¿Es que no sabes cómo se hace esto? ¿Es que no lo has visto en las pelis?* —*Se ríe como un chalado.*

Callahan junta las muñecas. Se oye un ligero gruñido mientras Lennie tira de la cinta aislante y empieza a atarle los brazos a la espalda. Permanece de pie respirando profundamente bocanadas de polvo y lejía, y el reconfortante y en cierta forma infantil aroma del suavizante.

—*¿Quién te ha contratado?* —le pregunta a George/Nort—. *¿Han sido los hampones?*

George/Nort no responde, pero a Callahan le parece que parpadea. En el exterior, el tráfico circula a reventar. Pasan unos cuantos peatones. *¿Qué ocurriría si gritase? Bueno, supone que conoce la respuesta, ¿no es así? La Biblia dice que el sacerdote y los levíticos pasaron junto al hombre herido y no escucharon sus gritos, «sino cierto samaritano ... que se apiadó de él».* Callahan necesita un buen samaritano, pero en Nueva York escasean.

—*¿Tenían los ojos rojos, Nort?*

Los ojos de Nort vuelven a pestañear, pero el cañón de la pistola sigue apuntando al entrecejo de Callahan, firme como una roca.

—*¿Conducían cochazos elegantes? Sí, ¿verdad? ¿Y cuánto crees que valdrá tu vida y la de este mierda en cuanto... ?*

Lennie vuelve a cogerlo por las pelotas, se las estruja, se las retuerce, tira de ellas hacia abajo como si fueran estores. Callahan grita y se le nubla la vista. La fuerza abandona sus piernas y se le doblan por completo las rodillas.

—*¡Y... ha caído!* —grita Lennie con regocijo—. *¡Mojamé Alí ha caído! ¡La gran promesa blanca ha apretado el gatillo contra ese bocazas negrata y lo ha tirado a la lona! ¡No me lo puedo creeeeeeer!*

Está imitando al famoso locutor deportivo Howard Coselly y lo hace tan bien que incluso en su agonía a Callahan le entran ganas de reír. Escucha otro tremendo desgarrón y se da cuenta de que le están atando los tobillos.

George/Nort trae una mochila que hay en un rincón. La abre y saca del interior una máquina Polaroid de un solo disparo. Se reclina sobre Callahan y de pronto el mundo se vuelve deslumbrante. Inmediatamente después, Callahan no ve nada más que siluetas fantasmales detrás de una bola azul en el centro de su visión. De allí procede la voz de George/Nort.

—*Recuérdame que saque otra después. Querían dos.*

—*Sí, Nort, sí.*

Ahora la voz del pequeño parece casi rabiosa de la emoción y Callahan piensa que el verdadero dolor está a punto de comenzar. Recuerda una vieja canción de Dylan «A Hard Rain's A-Gonna Fall», y piensa: «Le pega a la situación. Seguro que más que "Someone Saved My Life Tonight"».

Está rodeado por un vaho de ajo y tomates. Alguien ha cenado comida italiana, seguramente mientras abofeteaban a Callahan en el hospital. Una silueta emerge de la luminosidad. Es el grandullón.

—*A ti no te importa quién nos haya contratado* —dice George/ Nort—. *Lo que importa es que nos han contratado y lo único que le puede importar a los demás, padre, es que no eres más que otro follanegratas como ese tal Magruder y los Hermanos de Hitler te van a dejar fuera de circulación. La mayoría de las veces lo hacemos por vocación, aunque lo haremos por un dólar, como cualquier norteamericano decente. —Hace una pausa y entonces llega la estupidez última y existencial—: Somos famosos en Queens, ¿sabes?*

—*Que te jodan* —dice Callahan, y a continuación todo el lado derecho de la cara le explota de agonía. Lennie lo ha pateado con una bota con punta de acero, le ha roto la mandíbula en cuatro partes.

—*Bonito lenguaje* —oye decir a Lennie levemente desde el enloquecido universo en el que Dios claramente ha muerto y yace apestando en el suelo de un cielo saqueado—. *Bonito lenguaje para un padre.* —Luego sube el tono de la voz, se convierte en el ruego excitado y suplicante de un niño—: *Déjame a mí, Nort. ¡Venga, Nort! ¡Déjame! ¡Quiero hacerlo!*

—*Ni hablar*—contesta George/Nort—. *Yo hago las esvásticas de la frente, tú siempre la cagas. Tú puedes hacer las de las manos, ¿vale?*

—*¡Está atado! ¡Tiene las manos tapadas con esa jodida...!*

—*Cuando esté muerto* —explica George/Nort con una horrible paciencia—. *Le desataremos las manos cuando esté muerto y podrás...*

—*Nort, por favor... Haré eso que te gusta. ¡Y escucha!* —La voz de Lennie se agudiza—. *¡Te diré algo! Si empiezo a cagarla, me lo dices y paro. Por favor, Nort, por favor...*

—*Bueno...* —Callahan también ha oído ese tono antes. El del padre indulgente que no puede negarle algo al hijo favorito, aunque algo retrasado—: *Bueno, está bien.*

Se le está aclarando la visión. Le pide a Dios que no sea así. Ve a Lennie sacar una linterna de la mochila. George ha sacado un bisturí plegado de la riñonera. Se intercambian las herramientas. George apunta la linterna al rostro de Callahan que rápidamente adopta un gesto de dolor. Callahan se estremece y entrecierra los ojos. La visión le alcanza para ver que Lennie juguetea con el bisturí entre sus diminutos aunque diestros dedos.

—*¡Esto va a estar muy bien!* —grita Lennie. *Está cautivado por la emoción—. ¡Esto va a estar muy pero que muy bien!*

—*Tú no la cagues* —le advierte George.

Callahan piensa: «Si esto fuera una película, el séptimo de caballería llegaría justo ahora. O la poli. O el puto Sherlock Holmes de los cojones en la máquina del tiempo de H. G. Wells».

Pero Lennie se arrodilla delante de él, con una erección bastante evidente, y la caballería no ha aparecido. Se acerca hacia él con el bisturí desplegado y la poli no llega. Callahan no huele a ajo y tomates en este tío, sino a sudor y a cigarrillos.

—*Espera un segundo, Bill* —dice George/Nort—. *Tengo una idea, deja que te lo dibuje primero. Llevo un lápiz en el bolsillo.*

—*¡A la mierda!* —musita Lennie/Bill.

Extiende el bisturí. Callahan ve la cuchilla afilada temblar a medida que la emoción del hombrecillo se transmite hasta ella y luego desaparece de su campo de visión. Algo frío le pasa por la frente, luego se vuelve caliente y Sherlock Holmes no aparece. La sangre le cae a los ojos, le nubla la visión y no aparecen ni James Bond, ni Perry Mason, ni Travis McGee, ni Hércules Poirot, ni la putísima señorita Marple.

La alargada cara blanca de Barlow se le aparece en la mente. El cabello del vampiro flota en torno a su cabeza. Barlow se acerca: «Vamos, falso sacerdote —está diciendo—, aprende de una verdadera religión». Se producen dos sonidos secos y concisos mientras los dedos del vampiro rompen los brazos de la cruz que le regaló su madre.

—*Oh, puto imbécil* —grita George/Nort—, *eso no es una esvástica, ¡es una puñetera cruz! Dame eso.*

—*Para ya, Nort, dame una oportunidad, ¡ya he terminado!*

Son un par de crios peleándose encima de él mientras le duelen las pelotas y la mandíbula rota le cuelga y tiene la visión nublada por la sangre. Piensa en todas esas discusiones de los setenta sobre si Dios estaba muerto o no, y sobre Jesucristo... ¡Que lo miren a él! ¡Que lo miren! ¿Cómo puede haber dudas?

Y es entonces cuando llega el séptimo de caballería.

NUEVE

—*¿A qué te refieres exactamente?* —preguntó Roland—. *Me gustaría escuchar esa parte con todo detalle.*

Seguían sentados a la mesa del porche, pero la comida había terminado, el sol se había puesto y Rosalita había sacado los fogariles. Callahan había puesto su historia en conocimiento de todos hacía tiempo suficiente como para pedirle que los acompañase y así lo había hecho Rosalita. Detrás de las persianas, en el oscuro patio de la rectoría, zumbaban los insectos, sedientos de luz.

Jake leyó la mente del pistolero. Y, al sentirse impaciente de pronto con tanto secretismo, hizo la pregunta él mismo:

—¿Éramos nosotros el séptimo de caballería, padre?

Roland puso cara de sorpresa y, acto seguido, de verdadero asombro. Callahan se limitó a parecer sorprendido.

—No —respondió—. No lo creo.

—No los viste, ¿verdad? —preguntó Roland—. Jamás llegaste a ver a la gente que te rescató.

—Os he dicho que los Hermanos de Hitler tenían una linterna —aclaró Callahan—. He dicho la verdad. Pero esos otros tipos, los del séptimo de caballería...

DIEZ

Quienquiera que sean, tienen un reflector. Inunda la lavarropía abandonada con un brillo más intenso que el del flash de la Polaroid barata, y a diferencia de la luz de la cámara, es constante. George/Nort y Lennie/Bill se tapan los ojos. Callahan se los tapanía si no tuviera los brazos atados a la espalda con cinta aislante.

—Nort, ¡tira la pistola! ¡Bill, tira el bisturí! —La voz que procede de la enorme luz es aterradora porque está aterrada. Es la voz de alguien que sería capaz de hacer cualquier cosa—. Voy a contar hasta cinco y luego voy a dispararos a los dos, que es lo que os merecéis. —Y luego la voz de detrás de la luz empieza a contar no con lentitud y solemnidad, sino con una alarmante velocidad—. Unodostrescuatro...

Es como si el poseedor de la voz quisiera disparar, como si quisiera darse prisa y acabar con las puñeteras formalidades. George/Nort y Lennie/Bill no tienen tiempo de pensar en las alternativas. Tiran la pistola y el bisturí, y la pistola se dispara cuando golpea contra el polvoriento linóleo, se oye un ruidoso bang como el de la pistola de un niño que ha sido cargada con fulminantes de doble carga. Callahan no tiene ni idea de adonde va a parar la bala. A lo mejor se le ha metido dentro. ¿La sentiría si fuera así? Lo duda.

—¡No dispaes! ¡No dispaes! —chilla Lennie/Bill—. Nosotros no, nosotros no, nosotros no. —No ¿qué? Al parecer, Lennie/Bill no lo sabe.

—Manos arriba. —Es otra voz, pero también procede del destello de aspecto solar de la luz—. ¡Bien levantadas! Ahora mismo, putos bastardos.

Las manos salen disparadas hacia arriba.

—¡No, olvidaos de eso! —dice el primero. Puede que sean unos tipos geniales, Callahan está deseando sin duda incluirlos en su lista de felicitaciones de Navidad, pero está claro que no han hecho esto antes—. ¡Zapatos fuera! ¡Pantalones fuera! ¡ya! ¡Ahora mismo!

—Pero qué coño... —empieza a decir George/Nort—. ¿Sois la poli? Si sois la poli, tenéis que leernos nuestros derechos, la puta amonestación Miranda...

Desde detrás de la luz deslumbrante asoma una pistola. Callahan ve un destello anaranjado de fuego. Probablemente sea una pistola, aunque en comparación con la modesta arma de saloon del calibre 32 de los Hermanos de Hitler es como un halcón en comparación con un colibrí. la detonación es estruendosa y va inmediatamente seguida por un crujido de yeso y una nube de polvo viciado. George/Nort y Lennie/Bill gritan a la vez. Callahan cree que uno de sus rescatadores, posiblemente el que no ha disparado, también grita.

—¡Zapatos fuera y pantalones fuera! ¡Ya! ¡Ya! ¡Será mejor que os los quitéis antes de que cuente hasta treinta o estáis muertos!. Unodostrescuatrocín...

Una vez más, la veloz cuenta no deja tiempo para consideraciones, ni que decir tiene para reproches. George/Nort hace el amago de sentarse y la Voz Número Dos dice:

—Si ossentáis, os matamos.

Así que los Hermanos de Hitler se tambalean en torno al morral, la Polaroid, la pistola y la

linterna como grullas taradas y se quitan el calzado mientras la Voz Número Uno sigue su conteo con ritmo vertiginoso de suicidio. Los zapatos salen volando y los pantalones bajan. A George le van los gayumbos mientras que Lennie prefiere el modelo sucinto y con manchurrón de pis. No queda ni rastro de la erección de Lennie; la erección de Lennie ha decidido tomarse el resto de la noche libre.

—*Ahora, salid—dice la Voz Numera Uno.*

George se dirige hacia la luz. Su sudadera de los Yankees le llega hasta los calzoncillos, que le caen casi hasta las rodillas. Todavía lleva la riñonera. Tiene las pantorrillas muy musculosas, pero le tiemblan. El rostro de George se alarga pues acaba de descubrir algo con consternación.

—*Escuchad, chicos —dice—, si salimos de aquí sin haber acabado con este tío, nos matarán. Son unos tíos muy malos...*

—*Escucha, gilipollas, si no habéis salido de aquí cuando haya contado hasta diez —dice la Voz Número Uno—, os mataré yo mismo.*

A lo que la Voz Número Dos añade, con una suerte de desprecio histérico:

—*Gai cocknif en yom, cobardes hijos de puta, que os quedéis, o que os disparemos, ¿a quién le importa?*

Más tarde, tras repetirles la frase a un montón de judíos que se limitan a sacudir la cabeza desconcertados, Callahan conocerá por casualidad a un anciano en Topeka que le traduce gai cocknif en yom. Significa: por mí como si os ponéis a escupir en el mar.

La Voz Número Uno vuelve a recitar de un tirón:

—*Unodostrescuatro...*

George/Nort y Lennie/Bill intercambian una mirada caricaturesca de indecisión y a continuación corren hacia la puerta en paños menores. El enorme reflector se vuelve para seguirlos. Han salido; se han ido.

—*Sigúelos —dice la Voz Número Uno con brusquedad a su compañero—. Por si se les ocurre volver...*

—*Sí, sí —dice la Voz Número Dos, y se aleja.*

La brillante luz se apaga.

—*Ponte boca abajo—ordena la Voz Número Uno.*

Callahan intenta decirle que no cree que pueda hacerlo, que siente que tiene las pelotas del tamaño de teteras, pero lo único que le sale de la boca es una pasta por la mandíbula rota. Se compromete a tumbarse sobre el costado izquierdo cuanto puede.

—*Estáte quieto—dice la Voz Número Uno—. No quiero cortarte.*

No es la voz de un hombre que suela hacer cosas así para ganarse la vida. Incluso en su estado actual, Callahan lo sabe. El chico respira con jadeos rápidos que en algunas ocasiones se detienen de forma alarmante y luego vuelven a empezar. Callahan desea darle las gracias. Una cosa es salvar a un extraño si uno es poli o bombero o socorrista, supone. Pero es otra cosa bien distinta si no eres más que un miembro del gran público. Y eso es su mediador, según cree sus dos rescatadores, aunque no se explica cómo han venido tan bien preparados. ¿Cómo sabían los nombres de los Hermanos de Hitkr? ¿Y exactamente dónde estaban esperando? ¿Han llegado de la calle o han estado todo el rato en la lavandería abandonada? Es otra cosa que Callahan no sabe. Aunque en realidad no le importa. Porque esta noche alguien le ha salvado, alguien le ha salvado, alguien le ha salvado la vida y eso es lo que importa, lo único que importa. George y Lennie casi le han tenido en sus garras, ¿verdad, cariño?, bueno, pero el séptimo de caballería ha llegado en el último momento, igualito que en una película de John Wayne.

Lo que Callahan desea es darle las gracias a ese chico. Donde Callahan quiere estar es a salvo en una ambulancia y de camino al hospital antes de que los skins ataquen por sorpresa al poseedor de la Voz Número Dos que está fuera, o que el poseedor de la Voz Número Uno tenga un ataque al corazón provocado por las emociones. Lo intenta pero le sale más pasta de la boca. Es como el habla de un borracho, lo que Rowan solía llamar «lengua pastosa». Dice algo que suena parecido a «gafías».

Le sueltan las manos, luego los pies. El chico no tiene un ataque al corazón. Callahan vuelve a ponerse boca arriba y ve una mano regordeta y blanca cogiendo el bisturí. En el dedo anular lleva, un anillo de sello. Tiene la imagen de un libro abierto. Debajo están las palabras «Ex Libris». A continuación el reflector vuelve a encenderse y Callahan se tapa los ojos con el brazo.

—Dios, tío, ¿por qué haces eso? —Se oye «Dio, ¿poé ses so?», pero al parecer el poseedor de la Voz Número Uno lo entiende.

—Creía que resultaba evidente, mi herido amigo —dice—. Si volviéramos a vernos, me gustaría que fuera la primera vez. Si nos encontramos por la calle, no me reconocerás. Así es más seguro.

Se oyen pasos enérgicos. La luz se aleja.

—Vamos a llamar una ambulancia desde la cabina de enfrente.

—¡No! ¡No lo hagáis! ¿Ysi vuelven? —Con un miedo que no dejaba lugar a dudas, estas palabras suenan con perfecta claridad.

—Estando vigilando —dice la Voz Número Uno. Los resuellos están desapareciendo. El chico está recuperando la compostura. Bien por él—. Creo que es posible que regresen, el grandullón estaba bastante preocupado, pero si los chinos están en lo cierto, ahora soy él responsable de tu vida. Intentaré estar a la altura de esa responsabilidad. Si regresasen les dispararía una bala. Y no para que les pasase por encima de la cabeza. —La silueta se detiene. Parece un hombre bastante alto. Tiene huevos, eso seguro—. Esos eran los Hermanos de Hitler, amigo mío. ¿Sabes de quién te estoy hablando?

—Sí —susurra Callahan—. ¿Y no me vas a decir quiénes sois vosotros?

—Será mejor que no lo sepas —dice el señor Ex Libris.

—¿Sabes quién soy yo ?

Pausa. Pasos enérgicos. El señor Ex Libris se encuentra de pie en el umbral de la puerta de la lavandería abandonada.

—No —responde. Y luego añade—: Un sacerdote. ¿Es que importa?

—¿Cómo sabíais que estaba aquí?

—Espera a la ambulancia —dice la Voz Número Uno—. No intentes moverte sin ayuda. Has perdido mucha sangre y tienes lesiones internas.

A continuación se va. Callahan se queda tirado en el suelo, oliendo a lejía, a detergente y a difunto y suave suavizante. «Usted lava o lavamos nosotros —piensa—, pero la ropa siempre sale con una cara nueva.» Siente un dolor punzante en los testículos, los tiene hinchados. Además siente un dolor punzante en la mandíbula que también está hinchada. Siente toda la cara tirante a medida que la piel se inflama. Se queda ahí tendido y espera la ambulancia y la vida, o el regreso de los Hermanos de Hitler y la muerte. A la dama o al tigre. El tesoro de Diana o la mortal sierpe venenosa. Y un tiempo después, incontable e interminable, unos latidos de luces rojas inundan el polvoriento suelo, y sabe que esta vez ha llegado la dama. Esta vez ha llegado el tesoro.

Esta vez ha llegado la vida.

ONCE

—Y así —dijo Callahan— es como acabé en la habitación quinientos setenta y siete de ese mismo hospital, esa misma noche.

Susannah lo miró con los ojos abiertos de par en par. —¿Va en serio?

—Tan en serio como un ataque al corazón—respondió—. Rowan Magruder murió, a mí me dieron una paliza de muerte y me echaron en la misma cama. Deben de haber tenido el tiempo justo para volver a hacerla y hasta que llegó la señora con el carrito de la morfina y me dejó frito, me quedé allí tumbado preguntándome si la hermana de Magruder volvería para terminar lo que los Hermanos de Hitler habían empezado. Pero ¿por qué os sorprende este tipo de cosas? Hay cientos de encuentros raros como este tanto en vuestras historias como en las mías, que os conste. ¿No habéis pensado en la coincidencia entre Calla Bryn Sturgis y mi propio apellido, por ejemplo?

—Claro que hemos pensado en ello —respondió Eddie.

—¿Qué ocurrió luego? —preguntó Roland.

Callahan sonrió de oreja a oreja y, cuando lo hizo, los pistoleros se dieron cuenta de que los dos lados de su cara rio estaban a la misma altura. Claro, le habían roto la mandíbula.

—Esa es la pregunta favorita de un cuentacuentos, Roland, pero creo que ahora necesito abreviar un poco mi historia o se nos hará de noche. De todos modos, lo importante, la parte que verdaderamente os interesa escuchar, es el final.

«Bueno, tal vez eso sea lo que usted crea», pensó Roland y no le habría sorprendido que sus tres amigos estuvieran dándole vueltas a distintas versiones de la misma idea.

—Estuve en el hospital durante una semana. Cuando me dejaron salir, me enviaron a un centro público de rehabilitación en Queens. El primer lugar que me ofrecieron estaba en Manhattan y mucho más cerca, pero estaba relacionado con El Hogar, a veces enviábamos gente allí. Me daba miedo de que si iba, pudiera recibir otra visita de los Hermanos de Hitler.

—¿Y fue así? —preguntó Susannah.

—No. El día que visité a Rowan en la habitación quinientos setenta y siete del hospital Riverside y luego acabé allí yo mismo era diecinueve de mayo de mil novecientos ochenta y uno —respondió Callahan—. Salí hacia Queens en la parte trasera de una furgoneta con tres o cuatro de los que aún nos teníamos en pie el veinticinco de mayo. Diría que fue unos seis días después de eso, justo antes de que me dieran de alta y volviera a pisar la calle, cuando leí la historia en el *Post*. Estaba en primera plana, pero no era la noticia de portada, ENCONTRADOS DOS HOMBRES MUERTOS EN CONEY ISLAND —rezaba el titular—. «PARECE OBRA DE LA MAFIA», DECLARA LA POLICÍA. Eso era porque les habían quemado la cara y las manos con ácido. Sin embargo, la poli los identificó a los dos: Norton Randolph y William Garton, ambos de Brooklyn. Había fotografías. Ambos estaban fichados y tenían un largo historial policial. Eran mis chicos, sí. George y Lennie.

—¿Cree que los hampones los pillaron, no? —preguntó Jake.

—Sí. Donde las dan las toman.

—¿La prensa llegó a identificarlos como los Hermanos de Hitler? —preguntó Eddie—. Porque, tío, en la época en que llegué todavía nos metíamos miedo con esos tipos.

—Se produjo cierta especulación sobre esa posibilidad en la prensa sensacionalista —respondió Callahan—. Y apuesto a que en el fondo los periodistas que cubrieron los asesinatos y mutilaciones de los Hermanos de Hitler sabían que eran Randolph y Garton (después de aquello no pasó mucho, solo un par de montajes poco entusiastas y de aficionado), pero ningún miembro de la prensa sensacionalista quería matar al coco, porque el coco vende periódicos.

—¡Tío! —dijo Eddie—. Usted sí que ha estado en las verdaderas guerras.

—Todavía no habéis escuchado el último acto —anunció Callahan—. Es una joyita.

Roland hizo su gesto de girar la mano para que continuase, aunque no parecía impaciente. Se lió un cigarrillo y echó un vistazo a su alrededor, contento como no lo habían visto nunca sus compañeros. Solo Acho, que dormía a los pies de Jake, parecía estar más en paz consigo mismo.

—Busqué el puente de tablones cuando salí de Nueva York por segunda vez paseando por el puente George Washington con mi libro de bolsillo y mi botella —dijo Callahan—, pero ese puente de tablones había desaparecido. Durante los dos meses siguientes vi destellos ocasionales de las carreteras ocultas (y recuerdo que un par de veces me dieron un billete de diez dólares con la cara de Chadbourne), pero la mayoría de ellas había desaparecido. Vi un montón de vampiros Tipo Tres y recuerdo haber pensado que se estaban propagando. Sin embargo, no hice nada al respecto. Por lo visto había perdido la urgencia, al igual que Thomas Hardy había perdido la urgencia por escribir novelas y Thomas Hart Benton había perdido la urgencia por pintar sus murales. «Solo son mosquitos», debí de pensar. «Deja que se vayan.» Mi misión era llegar a algún pueblo y encontrar la agencia de trabajo temporal Brawny Man, ManPower o Job Guy más próxima y dar con un bar donde me sintiera cómodo. Tenía preferencia por los lugares como el Americano o el Blarney Stone de Nueva York.

—En otras palabras, le gustaban las mesitas metálicas para empinar el codo —dijo Eddie.

—Eso es —afirmó Callahan, mirando a Eddie como quien mira a un alma gemela—. ¡Sea! Y

protegí esos lugares hasta que llegó la hora de avanzar. Con esto quiero decir que me achispaba en mi bar de barrio favorito, luego acababa la noche, la parte de arrastrarse, de los gritos, de vomitarse la camisa, en algún otro lugar. Por lo general, al fresco.

—¿Qué...? —empezó a preguntar Jake.

—Quiere decir que se emborrachaba en la calle, cielito —le dijo Susannah.

Ella le alborotó el pelo, luego hizo un gesto de dolor y se colocó la mano en la coronilla.

—¿Todo bien? —preguntó Rosalita.

—Sí, pero si tuvieras algo con burbujas, me lo bebería de mil amores.

Rosalita se levantó y al mismo tiempo le dio unas palmaditas en el hombro a Callahan.

—Siga, padre, o se harán las dos de la madrugada y los gatos se irán a afinar al desierto antes de que haya terminado.

—Está bien —respondió—. Bebía, eso es lo importante. Bebía todas las noches y deliraba ante cualquiera que escuchase sobre Lupe, Rowan, Rowena y el hombre negro que me recogió en Issaquena County y Ruta, que podría haber sido muy juguetona pero que sin duda no era una gata siamesa. Y por último, perdía el conocimiento.

»Seguí así hasta llegar a Topeka. A finales del invierno de mil novecientos ochenta y dos. Allí toqué fondo. ¿Sabeis chicos lo que significa tocar fondo?

Se produjo un largo silencio y a continuación asintieron. Jake estaba pensando en la clase de inglés de la señorita Avery, y en su redacción final. Susannah estaba recordando Oxford, en Mississippi; Eddie la playa del mar del Oeste, echado sobre el hombre que se había convertido en su dinh, con la intención de rajarle el cuello porque Roland no lo dejaba pasar por una de esas puertas mágicas y pillar jaco.

—Para mí, el fondo fue la celda de una cárcel —prosiguió Callahan—. Fue a primera hora de la mañana y en realidad yo estaba relativamente sobrio. Además, no era un trullo para borrachos, sino que era una celda con una manta en el catre y un váter con taza y todo. Comparado con algunos de los lugares en los que había estado, era como tirarse pedos a través de una prenda de raso. Las únicas cosas molestas eran el tío de los nombres... y esa canción.

DOCE

La luz que entra por la diminuta ventana de alambreira reforzada de la celda es gris, lo que hace que su piel se vea de color gris. Además tiene las manos sucias y cubiertas de rasguños. La porquería que tiene debajo de algunas uñas es negra (tierra) y debajo de otras es marrón (sangre seca). Tiene un vago recuerdo de haberse peleado con alguien que no dejaba de llamarlo señor, así que supone que puede que esté allí por el archiconocido delito penal número 48: agresión a un agente de policía. Callahan recuerda que lo único que quería era probarse la gorra del chaval, que era una pasada. Recuerda haber intentado decirle al poli joven (a juzgar por la pinta que tenía, muy pronto contratarán a niños de pecho como agentes de policía, por lo menos en Topeka) que él siempre está en busca de nuevas gorras enrolladas, siempre lleva gorra porque tiene la marca de Caín en la frente. «Pareche una cruz —recuerda haber dicho (o haber intentado decir)—, pero en realidá esh la majca'de Quín.» Que, con las copas que llevaba, es lo más parecido que consigue decir a marca de Caín. Anoche estaba realmente borracho, pero no se siente tan mal ahoraque está sentado en el camastro, pasándose una mano por su desaliñado pelo. La boca no le sabe tan bien, a decir verdad es como si Ruta, la gata siamesa, se hubiese aliviado dentro de ella, aunque la cabeza no le duele demasiado. ¡Si por lo menos se callaran las voces! Al final del pasillo hay alguien recitando sin parar una lista interminable por orden alfabético. Más cerca, alguien canta la canción que menos le gusta: «Someone saved, someone saved, someone saved my li-ife tonight...».

—¡Nailor! ¡Naughton! ¡O'Connor! ¡O'Shaugnessy! ¡Oskowski! ¡Osmer!

Empieza a darse cuenta de que es él quien canta cuando empiezan a temblarle las pantorrillas. El temblor se abre paso hasta las rodillas, luego hasta las caderas y va haciéndose cada vez más profundo e intenso a medida que avanza. Ve los gruesos músculos de sus piernas latir como pistones, ¿Qué le está pasando?

—¡Palmer! ¡Palmgren!

El temblor le golpea la entrepierna y el bajo vientre. Se le oscurecen los calzoncillos cuando los rocía con pipí. Al mismo tiempo los pies se le levantan, como si estuviera intentando patear pelotas de fútbol invisibles con los dos al mismo tiempo. «Me estoy desmayando —piensa—. Seguramente es eso. Seguramente me estoy yendo. Hasta luego, cocodrilo.» Intenta gritar pidiendo ayuda pero de la boca solo le sale un resoplido grave. Empieza a subir y a bajar los brazos. Ahora le da a pelotas de fútbol invisibles con los pies mientras sus brazos gritan aleluya, y el tipo que está al final del pasillo va a seguir hasta el fin de los siglos, a lo mejor hasta la próxima era glaciaria.

—¡Peschier! ¡Peters! ¡Pike! ¡Polovik! ¡Ranee! ¡Rancourt!

El tórax de Caüahan empieza a convulsionarse adelante y atrás. Cada vez que se mueve hacia delante está más cerca de perder el equilibrio y caer al suelo. Se le levantan las manos. Se le levantan los pies. De pronto siente una plasta cálida que se le expande por el culo y se da cuenta de que acaba de apretar el tubo de la crema de chocolate.

—¡Ricupero! ¡Robillard! ¡Rossi!

Cae bruscamente hacia atrás, hasta el pavimento de encalado donde alguien ha garabateado BANGO SKANK y ACABO DE TENER MI DECIMONOVENA CRISIS NERVIOSA. Luego cae hacia delante, esta vez con el ímpetu de un musulmán realizando sus oraciones al alba. Durante un instante se queda mirando el suelo de cemento desde el espacio que queda entre sus piernas desnudas y luego se desequilibra y cae boca abajo. La mandíbula, que en cierta forma se le ha curado pese a sus parrandas nocturnas, vuelve a fracturarse en tres partes. Sin embargo, solo para que las cosas recuperen el equilibrio perfecto (cuatro es el número mágico), esta vez también se le rompe la nariz. Se queda tumbado convulsionándose en el suelo como un pez en el anzuelo, con el cuerpo empapándose en la sangre, la mierda y el pis. «Sí, me estoy yendo», piensa.

—¡Ryan! ¡Sannelli! ¡Scher!

Aunque de forma gradual las sacudidas de las extravagantes convulsiones pasan a ser un moderado tembleque y a continuación no son más que temblores. Piensa que debería llegar alguien, pero no llega nadie, no al principio. Los temblores desaparecen y ahora es simplemente Donald Frank Callahan, tendido en el suelo de una celda en Topeka, Kansas, donde al fondo del pasillo un hombre continúa avanzando por el alfabeto.

—¡Seavey! ¡Sharrow! ¡Shatzer!

De pronto, por primera vez en muchos meses, piensa en cómo llegó el séptimo de caballería cuando los Hermanos de Hitler se estaban preparando para coserlo a puñaladas en aquella lavandería abandonada de la Cuarenta y siete Este. Y lo iban a hacer de verdad, al día siguiente o al subsiguiente, alguien habría encontrado a Donald Frank Callahan, muerto, más seco que la mojama y seguramente con las pelotas como pendientes. Pero llegó el séptimo de caballería y...

«Eso no era el séptimo de caballería —piensa mientras permanece tirado en el suelo con la cara que se le vuelve a hinchar; conoce la nueva cara, la misma de siempre—. Eso era la Voz Número Uno y la Voz Número Dos.»

Pero eso tampoco es cierto. Eran dos hombres, como mínimo de mediana edad, que seguramente ya se estaban haciendo algo mayores. Eran don Ex Libris y don Gai Cocknif En Yom, significara lo que significase. Ambos, estaban muertos de miedo, y tenían motivos para estarlo. Puede que los Hermanos de Hitler no se hubieran cepillado a mil como había presumido Lennie, pero sí se habían encargado de bastantes y se habían cargado a algunos de ellos, eran un par de víboras humanas, y sí, el señor Ex Libris y el señor Gai Cocknif tenían razones de sobra para estar muertos de miedo. Les había salido bien, pero podría no haber sido así. ¿Y si George y Lennie le hubieran dado la vuelta a la tortilla, entonces qué? Pues bueno, en lugar de encontrar un hombre muerto en la Lavarropía de Turtle Bay, quien fuera que llegase allí primero habría encontrado tres.

Eso habría sido primera página del Post, ¡seguro! Así que, hacía unos seis u ocho meses, esos tíos habían arriesgado la vida y la habían arriesgado por esto; por un mamón borracho y consumido, con los calzoncillos empapados de pipí por un lado y llenos de mierda por el otro.

Bebedor de día y borracho de noche.

Y es entonces cuando ocurre. Al final del pasillo, el constante sonsonete ha llegado a Sprang, Stewardy Sudby; en esta celda del principio del pasillo, un hombre tendido en el sucio suelo bajo la luz que proyecta el alba por fin toca su fondo, que es, por definición, ese punto a partir del cual no se puede descender más, a menos que se encuentre una pala y se empiece a cavar literalmente.

Tumbado como está mirando al suelo, las pelusillas parecen bosquecillos de árboles y los montoncitos de polvo son como las colinas de algún país de minas abandonadas. Piensa: «¿En qué mes estamos, febrero? ¿Febrero de mil novecientos ochenta y dos? Algo así. Bueno, vamos a ver. Me doy un año para intentar estar limpio. Un año para hacer algo, lo que sea, para justificar el riesgo que corrieron esos tíos. Si puedo hacer algo, seguiré adelante. Pero si sigo bebiendo en febrero de mil novecientos ochenta y tres, me suicido».

Al final del pasillo, la voz del sonsonete había llegado por fin a «Targenfield».

TRECE

Callahan se quedó callado durante un instante. Le dio un sorbo a su café, puso cara de asco y, en lugar de ese brebaje, se sirvió un trago de sidra dulce.

—Sabía cómo volver a subir —afirmó—. He asistido a suficientes reuniones de Alcohólicos Anónimos con borrachos que han tocado fondo en el East Side, ¡Dios lo sabe! Así que cuando me soltaron, encontré un centro de AA en Topeka y empecé a asistir a diario. Jamás miraba hacia delante, jamás miraba hacia atrás. «El pasado es historia, el futuro es un misterio», dicen allí. Solo que esta vez, en lugar de sentarme al fondo de la habitación y quedarme callado, me obligué a sentarme justo delante y durante las presentaciones decir: «Me llamo Don C. y no quiero beber más». Sí quería, quería todos los días, pero en Alcohólicos Anónimos tienen frases para todo y una de ellas es: «Fíngelo hasta que lo consigas». Y poco a poco, lo conseguí. Me levanté un día de primavera de mil novecientos ochenta y dos y me di cuenta de que de verdad no quería volver a beber más. La compulsión, como la llaman ellos, se había esfumado.

»Seguí adelante. Se supone que no tienes que hacer grandes cambios durante el primer año de sobriedad, pero un día cuando estaba en Gage Park, en el Jardín Reinisch de las Rosas, en realidad... —Se fue callando, mirándolos—. ¿Qué? ¿Lo conocéis? ¿¡No me digáis que conocéis el Reinisch!?

—Hemos estado allí —le explicó Susannah con calma—. Hemos visto el tren de juguete.

—Esto es alucinante —afirmó Callahan.

—Son las diecinueve en punto y los pajaritos cantan —dijo Eddie. No estaba sonriendo.

—En cualquier caso, el Jardín de las Rosas fue el lugar donde vi el primer póster. ¿HA VISTO A CALLAHAN, NUESTRO SETTER IRLANDES? CICATRIZ EN LA PATA, CICATRIZ EN LA FRENTE. SE OFRECE GENEROSA RECOMPENSA. Decidí que había llegado la hora de seguir adelante mientras pudiera. Así que fui a Detroit, y allí encontré un albergue llamado El Faro. Era un albergue húmedo. En realidad, era El Hogar sin Rowan Magruder. Allí hacían un buen trabajo, pero avanzaban a trancas y barrancas. Me registré. Y allí me encontraba en diciembre de mil novecientos ochenta y tres cuando ocurrió.

—¿Cuándo ocurrió qué? —preguntó Susannah.

Fue Jake Chambers quien respondió. Él lo sabía, tal vez fuera el único de ellos que podía saberlo. Al fin y al cabo también le ocurrió a él.

—Fue cuando usted murió —dijo Jake.

—Sí, así es —respondió Callahan. No mostró sorpresa alguna. Podrían haber estado hablando de arroz, o de la posibilidad de que Andy funcionara con ant-nómicos—. Fue entonces cuando morí. Roland, ¿te importaría liarme un cigarrillo? Creo que necesito algo un poco más fuerte que la sidra.

CATORCE

Existe una antigua tradición en El Faro, una tradición que se remonta a.... cielos, deben de ser unos cuatro años (el albergue El Faro solo tiene cinco años de existencia). Es día de Acción de Gracias y estamos en el gimnasio del instituto Holy Name en West Congress Street. Un puñado

de borrachos decoran el lugar con papel crepé de color naranja y marrón, con pavos de cartón, frutas y verduras de plástico. En otras palabras, los amuletos estadounidenses de la cosecha. Hay que llevar como mínimo dos semanas seguidas de sobriedad para captar estos detalles. Además, esto es algo que Ward Huckman, Al McCowan y Don Callahan han acordado entre ellos, no se admite a los que vayan cocidos en la Sesión de Ornamentación, sin importar cuánto tiempo lleven sobrios.

El día del Pavo, casi un centenar de la flor y nata de los vagabundos borrachines, escandalosos y medio chiflados se reúnen en Holy Name para disfrutar de una maravillosa cena consistente en pavo, tartaletas y toda la guarnición tradicional. Se sientan en una docena de mesas alargadas dispuestas en el centro de la pista de baloncesto (las patas de las mesas están cubiertas con guirnaldas de fieltro y los comensales solo llevan calcetines). Antes de hincarle el diente a la comida, es parte de la costumbre, pasan lentamente por las mesas («si os

pasáis más de diez segundos, chicos, os cortaré», les ha advertido Al y todo el mundo dice algo de lo que esté agradecido. Sí, porque es el día de Acción de Gracias, pero también porque uno de los principios esenciales del programa de AA es que un alcohólico agradecido no se emborracha y un adicto agradecido no se cuelga.

Va rápido y como Callahan acaba de sentarse sin pensar en nada en concreto, cuando llega su turno está a punto de soltar algo que podría haberlo metido en un lío. Cuando menos habría sido etiquetado como un tío con un extraño sentido del humor.

—*Doy las gracias por no haber... —empieza a decir, y entonces se da cuenta de lo que está a punto de decir y se muerde la lengua.*

Lo están mirando con impaciencia, hombres con barba de tres días y pálidos, mujeres blancuzcas con el pelo lacio y sin vida, todos llevan encima el perfume de aire viciado de la estación de metro que es el aroma de la calle. Algunos llegan a llamarlo padre, ¿y cómo lo saben? ¿Cómo pueden saberlo? ¿Y cómo se sentirían al saber los escalofríos que le da a él el oírlo y lo mucho que le hace recordar a los Hermanos de Hitler y el dulce e infantil aroma del suavizante? Pero lo están mirando. Son los «clientes». Ward y Al también lo están mirando.

—*Doy las gracias por no haber bebido y por no haberme drogado hoy —dice, recordando la antigua fe; siempre hay algo que agradecer.*

Se produce un murmullo de aprobación, el hombre que está junto a Callahan dice que da las gracias porque su hermana va a invitarle para Navidad, y nadie sabe lo cerca que ha estado Callahan de decir: «Doy gracias por no haber visto ningún vampiro Tipo Tres ni ningún póster de mascotas perdidas últimamente».

Cree que es porque Dios ha vuelto a admitirlo, al menos en período de prueba y porque el poder del mordisco de Barlow por fin ha quedado anulado. En otras palabras, cree que ha perdido el don maldito de ver. Sin embargo, no intenta confirmarlo entrando a una iglesia; no, gracias, para su gusto, el gimnasio del Holy Name High ya se parece lo bastante a una iglesia. Ni se le pasa por la cabeza, por lo menos de forma consciente, que quieren asegurarse de que esta vez caerá en la trampa. Puede que les cueste aprender (Callahan se dará cuenta más tarde), pero aprender, aprenden.

Entonces, a principios de diciembre, Ward Huckman recibe una carta de ensueño.

—*¡Los milagros de Navidad llegan con antelación, Don! ¡Espera a ver esto, Al! —exclama sacudiendo la carta con aire triunfal—. Si jugamos bien nuestras cartas, muchachos, nuestras preocupaciones para el año que viene se habrán terminado.*

Al McCowan coge la carta y, a medida que la lee, su expresión de reserva concienzuda y comedida empieza a difuminarse. En el momento en que le pasa la carta a Don, está sonriendo de oreja a oreja.

La carta está remitida por una empresa con sucursales en Nueva York, Chicago, Detroit, Denver, Los Ángeles y San Francisco. Está escrita en un papel tan lujoso que a uno le entran ganas de hacerse una camisa con él y llevarlo pegado al cuerpo. Dice que la empresa está pensando en donar veinte millones de dólares a veinte organizaciones de caridad de Estados Unidos, un millón a cada una. Dice que la empresa tiene que hacerlo antes de final de año de

1983. Entre los posibles beneficiarios se incluyen los comedores populares, los albergues para los sin techo, dos clínicas para indigentes y un prototipo de programa de pruebas contra el sida en Spokane. Uno de los albergues es El Faro. La firma Richard P. Sayre, vicepresidente ejecutivo, desde Detroit. Todo parece irles de perlas y el hecho de que los inviten a los tres a la sucursal de la empresa en Detroit para hablar del donativo también les va de perlas. La fecha de la reunión, la que será la fecha de la muerte de Donald Callahan, es el 19 de diciembre de 1983. Un lunes.

QUINCE

—Y tú fuiste —dijo Roland.

—Fuimos todos —respondió Callahan—. Si la invitación hubiera sido exclusiva para mí, jamás habría ido. Pero, como pedían que fuéramos los tres... y querían darnos un millón de dólares... ¿Tienes idea de lo que habría supuesto un millón de pavos para una panda de calaveras como los de El Hogar o El Faro? Sobre todo durante los años del mandato de Reagan.

Susannah se sorprendió al oír aquello. Eddie le lanzó una descarada mirada triunfal. Estaba claro que Callahan quiso saber el porqué de esa reacción, pero Roland volvió a hacer girar el dedo con su gesto apresurado, además, en ese momento, se estaba haciendo tarde de verdad. Pronto sería medianoche. No es que ninguno de los miembros del ka-tet de Roland tuviera sueño, estaban totalmente centrados en el padre, memorizando todas sus palabras.

—Esto es lo que he acabado por deducir —sentenció el padre Callahan echándose hacia delante—. Existe cierta relación entre los vampiros y los hampones. En mi opinión, si se les sigue la pista, el origen del vínculo que los une se encuentra en la tierra oscura. En Tronido.

—No me cabe duda —coincidió Roland. Sus ojos azules destellaron en su rostro pálido y cansado.

—Los vampiros, menos los Tipo Uno, son estúpidos. Los hampones son más inteligentes, pero no mucho más. De no ser así, jamás podría haber escapado de ellos durante el tiempo que lo hice. Sin embargo, al final, alguien más se interesó. Un agente del Rey Carmesí, creo, ya sea algo o alguien. Los hampones fueron alejados de mí. Y también los vampiros. Durante esos últimos meses no había habido ningún póster, por lo menos ninguno que yo viera; ni mensajes escritos con tiza en las aceras de West Fort Street ni tampoco en Jefferson Avenue. Creo que alguien había dado órdenes para que fuera así. Alguien mucho más inteligente. Además ¡era un millón de dólares! —Sacudió la cabeza. Se le dibujó una sonrisa tímida y amarga en el rostro—. Al final, eso fue lo que me cegó. Nada más y nada menos que el dinero. «Sí, claro, pero ¡es para hacer buenas obras!», me decía a mí mismo... y lo decíamos entre nosotros, claro. «Esto nos permitirá ser independientes por lo menos durante cinco años. Se acabó lo de ir al ayuntamiento de la ciudad de Detroit, mendigando con las gorras en la mano.» Era todo cierto. No se me ocurrió hasta más tarde que hay otra verdad muy simple: la codicia siempre rompe el saco, aunque sea por una buena causa.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Eddie.

—Bueno, pues que acudimos a nuestra cita —respondió el padre. En su rostro apareció una sonrisa bastante horrenda—. En el edificio Tishman, en el número novecientos ochenta y dos de Michigan Avenue, uno de las zonas más elegantes del mundo empresarial de Detroit. El diecinueve de diciembre a las cuatro y veinte de la tarde.

—Extraña hora para una cita —observó Susannah.

—Nosotros también lo creímos, pero ¿quién se plantea esos detallitos cuando hay un millón de dólares en juego? Después de discutirlo durante un tiempo nos pusimos de acuerdo con Al, o más bien con su madre. Según ella, uno debía presentarse a las reuniones importantes cinco minutos antes, ni un minuto antes ni un minuto después. Así que entramos al vestíbulo del edificio Tishman a las cuatro y diez de la tarde, vestidos lo más elegante posible y buscamos Sombra Corporation en el tablón con la lista de empresas que había en cada planta y subimos al trigésimo tercer piso.

—¿Habían averiguado algo sobre esa empresa? —preguntó Eddie.

Callahan lo miró con cara de decir: «¿Tú qué crees?».

—Según lo que habíamos averiguado en la biblioteca, Sombra era una empresa cerrada, en otras palabras, no cotizaba en bolsa, se dedicaba principalmente a comprar otras empresas. Estaban especializados en alta tecnología, inmobiliarias y construcción. Al parecer, eso era lo que sabían todos. Los activos eran un secreto muy bien guardado.

—¿Estaba constituida en Estados Unidos? —preguntó Susannah.

—No. En Nassau, en las Bahamas.

Eddie se sobresaltó, pues recordó sus días de correo de cocaína y el sujeto de piel cetrina al que le había comprado su última dosis.

—He estado allí, he hecho eso —dijo—. Aunque no vi a nadie de Sombra Corporation.

Pero ¿sabía él si eso era cierto? ¿Y si el tipo de tez amarillenta con acento británico trabajaba para Sombra? ¿Era tan difícil de creer que estuvieran metidos en el tráfico de coca, además de lo que fuera que hicieran? Eddie supuso que no. Cuando menos, eso sugería una relación con Enrico Balazar.

—En cualquier caso, estaban en todos los libros de referencias que tocaba y en todos los anuarios —dijo Callahan—. No lo explicaban con claridad, pero allí estaba. Y era rica. No sé exactamente qué es Sombra, y al menos estoy medio convencido de que la mayoría de las personas que vimos en sus despachos de la trigésimo tercera planta no eran más que extras, personas disfrazadas, aunque seguramente existe una Sombra Corporation real.

»Cogimos el ascensor para subir. Había una hermosa zona de recepción, con cuadros del impresionismo francés en las paredes, ¿qué más?, y una hermosa recepcionista a juego. Con perdón, Susannah, pero era el tipo de mujer que te hace pensar que si te dejara tocarle los pechos vivirías para siempre.

Eddie rompió a reír, miró de reojo a Susannah y dejó de reír en seco.

—Eran las cuatro y diecisiete de la tarde. Nos invitaron a sentarnos. Y eso hicimos,

muertos de los nervios. La gente no paraba de ir y venir. De vez en cuando, una puerta que quedaba a nuestra izquierda se abría y veíamos una sala llena de escritorios y cubículos. Teléfonos que sonaban, secretarias revoloteando de aquí para allá con archivos, el sonido de una enorme máquina de fotocopias... Si se trataba de un decorado, y creo que así era, era tan completo como en una película de Hollywood. Estaba nervioso por la cita con el señor Sayre, pero nada más. Era extraordinario, de verdad. Había estado huyendo más o menos de forma constante desde que había salido de Salem's Lot ocho años antes, y había desarrollado un sistema de alarma prematura bastante eficaz, aunque nunca había sonado tanto como aquel día. Supongo que si uno pudiera contactar con John Dillinger a través de la ouija, le diría que se sintió de forma bastante similar la noche que estaba en el cine con Anna Sage.

»A las cuatro y diecinueve, un joven con camisa a rayas y una corbata que tenía muchísima pinta de ser de Hugo Boss salió y nos llamó. Nos condujeron hasta un pasillo flanqueado por despachos de mucho postín (donde, según vi, había ajetreteados ejecutivos de mucho postín) y que llegaba hasta una puerta de doble hoja al fondo del vestíbulo. En ella decía: SALA DE CONFERENCIAS. Nuestro acompañante abrió las puertas. Dijo: «Que Dios reparta suerte, caballeros». Eso lo recuerdo con mucha claridad. No dijo «Que tengan buena suerte, caballeros», sino: «Que Dios reparta suerte, caballeros». Fue ese el momento en que el perímetro de las alarmas se disparó, pero en ese instante ya era demasiado tarde. Veréis, ocurrió deprisa. Ellos no...

DIECISEIS

Ocurre rápido. Llevan mucho tiempo persiguiendo a Callahan, no pierden el tiempo regodeándose. Las puertas se cierran de golpe tras ellos, con bastante estruendo y la fuerza suficiente como para estremecer el marco. Los ayudantes ejecutivos que se embolsan dieciocho mil pavos al año la toman con las puertas de una forma característica relacionada con el respeto hacia el dinero y el poder, pero este no es el caso. Así es como los borrachos y los colgados cierran las puertas. También los locos, claro. Los locos son los reyes de los portazos.

Los sistemas de alarma de Callahan se activan por completo, no pitan, sino que aullan, y cuando le echa un vistazo a la sala de conferencias, dominada muy al fondo por un gran

ventanal con una vista estremecedora del lago Michigan, ve que hay buenas razones para ello y tiene tiempo de pensar: «Santo Cristo, Santa María, madre de Dios, ¿cómo puedo haber sido tan idiota?». Cuenta trece personas en la habitación. Tres de ellas son hampones, y esta es la primera vez que observa con detenimiento sus rasgos abruptos y poco saludables, con sus ojos rojos y brillantes y sus labios carnosos y femeninos. Los tres están fumando. Nueve son vampiros Tipo Tres. La decimotercera persona de la sala de conferencias lleva una camisa de color chillón y una corbata que no le pega con la camisa, es sin duda la vestimenta de los hampones, pero en su cara refleja una mirada vacía y astuta, llena de inteligencia y humor negro. Tiene un círculo rojo de sangre en la ceja que, por lo visto, ni supura ni se coagula.

Se oye un crujido seco. Callahan se vuelve y ve a Al y a Ward caer al suelo. A cada uno de los lados de la puerta por la que han entrado están las personas número catorce y quince, un hampón y una hampona, ambos llevan porras eléctricas.

—Sus amigos se pondrán bien, padre Callahan.

Vuelve a darse la vuelta. Es el hombre con la mancha de sangre en la frente. Tiene pinta de tener unos sesenta años, aunque es difícil de calcular. Lleva una camisa de color amarillo chillón y una corbata roja. Cuando sus delgados labios se estiran para formar una sonrisa, dejan al descubierto unos dientes que acaban en punta. «Es Sayre —piensa Callahan—. Sayre o quienquiera que haya firmado esa carta. Quienquiera que haya ideado este timo.»

—Sin embargo, usted no se pondrá bien —añade a continuación.

Los hampones lo miran con cierta avidez apagada: allí está, por fin, su chucho perdido con la pata quemada y la frente marcada. Los vampiros están más interesados. Casi repiquetean dentro de sus auras azules. Y de pronto Callahan oye las campanillas. En cierta forma no se oyen con claridad, suenan como apagadas, pero están allí. Llamándole.

Sayre, si es que se llama así, se vuelve hacia los vampiros.

—Es él —dice como si tal cosa—. Ha matado a cientos de los vuestros en un montón de versiones de Estados Unidos. Mis amigos —hace un gesto hacia los hampones— fueron incapaces de seguirle la pista, pero claro está que buscan otro tipo de presa menos sospechosa en el devenir ordinario de las cosas. En cualquier caso, aquí está ahora. Adelante, a por él. Pero ¡no lo matéis!

Se vuelve hacia Callahan. El agujero de la frente se llena y brilla, pero jamás se desborda. «Es un ojo —piensa Callahan—, un ojo sangrante. ¿Qué mira desde el otro lado? ¿A qué está mirando y desde dónde?»

Sayre dice:

—Estos amigos del rey en particular tienen todos el virus del sida. Seguramente sabe lo que quiero decir, ¿no? Dejaremos que eso le mate. Usted quedará fuera de juego para siempre, en este mundo y en todos los demás. De todas formas, este no es juego para un tipo como usted. Un falso cura como usted.

Callahan no duda. Si duda, pierde. Lo que le asusta no es el sida, sino, en primer lugar, dejar que le pongan sus asquerosos labios encima, para besarlo como aquel que besó a Lupe Delgado en el callejón. No van a conseguir ganar. Después de todo lo que ha recorrido, después de todos los trabajos, de todas las celdas, después de haber conseguido por fin estar sobrio en Kansas, no conseguirán ganar.

No intenta razonar con ellos. No hay garla. Se limita a correr a toda prisa hacia la extravagante mesa de caoba que hay al lado derecho de la sala de conferencias. El hombre con la camisa amarilla, alarmado de forma repentina, grita: «¡Cogedle! ¡Cogedle!». Unas manos lo agarran por la chaqueta, especialmente comprada en la tienda de ropa para hombres Grand River para esa prometedoras ocasión, pero se resbalan. Tiene tiempo de pensar: «La ventana no se romperá, está hecha de una especie de cristal duro, cristal antisuicidios, y no se romperá...». Le queda el tiempo justo para recurrir a Dios por primera vez desde que Barlow lo obligó a beber su sangre envenenada.

—¡Ayúdame! ¡Por favor, ayúdame! —grita el padre Callahan, y se tira con los hombros hacia delante contra la ventana.

Una mano más lo agarra por la cabeza, intenta enmarañarse en su pelo y luego desaparece. La ventana se hace añicos a su alrededor y de pronto está en el aire frío, rodeado por ráfagas de nieve. Mira hacia abajo entre sus zapatos negros, también comprados especialmente para esa prometedora ocasión y ve Michigan Avenue con coches que parecen de juguete y personas como hormigas.

Siente su presencia, la de Sayre y la de los hampones y los vampiros que se suponía que tenían que infectarlo y dejarlo fuera de juego para siempre, aferrados a la ventana rota, mirando con incredulidad.

Piensa: «Esto no me deja fuera de juego para siempre... ¿verdad?».

Y recapacita con el asombro de un niño: «Este es el último pensamiento que tendré jamás. Esto es un adiós».

A continuación, está cayendo.

DIECISIETE

Callahan dejó de hablar y miró a Jake, casi con timidez.

—¿La recuerdas? —preguntó—. La verdadera... —Se aclaró la garganta—. ¿La muerte?

Jake asintió con seriedad.

—¿Usted no?

—Recuerdo haber mirado Michigan Avenue entre mis zapatos nuevos. Recuerdo la sensación de estar allí, por lo menos en apariencia, en medio de una ráfaga de nieve. Recuerdo a Sayre detrás de mí, gritando en algún otro idioma. Maldiciendo. Unas palabras tan guturales tenían que ser insultos. Y recuerdo haber pensado: «Está asustado». En realidad ese fue mi último pensamiento, que Sayre estaba asustado. Entonces se produjo un intervalo de oscuridad. Floté, podía oír las campanillas, pero estaban lejos. Aunque se acercaban. Como si estuvieran montadas sobre una máquina que se dirigiese hacia mí a toda velocidad.

»Había una luz; vi luz en la oscuridad. Pensé que estaba teniendo la experiencia de la muerte tal como la describe Elisabeth Kübler Ross, y me dirigí hacia la luz. No me importaba dónde fuera a parar, mientras no fuera sobre Michigan Avenue, hecho papilla y sangrando, con una multitud de pie a mi alrededor. Aunque no entendía cómo podía ocurrir. Uno no cae desde una altura de treinta pisos y recupera la conciencia.

»Y quería huir de las campanillas. Seguían sonando cada vez más alto. Se me empezaron a humedecer los ojos. Me dolían los oídos. Me sentía contento de seguir teniendo ojos y oídos, pero las campanillas convertían cualquier sentimiento de gratitud en algo sumamente teórico.

»Pensé "Tengo que llegar a la luz", y arremetí contra ella. Yo...

DIECIOCHO

Abre los ojos, pero incluso antes de hacerlo, percibe el olor. Es olor a heno, aunque muy tenue, casi inapreciable. Un fantasma de su antiguo yo, si se prefiere. ¿Y él? ¿Es un fantasma?

Se endereza y mira a su alrededor. Si esto es lo que hay después de la vida, todos los libros sagrados del mundo, incluyendo el que él mismo ha utilizado para predicar, se equivocan. Porque no está en el cielo ni en el infierno; está en un establo. Hay briznas de paja seca en el suelo. Hay grietas en los tablones de madera de las paredes a través de las cuales pasa la refulgente luz. Cree que es la luz que ha seguido para salir de la oscuridad. Y piensa: «Es luz del desierto». ¿Hay alguna razón en concreto para pensar eso? Tal vez. El aire es seco cuando lo respira por la nariz. Es como inspirar el aire de otro planeta.

«Puede que lo sea —piensa—. Puede que sea el planeta de Posvida.»

Las campanillas siguen ahí; es un sonido a un tiempo dulce y horrible, aunque ahora se están apagando... apagando... y desaparecen. Oye el suave resoplar del aire caliente. Parte de ese aire se abre paso a través de los resquicios que hay entre los tablones y unas briznas de paja se levantan del suelo, realizan una cansina y breve danza, y luego se posan.

Oye otro ruido, es un ruido sordo y arrítmico. Es una máquina, y no en muy buen estado a juzgar por el ruido. Se levanta. Hace calor en este lugar, y el sudor le aflora de inmediato en la cara y en las manos. Se mira los pies y ve que su maravillosa vestimenta de la tienda de ropa para hombres Grand River ha desaparecido. Ahora lleva téjanos y una camisa de algodón a

cuadros, desgastada de tantos lavados. En los pies lleva un par de botas maltrechas con el tacón comido. Tienen pinta de haber recorrido muchos kilómetros sedientos. Se agacha y se toca las piernas en busca de fracturas. Por lo visto no hay ninguna. Luego los brazos; nada. Intenta chascar los dedos. Lo hace sin problema, produciendo ruiditos secos como ramitas que se rompen.

«¿Fue toda mi vida un sueño? ¿Esto es real? Si es así, ¿quién soy y qué voy a hacer aquí?», piensa.

De las sombras más profundas que se encuentran tras él emerge un inquietante sonido cíclico: Tuuuú, tuuuú, tuuuú, tuuuú, tuuuú.

Se vuelve en esa dirección y lanza un grito ahogado por lo que ve. De pie detrás de él, en medio del establo abandonado, hay una puerta. No está situada en ninguna pared, está aislada. Tiene bisagras, pero por lo que él puede ver están agarradas nada más y nada menos que al aire. Hay jeroglíficos grabados en su mitad superior. No logra leerlos. Se acerca, como si eso pudiera ayudarlo a entender. Y en cierta forma sí le ayuda, porque ve que el pomo de la puerta está hecho de cristal y hay una rosa en sobrerrelieve. Ha leído su libro de Thomas Wolfe: una piedra, una rosa, una puerta ignota; una piedra, una rosa, una puerta. No hay piedra, pero tal vez ese sea el significado del jeroglífico.

«No —piensa—. No, la palabra es IGNOTA. A lo mejor yo soy la piedra.»

Avanza y toca el pomo de cristal. Como si fuera una señal (un sigul, piensa). El ruido sordo de maquinaria cesa. Muy distantes, muy distantes, lejanas y diminutas, oye las campanillas. Intenta girar el pomo. No se mueve en ninguna dirección. Ni siquiera cede lo más mínimo. Bien podría estar puesto sobre cemento. Cuando aparta la mano, el ruido de las campanillas cesa.

Rodea la puerta y esta desaparece. La rodea por completo y vuelve a aparecer. Lentamente, describe tres círculos fijándose en el punto exacto en que el grueso de la puerta desaparece por un lado y reaparece por el otro. Invierte el recorrido, describiendo ahora círculos más grandes. Ocurre lo mismo. Pero ¿qué coño...?

Se queda mirando la puerta durante largo rato, estudiándola y luego se adentra aún más en el establo, pues siente curiosidad por la máquina que ha oído. No hay dolor cuando camina, si acababa de caer desde muy alto, su cuerpo todavía no se había enterado, pero ¡por Dios bendito, qué calor hace aquí!

Hay cuadras de caballos abandonadas hace tiempo. También una pila de heno reseco y, junto a esta, una manta perfectamente doblada y lo que parece una tabla para cortar el pan. Sobre la tabla hay un trocito de carne seca. Lo coge, lo huele, huele a salado. «Cecina», piensa y se lo echa a la boca. No se preocupa mucho de si está envenenado. ¿Cómo se puede envenenar a un hombre que ya está muerto?

Mientras mastica, continúa con su exploración. Al fondo del establo hay una pequeña habitación, como si se les hubiera ocurrido añadirla más tarde. También hay unas cuantas grietas en las paredes de esa habitación, las suficientes para poder ver a través de ellas una máquina que se encuentra sobre una tarima de cemento. Todo lo que hay en el establo refleja el paso de muchos años y el abandono, pero ese aparato, que tiene pinta de máquina ordeñadora, parece nuevecito. No tiene óxido, ni polvo. Se acerca. De un lado sobresale una tubería de cromo. Debajo hay un sumidero. El aro de acero que lo rodea parece empapado. Encima de la máquina hay una pequeña placa metálica. Junto a la placa hay un botón rojo. Hay unas palabras estampadas en la placa:

El botón rojo tiene impresa la palabra ON. Callahan lo aprieta. El pesado ruido sordo se reanuda, y después de un rato el agua empieza a salir por la tubería de cromo. Pone las manos debajo. El agua está tan fría que entumece, y es un impacto sobre su piel sobrecalentada. La bebe. El agua no está ni dulce ni salada, y piensa: «Las cosas como el sabor deben olvidarse en las grandes profundidades. Esta...».

—Hola, padre.

Callahan da un grito de sorpresa. Se le levantan las manos y durante un instante, perlas de agua se dispersan sobre un rayo de sol polvoriento que se cuele entre dos tablones mermados por

las grietas. Se vuelve sobre los tacones gastados de sus botas. De pie en la puerta de la habitación del surtidor hay un hombre con una túnica con capucha.

«*Sayre —piensa—. Es Sayre, me ha seguido, ha entrado por esa condenada puerta...*»

—*Tranquilízate —dice el hombre de la túnica—. Tranqui, tío, como diría el nuevo amigo del pistolero. Entre tú yo, se llama Jake, pero la dueña de casa lo llama Bama. —Y a continuación, con el tono agudo de alguien que acaba de dar con una buena idea, dice—: ¡Yo te lo presentaré! ¡A los dos! ¡Tal vez aún no sea demasiado tarde! ¡Venga! —Extiende una mano. Los dedos que asoman por la manga de la túnica son largos y blancos, en cierta forma desagradables, comola cera. Cuando Callahan no se mueve para avanzar, el hombre de la túnica habla de forma razonable—: Venga. No puedes quedarte aquí, lo sabes. Esto es solo una estación de paso y nadie se queda aquí mucho tiempo. Venga.*

—*¿Quién eres?*

El hombre de la túnica chasca la lengua con impaciencia.

—*No hay tiempo para esas cosas, padre. El nombre, el nombre... ¿qué tiene un nombre?, como dijo alguien. ¿Shakespeare? ¿Virginia Woolf? ¿Quién se acuerda? Ven, y te mostraré una maravilla. No te tocaré; caminaré delante de ti. ¿Ves?*

Se vuelve. La túnica baila como el faldón de un vestido de noche. Vuelve caminando al establo y pasado un instante, Callahan lo sigue. Al fin y al cabo, la habitación del surtidor no le conviene; la habitación del surtidor es un callejón sin salida. En el exterior del establo tendrá la posibilidad de escapar.

«*¿Escapar adonde?»*

Bueno, eso ya se verá, ¿no?

El hombre de la túnica da un golpe en la puerta aislada cuando pasa junto a ella.

—*Toca madera, Donnie be good —dice alegremente mientras se dirige hacia el brillante rectángulo de luz que cae sobre la puerta del establo.*

Callahan ve que lleva algo en la mano izquierda. Es una caja, quizá tenga unos treinta centímetros de largo, de alto y de ancho. Parece como si estuviera hecha de la misma madera que la puerta. O tal vez sea una versión más sólida de esa madera. Sin duda es más oscura e incluso tiene las vetas más juntas.

Sin quitarle el ojo de encima al hombre de la túnica con la intención de detenerse si él se detiene, Callahan lo sigue hasta el sol. El calor es incluso más intenso una vez que está bajo la luz, la clase de calor que ha sentido en Death Valley. Y sí, cuando salen del establo ve que están en un desierto. En uno de los lados, a lo lejos, hay un edificio destartalado que emerge sobre unos cimientos de bloques de arenisca que se desmenuzan. Supone que alguna vez pudo ser una posada. O el decorado abandonado de una película del Oeste. Al otro lado hay un corral en el que la mayoría de los postes y barras han caído. Más allá ve kilómetros de arena rocosa y pedregosa. No hay nada...

Sí, sí. ¡Hay una cosa! ¡Dos cosas! Dos diminutos puntitos que se mueven en el horizonte lejano.

—*¿Las ves? ¡Qué vista tan excelente debes de tener, padre!*

El hombre de la túnica (la túnica es negra; su cara, sin la capucha, no es más que una pálida sugerencia) está a unos veinte pasos de distancia. Se ríe con disimulo. A Callahan le preocupa tanto ese ruido como el aspecto céreo de sus dedos. Es como el ruido que hace un ratón rebuscando entre unos huesos. Eso no tiene ningún sentido, pero...

—*¿Quiénes son esos? —pregunta Callahan con una voz seca—. ¿Quién eres tú? ¿Dónde estamos?*

El hombre de negro suspira con gesto teatral.

—*Tanto que contar del pasado y tan poco tiempo... —dice—. Llámame Walter, si quieres. En cuanto a este lugar, es una estación de paso, como te acabo de decir. Una pequeña parada de descanso entre el aullido de tu mundo y el grito del siguiente. ¡Vaya!, te has creído que eras el trotamundos de largo recorrido, cuando ibas por esas carreteras ocultas ¿no? Pero ahora, padre, estás en un verdadero viaje.*

—*¡Deja de llamarme así!* —grita Callahan. *Ya tiene la garganta seca. El sol le está pegando en la coronilla como si fuera un peso tangible.*

—*Padre, padre, padre* —dice el hombre de negro. *Suena pedante, pero Callahan sabe que se está riendo por dentro. Se le ocurre que este hombre, si es que es un hombre, pasa bastante tiempo riéndose por dentro—. Bueno, bueno, supongo que no hace falta ponerse pesadito con eso. Te llamaré Don. ¿Te gusta más así?*

Las siluetas negras en la distancia se están agitando, las corrientes ascendentes de aire caliente las hacen levitar, desaparecer y reaparecer. No tardan en desaparecer para siempre.

—*¿Quiénes son?* —le pregunta al hombre de negro.

—*Unos tipos a los que sin duda estuviste a punto de no conocer* —dice el hombre de negro con tono soñador. *La capucha se mueve, por un instante Callahan distingue el filo ceroso de una nariz y la curva de un ojo, una diminuta cuenca llena de líquido oscuro—. Morirán bajo las montañas. Si no mueren bajo las montañas, hay cosas en el mar del Oeste que se los comerán vivos. ¡Deda chek!* —*Vuelve a reírse. Pero...*

«Pero de pronto no pareces muy seguro de ti mismo, amigo», piensa Callahan.

—*Si todo lo demás falla* —dice Walter—, *esto los matará.* —*Levanta la caja. De nuevo, débilmente, Callahan, oye el desagradable tañido de las campanillas—. ¿Y quién lo llevará hasta ellos? El ka, por supuesto, incluso el ka necesita un amigo, un kai-mai. Ese serás tú.*

—*No lo entiendo.*

—*No* —corroboraba el hombre de negro con tristeza—, *y yo no tengo tiempo para explicártelo. Como el conejo blanco de Alicia, llego tarde, llego tarde a una cita muy importante. Verás, me están siguiendo, pero necesitaba desandar el camino y hablar contigo. ¡Ocupado, ocupado, ocupado! Ahora tengo que volver a adelantarlos, ¿cómo si no voy a aprovecharme de ellos? Tú y yo, Don, tenemos que poner fin a nuestra garla, a pesar de lo lamentable de su brevedad. De vuelta al establo contigo, amigo. ¡Rápido como una liebre!*

—*¿Y si yo no quiero?*

Solo que en realidad el «y si» no tuvo importancia. Jamás ha querido ir a ningún otro lugar. Supongamos que le pide a este tío que lo deje ir e intente alcanzar a esas siluetas que se mueven. ¡Y si le dice al hombre de negro: «Allí es donde se supone que tengo que estar? ¿Donde lo que tú llamas "ka" quiera que esté?», supone que él lo sabe. Lo mismo da, como si se pone a escupir en el mar.

Como para confirmar esto último, Walter dice:

—*Lo que tú quieras apenas importa. Irás donde ordene el rey y allí esperaré. Si esos dos mueren por el camino, como seguramente tendrá que ocurrir, vivirán una vida de paz campestre en el lugar al que te envío, y allí tú también morirás, con un montón de años y, lo más probable, con una falsa aunque indudable y agradable sensación de redención. Vivirás en tu nivel de la Torre mucho después de que yo me haya convertido en polvo óseo en mi nivel. Te lo prometo, padre, porque lo he visto en la bola de cristal, ¡digo verdad! ¿Y si siguen llegando? ¿Y si te alcanzan en el lugar al que vas a ir? Bueno, en ese improbable caso, los ayudarás tanto como puedas y los matarás al hacerlo. Es alucinante, ¿verdad? ¿No dirías que es alucinante?*

Empieza a caminar hacia Callahan. Callahan se vuelve hacia el establo donde espera la puerta ignota. No quiere ir allí, pero no hay otro sitio.

—*Aléjate de mí* —le advierte.

—*De eso nada* —dice Walter, el hombre de negro—. *No puedo hacer eso.* —*Apunta la caja hacia Callahan. Al mismo tiempo pone la mano encima de ella y agarra la tapa.*

—*¡No!* —chilla Callahan.

Porque el hombre con la túnica negra no debe abrir la caja. Hay algo terrible en su interior, algo que aterrorizaría incluso a Barlow, el vampiro astuto que obligó a Callahan a beber su sangre y luego lo envió de camino hacia los prismas de Estados Unidos como un niño caprichoso cuya compañía se había vuelto tediosa.

—*Sigue moviéndote y tal vez no tendré que hacerlo* —se burla Walter.

Callahan retrocede hacia la escasa sombra del establo. Pronto volverá a estar dentro, no hay

forma de evitarlo, y siente como una carga el hecho de que aquella extraña puerta, que existe solo por un lado, lo está esperando.

—*¡Es cruel!* —*estalla.*

A Walter se le abren los ojos de par en par y durante un instante parece muy dolido. Esto puede ser absurdo, pero Callahan está mirando a los profundos ojos del hombre y siente la seguridad de que esa emoción es, pese a todo, auténtica. Y la seguridad lo priva de cualquier esperanza de que todo esto pueda ser un sueño, o un intervalo final y brillante antes de la verdadera muerte. En los sueños, al menos en los suyos, los malos, los que dan miedo, jamás tienen sentimientos complejos.

—*Soy lo que el ka, el Rey y la Torre me han hecho ser. Todos lo somos. Estamos atrapados.*

Callahan recuerda el Oeste onírico a través del cual ha viajado: los silos olvidados, los crepúsculos abandonados y las sombras alargadas; su propio placer amargo mientras arrastraba su trampa tras de sí, cantando hasta que el tintineo de las cadenas que lo retenían se convirtieron en una dulce melodía.

—*Lo sé* —*admite.*

—*SÍ, ya veo que lo sabes. Sigue moviéndote.*

Ahora, Callahan está de espaldas al establo. Una vez más huele el tenue, casi imperceptible aroma del heno reseco. Detroit parece imposible, una alucinación. Como parecen todos sus recuerdos de Estados Unidos.

—*Si no abres esa cosa* —*dice Callahan—, lo haré.*

—*¡Qué padre tan excelente que eres, padre!*

—*Habías prometido no llamarme así.*

—*Las promesas se hacen para incumplirlas, padre.*

—*No creo que seas capaz de matarlo* —*asegura Callahan.*

Walter hace una mueca.

—*Eso es asunto del ka, no mío.*

—*A lo mejor tampoco es asunto del ka. ¿Y si está por encima del ka?*

Walter retrocede, como sorprendido.

«*He blasfemando* —*piensa Callahan—, Y con este tío, me parece que no es buena idea.»*

—*Nadie está por encima del ka, falso sacerdote* —*le suelta el hombre de negro—, Y la habitación del ático de la Torre está vacía. Sé que está vacía.*

Aunque Callahan no está del todo seguro de lo que está diciendo el hombre, su respuesta es rápida y segura:

—*Te equivocas. La habita Dios. Espera y lo contempla todo desde Su lugar en las alturas. Él...*

Entonces, una sucesión de grandes acontecimientos tiene lugar exactamente al mismo tiempo. El surtidor de agua de la hornacina se pone en funcionamiento y emprende su cansino ciclo de ruidos sordos. Y Callahan cae de culo sobre la maciza y tersa madera de la puerta. Y el hombre de negro empuja la caja hacia delante y la abre al mismo tiempo. Y la capucha cae hacia atrás y deja al descubierto el rostro pálido y enmarañado de comadreja antropomorfa. (No es Sayre, pero en la frente de Walter, como si se tratase de la marca de una casta india, está el mismo círculo profundo de color rojo, una herida abierta que jamos coagula ni supura.) Y Callahan ve lo que hay dentro de la caja: ve la Trece Negra, descansando sobre su terciopelo rojo como el ojo brillante de un monstruo que creciera al margen de la sombra de Dios. Y Callahan empieza a gritar al verla, porque siente su poder infinito; puede arrojarlo a cualquier sitio o al callejón sin salida más alejado de ninguna parte. Y la puerta se abre con un crujido. Y pese al pánico que siente, o tal vez, por el pánico que siente, Callahan es capaz de pensar: «El hecho de abrir la caja ha abierto la puerta». Y se está tambaleando hacia atrás dirigiéndose a algún otro lugar. Oye voces que chillan. Una de ellas es la voz de Lupe que le pregunta por qué lo dejó morir. Otra voz pertenece a Rowena Magruder y le está diciendo que esta es su otra vida, es esta, y que si le gusta. Y sus manos se levantan para taparse los oídos incluso cuando una de sus viejas botas tropieza con la otra y empieza a caer hacia atrás pensando que el hombre de

negro lo ha empujado al infierno, al verdadero infierno. Y cuando se le levantan las manos, el hombre con cara de comadreja tira hacia ellas la caja abierta con la terrible bola de cristal. Y la bola se mueve. Gira como si fuera un ojo de verdad metido en una cuenca invisible. Y Callahan piensa: «Está vivo, es el ojo robado a algún monstruo espantoso del más allá, y, ¡oh Dios, oh por el amor de Dios, me está mirando!».

Sin embargo, coge la caja. Es la última cosa en la vida que quiere hacer, pero no tiene fuerzas para detenerse. «Ciérrala, tienes que cerrarla», piensa, pero está cayendo, ha tropezado consigo mismo (o el ka del hombre de la túnica lo ha hecho tropezar) y está cayendo, estremeciéndose mientras cae. Desde algún lugar por debajo de él, todas las voces de su pasado lo están llamando, le hacen reproches (su madre quiere saber por qué dejó que ese asqueroso de Barlow rompiera la cruz que ella le había traído de Irlanda), y, aunque parezca increíble, el hombre de negro grita, tan campante a sus espaldas:

—¡Bon voyage, padre!

Callahan golpea contra un suelo de piedra. Está plagado de huesos de sabandijas. La tapa de la caja se cierra y siente un instante de alivio sublime... pero entonces vuelve a abrirse, con gran lentitud, y deja el ojo al descubierto.

—No —susurra Callahan—. Por favor, no.

Sin embargo, es incapaz de cerrar la caja, toda su fuerza parece haberlo abandonado, y no se cierra por sí sola. En lo más profundo del ojo oscuro, se forma una silueta roja, que brilla... y crece. El horror que siente Callahan duele, le atenaza la garganta, su frialdad amenaza con detenerle el corazón. «Es el Rey —piensa—. Es el ojo del Rey Carmesí que mira desde su asiento en la Torre Oscura. Y me está mirando.»

—¡No! —chilla Callahan mientras está tendido en el suelo de una cueva de los desfiladeros del norte de Calla Bryn Sturgis, un lugar que acabará amando—. ¡No! ¡No! ¡No me mires! ¡Oh, por el amor de Dios, no me mires!

Pero el ojo lo mira y Callahan no puede soportar su mirada enloquecida. Justo en ese momento fallece. Ocurrirá tres días antes de que vuelva a abrir los ojos, y cuando lo haga estará con los mannis.

DIECINUEVE

Callahan los contempló con gesto cansado. La medianoche había llegado y se había ido, digamos gracias, y ahora quedaban veintidós días para que los lobos llegasen en busca del botín de niños. Se bebió los dos dedos de sidra que le quedaban, hizo una mueca de asco como si hubiera sido whisky de maíz y a continuación dejó el vaso.

—Y lo demás, como suele decirse, es historia. Henchick y Jemmin fueron los que me encontraron. Henchick cerró la caja y cuando lo hizo, la puerta se cerró. Y ahora lo que era la Cueva de las Voces es la Cueva de la Puerta.

—¿Y con usted, padre? —preguntó Susannah—. ¿Qué hicieron con usted?

—Me llevaron a la cabaña de Henchick... a su *kra*. Allí es donde estuve hasta que abrí los ojos. Durante mi inconciencia, sus esposas e hijas me dieron agua y caldo de pollo estrujando un trapo para que fueran cayendo las gotas una a una.

—Solo por curiosidad, ¿cuántas esposas tiene? —preguntó Eddie.

—Tres, pero solo puede tener relaciones con ellas por separado —dijo Callahan distraídamente—. Depende de las estrellas o de algo así. Me cuidaron bien. Empecé a dar paseos por el pueblo, en esos días me llamaban el Caminante. El Viejo Amigo. No lograba tener una idea muy clara de dónde me encontraba, pero en cierto sentido mis vagabundeos anteriores me habían preparado para lo que había ocurrido. Mentalmente me había hecho más fuerte. Había días, Dios lo sabe, en que pensaba que aquello estaba ocurriendo durante el o los segundos que tardé en caer desde la ventana por la que me había tirado a Michigan Avenue, que la mente se prepara para la muerte ofreciendo una maravillosa alucinación final, una imitación de una vida entera. Y había días en los que decidía que por fin me había convertido en lo que todos más temíamos, tanto en El Hogar como en El Faro: en un «cerebro licuado». Pensé que a lo mejor me habían encerrado en alguna deprimente institución de quién sabe dónde y que me lo estaba

imaginando todo. Sin embargo, ante todo me limitaba a aceptarlo. Además, estaba contento de haber acabado en un buen lugar, ya fuera real o imaginario.

»Cuando recobré las fuerzas, volví a ganarme la vida de la forma que lo había hecho durante mis años en ruta. No había oficinas de ManPower ni de Brawny Man en Calla Bryn Sturgis, pero eran años de bonanza y había montones de trabajo para un hombre que quisiera trabajar, fueron años de arroz en abundancia, como suele decirse, aunque la ganadería y los demás cultivos también iban bien. Al final volví a predicar. No fue una decisión consciente, no rezaba por nada en concreto, Dios lo sabe, y cuando me decidí a hacerlo, descubrí que ese pueblo lo sabía todo sobre Jesús Hombre —se rió—, además de saberlo todo sobre el Paso, Oriza y la Estrella Búfalo... ¿Conoces la Estrella Búfalo, Roland?

—Oh, sí —respondió el pistolero, recordando a un predicador de la Búfalo al que una vez se vio obligado a matar.

—Pero escuchaban —prosiguió Callahan—. En cualquier caso, había muchos que escuchaban, y cuando se ofrecieron para construirme una iglesia, les dije gracias. Y esa la historia del Viejo Amigo. Como veréis, vosotros estabais en ella... Al menos, dos de vosotros. Jake, ¿ocurrió eso después de tu muerte?

Jake agachó la cabeza. Acho, al darse cuenta de su perturbación, aulló incómodo. No obstante, cuando Jake respondió, su voz sonó bastante firme:

—Después de la primera muerte. Antes de la segunda.

Callahan, que parecía visiblemente sorprendido, se sintió contrariado.

—¿Quieres decir que puede ocurrir más de una vez? ¡Que la Virgen nos asista!

Rosalita los había dejado. En ese momento regresó, llevaba un fogaril en alto. Los que habían colocado en la mesa casi se habían consumido y el porche estaba iluminado por un brillo tenue y decadente que era a la par lúgubre y un tanto siniestro.

—La cama está lista —anunció—. Esta noche el niño dormirá con el padre. Eddie y Susannah, igual que anoche.

—¿Y Roland? —preguntó Callahan, arqueando sus pobladas cejas.

—Tengo un lugar acogedor para él —respondió ella, imperturbable—. Se lo he enseñado antes.

—¿Ah, sí? —preguntó Callahan—. Bueno, entonces está todo arreglado. —Se levantó—. No recuerdo la última vez que estuve tan cansado.

—Nosotros nos quedaremos unos minutos más, si a bien tenéis —anunció Roland—. Los cuatro solos.

—Como deseéis —dijo Callahan.

Susannah le cogió la mano y la besó impulsivamente.

—Gracias por su historia, padre.

—Sienta bien haberla contado por fin, sai.

Roland preguntó:

—¿La caja se quedó en la cueva hasta que estuvo construida la iglesia? ¿Tu iglesia?

—Ea. No sé durante cuánto tiempo. Puede que ocho años, puede que menos. Es difícil saberlo con exactitud, pero llegó un momento en que empezó a llamarme. Pese a lo mucho que odiaba y temía a ese Ojo, parte de mí quería verlo de nuevo.

Roland hizo un gesto de asentimiento.

—Todos los fragmentos del Arco Iris del Mago suscitan una gran atracción, aunque siempre se ha dicho que la Trece Negra es la peor. Ahora que lo pienso entiendo la razón. Es el verdadero Ojo vigilante del Rey Carmesí.

—Fuera lo que fuese, sentí cómo me llamaba para que regresase a la cueva... y más allá. Me susurraba que debía volver a mis vagabundeos y convertirlos en algo interminable. Sabía que podía abrir la puerta abriendo la caja y que la puerta podía llevarme a cualquier dónde. ¡Y en cualquier cuándo! Lo único que tenía que hacer era concentrarme. —Callahan reflexionó, a continuación volvió a sentarse. Se echó hacia delante, mirándolos de uno en uno por encima de la talla nudosa de sus manos cruzadas—. Atendedme, os lo ruego. Teníamos un presidente, se

llamaba Kennedy. Fue asesinado unos trece años antes de mi época en Salem's Lot... fue asesinado en West...

—Sí —dijo Susannah—. Jack Kennedy. Que Dios lo tenga en su gloria. —Se volvió hacia Roland—. Era pistolero.

Roland puso cara de sorpresa.

—¿Lo dices en serio?

—Ea. Digo verdad.

—En cualquier caso —prosiguió Callahan—, siempre ha habido dudas sobre si el hombre que lo mató actuaba solo o si formaba parte de una conspiración de mayores dimensiones. De modo que algunas veces me despertaba en mitad de la noche y pensaba: «¿Por qué no vas y lo averiguas? ¿Por qué no te plantas delante de esa puerta con la caja bajo el brazo y piensas: "Dallas, veintidós de noviembre de mil novecientos sesenta y tres"? Porque, si lo haces, la puerta se abrirá y podrás ir allí, al igual que el hombre de la máquina del tiempo de la historia del señor Wells. Y tal vez podrías cambiar lo que ocurrió ese día». Si hubo alguna vez un momento que marcó un hito en la vida de los estadounidenses, fue ese. Cambia eso y cambias todo lo que ocurrió después. Vietnam... la revueltas raciales... Todo.

—¡Jesús! —exclamó Eddie con respeto. Cuando menos, uno debía respetar la ambición de una idea así. Quien maquinaba algo como aquello estaba a la misma altura que el capitán con pata de palo a la caza de la ballena blanca—. Pero, padre... ¿y si eso hubiera cambiado las cosas para peor?

—Jack Kennedy no era un mal hombre —dijo Susannah con frialdad—. Jack Kennedy era un buen hombre. Un gran hombre.

—Puede que así sea, pero ¿sabes qué? Los grandes hombres cometen grandes errores. Y además, quien hubiera llegado después de él podría haber sido un mal tipo. Un Cazador del Gran Ataúd que jamás tuvo una oportunidad por culpa de Lee Harvey Oswald, o quienquiera que fuera.

—Pero la bola no te permite tener tales pensamientos —replicó Callahan—. Creo que instiga a las personas a cometer actos de una horrible maldad susurrándoles que lo harán para bien. Que no solo mejorarán un poco las cosas, sino mucho.

—Sí —corroboró Roland. Su voz sonó cortante como el chasquido de una ramita en una hoguera.

—¿Crees que un viaje así puede ser en realidad posible? —le preguntó Callahan—. ¿O que se trataba sin más de una mentira persuasiva de la cosa? ¿De su poder de atracción?

—Eso creo —dijo Roland—. Y creo que cuando nos vayamos del Calla, será a través de esa puerta.

—¡Podré ir con vosotros! —exclamó Callahan. Habló con una vehemencia sorprendente.

—Tal vez —respondió Roland—. En cualquier caso, al final te llevaste la caja con la bola que tenía dentro al interior de tu iglesia. Para acallarla.

—Sí, y en buena parte funcionó. La gran mayoría del tiempo está durmiendo.

—Aunque has dicho que te ha hecho entrar en exotránsito en dos ocasiones.

Callahan hizo un gesto de asentimiento. La vehemencia se había encendido como un nudo de madera de pino en una chimenea y se había desvanecido con la misma rapidez. En ese momento solo parecía cansado. Y muy anciano en realidad.

—La primera vez me llevó hasta México. ¿Recordáis el principio de mi historia? ¿El escritor y el niño que creían en los vampiros?

Asintieron.

—Una noche, la bola llegó a mí cuando estaba dormido y me hizo entrar en exotránsito hasta Los Zapatos, en México. Era un funeral. El funeral del escritor.

—Ben Mears —dijo Eddie—. El tío de *Danza aérea*.

—Sí.

—¿La gente lo veía? —preguntó Jake—. Porque a nosotros no nos veían.

Callahan sacudió la cabeza.

—No, pero me sentían. Cuando caminaba hacia ellos, se alejaban. Era como si me hubiera convertido en una corriente de aire helado. En cualquier caso, el niño estaba allí, Mark Petrie, aunque ya no era un niño, sino un hombre joven. Gracias a eso y a la forma en que hablaba de Ben («Hubo una época en que hubiera dicho que tenía cincuenta y nueve años», así empezó su panegírico), supuse que debía de ser mediados de la década de mil novecientos noventa. En cualquier caso, no me quedé mucho tiempo, pero sí lo suficiente como para decidir que mi joven amigo de hacía tanto tiempo atrás había salido bien parado. Después de todo, puede que hiciera algo bien en Salem's Lot. —Hizo una pausa durante un rato y luego añadió—: En su panegírico, Mark se refirió a Ben como a su padre. Eso me conmovió mucho, muchísimo.

—¿Y la segunda vez que la bola te hizo entrar en exotránsito? —preguntó Roland—. ¿La vez que te envió al Castillo del Rey?

—Había pájaros. Eran negros, enormes y rechonchos. Y ya no puedo hablar más. No en plena noche. —Callahan lo dijo con un tono seco que no daba lugar a réplica. Volvió a levantarse—. En otra ocasión, tal vez.

Roland hizo una inclinación de cabeza en gesto de aceptación al oírlo.

—Digo gracias.

—¿Vosotros nos os retiráis, muchachos?

—Pronto —contestó Roland.

Le dieron las gracias por la historia (incluso Acho añadió un único y soñoliento ladrido) y le desearon buenas noches. Contemplaron cómo se alejaba durante varios segundos sin decir nada.

VEINTE

Fue Jake quien rompió el silencio.

—Ese tipo, Walter, ¡estaba detrás de nosotros, Roland! Cuando salimos de la estación, ¡estaba detrás de nosotros! ¡Y también el padre Callahan!

—Sí —afirmó Roland—. Callahan llevaba en nuestra historia todo ese tiempo. El estómago me da un vuelco al pensarlo. Como si hubiera perdido el centro de gravedad.

Eddie se frotó el rabillo del ojo.

—Cuando te pones tan tierno, Roland —dijo—, me derrito. —A continuación, cuando Roland se limitó a mirarlo dijo—: Ah, venga ya, no hace falta que te descojones. Sabes que me encanta cuando pillas el chiste, pero me estás avergonzando.

—Te ruego me perdones —dijo Roland con una leve sonrisa—. Mi sentido del humor se va al catre temprano.

—El mío se queda levantado toda la noche —replicó Eddie con ocurrencia—. Me mantiene despierto. Me cuenta chistes. A saber: «Toe, toe, ¿quién es? Benito. ¿Benito qué? Benito Camelo». ¡Jua, jua, jua!

—¿Ya te has quitado la espinita de no hacer bromitas? —pregunta Roland cuando ha terminado.

—Por ahora sí. Pero no te preocupes, Roland, siempre se me vuelve a clavar. ¿Puedo preguntarte algo?

—¿Es una tontería?

—No creo. Espero que no.

—Entonces pregunta.

—Esos dos hombres que le salvaron el pellejo a Callahan en la lavandería del East Side, ¿eran quienes creo que eran?

—¿Quiénes crees que eran?

Eddie miró a Jake.

—¿Y tú que opinas, oh, hijo de Elmer? ¿Se te ocurre algo?

—Claro —respondió Jake—. Eran Calvin Torre y el otro tipo de la librería, su amigo. El que me contó el acertijo de Sansón y el del río. —Chascó los dedos una vez, luego dos veces y luego sonrió de oreja a oreja—. Aaron Deepneau.

—¿Y qué hay del anillo que ha mencionado Callahan? —le preguntó Eddie—. ¿El que llevaba Ex Libris grabado? No vi que ninguno de los dos llevara un anillo así.

—¿Lo buscaste? —le preguntó Jake.

—No, en realidad no. Pero...

—Y recuerda que lo vimos en mil novecientos setenta y siete —añadió Jake—. Esos tipos le salvaron la vida al padre en mil novecientos ochenta y uno. Tal vez alguien le dio al señor Torre el anillo en ese intervalo de cuatro años. Como regalo o a lo mejor se lo compró.

—Son solo suposiciones —observó Eddie.

—Sí —afirmó Jake—. Pero Torre tiene una librería, de modo que el hecho de que tenga un anillo con las palabras Ex Libris grabadas encaja. ¿Es que acaso no te parece que tiene lógica?

—No. Apostaría a que las posibilidades de que no sea así son de al menos un noventa por ciento. ¿Cómo podían saber ellos que Callahan...? —Eddie se calló, reflexionó, luego sacudió la cabeza con decisión—. No, ni siquiera pienso empezar a hablar de ello esta noche. Lo siguiente que nos pondremos a discutir será el asesinato de Kennedy, y estoy demasiado cansado.

—Todos estamos cansados —dijo Roland— y tenemos muchas cosas que hacer en estos días que vienen. Aun así, la historia del padre me ha dejado en un extraño estado de desasosiego. No estoy seguro de si responde a más preguntas de las que formula, o si es al revés.

Ninguno de ellos respondió a eso.

—Somos ka-tet, y ahora estamos sentados juntos an-tet —dijo Roland—, en consejo. Siendo tarde como es, ¿hay algo que deba hablarse antes de separarnos? Si es así, debéis decirlo. —Al no producirse respuesta alguna, Roland echó su silla hacia atrás—. Está bien, entonces os deseo a todos...

—Espera.

Fue Susannah. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que había hablado que casi la habían olvidado. Y lo hizo con un hilo de voz a diferencia de como solía hacerlo. Sin duda, aquella voz no parecía pertenecer a una mujer que le había dicho a Eben Took que si la volvía a llamar morenita, le arrancaría la lengua y le limpiaría el culo con ella.

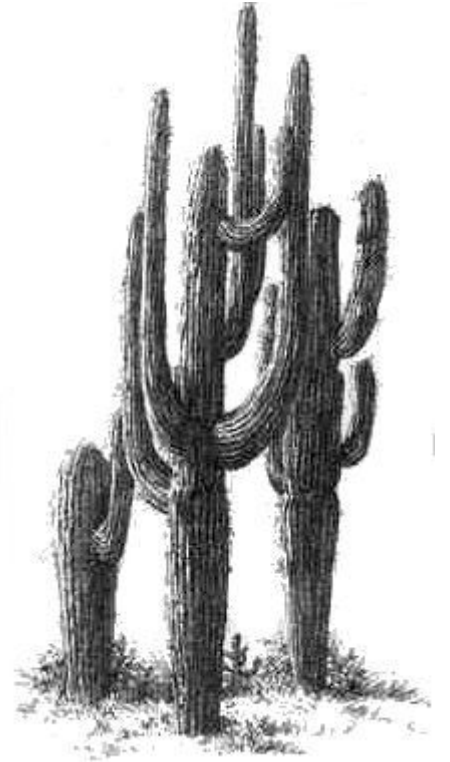
—Tiene que haber algo —añadió esa misma vocecilla—. Algo más. —Y aún de forma más inaudible dijo—: Yo...

Los miró, de uno en uno, y cuando llegó al pistolero, él vio la pena en sus ojos, el reproche y el cansancio. No vio rabia. «Si hubiera estado enfadada —pensó tiempo después—, no podría haberme sentido tan avergonzado.»

—Creo que podría tener un problemilla —dijo—. No entiendo cómo puede ser... cómo puede ser posible... pero, muchachos, creo que podría estar a punto de tener descendencia.

Una vez dicho esto, Susannah Dean/Odetta Holmes/Detta Walker/Mia hija de nadie se tapó la cara con las manos y rompió a llorar.

TERCERA PARTE
LOS LOBOS



I
SECRETOS

UNO

Detrás de la casita de Rosalita Muñoz había un retrete alto pintado de color azul celeste. Cuando el pistolero entró a las tantas de la madrugada después de que el padre Callahan terminase su historia, vio que de la pared de la izquierda sobresalía un sencillo aro metálico con un pequeño disco de acero puesto debajo a unos veinte centímetros más o menos. Dentro de esta estructura había una ramita doble de rudbeckia amarilla. Su olor a limón y ligeramente acre era el único perfume del retrete. En la pared que había encima de la tabla donde uno se aliviaba, en un marco y cubierta con un cristal, había una foto de Jesús Hombre con las manos en posición de oración colocadas justo debajo de la barbilla, con sus mechones rojizos cayéndole sobre los hombros y los ojos dirigidos hacia Su Padre. Roland había oído que había tribus de mutantes lentos que llamaban al Padre de Jesús «Gran Papá Celestial».

La imagen de Jesús Hombre estaba de perfil, y Roland se alegró. Si Él lo hubiera estado mirando de frente, el pistolero no estaba seguro de haber podido hacer sus necesidades matutinas sin cerrar los ojos a pesar de lo llena que tenía la vejiga. «Qué lugar tan raro para poner una foto del hijo de Dios», pensó, y entonces se dio cuenta de que no era nada raro. Por lo general, solo Rosalita utilizaba ese retrete, y lo único que Jesús Hombre podría ver sería su trasero turgente.

Roland Deschain rompió a reír, y cuando lo hizo, su líquido empezó a fluir.

DOS

Rosalita ya se había ido cuando él se despertó, y no hacía poco: su lado de la cama se había enfriado. En ese instante, de pie en el exterior del retrete alargado y azul, mientras se abotonaba la bragueta, Roland alzó la vista hacia el sol y calculó que no podía quedar mucho para el mediodía. Calcular ese tipo de cosas sin un reloj, ni un espejo, ni un péndulo se había vuelto peliagudo en esos días, aunque todavía era posible si uno hacía los cálculos con cuidado y se daba cierto margen de error en sus resultados. Imaginó que Cort se horrorizaría si viera que uno de sus pupilos, uno de sus pupilos graduados, un pistolero, emprendía una empresa como aquella durmiendo casi hasta el mediodía, pues aquello era el principio. Todo lo demás habían sido los preparativos de rigor, necesarios, aunque no muy prácticos. Como lo de bailar la canción del arroz. Ahora esa parte había terminado. Y en cuanto a lo de levantarse tarde...

—Nadie se ha merecido tanto remolonear un poco —dijo, y se bajó la pendiente dando un paseo.

Una valla delimitaba la parte trasera de la parcela de Callahan (aunque puede que el padre pensase que era una viña del Señor). Pasada la parcela había un pequeño arroyo, cuyo rumor era tan alegre como el de una niña contándole sus secretos a su mejor amiga. Las orillas estaban repletas de rudbeckia amarilla, así que ya había otro misterio (menor) resuelto. Roland inspiró profundamente el perfume.

Se dio cuenta de que estaba pensando en el ka, algo que no solía hacer. (Eddie, quien creía que Roland no pensaba en otra cosa, se habría quedado sorprendido.) Su única norma real era: «Hazte a un lado y déjame trabajar». ¿Por qué, en el nombre de Dios, era tan difícil aprender algo tan simple? ¿Por qué siempre estaba ahí esa estúpida necesidad de inmiscuirse? Todos y cada uno de ellos lo habían hecho; todos y cada uno de ellos sabían que Susannah Dean estaba embarazada. El mismo Roland lo sabía desde el momento de su concepción, cuando Jake llegó desde la casa de Dutch Hill. La misma Susannah lo sabía, pese a los harapos sangrientos que había enterrado a la vera del camino. Así que ¿por qué les había costado tanto iniciar la garla que habían tenido por la noche? ¿Por qué habían armado tanto alboroto por eso? ¿Y cuánto podrían haber sufrido a causa de ello?

Nada, esperaba Roland. No obstante, era difícil de saber, ¿verdad?

Tal vez era mejor dejarlo correr. Esa mañana, aquel parecía un buen consejo, porque Roland se sentía muy bien. Al menos físicamente. Apenas tenía dolores ni...

—Creía que no te ibas a acostar mucho después de irme yo, pistolero, pero Rosalita me ha dicho que te acostaste casi al amanecer.

Roland dejó atrás la valla y sus pensamientos. Callahan se había vestido con unos pantalones oscuros, zapatos oscuros y una camisa oscura de cuello camisero. La cruz le colgaba sobre el

pecho y su desaliñada melena cana había sido en parte domada con una especie de gomina. Aguantó la mirada del pistolero durante un instante y luego dijo:

—Ayer le di la sagrada comunión a los minifundistas que la toman y escuché sus confesiones. Hoy es mi día de ir a los ranchos y hacer lo mismo. Un buen número de vaqueros siguen lo que la mayoría llama el camino de la cruz. Rosalita me lleva en la calesa, así que a la hora de la comida y de la cena tendréis que arreglároslos solos.

—No te preocupes —dijo Roland—, pero ¿tiene unos minutos para hablar conmigo?

—Por supuesto —respondió Callahan—. Un hombre que no puede quedarse a hablar un rato, para empezar, no se debería acercarse. Creo que es un buen consejo y no solo para los sacerdotes.

—¿Escucharías mis confesiones?

Callahan puso cara de sorpresa.

—Entonces, ¿eres seguidor de Jesús Hombre?

Roland sacudió la cabeza.

—Ni por asomo. ¿Escucharás de todos modos? Te lo ruego. ¿Y no se lo contarás a nadie?

Callahan se encogió de hombros.

—En cuanto a lo de no decirle a nadie lo que me cuentes, es fácil. Es nuestro trabajo. Pero no confundas la discreción con la absolución. —Le dedicó a Roland una sonrisa glacial—. Los católicos nos reservamos eso para nosotros, si a bien tienes.

A Roland no se le había pasado por la cabeza la absolución y consideró la idea de que pudiera necesitarla (o de que ese hombre pudiera dársela) casi cómica. Se lió un cigarrillo, lo hizo poco a poco, pensando en cómo empezar y hasta dónde contar. Callahan esperó, guardando un respetuoso silencio.

Al final, Roland dijo:

—Había una profecía que decía que yo debía invocar a tres personas y que nos convertiríamos en ka-tet. No importa quién lo formase, da igual lo que ocurriese antes. No voy a preocuparme por ese viejo embrollo, nunca más si puedo evitarlo. Había tres puertas. Detrás de la segunda estaba la mujer que se convertiría en esposa de Eddie, aunque en aquella época no se llamaba Susannah...

TRES

De esta forma, Roland le contó a Callahan la parte de su historia que trataba directamente sobre Susannah y las mujeres que había habido antes que ella. Se centró en la forma en que habían salvado a Jake del guardián de la puerta y se habían traído al niño hasta el Mundo Medio; le contó cómo Susannah (o tal vez en ese momento fuera Detta) había retenido al demonio del círculo mientras ellos hacían el trabajo. Él sabía de antemano cuál era el riesgo, le dijo Roland a Callahan, y al final se había convencido, incluso cuando iban a bordo de Blaine el Mono, de que ella había superado el peligro de quedarse embarazada. Se lo había contado a Eddie, y a Eddie no le había sorprendido en absoluto. A continuación, Jake se lo había contado a él. En realidad, se lo había echado en cara. Y él había aceptado el reproche, dijo, porque creía merecerlo. De lo que ninguno de ellos se había dado cuenta hasta la noche pasada en el porche era de que Susannah lo sabía y de que tal vez lo sabía desde hacía tanto tiempo como Roland. Simplemente se había negado a admitirlo con mayor ahínco.

—Bueno, padre, ¿qué opina?

—Dices que su marido aceptó guardar el secreto —respondió Callahan—. Y que incluso Jake... que ve con toda claridad...

—Sí —respondió Roland—. Lo hace, lo hizo. Cuando me preguntó qué debíamos hacer, le di un mal consejo. Le dije que sería mejor que el ka lo solucionase por sí solo, por lo que lo he tenido atrapado entre mis manos todo el tiempo, como un pájaro cautivo.

—Las cosas siempre parecen más claras cuando las vemos en perspectiva, ¿no crees?

—Sí.

—¿Anoche le contaste a ella que en su seno crece una semilla del demonio?

—Ella sabe que no es de Eddie.

—Así que no se lo contaste. ¿Y Mia? Le hablaste sobre Mia y el salón del banquete del castillo.

—Sí —afirmó Roland—. Creo que enterarse de eso la deprimió, pero no le sorprendió. La otra, Detta, había estado allí desde el accidente en el que perdió las piernas. —No había habido ningún accidente, pero Roland no le había contado lo de Jack Mort a Callahan, pues no vio motivo para hacerlo—. Detta Walker se escondió bien de Odetta Holmes. Eddie y Jake dicen que es una esquizofrénica. —Roland pronunció aquella palabra tan exótica con gran cautela.

—Pero la curaste —dijo Callahan—. La enfrentaste cara a cara con sus dos personalidades en una de esas puertas, ¿no fue así?

Roland se encogió de hombros.

—Se pueden quemar las verrugas con nitrato de plata, padre, pero cuando una persona tiene tendencia a tenerlas, siempre le vuelven a salir.

Callahan lo sorprendió mirando hacia el cielo y lanzando una carcajada estrepitosa. Se rió durante tanto tiempo y con tanta intensidad que al final tuvo que coger el pañuelo del bolsillo trasero del pantalón y enjugarse los ojos con él.

—Roland, puede que seas rápido con la pistola y tan valiente como Satanás un sábado por la noche, pero no eres psiquiatra. Comparar la esquizofrenia con las verrugas... ¡Ay, madre!

—Aun así, Mia es real, padre. Yo la he visto. No en un sueño como Jake, sino con mis propios ojos.

—Eso es exactamente lo que quiero decir —repuso Callahan—. No es una faceta de la mujer que nació con el nombre de Odetta Susannah Holmes. Ella es ella.

—¿Es que hay alguna diferencia?

—Creo que sí. Aunque hay algo que te puedo decir con total seguridad: no importa cómo estén las cosas en tu hermandad, en tu ka-tet, esto debe mantenerse en secreto para el pueblo de Calla Bryn Sturgis. Hoy día, las cosas van por donde tú quieras. Pero si se sabe que la pistolera de piel oscura puede llevar un hijo del demonio, las gentes saldrían corriendo en dirección contraria y a toda prisa. Y Eben Took iría en la cabeza de grupo. Sé que al final decidirás qué hacer basándote en tu propia valoración de lo que el Calla necesita, pero vosotros cuatro no podéis vencer a los lobos sin ayuda, no importa lo buenos que seáis con esos calibres que lleváis. Hay muchas cosas que controlar.

La respuesta era innecesaria. Callahan tenía razón.

—¿Qué es lo que más temes? —preguntó Callahan.

—La ruptura del tet —respondió Roland sin dudarlo.

—¿Con eso quieres decir que Mia va a hacerse con el control del cuerpo que comparten y que se largará para tener el bebé?

—Si eso ocurre en el momento equivocado, sería nefasto, aunque todavía podría arreglarse. Siempre que Susannah vuelva. Sin embargo, lo que lleva dentro es puro veneno con corazón.

—Roland miró con gesto sombrío al religioso vestido de negro—. Tengo muchos motivos para creer que empezaría su misión matando salvajemente a la madre.

—La ruptura del tet... —musitó Callahan—. No la muerte de tu amiga, sino la ruptura del tet... Me pregunto si tus amigos saben qué clase de hombre eres, Roland.

—Lo saben —afirmó Roland, y no volvió a pronunciarse en ese aspecto.

—¿Qué quieres de mí?

—En primer lugar, una respuesta a una pregunta. Tengo claro que Rosalita sabe bastante de rudimentos de medicina. ¿Sabría lo suficiente como para sacar al niño antes de tiempo? ¿Y tendría el estómago que hace falta para hacer frente a lo que pueda encontrarse?

Todos tendrían que estar presentes, por supuesto, Eddie y él, Jake también, pese a lo poco que a Roland le gustaba la idea. Porque lo que había dentro de ella seguramente había acelerado su crecimiento, y aunque su hora no hubiera llegado, sería peligroso. «Y su hora está sin duda cerca —pensó—. No lo sé con certeza, pero lo presiento. Yo...»

El pensamiento se cortó cuando se dio cuenta de la expresión de Callahan: horror, asco y rabia creciente.

—Rosalita jamás haría algo así. Recuerda bien estas palabras: moriría antes de hacerlo.

Roland se quedó perplejo.

—¿Por qué?

—¡Porque es católica!

—No lo entiendo.

Cuando Callahan vio que el pistolero no lo entendía de verdad, el cortante filo de su rabia se desafiló. Aunque Roland tenía la sensación de que gran parte de la ira persistía, como la saeta detrás de la cabeza de una flecha.

—¡Estás hablando de aborto!

—¿Y?

—Roland... Roland. —Callahan agachó la cabeza y cuando la levantó, la rabia parecía haberse esfumado. La sustituía un empecinamiento glacial que el pistolero jamás había visto. Roland era tan capaz de romperlo como de levantar una montaña solo con las manos—. Mi Iglesia clasifica los pecados en dos tipos: los pecados veniales, que son tolerables a ojos de Dios, y los mortales, que no lo son. El aborto es un pecado mortal, es un asesinato.

—Padre, estamos hablando de un demonio, no de un ser humano.

—Eso es lo que tú dices, pero eso es asunto de Dios, no mío.

—¿Y si eso la mata? ¿Dirías lo mismo en ese caso y te lavarías las manos ante el problema?

Roland jamás había oído la historia de Poncio Pilatos, y Callahan lo sabía. Aun así, puso una mueca de asco al imaginárselo. Pero su respuesta fue lo bastante firme:

—¡Y lo dices tú que te has preocupado antes de la ruptura de tu tet antes que de la muerte de tu amiga! ¡Vergüenza debería dartel! ¡Vergüenza!

—Mi meta, la meta de mi ka-tet, es la Torre Oscura, padre. No es salvar este mundo en el que estamos, ni siquiera este universo, sino todos los universos. Toda la existencia.

—No me importa —respondió Callahan—. No puede importarme. Ahora, atiéndeme, Roland, hijo de Steven, porque quiero que me atiendas con mucha atención. ¿Me estás atendiendo?

Roland suspiró.

—Digo gracias.

—Rosa no le practicará un aborto a esa mujer. Hay otras personas en el pueblo que pueden hacerlo, no me cabe duda (incluso en un lugar donde unos monstruos de la tierra oscura se llevan a los niños cada veintitantos años, esas asquerosas artes se siguen practicando sin duda), pero si acudes a una de ellas, no tendrás que preocuparte por los lobos. Haré que se levante hasta el último puño contra ti en Calla Bryn Sturgis mucho antes de que lleguen.

Roland lo miró con incredulidad.

—¿Incluso pese a saber, como estoy seguro que sabe, que podríamos salvar a cien niños? ¿Niños humanos, cuya primera misión en el mundo no sería comerse a sus madres?

Tal vez Callahan no lo escuchase. Tenía la cara muy pálida.

—Es más, tanto si tienes a bien como si no... Quiero que me des tu palabra, jurada sobre el rostro de su padre, de que jamás le sugerirás el aborto a la mujer.

Una extraña idea le vino a Roland a la cabeza: ahora que había salido ese tema, que se había abalanzado sobre ellos, como el muñeco propulsado por un resorte de una caja de sorpresas, Susannah ya no era Susannah para ese hombre. Se había convertido en «la mujer». Lo asaltó otra idea: ¿cuántos monstruos había exterminado el padre con sus propias manos?

Como solía pasar en momentos de tensión extrema, el padre de Roland le habló. «Esta situación va a ser difícil de enmendar, pero si siguieras adelante, si expresases en palabras tus pensamientos, sí se arreglaría.»

—Quiero que me lo prometas, Roland.

—O hará que el pueblo se levante contra mí.

—Ea.

—¿Y si Susannah decide abortar? Las mujeres lo hacen, y ella no es estúpida. Sabe lo que está en juego.

—Mia, la verdadera madre de la criatura, lo evitará.

—No esté tan seguro. El instinto de supervivencia de Susannah Dean es muy fuerte. Y creo que su dedicación a nuestra misión es incluso más fuerte.

Callahan vaciló. Miró hacia otro lado con los labios muy apretados, formando una tensa línea blanca. Entonces lo volvió a mirar.

—Tú lo evitarás —sentenció—. Como su dinh.

«Me acaban de encastillar un enroque», pensó Roland.

—Está bien —contestó—. Le hablaré de nuestra charla y me aseguraré de que entiende la postura que usted acaba de exponer. Y le diré que no debe contárselo a Eddie.

—¿Por qué no?

—Porque él le mataría, padre. Le mataría por haber interferido.

Roland se sintió en cierta forma gratificado por la expresión de asombro de Callahan. Se volvió a recordar a sí mismo que no debía tener sentimientos contra aquel hombre, que simplemente era lo que era. ¿Acaso no les había hablado de la carga que arrastraba tras él dondequiera que fuera?

—Ahora escúcheme como yo le he escuchado, Callahan, porque ahora tiene una responsabilidad con todos nosotros. Sobre todo, con «la mujer».

Callahan se estremeció ligeramente, como admirado. Pero asintió con la cabeza.

—Cuéntame qué has pensado.

—En primer lugar, me gustaría que la vigilase cuando pudiese. Como un halcón. En particular quiero que la vigile para ver si se pone los dedos aquí. —Roland se frotó encima de la ceja izquierda—. O aquí. —A continuación se frotó la sien del mismo lado—. Escuche la forma en que habla. Fíjese si se acelera. Vigílela para ver si empieza a moverse con pequeños espasmos. —Roland se llevó de golpe una mano a la cabeza y se la rascó. Volvió a bajarla de golpe. Inclino la cabeza hacia el lado derecho y miró a Callahan de nuevo—. ¿Entiende?

—Sí. ¿Son los signos de que Mia está llegando?

Roland hizo un gesto de asentimiento.

—No quiero que vuelva a estar sola cuando sea Mia. No si puedo evitarlo.

—Entiendo —dijo Callahan—. Pero, Roland, me resulta difícil creer que un recién nacido, sin importar quién o qué pueda haber sido el padre...

—Silencio —ordenó Roland—. Silencio, ea. —Y cuando Callahan se calló como le ordenaban, añadió—: Lo que piense o crea no me importa. Usted tiene que cuidar de sí mismo, y yo le deseo bien. Pero si Mia o lo que sale de Mia daña a Rosalita, padre, le haré responsable de lo que le ocurra. Se lo haré pagar con mi mano buena. ¿Lo entiende?

—Sí, Roland. —Callahan parecía a un tiempo avergonzado y tranquilo. Era una extraña combinación.

—Está bien. Bien, hay otra cosa que puede hacer por mí. Cuando llegue el día de los lobos, voy a necesitar seis personas de entre las gentes en las que pueda confiar a ciegas. Me gustaría que fueran tres de cada sexo.

—¿Te importa que algunas sean padres con hijos en peligro?

—No, pero no todas. Y ninguna de las mujeres que pueden estar lanzando el plato; ni Sarey, ni Zalia, ni Margaret Eisenhart, ni Rosalita. Ellas estarán en otro lugar.

—¿Para qué quieres a esas seis personas?

Roland permaneció en silencio. Callahan lo miró un rato más y a continuación suspiró.

—Reuben Caverria —dijo—. Reuben jamás ha olvidado a su hermana ni cuánto la quería. Diane Caverria, su esposa... o ¿acaso no quieres parejas?

No, una pareja le iría bien. Roland hizo girar los dedos, indicando al padre con ese gesto que continuase.

—Yo diría que Cantab de los mannis; los niños lo siguen como si fuera el flautista de Hamelín.

—No lo entiendo.

—No tienes por qué. Lo siguen, eso es lo que importa. Bucky Javier y su esposa...

¿Y qué te parece su chico, Jake? Los niños del pueblo ya lo siguen con los ojos, y sospecho que bastantes chicas están enamoradas de él.

—No, lo necesito.

«¿O es que no puedes soportar no tenerlo a la vista?», se preguntó Callahan... pero no lo dijo. Había presionado a Roland hasta donde era prudente, al menos por un día. En realidad, más.

—¿Y Andy? Los niños también lo adoran. Y él los protegería hasta la muerte.

—¿Ea? ¿De los lobos?

Callahan puso cara de preocupación. En realidad él estaba pensando en los gatos monteses. En ellos y en la clase de lobos que caminan a cuatro patas. En cuanto a los que procedían de Tronido...

—No —dijo Roland—. Andy no.

—¿Por qué no? Porque no quieres a los seis para combatir a los lobos, ¿verdad?

—Andy no —repitió Roland. No era más que un presentimiento, pero sus presentimientos eran su versión del toque—. Hay tiempo para pensarlo, padre... y lo pensaremos.

—Van a reunirse con el pueblo.

—Ea. Hoy y todos los días durante un tiempo.

Callahan sonrió de oreja a oreja.

—Sus amigos y yo lo llamamos *schmoozing*. Es una palabra yiddish.

—¿Ea? ¿Qué tribu habla esa lengua?

—Una desafortunada, en todos los sentidos. Aquí, *schmoozing* se dice commala. Es la palabra que usan para referirse a casi todo. —Callahan estaba un poco sorprendido por las enormes ganas que tenía de recuperar la atención del pistolero. Un poco asqueado de sí mismo, también—. En cualquier caso, te deseo bien.

Roland hizo un gesto de asentimiento. Callahan alzó la vista hacia la rectoría, donde Rosalita ya había puesto los arreos a los caballos para atarlos a la calesa y esperaba con impaciencia a que Callahan llegase para que pudieran ir a realizar su misión divina. A medio camino de la ladera, Callahan dio media vuelta.

—No me disculpo por mis creencias —dijo—, pero si he complicado tu misión aquí en el Calla, lo siento.

—Tu Jesús Hombre me parece un hijo de puta en lo referente a las mujeres —afirmó Roland—. ¿Estuvo casado alguna vez?

A Callahan se le levantaron de repente las comisuras de los labios.

—No —respondió—, pero Su novia era una ramera.

—Bueno —dijo Roland—, por algo se empieza.

CUATRO

Roland volvió a apoyarse en la valla. El día pedía que se pusiera en marcha, aunque quería darle ventaja a Callahan. Tenía tantas razones para hacerlo así como las había tenido para rechazar a Andy de plano; no era más que un presentimiento.

Seguía allí y se estaba liando otro cigarrillo cuando Eddie bajó por la colina con la camisa ondeando tras él y las botas en una mano.

—Salve, Eddie —lo saludó Roland.

—Salve, jefe. Te he visto hablando con Callahan. La manduca nuestra de cada día, dánosla hoy.

Roland puso cara de sorpresa.

—Da igual —dijo Eddie—. Roland, con todas las emociones no he tenido tiempo de contarte la historia del abuelo. Y es importante.

—¿Susannah está despierta?

—Sí. Se está aseando. Jake está comiendo algo con pinta de tortilla de doce huevos.

Roland hizo un gesto de asentimiento.

—He dado de comer a los caballos. Podemos ensillarlos mientras me cuentas la historia del viejo.

—No creo que tarde tanto —dijo Eddie, y así fue.

Llegó al momento decisivo (la parte que el viejo le había susurrado al oído) justo cuando llegaron al establo. Roland se volvió hacia él, olvidando los caballos. Le brillaban los ojos. Sujetó a Eddie por los hombros con gran fuerza, incluso con la mermada mano derecha.

—¡Repite eso!

Eddie no se molestó.

—Me dijo que me acercase y lo hice. Me dijo que jamás se lo había contado a nadie, excepto a su hijo, y yo le creí. Tian y Zalia saben que estuvo allí, o que dice que estuvo, pero no saben lo que vio cuando le quitó la máscara a aquello. No creo que la Roja fuera quien se la quitase. Y entonces susurró...

Una vez más, Eddie le contó a Roland lo que el abuelo de Tian afirmaba haber visto.

La mirada victoriosa de Roland era tan brillante que resultaba aterradora.

—¡Caballos grises! —exclamó—. ¡Todos los caballos exactamente del mismo tono! ¡¿Lo entiendes ahora, Eddie?! ¡¿Lo entiendes?!

—Sí —respondió Eddie. Se le vieron los dientes al sonreír. No era una sonrisa especialmente agradable—. Como le dijo la corista al empresario: «Este numerito ya me lo conozco».

CINCO

En inglés normativo, la palabra con más acepciones es seguramente *run*. El *Random House Unabridged Dictionary* presenta ciento ocho acepciones, la primera es «avanzar con rapidez, moviendo las piernas con mayor velocidad que al caminar» y la última «fluir un líquido». En los Callas de la Media Luna de las tierras fronterizas, entre el Mundo Medio y Tronido, la palma de múltiples acepciones se la lleva «commala». Si la palabra estuviera en el diccionario de Random House, la primera acepción (suponiendo que estuvieran ordenadas, como suele suceder, por la frecuencia de uso), tendría que ser: «variedad de arroz cultivada en la linde más oriental del Mundo Total». Sin embargo, la segunda sería: «relación sexual». La tercera tendría que ser «orgasmo sexual», como en la frase «¿Sientes el commala?». (La respuesta esperada sería: «Sea, digo gracias, siento el commala muy pero, que muy mucho».) Mojar el commala es regar el arroz en una época de sequía; también significa masturbarse. Commala es el inicio de alguna comida opípara y jubilosa, como un banquete familiar (no la comida en sí, ea, sino el momento de empezar a comer). A un hombre que está perdiendo el pelo (como le ocurría a Garrett Strong en ese momento), se le está secando el commala. El apareamiento de los animales es un commala húmedo. Los animales castrados son commala seco, aunque nadie sabría decir por qué. Una virgen es commala verde, una mujer que menstrua es commala roja; un viejo que ya no logra templar su hierro ante la fragua, con perdón, es commala flácido. Estar de commala es estar de cuchicheo, un término vulgar para referirse a «compartir secretos». Las connotaciones sexuales de la palabra están claras, pero ¿por qué se conoce a los arroyos rocosos del norte del pueblo con el nombre de acequias commala? En ese sentido, ¿por qué un tenedor a veces es commala, pero nunca una cuchara o un cuchillo? No hay ciento setenta y ocho acepciones de la palabra, pero tiene que haber setenta. El doble, si se añaden las diversas variantes. Uno de los significados, que estaría seguramente entre los diez primeros, es el que el padre Callahan definió como *schmoozing*. La frase real sería algo así como «Ven a Sturgis a commala», o «Ven a Bryn a commala». El significado literal sería que la comunidad cuchichease como un todo.

Durante los cinco días siguientes, Roland y su ka-tet intentaron continuar con el proceso, que los forasteros habían iniciado en el almacén de Took. El arranque fue difícil («Como intentar encender un fuego con astillas húmedas», dijo Susannah hecha una furia tras su primera noche), pero, poco a poco, las gentes se fueron convenciendo. O al menos se ganaron su simpatía. Todas las noches, Roland y los Dean regresaban a la rectoría del padre. Todas las tardes a última hora o por las noches, Jake regresaba al rancho Rocking B. Andy salía para reunirse con él en el lugar donde el camino hacia el rancho B se bifurcaba desde el Camino del Este y lo acompañaba durante el resto del camino, siempre haciendo una reverencia y diciendo «Buenas noches, ¡soh! ¿Quiere que le diga su horóscopo? ¡A esta época del año a veces se le suele llamar Cosecha del Charyou! ¡Se encontrará con un viejo amigo! ¡Una joven piensa en usted con cariño!», etcétera.

Jake le había vuelto a preguntar a Roland por qué estaba pasando tanto tiempo con Benny

Slightman.

—¿Te estás quejando? —preguntó Roland—. ¿Ya no te gusta?

—Me gusta mucho, Roland, pero si hay algo que se supone que debo estar haciendo además de saltar sobre el heno, enseñarle a Acho a dar vueltas de campana o ver quién puede hacer rebotar una piedra lisa en el río más veces, creo que tendrías que decirme qué es.

—No hay nada más —aseguró Roland. A continuación, como si se le acabara de ocurrir, soltó—: Y duérmete ya. Los niños que están creciendo necesitan dormir mucho.

—¿Por qué estoy fuera?

—Porque me parece que tienes que estar ahí —contestó Roland—. Lo único que quiero es que mantengas los ojos abiertos y me digas si ves algo que no te gusta o que no entiendes.

—De todos modos, nene, ¿es que no nos ves bastante durante estos días? —le preguntó Eddie.

Estuvieron juntos durante esos cinco días y los días fueron largos. La novedad que suponía montar los caballos de sai Overholser se esfumó de un plumazo. También las quejas por los músculos doloridos y los traseros magullados. En una de esas montas, cuando se acercaban al lugar donde Andy estaba esperando, Roland le preguntó a Susannah sin rodeos si había pensado en el aborto como forma de resolver su problema.

—Bueno —respondió ella, mirándole con curiosidad desde su caballo—, no voy a decirte que la idea no se me haya pasado por la cabeza.

—Prohíbetela —dijo él—. Nada de abortos.

—¿Por alguna razón en particular?

—El ka —contestó Roland.

—Kaka —replicó Eddie con rapidez.

Era un chiste muy viejo, pero se rieron los tres, y Roland se sintió encantado de reír con ellos. De aquella forma dejaron el tema. Roland apenas podía creerlo, pero estaba contento. El hecho de que Susannah se mostrase tan poco predispuesta a hablar de Mia y de la llegada del bebé lo hizo sentirse verdaderamente agradecido. Supuso que había cosas, bastantes, con las que se sentía mejor no sabiéndolas.

Aun así, jamás le había faltado valor. Roland estaba seguro de que las preguntas llegarían tarde o temprano, pero después de cinco días de hacer campaña por el pueblo como un cuarteto (un quinteto, contando a Acho, que siempre montaba con Jake), Roland empezó a enviarla hacia el minifundio de los Jaffords a mediodía para que ejercitase la mano con el lanzamiento del plato.

Unos ocho días después de su larga garla en el porche de la rectoría, la que había durado hasta la cuatro de la madrugada, Susannah los invitó a que fueran al minifundio de los Jaffords para que vieran sus progresos.

—Ha sido idea de Zalia —dijo—. Supongo que quiere saber si estoy aprobada.

Roland sabía que solo tenía que preguntarle a Susannah en persona si quería una respuesta a esa pregunta, pero sentía curiosidad. Cuando llegaron, vieron a toda la familia reunida en el porche de la parte trasera, también estaban varios de los vecinos de Tian: Jorge Estrada y su esposa, Diego Adams (en zahones) y los Javier. Parecían espectadores de un entrenamiento de puntos. Zalman y Tia, los gemelos arrunados, se pusieron a un lado mientras miraban a todo el grupo con los ojos abiertos como platos. Andy también estaba presente, con el pequeño Aaron (que estaba dormido) en los brazos.

—Roland, si querías que todo esto se mantuviera en secreto, ¿adivinas lo que va a ocurrir? —dijo Eddie.

Roland no perdió la compostura, aunque se dio cuenta de que ahora la advertencia a los vaqueros que habían visto a sai Eisenhart lanzar el plato había sido totalmente inútil. Las gentes hablaron, así de simple. Ya fuera en las tierras fronterizas o en las baronías, el cuchicheo era el rey de los deportes. «Al menos —barruntó—, esos besugos propagarán el rumor de que Roland es un tipo duro, commala duro de roer, con el que no se puede tontear.»

—Es lo que hay —dijo—. Las gentes del Calla saben desde hace siglos que las Hermanas de

Oriza lanzan el plato. Si saben que Susannah también lo lanza, y que no se le da mal, puede que sea para bien.

—Aunque, ya sabes, espero que no la cague —comentó Jake.

Recibieron a Roland, Eddie y a Jake con una salutación respetuosa mientras subían al porche. Andy le dijo a Jake que había una joven que bebía los vientos por él. Jake se ruborizó y dijo que en ese momento no quería saber nada sobre esas cosas, si a Andy no le importaba.

—Como quiera, soh.

Jake se dio cuenta de que estaba estudiando las palabras y números impresos que se encontraban en la mitad del cuerpo de Andy como un tatuaje de acero y de que se estaba planteando una vez más si de verdad se encontraba en aquel mundo de robots y vaqueros o si todo era una especie de sueño extraordinariamente vivido.

—Espero que este bebé se despierte pronto, de verdad. Y que lllore, porque conozco bastantes nanas tranquilizadoras.

—Cierra el pico, ¡granuja de hojalata chirriante! —dijo el abuelo, enfadado, y después de rogar el perdón del viejo (con su típico tono de voz complaciente y no muy suplicante), Andy se calló.

«Mensajero y Muchas Otras funciones —pensó Jake—. ¿Una de tus funciones es meterte con los chicos, o son solo imaginaciones mías?»

Susannah se había metido en la casa con Zalia. Cuando salieron, Susannah llevaba no una bolsa roja, sino dos. Colgaban en una de sus caderas prendidas de un par de correas entretejidas. Había otra correa, Eddie la vio, que le rodeaba la cintura y sujetaban las bolsas por los nudos. Como los anclajes de las pistolas.

—Buena sujeción, digo gracias —señaló Diego Adams.

—Ha sido idea de Susannah —explicó Zalia cuando Susannah se sentó en su silla de ruedas—. Lo llama agarradero.

Eddie pensó que no lo era exactamente, pero que se parecía mucho. Sintió que una sonrisa de admiración se le dibujaba en los labios y vio un gesto similar en los de Roland y en los de Jake. ¡Por Dios!, incluso parecía que Acho sonreía.

—Me pregunto si sacaré agua —dijo Bucky Javier.

El hecho de que esa pregunta ni siquiera se formulara, pensó Eddie, solo ponía de relieve la diferencia entre los pistoleros y las gentes del Calla. Eddie y sus compañeros supieron desde el primer vistazo qué era la sujeción y que funcionaría. Sin embargo, Javier era un minifundista y, como tal, veía el mundo de una forma muy distinta.

«Nos necesitáis —pensó Eddie mirando al pequeño grupo de hombres que se encontraba de pie en el porche: los granjeros con sus pantalones blancos sucios y Adams en zahones y botines salpicados de estiércol—. Sí, señor, más que nunca.»

Susannah avanzó con la silla hacia la parte delantera del porche y se sentó sobre los muñones, así que parecía que estaba de pie en su silla. Eddie sabía cuánto le dolía estar en esa postura, pero su rostro no reflejaba incomodidad alguna. Mientras tanto, Roland estaba mirando hacia abajo, hacia los agarraderos que llevaba. Había cuatro platos en cada uno, eran lisos, sin ningún dibujo. Platos de prácticas.

Zalia se dirigió hacia el establo. Aunque Roland y Eddie habían visto la manta hilvanada en cuanto llegaron, los demás se dieron cuenta de su presencia por primera vez cuando Zalia tiró de ella. Dibujada con tiza sobre los tablones del establo estaba la silueta de un hombre, o de un ser con aspecto de hombre, con una sonrisa congelada en la cara y una supuesta capa que revoloteaba tras él. No era una obra de la calidad que tenían las realizadas por los gemelos Tavery, ni de cerca, pero los que estaban en el porche reconocieron un lobo en aquello en cuanto lo vieron. Los niños mayores lanzaron un ligero gemido. Los Estrada y los Javier aplaudieron, aunque miraban con aprensión incluso mientras lo hacían, como la gente que teme estar invocando al diablo por silbar. Andy lanzó un cumplido al dibujante («Quienquiera que sea ella»), añadió maliciosamente, y el abuelo le volvió a decir que cerrase el pico. A continuación exclamó que los lobos que él había visto eran un poco más grandes. Su voz sonó como un

chillido emocionado.

—Bueno, lo he dibujado del tamaño de un hombre —se excusó Zalia (en realidad, lo había dibujado del tamaño de su marido)—. Si el de verdad resulta ser un blanco mayor, pues mejor que mejor. Atendedme, os lo ruego. —Esto último sonó inseguro, casi como una pregunta.

Roland hizo un gesto de asentimiento.

—Decimos gracias.

Zalia le dedicó una mirada de agradecimiento y se alejó de la silueta de la pared. A continuación miró a Susannah.

—Cuando usted desee, señora.

Por un momento, Susannah se quedó donde estaba, a unos cincuenta y cinco metros del establo. Tenía las manos colocadas entre los pechos, con la derecha sobre la izquierda, y la cabeza agachada. Sus compañeros de ka sabían exactamente lo que le estaba pasando por la cabeza: «Apunto con el ojo, lanzo con la mano, mato con el corazón». Sus propios corazones se dirigieron hacia ella, tal vez conducidos por el toque de Jake o el amor de Eddie, para animarla, para desearle bien, para compartir su inquietud. Roland miraba con ferocidad. ¿Acaso otra buena mano con el plato pondría las cosas a su favor? Tal vez no. Pero él era lo que era, y ella también, y él deseaba que diera en el blanco con toda su alma.

Susannah levantó la cabeza. Miró la silueta pintada con tiza en la pared del establo. Todavía tenía las manos entre los pechos. Entonces lanzó un chillido, como el que había lanzado Margaret Eisenhart en el patio del Rocking B, y Roland sintió que se le aceleraba el pulso. En ese momento tuvo un claro y hermoso recuerdo de David, su halcón, recogiendo las alas sobre un cielo azul de estío y lanzándose sobre su presa como una piedra con ojos.

—¡Riza!

Bajó las manos y estas se convirtieron en un borrón. Solo Roland, Eddie y Jake fueron capaces de ver cómo se cruzaron sobre la cintura; con la mano derecha sacó un plato del agarradero izquierdo y con la mano izquierda sacó uno del derecho. Sai Eisenhart lo había lanzado desde el hombro, sacrificando tiempo para ganar en fuerza y precisión. Susannah cruzó los brazos por debajo de la caja torácica y justo por encima de los brazos de la silla de ruedas, los platos terminaron de dibujar su arco ladeado a, más o menos, la altura de sus omóplatos. A continuación salieron disparados y describieron un zigzag en el aire un instante antes de clavarse con un ruido sordo en el lateral del establo.

Susannah acabó con los brazos estirados justo delante de ella; durante un momento pareció una directora de teatro que acabase de presentar la obra que iba a representarse. Luego, los dejó caer y los cruzó para coger dos platos más. Los lanzó con violencia, volvió a bajar los brazos y tiró el tercer par. Los dos primeros todavía temblaban cuando los dos últimos se clavaron en el lateral del establo, uno arriba y otro abajo.

Durante un instante se produjo un profundo silencio en el patio de los Jaffords. Ni siquiera cantaban los pájaros. Los ocho platos formaban una perfecta línea recta desde la garganta de la silueta pintada con tiza hasta lo que habría sido la cintura. Todos estaban a una distancia de entre seis y siete centímetros y bajaban como los botones de una camisa. Y había lanzado los ocho en no más de tres segundos.

—¿Vais a usar los platos contra los lobos? —preguntó Bucky Javier con una extraña voz ahogada—. ¿Es eso?

—No hemos decidido nada —respondió Roland, impasible.

Con una voz apenas audible que sonó a un tiempo asombrada y maravillada, Deelie Estrada dijo:

—Pero si eso hubiera sido un hombre, atendedme, estaría hecho picadillo.

Fue el abuelo quien tuvo la última palabra, como deberían tenerla casi todos los abuelos:

—¡Cagüenla...!

SEIS

Al volver al camino principal (Andy caminaba a cierta distancia de ellos, llevaba la silla de ruedas plegada y tocaba algo que sonaba a gaita con su sistema sonoro), Susannah dijo,

pensativa:

—Tal vez deje la pistola, Roland, y me centre solo en el plato. Dar ese grito y lanzar después es como un placer animal.

—Me has recordado a mi halcón —admitió Roland.

Los dientes blancos de Susannah brillaron en una sonrisa.

—Me sentía como un halcón. «¡Riza! ¡O-Riza!» El simple hecho de decir esas palabras me produce ganas de lanzar.

A Jake lo asaltó un oscuro recuerdo del Chirlas («Tu viejo compañero, el Chirlas», como al caballero en persona le gustaba decir), y se estremeció.

—¿De verdad dejarías la pistola? —preguntó Roland. No sabía si se sentía maravillado o aterrado.

—¿Te liarías tus propios cigarrillos si te los hicieran a medida? —preguntó ella, y entonces, antes de que él pudiera responder, añadió—: No, no lo harías. Aun así, el plato es un arma adorable. Cuando lleguen, espero poder lanzar dos docenas. Y batir mi récord.

—¿Faltarán platos? —preguntó Eddie.

—No —respondió ella—. No hay muchos de los buenos, como el que la señora sai Eisenhart lanzó para ti, Roland, pero hay cientos de platos de prácticas. Rosalita y Sarey Adams los están seleccionando, descartan cualquiera que pudiera volar torcido. —Dudó y bajó la voz—. Han lanzado todas, Roland, y aunque Sarey es fiera como un león y resistiría con la fuerza de un tornado...

—No tiene el don, ¿verdad? —preguntó Eddie con comprensión.

—No mucho —corroboró Susannah—. Es buena, pero no como las demás. Ni tampoco tiene la misma fiereza.

—Podría tener otra cosa para ella —dijo Roland.

—¿Qué sería, cielo?

—Un trabajo de acompañante, a lo mejor. Pasado mañana veremos cómo lanzan. Una pequeña competición siempre anima las cosas. A las cinco en punto, Susannah, ¿lo saben?

—Sí. Vendrá la mayoría del Calla, si tú lo permites.

Aquello fue descorazonador, pero tendría que haberlo imaginado. «Llevo demasiado tiempo fuera del mundo de las personas —pensó—. Sin duda alguna.»

—Solo las señoras y nosotros, nadie más —dijo Roland con firmeza.

—Si las gentes del Calla vieran que las mujeres lanzan bien, muchos de los que miran desde la barrera cambiarían de opinión.

Roland sacudió la cabeza. No quería que supieran lo bien que lanzaban las mujeres, prácticamente todo dependía de eso. Pero que el pueblo supiera que estaban lanzando... tal vez eso no fuera tan malo.

—¿Son buenas, Susannah? Dime.

Ella se lo pensó, luego sonrió.

—Tienen una puntería asesina. Todas.

—¿Puedes enseñarles ese tiro cruzado?

Susannah pensó la pregunta. Se le puede enseñar a cualquiera prácticamente cualquier cosa si hay «mundo» y tiempo suficientes, pero no tenían ni una cosa ni otra. Les quedaban solo trece días a partir de ese momento y cuando las Hermanas de Oriza (incluyendo a su miembro más reciente, Susannah de Nueva York) se reunieran para la exhibición en el patio del padre Callahan, solo les quedaría una semana y media. El lanzamiento cruzado se había convertido en algo natural para ella, como todo lo relacionado con el tiro. Pero para las demás...

—Rosalita lo aprenderá —dijo por fin—. Margaret Eisenhart podría aprenderlo, aunque podría ponerse nerviosa en el momento inapropiado. ¿Zalia? No. Mejor que lance un plato cada vez, siempre con la mano derecha. Es un poco lenta, pero te garantizo que cada plato que lance se empapará de la sangre de alguien.

—Sí —dijo Eddie—. Hasta que una sneetch impacte contra ella y la haga estallar dentro del corsé, por así decirlo.

Susannah lo ignoró.

—Podemos hacerles daño, Roland. Tú sabes que podemos.

Roland hizo un gesto de asentimiento. Lo que había visto lo había animado un poco, sobre todo teniendo en cuenta lo que Eddie le había dicho. Susannah y Jake también conocían ya el viejo secreto del abuelo. Y, hablando de Jake...

—Estás muy callado hoy —le dijo Roland al chico—. ¿Va todo bien?

—Bien, gracias —respondió Jake.

Había estado mirando a Andy, pensando en cómo el robot había acunado al bebé, pensando en que si Tian y Zalia y los otros niños morían y Andy quedaba vivo para criar a Aaron, el pequeño seguramente moriría en seis meses. Moriría o se convertiría en el niño más raro del universo. Andy le cambiaría los pañales; Andy le daría de comer todo lo que tocaba; Andy lo mudaría cuando necesitase una muda y lo haría eructar si necesitaba eructar, y se oírían todo tipo de nanas, todas serían cantadas a la perfección y ninguna de ellas estaría inspirada en el amor de una madre. Ni de un padre. Andy era solo Andy, Robot Mensajero, Muchas otras Funciones. Sería mejor que Aaron creciera entre... lobos.

Esa idea lo llevó de regreso a la noche en que Benny y él habían acampado a cielo abierto (no lo habían hecho hasta entonces; el tiempo se había puesto frío). La noche en que había visto a Andy y al padre de Benny garlando. Luego, el padre de Benny se había ido vadeando el río. En dirección al este.

En dirección a Tronido.

—Jake, ¿seguro que estás bien? —preguntó Susannah.

—Sisito —respondió Jake, con la certeza de que eso la haría reír.

Así fue, y Jake se rió con ella, aunque todavía estaba pensando en el padre de Benny y en las gafas que llevaba. Jake estaba bastante seguro de que era el único en el pueblo que las tenía. Le había preguntado sobre aquello un día en que los tres habían estado montando en uno de los dos campos del norte del rancho Rocking B mientras buscaban al ganado descarriado. El padre de Benny le contó una historia sobre el trueque de un potro encauzado de verdad por sus gafas, lo había hecho en una de las tiendas de las barcas del río, cuando la mana de Benny estaba viva, Oriza la tenga en su seno. Lo había hecho pese a que todos los vaqueros (incluso Vaughn Eisenhart, no vayas a creer) le habían dicho que esas gafas jamás funcionaban; que eran tan útiles como las predicciones de Andy. No obstante, Ben Slightman se las había probado, y las gafas lo habían cambiado todo. De inmediato, y por primera vez desde que tenía unos siete años, había podido ver el mundo.

Se había limpiado las gafas con la camisa mientras montaban, las había levantado hacia el cielo de forma que dos manchas de sol idénticas se proyectaron sobre sus mejillas y luego había vuelto a ponérselas.

—Si alguna vez las pierdo o se me rompen, no sé qué haría —había dicho—. He pasado bien sin ellas durante unos veinte años o más, pero uno se acostumbra a lo que es mejor en un santiamén.

Jake pensó que era una buena historia. Estaba seguro de que Susannah se la habría creído (siempre y cuando ella hubiera sido la primera en reparar en la singularidad de las gafas). Imaginó que Roland también se la habría creído. Slightman la contó justo como tocaba: un hombre que todavía valoraba su buena suerte y a quien no le importaba que las gentes supieran que había hecho bien algo mientras que un número bastante considerable de personas, su jefe entre ellas, no había dado en el blanco. Incluso Eddie se la podría haber tragado. La única cosa que fallaba era que la historia de Slightman no era cierta. Jake no sabía cuál había sido el verdadero trato, su toque no llegaba a tanto, pero sí sabía que no era cierto. Y eso le preocupaba.

«A lo mejor no es nada. Seguramente las consiguió de una forma no tan legal. Por lo que tú sabes, uno de los mannis las trajo consigo de algún otro mundo, y el padre de Benny las robó.»

Esa era una posibilidad; si se esforzaba, Jake podría haber ideado media docena más. Era un chico imaginativo.

Aun así, cuando lo relacionó con lo que había visto en el río, se preocupó. ¿Qué clase de

negocios podía tener el capataz de Eisenhart en el apartado lugar donde se encontraba el Whye? Jake lo ignoraba. Con todo, cada vez que pensaba en sacar el tema cuando estaba con Roland, algo le hacía permanecer en silencio.

«Y después de habérselo hecho pasar tan mal con lo de guardar secretos...»

Sí, sí, sí. Pero...

Pero ¿qué, vaquero?

Pero Benny... esa era la cuestión. Benny era el problema. O a lo mejor, el problema era Jake. Jamás había sido demasiado bueno haciendo amigos y ahora tenía uno íntimo. Uno de verdad. La idea de meter al padre de Benny en un lío le revolvió el estómago.

SIETE

Dos días después, a las cinco de la tarde, Rosalita, Zalia, Margaret Eisenhart, Sarey Adams y Susannah Dean se reunieron en el campo que estaba justo al oeste del pulcro retrete de Rosa. Se oyeron muchas risitas tontas y un par de estallidos de risas nerviosas y chillonas. Roland se mantuvo a cierta distancia y ordenó a Eddie y a Jake que hicieran lo mismo. Sería mejor dejar que se desahogaran.

Apoyados en el pasamanos de la valla, separados unos tres metros entre sí, había espantapájaros con rechonchas cabezas de aguaturma. Todas las cabezas estaban envueltas con sacos de arpillera que se habían atado para simular la capucha de una túnica. A los pies de cada uno de los muñecos había tres cestas. Una estaba llena de más aguaturmas; otra de patatas. El contenido de la tercera había provocado quejidos y gritos de protesta, pues estaba llena de rabanitos. Roland les dijo que dejasen de lloriquear, que se había planteado incluso poner guisantes. Ninguna de ellas (ni siquiera Susannah) estaba completamente segura de que estuviera bromeando.

Callahan, que ese día vestía vaqueros y un chaleco de ganadero con muchos bolsillos, se dirigió con tranquilidad hacia el porche, donde Roland estaba sentado fumando y esperando a que las señoras estuvieran listas. Jake y Eddie estaban jugando a damas por ahí cerca.

—Vaughn Eisenhart está en la entrada —anunció el padre a Roland—. Dice que irá a casa de Tooky a tomarse una cerveza, pero no hasta que tenga una charla contigo.

Roland suspiró, se levantó, y pasó por la casa para dirigirse a la entrada. Eisenhart estaba sentado en un balancín de mala muerte, con los botines apoyados en el salvabarros de un carramato de mala muerte, mirando con aire taciturno hacia la iglesia de Callahan.

—Buen día tengas, Roland —lo saludó.

Wayne Overholser le había dado a Roland un sombrero de vaquero de ala ancha unos días antes. Lo inclinó hacia el ranchero y esperó.

—Supongo que pronto enviarás la pluma —dijo Eisenhart—. Que convocarás una reunión, si a bien tienes.

Roland admitió que así era. No era asunto del pueblo decirle a los caballeros de Eld cómo tenían que cumplir sus deberes, pero Roland les diría cuál era el deber que tenían que cumplir. Eso sí se lo debía.

—Quiero que sepas que cuando llegue la hora, la tocaré y la enviaré. Y llegada la reunión, diré que sea.

—Digo gracias —respondió Roland.

De hecho, se sentía conmovido. Desde que estaba con Jake, Eddie y Susannah parecía que le había crecido el corazón. Algunas veces lo sentía. La mayoría de las veces no.

—Took no hará ni lo uno ni lo otro.

—No —convino Roland—. Mientras el negocio sea bueno, los Took del mundo jamás tocan la pluma. Ni dicen sea.

—Overholser está con él.

Aquello fue un golpe. No del todo inesperado, aunque tenía esperanzas de que Overholser acudiera. Sin embargo, Roland contaba con todo el apoyo que necesitaba y suponía que Overholser lo sabía. Si era listo, el granjero se quedaría sentado y esperaría a que todo acabase, de una forma u otra. Si se entrometía, puede que no volviera a ver ninguna cosecha anual en sus

graneros.

—Quería que supieras una cosa —dijo Eisenhart—. Estoy con vosotros por mi mujer, y mi mujer está con vosotros porque ha decidido que quiere cazar. Al final, así acaban esas cosas como el lanzamiento de platos, la mujer le dice a su hombre lo que va a pasar y lo que no va a pasar. Eso no es lo natural. Un hombre tiene que mandar a su mujer. Salvo en las cuestiones relacionadas con los críos, claro.

—Ella renunció a todo aquello para lo que la habían educado cuando te escogió como marido —repuso Roland—. Ahora ha llegado tu turno de ceder un poco.

—¿Y crees que no lo sé? Pero si haces que la maten, Roland, mi maldición te acompañará cuando dejes el Calla. No importa a cuántos niños salves.

Roland, que ya había sido maldecido antes, hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Si el ka quiere, Vaughn, ella volverá contigo.

—Sea. Pero recuerda lo que he dicho.

—Lo haré.

Eisenhart sacudió las riendas sobre el lomo del caballo y el carromato empezó a rodar.

OCHO

Todas las mujeres cercenaron por la mitad una cabeza de aguaturma a 35, 45 y 55 metros de distancia.

—Alcanzadlos en la cabeza lo más arriba de la capucha que podáis —dijo Roland—. Darles más abajo no serviría de nada.

—¿Llevarán armadura, no? —preguntó Rosalita.

—Ea —respondió Roland, aunque no era toda la verdad. No les contaría lo que él consideraba toda la verdad hasta que necesitaran saberla.

A continuación vinieron las patatas. Sarey Adams le dio a la suya a 35 metros de distancia, la rozó a 45 metros, y erró completamente el tiro a 55 metros; su plato voló alto. Lanzó una maldición que no tenía nada de femenina y luego se fue directa al retrete. Allí se sentó para contemplar el resto de la competición. Roland se dirigió hacia allá y se sentó a su lado. Vio una lágrima que caía formando un hilillo desde el rabillo del ojo izquierdo por una mejilla curtida por el viento.

—Te he decepcionado, forastero. Ruego me disculpes.

Roland le cogió la mano y se la apretó.

—De eso nada, señora, de eso nada. Habrá una misión para ti. Solo que no será en el mismo lugar que las demás. Y puede que todavía lances el plato.

Ella le dedicó una sonrisa lánguida e hizo un gesto de asentimiento para expresar agradecimiento.

Eddie puso más «cabezas» de aguaturma en los muñecos y luego les colocó un rábano encima. Estos últimos quedaban ocultos por las sombras que proyectaban las capuchas hechas con sacos de arpillera.

—Buena suerte, preciosidades —dijo—. Aquí os quedáis, yo me largo. —Luego se alejó.

—¡Esta vez empezad a diez metros de distancia! —gritó Roland.

A diez metros de distancia, todas acertaron. Y a veinte. A treinta metros, Susannah lanzó su plato a lo alto, como Roland le había ordenado que lo hiciera. Quería que una de las mujeres del Calla ganase esa ronda. A cuarenta metros, Zalia Jaffords vaciló demasiado y el plato que había lanzado rebanó la cabeza del aguaturma en dos en lugar del rábano que tenía encima.

—¡Puto commala! —gritó, luego se tapó la boca con las manos de inmediato y miró a Callahan, que estaba sentado en la escalera de la parte trasera de la casa.

El hombre se limitó a sonreír y a saludarla alegremente, fingiendo sordera. Ella dio unas patadas en el suelo mirando a Eddie y a Jake, con las orejas enrojecidas por la rabia.

—Tienes que decirle que me dé otra oportunidad, dime que lo harás en mi provecho —le dijo a Eddie—. Puedo hacerlo, sé que puedo hacerlo...

Eddie le puso una mano en el brazo, para contener la tormenta.

—Él también lo sabe. Zee. Estás dentro.

Ella lo miró con los ojos encendidos, con los labios apretados con tanta fuerza que casi habían desaparecido.

—¿Estás seguro?

—Sí —respondió Eddie—. Podrías ser el lanzador de los Mets, cariño.

Quedaban Margaret y Rosalita. Ambas le habían dado a los rábanos a 45 metros de distancia. Eddie le murmuró a Jake: «Colega, te habría dicho que eso es imposible si no acabara de verlo».

A 55 metros, Margaret Eisenhart falló de plano. Rosalita levantó el plato por encima del hombro derecho, era zurda, vaciló y luego gritó «¡Riza!», y lanzó. Pese a la vista de lince que tenía, Roland no estaba del todo seguro de si el borde del plato se había clavado en el rábano o de si se había caído por efecto del viento. En cualquier caso, Rosalita levantó los puños por encima de la cabeza y los agitó, riendo.

—¡Oca del día de feria! ¡Oca del día de feria! —empezó a gritar Margaret.

Las demás se unieron. Pronto, incluso Callahan se puso a canturrear.

Roland fue hacia Rosa y le dio un abrazo, breve pero intenso. Mientras lo hacía le susurró al oído que aunque no tenía oca, tal vez pudiera conseguirle a cierto ganso de cuello alargado para la noche.

—Bien —dijo ella, sonriendo—, cuando nos hacemos mayores nos gusta disfrutar de los premios en cuanto nos los conceden. ¿No es así?

Zalia miró a Margaret.

—¿Qué le ha dicho él? ¿Te ha constado?

Margaret Eisenhart estaba sonriendo.

—Nada que tú no hayas oído, estoy segura —respondió.

NUEVE

A continuación, las mujeres se fueron, y también el padre, a realizar algún que otro mandado. Roland de Gilead se sentó en el primer escalón del porche, mirando colina abajo hacia el lugar donde había tenido lugar la competición finalizada tan tarde. Cuando Susannah le preguntó si estaba satisfecho, él hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, creo que las cosas van bien en ese sentido. Más nos vale esperar que así sea, porque la hora se acerca. Los acontecimientos se sucederán deprisa.

La verdad era que jamás había experimentado tal acumulación de acontecimientos, aunque desde que Susannah había admitido su embarazo, se sentía tranquilo.

«Le has recordado la verdad del ka a tu mente pendenciera —pensó—. Y ha ocurrido porque esta mujer ha demostrado tener una valentía que los demás apenas podemos reunir.»

—Roland, ¿volveré a ir al Rocking B? —preguntó Jake.

Roland lo pensó, luego se encogió de hombros.

—¿Quieres?

—Sí, pero esta vez quiero llevarme la Ruger. —La cara de Jake se sonrosó ligeramente, aunque no le tembló la voz. Se había levantado con esa idea, como si el dios del sueño que Roland llamaba Nis se la hubiera inculcado mientras dormía—. La pondré en el fondo de mi saco y la envolveré con la camisa que llevo de muda. Nadie tiene por qué saber que está ahí. —Hizo una pausa—. No quiero presumir de ella delante de Benny, si es lo que estás pensando.

A Roland no se le habría ocurrido jamás esa idea. Pero ¿se le había ocurrido a Jake? Le formuló la pregunta y la respuesta del muchacho fue la típica que da alguien que ha calculado el rumbo de una conversación con bastante antelación.

—¿Me lo preguntas como mi dinh?

Roland abrió la boca para decir que sí, vio la gran atención con que lo estaban mirando Eddie y Susannah, y se lo pensó mejor. Había una diferencia entre guardar secretos (como cada uno de ellos había hecho a su manera para guardar el secreto del embarazo de Susannah) y dejarse llevar por lo que Eddie llamaba una «corazonada». La petición que subyacía en la pregunta de Jake era que le dieran un poco más de rienda suelta. Así de simple. Y sin duda Jake se había ganado el derecho a que le aflojaran las riendas. No era el mismo chico que había llegado al Mundo Medio temblando, aterrorizado y casi desnudo.

—Como tu dinh no —respondió—. En cuanto a lo de la Ruger, puedes llevarla donde te plazca y cuando te plazca. ¿Acaso no la trajiste tú al tet?

—La robé —dijo Jake en voz baja. Se miraba las rodillas.

—Cogiste lo que necesitabas para sobrevivir —dijo Susannah—. Hay una gran diferencia. Escucha, cielo. No estás planeando dispararle a nadie, ¿verdad?

—No, planeándolo, no.

—Ten cuidado —le advirtió ella—. No sé qué tienes pensado, pero ten cuidado.

—Y sea lo que sea, mejor será que lo arregles en cuestión de una semana —añadió Eddie.

Jake asintió, luego miró a Roland.

—¿Cuándo has pensado convocar la reunión del pueblo?

—Según el robot, nos quedan diez días antes de que lleguen los lobos. Así que... —Roland hizo un cálculo rápido—. Reunión del pueblo dentro de seis días. ¿Te irá bien?

Jake volvió a asentir.

—¿Estás seguro de que no quieres contarnos qué es lo que te preocupa?

—No, a menos que me lo preguntes como dinh —respondió Jake—. Seguramente no es nada, Roland. De verdad.

Roland hizo un gesto de asentimiento con cara dubitativa y empezó a liarse otro cigarrillo. Tener tabaco fresco era maravilloso.

—¿Hay algo más? Porque, si no...

—La verdad es que sí que hay algo —dijo Eddie.

—¿Qué?

—Necesito ir a Nueva York —respondió Eddie. Habló con desenfado, como si solo estuviera proponiendo un viaje al mercado para comprar algún encurtido o un palo de regaliz. Sin embargo, en su mirada danzaba la emoción—. Y esta vez tengo que meterme hasta el fondo. Lo que significa usar la bola de forma más directa, supongo. La Trece Negra. Por tu padre espero que sepas cómo hacerlo, Roland.

—¿Por qué necesitas ir a Nueva York? —preguntó Roland—. Y esto sí que te lo pregunto como dinh.

—Claro que sí —dijo Eddie—, y yo te respondo. Porque tienes razón sobre eso de que queda poco tiempo. Y porque los lobos del Calla no son los únicos que nos tienen que preocupar.

—Quieres comprobar cuánto queda para el quince de julio —dijo Jake—, ¿verdad?

—Sí —confirmó Eddie—. Sabemos por la vez que entramos todos en exotransito que el tiempo transcurre más deprisa en esa versión de Nueva York de mil novecientos setenta y siete. ¿Recordáis la fecha del artículo del *New York Times* que encontré en la puerta?

—Dos de junio —dijo Susannah.

—Exacto. También estamos bastante seguros de que no podemos retroceder en el tiempo dos veces en ese mundo; cada vez que vamos allí es más tarde, ¿verdad?

Jake asintió con énfasis.

—Porque ese mundo no es como los demás... A menos que fuera justamente el hecho de haber entrado en exotransito mediante la Trece Negra lo que nos hizo sentirnos así.

—No lo creo —dijo Eddie—. Esa pequeña zona de la Segunda avenida entre el solar vacío y puede que hasta la Sexta es un lugar muy importante. Creo que es una puerta. Una puerta grande.

Jake Chambers parecía cada vez más emocionado.

—No llega hasta el final de la Sexta, no hasta tan lejos. Está en la Segunda avenida, entre la Cuarenta y seis y la Cincuenta y cuatro, eso es lo que yo creo. Son esas ocho manzanas. El tramo donde está la tienda de discos y Chew Chew Mama's, y el Restaurante de la Mente de Manhattan. Y el solar vacío, claro. Ese es el otro extremo. Ese... No lo sé...

—Estar allí te lleva a un mundo distinto. A una especie de mundo llave. Y creo que es por eso por lo que el tiempo siempre avanza en una dirección —dijo Eddie.

Roland levantó la mano.

—¡Basta!

Eddie se calló, miró a Roland con expectación, sonriendo con timidez. Roland no estaba

sonriendo. Parte de su sensación de bienestar se había extinguido. Demasiadas cosas por hacer, ¡maldita sea! Y muy poco tiempo para hacerlas.

—Quieres ver lo cerca que está el tiempo al día en que el acuerdo se vuelve nulo —dijo—. ¿Tengo razón?

—Sí.

—No necesitas ir a Nueva York físicamente para hacer eso, Eddie. El exotransito te serviría de maravilla.

—El exotransito estaría bien para consultar el día y el mes, claro, pero hay algo más. Nos han tomado el pelo con eso del solar vacío, chicos. Nos lo han tomado, pero bien tomado.

DIEZ

Eddie opinaba que podían adueñarse del solar vacío sin tener que tocar la fortuna heredada por Susannah; creía que la historia de Callahan demostraba con bastante claridad cómo podía hacerse. No la rosa; la rosa no podía ser poseída (ni por ellos ni por nadie), sino que debía ser protegida. Y ellos podían hacerlo. Tal vez.

Estuviera asustado o no, Calvin Torre había estado esperando en esa lavandería desierta para salvarle el pellejo al padre Callahan. Y estuviera asustado o no, Calvin Torre se había negado (había sido el 31 de mayo de 1977) a vender su última propiedad de terreno a Sombra Corporation. Eddie creía que Calvin Torre estaba como decía la letra de la canción: aguantando a la espera de un héroe.

Eddie también había estado pensando en cómo Callahan había ocultado su rostro con las manos la primera vez que les había hablado de la Trece Negra. Quería sacarla de la iglesia con toda su alma... aunque hasta ese momento la había guardado. Al igual que el dueño de la librería, el padre había estado resistiendo. Qué idiotas habían sido al suponer que Calvin Torre pediría millones por el solar. Quería librarse de él, pero no hasta que llegase la persona adecuada. O el ka-tet adecuado.

—Suziella, tú no puedes ir porque estás embarazada —dijo Eddie—. Jake, tú no puedes ir porque eres un crío. Sin tener en cuenta las demás cuestiones, estoy bastante seguro de que no podrías firmar el tipo de contrato en el que he estado pensando desde que Callahan nos contó su historia. Podría llevarte conmigo, pero me parece que hay algo que quieres comprobar por aquí. ¿O me equivoco?

—No te equivocas —respondió Jake—. Aunque, de todas formas, casi preferiría acompañarte. Tiene muy buena pinta.

Eddie sonrió.

—El «casi» vale para los granados y el juego de las herraduras, chico. En cuanto a lo de enviar a Roland, no es por ofenderte, jefe, pero no te desenvuelves tan bien en nuestro mundo. Digamos que... pierdes algo en la versión traducida.

Susannah rompió a reír.

—¿Cuánto has pensado ofrecerle? —preguntó Jake—. Me refiero a que tendrá que ser algo, ¿no?

—Un pavo —dijo Eddie—. Seguramente tendré que pedirle a Torre que me lo preste, pero...

—No, podemos hacerlo mejor que eso —dijo Jake con cara seria—. Tengo cinco o seis dólares en mi mochila, estoy bastante seguro. —Sonrió de oreja a oreja—. Y podemos ofrecerle más, más adelante. Cuando las cosas estén más o menos controladas a este lado.

—Si es que seguimos vivos —añadió Susannah, aunque también parecía emocionada—. ¿Sabes qué, Eddie? Podrías ser un genio.

—Balazar y sus amigos no se alegrarán si sai Torre nos vende su solar —observó Roland.

—Sí, pero a lo mejor podemos convencer a Balazar para que lo deje en paz —repuso Eddie. Una sonrisa ladeada jugueteaba con las comisuras de sus labios—. Cuando llegue la hora, Roland, Enrico Balazar es el tipo de tío al que no me importaría matar dos veces.

—¿Cuándo quieres ir? —le preguntó Susannah.

—Cuanto antes mejor —respondió Eddie—. En primer lugar, no saber lo tarde que es allí en Nueva York me está volviendo loco. ¿Roland? ¿Tú qué dices?

—Te lo diré mañana —contestó Roland—. Subiremos la bola a la cueva y luego veremos si puedes pasar por la puerta hasta el dónde y el cuándo de Calvin Torre. Tu idea es buena, Eddie, y digo gracias.

Jake añadió:

—¿Y si la bola te envía al lugar equivocado? ¿A la versión que no toca de mil novecientos setenta y siete, o a... ? —Apenas sabía cómo acabar la frase. Estaba recordando lo endeble que había parecido todo cuando la Trece Negra los había hecho entrar por primera vez en exotransito y cómo la oscuridad infinita parecía estar a la espera detrás de la superficie las realidades pintadas que los rodeaban—. ¿O a algún lugar incluso más alejado? —terminó.

—En ese caso, os enviaré una postal —dijo Eddie encogiéndose de hombros y sonriendo, aunque durante un instante Jake vio lo asustado que estaba. Susannah debió haberlo visto también, porque le cogió una mano a Eddie con las dos manos y se la apretó—. Escuchad, no me pasará nada —aseguró Eddie.

—Más te vale que así sea —le advirtió Susannah—. Más te vale.

II

EL DOGAN, PRIMERA PARTE

UNO

Cuando Roland y Eddie entraron en Nuestra Señora de la Serenidad a la mañana siguiente, la luz del día no era más que un rumor distante en el horizonte nororiental. Eddie lideró su paso por el pasillo central con un fogaril, llevaba los labios muy apretados. La cosa que habían ido a buscar estaba zumbando. Era un zumbido adormilado, aunque de todos modos, él odiaba ese sonido. La iglesia transmitía una extraña sensación. En cierta forma, vacía parecía demasiado grande. Eddie esperaba que en cualquier momento aparecieran siluetas fantasmales (o tal vez un grupo de muertos errantes) sentadas en los bancos mirándolos con la desaprobación propia de otro mundo.

Sin embargo, el zumbido era peor.

Cuando llegaron a la parte frontal, Roland abrió su bolsón y sacó la bolsa de los bolos que Jake llevaba en su mochila hasta el día anterior. El pistolero la mantuvo levantada durante un instante y leyeron lo que había escrito en el lateral: MUNDO MEDIO JUEGA EN ESTAS PISTAS.

—Ni una palabra a partir de ahora hasta que yo te diga que no hay problema —ordenó Roland—. ¿Lo has entendido?

—Sí.

Roland hizo presión con el dedo pulgar en la muesca que había entre los dos tablones del suelo y el escondrijo del despacho del sacerdote se abrió de par en par. Retiró la tapa. Eddie había visto una película en la televisión sobre unos chicos que tenían explosivos reales durante el bombardeo de Londres en la Segunda Guerra Mundial, se titulaba *Danger UXB*, y los movimientos de Roland en ese momento le recordaban muchísimo esa película. ¿Y por qué no? Si tenían razón sobre lo que había en ese escondite, y Eddie sabía que la tenían, aquello era una bomba sin explotar.

Roland retiró el sobrepelliz de lino blanco y dejó al descubierto la caja. El zumbido aumentó. A Eddie se le cortó la respiración. Sintió cómo la piel de todo el cuerpo se le enfriaba. En algún lugar cercano, un monstruo de una maldad casi inimaginable había entreabierto un ojo durmiente.

El zumbido retomó su tono somnoliento y Eddie volvió a respirar.

Roland le pasó la bolsa de los bolos y le indicó a Eddie que la mantuviera abierta. Con cierto recelo (una parte de él quería susurrarle a Roland al oído que debían olvidarlo todo), Eddie hizo lo que le habían ordenado. Roland sacó la caja y, una vez más, el zumbido se intensificó. Bajo el generoso, aunque limitado, brillo del fogaril, Eddie vio el sudor en la frente del pistolero. También sentía su propio sudor. Si la Trece Negra se despertaba y los lanzaba a algún limbo negro...

«No iré. Lucharé para quedarme con Susannah.»

Por supuesto que lo haría. Pero aun así se sintió aliviado cuando Roland metió la elaborada caja grabada de fustánima en la extraña bolsa de tela metálica que habían encontrado en el solar vacío. El zumbido no se silenció por completo, pero decreció hasta convertirse en un rumor apenas audible. Era como lo que se oía al pegar la oreja a una caracola.

Eddie se persignó. Roland hizo lo mismo sonriendo con timidez.

En el exterior de la iglesia, la luminosidad del horizonte nororiental había aumentado de forma notable, al parecer, al final habría luz de día real.

—Roland.

El pistolero se volvió hacia él con cara de asombro. Llevaba la bolsa agarrada con el puño izquierdo bien apretado por debajo de la abertura; al parecer no deseaba confiar todo el peso al asa de la bolsa, pese a lo resistente que parecía.

—Si estábamos en exotransito cuando encontramos la bolsa, ¿cómo es que la pudimos coger?

Roland pensó en ello.

—A lo mejor la bolsa sigue en exotransito —dijo a continuación.

—¿Todavía?

Roland hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, todavía, creo que sí.

—¡Vaya! —Eddie pensó en ello—. Eso es para cagarse de miedo.

—¿Estás cambiando de idea sobre lo de volver a Nueva York, Eddie?

Eddie sacudió la cabeza. Aunque estaba asustado. Seguramente más asustado de lo que había estado nunca desde el momento en que se encontraba en el Coche de la Baronía para retar a las adivinanzas a Blaine.

DOS

Cuando habían recorrido la mitad del camino que conducía a la Cueva de la Puerta («Es empinado», había dicho Henchick, y lo había sido, y lo era), serían fácilmente las diez en punto y hacía un calor considerable. Eddie se detuvo, se secó la nuca con el pañuelo y miró hacia los serpenteantes arroyos en dirección al norte. Aquí y allí veía agujeros negros y enormes, y le preguntó a Roland si eran las minas de granate. Roland le dijo que sí.

—¿Y en cuál habías pensado para los pequeños? ¿Se ve desde aquí?

—De hecho, sí que se ve. —Roland cogió la única pistola que llevaba y señaló con ella—. Mira hacia allá.

Eddie lo hizo y vio una profunda hendidura que tenía la forma de una doble «s» irregular inundada de sombras aterciopeladas; supuso que debía de estar a solo media hora de camino cuando el sol llegara a lo alto, al mediodía. Más allá, en dirección norte, parecía detenerse al llegar a una grandiosa pared rocosa. Imaginó que la entrada de la mina se encontraba allí, aunque estaba demasiado oscuro para averiguarlo. Hacia el sureste, el desfiladero acababa en un camino polvoriento que regresaba hacia el Camino del Este. Más allá de este había campos que descendían hasta arrozales que se veían difuminados aunque podía distinguirse el verde de los cultivos. Más allá del arroz estaba el río.

—Me recuerda a la historia que nos contaste —dijo Eddie—. El Cañón de la Armella.

—Claro que sí.

—Aunque no hay raeduras que hagan el trabajo sucio.

—No —admitió Roland—. No hay raeduras.

—Dime la verdad: ¿vas a meter a los críos de este pueblo en una mina al fondo de un desfiladero sin salida?

—No.

—Las gentes creen que tú... que nosotros pretendemos hacer eso. Incluso las lanzadoras de platos lo creen.

—Sé que lo creen —dijo Roland—. Quiero que lo crean.

—¿Por qué?

—Porque no creo que haya nada sobrenatural en la forma en que los lobos encuentran a los niños. Después de oír la historia del abuelo Jaffords, no creo que haya nada sobrenatural en los lobos, en ese sentido. No, en este caso en particular hay algo que huele mal, alguien pasa información a los que gobiernen Tronido.

—Alguien distinto cada vez, quieres decir. Cada veintitrés o veinticuatro años.

—Sí.

—¿Quién haría eso? —preguntó Eddie—. ¿Quién podría hacer eso?

—No estoy seguro, pero tengo una ligera idea.

—¿Took? ¿Algo que se hace de tapadillo, algo que pasa de padre a hijo?

—Si ya has descansado, Eddie, creo que es mejor que apretemos el paso.

—¿Overholser? A lo mejor ese tal Telford, ¿ese que parece un vaquero de la televisión?

Roland pasó por delante de él sin decir nada, con sus botines nuevos levantando arenilla al pisar los guijarros y las esquirlas de piedras esparcidas. Colgando de su sana mano izquierda, la bolsa rosa se balanceaba de atrás hacia delante. La cosa que había dentro todavía susurraba desagradables secretos.

—Una cotorra, como siempre, eso está bien —dijo Eddie, y lo siguió.

TRES

La primera voz que se levantó desde las profundidades de la cueva pertenecía al gran sabio y yonqui eminente.

—Oh, ¡mira, pero si es la maricona meona! —masculló Henry. A Eddie le sonó como el socio muerto de Ebenezer Scrooge en *Cuento de Navidad*, divertido y aterrador al mismo tiempo—. ¿La maricona meona cree que va a volver a Nueva York? Llegaras mucho más lejos que eso si lo intentas, tronco. Mejor que no muevas el culo de donde estás... que sigas con tus tallas.... Sé una buena maricona...

El hermano muerto rió. El vivo se estremeció.

—¿Eddie? —preguntó Roland.

—Escucha a tu hermano, Eddie —gritó su madre desde la oscuridad de la cueva y la garganta inclinada. Sobre el suelo de piedra, relucían los huesecillos esparcidos—. Él dio su vida por ti, toda su vida, ¡lo mínimo que podrías hacer es escucharlo!

—Eddie, ¿estás bien?

En ese momento se oyó la voz de Csaba Drabnik, conocido por la gente de Eddie como el Jodido Húngaro Loco. Csaba le estaba diciendo a Eddie que le diera un cigarrillo o que le bajaría los putos pantalones. Eddie hizo un esfuerzo por no prestar atención a ese galimatías aterrador aunque fascinante.

—Sí —contestó—. Supongo que sí.

—Las voces provienen de tu cabeza. La cueva las encuentra y las amplía de alguna forma, las proyecta. Es un poco molesto, lo sé, pero no tiene importancia.

—¿Por qué dejaste que me mataran, tronco? —sollozaba Henry—. No paraba de pensar que vendrías, ¡pero nunca lo hiciste!

—No tiene importancia —repitió Eddie—. Está bien, lo entiendo. ¿Qué hacemos ahora?

—Según las dos historias que he oído sobre este lugar, la de Callahan y la de Henchick, la puerta se abrirá cuando yo abra la caja.

Eddie se rió con nerviosismo.

—Ni siquiera quiero que saques la caja de la bolsa, ¿te parece que soy un cagado?

—Si has cambiado de idea...

Eddie estaba sacudiendo la cabeza.

—No. Quiero hacerlo yo. —De pronto se le dibujó una reluciente sonrisa de oreja a oreja—. ¿No te preocupará que intente conseguir drogas, no? ¿Que encuentre al tipo y me meta un pico?

Desde el fondo de la cueva, Henry dijo con regocijo:

—¡Es la dama blanca, tronco! ¡Esos negratos venden lo mejor!

—En absoluto —respondió Roland—. Hay muchas cosas que sí me preocupan, pero que tú vuelvas a tus antiguas costumbres no es una de ellas.

—Bien. —Eddie se adentró un poco más en la cueva, mirando hacia la puerta aislada. Salvo por los jeroglíficos de la parte delantera y el pomo de cristal con la rosa grabada, esta puerta era exactamente igual a las de la playa—. ¿Si la rodeas...?

—Si la rodeas, la puerta desaparece —dijo Roland—. Aunque hay una caída de mil demonios... hasta Na'ar, por lo que a mí me consta. A mí me importaría, si estuviera en tu lugar.

—Buen consejo, y Eddie el Rápido te dice gracias.

Intentó girar el pomo de cristal y vio que no se movía en ninguna dirección. Se lo había imaginado. Retrocedió.

—Tienes que pensar en Nueva York. En la Segunda avenida en particular, creo. Y en esa época. En el año diecinueve y siete, siete —dijo Roland.

—¿Cómo se piensa en un año?

Cuando Roland habló, su voz desveló un ápice de impaciencia.

—Supongo que tienes que pensar en cómo era el día en que Jake y tú seguisteis al Jake anterior.

Eddie iba a decir que ese había sido el día incorrecto, que había sido demasiado pronto, pero cerró la boca. Si estaban en lo cierto con respecto a las normas, no podía volver a ese día, ni entrando en exotransito ni en carne y hueso. Si estaban en lo cierto, el tiempo allí estaba

enganchado de algún modo al tiempo de aquí, solo que corría algo más deprisa. Si estaban en lo cierto con respecto a las normas... Si hubiera normas...

«Bueno, ¿por qué no vas y lo compruebas?»

—¿Eddie? ¿Quieres que intente hipnotizarte? —Roland había sacado un cartucho de la cartuchera—. Eso puede hacer que veas el pasado con más claridad.

—No. Creo que es mejor que lo haga de golpe y bien despierto.

Eddie abrió y cerró las manos varias veces, inspirando y espirando hondamente cada vez. El corazón no le latía muy deprisa, en cualquier caso iba lento, aunque con cada latido se le estremecía el cuerpo. ¡Dios!, todo eso habría sido mucho más fácil si hubiera unos mandos que se pudieran ajustar, como la máquina para retroceder en el tiempo del profesor Peabody o la de esa película sobre los morlocks.

—Oye, ¿tengo buena pinta? —le preguntó a Roland—. Quiero decir que si aterrizo en la Segunda avenida a mediodía, ¿voy a llamar mucho la atención?

—Si apareces delante de gente —dijo Roland—, seguramente llamarás bastante la atención. Yo te aconsejaría que ignorases a cualquiera que quiera garlar contigo sobre el tema y abandonar el área de inmediato.

—Eso ya lo había imaginado. Yo me refería a la ropa.

Roland se encogió los hombros ligeramente.

—No sé, Eddie. Es tu ciudad, no la mía.

Eddie podría haber puesto reparos. Brooklyn sí era su ciudad. Lo había sido, al menos. Como norma no visitaba Manhattan de un mes para otro, pensaba en él casi como en otro país. Aun así, supuso que entendía lo que Roland había querido decir. Se pasó revista a sí mismo y vio una camisa de franela sin estampar con botones de cuerno y pantalones vaqueros de color azul oscuro con ribetes de níquel en lugar de ribetes de cobre y bragueta de botones. (Eddie había visto cremalleras en Lud, pero ninguna desde entonces.) Pensó que pasaría por alguien normal de la calle. Un neoyorquino normal, al menos. Cualquiera que le echara un segundo vistazo habría pensado que se trataba de un camarero de cafetería y aspirante a actor haciendo de hippy en su día libre. No pensó que muchas personas ni siquiera se molestarían en echarle un primer vistazo, y eso era muy positivo. Aunque había algo que sí podía añadir.

—¿Tienes un trozo de cuero sin curtir? —le preguntó a Roland.

Desde el fondo de la cueva, la voz del señor Tubther, su profesor de quinto curso, gritó con intensidad lúgubre:

—¡Tenías potencial! Eras un estudiante maravilloso, ¡y mira en lo que te has convertido! ¿Por qué dejaste que tu hermano te estropease?

A lo que Henry respondió con un tono de indignación llorosa:

—¡Él me dejó morir! ¡Me mató!

Roland se descolgó el bolsón del hombro, lo puso en el suelo de la entrada de la cueva junto a la bolsa rosa, la abrió y rebuscó dentro. Eddie no tenía ni idea de cuántas cosas había dentro; solo sabía que jamás había visto el fondo. Al final, el pistolero encontró lo que Eddie había pedido y lo sacó.

Mientras Eddie se ataba el pelo con el trozo de cuero sin curtir (se le ocurrió que daba el toque artístico hippioso bastante bien), Roland sacó lo que él llamaba la bolsa del tesoro, la abrió y empezó a vaciar su contenido. Había un saquito de tabaco casi vacío que Callahan le había dado, varios tipos de monedas y billetes, un kit de costura, la taza reparada que había convertido en una brújula rústica no muy lejos del claro de Shardik, un trozo de mapa viejo y el más nuevo que habían trazado los gemelos Tavery. Cuando la bolsa estuvo vacía, cogió la enorme pistola con el mango de madera de sándalo de la pistolera que llevaba en la cadera izquierda. Hizo girar el tambor, revisó las cargas, hizo un gesto de asentimiento y volvió a colocar el tambor en su lugar. Luego depositó la pistola en el botín, tiró con fuerza de las cuerdas y las ató con un ballestrinque que se desataría de un solo tirón. Le pasó la bolsa a Eddie por el asa desgastada.

Al principio, Eddie no quiso cogerla.

—No, tío, es tuya.

—Estas últimas semanas la has llevado tanto como yo. Seguramente más.

—Sí, pero estamos hablando de Nueva York, Roland. En Nueva York, todo el mundo roba.

—A ti no te la robarán. Coge la pistola.

Eddie miró a Roland a los ojos durante un instante, luego cogió la bolsa del tesoro y se colgó el asa del hombro.

—Tienes un presentimiento.

—Una corazonada, sí.

—¿El ka está activo?

Roland se encogió de hombros.

—Siempre está activo.

—Está bien —dijo Eddie—. Y Roland, si no consigo volver, cuida de Suze.

—Tu misión es asegurarte que no tenga que hacerlo.

«No —pensó Eddie—. Mi misión es proteger la rosa.»

Se volvió hacia la puerta. Tenía mil preguntas más, pero Roland tenía razón, la hora de hacerlas había acabado.

—Eddie, si de verdad no quieres...

—No —lo atajó—. Sí quiero. —Alzó la mano izquierda y levantó el dedo pulgar con gesto afirmativo—. Cuando me veas hacer esto, abre la caja.

—Está bien.

Roland hablaba colocado detrás de él. Porque en ese momento solo estaban Eddie y la puerta. La puerta con la palabra IGNOTA escrita en alguna fascinante lengua extraña. Una vez había leído una novela titulada *Puerta al verano*, de... ¿quién? Uno de esos tíos que escribían los libros de ciencia ficción que siempre se llevaba a casa de la biblioteca, uno de sus autores de confianza, perfecto para las largas tardes de las vacaciones de verano. Murray Leinster, Poul Anderson, Gordon Dickson, Isaac Asimov, Harlan Ellison... Robert Heinlein. Creía que Heinlein era el autor de *Puerta al verano*. Henry siempre se burlaba de él por los libros que llevaba a casa, lo llamaba maricona meona, la rata de biblioteca meona, y le preguntaba cómo podía leer y hacerse pajas a la vez, y quería saber cómo coño podía quedarse sentado y quieto durante tanto tiempo con la nariz metida en un trozo de mierda inventada sobre cohetes y máquinas del tiempo. Henry era mayor que él. Henry siempre estaba cubierto de granos que brillaban de forma constante por alguna crema antiacné tipo Noxema y Stri-Dex. Henry se estaba preparando para entrar en el ejército. Eddie era menor. Eddie llevaba libros a casa de la biblioteca. Eddie tiene trece años, casi la edad que tiene Jake en este momento. Es 1977 y tiene trece años y está en la Segunda avenida y los taxis son de color amarillo y relucen bajo el sol. Un hombre negro lleva unos auriculares y pasa caminando por delante del Chew Chew Mama's, Eddie puede verlo, Eddie sabe que el hombre negro está escuchando a Elton John, ¿qué más?, que la canción es «Someone Saved My Life Tonight». La acera está llena. Es última hora de la tarde y la gente vuelve a casa después de otro día en los desfiladeros de acero de Calla Nueva York, donde cultivan dinero en lugar de arroz, se podría decir que de primera calidad. Las mujeres con aspecto amigablemente raro con sus caros trajes de ejecutiva y sus zapatillas de deporte llevan los tacones en la artilla porque la jornada laboral ha terminado y se van a casa. Al parecer, todo el mundo sonríe porque la luz es muy brillante y el aire es muy cálido, es verano en la ciudad y en algún sitio se oye el ruido de un martillo neumático, como en esa antigua canción de Lovin Spoonful. Ante él hay una puerta al verano del año 1977, los taxis cobran un dólar y un cuarto de centavo por la bajada de bandera y treinta centavos cada trescientos metros a partir de ese momento, antes era menos y sería más después, pero esto es ahora, el movidito ahora. La lanzadera espacial con la profesora dentro todavía no ha saltado por los aires. John Lennon sigue vivo, aunque no vivirá durante mucho tiempo si no deja de tontear con esa malvada heroína, con la dama blanca. En cuanto a Eddie Dean, Edward Cantor Dean, no sabe nada sobre la heroína. Unos cuantos cigarrillos son su único vicio (aparte de intentar pajearse, en lo que no triunfaría hasta casi un año después). Tiene trece años. Es 1977 y tiene exactamente cuatro pelos en el pecho, se los cuenta religiosamente todas las mañanas esperando llegar al gran número cinco. Ha

pasado un año desde el verano a bordo del *Cutty Sark*. Es una tarde a última hora del mes de junio y oye una alegre melodía. La melodía proviene de los altavoces que están sobre la puerta de la tienda de discos Torre de Poder, es Mungo Jerry cantando «In the Summertime», y...

De pronto todo le pareció real, o tan real como él pensaba que necesitaba que fuera. Eddie alzó la mano izquierda y levantó el dedo pulgar, quería decir: «Ahora». Detrás de él, Roland estaba sentado y había sacado la caja de la bolsa rosa. Y cuando Eddie le hizo la señal con el pulgar, el pistolero abrió la caja.

Los oídos de Eddie se vieron inmediatamente asaltados por un ruido dulcemente disonante de campanillas. Empezaron a humedecerse los ojos. Delante de él, la puerta aislada se abrió con un ruido seco y la cueva se iluminó de repente con una intensa luz solar. Ahí estaba el sonido de las bocinas y los martillos de un martillo neumático. No hacía tanto tiempo había deseado una puerta así con tantas ganas que había estado a punto de matar a Roland para conseguirla. Y ahora que la tenía, sentía un miedo de muerte.

Tenía la sensación de que las campanillas de exotransito le estaban desgarrando la cabeza. Si escuchaba ese sonido durante mucho tiempo, se volvería loco. «Si vas a ir, hazlo», pensó.

Avanzó y a través de unos ojos demasiado desorbitados, vio tres manos alcanzar los pomos de cuatro puertas. Tiró de la puerta hacia él y la luz dorada del ocaso lo deslumbró. Olía a gasolina, a aire caliente de ciudad y loción para después del afeitado.

Eddie apenas podía ver nada y entró dando un paso por la puerta ignota y hacia el verano de un mundo del que ahora era *fan-gon*, el exiliado.

CUATRO

Era la Segunda avenida, sí; allí estaba el Blimpie's, donde servían bocatas, y al fondo oía la alegre melodía de esa canción de Mungo Jerry con ritmo caribeño. Las personas se movían en torno a él formando una corriente; hacia el norte de la ciudad, hacia el centro de la ciudad, por toda la ciudad. No reparaban en Eddie, en parte porque la mayoría se concentraba exclusivamente en salir de la ciudad al final de una nueva jornada, pero sobre todo porque en Nueva York, no reparar en los demás era una forma de vida.

Eddie levantó el hombro derecho para colocarse mejor el asa de la bolsa del tesoro de Roland y luego miró hacia atrás. La puerta de vuelta a Calla Bryn Sturgis seguía allí. Podía ver a Roland sentado en la entrada de la cueva con la caja abierta en el regazo.

«Esas putas campanillas me están volviendo loco», pensó Eddie. Y a continuación, cuando miró, vio al pistolero sacar un par de balas de la cartuchera y metérselas en las orejas. Eddie sonrió. «Buena idea, tío.» Al menos había conseguido bloquear el canturreo de la raedura de la I-70. Funcionara ahora o no, Roland estaba solo. Eddie tenía cosas que hacer.

Se volvió lentamente en el pequeño espacio que le quedaba en la acera y miró de nuevo hacia atrás para asegurarse de que la puerta se había dado la vuelta con él. Lo había hecho. Si era como las otras, lo seguiría dondequiera que fuese a partir de ese momento. Incluso aunque no lo hiciera, Eddie no creía que eso constituyera un problema; no pensaba ir muy lejos. Notó algo más: aquella sensación de oscuridad acechadora tras todas las cosas había desaparecido. Supuso que era porque estaba allí de verdad y no solo en exotransito. Si había muertos errantes acechando por el barrio, no podría verlos.

Después de volver a subirse el asa de la bolsa del botín que llevaba en el hombro, Eddie partió hacia el Restaurante de la Mente de Manhattan.

CINCO

Las personas se apartaban de él cuando pasaba caminando junto a ellas, pero eso no era suficiente para probar que estaba realmente allí; las personas también hacían eso cuando estaba en exotransito. Al final, Eddie provocó un verdadero choque con un joven que no llevaba solo un maletín, sino dos; a Eddie le pareció el Cazador del Gran Ataúd del mundo de los negocios por antonomasia.

—¡Oye, mira por dónde andas! —chilló don Hombre de Negocios cuando chocaron hombro con hombro.

—Lo siento, tío, lo siento —se disculpó Eddie. Estaba allí, sí—. Oiga, ¿puede decirme qué

día...?

Pero don Hombre de Negocios ya se había esfumado, había salido a la caza de la trombosis coronaria que seguramente sufriría alrededor de los cuarenta y cinco o cincuenta años. Eddie recordó el final de un viejo chiste de Nueva York: «Disculpe, señor, ¿puede decirme cómo llegar al ayuntamiento o me voy a la mierda directamente?». Rompió a reír, no pudo evitarlo.

En cuanto hubo recuperado la compostura, siguió caminando. En la esquina de la Segunda con la Cuarenta y cuatro, vio un hombre que contemplaba el escaparate de una tienda lleno de zapatos y botas. Ese tipo también llevaba traje, aunque parecía considerablemente más relajado que el tipo con el que Eddie había topado. Además, llevaba un solo maletín, lo que Eddie interpretó como un buen augurio.

—Le ruego me perdone —dijo Eddie—, pero ¿podría decirme qué día es hoy?

—Martes —dijo el comprador del escaparate—. Veintitrés de junio.

—¿De mil novecientos setenta y siete?

El comprador del escaparate le dedicó a Eddie una sonrisa ladeada, a la par interrogante y cínica, además de una expresión de asombro.

—Mil novecientos setenta y siete, eso es. No será mil novecientos setenta y ocho hasta... ¡Cielos! Hasta dentro de seis meses. Fíjese.

Eddie hizo un gesto de asentimiento.

—Gracias, sai.

—¿Gracias qué?

—Nada —respondió Eddie, y apretó el paso.

«Solo tres semanas para el quince de julio, más o menos —pensó—. ¡Joder!, eso es demasiado pronto para sentirse a gusto.»

Sí, pero si podía convencer a Calvin Torre de que le vendiera el solar ese mismo día, la cuestión del tiempo sería discutible. Una vez, hacía muchos años, el hermano de Eddie había presumido con algunos de sus amigos de que su hermanito podía convencer al mismísimo diablo para que se prendiera fuego, si se concentraba mucho. Eddie esperaba conservar parte de ese poder de persuasión. Llegar a un pequeño acuerdo con Calvin Torre, invertir en cierta propiedad y luego tomarse tal vez media hora de tiempo libre y disfrutar de verdad del ritmo de Nueva York, aunque fuera un poquito. Celebrarlo. A lo mejor comprar un batido de chocolate, o...

Dejó de discurrir y se detuvo tan de repente que alguien chocó con él y soltó un taco. Eddie apenas notó el golpe ni escuchó el insulto. La limusina de color gris oscuro volvía a estar aparcada allí, esta vez no estaba delante de la boca de riego para incendios, sino una par de puertas más allá.

Era la limusina de Balazar.

Eddie reemprendió la marcha. De pronto se alegró de que Roland le hubiera dicho que se llevase una de sus pistolas. Y de que la pistola estuviera totalmente cargada.

SEIS

La pizarra volvía a estar en el escaparate (el especial de hoy era una cena a base de hervidos de Nueva Inglaterra consistente en Nathaniel Hawthorne, Henry David Thoreau y Robert Frost, de postre se podía escoger entre Mary McCarthy o Grace Metalious), pero el letrero que colgaba de la puerta decía: LO SENTIMOS, ESTÁ CERRADO. Según el reloj digital del banco del fondo de la calle de Discos Torre de Poder, eran las 15.14 de la tarde. ¿Quién cierra una tienda a las tres y cuarto en una tarde de día laboral?

Eddie pensó que se trataría de alguien con un cliente especial. Tenía que ser alguien así.

Ahucó las manos a ambos lados de la cara y escudriñó el escaparate del Restaurante de la Mente de Manhattan. Vio una pequeña mesa redonda de exposición con los libros infantiles encima. Al lado derecho había un mostrador que tenía aspecto de haber sido afanado de una heladería de principios de siglo, solo que en la actualidad no había nadie sentado allí, ni siquiera Aaron Deepneau. La caja registradora también estaba desatendida, aunque Eddie leyó lo que decía en la lengüeta anaranjada que sobresalía por el recuadro de la ventanilla de la caja: SIN RECAUDACION.

El lugar estaba vacío. Puede que Calvin Torre hubiera recibido una llamada, a lo mejor se había producido una emergencia familiar.

«Le ha surgido una emergencia, sí —la fría voz del pistolero resonó en la cabeza de Eddie—. Y ha llegado en ese autocarruaje gris. Mira de nuevo el mostrador, Eddie, pero esta vez ¿por qué no utilizas de verdad los ojos en lugar de limitarte a dejar que les dé la luz?»

Algunas veces pensaba con voces de otras personas. Suponía que era algo que le ocurría a mucha gente, era una forma de cambiar algo la perspectiva, ver las cosas desde otro punto de vista. Aunque aquella voz no parecía estar relacionada con ese tipo de estrategia. Aquella voz parecía de alguien muy viejo, alto y feo que en realidad hablaba desde el interior de su cabeza.

Eddie volvió a mirar el mostrador. Esta vez vio el desparrame de piezas de ajedrez sobre el mármol y la taza de café volcada. Esta vez vio las gafas que estaban en el suelo entre dos de los taburetes, con una de las lentes rotas.

Sintió el primer impulso de rabia en lo más profundo de su cabeza. Fue un impulso apagado, pero si su experiencia pasada podía servirle de indicador, los impulsos podían volverse más rápidos e intensos, más agudos. Al final eclipsarían el pensamiento consciente y Dios salve a cualquiera que se paseara dentro del alcance de la pistola de Roland cuando eso ocurría. Una vez, Eddie le había preguntado a Roland si también le ocurría, y Roland le había contestado: «Nos ocurre a todos nosotros». Cuando Eddie sacudió la cabeza y respondió que él no era como Roland (él no, ni Suze, ni Jake), el pistolero no había dicho nada.

Eddie pensó que Torre y sus clientes especiales estarían en la trastienda, en esa mezcla de almacén y despacho. Y esta vez tener una charla no era precisamente en lo que estaban pensando. A Eddie le parecía que aquello era un pequeño curso de recidaje, los caballeros de Balazar le recordaban al señor Torre que el 15 de julio estaba a punto de llegar, le recordaban al señor Torre cuál sería la decisión más prudente cuando llegara la fecha en cuestión.

Cuando la palabra «caballeros» se le pasó a Eddie por la cabeza, trajo un nuevo impulso de rabia con ella. Era una palabra bastante importante para tipos que se habían cargado las gruesas e inofensivas gafas del dueño de una librería para luego sacarlo a la calle y aterrorizarlo. ¡Caballeros! ¡Puto commala!

Lo intentó con la puerta de la librería. Estaba cerrada, pero la cerradura no era demasiado complicada; la puerta vibraba en su jamba como un diente suelto. Al estar allí, ante la puerta empotrada, con la pinta (eso esperaba) de un tipo que tenía un especial interés en algún libro que había entrevisto dentro, Eddie empezó a aumentar la presión que ejercía sobre la cerradura, primero usando solo la mano puesta sobre el pomo, luego empujando con el hombro la puerta de una manera que esperaba que pareciese despreocupada.

«De todas formas, hay un noventa y cuatro por ciento de posibilidades de que nadie te esté mirando. Esto es Nueva York, ¿no? "¿Puede decirme cómo llegar al ayuntamiento o me voy directamente a la mierda?"»

Empujó con más fuerza. Le quedaba bastante hasta ejercer una presión máxima cuando se produjo un sonido seco y la puerta se abrió hacia adentro. Eddie entró sin dudar, como si tuviera todo el derecho del mundo de estar allí, luego volvió a cerrar la puerta. No se cerraba bien. Cogió un ejemplar de *Cómo el Grinch robó la Navidad* de la mesa de los niños, le arrancó la última página («De todas formas, nunca me había gustado cómo acababa éste», pensó), la dobló en tres pliegues, y la metió en la abertura que quedaba entre la puerta y la jamba. Era suficiente para mantenerla cerrada. Luego echó un vistazo a su alrededor.

El lugar estaba vacío y en aquel momento, con el sol tras los rascacielos del West Side, sombrío. No se oía na...

Sí, sí que se oía algo. Un grito apagado procedente del fondo de la tienda. «Precaución, hombres trabajando», pensó Eddie y sintió un nuevo impulso de rabia. Esta vez fue más agudo.

Tiró del asa de la bolsa del tesoro de Roland, luego se dirigió hacia la puerta del fondo, la que tenía el cartel de SOLO EMPLEADOS. Antes de llegar allí, tuvo que bordear una pila desordenada de libros de bolsillo y un expositor giratorio tirado en el suelo, el típico de tienda de gasolinera al que se le puede dar vueltas y más vueltas. Calvin Torre se había agarrado de él

cuando los caballeros de Balazar lo habían llevado a empujones hacia la zona de almacenamiento. Eddie no lo había visto ocurrir, aunque no le hacía falta.

La puerta del fondo no estaba cerrada con llave. Eddie sacó la pistola de Roland de la bolsa del tesoro y apartó esta última para poder abrirse paso en el momento crucial. Abrió la puerta de la sala de almacenamiento poco a poco, recordando dónde estaba la mesa de escritorio de Torre. Si lo veían, cargaría, gritando a pleno pulmón. Según Roland, siempre había que gritar a pleno pulmón si te descubrían. Así se sobresaltaba al enemigo durante uno o dos segundos, y algunas veces un segundo o dos marcaban una gran diferencia.

Esta vez no hubo necesidad ni de gritar ni de cargar. Los hombres que estaba buscando se encontraban en la zona del despacho, una vez más, sus sombras se proyectaban de forma grotesca y alargada sobre la pared que tenían a sus espaldas. Torre estaba sentado en la silla, aunque la silla ya no estaba detrás de la mesa de escritorio. La habían empujado hasta el hueco que quedaba entre dos de los tres archivadores. Sin las gafas, su agradable rostro parecía desnudo. Sus dos visitantes se encontraban delante de él, lo que suponía que le estaban dando la espalda a Eddie. Torre podría haberlo visto, pero Torre estaba mirando a Jack Andolini y a George Biondi, concentrado exclusivamente en ellos. Al ver el terror evidente del hombre, otro de esos impulsos de rabia le pasó por la cabeza a Eddie.

Había cierto tufo a gasolina en el aire, un olor que Eddie suponía que podría asustar incluso al más duro de los tenderos, sobre todo a uno que dirigía un imperio del papel. Junto al más alto de los dos hombres, Andolini, había una librería con vitrina de cristal de un metro y medio de alto. La puerta se abrió de golpe. En el interior de la habitación había cuatro o cinco estanterías de libros, todos eran volúmenes envueltos en lo que parecían pulcros forros de plástico. Andolini sostenía un ejemplar en alto de una forma que le daba el ridículo aspecto de televidedor. El hombre más bajo, Biondi, sostenía de una forma parecida una jarra de cristal con un líquido de color ámbar. No había muchas dudas de lo que era.

—Por favor, señor Andolini —dijo Torre. Hablaba con una voz humilde y temblorosa—. Por favor, es un libro muy valioso.

—Por supuesto que lo es —confirmó Andolini—. Todos los que están en este armario lo son. Tengo entendido que posee una copia firmada por el autor de *Ulises* que tiene un valor de veintiséis mil dólares.

—¿De qué va eso, Jack? —preguntó George Biondi. Parecía asombrado—. ¿Qué clase de libro vale veintiséis de los grandes?

—No lo sé —respondió Andolini—. ¿Por qué no nos lo cuenta, señor Torre? ¿O puedo llamarte Cal?

—Mi *Ulises* está en una caja fuerte —contestó Torre—. No está en venta.

—Pero estos sí —añadió Andolini—. ¿Verdad? Y veo el número siete mil quinientos escrito a lápiz en la solapa de este. No son veintiséis de los grandes, pero aun así es lo que cuesta un coche nuevo. Así que esto es lo que voy a hacer, Cal. ¿Me estás escuchando?

Eddie se estaba acercando y aunque luchó para permanecer en silencio, no hizo esfuerzo alguno por esconderse. Con todo, ninguno de ellos lo vio. ¿Él había sido tan estúpido cuando pertenecía a este mundo? ¿Así de vulnerable ante lo que ni siquiera era una emboscada propiamente dicha? Suponía que sí lo había sido y sabía que, con toda seguridad, Roland lo había aceptado a regañadientes.

—Estoy... estoy escuchando.

—Tienes algo que el señor Balazar desea tanto como tú quieres tu ejemplar de *Ulises*. Y aunque estos libros de la vitrina de cristal están técnicamente a la venta, apuesto a que vendes muy pocos, porque no puedes... no puedes soportar separarte de ellos. Al igual que no puedes soportar deshacerte de ese solar vacío. Así que esto es lo que va a ocurrir: George va a echar gasolina sobre este libro con los siete mil quinientos marcados, y yo voy a prenderle fuego. Luego voy a sacar otro libro de tu pequeño baúl del tesoro y voy a pedirte un compromiso oral de que venderás el solar a Sombra Corporation a mediodía del quince de julio. ¿Entendido?

—Yo...

—Si me haces ese compromiso oral, esta reunión llegará a su fin. Si no me haces ese compromiso oral, quemaré el segundo libro. Luego el tercero. Luego el cuarto. Después del cuarto, señor, creo que mi compañero aquí presente puede que pierda la paciencia.

—¡Eres la puta hostia! —exclamó George Biondi.

Eddie estaba en ese momento lo suficientemente cerca para llegar a tocar al Narigudo, y aun así no lo veían.

—En ese momento creo que echaremos gasolina dentro de tu pequeña vitrina de cristal y todos esos libros arde...

Al final, Jack Andolini percibió el movimiento con el rabillo del ojo. Echó un vistazo por detrás de su compañero y vio a un joven mirándolos con ojos color avellana y un rostro bastante moreno. El hombre llevaba algo que parecía la más antigua y enorme de las pistolas de juguete. Tenía que ser una pistola de juguete.

—¿Quién coño...? —empezó a decir Jack.

Antes de que pudiera decir más, el rostro de Eddie Dean se iluminó de felicidad y buen ánimo, una expresión que le hizo parecer mucho más que hermoso y lo situó en el plano de lo bello. «¡George!», exclamó. Era el tono de alguien que saluda a su viejo y mejor amigo después de una larga ausencia. «¡George Biondi! ¡Tío, sigues siendo el rey de los picos de oro a este lado del Hudson! ¡Me alegro de verte, tío!»

Existe cierto mecanismo en el animal humano que nos hace responder a los extraños que nos llaman por el nombre. Cuando la llamada pronunciada es afectuosa, nos sentimos casi obligados a responder con amabilidad. Pese a la situación en la que estaban allí detrás, George Biondi, el Narigudo, se volvió con una media sonrisa hacia la voz que lo había saludado con una familiaridad tan jovial. En realidad, esa sonrisa seguía brillando cuando Eddie lo golpeó salvajemente con la culata de la pistola de Roland. Andolini tenía buena vista, pero no vio más que un borrón cuando la culata golpeó tres veces, el primer golpe impactó entre los ojos de Biondi, el segundo en la ceja derecha y el tercero en el hueco de la sien del mismo lado. El primero de los dos golpes emitió sonidos huecos y sordos. El último produjo un golpetazo suave y escalofriante. Biondi cayó como una saca de correos, con los ojos en blanco, los labios fruncidos de una forma inquietante que le daba aspecto de bebé con necesidad de que lo cuidasen. La jarra cayó de su mano laxa, golpeó contra el suelo de cemento y se hizo añicos. El olor a gasolina de pronto fue mucho más intenso, vivido y empalagoso.

Eddie no le dio al socio de Biondi tiempo para reaccionar. Mientras el Narigudo seguía retorciéndose en el suelo sobre la gasolina derramada y la jarra rota, Eddie estaba sobre Andolini, empujándolo hacia atrás.

SIETE

Calvin Torre (que había empezado su vida con el nombre de Calvin Toren), no se sintió aliviado de inmediato, no tuvo esa sensación de: «Gracias a Dios, estoy a salvo». Su primer pensamiento fue: «Ellos son malos; este nuevo es peor».

Bajo la tenue luz del almacén, el recién llegado parecía emerger con su propia sombra ascendente y convertirse en una aparición de tres metros de alto. Una sombra con unos globos oculares que ardían y se salían de las órbitas y una boca abierta que dejaba a la vista unas mandíbulas cubiertas con dientes blancos que prácticamente parecían colmillos. En una mano llevaba una pistola del tamaño de un trabuco, el tipo de arma que en las historias de aventuras del siglo XVII se llamaba «máquina». Cogió a Andolini por el cuello de la camisa y la solapa de su chaqueta de chándal y lo tiró contra la pared. El matón se golpeó la cadera contra la vitrina de cristal y la derribó. Torre lanzó un grito de desesperación al que ninguno de los dos hombres prestaron la mínima atención.

El hombre de Balazar intentó escapar retorciéndose hacia la izquierda. El nuevo, el hombre chillón con el pelo negro cogido, dejó que se moviera, a continuación le puso la zancadilla y se abalanzó sobre él, y puso una rodilla sobre el pecho del matón. Le colocó el cañón del trabuco en el gollete. El matón volvió la cabeza intentando deshacerse de él. El nuevo se limitó a hundir el cañón aún más.

Con una voz ahogada que lo hizo sonar como un pato de dibujos animados, el pistolero de Balazar dijo:

—No me hagas reír, listillo... eso no es una pistola de verdad.

El nuevo, el que había aparecido con su propia sombra y se había vuelto tan alto como un gigante, sacó su máquina de debajo de la barbilla del matón, la amartilló con el pulgar y la apuntó hacia el fondo de la zona de almacenamiento. Torre abrió la boca para decir algo, Dios lo sabe, pero antes de que pudiera pronunciar una sola palabra se oyó un golpe ensordecedor, el ruido de un mortero disparado a un metro y medio de distancia desde alguna desafortunada trinchera de un soldado estadounidense. Una llamarada deslumbrante de color amarillo salió disparada del cañón de la máquina. Pasado un instante, el cañón volvió a situarse debajo de la barbilla del matón.

—¿Qué piensas ahora, Jack? —jadeó el nuevo—. ¿Todavía crees que es de mentira? Te diré lo que pienso: la próxima vez que apriete el gatillo, tus sesos saldrán volando hacia Hoboken.

OCHO

Eddie vio miedo en los ojos de Jack Andolini, pero no pánico. No le sorprendió. Había sido Jack Andolini quien le había echado el guante después de que hubiera salido mal lo de ser correo de cocaína procedente de Nassau. Esta versión de él era más joven, diez años más joven, pero no más guapo. Andolini, quien una vez había sido apodado Feo con Ganas por el gran sabio y eminente yonqui Henry Dean, tenía la frente hundida de un hombre prehistórico a juego con la mandíbula prominente como el troglodita Alley Oop de las tiras cómicas. Tenía las manos tan enormes que parecían de caricatura y pelos en los nudillos. Parecía el Tonto con Ganas además del Feo con Ganas, aunque no era en absoluto idiota. Los tontos no se las arreglaban para ascender hasta convertirse en el mano derecha de tipos como Enrico Balazar. Y aunque Jack no lo fuera todavía en ese cuándo, lo sería en 1986, cuando Eddie regresara en avión al aeropuerto John Fitzgerald Kennedy con unos doscientos mil dólares de polvo blanco boliviano bajo la camisa. En ese mundo, en ese dónde y en ese cuándo, Andolini se habría convertido en el mariscal de campo de *Il Roche*. En este mundo, Eddie pensó que era una oportunidad muy buena para retirarse temprano. De todo. A menos, claro está, que le saliera todo a la perfección.

Eddie hundió más el cañón de la pistola bajo la barbilla de Andolini. El olor a gasolina y pólvora se palpaba con intensidad en el aire y, por el momento, era más intenso que el olor a libro. En algún lugar entre las sombras, se oyó un silbido enrabiado que procedía de Sergio, el gato de la librería. Al parecer, Sergio no aprobaba los ruidos estruendosos en sus dominios.

Andolini hizo un gesto de dolor y volvió la cabeza hacia la izquierda.

—No, tío... ¡está caliente!

—No tan caliente como estarás tú dentro de cinco minutos a contar desde ahora —dijo Eddie—. Excepto si me escuchas, Jack. Las probabilidades que tienes de salir de esta son pequeñas, pero las tienes. ¿Vas a escucharme?

—No le conozco. ¿Cómo nos conoce usted?

Eddie sacó la pistola de debajo de la barbilla del Feo con Ganas y contempló el círculo rojo que se había dibujado donde había hecho presión el cañón del revólver de Roland. «Supon que te dijera que tu ka va a volver a reunirse conmigo dentro de diez años y que serás engullido por las langostruosidades. Que empezarán por esos pies metidos en esos mocasines de Gucci y que seguirán hacia arriba.» Andolini no le creería, claro, al igual que no había creído que la vieja y enorme pistola de Roland funcionaba hasta que Eddie se lo había demostrado. Y en esta senda de la posibilidad, en este nivel de la Torre, Andolini podía no ser engullido por las langostruosidades porque este mundo era diferente a todos los demás. Este era el Nivel Diecinueve de la Torre Oscura. Eddie lo presentía. Más tarde pensaría sobre ello, ahora no. En ese momento, el simple hecho de pensarlo resultaba difícil. Lo que quería en ese preciso instante era matar a esos dos hombres, luego dirigirse hacia Brooklyn y cantarles las cuarenta al resto del tet de Balazar. Eddie golpeó el cañón del revólver contra los pómulos prominentes de Andolini. Tuvo que reprimirse para no ensañarse con ese careto feo, y Andolini se dio cuenta. Pestañeó y se humedeció los labios. Eddie seguía con la rodilla sobre el pecho del matón. Sentía cómo el

tórax se hinchaba y se deshinchaba como un fuelle.

—No has respondido a mi pregunta —dijo Eddie— y, para colmo, tú me has hecho una a mí. Si vuelves a hacerlo, Jack, voy a usar el cañón de esta pistola para romperte la cara. Luego te dispararé en una rótula y te convertiré en un patachula de por vida. Puedo llenarte de plomo muchas partes del cuerpo y hacer que sigas siendo capaz de hablar. Y no te hagas el tonto conmigo, porque no eres tonto, salvo a la hora de escoger a tu jefe, y lo sé. Así que deja que te lo pregunte otra vez: ¿vas a escucharme?

—¿Qué alternativa tengo?

Moviéndose con la misma velocidad espectral y desdibujada que antes, Eddie le cruzó la cara a Andolini con la pistola de Roland. Se oyó un agudo crujido cuando el arma golpeó el pómulo. La sangre empezó a brotar de la fosa nasal derecha, que a Eddie le parecía del tamaño del túnel de Queens Midtown. Andolini gritó de dolor, Torre de pánico.

Eddie volvió a hundir el cañón de la pistola en el gollete de Andolini. Sin apartar la mirada de él, Eddie dijo:

—No pierda de vista al otro, señor Torre. Si empieza a moverse, dígamelo.

—¿Quién es usted? —preguntó Torre casi gimoteando.

—Un amigo. El único que puede salvarle el pellejo. Ahora vigílelo y déjeme trabajar.

—Está... está bien.

Eddie Dean volvió a centrar toda su atención en Andolini.

—He dejado fuera de combate a George, porque es estúpido. Aunque pudiera transmitir el mensaje que necesito que se transmita, él no se lo habría creído. Y ¿cómo va un hombre a convencer a otros de lo que no cree él mismo?

—En eso tiene razón —admitió Andolini.

Tenía la vista levantada mirando a Eddie con una especie de fascinación aterrorizada, tal vez porque por fin veía a ese extraño de la pistola como lo que era realmente. Por lo que Roland sabía, lo había sido desde el mismísimo principio, incluso cuando Eddie Dean no era más que un yonqui con la tocha ensangrentada que temblaba mientras se desenganchaba de la heroína. Jack Andolini estaba mirando a un pistolero.

—Puedes jurarlo —respondió Eddie—. Y aquí está el mensaje que quiero que transmitas: Torre es zona prohibida.

Jack sacudió la cabeza.

—Usted no lo entiende. Torre tiene algo que alguien quiere. Mi jefe ha prometido conseguirlo. Y mi jefe siempre...

—Siempre cumple sus promesas, lo sé —dijo Eddie—. Solo que esta vez no lo conseguirá, y no será culpa suya. Porque el señor Torre ha decidido que no va a vender el solar vacío del final de la calle a Sombra Corporation. Va a venderlo a... mmm... a la Tet Corporation. ¿Entendido?

—Señor, no le conozco, pero conozco a mi jefe. No se detendrá.

—Sí lo hará. Porque Torre no tendrá nada que vender, el solar ya no será suyo. Y ahora escucha incluso con más atención, Jack. Escucha como alguien ka-paz, no como un ka-pullo. Con inteligencia, no como un tonto.

Eddie se agachó. Jack alzó la vista y lo miró, fascinado por los ojos saltones, con unos iris de color avellana, el blanco inyectado en sangre y la boca salvajemente sonriente que en ese momento estaba a la distancia de un beso de la suya.

—El señor Calvin Torre se ha puesto bajo la protección de personas más poderosas y más duras de lo que tú podrías imaginar jamás, Jack. Personas que hacen que *IlRoche* parezca un niño hippy de Woodstock con flores en el pelo. Tendrás que convencerlo de que no tiene nada que ganar si sigue extorsionando a Calvin Torre y puede perderlo todo.

—No puedo...

—En cuanto a ti, has de saber que este hombre lleva la marca de Gilead. Si vuelves a tocarlo alguna vez, si vuelves a poner ni que sea un pie en esta tienda, vendré a Brooklyn y mataré a tu mujer y a tus hijos. Luego encontraré a tus padres y los mataré. Después mataré a las hermanas de tu madre y a los hermanos de tu padre. Y a continuación mataré a tus abuelos, si es que siguen

vivos. A ti te reservaré para el final. ¿Me crees?

Jack Andolini siguió mirando la cara que tenía encima, los ojos inyectados en sangre, la boca sonriente y feroz, aunque en ese momento lo hacía con un horror que iba en aumento. El hecho era que sí lo creía. Y fuera quien fuese, sabía bastante sobre Balazar y sobre el asunto que se traía entre manos. Sobre lo que se traía entre manos, puede que supiera más que el mismísimo Andolini.

—Hay más como nosotros —dijo Eddie— y todos somos la misma cosa: protectores... —estuvo a punto de decir: «Protectores de la rosa»—... de Calvin Torre. Estaremos vigilando este lugar, estaremos vigilando a Torre, estaremos vigilando a los amigos de Torre, a tipos como Deepneau. —Eddie vio cómo Andolini parpadeaba sorprendido al oír aquello, y se sintió satisfecho—. Cualquiera que venga aquí y se atreva simplemente a levantarle la voz a Torre, morirá en nuestras manos después de que hayamos matado a toda su familia. Y esto va por George, por Cimi Dretto, Tricks Postino... y también por tu hermano Claudio.

Andolini abrió los ojos de par en par con cada nombre, luego puso una mueca de dolor y los cerró durante un instante al oír el nombre de su hermano. Eddie sabía que tal vez había encontrado su punto flaco. Si Andolini lograba o no convencer a Balazar era otra cosa. «Pero, en cierta forma, eso ni siquiera importa —pensó con frialdad—. En cuanto Torre nos venda el solar, en realidad no importa lo que le hagan, ¿no?»

—¿Cómo sabe tanto? —le preguntó Andolini.

—Eso no importa. Tú transmite el mensaje. Dile a Balazar que le diga a sus amigos de Sombra que el solar ya no está en venta. Para ellos, ya no. Y dile que Torre está ahora bajo la protección de un tipo de Gilead que lleva unos calibres de envergadura.

—¿Unos...?

—Me refiero a un tipo más duro que cualquiera con el que haya tratado Balazar con anterioridad —dijo Eddie—, incluyendo la gente de Sombra Corporation. Dile que si insiste, habrá suficientes cadáveres en Brooklyn para llenar Grand Army Square. Y muchos de ellos serán de mujeres y niños. Convéncelo.

—Yo... tío, lo intentaré.

Eddie se levantó, luego retrocedió. Se acuclilló sobre los charcos de gasolina y los cristales rotos esparcidos, George Biondi estaba empezando a moverse y susurraba algo con voz ronca. Eddie le hizo un gesto a Jack con el cañón de la pistola de Roland para ordenarle que se levantara.

—Será mejor que lo intentes de todo corazón —le advirtió.

NUEVE

Torre sirvió una taza de café solo para cada uno y a continuación se tomó la suya. Le temblaban muchísimo las manos. Después de contemplar cómo Torre intentaba beber un par de veces (y de pensar en un personaje que desactivaba explosivos en la película *Danger UXB* que perdía los nervios), a Eddie le dio pena y se sirvió medio café de Torre en su taza.

—Inténtelo ahora —dijo, y volvió a empujar la taza medio llena hacia el dueño de la librería.

Torre se había vuelto a poner las gafas, pero una de las patillas se había torcido y le quedaban desequilibradas en la cara. Además, tenía una fisura en la lente izquierda con forma de relámpago. Los dos hombres estaban en el mostrador de mármol, Torre se encontraba tras él, Eddie estaba apoyado sobre uno de los taburetes. Torre había llevado consigo el libro que Andolini había amenazado con quemar en primer lugar, y lo dejó junto a la máquina de hacer café. Era como si no pudiera soportar tenerlo fuera de vista.

Torre cogió la taza con la mano temblorosa (Eddie se fijó en que no llevaba anillos en ninguna de las dos manos) y la apuró. Eddie no lograba entender por qué el hombre prefería beber un café tan fuerte. Para Eddie, el verdadero buen sabor era el de la crema de leche. Después de los meses que había pasado en el mundo de Roland (o tal vez hubieran pasado años enteros), el café de Torre tenía un sabor tan intenso como el de la nata para montar.

—¿Está mejor? —le preguntó Eddie.

—Sí.

Torre miró por la ventana, como si esperase el regreso de la limusina gris que se había alejado dando tumbos hacía tan solo unos minutos. Luego volvió a mirar a Eddie. Todavía estaba asustado del joven, pero el último resquicio de su categórico terror se había esfumado cuando Eddie volvió a guardar la pistola en lo que él llamaba la «bolsa del tesoro de mi amigo». La bolsa estaba hecha de una piel incolora y curtida, y se cerraba por la parte superior con unos lazos y no con cremallera. A Calvin Torre le parecía que el joven había guardado los aspectos más aterradores de su personalidad en la bolsa del tesoro junto con la pistola de dimensiones descomunales. Eso estaba bien, porque permitía a Torre creer que el muchacho se había marcado un farol al hablar de matar a toda la familia del matón así como a los mismísimo matones.

—¿Dónde está su colega Deepneau hoy? —preguntó Eddie.

—En el oncólogo. Hace dos años, Aaron empezó a ver sangre en la taza del váter cuando se le revolvían las tripas. Si hubiera sido un hombre más joven habría pensado «Mierda, hemorroides» y se habría comprado un tubo de crema antihemorroidal. Cuando uno ha llegado a los setenta, imagina lo peor. En su caso, era malo, pero no terrible. El cáncer avanza despacio cuando llegas a la edad de Aaron; incluso la enfermedad maldita envejece. Es curioso pensarlo, ¿verdad? De cualquier forma, lo achicharraron con la radiación y dijeron que se había terminado, pero Aaron dice que no se le puede dar la espalda al cáncer. Vuelve cada tres meses y es allí donde está. Me alegro. Es perro viejo, pero sigue siendo un luchador.

«Debería presentar a Aaron Deepneau a Jamie Jaffords —pensó Eddie—. Podrían jugar a los castillos en lugar de al ajedrez y contar historias sobre los días de la Luna del Chivo.»

Mientras tanto, Torre sonreía con tristeza. Se enderezó las gafas. Durante un instante permanecieron derechas y luego volvieron a torcerse. El hecho de que estuvieran torcidas era en cierta forma peor que la rotura; le daba a Torre un ligero aspecto a loco indefenso.

—Él es un luchador y yo soy un cobarde. Tal vez por eso somos amigos... nuestros puntos flacos se compensan, forman casi una totalidad.

—A lo mejor está siendo un poco duro consigo mismo —dijo Eddie.

—No creo. Mi psicólogo dice que alguien que quisiera saber cómo sería un hijo de un padre del tipo A y una madre del tipo B no tendría más que estudiar mi historial. También dice...

—Ruego me perdones, Calvin, pero me importa una mierda tu psicólogo. Tienes el solar del final de la calle y con eso me basta.

—Eso no es ningún mérito personal —respondió Calvin Torre con aire taciturno—. Es como este... —cogió el libro que había puesto junto a la máquina de hacer café— y los otros que han amenazado con quemar. Es que tengo un problema con lo de desprenderme de las cosas. Cuando mi primera esposa dijo que quería el divorcio y yo le pregunté por qué, me contestó: «Porque cuando me casé contigo no me di cuenta, pensaba que eras un hombre y resulta que eres una urraca».

—El solar no es como los libros —replicó Eddie.

—¿Ah, sí? ¿De verdad lo cree?

Torre lo estaba mirando, fascinado. Cuando levantó su taza de café, Eddie se sintió complacido al ver que los temblores más violentos ya habían remitido.

—¿Tú no?

—Algunas veces sueño con ello —contestó Torre—. En realidad no he estado allí desde que la charcutería de Tommy Graham quebró y yo pagué para que la derribaran. Y para que pusieran la valla, claro, que fue casi tan cara como los hombres de la bola del derribo. Sueño que allí hay un campo con flores. Un campo de rosas. Y en lugar de llegar solo hasta la Primera avenida, se extiende hasta el infinito. Curioso sueño, ¿no?

Eddie estaba seguro de que Calvin Torre en realidad había tenido esos sueños, aunque creyó ver algo más en esos ojos que se ocultaban tras las gafas rotas y torcidas. Creía que Torre estaba dejando que ese sueño ocultase los sueños que no contaba.

—Curioso —admitió Eddie—. Creo que será mejor que me sirva otro trago de ese lodo. Luego hablaremos un poco.

Torre sonrió y una vez más levantó el libro que Andolini había estado a punto de asar a la

parrilla.

—Garlar. Por aquí eso se dice mucho.

—¿Se dice?

—Aja.

Eddie alargó una mano.

—Déjeme verlo.

Al principio, Torre dudó, y Eddie vio que el rostro del dueño de la librería se endureció durante un instante con una triste mezcla de emociones.

—Venga, Cal, no voy a limpiarme el culo con él.

—No. Claro que no. Lo siento. —Y en ese momento Torre puso cara de sentirlo de verdad, la misma cara que pondría un alcohólico después de una borrachera especialmente destructiva—. Es que yo... Hay determinados libros que son muy importantes para mí. Y este es una verdadera rareza.

Se lo pasó a Eddie, quien miró la cubierta forrada de plástico y sintió cómo se le paraba el corazón.

—¿Qué? —preguntó Torre. Volvió a dejar la taza con un sonoro golpe—. ¿Qué ocurre?

Eddie no respondió. La ilustración de la tapa mostraba un pequeño edificio circular de madera con el tejado de ramas de pino. A un lado y de pie había un bravo indio vestido con pantalones de gamuza. Llevaba el torso descubierto y sostenía un tomahawk apoyado contra el pecho. Al fondo, una antigua locomotora de vapor avanzaba por la pradera, echando humo gris a un cielo azul.

El título del libro era *El Dogan*. El autor era Benjamín Slightman Jr.

Desde una gran distancia, Torre le estaba preguntando si se iba a desmayar. Desde solo un poco más cerca, Eddie le contestó que no. Benjamin Slightman Jr. Ben Slightman el Joven, en otras palabras. Y...

Apartó la rechoncha mano de Torre cuando este intentó recuperar el libro. A continuación, Eddie utilizó su propio dedo para contar las letras del nombre del autor. Eran, claro está, diecinueve.

DIEZ

Tomó otra taza del café de Torre, esta vez sin crema de leche. Luego cogió el ejemplar forrado de plástico una vez más.

—¿Qué lo hace especial? —preguntó—. Quiero decir, para mí es especial porque hace poco conocí a alguien que se llama igual que el tipo que lo escribió. Pero...

A Eddie le asaltó una idea y le dio la vuelta al libro para ver la solapa trasera, esperando encontrar una foto del autor. Lo que encontró en su lugar fue una breve biografía de dos líneas: «BENJAMÍN SLIGHTMAN JÚNIOR es rancharo en Montana. Esta es su segunda novela». Debajo había el dibujo de un águila y un eslogan: ¡COMPRE BONOS DE GUERRA!

—¿Es especial para ti? ¿Qué hace que valga siete mil quinientos pavos?

El rostro de Torre se encendió. Quince minutos antes había sentido un terror mortal por su vida, aunque Eddie pensó que nadie lo habría dicho de haberlo visto en ese momento. En ese instante se aferraba a su obsesión. Roland tenía su Torre Oscura; este hombre tenía sus libros raros.

Lo sostenía de forma tal que Eddie podía ver la cubierta.

—Dice *El Dogan*, ¿no es así?

—Así es.

Torre abrió el libro y señaló la solapa interior, también forrada de plástico, donde la historia estaba resumida.

—¿Y aquí?

—«*El Dogan* —leyó Eddie—. Una espeluznante historia sobre el viejo Oeste y sobre la lucha de un heroico indio bravo por sobrevivir.» ¿Y qué?

—¡Ahora mire esto! —dijo Torre con tono triunfal, y fue a la página del título. Allí Eddie leyó:

El Hogan

Benjamín Slightman Jr.

—No lo entiendo —dijo Eddie—. ¿Qué tiene de importante?

Torre puso los ojos en blanco.

—Vuelva a leerlo.

—¿Por qué no me dices lo que...?

—No, vuelva a leerlo. Insisto. El placer está en el descubrimiento, señor Dean. Cualquier coleccionista le dirá lo mismo. Ya sean sellos, monedas o libros, el placer está en el descubrimiento.

Volvió a la cubierta, y esta vez Eddie lo vio.

—El título de la cubierta está mal impreso, ¿verdad? Pone Dogan en lugar de Hogan.

Torre hizo un gesto de asentimiento con felicidad.

—Un hogan es una casa india como la que está dibujada en la portada. Un dogan es... bueno, no es nada. La cubierta mal impresa le da cierto valor al libro, pero ahora... mire esto... fíjese...

Fue a la página de créditos y le pasó el libro a Eddie. La fecha de derechos de reproducción era 1943, lo cual, por supuesto, explicaba el águila y la consigna en la solapa en la que estaba la biografía del autor. El título del libro figuraba como *El Hogan*, así que parecía correcto. Eddie estaba a punto de preguntar cuándo lo había comprado.

—Se han dejado el «Jr.» del nombre del autor, ¿no?

—Sí, ¡sí! —Torre estuvo a punto de abrazarlo—. ¡Como si el libro hubiera sido escrito en realidad por el padre del autor! En realidad, en una ocasión en la que me encontraba en la convención bibliográfica de Filadelfia, le expliqué la situación de este libro en particular a un abogado que le echó un vistazo a la ley de los derechos de reproducción y me dijo que el padre de Slight podría reclamar derechos de autoría de este libro por un simple error tipográfico. Asombroso, ¿no cree?

—Totalmente—dijo Eddie, al tiempo que pensaba: «Slightman el Viejo», «Slightman el Joven».

Pensó en cómo Jake se había hecho amigo muy deprisa este último y se preguntaba por qué eso le daba tan mala espina ahora, mientras estaba sentado ahí, bebiendo café en el pequeño y viejo Calla Nueva York.

«Por lo menos se ha llevado la Ruger», pensó Eddie.

—¿Me estás diciendo que eso es todo lo que hace falta para darle valor a un libro? —le preguntó a Torre—. ¿Un error de imprenta en la cubierta, un par más en el interior, y de golpe y porrazo esta cosa vale siete mil quinientos pavos?

—En absoluto —dijo Torre con cara de estupefacción—. Sin embargo, el señor Slightman escribió tres novelas del Oeste realmente excelentes, todas desde el punto de vista de los indios. *El Hogan* es la segunda. Se convirtió en un grave problema después de la guerra en Montana, era una obra que hablaba sobre los derechos sobre el agua y los minerales; y luego, y esto es lo irónico, lo mató un grupo de indios. En realidad, le arrancaron la cabellera. Estaban bebiendo en la entrada de un almacén...

«Un almacén llamado Took's —pensó Eddie—. Me apuesto mi fe y mi sello.»

—... Y, al parecer, el señor Slightman dijo algo con lo que ellos no estaban de acuerdo, y... bueno, sucedió lo que le dio el valor que tiene su libro.

—¿Todos tus libros valiosos tienen historias parecidas? —preguntó Eddie—. Quiero decir, ¿alguna especie de coincidencia los hace valiosos y no solo las historias por sí solas?

Torre rió.

—Joven, la mayoría de las personas que coleccionan libros raros ni siquiera los abren. Abrir y cerrar el libro estropea el lomo, y, por tanto, perjudica el precio de reventa.

—¿Eso no te parece un poco enfermizo?

—En absoluto —respondió Torre, pero un rojo revelador empezaba a encenderle las mejillas. Una parte de él entendía lo que decía Eddie—. Si un cliente se gasta ocho mil dólares en una edición firmada de *Tess, la de los d'Uberville*, tiene perfecto sentido guardar ese libro en un

lugar seguro donde pueda ser admirado pero no tocado. Si el tipo quiere de verdad leer la historia, deje que compre una edición de bolsillo antigua.

—Y tú estás convencido de eso —dijo Eddie, fascinado—. Estás convencido de veras.

—Bueno... sí. Los libros pueden ser objetos de gran valor. Ese valor se crea de distintas formas. Algunas veces la simple firma del autor basta. Otras, y este es el caso, es un error de impresión. ¿Y tiene algo de esto que ver con usted, señor Dean? ¿Era de esto de lo que... de lo que quería garlar?

—No, supongo que no.

Pero ¿de qué quería exactamente garlar? Lo había sabido, lo había tenido todo clarísimo mientras arreaba a Andolini y Biondi a la trastienda y se quedaba en la puerta mirando cómo se marchaban a toda prisa en la limusina, apoyados el uno en el otro. Incluso en el Nueva York cínico de «¿Y a ti qué te importa?», habían atraído muchas miradas. Ambos estaban sangrando y tenían esa mirada alucinada de «¿Qué coño me ha ocurrido?». Sí, entonces lo había tenido claro. El libro y el nombre del autor habían vuelto a nublarle las ideas. Cogió el ejemplar de manos de Torre y lo puso boca abajo sobre el mostrador para no tener que verlo. Luego se puso manos a la obra para ordenar las ideas.

—Lo primero y más importante, señor Torre, es que tiene que estar fuera de Nueva York hasta el quince de julio, porque volverán. Seguramente no esos mismos tipos, pero alguno de los otros tíos que utiliza Balazar. Y estarán más ansiosos que nunca de darnos a usted y a mí una lección. Balazar es un déspota. —Eddie había aprendido esta palabra de Susannah, ella la había utilizado para describir al señor Tic Tac—. Su forma de hacer negocios es intensificar siempre lo que le hacen. Si le das una bofetada, él te da el doble de fuerte. Si le das un puñetazo en la nariz, él te rompe la mandíbula. Si le lanzas una granada, él te tira una bomba.

Torre gimió. Fue un ruido teatral (aunque seguramente no había pretendido sonar así) y, en otras circunstancias, Eddie podría haberse reído. No en esas. Además, lo único que le quería decir a Torre le estaba volviendo a la cabeza. Podía hacer aquella negociación, por Dios. Sí, podía hacer aquella negociación.

—A mí seguramente no me pillarán. Tengo el negocio en otra parte. Más allá de las montañas y muy lejos. Su trabajo consiste en conseguir que tampoco le pillen, señor Torre.

—Pero seguramente... después de todo lo que acaba de hacer usted... e incluso si no se han creído lo de las mujeres y los niños...

Torre abrió los ojos de par en par tras sus gafas maltrechas, suplicándole a Eddie que dijera que en realidad no hablaba en serio sobre lo de sembrar Grand Army Plaza de cadáveres. Eddie no pudo ayudarlo en ese aspecto.

—Cal, escucha. Los tipos como Balazar no creen ni dejan de creer. Lo que hacen es probar hasta dónde llegan los límites. ¿He asustado al Narigudo? No, solo lo he noqueado. ¿He asustado a Jack? Sí. Y así seguirá, porque Jack tiene algo de imaginación. ¿Quedará impresionado Balazar porque haya asustado a Jack el Feo? Sí... pero sólo lo justo para ser precavido.

Eddie se inclinó sobre el mostrador mirando a Torre con seriedad.

—Yo no quiero matar a esos niños, ¿está claro? Eso vamos a dejarlo claro. En... bueno, en otro lugar, vamos a llamarlo así, en otro lugar mis amigos y yo vamos a poner nuestras vidas en peligro para salvar a unos niños, pero son niños humanos. La gente como Jack, Tricks Postino y el mismo Balazar son animales. Lobos con dos patas. ¿Y los lobos tienen seres humanos? No, tienen más lobos. ¿Los lobos se aparean con mujeres humanas? No, se aparean con lobas. Así que si tengo que llegar a ese extremo, y lo haré si me veo obligado, pensaría que estoy arrasando con una manada de lobos, hasta el último cachorro. Nada más y nada menos.

—Por Dios que lo está diciendo en serio —dijo Torre, habló en voz baja con un solo suspiro al aire enrarecido.

—Desde luego que sí, pero eso ahora no tiene importancia —aclaró Eddie—. La cuestión es que ellos vendrán a por ti. No para matarte, sino para hacer que vuelvas a ponerte de su parte. Si te quedas aquí, Cal, creo que lo mínimo que te espera es una mutilación grave. ¿Hay algún sitio al que puedas ir hasta el día quince del mes que viene? ¿Tienes dinero suficiente? Yo no tengo,

pero supongo que puedo conseguir algo.

Mentalmente, Eddie ya estaba en Brooklyn. Balazar era el ángel de la guarda de una partida de póquer en la trastienda de la barbería de Bernie, todo el mundo lo sabía. Puede que la partida no siguiese durante el fin de semana, pero habría alguien allí con dinero en efectivo. Suficiente para...

—Aaron tiene algo de dinero —dijo Torre a regañadientes—. Me lo ha ofrecido varias veces, pero yo siempre me he negado a aceptarlo. No deja de decirme que necesito irme de vacaciones. Creo que con eso se refiere a que debería alejarme de los tipos que usted acaba de conocer. Tiene curiosidad por saber qué quieren, pero no lo pregunta. Es un luchador, pero caballeroso. —Torre sonrió tímidamente—. Tal vez, Aaron y yo podríamos irnos de vacaciones juntos, joven. Al fin y al cabo, puede que no tengamos otra oportunidad.

Eddie estaba bastante seguro de que los tratamientos de quimioterapia y de radiación iban a mantener a Aaron Deepneau vivo y coleando durante al menos cuatro años más, pero seguramente ese no era el momento de decirlo. Miró hacia la puerta del Restaurante de la Mente de Manhattan y vio la otra puerta. Detrás estaba la entrada de la cueva. Allí sentado como un oso Yoghi de cómic, como una silueta con las piernas cruzadas, estaba el pistolero. Eddie se preguntó cuánto tiempo llevaría allí, cuánto tiempo había estado escuchando Roland el sonido sordo aunque enloquecedor de las campanillas del exotransito.

—¿Cree que Atlantic City sería muy lejos? —preguntó con timidez Torre.

Eddie Dean casi se estremeció al pensarlo. Tuvo una rápida visión de dos corderos rechonchos, bastante mayores, sí, pero todavía bastante apetecibles, dirigiéndose no solo hacia una manada de lobos, sino a una ciudad llena de ellos.

—Allí no —dijo Eddie—. Cualquier lugar menos ese.

—¿Y Maine o New Hampshire? Tal vez podríamos alquilar una casa de campo junto a un lago en alguna parte hasta el quince de julio.

Eddie hizo un gesto de asentimiento. Era un chico de ciudad. Le resultaba difícil imaginar que los malos se dirigieran al norte, a Nueva Inglaterra, con esas gorras a cuadros y sus chalecos de plumón mientras masticaban sus bocadillos de pimiento y se bebían su vino italiano Ruffino.

—Eso estaría mejor —dijo—. Y mientras estás allí, podrías intentar encontrar un abogado.

Torre rompió a reír. Eddie lo miró con la cabeza agachada, sonriendo él también un poco. Siempre era bueno hacer reír a los demás, pero era mejor cuando sabías de qué coño se reían.

—Lo siento —se disculpó Torre después de un rato—. Es que Aaron era abogado. Su hermana y sus dos hermanos, todos menores que él, todavía ejercen. Les gusta presumir de que tienen el membrete legal más exclusivo de Nueva York, tal vez en todo Estados Unidos. Dice simplemente: DEEPNEAU.

—Eso acelera las cosas —dijo Eddie—. Quiero que le pidas al señor Deepneau que te redacte un contrato mientras estás de vacaciones en Nueva Inglaterra...

—Esconderse en Nueva Inglaterra... —dijo Torre. De pronto pareció taciturno—. Refugiado en Nueva Inglaterra.

—Llámallo como te salga de las narices —espetó Eddie—, pero haz que te redacten ese documento. Vas a venderme ese solar, a mí y a mis amigos. A la Tet Corporation. Para empezar, solo recibirás un pavo, pero puedo garantizarte casi con total seguridad que al final conseguirás un valor de mercado justo.

Tenía más que decir, mucho más, pero se calló en ese punto. Cuando tendió la mano hacia el libro, *El Dogan* o *El Hogan* o comoquiera que se titulase, una expresión de renuencia mezquina se había apoderado del rostro de Torre. Lo que hacía que la mirada fuera desagradable era la estupidez de trasfondo que había en ella... y no muy en el fondo. «Oh, Dios, esto me lo va a discutir. Después de todo lo que ha ocurrido, me lo va a discutir. Y ¿por qué? Porque es de verdad una urraca.»

—Puedes confiar en mí, Cal —añadió, con el convencimiento de que la cuestión no era precisamente la confianza—. Doy fe con mi sello. Ahora, atiéndeme. Atiéndeme, te lo ruego.

—No le conozco de nada. Ha venido de la calle...

—Y te he salvado la vida, no olvides esa parte.

El rostro de Torre adoptó una expresión rígida y rebelde.

—No iban a matarme. Lo dijo usted mismo.

—Pero sí iban a quemar tus libros favoritos. Los más valiosos.

—No eran los más valiosos. Además, eso podría haber sido un farol.

Eddie respiró hondamente y soltó el aire con la esperanza de que su repentino deseo de saltar por encima del mostrador y hundir los dedos en el rechoncho pescuezo de Torre se esfumase o como mínimo se mitigase. Se recordó a sí mismo que si Torre no hubiera sido tozudo, seguramente le habría vendido el aparcamiento a Sombra Corporation hacía ya mucho tiempo y que habrían arrancado la rosa. ¿Y la Torre Oscura? Eddie sabía que cuando la rosa muriese, la Torre Oscura caería como la de Babel cuando Dios se hubo cansado de ella e hizo un movimiento con el dedo. Nada de esperar otros cien o mil años a que la maquinaria que proyectaba los Haces se detuviese. No quedarían más que cenizas, cenizas... todos caeríamos. ¿Y luego? Salve al Rey Carmesí, señor de la oscuridad de exotransito.

—Cal, si nos vendes a mis amigos y a mí el solar vacío, te librarás. No solo eso, sino que al final tendrás dinero suficiente para llevar tu tiendecita durante toda tu vida. —Tuvo una idea repentina—. Oye, ¿conoces la empresa Holmes Dental?

Torre sonrió.

—¿Y quién no? Yo utilizo su hilo dental y su dentífrico. Probé el enjuague bucal, pero es demasiado fuerte. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque Odetta Holmes es mi esposa. Puede que me parezca a la rana Gustavo, pero en realidad soy el puto príncipe encantado.

Torre se quedó callado durante largo rato. Eddie refrenó su impaciencia y dejó pensar al hombre. Al final, Torre dijo:

—Cree que estoy haciendo el idiota. Que me estoy comportando como el usurero de Silas Marner, o peor aún, como Ebenezer Scrooge.

Eddie no sabía quién era Silas Marner, pero entendió a lo que se refería Torre por el contexto de la conversación.

—Vamos a decirlo de esta forma —dijo—: después de todo lo que acaba de pasar, eres demasiado inteligente para no saber dónde está lo que más te interesa.

—Me siento en la obligación de decirle que no se trata solo de tacañería inconsciente por mi parte, hay también cierto ápice de precaución. Sé que esa parte de Nueva York es valiosa, cualquier parte de Manhattan lo es, pero no es solo eso. Tengo una caja fuerte allí detrás con algo dentro. Algo que es incluso más valioso que mi ejemplar del *Ulises*.

—Entonces, ¿por qué no está en tu caja fuerte del banco?

—Porque se supone que tiene que estar aquí —contestó Torre—. Siempre ha estado aquí. Tal vez esperándole a usted, o a alguien como usted. En una época, señor Dean, mi familia era dueña de casi todo Turtle Bay, y... bueno, espere, ¿va a esperar?

—Sí —afirmó Eddie.

¿Qué otra salida le quedaba?

ONCE

Cuando Torre se marchó, Eddie se levantó del taburete, fue hacia la puerta que solo él podía ver y miró a través de ella. Vagamente, pudo oír las campanillas. Con mayor claridad, oyó a su madre.

—¿Por qué no sales de ahí? —le gritó con dolor—. Solo empeorarás las cosas, Eddie, siempre lo haces.

«Esa es mi mami», pensó y gritó el nombre del pistolero.

Roland se sacó una de las balas de la oreja. Eddie se dio cuenta de la extraña y patosa forma en que la cogió, casi manoseándola, como si tuviera los dedos rígidos, aunque aquel no era momento para pensar en eso.

—¿Estás bien? —preguntó Eddie.

—Voy tirando. ¿Y tú?

—Sí, pero... Roland, ¿puedes pasar? Podría necesitar ayuda.

Roland se lo pensó, luego sacudió la cabeza.

—La caja se podría cerrar si lo hago. Seguramente se cerraría, luego se cerraría la puerta y quedaríamos atrapados en ese lado.

—¿Puedes atrancar esa puñetera cosa para que se quede abierta con una piedra, un hueso o algo?

—No —respondió Roland—, no funcionaría. La bola es poderosa.

«Y está funcionando contigo», pensó Eddie. El rostro de Roland parecía demacrado, como ocurrió cuando el veneno de las langostruosidades había penetrado en su interior.

—Está bien —contestó, resignado.

—Sé lo más rápido que puedas.

—Sí.

DOCE

Cuando se volvió, Torre lo estaba mirando con gesto interrogativo.

—¿Con quién estaba hablando?

Eddie se echó a un lado y señaló hacia la puerta.

—¿Ves algo allí, sai?

Calvin Torre miró, empezó a sacudir la cabeza, luego volvió a mirar durante un instante más largo.

—Un resplandor —dijo al final—. Como aire caliente sobre un incinerador. ¿Quién está allí? ¿Qué hay allí?

—De momento, digamos que nadie. ¿Qué tienes en la mano?

Torre la levantó. Era un sobre, muy antiguo. Tenía escrito con letra inglesa: Stefan Toren y Dead Letter. Abajó, dibujados con esmero y con tinta antigua,

estaban los mismos símbolos que había en la puerta y en la caja:

«Ahora puede que hayamos llegado a alguna parte», pensó Eddie.

—Una vez, este sobre contuvo la voluntad de mi retatarabuelo —anunció Calvin Torre—. La fecha que tenía inscrita era diecinueve de marzo de mil ochocientos cuarenta y seis; Ahora no hay más que un trozo de papel con un nombre escrito. Si puede decirme cuál es ese nombre, joven, haré lo que me pide.

«Ah, claro —rumió Eddie—, con que todo se reduce a otro acertijo.» Aunque esta vez no eran cuatro vidas las que dependían de la respuesta, sino toda una existencia.

«Gracias a Dios es uno fácil», pensó.

—Es Deschain —dijo Eddie—. El nombre de pila puede ser Roland, el nombre de mi dinh, o Steven, el nombre de su padre.

Fue como si el rostro de Calvin Torre quedase exangüe. Eddie no se explicaba cómo el hombre era capaz de mantenerse en pie.

—¡Dios mío querido que estás en los cielos! —exclamó.

Con los dedos temblorosos, sacó el trozo de papel antiguo y quebradizo del sobre, un viajero del tiempo que había viajado más de ciento treinta y un años hasta este dónde y este cuándo. Estaba plegado. Torre lo desplegó y lo puso sobre el mostrador, donde ambos pudieron leer lo que Stefan Toren había escrito con la misma y firme letra inglesa.

Roland Deschain, de Gilead

La línea de Eld

PISTOLERO

TRECE

Hablaron un rato más, unos quince minutos, y Eddie supuso que al menos una parte de lo dicho era importante, aunque lo que de verdad importaba era el momento en que le había dicho a Torre el nombre que sus tres veces bisabuelo había escrito en un pedazo de papel catorce años antes de que estallase la guerra de Secesión.

Lo que Eddie había descubierto sobre Torre durante su garla era desconcertante. Albergaba cierto respeto por el hombre (de hecho, por cualquier hombre que fuera capaz de resistirse más

de veinte segundos a los matones de Balazar), pero no le gustaba mucho. Tenía algo de estupidez intencionada. Eddie creía que era fruto de la autosugestión e instigado por su psicólogo, que le habría dicho que tenía que cuidar de sí mismo, que tenía que ser el capitán de su nave, el autor de su propio destino, respetar sus deseos y toda esa palabrería. Todas esas palabrejas y términos codificados que significaban que estaba bien ser un capullo egoísta. Que era noble, incluso. Cuando Torre le contó a Eddie que Aaron Deepneau era su único amigo, a Eddie no le sorprendió. Lo que sí le sorprendió es que Torre tuviera algún amigo. Un hombre así no podría ser jamás ka-tet, e incomodó a Eddie saber que sus destinos estaban tan unidos.

«Tendrás que confiar en el ka. Para eso está el ka, ¿no?»

Claro que estaba para eso, pero a Eddie no tenía por qué gustarle.

CATORCE

Eddie preguntó si Torre tenía un anillo con la expresión *Ex Liveris* grabada. Torre puso cara de confusión, a continuación se rió y le dijo a Eddie que lo que había querido decir era *Ex Libris*. Rebuscó en una de sus estanterías, encontró un libro, y le mostró a Eddie la ilustración de la cubierta. Eddie hizo un gesto de asentimiento.

—No —respondió Torre—. Pero a un tipo como yo le iría como anillo al dedo, ¿no? —Miró a Eddie con entusiasmo—. ¿Por qué lo pregunta?

Sin embargo, la futura responsabilidad de Torre de salvar a un hombre que en ese momento estaba explorando las carreteras de las múltiples Norteaméricas era un tema que a Eddie no le apetecía sacar en ese instante. Había llegado a un punto de estar a un tris de reventarle la cabeza al tipo, y tenía que volver a pasar por la puerta Ignota antes de que la Trece Negra dejara a Roland hecho polvo.

—No importa. Pero si ves uno, debes cogerlo. Una cosa más y luego me voy.

—¿Qué es?

—Quiero que prometas que en cuanto yo me vaya, te irás tú.

Una vez más, Torre adoptó una actitud de recelo. Era el aspecto de su persona que Eddie sabía que con el tiempo podía llegar a odiar abiertamente.

—Bueno... a decir verdad, no sé si puedo hacerlo. Las tardes a primera hora suelen ser un momento muy ajetreado para mí. La gente se siente con muchas más ganas de echar un vistazo a los libros cuando ha terminado la jornada laboral... y el señor Brice va a venir para ver una primera edición de *Veneno en las ondas*, una novela de Irwin Shaw sobre la radio y la era McCarthy... Al menos tendré que leer por encima mi agenda de citas y...

Siguió con la perorata, en realidad le iba dando más gas a medida que descendía de trivialidad en trivialidad.

Eddie dijo, con una voz muy tenue:

—¿Te gustan tus pelotas, Calvin? ¿Te sientes tan unido a ellas como ellas a ti?

Torre, que había estado pensando en quién alimentaría a Sergio si él levantaba el campamento de repente y huía, se calló y lo miró, confundido, como si jamás hubiera oído esa sencilla palabra de tres sílabas.

Eddie hizo un gesto con la cabeza en dirección a su entrepierna para ayudarlo.

—Los huevos, las bolas, las joyas de la corona, los cojones, la vieja fábrica de leche. Los testículos.

—No entiendo lo que...

El café de Eddie se había terminado. Para sustituirlo se sirvió un poco de crema de leche en la taza y se lo bebió.

—Te he dicho que si te quedas aquí, podrías esperar una mutilación grave. Me refería a eso. Por ahí es por donde seguramente empezarán, por las pelotas. Para darte una lección. El momento en que ocurra depende casi del todo de si hay tráfico o no.

—Tráfico —repitió Torre con una total falta de expresión en la voz.

—Eso es —afirmó Eddie, sorbiendo su crema de leche como si fuera un chupito de coñac—. Básicamente de lo que tarde Jack Andolini en volver con el coche a Brooklyn y luego de lo que tarde Balazar en cargar alguna camioneta destartada o furgoneta con unos tipos para volver

aquí. Espero que Jack esté demasiado aturdido para telefonar. ¿Has pensado que Balazar esperaría hasta mañana? ¿Que reuniría a un pequeño grupo de cerebros de confianza como Kevin Blake y Cimi Dretto para discutir el tema? —Eddie levantó primero un dedo y luego dos. Tenía tierra de otro mundo bajo las uñas—. Primero, no tienen cerebro; segundo, Balazar no confía en ellos.

»Lo que hará, Cal, es lo que haría cualquier déspota con éxito: reaccionará enseguida, rápido como el rayo. El tráfico de hora punta los retendrá durante un rato, pero si todavía sigues aquí a las seis, a y media como muy tarde, puedes despedirte de tus pelotas. Te las arrancarán con un cuchillo, cauterizarán la herida con uno de esos pequeños sopletes Bernz-O-Matic...

—Basta —suplicó Torre. Ahora, en lugar de blanco, se había puesto verde. Sobre todo por la zona de las agallas—. Iré a un hotel que está en el Village. Hay un par que son baratos y que ofrecen sus servicios a escritores y a artistas que no están en racha, las habitaciones son feas, pero no está tan mal. Llamaré a Aaron y nos iremos al norte mañana por la mañana.

—Bien, pero primero tienes que escoger un pueblo adonde ir —dijo Eddie—. Porque tal vez mis amigos o yo necesitemos ponernos en contacto contigo.

—¿Cómo se supone que voy a hacer eso? No conozco los pueblos de Nueva Inglaterra al norte de Westport, en Connecticut.

—Haz algunas llamadas cuando llegues al hotel del Village —le ordenó Eddie—. Escoge el pueblo y, mañana por la mañana, antes de irte de Nueva York, envía a tu colega Aaron al solar vacío. Dile que escriba el código postal en los tablones de la valla. —Una idea inquietante asaltó a Eddie—. ¿Tenéis códigos postales, no? Quiero decir, ¿ya se han inventado, no?

Torre lo miró como si estuviera loco.

—Por supuesto que tenemos códigos postales.

—Mensaje recibido. Dile que lo ponga del lado de la calle Cuarenta y seis, donde la valla termina. ¿Lo has entendido?

—Sí, pero...

—Seguramente no vigilarán tu librería mañana por la mañana, supondrán que has sido listo y que te has largado, pero si lo hacen, no vigilarán el solar, y si lo vigilan será por el lado de la Segunda avenida. Y si vigilan el lado de la calle Cuarenta y seis, te estarán buscando a ti, no a él.

Torre sonrió ligeramente a pesar suyo. Eddie se relajó y le devolvió la sonrisa.

—Pero... ¿y si también buscan a Aaron?

—Dile que lleve una ropa que no suela ponerse. Si suele llevar vaqueros, que se ponga traje. Si le va el traje...

—Que se ponga vaqueros.

—Correcto. Y unas gafas de sol no serían mala idea, suponiendo que el día no sea lo bastante nublado como para que parezcan sospechosas. Que lleve un rotulador. Dile que no tiene que ser nada artístico. Que se dirija hacia la valla como si fuera a leer uno de los carteles, que escriba los números y que se vaya. Y dile, por el amor de Dios, que no la cague.

—¿Y cómo nos va a encontrar cuando llegue a «código postal lo que sea»?

Eddie pensó en Took's y en su garla con las yentes mientras estaban sentados en las mecedoras del espacioso porche dejando que cualquiera que quisiera mirase e hiciera preguntas.

—Ve al almacén. Ten una pequeña conversación, dile a cualquiera que se interese que estás en el pueblo para escribir un libro o para pintar cuadros de langostas. Te encontraré.

—Está bien —dijo Torre—. Es un buen plan. Esto se le da bien, joven.

«Me educaron para esto», pensó Eddie pero no lo dijo. Lo que dijo fue:

—Tengo que irme. Ya me he quedado demasiado tiempo.

—Hay algo en lo que tiene que ayudarme antes de irse —dijo Torre y lo explicó.

A Eddie se le abrieron los ojos de par en par. Cuando Torre terminó (no tardó mucho), Eddie estalló:

—¡Sí, claro!, te estás quedando conmigo.

Torre movió la cabeza hacia la puerta de su tienda, donde pudo ver ese tenue resplandor. Hacía que los peatones que pasaban por la Segunda avenida tuvieran aspecto de reflejos

momentáneos.

—Allí hay una puerta. Si usted lo dice yo le creo. No puedo verla, pero sí que veo algo.

—Estás loco —dijo Eddie—. Como una cabra.

No lo decía en serio, no literalmente, pero menos que nunca quería que su destino se entrelazase con tanta fuerza con el de un hombre que le hacía ese tipo de petición, de exigencia.

—Puede que sí y puede que no —dijo Torre. Cruzó los brazos sobre su amplio, aunque flácido, pecho. Su voz era suave, pero su mirada era categórica—. En cualquier caso, esta es la condición que pongo para hacer todo lo que usted dice. Por participar en su locura, en otras palabras.

—Venga, Cal, ¡por el amor de Dios! ¡Dios y Jesús Hombre! Solo te pido que hagas lo que el testamento de Stefan Toren te pidió que hicieras.

La mirada no se suavizó ni se apartó como cuando Torre hablaba sin decir nada o preparándose para soltar una trola. En todo caso, se volvió más dura.

—Stefan Toren está muerto y yo no. Ya le he dicho cuál es mi condición para hacer lo que quiere. Lo único que importa es si...

—Sí, sí, ¡¡sí!! —gritó Eddie, y se bebió el resto del líquido blancuzco de su taza.

Luego cogió el cartón y también lo apuró, hasta el fondo. Como si fuera a necesitar más fuerzas.

—Venga —dijo—. Vamos a hacerlo.

QUINCE

Roland podía ver el interior de la tienda, pero era como mirar cosas que se encontraban en el fondo de una corriente rápida. Deseó que Eddie pudiera darse prisa. Incluso con las balas metidas hasta el fondo de las orejas podía oír las campanillas del exotransito y nada obstruía los horribles hedores: ora era metal caliente, ora era bacon podrido, ora queso enmohecido fundido, ora cebollas quemadas. Se le estaban humedeciendo los ojos, y eso ocurría probablemente por el aspecto vacilante de las cosas que había más allá de la puerta.

Mucho peor que el ruido de las campanillas y los olores era la forma en que la bola se estaba introduciendo en sus ya doloridas articulaciones, llenándolas de lo que parecían esquirlas de cristal. Hasta ese momento no había sentido más que un par de pellizcos en la mano sana, la izquierda, pero no se había hecho ilusiones; el dolor que sentía allí y en cualquier otra lesión seguiría aumentando mientras la caja estuviera abierta y la Trece Negra brillara al descubierto. Parte del dolor producido por el chasquido seco podía desaparecer en cuanto la bola volviera a ocultarse, pero Roland no creía en absoluto que fuera así. Y eso podía ser solo el principio.

Como para felicitarlo por su intuición, una siniestra punzada de dolor le afloró en la cadera derecha y empezó a latir con fuerza. Roland lo sintió como una bolsa llena de plomo líquido y caliente. Empezó a masajearse con la mano derecha... como si eso sirviera para algo.

—¡Roland!

La voz sonó efervescente y distante, como las cosas que veía más allá de la puerta, parecía que estaba bajo el agua, pero era inconfundiblemente la voz de Eddie. Roland apartó la mirada de la cadera, alzó la vista y vio que Eddie y Torre habían llevado una especie de estantería hasta la puerta ignota. Parecía llena de libros.

—Roland, ¿puedes ayudarnos?

El dolor se había asentado con tanta fuerza en sus caderas y rodillas que Roland ni siquiera estaba seguro de poder levantarse... pero lo hizo, y con soltura. No sabía hasta qué punto Eddie podía haber percibido su estado con su buena vista, pero Roland no quería que viera más. Al menos, no hasta que sus aventuras en Calla Bryn Sturgis hubieran terminado.

—Cuando nosotros empujemos, ¡estira!

Roland asintió con gesto de entendimiento y la estantería de libros avanzó. Hubo un extraño y vertiginoso momento en el que la mitad que estaba en el interior de la cueva era sólida y definida y la mitad que todavía estaba en la Librería de la Mente de Manhattan centelleaba de forma irregular. Acto seguido, Roland la cogió y tiró de ella. Trepidó y berreó por el suelo de la cueva, levantando por los lados pequeñas pilas de guijarros y huesos.

En cuanto salió de la puerta, la tapa de la caja de fustánima empezó a cerrarse. También empezó a cerrarse la puerta.

—No, no te cierres —murmuró Roland—. ¡No, no te cierres, perra!

Metió los dos dedos que le quedaban en la mano derecha en el hueco que se estrechaba bajo la tapa de la caja. Al hacerlo, la puerta dejó de moverse y quedó entreabierta. Ya había tenido suficiente. Ahora incluso le zumbaban los dientes. Eddie seguía garlando con Torre, aunque a Roland ya no le importó si se trataba de los secretos del universo.

—¡Eddie! —gruñó—. ¡Eddie, a mí!

Y, por fortuna, Eddie cogió su bolsa del tesoro y volvió. En cuanto pasó por la puerta, Roland cerró la caja. La puerta ignota se encajó un segundo después con un sonido claro y simple. Las campanillas dejaron de sonar. Y también cesó la mezcolanza de dolor ponzoñoso que penetraba en las articulaciones de Roland. El alivio fue tan grande que gritó. Acto seguido, durante los siguientes diez segundos más o menos, lo único que pudo hacer fue inclinar la barbilla hasta el pecho, cerrar los ojos y luchar por no gimotear.

—Te digo gracias —consiguió decir por fin—. Eddie, te digo gracias.

—De nada. Salgamos de esta cueva, ¿te parece?

—Me parece que sí—respondió Roland—. ¡Dioses, sí!

DIECISEIS

—¿No te ha gustado mucho, verdad? —preguntó Roland.

Habían pasado diez minutos desde el regreso de Eddie. Se habían alejado solo un poco de la cueva, luego se habían detenido en el peralte en que el camino daba paso a una pequeña ensenada rocosa. En ese sitio, el rugiente vendaval que les había echado hacia atrás el pelo y les había pegado la ropa al cuerpo se reducía a ocasionales ráfagas. Roland las agradecía pues esperaba que justificaran la forma lenta y torpe en que estaba sacando el humo de su cigarrillo. Aun así sentía la mirada de Eddie clavada en él, porque el joven de Brooklyn (que antes era casi tan torpe e inconsciente como Andolini y Biondi) ahora entendía muchas cosas.

—¿Te refieres a Torre?

Roland le lanzó una mirada sardónica.

—¿De quién voy a estar hablando? ¿Del gato?

Eddie le dedicó un breve gruñido de reconocimiento, casi una sonrisa. Siguió inspirando largas bocanadas de aire puro. Era bueno estar de vuelta. Ir a Nueva York en carne y hueso había sido mejor que ir entrando en exotransito, esa sensación de oscuridad acechadora había desaparecido, y la sensación complementaria de una especie de raedura, aunque, Dios mío, el lugar apestaba. Sobre todo por los coches y los tubos de escape (las nubes de gasolina diesel eran lo peor), pero además había otro centenar de olores distintos. El menos perceptible no era precisamente el perfume de demasiados cuerpos humanos, el olor esencial a mofeta que no quedaba disimulado por los perfumes y sprays que las yentes se ponían. ¿Acaso no eran conscientes de lo mal que olían, todos apiñados como estaban? Eddie supuso que no. Él tampoco lo había sido antes. Antes se moría por volver a Nueva York, habría matado por llegar.

—Eddie, ¡baja de Nis! —Roland chascó los dedos delante de la cara de Eddie Dean.

—Lo siento —se disculpó—. En cuanto a Torre... No, no me ha gustado mucho. Dios, ¡enviar sus libros así! ¡Ha convertido sus asquerosas primeras ediciones en parte de su condición para contribuir a salvar el puto universo!

—Él no lo ve así... A menos que lo vea así en sus sueños. Y tú sabes que le quemarán la tienda cuando vayan allí y vean que se ha ido. Casi seguro. Echarán gasolina por debajo de la puerta y le prenderán fuego. Le romperán el escaparate y lanzarán un granado, comprado o de fabricación casera. ¿Me vas a decir que no se te ha pasado por la cabeza?

Por supuesto que sí.

—Bueno, puede ser.

Esta vez le tocó a Roland soltar un gruñido risueño.

—No parece que haya mucho «puede» en ese «puede ser». Bueno, hemos salvado sus libros. Y ya tenemos algo en lo que esconder el tesoro del padre en la Cueva de la Puerta. Aunque

supongo que ahora debe considerarse nuestro tesoro.

—Su valentía no me ha impresionado como valentía real —comentó Eddie—. Era más bien codicia.

—No todos son llamados a la senda de la espada o de la pistola o del navio —sentenció Roland—, pero todos sirven al ka.

—¿De veras? ¿También el Rey Carmesí? ¿O los hampones y las hamponas de los que habló Callahan?

Roland no respondió.

Eddie dijo:

—Puede que lo haga bien. Me refiero a Torre, no al gato.

—Muy gracioso —comentó Roland con sequedad. Encendió una cerilla utilizando el trasero de los pantalones, protegió la llama con una mano y se encendió un cigarrillo.

—Gracias, Roland. Estás creciendo en ese aspecto. Pregúntame si creo que Torre y Deepneau pueden salir sin dejar rastro de Nueva York.

—¿Lo crees?

—No, creo que dejarán un rastro. Nosotros podremos seguirlo, pero espero que los hombres de Balazar no puedan. El que me preocupa es Jack Andolini. Es tan listo que asusta. En cuanto a Balazar, hizo un contrato con su Sombra Corporation.

—Ruego de rey mando es.

—Sí, supongo que en algún momento fue así —admitió Eddie. Había creído que Roland se refería al Rey Carmesí—. Balazar sabe que cuando se hace un contrato, hay que firmarlo o tener una puta razón para no hacerlo. Si no se hace se extiende el rumor. Empiezan a circular los rumores de que fulano o zutano se está volviendo un blando, que se está rajando. Todavía les quedan tres semanas para encontrar a Torre y obligarlo a vender el solar de Sombra. Lo utilizarán. Balazar no es el FBI, pero sí que es un tío con contactos, y... Roland, lo peor de Torre es que, en cierta forma, nada de esto es real para él. Es como si hubiera confundido su vida con uno de sus libros de cuentos. Cree que las cosas tienen que salir bien porque el escritor está contratado.

—Crees que será descuidado.

Eddie soltó una risotada bastante primitiva.

—Sé que será descuidado. La cuestión es si Balazar lo pillará o no.

—Tendremos que vigilar al señor Torre. Preocuparnos de él por el bien de la seguridad. Eso es lo que crees, ¿no?

—¡Cagüenla...! —exclamó Eddie, y después de un momento de consideración silenciosa, ambos rompieron a reír. Cuando hubo pasado el ataque de risa, Eddie dijo—: Creo que tendremos que enviar a Callahan, si quiere ir. Seguramente crees que estoy loco, pero...

—No, en absoluto —dijo Roland—. Es uno de los nuestros... o podría serlo. Lo he presentado desde el principio. Y está acostumbrado a viajar a lugares extraños. Se lo comentaré hoy. Mañana subiré aquí con él y lo ayudaré a pasar por la puerta...

—Deja que lo haga yo —pidió Eddie—. Con una vez basta para ti. Por lo menos durante un tiempo.

Roland lo miró con recelo, luego cogió el cigarrillo por la punta.

—¿Por qué lo dices, Eddie?

—Te han salido más canas por aquí. —Eddie se dio un golpecito en la coronilla—. Además caminas un poco rígido. Ahora estás mejor, pero supongo que ese viejo reuma tuyo te ha estado pasando factura. Confiésalo.

—Está bien, lo confieso —admitió Roland. Si Eddie creía que solo era el viejo don Reuma, no era tan grave.

—En realidad, podría traerlo aquí arriba esta noche, el tiempo suficiente para conseguir el código postal —dijo Eddie—. Allí ya será de día otra vez, apuesto a que sí.

—Ninguno de nosotros subirá por este camino de noche. No si yo puedo evitarlo.

Eddie observó cómo la ladera se inclinaba hasta el lugar donde una piedra caída sobresalía y

convertía un metro y medio del recorrido en una cuerda floja.

—Mensaje captado.

Roland hizo el gesto de ponerse en pie. Eddie se acercó y lo cogió del brazo.

—Quédate sentado unos minutos más, Roland. Sea.

Roland volvió a sentarse, mirándolo.

Eddie respiró hondamente y soltó el aire.

—Ben Slightman da asco —dijo—. El chivato es él. Estoy casi seguro.

—Sí, lo sé.

Eddie lo miró, con los ojos abiertos de par en par.

—Oye, ¿cómo puedes...?

—Digamos que lo sospecho.

—¿Cómo?

—Por las gafas —dijo Roland—. Ben Slightman el Viejo es la única persona en Calla Bryn Sturgis que lleva gafas. Venga, Eddie, nos espera una nueva jornada. Podemos hablar caminando.

DIECISIETE

Sin embargo, no pudieron, no al principio, porque el camino era demasiado inclinado y estrecho. Pero más adelante, cuando se aproximaban a los pies de la meseta, la conversación se volvió más distendida e indulgente. Hablar una vez más fue práctico, y Eddie le contó a Roland lo del libro, *El Dogan* o *El Hogan*, y lo del extrañamente disputado nombre del autor. Le explicó la singularidad de la página de créditos (no estaba totalmente seguro de que Roland hubiera entendido esa parte) y dijo que eso le había hecho preguntarse si había algo que inculcase también al hijo. Parecía una locura, pero...

—Creo que si Benny Slightman estuviera ayudando a su padre a pasar información sobre nosotros —observó Roland—, Jake lo sabría.

—¿Estás seguro de que no lo sabe? —preguntó Eddie.

Aquello hizo que Roland se quedara un momento callado. Luego sacudió la cabeza.

—Jake sospecha del padre.

—¿Te lo ha dicho él?

—No ha sido necesario.

Estaban a punto de llegar al lugar donde se encontraban los caballos, que levantaron la cabeza con gesto de alerta y se alegraron al verlos.

—Se ha ido al Rocking B —dijo Eddie—. A lo mejor tendríamos que ir hasta allí. Inventar alguna excusa para traerlo de vuelta a la casa del padre... —Se quedó callado, mirando a Roland con detenimiento—. ¿No?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque esta es la parte que le toca hacer a Jake.

—Es algo difícil, Roland. Benny Slightman y él se llevan bien. Muy bien. Si Jake acaba siendo el que tiene que revelar al Calla lo que su padre ha estado haciendo...

—Jake hará lo que tenga que hacer —dijo Roland—. Como todos nosotros.

—Pero sigue siendo un niño, Roland. ¿No lo entiendes?

—No lo será durante mucho más tiempo —aclaró Roland, y montó en el caballo. Esperó que Eddie no hubiera visto el gesto momentáneo de dolor que se le dibujó en el rostro cuando levantó la pierna derecha para pasarla por encima de la silla. Sin embargo, Eddie sí lo había visto.

III

EL DOGAN, SEGUNDA PARTE

UNO

Jake y Benny Slightman pasaron la mañana de ese mismo día trasladando las balas de heno desde los pajares más altos de los tres graneros interiores del Rocking B hasta los pajares más bajos, luego tuvieron que desembalarlas. La tarde fue para nadar y jugar a peleas de agua en el Whye, todavía bastante agradable si se evitaban las charcas profundas, demasiado frías en esa época del año.

Entre estas dos actividades disfrutaron de un copioso almuerzo en el barracón con media docena de peones (Slightman el Viejo no estaba; había ido al rancho Buckhead de Telford, para guiar al ganado).

—No había visto al chaval de Ben dar tanto el callo en toda mi vida —comentó Cookie mientras ponía las chuletas fritas en la mesa y los chicos las atacaban con entusiasmo—. Le vas a sacar los higadillos, Jake.

Esa era la intención de Jake, por supuesto. Después de trasladar el heno durante toda la mañana, haber nadado por la tarde y de que cada uno de ellos hubiera dado una docena o más saltos desde el granero bajo la rosada luz del crepúsculo, pensó que Benny dormiría como un tronco. El problema era que él mismo también podía dormirse así. Cuando salió para lavarse en el surtidor (el ocaso ya había llegado y se había ido, dejando cenizas de color rosa que se oscurecieron hasta dar paso a un negro intenso), se llevó a Acho consigo. Se lavó la cara echándose un poco de agua y salpicó unas gotas para que el animal las atrapara, lo que bramó hizo con gran presteza. Luego Jake hincó una rodilla en el suelo y cogió con cariño al bilibrambo por los cachetes.

—Escúchame, Acho —le dijo.

—¡Acho!

—Me voy a ir a dormir, pero cuando salga la luna, quiero que me despiertes. Hazlo en silencio, ¿te consta?

—¡Ta!

Lo cual podía significar algo o nada. Si hubiera apostado, Jake se habría decantado por la opción de que significaba algo. Tenía una gran fe en Acho. O puede que fuera amor. O puede que ambas cosas fueran lo mismo.

—Cuando salga la luna. Di luna, Acho.

—¡Luna!

Sonó bien, pero Jake pondría su propio despertador interno para despertarse cuando saliera la luna, porque quería ir al sitio donde había visto al padre de Benny y Andy la otra vez. Ese extraño encuentro le preocupaba más a medida que pasaba el tiempo. No quería creer que el padre de Benny estaba relacionado con los lobos (ni tampoco Andy), pero tenía que asegurarse, pues era lo que Roland habría hecho. Esa era la razón, cuando no otra.

DOS

Los dos chicos estaban acostados en la habitación de Benny. Había una cama, que Benny por supuesto le había ofrecido a su invitado, pero Jake la había rechazado. Lo que se les había ocurrido era un sistema mediante el cual Benny se quedaba con la cama las noches que él llamaba «pares» y Jake se la quedaba las noches «impares». Esa era la primera noche que Jake pasaba en el suelo, y estaba contento. El colchón relleno de plumas de ganso de Benny era bastante mullido. Teniendo en cuenta su plan de levantarse cuando saliera la luna, el suelo era seguramente mejor. Más seguro.

Benny estaba tumbado con la cabeza apoyada sobre las manos, mirando al techo. Había acostado a Acho con él en la cama y el bilibrambo estaba como en estado de coma y hecho un ovillo, con el hocico metido debajo de su rabo caricaturesco.

—¿Jake? —Se oyó un susurro—. ¿Estás dormido?

—No.

—Yo tampoco. —Se produjo una pausa—. Ha sido genial que estuvieras aquí.

—Para mí también ha sido genial —dijo Jake, y lo decía en serio.

—Algunas veces ser el único niño es solitario.

—Ya lo sé... yo era siempre el único. —Jake hizo una pausa—. Apuesto a que estabas triste cuando murió tu mana.

—Algunas veces todavía me siento triste. —Por lo menos lo dijo en un tono como de quien no quiere la cosa, y eso hizo que resultase más fácil de oír—. ¿Os quedaréis mucho tiempo cuando hayáis vencido a los lobos?

—Seguramente no mucho tiempo.

—¿Estáis en una misión, verdad?

—Supongo que sí.

—¿Cuál es el objetivo?

El objetivo era salvar la Torre Oscura en este dónde y la rosa de Nueva York, de donde provenían Eddie, Susannah y él, pero Jake no quería decirle eso a Benny, pese a lo bien que le caía. La Torre y la rosa eran cosas secretas. Eran asunto del ka-tet. Aunque tampoco quería mentir.

—Roland no habla mucho de eso —contestó.

Se produjo una larga pausa. Se oyó a Benny cambiar de postura, lo hizo silenciosamente, como para no asustar a Acho.

—Tu dinh me da un poco de miedo.

Jake pensó en ello, luego dijo:

—A mí también me da un poco de miedo.

—Le da miedo a mi padre.

De repente, Jake se puso en alerta.

—¿De verdad?

—Sí. Dijo que no le sorprendería que, después de deshaceros de los lobos, fuerais a por nosotros. Luego dijo que estaba bromeando, pero que el vaquero mayor con cara de duro le daba miedo. Supongo que se refería a tu dinh, ¿no?

—Sí —dijo Jake.

Jake había empezado a pensar que Benny se había dormido, cuando el muchacho le preguntó:

—¿Cómo era tu habitación en el lugar del que provienes?

Jake pensó en su habitación y al principio encontró sorprendentemente difícil imaginarla. Llevaba mucho tiempo sin pensar en ella. Y ahora que lo hacía, sentía vergüenza de describírsela con demasiado detalle a Benny. Su amigo vivía según las costumbres del Calla; Jake supuso que había pocos niños minifundistas de la edad de Benny con habitación propia, y el chico creería que una habitación como la de Jake debía ser la habitación de un príncipe encantado. ¿La televisión? ¿El equipo de música estéreo, con todos sus discos y los auriculares para los momentos de intimidad? ¿Los pósters de Stevie Wonder y de los Jackson Five? ¿El microscopio, que le mostraba cosas demasiado pequeñas para verlas a simple vista? ¿Se suponía que tenía que hablarle a ese chico de aquellas maravillas y milagros?

—Era como esta, solo que tenía un escritorio —dijo Jake al final.

—¿Una mesa de escritorio? —Benny se incorporó, apoyándose sobre un codo.

—Bueno, sí—admitió Jake, y el tono dio la sensación de decir: «¿Qué más?».

—¿Papel? ¿Plumas estilográficas?

—Papel —repitió Jake. Al menos era un milagro que Benny entendiera eso—. Y bolígrafos, pero no plumas.

—¿Bolígrafos? No sé qué son.

Así que Jake empezó a explicárselo, pero a mitad de explicación escuchó un ronquido. Echó un vistazo a la habitación y vio que Benny todavía estaba acostado de cara a él, aunque ahora tenía los ojos cerrados.

Acho abrió los ojos, que brillaban en la oscuridad, y a continuación le hizo un guiño a Jake. Después de aquello, por lo visto se volvió a dormir.

Jake miró a Benny durante largo rato, preocupado profundamente de una forma que no acertaba a entender del todo... o que no quería entender.

Al final, él también se durmió.

TRES

Pasado un tiempo oscuro e insomne, recuperó el estado de vigilia porque sintió una presión en la muñeca. Algo le tiraba. Resultaba casi doloroso. Eran unos dientes. Los de Acho.

—Acho, no, basta —murmuró, pero Acho no paró.

Tenía la muñeca de Jake entre las fauces y siguió sacudiéndola con delicadeza de un lado a otro, aunque paraba de vez en cuando para administrarle un tirón enérgico. Solo lo dejó cuando Jake por fin se incorporó y miró con somnolencia a la noche bañada de plata.

—Luna —dijo Acho. Estaba sentado en el suelo junto a Jake, con las fauces abiertas con una inconfundible sonrisa y los ojos brillantes. No podía tenerlos de otra forma; una piedrecita blanca ardía en el fondo de cada uno de ellos—. ¡Luna!

—Sí —susurró Jake, y le cerró el hocico con los dedos a Acho—. ¡Chitón! —soltó, y le echó un vistazo a Benny, que ahora estaba mirando a la pared y roncando a pleno pulmón. Jake tuvo sus dudas de que un obús pudiera despertarlo.

—Luna —repitió Acho, mucho más bajito. Ahora estaba mirando por la ventana—. ¡Luna, luna, luna!

CUATRO

Jake habría montado a pelo, pero necesitaba que Acho lo acompañase, y eso hacía difícil montar sin silla, puede que imposible. Por suerte, el pequeño poni que sai Overholser le había prestado era tan manso como un gato atigrado, y había una vieja silla de prácticas toda rasguñada en el cobertizo de los arcos del establo que incluso un niño podría manejar con facilidad.

Jake ensilló al caballo, luego ató el saco enrollado detrás, en la parte que los vaqueros del Calla llamaban «bote». Notaba el peso de la Ruger en el interior del hatillo y, si lo apretaba, también la forma. El guardapolvo con el espacioso bolsillo delantero estaba colgado de un clavo en el cobertizo de los arcos. Jake lo cogió, lo enrolló hasta convertirlo en una especie de cinturón grueso y se lo ató a la cintura. Los niños de su colegio a veces se ataban la camisa de esa forma los días que hacía calor. Como los recuerdos de su habitación, aquel parecía muy lejano, parte de un desfile circense que hubiera pasado por el pueblo... y que luego se hubiera ido.

«Esa vida era más completa», susurró una voz grave en su mente.

«Esta es más real», susurró otra que era incluso más grave.

Creyó a esa segunda voz, pero todavía le pesaba el corazón por la tristeza y la preocupación mientras sacaba al poni por la parte trasera del granero y se alejaba de la casa. Acho le daba golpecitos en el talón, y de vez en cuando miraba al cielo y susurraba «Luna, luna», pero sobre todo iba olfateando el suelo. Aquella incursión era peligrosa. El simple hecho de cruzar el Devar Tete Whye, pasar de la margen del Calla a la margen de Tronido, era peligroso, y Jake lo sabía. Pensó en Benny diciendo que había sido genial tener a Jake en el Rocking B y hacerse amigos. Se preguntó si Benny sentiría lo mismo cuando hubiera pasado una semana.

—Da igual —dijo en un suspiro—. Es el ka.

—Ka —repitió Acho, luego alzó la vista—. Luna. Ka. Luna, ka.

—Calla—ordenó Jake, sin amabilidad.

—Calla, ka —repitió Acho amigablemente—. Calla, luna. Calla, Ake. Calla, Acho.

Era lo más largo que había dicho desde hacía meses, y en cuanto lo soltó se quedó callado. Jake tiró del poni otros diez minutos, pasó por delante de la barraca y el popurrí de música de ronquidos, gruñidos y pedos, luego pasó la siguiente colina. En ese momento, con el Camino del Este a la vista, consideró que ya era seguro montar. Desenrolló el guardapolvo, se lo puso, luego metió a Acho en el bolsillo delantero y montó.

CINCO

Estaba bastante seguro de que podía llegar directamente al lugar por donde Andy y Slightman habían vadeado el río, aunque pensó que desde allí tendría la oportunidad de disparar solo un buen tiro, y seguramente Roland habría dicho que en ese caso un solo tiro no era

suficiente. Así que volvió al lugar en el que Benny y él habían acampado, y desde allí al afloramiento de granito que le había recordado a un barco hundido con la proa asomada. Una vez más, Acho se quedó resollándole al oído. A Jake le resultó fácil localizar la piedra redondeada de superficie brillante. El tronco que había sido arrastrado por la corriente seguía allí atrancado, porque el caudal del río había mermado. No había llovido, y Jake esperaba que eso lo ayudase, entre otras cosas.

Ascendió con dificultad a la planicie donde Benny y él habían acampado. Había dejado allí al poni amarrado a un arbusto. Lo bajó al río, luego sacó a Acho y montó. El poni no era alto, aun así el agua no llegaba hasta mucho más arriba de sus espolones. En menos de un minuto, estaban en la margen opuesta.

Ese lado del río parecía igual, pero no lo era. Jake lo supo de inmediato. Hubiera o no luz de luna, en cierta forma estaba más oscuro. No exactamente como cuando entraron en exotransito en Nueva York y no había campanillas, sin embargo, sí había cierta similitud, la misma. La sensación de que había algo al acecho y unos ojos que podían volverse en su dirección si cometía la estupidez de hacer que sus dueños se apercibieran de su presencia. Había llegado al borde del Mundo Final. A Jake se le puso la piel de gallina y se estremeció. Acho alzó la vista y lo miró.

—No pasa nada —susurró Jake—. Es una espinita que tenía clavada.

Desmontó, bajó a Acho, y escondió el guardapolvo en la sombra de la roca redonda. No creía que fuera a necesitar un abrigo en esta parte de la misión; estaba sudando, nervioso. El murmullo del río se oía con fuerza, y Jake no paraba de lanzar miradas hacia el otro lado, para asegurarse de que no aparecía nadie. No quería que lo sorprendieran. Esa sensación de que había una presencia, la presencia de otros, no solo era intensa, sino desagradable. Lo que vivía en ese lado del Devar Tete Whye no tenía nada de bueno; de eso sí que estaba seguro Jake. Se sintió mejor cuando hubo sacado el agarradero del saco, se lo cinchó y le añadió la Ruger. La Ruger lo convirtió en otra persona, en alguien que no había sido nunca. Aunque allí, en la parte más distante del Whye, le encantó sentir el peso del arma en las costillas y ser esa persona; ese pistolero.

Algo que estaba lejos, hacia el este, gritó como una mujer en plena agonía. Jake supo que solo era un gato montes, lo había oído antes, cuando había estado en el río con Benny, o pescando o nadando, aun así llevó la mano a la culata de la Ruger hasta que dejó de oírlo. Acho se había agachado, tenía las patas delanteras separadas, la cabeza gacha y las ancas apuntando al cielo. Por lo general esto significaba que quería jugar, pero su dentadura al aire no era señal de un ánimo juguetón.

—No pasa nada —lo tranquilizó Jake.

Rebuscó una vez más en su saco (no se había molestado en llevar la silla de montar) hasta que encontró la tela a cuadros rojos. Era el pañuelo de Slightman el Viejo, robado cuatro días antes de debajo de la mesa del cobertizo de los arreos, donde el capataz lo había tirado durante una ronda de Miradme y se lo había olvidado.

«Menudo landronzuelo estoy hecho —pensó Jake—. La pistola de mi padre y ahora el pañuelo del padre de Benny. No sé si estoy mejorando o empeorando.»

La voz de Roland fue la que le contestó.

«Estás haciendo aquello para lo que se te invocó. ¿Por qué no dejas de flagelarte y de asustarte?»

Jake cogió el pañuelo entre las manos y miró a Acho.

—Esto siempre funciona en las películas —le dijo al bilibrambo—. No tengo ni idea de si funciona en la vida real... Sobre todo después de que hayan pasado semanas. —Bajó el pañuelo hasta Acho, que estiró su largo cuello y lo olfateó con delicadeza—. Busca este olor, Acho. Sigúelo y encuéntralo.

—¡Acho! —gritó, pero se quedó sentado, mirando a Jake.

—Esto, tonto —dijo Jake, dejando que lo olfatease otra vez—. ¡Encuéntralo! ¡Venga!

Acho se levantó, dio dos vueltas sobre sí mismo, y luego salió andando hacia el norte por la ribera del río. De vez en cuando bajaba el hocico hacia el suelo pedregoso, aunque parecía

mucho más interesado en el grito de mujer agonizante lanzado por el gato montes que se oía de tanto en cuando. Jake miraba a su amigo con una esperanza que poco a poco iba disminuyendo. Bueno, había visto por dónde se había ido Slightman. Podía ir en esa dirección, dar una pequeña vuelta, ver lo que había que ver... Acho se volvió, regresó hacia Jake y se detuvo. Olfateó un tramo del suelo con más detenimiento. ¿Era ese el lugar por donde Slightman había salido del agua? Podría haberlo sido. Acho emitió a conciencia un ruido como de cascos que golpeaban el suelo y luego se volvió hacia la derecha, hacia el este. Se deslizó de forma serpenteante entre dos piedras. Jake, que en ese momento atisbo un destello de esperanza, montó en el poni y lo siguió.

SEIS

No habían ido muy lejos cuando Jake se dio cuenta de que Acho estaba siguiendo un camino que atravesaba la tierra montañosa, rocosa y árida de esa margen del río. Empezó a descubrir rastros de tecnología: una vieja y oxidada bobina eléctrica, algo parecido a una antigua placa base sobresaliendo por encima de la arena, diminutos fragmentos y esquirlas de cristal... En la sombra que proyectaba una enorme roca bajo la luz de la luna, vio lo que parecía una botella entera. Desmontó, la levantó, la vació de Dios sabe cuántas décadas (si no siglos) de arena acumulada y la miró. Escrito en un lateral con letras en relieve había unas palabras que reconoció: Nozz-A-La.

—La bebida para los mejores timos —murmuró Jake, y volvió a dejar la botella.

Al lado había un paquete de cigarrillos arrugado. Lo alisó y descubrió la foto de una mujer de labios pintados de color rojo con un garboso sombrero del mismo color. Sostenía un cigarrillo entre dos de sus glamorosos y alargados dedos. Por lo visto, la marca era PARTÍ.

Mientras tanto, Acho estaba dándole la espalda a una distancia de tres o tres metros y medio, con la cabeza girada, mirándolo.

—Está bien -dijo Jake—. Ya voy.

Otros caminos confluían en el que estaban en ese momento, y Jake se dio cuenta de que era la continuación del Camino del Este. Solo vio unas pocas huellas de botas desperdigadas y otras huellas más pequeñas y profundas. Estas estaban en lugares ocultos por altas piedras, los vientos dominantes no solían llegar hasta las cunetas del borde del camino. Supuso que las huellas de las botas eran de Slightman, las huellas más profundas eran de Andy. No había más huellas. Pero sí las habría, y no muchos días después. Las huellas de los caballos grises de los lobos, procedentes del este. También serían huellas profundas, supuso Jake. Profundas como las de Andy.

Más arriba, el camino coronaba la cima de una colina. A ambos lados había cactus fantásticamente deformados con grandes y gruesos brazos cilíndricos como tubos de un órgano que apuntaban en todas direcciones. Acho estaba allí, mirando al suelo, y una vez más parecía sonreír. Cuando Jake se acercó a él, olfateó los cactus. La fragancia era amarga y penetrante. Le recordó a los martinis de su padre.

Se sentó en el poni a horcajadas junto a Acho, mirando hacia abajo. A los pies de la colina, a mano derecha, había una carretera de asfalto resquebrajada. Una puerta corredera se había quedado entreabierta hacía siglos, seguramente mucho antes de que los lobos empezasen a asaltar los Callas fronterizos en busca de niños. Más allá había un edificio con un techo metálico y acanalado. Pequeñas ventanas se alineaban en el lado de la fachada que Jake podía ver, y se le hinchó el corazón al contemplar el destello blanco y constante que proyectaban al exterior. No eran ni fogariles ni bombillas (lo que Roland llamaba «luces de chispa»). Solo los fluorescentes proyectaban esa clase de luz. En su vida en Nueva York, las luces fluorescentes le recordaban sobre todo cosas tristes y aburridas: tiendas gigantescas donde todo estaba siempre de oferta y jamás se podía encontrar lo que uno quería; tardes somnolientas en el colegio en las que la profesora hablaba sin parar sobre las rutas comerciales de la antigua China o sobre los yacimientos minerales de Perú mientras la lluvia caía sin cesar en el exterior y parecía que el timbre que indicaba la salida jamás sonaría; consultas médicas donde uno siempre se pone nervioso cuando está en paños menores sentado sobre la camilla para la revisión, muerto de frío y de vergüenza y, no sabe cómo, seguro de que le van a pinchar.

Con todo, esa noche, las luces fluorescentes lo animaron.

—¡Bien hecho, muchacho! —le dijo al bilibrambo.

En lugar de responder como solía hacerlo, repitiendo su nombre, Acho miró más allá de donde se encontraba Jake e inició un grave gruñido. Al mismo tiempo, el poni se desvió y lanzó un relincho nervioso. Jake tiró de las riendas y se dio cuenta de que el olor amargo (aunque no del todo desagradable) a ginebra y enebro se había vuelto más intenso. Echó un vistazo a su alrededor y vio que dos de los cilindros espinosos de la maraña de cactus que estaba a su derecha giraban poco a poco y a tientas hacia él. Se produjo un ruido chirriante y cayeron unos chorrillos de savia blanca por el cilindro central del cactus. Las espinas de los brazos que se movían hacia Jake eran alargadas y tenían un aspecto maligno a la luz de la luna. Esa cosa lo había oído y tenía hambre.

—Venga —le dijo a Acho, y le dio unas pataditas al poni en los flancos.

El animal no necesitó que le metieran más prisa. Descendió la colina a todo correr, no trotando precisamente, en dirección al edificio de las luces fluorescentes. Acho le lanzó al cactus móvil una última mirada de recelo y a continuación siguió a Jake.

SIETE

Jake llegó a la carretera y se detuvo. A unos cuarenta y cinco metros del camino (en ese momento era un camino bien definido, o lo había sido en alguna época), había huellas de vías férreas que lo cruzaban y se dirigían hacia el Devar Tete Whye, donde un puente bajo las conducía hasta el otro lado. Las yentes llamaban a ese puente «la pasarela». Las yentes mayores, según les había contado Callahan, lo llamaban «la pasarela del diablo».

—Los trenes que traían a los arrunados desde Tronido llegaban por donde van esas vías —le murmuró a Acho.

¿Sentiría él la llamada del Haz? Jake estaba seguro de que sí. Le daba la impresión de que cuando se fueran de Calla Bryn Sturgis, si es que se iban, sería siguiendo esas vías.

Se quedó allí durante un rato más, con los pies fuera de los estribos y luego condujo al poni por la destartada carretera arriba, hacia el edificio. A Jake le pareció un cobertizo con el techo acanalado de una base militar. Acho, con sus piernas cortas, estaba pasando un mal rato caminando por la superficie resquebrajada. Además, aquel pavimento fracturado era peligroso para el poni. En cuanto dejaron atrás la puerta paralizada, desmontó y buscó un lugar para amarrar al animal. Había arbustos por ahí cerca, aunque algo le hizo pensar que estaban demasiado cerca. Eran demasiado visibles. Llevó al poni hasta el camino de grava, se detuvo y le echó un vistazo a Acho.

—¡Quédate quieto, Acho!

—¡Ate, ieto! ¡Acho! ¡Ake!

Jake encontró más matorrales detrás de una pila de rocas semejantes a enormes y erosionados bloques de construcción de juguete desparramados. Eso lo hizo sentir lo bastante seguro como para amarrar al poni. En cuanto lo hizo, le dio una palmadita en el alargado y aterciopelado hocico.

No será mucho rato —dijo—. ¿Serás bueno?

El poni resopló por la nariz e hizo algo parecido a un gesto de asentimiento. Lo que no quería decir nada de nada, Jake lo sabía. De todos modos seguramente era una precaución innecesaria. Aun así, era mejor asegurarse. Regresó al camino y se agachó para levantar al bilibrambo. En cuanto se enderezó, una hilera de luces brillantes le deslumbraron, aguijoneándolo como un insecto microscópico. Jake cogió a Acho por la axila con una mano y levantó la otra para cubrirse los ojos. Acho hizo un gesto de dolor y pestañeó.

No se oyó ni un grito de advertencia, ni la exigencia severa de que se identificase, solo el leve resoplido de la brisa. Jake supuso que unos sensores de movimiento habían activado las luces. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Fuego de metrallas controlado por ordenadores dipolares? ¿Un correteo de robots pequeños aunque letales como los que Roland, Eddie y Susannah habían eliminado en el claro donde había empezado el Haz que estaban siguiendo? ¿Tal vez una enorme red cayendo desde lo alto, como en esa película de la selva que había visto una vez en la tele?

Jake alzó la vista. No había ninguna red. Ni tampoco ametralladoras. Empezó a caminar de

nuevo, evitando las más profundas simas y saltando por encima de un tramo inundado. Después de este último, la carretera se inclinaba y tenía el asfalto resquebrajado, aunque en gran parte estaba entera.

—Ahora ya puedes bajar —le dijo a Acho—. Muchacho, ¡cómo pesas! Ándate con ojo o tendré que meterte en un programa de adelgazamiento.

Miró hacia delante, entornando los ojos y tapándose los para evitar el intenso fulgor. Las luces estaban dispuestas en una hilera justo debajo del techo acanalado del cobertizo. Proyectaban la sombra de Jake a sus espaldas, alargada y negra. Vio esqueletos de gatos monteses, dos a su izquierda y dos más a su derecha. Tres de ellos apenas podían llamarse esqueletos. El cuarto estaba en un avanzado estado de descomposición, aunque Jake pudo distinguir en él un agujero demasiado grande para haber sido hecho por una bala. Pensó que lo habría hecho una bala. La idea resultaba reconfortante. Allí no había armas de alta tecnología. Aun así, se podía decir que había perdido el equilibrio si no volvía pitando al río y al Calla que estaba al otro lado. ¿Verdad?

—Equilibrio —dijo.

—Brío —dijo Acho, dándole golpecitos a Jake en el talón una vez más.

Un minuto más tarde, llegaron a la puerta del cobertizo. Encima, en una placa de acero oxidado, estaba escrito lo siguiente:

Encima de la puerta había otro cartel que ahora colgaba de solo dos bisagras. ¿Era una broma? ¿Una especie de apodo? Jake pensó que podía tener un poco de las dos cosas. Las letras estaban llenas de óxido y desgastadas por Dios sabe cuántos años de arena y arenilla, aunque todavía se podía leer:

OCHO

Jake esperaba que la puerta estuviera cerrada y se cumplieron sus predicciones. El tirador se movía hacia arriba y hacia abajo solo un ápice. Supuso que cuando era nueva, no cedía en absoluto. Al lado izquierdo de la puerta había un panel de acero oxidado con un botón y la rejilla de un altavoz. Debajo se leía la palabra VERBAL. Jake acercó la mano al botón y de pronto las luces que se alineaban en lo alto del edificio se apagaron y lo dejaron en lo que al principio pareció una profunda oscuridad. «Las luces van con un temporizador —pensó, esperando a que se le adaptase la visión—. Bastante breve. O a lo mejor es que se están cansando, como el resto de cosas que el Pueblo Antiguo ha dejado atrás.»

La visión se le volvió a adaptar a la luz de la luna y pudo ver de nuevo el panel de la entrada. Sabía muy bien cómo debía ser el código de entrada verbal. Apretó el botón.

—BIENVENIDO AL PUESTO DE AVANZADA DEL CUADRANTE ARCO DIECISEIS—dijo una voz.

Jake retrocedió de un salto sofocando un grito. Esperaba oír una voz, pero no una tan espeluznante como la de Blaine el Mono. Prácticamente había esperado que se convirtiese en una voz que arrastrase las palabras al estilo John Wayne y lo llamase pequeño vaquero.

—ESTE ES UN PUESTO DE AVANZADA CON SEGURIDAD DE NIVEL MEDIO. POR FAVOR, DIGA EL CÓDIGO VERBAL DE ENTRADA. TIENE DIEZ SEGUNDOS, NUEVE... OCHO...

—Diecinueve —dijo Jake.

—CÓDIGO DE ENTRADA INCORRECTO. PUEDE INTENTARLO UNA VEZ MÁS. CINCO... CUATRO... TRES...

—Noventa y nueve —dijo Jake.

—GRACIAS

La puerta se abrió con un clic.

NUEVE

Jake y Acho entraron a una habitación que al muchacho le recordó a la enorme zona de control por la que Roland lo había arrastrado y que se encontraba en el subsuelo de la ciudad de Lud, mientras seguían la bola de acero que los había conducido hasta la cuna de Blaine. Aquella habitación era más pequeña, por supuesto, pero muchos de los cuadrantes y paneles eran iguales.

Había sillas en algunas de las consolas, de las que ruedan por el suelo, para que la gente que trabajaba allí pudiera desplazarse de un lugar a otro sin levantarse. Se percibía una ráfaga constante de aire fresco, aunque Jake oía de forma ocasional unos ruidos estruendosos y vibrantes procedentes de la maquinaria que lo producía. Y aunque tres cuartos de los paneles estaban encendidos, también vio que había bastantes apagados. Viejos y cansados, no se había equivocado en eso. En una esquina había un esqueleto sonriente vestido con los restos de un uniforme de color caqui marronoso.

En un lado de la habitación había un tablero con monitores de televisión. A Jake le recordó un poco al estudio que su padre tenía en casa, aunque su padre solo tenía tres pantallas, una para cada plataforma televisiva, y allí había... las contó. Treinta. Tres de ellas estaban borrosas y proyectaban imágenes que él no podía distinguir con toda claridad. Dos pasaban imágenes a toda velocidad hacia arriba, como si el control de imagen vertical se hubiera estropeado. Cuatro de ellas estaban totalmente negras. Las otras veintiuna estaban proyectando imágenes que Jake miró con creciente asombro. Media docena de monitores reflejaban distintas extensiones del desierto, incluida la cima vigilada por los cactus deformes. Otros dos proyectaban la imagen del puesto de avanzada, el Dogan, por su parte trasera y desde la carretera. Debajo de estos había tres pantallas que proyectaban la imagen del interior del Dogan. Una de ellas proyectaba la imagen de una habitación que parecía una galería o una cocina. La segunda reflejaba la imagen de un pequeño barracón que parecía equipado para que durmieran ocho personas (en una de las literas, en una cama de las de arriba, Jake vislumbró otro esqueleto). La tercera pantalla que mostraba el interior del Dogan presentaba esa habitación desde un ángulo cenital. Jake se vio a sí mismo y a Acho. Había una pantalla con un tramo de vías férreas y otra en la que se veía el pequeño Whye desde esa margen, precioso e inundado de luna. Al fondo a la derecha estaba la pasarela con las vías del tren que la cruzaban.

Lo que asombró a Jake fueron las imágenes de las otras ocho pantallas en funcionamiento. Una mostraba el almacén de Took, que ahora estaba a oscuras y vacío, cerrado hasta que amaneciera. Otra mostraba el Pabellón. Dos mostraban la calle mayor del Calla. Otra, la iglesia de Nuestra Señora de la Serenidad y otra más, el comedor de la rectoría... ¡El interior de la rectoría! Jake vio al gato del padre, Culo Remolón, durmiendo tumbado junto al hogar. Las otras dos mostraban ángulos de lo que Jake supuso que era el pueblo de los mannis (no había estado allí).

«¿Dónde diantre están las cámaras? —se preguntó Jake—. ¿Por qué nadie las ve? —Porque eran demasiado pequeñas, supuso. Y porque habían permanecido ocultas—. "Sonría, está saliendo en la Cámara Oculta".»

Pero la iglesia... la rectoría... esos eran edificios que ni siquiera existían en el Calla hasta hacía unos años. Y ¿el interior? ¿El interior de la rectoría? ¿Quién había puesto una cámara allí y cuándo?

Jake no sabía cuándo, pero tenía la terrible impresión de saber quién. Gracias a Dios habían realizado gran parte de su garla en el porche, o en el exterior, en el jardín. Sin embargo, aun así, ¿qué debían saber los lobos o sus amos? ¿Qué tenían grabado las infernales máquinas de este lugar, las putas máquinas infernales de este lugar?

¿Y qué habrían transmitido?

Jake sintió dolor en las manos y se dio cuenta de que las tenía fuertemente apretadas, con las uñas clavadas en las palmas. Hizo un esfuerzo por abrirlas. Siguió esperando a que la voz que salía por la rejilla del altavoz, la voz que se parecía tanto a la de Blaine, lo desafiara, que le preguntara qué estaba haciendo allí. Pero el silencio era lo que predominaba en esa habitación casi en ruinas; no se oían otros ruidos más que el tenue zumbido de los equipos y el ocasional rugido áspero de los aparatos de aire acondicionado. Volvió la cabeza para mirar a la puerta y vio que se había cerrado tras él, al pivotar sobre una bisagra neumática. Eso no le preocupaba; desde ese lado seguramente podría abrirse con facilidad. Si no era así, el bueno del Noventa y Nueve volvería a sacarlo de allí. Recordó cómo se había presentado a las yentes aquella primera noche en el Pabellón, una noche que ya parecía muy distante en el tiempo. «Soy Jake Chambers, hijo

de Elmer, la Estirpe de Eld —les había dicho—. El ka-tet del Noventa y Nueve.» ¿Por qué había dicho eso? No lo sabía. Lo único que sabía era que las cosas seguían poniéndose de manifiesto. En el colegio, la señorita Avery les había leído un poema titulado «El segundo advenimiento», de Willian Butler Yeats. Estaba relacionado con un halcón que no paraba de dar vueltas y vueltas, describiendo un orbe cada vez más amplio, que era, según la señorita Avery, una especie de círculo. Sin embargo, allí las cosas formaban una espiral, no un círculo. Para el Ka-tet del Diecinueve (o del Noventa y Nueve, Jake tenía la impresión de que en realidad eran lo mismo), las cosas se apiñaban incluso cuando el mundo que las rodeaba envejecía, se soltaba, se cerraba, despedía partes de sí mismo. Era como estar en el ciclón que había sacado a Dorothy de la Tierra de Oz, donde las brujas eran de verdad y gobernaban a los timos. Jake creía que tenía perfecto sentido que estuvieran contemplando las mismas cosas una y otra vez, y cada vez más a menudo, porque...

El movimiento de una de las pantallas captó su atención. La miró y vio al padre de Benny y a Andy el Robot Mensajero llegando a la cima vigilada por los cactus centinelas. Cuando miró, los cilíndricos brazos espinosos se movieron hacia adentro para bloquear el camino, y, tal vez, para empalar a la presa. No obstante, Andy no tenía razón alguna para temer a las espinas del cactus. Movié un brazo y partió uno de los cilindros por la mitad. Este cayó al suelo y soltó un chorro de porquería blanca. Puede que no fuera savia, pensó Jake. Puede que fuera sangre. En cualquier caso, el cactus que estaba al otro lado giró rápidamente. Andy y Ben Slightman se detuvieron durante un instante, tal vez para hablar de aquello. La resolución de la pantalla no era lo bastante buena como para reflejar si los labios humanos se movían o no.

A Jake le invadió un pánico espantoso que le atenazó la garganta. De pronto, le pesaba demasiado el cuerpo, como si tirase de él la gravedad de un planeta gigantesco como Júpiter o Saturno. No podía respirar; tenía el tórax totalmente plano. «Esto es lo que Ricitos de Oro debió de sentir —pensó de una forma fugaz y distante—, al despertarse en la camita en la que estaba justo cuando oyó que regresaban los tres osos.» Él no se había comido la avena ni había roto la sillita del oso pequeño, pero ahora conocía muchos secretos. Todo se reducía a un solo secreto. Un secreto monstruoso.

Ya estaban descendiendo por el camino. Llegando al Dogan.

Acho miraba a Jake con ansiedad, con su largo cuello estirado al máximo, pero Jake apenas conseguía distinguirlo. Empezó a ver una especie de mariposas negras; no tardaría en desmayarse. Lo encontrarían estirado allí en el suelo. Acho podría intentar protegerlo, pero si Andy no se ocupaba del bilibrambo, Ben Slightman lo haría. Había cuatro gatos monteses muertos allí fuera y el padre de Benny se había cargado como mínimo a uno de ellos con su fiel ba. Un pequeño bilibrambo ladrador no suponría un problema para él.

«¿Vas a ser así de cobarde? —le preguntó Roland en el interior de su cabeza—. Pero ¿por qué iban a matar a un cobarde como tú? ¿Por qué no iban a enviarte al Oeste con esos otros que han olvidado los rostros de sus padres?»

Eso lo hizo recuperar la conciencia. Casi toda, al menos. Respiró hondamente, inspirando el aire hasta que sintió dolor en lo más hondo de los pulmones. Lo soltó en un chorro explosivo. Luego se dio una bofetada en la cara, con ganas y con fuerza.

—¡Ake! —gritó Acho en tono recriminatorio, casi ahogado.

—No pasa nada —dijo Jake.

Miró los monitores que mostraban la cocina y el barracón, y se decidió por este último. En la cocina no había nada donde esconderse, ni detrás ni debajo. Podría haber un armario, pero ¿y si no lo había? Estaría jodido.

—Acho, ven aquí —dijo, y cruzó la habitación de los zumbidos bajo brillantes luces blancas.

DIEZ

El barracón conservaba el olor fantasmal de especias añejas: clavo y canela. En el fondo, y de forma distraída, Jake se preguntó si las tumbas que se encontraban bajo las pirámides habrían olido así cuando los primeros exploradores habían entrado en ellas. Desde la litera de arriba que estaba en el rincón, el esqueleto inclinado le sonrió como para darle la bienvenida. «¿Te apetece

una siesta, pequeño vaquero? ¡Yo me voy a echar una bien larga!» Su caja torácica resplandecía por los revestimientos sedosos de tela de araña y Jake se preguntó de esa misma forma distraída cuántas generaciones de arañitas habrían nacido en esa oquedad. Sobre otra almohada descansaba una mandíbula, lo que desempolvó un recuerdo fantasmal y espantoso del fondo de la memoria del chico. En una ocasión, en un mundo donde había muerto, el pistolero había encontrado un hueso como ese. Y lo había utilizado.

En el primer plano de su mente latían dos frías preguntas y una decisión aún más fría. Las preguntas eran cuánto tardarían en llegar allí y si descubrirían o no a su poni. Si Slightman había ido a caballo, Jake estaba seguro de que el amistoso y pequeño animal habría relinchado para saludarlo. Por fortuna, Slightman iba a pie, como lo había hecho la última vez. Jake también habría ido a pie de haber sabido que su meta estaba a menos de un kilómetro y medio del río en dirección este. Claro está que cuando salió a hurtadillas del Rocking B ni siquiera contaba con la certeza de tener una meta.

La decisión era matar tanto al hombre de hojalata como al de carne y hueso si lo descubrían. Si podía, lo haría. Puede que Andy fuera duro de roer, aunque esos ojos refulgentes de color azul parecían su punto débil. Si pudiera cegarlo...

«Si Dios lo quiere, habrá agua —dijo el pistolero que siempre había vivido en su cabeza, para bien o para mal—. Lo que has de hacer es esconderte si puedes. ¿Dónde?»

En las literas no. El monitor que filmaba esa habitación las mostraba todas y no había forma de que pudiera hacerse pasar por un esqueleto. ¿Debajo de una de las dos pilas de literas del fondo? Era arriesgado, pero podría funcionar... a menos que...

Jake volvió la vista hacia otra puerta. Dio un salto hacia delante, tiró del asa hacia abajo y la abrió. Había un armario, y los armarios eran buenos escondites, pero aquel estaba repleto de un revoltijo de polvorientos equipos electrónicos. Parte de ellos cayeron.

—¡Haces! —dijo en un suspiro con voz grave y acelerada.

Recogió lo que se había caído, lo embutió por arriba y por abajo, y luego volvió a cerrar la puerta del armario. Está bien, tendría que ser debajo de una de las camas...

—BIENVENIDO AL PUESTO DE AVANZADA DEL CUADRANTE ARCO DIECISÉIS —soltó la voz grabada.

Jake se estremeció y vio otra puerta, esta le quedaba a la izquierda y estaba entreabierta. ¿Lo intentaba con la puerta o se metía debajo de una de las dos hileras de literas del fondo de la habitación? Tenía tiempo para probarlo con un refugio o con otro, pero no con ambos.

—ESTE ES UN PUESTO DE AVANZADA CON SEGURIDAD DE NIVEL MEDIO.

Jake se dirigió hacia la puerta, y menos mal que lo hizo, porque Slightman no permitió que la grabadora siguiera con su rollo.

—Noventa y nueve —dijo su voz desde los altavoces, y la grabación se lo agradeció.

Había otro armario, este estaba vacío salvo por las dos o tres camisas enmohecidas de un rincón y un guardapolvo acartonado y cubierto de polvo colgado de una percha. El aire era casi tan polvoriento como el guardapolvo, y Acho estornudó tres veces con rapidez y delicadeza al entrar.

Jake se agachó, hincó una rodilla en el suelo y le pasó un brazo a Acho alrededor del delgado cuello.

—No vuelvas a hacer eso a menos que quieras que nos maten a los dos —dijo—. Ni un baladro, Acho.

—Ni ladró, Acho —respondió en un susurro el brambo y guiñó un ojo. Jake se levantó y dejó la puerta entornada cinco centímetros, como estaba antes, o eso esperaba.

ONCE

Podía oírlos con bastante claridad, con demasiada claridad, más bien. Jake se dio cuenta de que había micrófonos y altavoces por todas partes. La idea no contribuyó a tranquilizarlo, porque si Acho y él podían oírlos...

Estaban hablando de los cactus, o mejor dicho, de eso estaba hablando Slightman. Los llamaba turbaciones floridas y quería saber qué los había descabezado.

—Seguro que han sido los gatos monteses, sai. —Andy lo dijo con su voz complaciente, ligeramente remilgada. Eddie había comentado que Andy le recordaba a un robot llamado C3PO de *La guerra de las galaxias*, una película que Jake tenía pensado ver y que se había perdido por menos de un mes—. Es su época de apareamiento, ya sabe.

—A la mierda con eso —dijo Slightman—. ¿Me estás diciendo que las turbaciones venenosas no distinguen a los gatos monteses de algo que pueden cazar y comerse? Alguien ha estado por aquí, te lo digo yo. Y no hace mucho.

Un pensamiento aterrador asaltó a Jake. ¿El suelo del Dogan estaba polvoriento? Había estado demasiado ocupado mirando embobado los paneles de control y los monitores de televisión para fijarse en eso. Si Acho y él habían dejado huellas, esos dos podrían haberlas visto ya. Podrían estar simplemente fingiendo que mantenían una conversación sobre los cactus mientras en realidad avanzaban hacia la puerta de la habitación de las literas.

Jake sacó la Ruger del agarradero, la cogió con la mano derecha y puso el dedo pulgar en el seguro.

—Una conciencia culpable nos convierte a todos en cobardes —dijo Andy con su voz complaciente y como quien dice algo que a cualquiera le gustaría oír—. Es mi libre adaptación de un...

—Cierra el pico, saco de tornillos y cables —gruñó Slightman—. Yo...

Luego gritó. Jake notó que Acho se tensaba junto a él, sintió cómo empezaba a erizarse el pelaje. El brambo empezó a gruñir. Jake deslizó una mano hacia su hocico.

—¡Suelta! —gritó Slightman—. ¡Suéltame!

—Claro, sai Slightman —dijo Andy, que ahora sonaba solícito—. No he hecho más que apretarle un pequeño nervio del codo, ¿sabe? No se produce una lesión permanente a menos que aplique una presión de un kilopascal.

—¿Por qué demonios ibas a hacer eso? —Slightman habló como dolido, casi lloriqueando—. ¿Es que no estoy haciendo todo lo que querías y más? ¿No estoy arriesgando la vida por mi chico?

—Por no hablar de ciertos «incentivos» —dijo Andy con voz meliflua—. Sus gafas... la máquina de música que guarda en el fondo de su alforja... y, por supuesto...

—Sabes por qué lo estoy haciendo y qué me ocurriría si me descubrieran —dijo Slightman para defenderse. El gimoteo había desaparecido de su voz. Ahora sonaba dignificada y un poco preocupada. Jake escuchó ese tono con creciente inquietud. Si salía de esta y tenía que delatar al padre de Benny, quería delatar a un villano—. Ea, he conseguido algunos incentivos, dices verdad, yo digo gracias. Unas gafas para poder ver mejor el momento en que traiciono a la gente que conozco de toda la vida. Una máquina de música para no tener que oír la conciencia de la que parlosteas con tanta facilidad y pueda dormir por las noches. Y luego tú vas y me aprietas el brazo de tal forma que siento que se me van a salir los ojos de la cabeza, por lady Oriza.

—A los demás se lo permito —dijo Andy, y ahora su voz había cambiado. Jake pensó una vez más en Blaine, y una vez más su inquietud creció. ¿Y si Tian Jaffords oyera esa voz? ¿Y si Vaughn Eisenhart la oyera? ¿Y Overholser? ¿Y las demás yentes?—. Se agolpan como insultos en mi cabeza, como brasas encendidas, y yo jamás me quejo, ni digo ni hago nada. «Ven aquí, Andy. Ve allá, Andy. Deja ese canturreo estúpido, Andy. Cierra el pico. No nos hables del futuro porque no queremos oírlo.» Así que no hablo del futuro, salvo por lo que respecta a los lobos, porque sé que escuchan lo que les pone tristes y yo se lo cuento, ya creo que lo hago; para mí cada lágrima es una gota de oro. «No eres más que un estúpido montón de luces y cables», dicen. «Predícenos el tiempo, canta una nana para que el niño se duerma, y luego piérdete.» Y yo lo permito. Soy el tonto de Andy, el juguete de todos los niños y el blanco perfecto de todas las burlas. Pero no voy a soportar una burla de usted, sai. Usted espera tener un futuro en el Calla después de que los lobos acaben con él de aquí a unos cuantos años más, ¿verdad?

—Sabes que sí —admitió Slightman, con un hilo de voz tan débil que Jake apenas pudo oírlo—. Y me lo merezco.

—Usted y su hijo, ambos dirán gracias, pasando sus días en el Calla, ambos dirán commala.

Y eso puede ocurrir, pero depende de algo más que de la muerte de los forasteros del mundo exterior. Depende de mi silencio. Si quiere que así sea, exijo respeto.

—Eso es absurdo —replicó Slightman tras una breve pausa.

Desde dentro del armario, Jake estuvo totalmente de acuerdo. Un robot pidiendo respeto era algo sin duda absurdo. Aunque también lo era un oso gigante patrullando un bosque vacío, un asesino de Morlock intentando desvelar los secretos de los ordenadores dipolares o un tren que vivía exclusivamente para escuchar y resolver nuevas adivinanzas.

—Y además, atiéndeme, te lo ruego, ¿cómo puedo respetarte si ni siquiera me respeto a mí mismo?

Se oyó un clic mecánico en respuesta a esa pregunta, se oyó muy alto. Jake había oído un sonido similar producido por Blaine cuando ese ser —o esa cosa— había sentido cómo se aproximaba el absurdo que amenazaba con freír sus circuitos lógicos. A continuación Andy dijo:

—Sin respuesta, diecinueve. Conecte e informe, sai Slightman. Acabemos con esto.

—Está bien.

Se oyó un ruido de repiqueteo de teclado que duró unos treinta o cuarenta segundos, luego un pitido agudo y unos gorgoritos que provocaron que Jake hiciera una mueca de dolor y que a Acho se le escapara un gemido de lo más profundo de su garganta. Jake jamás había oído nada similar; él era del Nueva York de 1977, y la palabra «módem» no habría significado nada para él.

El chirrido se acalló de repente. Se produjo un silencio momentáneo. A continuación se oyó:

—HABLA CON ALGUL SIENTO. SOY FINLI O'TEGO. POR FAVOR, INTRODUCZA SU CONTRASEÑA. TIENE DIEZ SEGUND...

—Sábado —respondió Slightman y Jake frunció el ceño. ¿Había oído alguna vez en este lado la alegre palabra del fin de semana? Le parecía que no.

-GRACIAS. ALGUL SIENTO LO RECONOCE. ESTAMOS EN LINEA.—Se produjo otro pitido breve y chirriante. Luego se oyó—: INFORME, SÁBADO.

Slightman le comunicó que había vigilado a Roland y al «más joven» cuando estos subían a la Cueva de las Voces, donde ahora había una especie de puerta, muy posiblemente invocada por los mannis. Dijo que había utilizado el «miralejos» así que lo había visto bastante bien...

—Telescopio —lo corrigió Andy. Había recuperado su voz ligeramente remilgada y complaciente—. Eso se llama telescopio.

—¿Quieres dar tú el informe, Andy? —inquirió Slightman con frío sarcasmo.

—Ruego perdón —se disculpó Andy en un tono muy sufridor—. Ruego perdón, ruego perdón, siga, siga, a bien tenga.

Hubo un silencio. Jake se imaginó a Slightman mirando al robot con rabia, una mirada privada de toda ferocidad por la forma en que el capataz habría tenido que retorcer el cuello para lanzarla. Al final prosiguió.

—Dejaron sus caballos abajo y subieron andando. Llevaban una saca rosa que se iban turnando, como si pesara. Fuera lo que fuese lo que había dentro tenía las esquinas cuadradas; pude adivinarlo gracias al miralejos-telescopio. ¿Puedo contarte las dos cosas que he supuesto?

—Sí.

—Primero: puede que hayan puesto dos o tres de los libros más valiosos del padre a buen recaudo. Si ese es el caso, podría enviarse a un lobo para destruirlos una vez que la misión principal haya sido realizada.

—¿POR QUÉ?

La voz sonó muy fría. No era la voz de un ser humano, Jake estaba seguro de ello. Aquel sonido le hizo flaquear las rodillas.

—¿Por qué?, pues como ejemplo, si te place —dijo Slightman, como si hubiera sido algo evidente—. ¡Como ejemplo para el sacerdote!

—MUY PRONTO A CALLAHAN LE DARÁN LO MISMO LOS EJEMPLOS —sentenció la voz—. ¿CUÁL ES SU OTRA SUPOSICIÓN?

Cuando Slightman volvió a hablar, le temblaba la voz. Jake esperó que el traidor hijo de puta estuviera temblando. Estaba protegiendo a su hijo, claro, a su único hijo, pero ¿por qué pensaba

que eso le daba derecho a...?

—Puede que fueran mapas —aventuró Slightman—. He pensado mucho, pero que mucho, y se me ha ocurrido que un hombre que tiene libros puede tener mapas. Tal vez les haya dado mapas de las regiones del este que llevan a Tronido, no han tenido reparo en decir adonde planean ir a continuación. Si lo que se llevaron allí arriba eran mapas, no les servirán de mucho, aunque sobrevivan. El año que viene el norte será el este, y seguramente el año subsiguiente cambiará de lugar con el sur.

En la polvorienta oscuridad del armario, de pronto Jake vio a Andy observando cómo Slightman daba su informe. Los ojos de color azul eléctrico del robot estaban centelleando. Slightman no lo sabía, nadie en el Calla lo sabía, pero ese rápido centelleo era la forma en que DNF-44821-V-63 expresaba diversión. En realidad se estaba riendo de Slightman.

«Porque él lo sabe —pensó Jake—, porque sabe lo que hay en realidad en la bolsa, me apuesto una caja de galletas.»

¿Podía estar seguro de aquello? ¿Era posible utilizar el toque con un robot?

Si piensa —habló el pistolero en su cabeza—, puedes tocarlo.»

Bueno... tal vez.

—Fuera lo que fuese era una puñetera buena señal de que en realidad planean llevarse a los niños a los desfiladeros —estaba diciendo Slightman—, no meterlos en esa cueva.

—No, no, no en esa cueva —dijo Andy, y aunque su voz sonaba más seria y remilgada que nunca, Jake imaginó sus ojos azules centelleando incluso con más rapidez. Casi parpadeando, de hecho—. Hay demasiadas voces en esa cueva, ¡asustarán a los niños! ¡Cagüenla...!

DNF-44821-V-63, Robot Mensajero. ¡Mensajero! Se podría acusar a Slightman de traición, pero ¿cómo iban a acusar de lo mismo a Andy? Lo que hacía, lo que era, lo habían grabado en su pecho a la vista de todo el mundo. Siempre había estado ahí, delante de todos ellos. ¡Dioses!

Mientras tanto, el padre de Benny avanzaba lenta y pesadamente, imperturbable, el relato de su informe para Finli O'Tego, que estaba en algún lugar llamado Algul Siento.

—La mina que nos indicó en el mapa que los Tavery dibujaron era la Gloria, y la Gloria está a solo un kilómetro y medio de la Cueva de las Voces. Pero el muy bastardo es genioso. ¿Puedo exponer otra suposición?

—Sí.

—El desfiladero que conduce a la mina de la Gloria se bifurca a unos cuatrocientos metros hacia el sur. Hay otra vieja mina al final del ramal. Se llama Petirrojo Dos. Su dinh les está diciendo a las gentes que tiene la intención de llevar a los niños a la Gloria, y yo creo que les dirá lo mismo en la reunión que va a convocar a finales de esta semana, en la que pedirá permiso para enfrentarse a los lobos. Pero yo creo que cuando llegue la hora, los meterá en la Petirrojo. Hará que las Hermanas de Oriza monten guardia, delante de la mina y también en la cueva de arriba, y haría usted bien en no subestimar a esas señoras.

—¿CUANTAS?

—Creo que son cinco, si incluye a Sarey Adams entre ellas. Además de algunos hombres con bas. Roland hará que la morenita tire con ellas, me consta, y he oído que es buena. Puede que la mejor de todas. Aunque de una forma u otra, sabemos dónde van a estar los niños. Llevarlos a ese lugar es un error, pero él no lo sabe. Es peligroso, pero es perro viejo. Seguramente esa estrategia le ha funcionado antes.

Por supuesto que le había funcionado. En el Cañón de la Armella, contra los hombres de Látigo.

—Ahora lo importante es descubrir dónde van a estar el chico, el hombre más joven y él cuando lleguen los lobos. Puede que lo diga en la reunión. Si no lo hace, es probable que se lo diga a Eisenhart más tarde.

—¿O A OVERHOLSER?

—No. Eisenhart se pondrá de su parte. Overholser no.

—TIENE QUE DESCUBRIR DONDE VAN A LLEVARLOS.

—Lo sé —respondió Slightman—. Lo descubriremos, Andy y yo, y luego volveremos a

visitar este lugar maldito. Después de eso, juro por lady Oriza y Jesús Hombre que habré cumplido con mi parte. ¿Ahora podemos salir de aquí?

—En un momento, sai —dijo Andy—. Tengo que dar mi informe, ya sabe.

Se oyó otro de esos largos y silbantes pitidos. Jake apretó los dientes y esperó a que terminase, y al final así fue. Finli O'Tego cortó la transmisión.

—¿Hemos acabado? —preguntó Slightman.

—A menos que tenga algún motivo para quedarse, creo que sí —respondió Andy.

—¿Ves algo diferente? —preguntó de pronto Slightman, y Jake sintió que se le helaba la sangre.

—No —contestó Andy—, pero siento un gran respeto por la intuición humana. ¿Tiene usted una intuición, sai?

Hubo una pausa que duró como mínimo un minuto entero, aunque Jake sabía que debía de haber sido mucho más breve. Apretó la cabeza de Acho contra su muslo y esperó.

—No —dijo Slightman al final—. Supongo que es solo porque estoy nervioso ahora que ya queda tan poco tiempo. ¡Dios, ojalá se hubiera terminado ya! ¡Odio esto!

—Está haciendo lo correcto, sai. —Jake no sabía qué pensar de Slightman, pero el tono remilgado y comprensivo del robot le hizo rechinar los dientes—. Lo único, en realidad. No es culpa suya ser el padre del único mellizo sin pareja de Calla Bryn Sturgis, ¿verdad? Sé una canción que habla de eso de una forma especialmente conmovedora. A lo mejor le gustaría escucharla...

—¡Calla! —gritó Slightman con voz ahogada—. Calla, ¡demonio mecánico! He vendido mi condenada alma, ¿es que no te basta con eso? ¿Es que además te tienes que burlar de mí por eso?

—Si le he ofendido, me disculpo desde el fondo de mi admitidamente hipotético corazón —dijo Andy—. En otras palabras, ruego me disculpe.

Sonó sincero, como si sintiera todas las palabras. Como si fuera una mosquita muerta. Aun así, a Jake no le cabía duda de que los ojos de Andy estaban centelleando borbotones de silenciosa risa azulada.

DOCE

Los conspiradores se marcharon. Se oyó una melodía extraña y sin sentido procedente de los altavoces del techo (sin sentido para Jake, al menos) y a continuación se hizo el silencio. Esperaba que descubrieran su poni, que volvieran, lo buscasen y lo matasen. Cuando hubo contado hasta ciento veinte y no habían regresado al Dogan, se levantó (la sobredosis de adrenalina en su organismo lo hizo sentir anquilosado como un viejo) y volvió a la sala de control. Llegó justo a tiempo para ver cómo se apagaban los sensores luminosos de movimiento de la parte delantera del lugar. Miró el monitor que mostraba la cima de la colina y vio a los últimos visitantes del Dogan caminando entre las turbaciones floridas. Esta vez los cactus no se movieron; por lo visto habían aprendido la lección. Jake observó cómo se iban Slightman y Andy, riéndose con amargura por la diferencia de altura entre ambos. Siempre que su padre veía a un dúo tan a lo «el gordo y el flaco» por la calle, de forma inevitable decía: «Que los metan en un vodevil». Era lo más próximo a un chiste que se le podía ocurrir a Elmer Chambers.

Cuando ese dúo en particular ya no se veía, Jake miró al suelo. No había polvo, claro; ni polvo ni huellas. Debería haberse dado cuenta al entrar. Seguro que Roland lo habría visto. Roland lo habría visto todo.

Jake quería irse, pero se obligó a esperar. Si veían que los sensores luminosos de movimiento se volvían a encender tras ellos, seguramente supondrían que se trataba de un gato montes (o lo que Benny llamaba «armadodillo»), pero un «seguramente» no bastaba. Para matar el tiempo, contempló varios paneles de control, muchos de ellos tenían el nombre de Industrias LaMerk. Aun así, también vio los conocidos logotipos de GE e IBM, además de uno que no conocía: Microsoft. Todos estos aparatos llevaban el sello de MADE IN USA. Los productos LaMerk no.

Estaba bastante seguro de que algunos de los teclados que había visto (como mínimo había veinticuatro) controlaban los ordenadores. ¿Qué más aparatos había? ¿Cuántos seguían activos y funcionaban? ¿Estaban las armas almacenadas allí? En cierta forma pensaba que la respuesta a

esta última pregunta era que no; que si hubo armas en algún momento, sin duda las habrían decomisado o se habrían apropiado de ellas, y había muchas probabilidades de que hubiera sido Andy el Robot Mensajero (Muchas Otras Funciones).

Al final decidió que resultaba seguro irse... siempre que fuera con mucho cuidado, volviera montado poco a poco al río y fuera con pies de plomo para entrar al Rocking B por la parte de atrás. Casi había llegado a la puerta cuando se le ocurrió una nueva pregunta. ¿Había una grabación de su visita y de la de Acho al Dogan? ¿Estaban en vídeo en alguna parte? Miró a las pantallas de televisión que estaban en funcionamiento y mantuvo la mirada durante más tiempo en el monitor que mostraba la sala de control. Acho y él volvían a estar en ella. Desde el ángulo superior de la cámara, cualquiera que estuviera en la habitación tendría que salir en esa imagen.

«Déjalo, Jake —le aconsejó el pistolero desde el interior de su cabeza—. No puedes hacer nada, así que déjalo y ya está. Si te pones a figonear y a curiosear, seguro que dejas alguna señal. Incluso puede que hagas saltar una alarma.» La idea de activar una alarma lo convenció. Levantó a Acho, sobre todo para relajarse, y se dio el piro. El poni estaba exactamente donde Jake lo había dejado, paciendo con ojos soñadores en los arbustos a la luz de la luna. No había huellas en el camino de grava... aunque, según comprobó Jake, él no estaba dejando ninguna. Andy habría atravesado la superficie pedregosa con la presión suficiente como para dejar huellas, pero él no. No era lo bastante pesado. Seguramente el padre de Benny tampoco.

«Déjalo. Si hubieran olfateado tu rastro, habrían vuelto.»

Jake supuso que eso era cierto, pero todavía se sentía como Ricitos de Oro alejándose de puntillas de la casa de los tres osos. Llevó a su poni de regreso al camino del desierto, luego se puso el guardapolvo y metió a Acho en el amplio bolsillo delantero. Cuando montó, le dio un buen golpetazo a Acho en el trasero.

—¡Ay, Ake! —exclamó Acho.

—¡Chitón, nene! —ordenó Jake, haciendo que el poni se volviese en dirección al río—. Ni un baladro, Acho.

—Ni ladro, Acho —accedió Acho, y le dedicó un guiño.

Jake pasó los dedos por el grueso pelaje del bilibrambo y lo rascó en el lugar que más le gustaba a Acho. La bestia cerró los ojos, estiró el cuello hasta una longitud casi cómica y sonrió de oreja a oreja.

Cuando regresaron al río, Jake desmontó y oteó por encima de una roca en ambas direcciones. No vio nada, pero tuvo el corazón en un puño hasta llegar al otro lado. Siguió intentando idear qué diría si el padre de Benny lo saludaba y le preguntaba qué estaba haciendo allí fuera en plena noche. No se le ocurrió nada. En clase de inglés casi siempre sacaba excelentes en las redacciones de escritura creativa, pero ahora estaba descubriendo que el miedo y la invención no casaban. Si el padre de Benny lo saludaba, estaba perdido. Era así de simple.

No hubo saludo, ni vadeo del río, ni regreso al Rocking B, ni desensillamiento del caballo, ni caricias al animal. El mundo permaneció en silencio, y a Jake le bastó con aquello.

TRECE

Una vez que Jake volvió al camastro y se tapó con las mantas hasta la barbilla, Acho saltó sobre la cama de Benny y se tumbó, de nuevo con el hocico debajo de la cola. Benny refunfuñó somnoliento, se estiró y le dedicó una sola caricia al brambo en un costado.

Jake permaneció tumbado mirando al niño dormido, preocupado. Le gustaba Benny, su forma de ser abierta, su avidez por la diversión, su voluntad de trabajar duro cuando había tareas pendientes. Le gustaba su risa cantarína al estilo tirolés cuando algo le parecía divertido y la forma en que coincidían en tantos aspectos, y...

Y hasta esa noche, a Jake también le había gustado Benny.

Intentó imaginar cómo lo miraría Benny cuando descubriera que: *a)* su padre era un traidor, y *b)* su amigo lo había delatado. Jake pensó que podría soportar la rabia. Lo difícil sería el dolor.

«¿Crees que todo se reducirá al dolor? ¿Simple dolor? Será mejor que lo pienses mejor. No hay muchos pilares que sostengan el mundo de Benny Slightman, y esto hará que caigan todos

ellos. Todos sin excepción.»

«No es culpa mía que su padre sea un espía y un traidor.»

Pero tampoco era culpa de Benny. Si se lo hubieran preguntado a Slightman, seguramente habría dicho que ni siquiera era culpa suya, sino que lo habían obligado a hacerlo. Jake supuso que aquello era casi cierto. Totalmente cierto, si se consideraban las cosas desde el punto de vista de un padre. ¿Qué era lo que tenían los mellizos del Calla que los lobos necesitaban? Era muy probable que fuera algo que tenían en el cerebro. Alguna especie de enzima o secreción no producida por un hijo único; puede que se tratase de la enzima o secreción que generaba el supuesto fenómeno de «telepatía entre mellizos». Fuera lo que fuese, podían obtenerlo de Benny Slightman, porque Benny Slightman solo parecía un hijo único, pero no lo era. ¿Que había muerto su hermana? Bueno, eso era un buen palo, sobre todo para el padre que quería al único que le quedaba; que no podía perderlo.

«Supon que Roland lo mata. ¿Con qué cara te miraría Benny?»

Una vez, en otra vida, Roland había prometido cuidar a Jake Chambers y luego lo había dejado caer a la oscuridad. Jake había creído que no podía haber peor traición que aquella. Ahora no estaba tan seguro. No, no estaba seguro en absoluto. Estas ideas tristes lo mantuvieron en vela toda la noche. Al final, una media hora antes de que la primera insinuación del amanecer tocase el horizonte, se sumió en un sueño ligero e inquieto.

IV
EL FLAUTISTA DE HAMELÍN

UNO

—Somos ka-tet —dijo el pistolero—. Somos de muchos uno. —Reparó en la dudosa mirada de Callahan, era imposible no reparar en ella, e hizo un gesto de asentimiento—. Sí, padre, usted es uno de nosotros. No sé durante cuánto tiempo, pero sé que es así. Y también lo saben mis amigos.

Jake asintió con la cabeza. También lo hicieron Eddie y Susannah. Ese día estaban en el Pabellón; después de oír la historia de Jake, Roland no quiso volver a reunirse en la casa de la rectoría, ni siquiera en el patio. Pensaba que había demasiadas probabilidades de que Slightman o Andy, e incluso algún otro del que todavía no sospechasen que fuera amigo de los lobos, hubieran colocado aparatos de escucha y cámaras. El cielo estaba encapotado, amenazaba lluvia, pero la temperatura seguía siendo notablemente cálida para un momento tan avanzado de la estación. Algunas mujeres o yentes de espíritu cívico habían barrido las hojas caídas, que formaban un amplio círculo alrededor del escenario en el que Roland y sus amigos se habían presentado hacía no tanto tiempo, y la hierba de debajo de la tarima seguía tan verde como en verano. Había yentes volando cometas, parejas paseando cogidas de la mano, dos o tres vendedores ambulantes con un ojo avizor en busca de clientes y el otro ojo en las panzudas nubes del cielo. En el quiosco de música, la banda que les había dado la bienvenida con tanto brío estaba practicando un par de nuevas melodías. En dos o tres ocasiones, algunas personas del pueblo habían empezado a caminar hacia Roland y sus amigos, con el deseo de pasar el rato, y cada vez que había ocurrido, Roland había sacudido la cabeza con una seriedad tal que esas personas habían dado media vuelta a toda prisa. El momento de la cortesía había pasado. Estaban a punto de llegar a lo que Susannah llamaba el verdadero meollo de la cuestión.

—Dentro de cuatro días se celebrará la reunión, esta vez creo que acudirá todo el pueblo, no solo los hombres —comentó Roland.

—Ya puedes jurar que acudirá todo el pueblo —dijo Susannah—. Si cuentas con que las mujeres lancen el plato y compensen todas las pistolas que no tenemos, no creo que a los tíos les cueste mucho dejarlas entrar en el puñetero salón.

—No será en el Salón de Actos, si va todo el mundo —aclaró Callahan—. No habrá espacio suficiente. Encenderemos las antorchas y la celebraremos aquí fuera.

—¿Y si llueve? —preguntó Eddie.

—Si llueve, la gente se mojará —repuso Callahan, y se encogió de hombros.

—Cuatro días para la reunión y nueve para los lobos —dijo Roland—. Esta será seguramente nuestra última oportunidad de garlar tal como estamos ahora, sentados y con la mente despejada, hasta que esto acabe. No estaremos así durante mucho tiempo, así que aprovechémoslo. —Extendió las manos. Jake le cogió una, Susannah le cogió la otra. En un momento, los cinco estuvieron reunidos en un pequeño círculo, con las manos unidas—. ¿Nos vemos todos?

—Te veo muy bien —dijo Jake.

—Muy bien, Roland —afirmó Eddie.

—Claro como el agua, cielo —aseguró Susannah, sonriendo.

Acho, que estaba olfateando la hierba, no dijo nada, pero sí echó un vistazo y lanzó un guiño.

—¿Padre? —preguntó Roland.

—Te veo y te atiendo muy bien —admitió Callahan con una tímida sonrisa—, y me alegro de estar incluido. Al menos de momento.

DOS

Roland, Eddie y Susannah habían oído casi todo el relato de Jake; Jake y Susannah habían oído casi todo el de Roland y Eddie. Ahora Callahan había oído ambas historias, lo que más tarde llamaría «la sesión continua». Escuchó con los ojos abiertos de par en par y boquiabierto casi todo el tiempo. Se persignó cuando Jake contó que se había escondido en el armario. El padre le dijo a Eddie:

—¿No hablarías en serio cuando dijiste que matarías a sus mujeres y a sus hijos, verdad? ¿Era solo un farol?

Eddie alzó la vista al cielo cubierto, pensando en ello con una leve sonrisa. Luego volvió a

mirar a Callahan.

—Roland me ha dicho que para ser un tipo al que no le gusta que le llamen padre, últimamente ha adoptado algunas posturas muy paternas.

—Si te refieres a la idea de poner fin al embarazo de tu esposa...

Eddie levantó una mano.

—Digamos que no me refiero a nada en concreto. Solo es que tenemos una misión que cumplir aquí, y necesitamos su ayuda para hacerlo. Lo último que necesitamos es que nos distraiga con un montón de sus chorradas católicas. Así que digamos que sí, que era un farol, y sigamos. ¿Eso le parece bien, padre?

La sonrisa de Eddie se había vuelto tensa y crispada. Le aparecieron unas manchas de color en los pómulos. Callahan consideró la mirada con sumo cuidado, y luego hizo un gesto de asentimiento.

—Sí —dijo—. Era un farol. Por supuesto, dejémoslo así y sigamos.

—Bien —dijo Eddie. Miró a Roland.

—La primera pregunta es para Susannah —anunció Roland—. Es sencilla: ¿cómo te sientes?

—Bien —contestó.

—¿Dices verdad?

Hizo un gesto de asentimiento.

—Digo verdad, digo gracias.

—¿No tienes jaquecas aquí? —Roland se masajeó la sien izquierda.

—No. Y la sensación de nerviosismo que solía tener, justo después de la puesta del sol y justo antes del amanecer, ha desaparecido. ¡Y miradme! —Se pasó una mano por la turgencia de sus senos, por la cintura, por la cadera derecha—. Ya no estoy tan rellena. Roland... he oído que algunas veces los animales en libertad, los carnívoros como los gatos monteses y los herbívoros como los ciervos y los conejos, se comen a sus crías si las condiciones para tenerlas son adversas. ¿No esperarás que...? —Dejó de hablar, mirándolo con expectación.

Roland deseó haber podido regocijarse en una idea tan fascinante, pero no podía. Y ocultar la verdad al ka-tet ya no era una alternativa. Sacudió la cabeza. Susannah dejó caer la suya.

—Ha estado durmiendo tranquila, hasta ahora es lo que puedo decir —dijo Eddie—. No hay rastro de Mia.

—Rosalita dice lo mismo —añadió Callahan.

—¿Tiene a esa fulana echándome el ojo? —preguntó Susannah con un tono a lo Detta lleno de suspicacia. Aunque estaba riendo.

—De cuando en cuando —admitió Callahan.

—Dejemos el tema del chaval de Susannah, si podemos —propuso Roland—. Tenemos que hablar de los lobos. De ellos y poco más.

—Pero Roland... —empezó a decir Eddie.

Roland levantó la mano.

—Sé cuántas otras cuestiones hay pendientes y sé la tensión que os crean, pero también sé que si nos distraemos, podemos morir en Calla Bryn Sturgis, y los pistoleros muertos no pueden ayudar a nadie. Ni tampoco siguen su camino. ¿Estáis de acuerdo?

Los miró de uno en uno. Ninguno contestó. En algún lugar en la distancia se oyó el sonido de muchos niños cantando. El canto era alto, lleno de alegría e inocencia. Algo relacionado con commala.

—Hay otra cosita que tenemos que hablar —dijo Roland—. Le implica a usted, padre. Y a lo que ahora se llama la Cueva de la Puerta. ¿Podría pasar por esa puerta y volver a su país?

—¿Estás de guasa? —A Callahan le brilló la mirada—. ¿Tener una oportunidad de volver, aunque sea por un momento? Dime cuándo y lo haré.

Roland asintió con la cabeza.

—Hoy, más tarde, puede que tú y yo nos demos un pequeño *pasear* hasta allí arriba, y te conduciré hasta la puerta. ¿Sabes dónde está el solar vacío, verdad?

—Claro. Debo de haber pasado por delante mil veces, en mi otra vida.

—¿Y entiende lo del código postal? —preguntó Eddie.

—Si el señor Torre ha hecho lo que le pediste, estará escrito al final de la valla, en el lado que da a la calle Cuarenta y seis. Fue una idea brillante, por cierto.

—Anota el número... y también la fecha —dijo Roland—. También debemos tener en cuenta el tiempo allí si podemos, Eddie tenía razón sobre eso. Anótalo y regresa. A continuación, después de la reunión en el Pabellón, tendremos que volver a pasar por la puerta.

—Esta vez para ir adondequiera que Torre y Deepneau estén en Nueva Inglaterra —aventuró Callahan.

—Sí —dijo Roland.

—Si los encuentras, tendrás que hablar con Deepneau ante todo —dijo Jake. Se ruborizó cuando todos se volvieron hacia él, pero siguió con la mirada clavada en Callahan—. El señor Torre puede ponerse tozudo...

—El eufemismo del siglo —dijo Eddie—. Cuando llegue allí, seguramente él habrá encontrado una docena de librerías de segunda mano y Dios sabe cuántas primeras ediciones de *La decimonovena crisis nerviosa de Indiana Jones*.

—... pero el señor Deepneau escuchará, eso está claro —continuó Jake.

—Claro, Ake —dijo Acho y giró sobre sí mismo apoyado en la espalda—. ¡Claro, ladro!

Jake dijo, rascándole la tripa a Acho:

—Si hay alguien que pueda convencer al señor Torre para que haga algo, ese es el señor Deepneau.

—Está bien —respondió Callahan—. Te atiendo bien.

Los niños cantores estaban cerca en ese momento. Susannah se volvió, aunque todavía no podía verlos; supuso que subían por River Street. Si era así, los verían en cuanto dejaran atrás la caballeriza y giraran por la calle mayor a la altura del almacén de Took. Algunas de las gentes que se encontraban en el porche de la tienda ya estaban levantándose para mirar.

Mientras tanto, Roland estaba estudiando a Eddie con una discreta sonrisa.

—Una vez, cuando dije que iba a plantear una hipótesis, me hablaste de un dicho de tu mundo sobre esa expresión. Me gustaría oírlo otra vez, si lo recuerdas.

Eddie sonrió de oreja a oreja.

—Los que plantean hipótesis suelen quitar el hipo por su falta de tesis, ¿te referías a ese?

Roland asintió.

—Es un buen dicho. En cualquier caso, voy a plantear una hipótesis, la clavaré a la pared como un clavo y luego voy a hacer que todas nuestras esperanzas de salir con vida de esta pendan de ella. No me gusta, pero no veo otra alternativa. La suposición es que solo Ben Slightman y Andy están maquinando en contra de nosotros. Que si tenemos cuidado con ellos, cuando llegue la hora, podemos movernos en secreto.

—No lo mates —dijo Jake con una voz casi demasiado baja para ser oída.

Había atraído a Acho hacia sí y le estaba acariciando la coronilla y el alargado cuello con una especie de rápida velocidad compulsiva. Acho lo soportó con paciencia.

—Te ruego perdón, Jake —dijo Susannah, inclinándose hacia delante y poniéndose una mano tras la oreja—. No he...

—¡No lo mates! —Esta vez su voz fue ronca y temblorosa y próxima al llanto—. No mates al padre de Benny, por favor.

Eddie se acercó y le puso una mano en la nuca al niño.

—Jake, el padre de Benny Slightman está deseando llevar a un centenar de niños a Tronido con los lobos solo para evitar que se lleven al suyo. Y ya sabes cómo volverían.

—Sí, pero, tal como él lo ve, no tiene otra opción, porque...

—Su opción podría haber sido estar de nuestro lado —sentenció Roland. Su voz sonó terrible y apagada. Casi muerta.

—Pero...

Pero ¿qué? Jake no lo sabía. Había pensado en ello una y otra vez y seguía sin saberlo. De pronto empezaron a caerle las lágrimas por las mejillas. Callahan se acercó para tocarlo. Jake le

apartó la mano.

Roland suspiró.

—Haremos lo que sea para salvarlo, te lo prometo. No sé si le haremos un favor o no, los Slightman van a estar acabados en este pueblo, si es que queda algún pueblo después de finales de la semana que viene, aunque puede que se trasladen hacia el norte o hacia el sur, dentro del territorio de la Media Luna, y empiecen una nueva vida. Y, Jake, escucha: no hay necesidad de que Ben Slightman sepa jamás que oíste a Andy y a su padre anoche.

Jake estaba mirándolo con una expresión que no alcanzaba a ser de esperanza. Le importaba un comino Slightman el Viejo, pero no quería que Benny supiera que había sido él. Supuso que eso lo convertía en un cobarde, pero no quería que Benny lo supiera.

—¿De verdad? ¿Seguro? Pero...

Antes de que pudiera terminar, los niños cantores aparecieron a la vuelta de la esquina. A la cabeza de ellos, con unas extremidades plateadas y un tronco dorado que relucía con suavidad bajo la luz apagada del día, iba Andy el Robot Mensajero. Iba caminando de espaldas. En una mano llevaba una ba envuelta en estandartes de seda brillante. A Susannah se le antojó un mariscal en un desfile del Cuatro de Julio. Movía su bastón de mando con extravagancia de un lado a otro, dirigiendo a los niños mientras cantaban su canción a la par que un acompañamiento de gaita aflautada sonaba por los altavoces que llevaba en el pecho y en la cabeza.

—¡La hostia en vinagre! —exclamó Eddie—. ¡Pero si es el Flautista de Hamelín!

TRES

Vino el commala uno,
mama tuvo un pituso
y ese día mi papa
lo pasó como ninguno.

Andy cantó esa parte solo, luego apuntó con el bastón de mando a la multitud de niños. Ellos se unieron con gran alboroto.

Commala, ven, ven,
a papa le vino también
y ese día mi mama
lo pasó requetebién.

Se oyeron risas alborozadas. No había tantos niños como Susannah había pensado dada la cantidad de ruido que estaban haciendo. Ver a Andy allí, en cabeza, después de oír la historia de Jake, le encogió el corazón. Al mismo tiempo, sintió un impulso de rabia que empezaba a latirle en la garganta y en la sien izquierda. ¡Mira que dirigirlos por la calle de esa forma! Como el Flautista de Hamelín, Eddie tenía razón, como el flautista del cuento.

Ahora señalaba con su bastón improvisado a una bonita niña que tenía aspecto de tener unos trece o catorce años. Susannah pensó que sería una de las hijas de Anselm, del minifundio justo al sur de la casa de Tian Jaffords. Cantó el siguiente verso con voz clara y cristalina con ese mismo ritmo tan marcado, que era casi (aunque no del todo) una canción para saltar a la comba:

El commala dos se viene.
Ya sabes qué hacer tienes.
Planta el arroz commala,
no seas un zoquete.

A continuación, cuando los demás volvieron a unirse, Susannah se dio cuenta de que el grupo de niños era más numeroso de lo que había pensado cuando dieron la vuelta a la esquina, bastante grande. Sus oídos le habían dado una visión más certera que sus ojos, y había una perfecta razón para ello.

El commala dos se viene
mi papa no es un zoquete.
Mama planta el commala
pues sabe qué hacer tiene.

El grupo le había parecido más reducido a primera vista porque había muchísimas caras

iguales, la cara de la niña de Anselm, por ejemplo, era casi como la del niño que estaba junto a ella; su hermano mellizo. Casi todos los niños del grupo de Andy eran mellizos. Susannah se dio cuenta de repente de lo extraño e inquietante que era eso, como todos los extraños barcos que habían encontrado metidos en una botella. Se le revolvió el estómago. Y sintió la primera punzada de dolor sobre el ojo izquierdo. Empezó a levantársele la mano para posarse sobre esa parte blanda.

«No —se dijo a sí misma—, no lo siento.» Obligó a la mano a volver a bajar. No necesitaba frotarse la ceja. No necesitaba frotarse lo que no le dolía.

Andy señaló con su bastón a un niño regordete que iba pavoneándose y que no podía tener más de ocho años. Cantaba la letra de la canción con un timbre agudo e infantil que provocaba las risas de los demás niños.

Vino el commala tres.
Sabes qué has de ser.
Planta el arroz commala
y libre te has de ver.

A lo que el coro respondía:

Vino el commala tres.
Libre te has de ver.
Cuando plantes el arroz commala,
sabes qué tienes que ser.

Andy vio al ka-tet de Roland y los saludó alegremente con el bastón. Lo mismo hicieron los niños... la mitad de los cuales volverían babeando y arrunados si el director del desfile se salía con la suya. Crecerían hasta alcanzar el tamaño de gigantes, gritando de dolor, y luego morirían de forma prematura.

—Saludadle —dijo Roland, y levantó la mano—. Saludadle, todos, por la gloria de vuestros padres.

Eddie le lanzó a Andy una sonrisa amigable de oreja a oreja, dejando todos los dientes a la vista.

—¿Cómo estás, radio de pacotilla? —preguntó. La voz que se oyó a través de esa sonrisa fue grave y feroz. Hizo dos veces el gesto de levantar el dedo pulgar dirigiéndose a Andy—. ¿Cómo estás, robot psicópata? ¿Dices bien? ¡Digo gracias! ¡Digo que te den por el culo!

Jake rompió a reír cuando lo oyó. Todos siguieron saludando y sonriendo. Los niños correspondieron el saludo y la sonrisa. Andy también saludó. Dirigía a su alegre banda por la calle, cantando: «El commala cuatro se viene. / La riada está en ciernes».

—Lo adoran —dijo Callarían. Había una extraña y angustiada expresión de asco en su rostro—. Generaciones de niños han adorado a Andy.

—Eso —señaló Roland— está a punto de cambiar.

CUATRO

—¿Más preguntas? —dijo Roland cuando Andy y los niños se hubieron ido—. Preguntad ahora si queréis. Podría ser vuestra última oportunidad.

—¿Qué hay de Tian Jaffords? —preguntó Callahan—. Lo cierto es que fue Tian el que empezó todo esto. Tiene que haber un sitio para él al final.

Roland hizo un gesto de asentimiento.

—Tengo un trabajo para él; un trabajo que Eddie y él harán juntos. Padre, el retrete que hay en la casa de Rosalita está bien, es alto y resistente.

Callahan puso cara de sorpresa.

—Ea, digo gracias. Fueron Tian y su vecino, Hugh Anselm, quienes lo construyeron.

—¿Podría poner un pestillo en el exterior uno de estos días?

—Podría, pero...

—Si las cosas van bien, el pestillo no será necesario, pero uno nunca puede estar seguro.

—No —dijo Callahan—. Supongo que no, pero puedo hacer lo que me pides.

—¿Cuál es tu plan, cielo? —preguntó Susannah. Habló con una voz callada, extrañamente

amable.

—Lo tengo muy poco planificado. La mayoría de las veces eso es lo mejor. Lo primordial que puedo decir es que no creáis nada de lo que os diga en cuanto nos hayamos levantado de aquí, nos hayamos sacudido el polvo del trasero y nos hayamos reunido con las yentes. Sobre todo, nada de lo que os diga cuando me levante en la reunión con una pluma en la mano. La mayoría serán mentiras. —Les dedicó una sonrisa. Por encima de esta, sus apagados ojos azules parecían témpanos de hielo—. Mi viejo y el viejo de Cuthbert tenían una norma: primero las sonrisas, luego las mentiras. Los disparos vienen al final.

—Ya casi hemos llegado a lo último, ¿no? —preguntó Susannah—. A los disparos.

Roland asintió con la cabeza.

—Y los disparos empezarán tan rápido y acabarán tan deprisa que os preguntaréis de qué ha servido toda la planificación y la garla, si al final todo se reduce a esos cinco minutos de sangre, dolor y estupidez. —Hizo una pausa y luego añadió—: Después siempre me siento mal. Como me sentí cuando Bert y yo vimos al ahorcado.

—Tengo una pregunta —dijo Jake.

—Hazla —le ordenó Roland.

—¿Ganaremos?

Roland se quedó callado durante tanto tiempo que Susannah empezó a asustarse. Luego dijo:

—Sabemos más de lo que ellos creen que sabemos, mucho más. Se han vuelto confiados. Si Andy y Slightman son los únicos topes del pueblo, y si los de la manada de lobos no son demasiados, si no nos quedamos sin platos ni sin cartuchos, entonces sí, Jake, hijo de Elmer, ganaremos.

—¿Cuántos son «demasiados»?

Roland reflexionó, mirando hacia el este con sus ojos de color azul desvaído.

—Más de lo que crees —dijo al final—. Y espero que muchos más de lo que ellos creen.

CINCO

A última hora de la tarde, Donald Callahan se quedó enfrente de la puerta aislada, intentando concentrarse en la Segunda avenida del año 1977. En lo que se estaba concentrado era en el Chew Chew Mama's y en que algunas veces, George, Lupe Delgado y él iban allí a comer.

—Pedía pecho de ternera siempre que podía —dijo Callahan, e intentó pasar por alto la voz chillona de su madre, que se elevaba desde lo más hondo de la cueva.

Cuando entró en aquel lugar por primera vez con Roland, se había sentido atraído por los libros que Calvin Torre había enviado a través de la puerta. ¡Había tantos ejemplares! El generosísimo corazón de Callahan se volvió codicioso (y se encogió un poco) al verlos. Sin embargo, su interés no duró mucho, solo lo suficiente como para coger uno al azar y ver que era *The Virginian*, de Owen Wister. Resultaba difícil curiosear mientras sus difuntos amigos y seres queridos le chillaban y lo insultaban.

En ese momento, su madre le estaba preguntando por qué había permitido que un vampiro, un asqueroso chupasangre, le rompiera la cruz que ella le había regalado.

—Siempre flojeaste en Fe —le reprochó con dolor—. Estabas flojo en Fe y fuerte en Bebida. Apuesto a que te tomarías una copa ahora, ¿verdad?

¡Dios!, sí que se la tomaría. Whisky, de muchos años. Callahan sintió cómo le afloraba el sudor en la frente. El corazón le latía al doble de la velocidad normal. No, al triple.

—Pecho de ternera —murmuró—. Untado con un poco de esa mostaza marrón. —Incluso podía ver la botella de plástico de la que salía la mostaza, y recordó la marca: Plochman's.

—¿Qué? —le preguntó Roland desde detrás.

—He dicho que estoy listo —dijo Callahan—. Si vas a hacerlo, por el amor de Dios, hazlo ya.

Roland abrió la caja y esta produjo un ruido. Las campanillas se clavaron de inmediato en los oídos de Callahan, lo cual le hizo recordar a los hampones en sus ruidosos coches. El estómago se le hizo un guiñapo y los ojos se le anegaron en lágrimas de indignación.

Sin embargo, la puerta se abrió con un clic, y un haz de brillante luz solar en forma de cuña

entró en diagonal, disipando la penumbra de la entrada de la cueva.

Callahan respiró hondamente y pensó: «Oh María, sin pecado concebida, ruega por nosotros, que recurrimos a ti». Y entró al verano del año 1977.

SEIS

Era mediodía, por supuesto, a la hora de comer. Y por supuesto se encontraba delante del Chew Chew Mama's. Por lo visto, nadie se dio cuenta de su llegada. En la pizarra del caballete donde estaban escritas con tiza las especialidades del día, justo a la salida del restaurante se leía:

¡EH TÚ, BIENVENIDO AL CHEW CHEW!

ESPECIALIDADES DEL 24 DE JUNIO

TERNERA STROGOV PECHO DE TERNERA (CON COL)

TACOS RANCHO GRANDE

SOPA DE POLLO

¡ PRUEBA NUESTRO PASTEL DE MANZANA ALEMÁN !

Muy bien, una pregunta respondida. Era el día siguiente al día de la llegada de Eddie. En cuanto a la otra cuestión...

Callahan abandonó la calle Cuarenta y siete por el momento, y se dirigió hacia la Segunda avenida. En cuanto miró hacia atrás vio que la puerta que daba a la cueva lo estaba siguiendo con la misma lealtad que el bilibrambo seguía al chico. Vio a Roland allí sentado, poniéndose algo en las orejas para bloquear el enloquecedor tintineo de las campanillas.

Recorrió exactamente dos manzanas antes de detenerse con ojos desorbitados por la sorpresa y boquiabierto. Le habían dicho que esperase eso, tanto Roland como Eddie, pero en el fondo, Callahan no lo había creído. Estaba convencido de que encontraría el Restaurante de la Mente de Manhattan totalmente intacto ese perfecto día de verano, muy distinto del otoño nublado del Calla de donde había salido. Tal vez habría un cartel en el escaparate que diría: CERRADO POR VACACIONES HASTA AGOSTO, o algo parecido, pero estaría allí, sin duda.

Sin embargo, no estaba. Al menos no estaba entero. La fachada era una estructura quemada rodeada por una cinta amarilla que decía: INVESTIGACIÓN POLICIAL. Cuando se acercó un poco más, olió la madera carbonizada, el papel quemado y... muy levemente... el tufo a gasolina.

Un limpiabotas ya crecido había instalado su chiringuito justo delante de una zapatería Station Shoes & Boots de allí cerca. En ese momento le dijo a Callahan:

—Qué pena, ¿no? A Dios gracias que el sitio estaba vacío.

—Ea, digo gracias. ¿Cuándo ha ocurrido?

—Medianoche, ¿cuándo vaser? ¿Se cree que esos gorilas van a venir con sus molotoves a plena luz del día? No serán unos lumbreras, pero no son tan tontos.

—¿No podría haber sido un cable estropeado? ¿O tal vez una combustión espontánea?

El limpiabotas ya crecido le lanzó a Callahan una mirada cínica, como diciendo: «¡Venga ya!». Señaló con un dedo manchado de betún las ruinas humeantes.

—¿Vesa cinta marilla? ¿Se cree que ponen cinta marilla que dice VESTIGACIÓN POLICIAL en un sitio por esa combustión nosequé que ha dicho? De eso nada, amigo. De eso nada, monada. Cal Torre les debía dinero a los malos. Estaba con el agua al cuello. Todos los del barrio lo sabían. —El limpiabotas movió las cejas, que eran pobladas, blancas y estaban despeinadas—. Me fastidia que esto se haya echado a perder. Tenía unos cuantos libros que costaban un pastón en la trastienda. Un buen pastón.

Callahan dio las gracias al limpiabotas por sus aclaraciones, luego se volvió y reemprendió la andadura hacia la Segunda avenida. No paraba de tocarse con disimulo, intentando convencerse a sí mismo de que aquello estaba sucediendo de verdad. No paraba de respirar hondamente el aire urbano con su olor penetrante a hidrocarburo y se deleitaba con todo el bullicio de la ciudad, desde el rugido de los autobuses (había anuncios de *Los Angeles de Charlie* en algunos de ellos) hasta el aporreo de los martillos neumáticos y el incesante graznido de los cláxones. Cuando se acercaba a Discos Torre de Poder, se detuvo durante un instante, paralizado por la música que salía por los altavoces colocados encima de la puerta. Era una antigua melodía que hacía años que no había oído, una canción que había sido muy popular cuando estaba en Lowell.

Algo relacionado con seguir al Flautista de Hamelín.

—Crispin Saint Peter —murmuró—. Así se llamaba. ¡Dios mío de mi vida, digo, Jesús Hombre, estoy aquí de verdad! ¡Estoy en Nueva York de verdad!

Como para confirmarlo, una mujer que parecía apresurada dijo:

—A lo mejor hay gente que puede estar por ahí todo el día, pero algunos tenemos que caminar. ¿Cree que puede seguir moviéndose o por lo menos echarse a un lado?

Callahan pronunció una disculpa que dudó que fuera oída (o apreciada, en todo caso), y siguió adelante. Esa sensación de estar en un sueño, en un sueño extraordinariamente real, persistió hasta que se aproximó a la calle Cuarenta y seis. Entonces empezó a oír la rosa y todo en su vida cambió.

SIETE

Al principio no fue más que un murmullo, pero a medida que se acercaba, creyó oír muchas voces, voces angelicales, cantando, elevando sus salmos llenos de júbilo y de fe en Dios. Jamás había oído nada tan delicado y empezó a correr. Llegó a la valla y puso las manos sobre ella. Rompió a llorar, no lo pudo evitar. Supuso que la gente lo estaba mirando, pero no le importaba. De repente entendió muchas cosas sobre Roland y sus amigos, y por primera vez se sintió parte de ellos. No cabía duda de que se habían esforzado muchísimo por sobrevivir, y ¡por seguir adelante! No cabía duda si aquello era lo que estaba en juego. Había algo al otro lado de esa valla con una capa de maltrechos carteles... algo tan profundo y completamente maravilloso...

Un joven con una larga melena recogida con una goma y que llevaba un sombrero vaquero con el ala levantada hacia atrás se había detenido y le había dado una rápida palmadita en el hombro.

—¿Se está bien aquí, verdad? —dijo el vaquero hippy—. Yo no sé por qué, pero sí que se está bien. Vengo una vez al día. ¿Quiere que le cuente una cosa?

Callahan se volvió hacia el joven, secándose los humedecidos ojos.

—Sí, supongo.

El joven se pasó una mano por la frente y luego por la mejilla.

—Antes tenía un acné horrible. Quiero decir que era algo más que un cara de paella, era un valle volcánico. Entonces empecé a venir a este lugar a finales de marzo o principios de abril, y... desapareció todo. —El joven rió—. El matasanos de la piel al que me envió mi viejo dice que es el óxido de zinc, pero yo creo que es este lugar. Este lugar tiene algo. ¿Lo oye?

Aunque a Callahan le resonaban en los oídos las dulces voces cantarinas —era como estar en la catedral de Notre-Dame, rodeado de coros—, sacudió la cabeza. Hacerlo no fue más que un acto instintivo.

—No —repitió el hippy con sombrero vaquero—, yo tampoco. Pero algunas veces me parece que sí. —Levantó la mano derecha hacia Callahan, con los dedos índice y corazón formando una V—. Paz, colega.

—Paz —respondió Callahan, y emuló el gesto.

Callahan pasó la mano por los tablones astillados de la valla y sobre un cartel roto que anunciaba *La guerra de los zombies*. Lo que más deseaba era saltarla y ver la rosa... seguramente caería postrado de rodillas y la adoraría. Pero las aceras estaban repletas de gente, y ya había atraído la atención de muchas miradas curiosas, algunas de ellas sin duda de personas que, como el vaquero hippy, sabían algo sobre el poder de aquel lugar. Serviría mejor a la poderosa fuerza cantarina que estaba tras esa valla (¿sería la rosa?, ¿podría ser algo más que eso?) protegiéndola. Y eso suponía proteger a Calvin Torre de quien hubiera quemado su tienda.

Cuando todavía estaba pasando las manos por los toscos tablones, llegó a la calle Cuarenta y seis. Al final, en ese mismo lado de la calle, se alzaba la verdosa mole acristalada del hotel Plaza de las Naciones Unidas. «Calla, Callahan —pensó, y a continuación—: Calla, Callahan, Calvin. —Y luego—: El Calla cuatro se viene, hay una rosa que crece. Callahan ven al Calla, Calvin es quien te llama.»

Llegó al final de la valla. Al principio no vio nada, y se sintió hundido. Luego miró hacia abajo, y allí estaban, a la altura de las rodillas: cinco números escritos en color negro. Callahan

rebuscó en el bolsillo un lápiz que siempre guardaba allí, luego arrancó la esquina de un cartel de una obra representada fuera de Broadway titulada *El desatascador de mazmorras, revista*. Allí garabateó los cinco números.

No quería irse, pero sabía que debía hacerlo; pensar con claridad tan cerca de la rosa era imposible.

«Volveré —le dijo, y para su complaciente asombro, una idea, clara y verdadera, le respondió—: Sí, padre, en cualquier momento. Ven, commala.»

En la esquina de la Segunda con la Cuarenta y seis, volvió la cabeza y miró hacia atrás. La puerta hacia la Cueva seguía allí, la base del marco flotaba a unos ocho centímetros de la acera. Una pareja de mediana edad, turistas a juzgar por las guías que llevaban en las manos, se aproximaron caminando desde el hotel. Iban charlando entre sí, llegaron a la puerta y se desviaron para rodearla. «No la ven, pero sienten su presencia», pensó Callahan.

¿Y si la acera hubiera estado abarrotada de gente y no hubiera sido posible desviarse? Pensó que en tal caso habrían pasado justo a través del lugar donde pendía y resplandecía, tal vez sin sentir otra cosa que un frío y un vértigo repentinos. Tal vez escucharan, tenuemente, el áspero «sabor» de las campanillas y el olorcillo de algo parecido a cebollas quemadas o a carne chamuscada. Y esa noche, tal vez, tendrían sueños fugaces de lugares mucho más extraños que la ciudad de la diversión.

Podía volver a atravesar la puerta para regresar, seguramente debía pues ya había conseguido lo que había ido a buscar. Sin embargo, dando un rápido y enérgico paseo llegaría a la Biblioteca Pública de Nueva York. Allí, detrás de los leones de piedra, incluso un hombre sin dinero en el bolsillo podría obtener algo de información. La localización de un determinado código postal, por ejemplo. Y, aunque le diera vergüenza confesarlo, todavía no quería irse.

Movió las manos frente a él hasta que el pistolero se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Pasando por alto las miradas de los paseantes, Callahan levantó los dedos en el aire una, dos y tres veces, sin la seguridad de que el pistolero lo entendiera. Por lo visto, Roland lo entendió. Hizo un exagerado gesto de asentimiento y luego levantó el dedo pulgar por si acaso.

Callahan partió, caminaba tan deprisa que prácticamente iba corriendo. No podía quedarse mucho tiempo, no importaba lo agradable que resultaba el cambio que suponía estar en Nueva York. Lo que Roland estaba soportando no debía de ser agradable. Además, según Eddie, podía ser peligroso.

OCHO

El pistolero no tuvo problemas para entender el mensaje de Callahan. Treinta dedos, treinta minutos. El padre quería otra media hora en el otro lado. Roland supuso que había pensado en una forma de traducir el número escrito en la valla a una dirección real. Si lo lograba, tanto mejor. La información era poder. Y, algunas veces, cuando se andaba justo de tiempo, era velocidad.

Las balas que llevaba en las orejas ensordecían las voces por completo. El ruido de las campanillas entraba, pero así quedaba amortiguado. Algo por lo que daba gracias, ya que su estruendo era mucho peor que los gorjeos de la raedura. Un par de días escuchándolo y estaría listo para entrar en el manicomio, pero por treinta minutos no pasaba nada. Si las cosas se ponían feas, tiraría algo por la puerta para atraer la atención del padre y conseguir que volviera antes.

Durante un instante, Roland miró la calle que se extendía ante Callahan. Mirar por las puertas de la playa era como mirar a través de los ojos de sus tres: Eddie, Odetta, Jack Mort. Esta era algo distinta. A través de ella veía constantemente la espalda de Callahan o su cara si el padre se volvía para mirar, cosa que solía hacer.

Para pasar el tiempo, Roland se levantó a hojear algunos de los libros que tanto habían significado para Calvin Torre que este había exigido como condición para colaborar en ponerlos a salvo. El primero que Roland cogió tenía la silueta de una cabeza de hombre en la cubierta. El hombre estaba fumando en pipa y llevaba una especie de sombrero de guardabosque. Cort había tenido uno como ese, y de niño, Roland pensaba que era mucho más elegante que el viejo sombrero de diario de su padre con las manchas de sudor y el deshilachado barboquejo. Las

palabras que había en el libro eran del mundo de Nueva York. Roland estaba seguro de que podría haberlas leído con facilidad de haber estado en ese otro lado, pero no estaba allí. En esas circunstancias, leyó algunas de ellas, y el resultado fue casi tan enloquecedor como las campanillas.

—Sir-lock Hones —leyó en voz alta—. No, Holmes. Como el apellido paterno de Odetta. Cuatro... movelas... cortas. ¿Movelas? No, no era una «m», era una n. Cuatro novelas cortas de Sirlock Holmes. —Abrió el libro, pasando con respeto la mano por la página de créditos y oliéndola después: el perfume picante y ligeramente dulce del auténtico papel viejo. Pudo discernir el título de una de las cuatro novelas cortas: *El signo de los cuatro*. Aparte de las palabras «perro» y «estudio», los títulos de las demás eran un galimatías para él.

—Un signo es un sigul —dijo.

Cuando se dio cuenta de que estaba contando el número de letras del título, tuvo que reírse de sí mismo. Además, solo eran dieciséis. Volvió a dejar el libro y cogió otro, este tenía un soldado dibujado en la cubierta. Consiguió adivinar una palabra del título: «Muerto». Miró otro. Un hombre y una mujer besándose en la portada. Sí, siempre había hombres y mujeres besándose en las historias; a las yentes les gustaba eso. Abrió los ojos ligeramente cuando vio al padre entrando en una enorme habitación llena de libros y de eso que Eddie había llamado «perdiónico». Aunque Roland seguía sin estar seguro de qué había perdido Nico, ni de por qué se había escrito tanto sobre ello.

Cogió otro libro y sonrió al ver la ilustración de la cubierta. Había una iglesia y el sol rojo que se ponía justo detrás de ella. La iglesia se parecía un poco a Nuestra Señora de la Serenidad. Lo abrió y lo hojeó. Había un déla de palabras, pero solo podía distinguir una de cada tres. No tenía ilustraciones. Estaba a punto de dejarlo cuando algo llamó su atención. Más bien le saltó a la vista. Roland dejó de respirar por un instante.

Retrocedió, ya no escuchaba las campanillas del exotransito, ya no le preocupaba la gran habitación llena de libros en la que Callahan había entrado. Empezó a leer el libro con la iglesia en la cubierta, o a intentar leerlo. Las palabras bailaban como locas delante de sus narices y no podía estar seguro... No mucho. Pero... ¡Dioses! Si estaba viendo lo que creía que estaba viendo...

La intuición le dijo que esa era la llave. Pero ¿de qué puerta?

No lo sabía, no era capaz de leer las palabras suficientes para saberlo. Sin embargo, daba la impresión de que el libro que tenía en las manos estaba a punto de empezar a trepidar. Roland pensó que tal vez ese libro era la rosa...

... Aunque también había rosas negras.

NUEVE

—Roland, ¡lo tengo! Es un pequeño pueblo en el centro de Maine, llamado Stoneham, a unos sesenta y cinco kilómetros al norte de Portland y... —El padre se calló y le dedicó una larga mirada al pistolero—. ¿Qué pasa?

—El sonido de las campanillas —contestó Roland sin dilación—. Incluso con los oídos tapados, ha logrado penetrar.

La puerta estaba cerrada y las campanillas no se oían, pero todavía había voces. El padre de Callahan estaba preguntando en ese momento si Donnie creía que esas revistas que había encontrado debajo de la cama de su hijo eran algo que un chico cristiano debería tener, ¿y si las encontraba su madre? Cuando Roland sugirió que salieran de la cueva, Callahan estaba más que deseando irse. Recordaba esa conversación con su viejo con demasiada claridad. Había acabado con los dos rezando juntos a los pies de su cama, y los tres *Playboy* en la incineradora de la parte trasera de la casa.

Roland devolvió la caja labrada a la bolsa rosa y una vez más la guardó con cuidado detrás de la estantería donde se encontraban los valiosos libros de Torre. Ya había devuelto a su sitio el libro con la iglesia en la cubierta, lo puso con el título del lomo al revés para poder volver a localizarlo con rapidez.

Salieron y se quedaron uno al lado del otro, respirando hondamente el aire fresco.

—¿Estás seguro de que solo eran campanillas? —le preguntó Callahan—. Amigo, tienes cara de haber visto un fantasma.

—Las campanillas del exotransito son peores que los fantasmas —afirmó Roland.

Eso podría ser cierto o no, aunque por lo visto satisfizo a Callahan. Cuando emprendieron el camino de descenso, Roland recordó la promesa que le había hecho a los demás y, lo que era más importante, a sí mismo: no más secretos en el tet. ¡Qué rápido se había prestado a incumplir esa promesa! Aunque consideraba que había hecho lo correcto. Al menos conocía algunos de los nombres que salían en ese libro. Los demás también los conocerían, más tarde tendrían que hacerlo, si el libro era tan importante como creía que podría ser. Sin embargo, en ese momento, no haría más que distraerlos del asunto más inmediato: los lobos. Si lograban ganar esa batalla, entonces, tal vez...

—Roland, ¿estás seguro de que estás bien?

—Sí. —Le dio una palmadita en el hombro a Callahan. Los otros podrían leer el libro y al hacerlo podrían descubrir lo que significaba. A lo mejor, la historia del libro no era más que una invención... pero ¿cómo iba a serlo si...?

—¿Padre?

—¿Sí, Roland?

—Una novela es una historia, ¿verdad?, ¿una historia inventada?

—Sí, una historia larga.

—Pero es una fantasía.

—Sí, eso es lo que significa la ficción. Fantasía.

Roland lo pensó. *Charlie el Chu-Chú* también había sido una fantasía, solo que en muchos sentidos, en muchos sentidos de vital importancia, no lo había sido. Y el nombre del autor había cambiado. Había muchos mundos diferentes, todos unidos por la Torre. A lo mejor...

No, ahora no. No debía pensar en eso en aquel momento.

—Hábleme del pueblo donde han ido Torre y su amigo —dijo Roland.

—En realidad, no puedo. Lo busqué en una de las guías telefónicas de Maine, eso es todo. También había un mapa simplificado de códigos postales que indicaba su ubicación.

—Bien, eso está muy bien.

—Roland, ¿estás seguro de que estás bien?

«Calla—pensó Roland—. Callahan.» Se obligó a reír. Se obligó a darle otra palmadita en el hombro a Callahan.

—Estoy bien —aseguró—. Ahora volvamos al pueblo.

V
LA REUNIÓN DE LAS YENTES

UNO

Tian Jaffords jamás había estado tan asustado en su vida como estaba cuando se encontraba de pie en el escenario del Pabellón mirando hacia las yentes de Calla Bryn Sturgis. Sabía que seguramente no serían más de quinientos, seiscientos como mucho, pero a él le parecía una multitud, y su tenso silencio resultaba desconcertante. Miró a su mujer en busca de consuelo, pero no lo encontró. El rostro de Zalia parecía chupado, oscuro y transido de dolor, era el rostro de una anciana y no el de una mujer que todavía estaba en sus años de fertilidad.

La atmósfera de esa tarde a última hora tampoco le proporcionó tranquilidad. En lo alto, el cielo era de un azul cristalino y despejado, pero estaba demasiado oscuro para ser las cinco en punto. Había un enorme cúmulo de nubes hacia el sudoeste, y el sol se había ocultado tras ellas mientras Tian iba subiendo la escalera hacia el escenario. Era lo que su abuelo habría llamado tiempo raro; de mal fario, digo gracias. En la sempiterna oscuridad de Tronido, los rayos destellaban como enormes luces de chispa.

«Si llego a saber que sería así, jamás lo habría empezado —pensó desesperado—. Y esta vez no habrá padre Callahan que valga para sacarme las castañas del fuego.» Aunque Callahan estaba allí, de pie, con Roland y sus amigos —los de los gruesos calibres—, con los brazos cruzados sobre la sencilla camisa negra de cuello camisero y la cruz de Jesús Hombre colgada encima.

Se dijo a sí mismo que no debía ser idiota, que Callahan lo ayudaría y que los forasteros de otro mundo también lo ayudarían. Estaban allí para ayudar. El código que seguían les obligaba a ayudar, aunque eso significase su destrucción y el fin de fuera cual fuese la misión a la que se habían encomendado. Se dijo que lo único que tenía que hacer era presentar a Roland, y Roland se acercaría. Con anterioridad, el pistolero había aparecido una vez sobre el escenario, había bailado el commala y se había ganado el corazón de los presentes. ¿Es que Tian dudaba de que volviera a ganarse su corazón? A decir verdad, no lo dudaba. Lo que le asustaba de todo corazón era que en esta ocasión bailase una danza de la muerte en lugar de una danza que celebrase la vida. Porque la muerte era lo que ese hombre y sus amigos rondaban; era su pan de cada día. Era el sorbete que tomaban para aclararse el paladar cuando habían terminado de comer. En esa primera reunión —¿podía haber sido hacía menos de un mes?—, Tian había hablado instado por la amarga desesperación, pero un mes era suficiente para valorar las consecuencias. ¿Y si aquello era un error? ¿Y si los lobos quemaban todo el Calla con sus varas de luz, se llevaban por última vez a cuantos niños se les antojaba y hacían volar por los aires a todos los que quedaban —ancianos, jóvenes y adultos— con sus esferas zumbonas de la muerte?

El Calla reunido permanecía esperando a que empezase. Los Eisenhart, los Overholser, los Javier y los Took eran innumerables (aunque no había mellizos entre estos últimos de la edad que les gustaban a los lobos, ah, no, tal era la suerte de los Took); Telford estaba con los hombres y su mujer, rellenita aunque de rasgos afilados, con las mujeres; estaban los Strong, los Rossiter, los Slightman, los Hand, los Rosario y los Posella; una vez más los mannis se apiñaron como una oscura mancha de tinta; Henchick, su patriarca, estaba con el joven Cantab, quien era queridísimo por los niños; Andy, otro favorito de los crios, se encontraba de pie a un lado con sus finos brazos metálicos en jarras y sus ojos de color azul eléctrico destellando en la penumbra; las Hermanas de Oriza se dispusieron en una fila como pájaros sobre una valla metálica (la mujer de Tian se encontraba entre ellas); y también estaban los vaqueros, los jornaleros, los huéspedes, incluso el viejo Bernardo, el borrachín del pueblo.

A la derecha de Tian, los que habían llevado la pluma se removían con cierta incomodidad. En circunstancias normales, una pareja de mellizos era más que suficiente para coger la pluma de opopánax; en la mayoría de los casos, la gente sabía con bastante antelación qué ocurría, y llevar la pluma no era más que una formalidad. Esa vez (había sido idea de Margaret Eisenhart), tres parejas de mellizos habían ido juntas con la pluma sagrada, llevándola del pueblo a los minifundios, de allí a los ranchos y de allí a las granjas en una biga conducida por Cantab, que iba sentado inusitadamente en silencio en la parte delantera, chasqueando la lengua a una pareja de mulas marrones de la misma clase que necesitaban muy poca ayuda de tipos como él. Los

mayores, con veintitrés años, eran los mellizos Haggengood, nacidos el año de la última batida de los lobos (y feos como un pecado a ojos de la mayoría de las yentes, aunque valiosos trabajadores esforzados, digamos gracias). A continuación iban los mellizos Tavery, esos hermosos muchachos del pueblo que dibujaban mapas. Al final (y eran los más jóvenes, aunque los mayores de la prole de Tian) iban Heddon y Hedda. Y fue Hedda quien lo animó a seguir adelante. Tian cruzó la mirada con ella y vio que su buena (aunque inexpresiva) hija se había percatado del miedo de su padre y estaba a punto de ponerse a llorar.

Eddie y Jake no eran los únicos que oían voces de otros en la cabeza; ahora Tian oía la voz de su abuelo. No oía a Jamie tal como era en la actualidad, un viejo chocho y casi desdentado, sino como había sido hacía veinte años: anciano aunque todavía capaz de darte un tortazo en el Camino del Río si le contestabas con descaro o te entretenías en una cuesta pronunciada. El Jamie que una vez les había plantado cara a los lobos. Tian lo dudaba de vez en cuando, pero ya no lo dudó más, porque Roland lo creía.

«¡Entonces, hale! —gruñó la voz de su interior—. ¿Qué cavilas tanto que te atravanca, mendrugo? Solo tiés que decir su nombre y apartarte, ¿no? Aluego después, lo dejas a él que haga lo demás, ya veremos si es pa bien o pa mal.»

Aun así, Tian miró durante un instante más a la multitud en silencio, la mayoría de los presentes estaban rodeados por antorchas que no cambiaban de color —porque aquello no era una fiesta—, sino que brillaban con una luz anaranjada constante. Quería decir algo, tal vez necesitase decir algo. Aunque solo fuera para reconocer que él tenía parte de mérito en esto. Pa bien o pa mal.

En la oscuridad del este, los rayos lanzaban silenciosas explosiones.

Roland, que estaba de pie con los brazos cruzados como el padre, intercambió una mirada con Tian e hizo un rápido gesto de asentimiento dirigido a él. Incluso bajo la cálida luz de la antorcha, la mirada azul del pistolero resultaba fría. Casi tan fría como la de Andy. Aun así, fue todo el ánimo que Tian necesitó.

Cogió la pluma y la sostuvo ante sí. Incluso la respiración del público pareció cesar. En algún lugar alejado del pueblo, un herrumbreiro graznó como para frenar el avance de la noche.

—No hace mucho me puse en pie en vuestro Salón de Actos y os dije lo que creía —dijo Tian—. Que cuando los lobos lleguen, no se llevarán solo a nuestros niños, sino nuestros corazones y nuestras almas. Cuando nos roban y nosotros nos apartamos, nos hacen un tajo cada vez más profundo. Si se abre una brecha de profundidad suficiente en un árbol, este muere. Si se abre una brecha de profundidad suficiente en un pueblo, también muere.

La voz de Rosalita Muñoz, quien no había tenido hijos jamás, sonó en la penumbra agonizante del día con una clara ferocidad:

—Dices verdad, ¡te digo gracias! Atendedle, yentes, atendedle bien.

—Atendedle, atendedle, atendedle bien. —El murmullo de esa frase se propagó entre los allí presentes.

—El padre se puso en pie esa noche y nos contó que había unos pistoleros procedentes del noroeste, que llegarían a través del Bosque Medio por el Camino del Haz. Algunos se burlaron, pero el padre decía verdad.

—Decimos gracias —respondieron—. El padre decía verdad.

Y se oyó la voz de una mujer:

—¡Roguemos a Jesús! ¡Roguemos a María, madre de Dios!

—Han estado entre nosotros todos estos días desde entonces. Cualquiera que haya querido hablar con ellos ha podido hacerlo. No han prometido otra cosa que ayudarnos...

—Y como sigan adelante, dejarán ruinas ensangrentadas a su paso, ¡como si fuéramos tan tontos como para permitirlo! —gruñó Eben Took.

La multitud lanzó un grito sordo y ahogado. Cuando se fue silenciando, Wayne Overholser dijo:

—Cierra el pico, pedazo de bocazas.

Took se volvió para mirar a Overholser, el gran hacendado del Calla y el mejor cliente de

Took, con una mirada de profunda sorpresa.

—Su dinh es Roland Deschain de Gilead —dijo Tian. Lo sabían, aunque la mención de nombres tan legendarios seguía provocando un murmullo bajo que era casi un gemido—. Del Mundo Interior. ¿Le atenderéis? ¿Qué decís, yentes?

Su respuesta no tardó en alzarse en forma de grito:

—¡Lo atenderemos! ¡Lo atenderemos hasta el final! ¡Lo atenderemos bien, decimos gracias!

Se oyó un tenue y rítmico sonido explosivo que al principio Tian fue incapaz de identificar. Entonces se dio cuenta de lo que era y estuvo a punto de echarse reír. Ese era el sonido del taconeo de los botines, no sobre los tablones del Salón de Actos, sino sobre la hierba de lady Riza.

Tian extendió una mano y Roland dio un paso hacia delante. El sonido del taconeo se elevó cuando lo hizo. Las mujeres se habían unido al pataleo, haciéndolo lo mejor que podían con su calzado blando de pueblo. Roland subió los escalones. Tian le entregó la pluma y abandonó el escenario. Cogió de la mano a Hedda e hizo una señal a los demás mellizos para que pasaran delante de él. Roland se quedó en pie con la pluma levantada ante sí, cogía el antiguo pedúnculo laqueado con unas manos que ahora solo contaban con ocho dedos. Al final, el ruido producido por el taconeo de zapatos y botines se acalló. Las teas crepitaron y lanzaron chispas, que iluminaron las caras de las yentes y dejaron ver su esperanza y su miedo con toda claridad. El herrumbreiro lanzó su llamada y calló. Al este, un enorme rayo partió en dos la oscuridad.

El pistolero permaneció en pie, mirándolos.

DOS

Durante lo que pareció un largo rato, mirar fue lo único que hizo. En todas las miradas y en todos los ojos asustados leía lo mismo. Lo había visto muchas veces antes y era fácil de adivinar. Esa gente estaba hambrienta. De buen grado habrían comprado algo para comer, para llenar sus inquietos estómagos. Recordó al pastelero que recorría las calles de los barrios bajos del pueblo en los días más calurosos del verano, y cómo su madre lo llamaba seppe-sai por lo enfermo que podían ponerte esos pasteles. Seppe-sai significaba vendedor de muerte.

«Ea —pensó—, pero mis amigos y yo no cobramos.»

Al pensar esto, se le iluminó la cara con una tímida sonrisa. Ese gesto restó años al escarpado mapa de su rostro, y una mirada de nervioso alivio se reflejó en la multitud. Empezó tal como lo había hecho con anterioridad:

—Bien hallados somos en el Calla, atendedme, os lo ruego.

Silencio.

—Os habéis abierto a nosotros. Nosotros nos hemos abierto a vosotros. ¿No es así?

—¡Ea, pistolero! —respondió Vaughn Eisenhart—. ¡Ea!

—¿Comprendéis lo que somos y aceptáis lo que hacemos?

Fue Henchick de los mannis quien respondió esta vez:

—Ea, Roland, por el Libro y decimos gracias. Vos sois de Eld, el Blanco que ha llegado para enfrentarse al Negro.

Esta vez el suspiro de la multitud fue prolongado. En algún lugar al fondo de la sala, una mujer empezó a gimotear.

—Yentes del Calla, ¿buscáis nuestra ayuda y auxilio?

Eddie se puso tenso. Esta pregunta había sido realizada a muchos individuos durante sus semanas en Calla Bryn Sturgis, pero creía que preguntarla allí era extremadamente arriesgado. ¿Y si decían que no?

Pasado un instante, Eddie se dio cuenta de que no tenía que haberse preocupado; al evaluar a su público, Roland fue más astuto que nunca. En realidad, algunos dijeron que no —una pizca de los Haycox, un picotín de los Took y un pequeño puñado de los Telford lideraban a los que estaban en contra—, pero la mayoría de las yentes lanzaron un sentido e inmediato: «Ea, decimos gracias». Unos pocos —entre los que destacaba Overholser— no se pronunciaron. Eddie pensó que, en la mayoría de los casos, esa era la postura más inteligente. En cualquier caso, la más diplomática. Sin embargo, no era el momento de dejarse llevar por lo que haría la

mayoría; era el momento de la elección más extraordinaria a la que jamás se enfrentaría ese pueblo. Si el Ka-tet de los Diecinueve vencía a los lobos, las gentes de este pueblo recordarían a quienes habían dicho que no y a quienes no habían dicho nada. Le dio por especular si Wayne Dale Overholser seguiría siendo el gran granjero de esos lares dentro de un año.

No obstante, Roland inició su garla y Eddie volcó toda la atención en él. Su admirada atención. Al haber crecido dónde y cómo había crecido, Eddie había escuchado muchas mentiras. Él se había contado muchas a sí mismo, algunas de ellas muy buenas. Sin embargo, cuando Roland había llegado a la mitad de su perorata, Eddie se dio cuenta que jamás había estado en presencia de un verdadero genio de la falsedad hasta esa noche en Calla Bryn Sturgis. Y...

Eddie echó un vistazo a su alrededor y luego hizo un gesto de asentimiento, satisfecho. Se estaban tragando todo lo que decía.

TRES

—La última vez que estuve sobre este escenario ante vosotros —empezó a decir Roland—, bailé el commala. Esta noche...

George Telford lo interrumpió. Era demasiado empalagoso para el gusto de Eddie y se pasaba de listo, pero admiró el valor de aquel hombre, que habló como lo hizo cuando la corriente iba tan claramente en otra dirección.

—Ea, lo recordamos, lo bailaste bien. ¿Cómo bailas el mortata? Roland, dímelo, te lo ruego.

Se oyeron murmullos de desaprobación entre la multitud.

—No importa cómo lo baile —respondió Roland, en absoluto molesto—, porque mis días de baile en el Calla han terminado. Hemos trabajado en este pueblo, los míos y yo. Habéis hecho que nos sintamos bienvenidos, y os decimos gracias. Nos habéis pedido que acudamos, habéis buscado nuestra ayuda y nuestro auxilio, así que ahora yo os ruego que me atendáis muy bien. En menos de una semana llegarán los lobos.

Se oyó un suspiro de asentimiento. Puede que el tiempo se hubiera vuelto escurridizo, pero incluso las yentes de las llanuras podían aguantar cinco días más.

—La noche de la víspera, llevaré a todos los mellizos menores de diecisiete años allí.

Roland señaló hacia la izquierda, donde las Hermanas de Oriza habían levantado una tienda. Esa noche había una gran cantidad de niños presentes, aunque de ninguna forma eran el cerca del centenar que estaba en peligro. A los mayores se les había asignado la tarea de atender a los más pequeños mientras durase la reunión y, de cuando en cuando, alguna de las Hermanas iba a ver si todo seguía bien.

—En esa tienda no cabrán todos, Roland —observó Ben Slightman.

Roland sonrió.

—Pero sí en una más grande, Ben, y supongo que las Hermanas podrán encontrar una.

—Ea, ¡y les prepararemos un banquetazo que no olvidarán jamás! —exclamó con valor Margaret Eisenhart.

Una risa sincera fue la respuesta, que fue apagándose hasta ser contenida. Muchos de los allí presentes pensaron sin duda que si al final resultaba que los lobos ganaban, la mitad de los niños que pasaran la Noche del Lobo en la Pradera no serían capaces de recordar sus nombres dentro de una semana o dos, ni que decir tiene lo que habían comido.

—Los haré dormir aquí para que podamos ponernos en marcha a primera hora de la mañana siguiente —dijo Roland—. Por lo que me han contado, no hay forma de saber si los lobos llegarán al amanecer, por la noche o al mediodía. Quedaríamos como unos idiotas si llegasen al alba y los cogiesen justo aquí, a cielo abierto.

—¿Que evitarás que lleguen un día antes?! —gritó Eben Took de mal humor y con agresividad—. ¿O en plena noche de lo que tú llamas la Noche del Lobo?

—No pueden —se limitó a responder Roland. Y, basándose en la declaración de Jamie Jaffords, estaban casi seguros de que aquello era cierto. La historia del viejo era la razón que tenían para dejar en libertad a Andy y a Ben Slightman durante los cinco días y noches siguientes—. Vienen de lejos y no todos viajan a lomos de un caballo. Tienen el plan establecido

con mucha antelación.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Louis Haycox.

—Será mejor que no os lo diga —respondió Roland—. Puede que los lobos tengan las orejas demasiado largas.

A continuación se produjo un silencio que reflejaba consternación por lo dicho.

—La misma noche, la Noche del Lobo, tendré una docena de carros biga aquí, los más grandes del Calla, para que conduzcan a los niños hacia el norte del pueblo. Yo escogeré a los conductores. También los acompañarán sus cuidadores y se quedarán con ellos cuando llegue la hora. Y no tenéis que preguntarme adonde irán, es mejor no hablar de eso tampoco.

Por supuesto que la mayoría de ellos pensaron que ya sabían dónde serían llevados sus hijos: a la vieja Gloria. Como Roland bien sabía, las noticias volaban. Ben Slightman había pensado que sería un lugar algo más alejado, como la Petirrojo Dos, al sur de la Gloria, y eso también estaba bien.

George Telford exclamó:

—No lo escuchéis, yentes, ¡os lo ruego! E incluso si escucháis, por vuestras almas y la vida de este pueblo, ¡no hagáis lo que dice! ¡Lo que está diciendo es una locura! ¡Ya hemos intentado esconder a nuestros hijos antes y no funciona! Y aunque funcionase, seguramente vendrían y se vengarían quemando el pueblo, lo quemarían entero...

—¡Silencio, cobarde! —exclamó Henchick, su voz sonó tan seca como un latigazo.

Telford habría dicho más pesase a quien pesase, pero su hijo mayor lo cogió del brazo y lo hizo callar. Y menos mal. El taconeo de los botines había vuelto a empezar. Telford miró a Eisenhart con cara de incredulidad, pensando algo con la claridad de un grito: «¿No querrás decir que formas parte de esta locura, verdad?».

El floreciente rancharo sacudió la cabeza.

—No me mires así, George. Yo estoy con mi mujer, y ella está con el Eld.

Un aplauso generalizado fue la respuesta. Roland esperó a que se acallara.

—El rancharo Telford dice verdad. Los lobos seguramente sabrán dónde hemos ocultado a los niños. Y cuando lleguen, mi ka-tet estará allí para recibirlos. No será la primera vez que nos enfrentemos a los de su calaña.

Se oyeron bramidos de aprobación y de nuevo el tenue pataleo de las botas. Algunos aplausos rítmicos. Telford y Eben Took miraban a su alrededor con los ojos abiertos de par en par, como hombres que descubrieran que acababan de despertar en un manicomio.

Cuando el Pabellón volvió a quedar en silencio, Roland dijo:

—Algunas lugareñas han accedido a resistir con nosotros, yentes con buenas armas. Repito, no es algo que tengáis que saber precisamente ahora.

Aunque, por supuesto, el «algunas» fue bastante revelador para quienes todavía no sabían nada sobre las Hermanas de Oriza. Eddie se maravilló una vez más de la forma en que los estaba manipulando; no estaba siendo muy agradable. Miró a Susannah, que entornó los ojos y le dedicó una sonrisa, aunque la mano que le puso en el hombro estaba fría. Quería que aquello se acabase, y Eddie sabía exactamente cómo se sentía.

Telford lo intentó una última vez.

—Yentes, ¡atendedme! ¡Todo esto ya se ha intentado antes!

Fue Jake Chamber quien respondió.

—No ha sido intentado por pistoleros, sai Telford.

La respuesta del público fue un enardecido gruñido de aprobación. Se produjeron más pataleos y aplausos. Al final, Roland tuvo que levantar las manos para acallarlos.

—La mayoría de los lobos irá allí donde crea que estén los niños, y allí es donde nos enfrentaremos a ellos —dijo—. En realidad, grupos más pequeños podrían atacar las granjas y los ranchos, algunos podrían entrar en el pueblo. Y, ea, podrían producirse algunos incendios.

Las yentes escuchaban en silencio y con respeto, asintiendo con la cabeza, llegaban al final de cada frase antes que él. Como él había deseado que hicieran.

—Un edificio incendiado puede sustituirse por uno nuevo. Un niño arrunado no.

—Ea —afirmó Rosalita—. Ni tampoco un corazón arrunado.

Se oyeron murmullos de aprobación, la mayoría de ellos de mujeres. En Calla Bryn Sturgis (como en la mayoría de lugares), los hombres en estado de sobriedad no eran muy dados a hablar de su corazón.

—Atendedme ahora, porque os diré esto y no mucho más: sabemos exactamente qué son esos lobos. Jamie Jaffords nos ha contado lo que en realidad sospechábamos.

Se oyeron murmullos de sorpresa y todos volvieron la cabeza. Jamie, que se encontraba junto a su nieto, logró enderezar su encorvada espalda durante un instante y llegó a sacar su hundido pecho. Lo único que esperaba Eddie era que el viejo zoquete estuviera tranquilito mientras Roland decía lo que tenía preparado a continuación. Si se sentía confundido y contradecía la historia que Roland estaba a punto de contar, la misión del ka-tet se complicaría muchísimo. Lo menos grave que podía ocurrir es que tuvieran que atrapar a Slightman y a Andy antes. Y si Finli o Tego, la voz a la que Slightman dio su informe en el Dogan, no volvía a tener noticias de esos dos antes del día de los lobos, resultaría sospechoso. Eddie sintió que la mano que tenía sobre el brazo se movía. Susannah acababa de cruzar los dedos.

CUATRO

—No hay criaturas vivientes bajo las máscaras —afirmó Roland—. Los lobos son muertos vivientes al servicio de los vampiros que gobiernan Tronido.

Un sonoro sobrecogimiento general fue la respuesta a esa engañifa cuidadosamente elaborada.

—Son lo que mis amigos Eddie, Susannah y Jake llaman zombis. No se les puede matar con un arco, ni con una bala ni con balas a menos que se les dé en el cerebro o en el corazón. —Roland se dio un golpe en el lado izquierdo del pecho con énfasis—. Y, por supuesto, cuando llegan para sus batidas, van ataviados con una pesada armadura bajo las ropas.

Henchick estaba asintiendo con la cabeza. Muchos de los demás hombres y mujeres mayores, las yentes que recordaban bien a los lobos que no habían atacado el pueblo solo una vez sino dos, estaban haciendo lo mismo.

—Eso explica muchas cosas —dijo—. Pero ¿cómo...?

—Darles en el cerebro está fuera de nuestro alcance, por los cascos que llevan bajo las capuchas —prosiguió Roland—, pero vimos a esa clase de criaturas en Lud. Su debilidad reside aquí. —De nuevo se golpeó el pecho—. Los muertos vivientes no respiran, sino que tienen una especie de branquias encima del corazón. Si la protegen con una armadura, mueren. Así es cómo los venceremos.

A este comentario le siguió un murmullo grave de conversación sobre lo dicho.

—Eso no puede ser verdad, porque Molly Doolin le dio a uno ella solita con el plato, y ni asíñ diñó, pero el bicho se cayó —intervino el abuelo con voz chillona y exaltada.

La mano de Susannah apretó aún más el brazo de Eddie, lo suficiente para que sintiera cómo se le clavaban sus uñas cortas, pero cuando la miró, ella estaba sonriendo a pesar suyo. Vio una expresión similar en el rostro de Jake. «Eres lo bastante genioso a la hora de la verdad, viejo —pensó Eddie—. Siento haber dudado de tu palabra. ¡Dejemos que Andy y Slightman crucen el río e informen a ese infeliz de mierda!» Le había preguntado a Roland si ellos (el «ellos» sin rostro que estaba representado por alguien que se hacía llamar Finli o Tego) se tragarían esa patraña. «Hace más de cien años que realizan sus batidas en esta margen del Whye y no han perdido ni un solo combatiente —había respondido Roland—. Creo que se creerían cualquier cosa. A estas alturas, su verdadero punto flaco es su autocomplacencia.»

—Traed a vuestros mellizos aquí a las siete en punto la Noche del Lobo —dijo Roland—. Habrá mujeres, Hermanas de Oriza, que os conste, con unas listas escritas en pizarras. Irán tachando los nombres de las parejas a medida que entren. Espero poder haber tachado todos los nombres antes de las nueve en punto.

—¡No va a tachar a ninguno de los míos! —gritó una voz furibunda desde el fondo de la multitud.

El poseedor de la voz empujó a varias personas y avanzó hasta acercarse a Jake. Era un

hombre rechoncho y bajo que poseía un minifundio con plantación de arroz en un lugar alejado del sur. Roland rebuscó entre el desordenado almacenamiento de sus recuerdos recientes (desordenado, sí, aunque jamás tiraba nada) y al final encontró el nombre: Neil Faraday. Uno de los pocos que no habían estado en casa cuando Roland y su ka-tet había ido a llamarlos... o al menos no habían estado en casa para recibirles. Un buen trabajador, según Tian, aunque mejor bebedor. Sin duda tenía pinta de serlo. Tenía ojeras bajo los ojos y un entramado de capilares violáceos reventados en ambas mejillas. Iba desaliñado, muy pero que muy desaliñado. Aun así, Telford y Took le lanzaron una mirada agradecida y sorprendida. «Otro hombre cuerdo en el manicomio —quería decir esa mirada—. ¡Gracias a los dioses!»

—Senllevarán a mis crios de toas toas y jamuscarán este pueblo hasta las zampas —dijo, hablando con un acento que hacía que sus palabras fueran casi incomprensibles—. Empero, na más senllevarán a uno de cada semilla mía y entavía me quearía con tres. Y a lo mejor mi menda no vale más que un peo pollo, pero mis sembraos non. —Faraday echó un vistazo a los habitantes del pueblo con una expresión de desprecio sardónico—. Que os jamusquen a vosotros, mal rayo os parta —dijo—. Imbéciles del cagarro. —Y volvió a confundirse entre la multitud, dejando a un sorprendente número de personas con aspecto agitado y reflexivo. Había hecho más para cambiar el ímpetu de la multitud con su desdeñosa (por lo menos, para Eddie) e incomprensible diatriba de lo que Telford y Took habían logrado juntos.

«Puede que sea un pelagatos, pero dudo que tenga problemas para que Took le fie durante un año o más —pensó Eddie—. Si la tienda sigue existiendo, claro.»

—Sai Faraday tiene derecho a expresar su opinión, pero espero que la cambie durante estos pocos días que quedan —dijo Roland—. Espero que vosotros le ayudéis a cambiarla, porque si no lo hace, puede quedarse no con tres niños, sino con ninguno. —Levantó la voz y la dirigió hacia el lugar donde se encontraba Faraday, que tenía el ceño fruncido—. Entonces podrá comprobar lo que le gusta trabajar en su cultivo sin más ayuda que la de dos mulas y su mujer.

Telford avanzó hacia el borde del escenario, tenía la cara roja de rabia.

—¿Es que eres capaz de decir cualquier cosa para defender tu postura, desalmado? ¿Eres capaz de contar cualquier mentira?

—Yo no miento ni estoy en posesión de la verdad —respondió Roland—. Si le he dado a alguien la impresión de saber todas las respuestas cuando hace menos de una estación no sabía siquiera que los lobos existían, ruego vuestro perdón. Pero dejad que os cuente una historia antes de daros las buenas noches. Cuando era niño, en Gilead, antes del advenimiento del Hombre Bueno y el gran incendio que lo siguió, había una granja de árboles al este de la baronía.

—¿¿Quién a oído hablar jamás de granjas de árboles?! —gritó alguien con sorna.

Roland sonrió y asintió con la cabeza.

—Tal vez no fueran árboles corrientes, ni siquiera fustafierros, sino que eran flores, una maravillosa madera ligera, aunque resistente. La mejor madera para los barcos que jamás ha existido. Un fino listón de esta madera prácticamente flota en el aire. Tenían más de cuatrocientas hectáreas de tierra, decenas de miles de árboles de fustaflores, dispuestos en hileras perfectas, vigiladas por el silvicultor de la baronía. Y la norma, de la que nunca se conseguía excedencia ni mucho menos se incumplía, era la siguiente: talar dos, plantar tres.

—Ea —dijo Eisenhart—. Sucede algo bastante similar con el ganado normal y con el ganado encauzado; lo que se aconseja es conservar cuatro por cada uno que vendes o sacrificas. No hay muchos que se puedan permitir hacer eso.

Roland paseó la mirada por la multitud.

—Durante la estación de verano en que cumplí diez años, una plaga afectó al bosque de fustaflores. Las arañas cubrieron con sus telas blancas las ramas más altas de algunos árboles, y esos murieron de follaje para abajo, se pudrían y caían por su propio peso mucho antes de que la plaga hubiera llegado a las raíces. El silvicultor vio lo que estaba ocurriendo y ordenó que todos los árboles sanos fueran talados de inmediato. Se hizo para salvar la madera mientras todavía era posible, ¿lo entendéis? Se había acabado lo de talar dos y plantar tres, porque la norma ya no tenía sentido. El verano siguiente, los bosques de flores al este de Gilead habían desaparecido.

Un profundo silencio se hizo entre las yentes. El día había decaído hasta convertirse en una noche prematura. Las teas silbaban. Todas las miradas estaban clavadas en el rostro del pistolero.

—Aquí, en el Calla, los lobos talan niños. Y ni siquiera tienen que tomarse la molestia de plantarlos, porque, atendedme, eso ya lo hacen los hombres y las mujeres, incluso los niños lo saben. «Mi papa no es un zoquete / mama planta el commala / pues sabe qué hacer tiene.»

Se oyó un murmullo entre las yentes.

—Los lobos recolectan, luego esperan. Recolectan... y esperan. A ellos les ha funcionado, porque los hombres y las mujeres siempre plantan nuevos niños, no importa qué les ocurra. Pero ahora llega algo nuevo, ahora llega la plaga.

Took empezó a decir:

—Ea, dices verdad, vosotros sois la plaga...

Entonces alguien le quitó el sombrero de un manotazo. Eben Took se volvió, buscó al culpable y vio unas cincuenta caras de pocos amigos. Recogió el sombrero con brío, se lo apoyó en el pecho y no dijo más.

—Si ven que aquí se les ha acabado lo de recolectar niños —dijo Roland—, esta última vez no solo se llevarán mellizos, esta vez se llevarán a los que puedan ponerles la mano encima mientras haya cosecha. Así que traed a vuestros pequeños aquí a las siete. Ese es el mejor consejo que puedo daros.

—¿Qué opción les has dejado? —preguntó Telford. Estaba pálido de rabia y furia.

Roland ya estaba harto de él. Su voz se elevó hasta convertirse en un grito, y Telford retrocedió por la intensidad repentina de la mirada de esos ojos azules deslumbrantes.

—Los tuyos no tienen de qué preocuparse, sai, porque tus hijos ya son mayores, como sabe todo el pueblo. Ya has tenido tu turno de palabra. Ahora ¿por qué no te callas?

Un estruendo de aplausos y pataleo de botas fue la respuesta. Telford aguantó los bramidos y abucheos cuanto pudo. Agachó la cabeza entre los hombros caídos como un toro a punto de arremeter, se volvió y empezó a abrirse camino entre la multitud. Took lo siguió. Pasados unos minutos, hubieron desaparecido. No mucho después, la reunión terminó. No hubo votación; Roland no les había dado nada por lo que votar.

Mientras empujaba la silla de Susannah hacia los refrigerios, Eddie volvió a pensar que no había sido en absoluto agradable.

CINCO

No mucho después, Roland abordó a Ben Slightman. El capataz estaba de pie bajo uno de los pilares del porche, manteniendo en equilibrio una taza de café y un plato con un trozo de pastel. Roland también tenía pastel y café. Sobre la hierba, la tienda de los niños se había convertido por el momento en la tienda de los refrigerios. Una larga cola de gente que esperaba serpenteaba hasta ella. Se oían conversaciones en voz baja, pero pocas risas. Más cerca, Benny y Jake jugaban a tirar una pelota de goma, dejando de vez en cuando que Acho participase. El brambo ladraba de felicidad, pero los muchachos parecían tan apagados como la gente que esperaba en la cola.

—Has hablado bien esta noche —dijo Slightman, y chocó su taza de café contra la de Roland.

—¿Lo dices en serio?

—Sea. Por supuesto que estaban preparados, como creo que ya sabes, pero Faraday debe de haber sido una sorpresa para ti, y te has defendido bien.

—Solo he dicho la verdad —respondió Roland—. Si los lobos pierden a suficientes miembros de su ejército, cogerán lo que puedan y cortarán por lo sano. A las leyendas les crece la barba, y treinta y tres años es mucho tiempo para dejarse una bien larga. Las yentes del Calla suponen que hay miles de lobos en Tronido, tal vez millones, aunque dudo que eso sea cierto.

Slightman lo estaba mirando con sincera fascinación.

—¿Por qué?

—Porque las cosas se están agotando —se limitó a decir Roland, y luego añadió—: Necesito que me prometas algo.

Slightman lo miró con cautela. Los cristales de sus gafas centelleaban a la luz de las teas.

—Si puedo, Roland, lo haré.

—Asegúrate de que tu chico está aquí cuatro noches a partir de hoy. Su hermana está muerta, pero dudo que eso lo convierta en un hijo único para los lobos. Es muy probable que todavía posea lo que vienen a buscar.

Slightman no hizo ningún esfuerzo por ocultar su alivio.

—Ea, aquí estará. Jamás se me ocurriría hacer otra cosa.

—Bien. Y tengo una misión para ti, si es que puedes realizarla.

La mirada cautelosa reapareció.

—¿De qué misión se trata?

—Al principio pensaba que seis personas serían suficientes para vigilar a los niños mientras nosotros nos ocupamos de los lobos, pero entonces Rosalita me preguntó qué iba a hacer si se asustaban y les entraba el pánico.

—Ya, pero los tendrás en una cueva, ¿verdad? —preguntó Slightman, bajando la voz—. Los pequeños no pueden ir muy lejos dentro de una cueva, aunque se asusten.

—Lo bastante lejos como para llegar a una pared y romperse la crisma o caer por un agujero en la oscuridad. Si uno empezara la estampida por los gritos, el humo y el fuego, podrían caer todos en un agujero. He decidido que será mejor tener a diez personas vigilando a los pequeños. Me gustaría que tú fueras una de ellas.

—Roland, me halagas.

—¿Eso es un sí?

Slightman hizo un gesto de asentimiento. Roland lo miró.

—Sabes que si perdemos, los que vigilen a los niños pueden morir.

—Si pensase que ibais a perder, jamás hubiera accedido a estar allí con los pequeños. —Hizo una pausa—. Ni a enviar a los míos.

Slightman bajó la voz aún más.

—Gracias, Ben, eres un buen hombre.

—¿Cuál de las minas va a ser? ¿La Gloria o la Petirrojo? —Y cuando Roland no respondió de inmediato—: Claro que lo entenderé si prefieres no decir nada...

—No es eso —dijo Roland—. Es que no lo hemos decidido todavía.

—Pero será una u otra.

—¡Ea!, ¿dónde si no? —dijo Roland distraídamente y empezó a liarse un cigarrillo.

—¿Os abalanzaréis sobre ellos?

—No funcionaría —aseguró Roland—. Ángulo incorrecto. —Se golpeó el pecho, sobre el corazón—. Hay que darles aquí, recuerda. En otros lugares... no sirve. Incluso una bala que atravesase la armadura no le haría mucho daño a un zombi.

—Es un problema, ¿no?

—Es una oportunidad —le corrigió Roland—. ¿Conoces el pedregal que se extiende bajo la pasarela de acceso a esas viejas minas de granate? ¿El que parece un babero de bebé?

—Ea.

—Nos ocultaremos allí, allí abajo. Cuando carguen contra nosotros, nos levantaremos y... —Roland levantó un dedo, apuntó con él a Slightman e hizo el gesto de disparar un arma.

Apareció una sonrisa en el rostro del capataz.

—Roland, ¡eso es brillante!

—No —le contradijo—, solo sencillo, pero lo sencillo suele ser lo mejor. Creo que les sorprenderemos. Los rodearemos y los eliminaremos. Me ha funcionado antes y no hay razón para que no vuelva a funcionar.

—No, supongo que no.

Roland miró a su alrededor.

—Será mejor que no hablemos de estas cosas aquí, Ben. Sé que es seguro hablar contigo, pero...

Ben asintió a toda prisa.

—No digas más, Roland, lo entiendo.

La pelota rodó hasta los pies de Slightman. Su hijo levantó las manos en esa dirección, sonriendo.

—Papá, tírala.

Ben lo hizo, y con fuerza. La pelota voló, como lo había hecho el plato de Molly en la historia del abuelo. Benny saltó, la cogió con una mano y rió. Su padre le sonrió de oreja a oreja con cariño, luego miró a Roland.

—¿Menudo par, verdad?, el tuyo y el mío.

—Ea —dijo Roland, casi sonriendo—. Son casi como hermanos.

SEIS

El ka-tet regresó tranquilamente hacia la rectoría, cabalgaban en formación de cuatro y sentían las miradas de todo el pueblo que observaba cómo se marchaban; la muerte a caballo.

—¿Estás contento de cómo ha ido, cielo? —le preguntó Susannah a Roland.

—¡Qué remedio! —exclamó, y empezó a liarse un cigarrillo.

—Me gustaría probar uno de esos —dijo Jake de pronto.

Susannah le dedicó una mirada a ambos, a un tiempo sorprendida y maravillada.

—Para el carro, cielo, todavía no has cumplido los trece.

—Mi padre empezó a los diez.

—Y lo más probable es que esté muerto a los cincuenta —dijo Susannah con seriedad.

—No será una gran pérdida —masculló Jake, pero no siguió con el tema.

—¿Y Mia? —preguntó Roland, al tiempo que hacía saltar una cerilla con la uña del pulgar—.

¿Está tranquila?

—Si no fuera por vosotros, chicos, ni siquiera creería en la existencia de esa tipa.

—¿Y tu vientre, también está tranquilo?

—Sí.

Susannah supuso que todo el mundo tenía reglas sobre las mentiras; la suya era que si uno iba a contar una mentira, tenía que hacer todo lo posible por ser breve. Si llevaba un chaval en el vientre, una especie de monstruo, dejaría que la ayudasen con esa preocupación dentro de una semana a contar desde esa noche. Si todavía eran capaces de preocuparse por algo, tal como estaban las cosas. De momento no hacía falta que se enterasen de los pequeños calambres que había tenido.

—Entonces, todo está bien —sentenció el pistolero. Cabalgaron en silencio durante un tiempo, y luego dijo—: Espero que vosotros dos sepáis cavar. Habrá que cavar un poco.

—¿Tumbas? —preguntó Eddie, no muy seguro de si estaba bromeando o no.

—Las tumbas llegarán más tarde. —Roland levantó la mirada al cielo, pero las nubes habían avanzado hacia el oeste y habían ocultado las estrellas—. Recordad, los vencedores son los que las cavan.

VI
ANTES DE LA TORMENTA

UNO

Alzándose desde la oscuridad, lastimera y acusatoria, llegó la voz de Henry Dean, el gran sabio y eminente yonqui.

—¡Estoy en el infierno, tronco! ¡Estoy en el infierno y no puedo pillar jaco y es todo por tu culpa!

—¿Cuánto tiempo cree que tendremos que estar aquí? —le preguntó Eddie a Callahan.

Acababan de llegar a la Cueva de la Puerta, y el hermanito del gran sabio jugueteaba con un par de balas en la mano derecha como si fueran dados: «Dadle al nene un siete para que se quede tranquilo». Era el día siguiente a la gran reunión, y cuando Eddie y el padre habían salido cabalgando del pueblo, la calle principal estaba inusualmente silenciosa. Era casi como si el Calla se ocultase de sí mismo, abrumado por la responsabilidad que había asumido.

—Me temo que será un buen rato —admitió Callahan.

Su aspecto era impecable (y anodino, o al menos eso esperaba). En el bolsillo de la pechera llevaba todo el dinero estadounidense que habían sido capaces de reunir: once dólares arrugados y un par de monedas de veinticinco centavos. Pensó que resultaría amargamente divertido si aparecía en una versión de Estados Unidos en la que Lincoln estuviera en los billetes de un dólar y Washington en los de cincuenta—. Aunque creo que podemos hacerlo por partes.

—Gracias a Dios que existen los pequeños favores —dijo Eddie, y sacó la bolsa rosa de detrás de la estantería de libros de Torre. La levantó con ambas manos, empezó a volverse y luego se detuvo. Tenía el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Callahan.

—Aquí hay algo.

—Sí, la caja.

—No, digo que hay algo en la bolsa. Creo que está pegado al forro. Parece una pequeña piedra. Quizá esté en un bolsillo secreto.

—Y puede —dijo Callahan— que este no sea el momento de averiguarlo.

Aun así, Eddie le dio al objeto otro pequeño tiento. No parecía exactamente una piedra. Sin embargo, seguramente Callahan tenía razón, ya tenían suficientes misterios que resolver, este lo dejarían para otro día.

Cuando Eddie sacó la caja de fustánima de la bolsa, un miedo enfermizo lo invadió tanto mental como emocionalmente.

—Odio esto. Sigo sintiéndome como si fuera a volverse contra mí y a comerme como si fuera... como si fuera un taco.

—Seguramente podría hacerlo —dijo Callahan—. Si sientes que ocurre algo malo de verdad, Eddie, cierra esa maldita cosa.

—Si lo hiciera se le quedaría el culo en el otro lado.

—Ese lugar no me es precisamente desconocido —objetó Callahan, mirando la puerta aislada. Eddie escuchó a su hermano; Callahan escuchó a su madre, intimidándolo sin parar, llamándolo Donnie. Siempre había odiado que lo llamaran Donnie—. Esperaré a que vuelva a abrirse.

Eddie se metió las balas en las orejas.

—¿Por qué estás dejando que haga eso, Donnie?—susurró la madre de Callahan desde la oscuridad—. Meterse balas en las orejas... jeso es peligroso!

—Adelante —dijo Eddie—. Hágalo.

Abrió la caja. Las campanillas arremetieron contra los oídos de Callahan y contra su corazón. La puerta hacia todas partes se abrió de forma sonora.

DOS

Atravesó el umbral pensando en dos cosas: en el año 1977 y en el lavabo de los hombres del primer piso de la Biblioteca Pública de Nueva York. Entró en un lavabo con retretes separados por mamparas que tenía una pintada en la pared (BANGO SKANK había estado allí) y de algún retrete que quedaba a su izquierda le llegó el ruido de alguien que tiraba de la cadena. Esperó a quien tuviera que salir y luego dejó su cubículo.

Le costó solo diez minutos encontrar lo que necesitaba. Cuando volvió a pasar por la puerta de la cueva, llevaba un libro bajo el brazo. Le pidió a Eddie que saliese con él, y no tuvo que pedirlo dos veces. En cuanto se encontraron al aire libre y bajo la reconfortante luz del sol (las nubes de la noche anterior se habían esfumado), Eddie se quitó las balas de las orejas y examinó el libro. Se titulaba *Rutas del norte*.

—El padre es un ladrón de biblioteca —señaló Eddie—. Es usted la clase de persona que hace que las cuotas mensuales suban.

—Lo devolveré algún día —dijo Callahan, y lo decía en serio—. Lo importante es que tenga suerte en mi segundo intento. Mira la página ciento diecinueve.

Eddie lo hizo. La fotografía mostraba una iglesia completamente blanca que se alzaba sobre una colina a la que se llegaba por un camino de tierra. El pie de foto decía: «Salón de Reunión de East Stoneham. Edificado en 1819». Eddie pensó: «Si los sumas, te da diecinueve. Claro».

Se lo comentó a Callahan, quien sonrió y asintió.

—¿Te has fijado en algo más?

Por supuesto que sí.

—Se parece al Salón de Actos del Calla.

—Sí. Es casi idéntico. —Callahan respiró hondamente—. ¿Listo para la segunda ronda?

—Supongo que sí.

—Esta puede ser más larga, pero no tienes por qué aburrirte, hay muchas cosas que leer.

—No creo que pueda leer —repuso Eddie—. Estoy como un puto flan, y perdón por la expresión. Puede que mire lo que hay en el forro de la bolsa.

Sin embargo, Eddie olvidó el objeto del forro de la bolsa rosa; al final, fue Susannah quien lo descubrió, y cuando lo hizo, ya no era ella misma.

TRES

Pensando en 1977 y con el libro abierto por la página donde estaba la foto del Salón de Reuniones Metodista de East Stoneham, Callahan pasó por la puerta ignota por segunda vez. Salió a una mañana de sol radiante de Nueva Inglaterra. La iglesia estaba allí, pero, desde la época en que la habían fotografiado para *Rutas del norte*, la habían pintado y el camino había sido asfaltado. Cerca de allí se levantaba un edificio que no había salido en la foto: los Almacenes de East Stoneham. Bien.

Se dirigió hasta allí, seguido por la puerta flotante, recordándose a sí mismo que no debía gastarse una de las monedas de veinticinco centavos, que procedía de su modesto alijo personal, a menos que fuera estrictamente necesario. La de Jake databa de 1969, así que no pasaba nada. Sin embargo, la suya era de 1981, y eso podía ser problemático. Cuando pasó caminando junto a los depósitos de la gasolinera Mobil (donde se vendía gasolina normal a cuarenta y nueve centavos el galón), se cambió esa moneda al bolsillo trasero del pantalón.

Al entrar a la tienda, que olía casi igual que la de Took, sonó una campanilla. A la izquierda había una pila de *Portland Press-Herald* y la fecha de esos periódicos le produjo un desagradable y fugaz sobresalto. Cuando había cogido el libro de la Biblioteca Pública de Nueva York, hacía menos de media hora según su reloj biológico, había sido el 26 de junio. La fecha de esos periódicos era el 27.

Cogió uno para leer los titulares (una inundación en Nueva Orleans, el eterno malestar entre los idiotas asesinos de Oriente Próximo) y fijarse en el precio: diez centavos. Bien, así conseguiría cambio de su moneda de veinticinco centavos del año 1969. Tal vez pudiera comprar un buen salami hecho en Estados Unidos. El tendero le dedicó una mirada alegre cuando se acercó al mostrador.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—Bueno, una cosa más —dijo Callahan—. Me gustaría saber cómo llegar a la oficina de correos, si a bien tiene.

El tendero levantó una ceja y sonrió.

—Por su forma de hablar parece de por aquí.

—¿Así que suelen decir eso? —preguntó Callahan, sonriendo.

—Ea. En cualquier caso, a correos es fácil. Está solamente a un kilómetro y medio siguiendo por este camino, hacia la izquierda. —Su acento era tan peculiar como el de Jamie Jaffords.

—Estupendo. Y ¿vende salami al corte?

—Lo vendo al viejo estilo que usted desee comprarlo —dijo el tendero con amabilidad—. Visitante de verano, ¿verdad?

Sonó algo así como «visianteverano», y Callahan casi esperaba a que añadiera: «Dígamelo, se lo ruego».

—Supongo que se podría decir que sí —contestó Callahan.

CUATRO

En la cueva, Eddie luchaba contra el apagado aunque enloquecedor sonido de las campanillas y miraba por la puerta entreabierta. Callahan avanzaba por un camino de campo. ¡Bien por él! Mientras tanto, puede que el niño de la señora Dean intentase leer un poco. Con una fría (y algo temblorosa) mano, llegó a la estantería y sacó un volumen que estaba dos por debajo de un libro que habían puesto del revés, un libro que seguramente le habría cambiado el día si lo hubiera cogido por casualidad. Lo que escogió en su lugar fue *Cuatro relatos de Sherlock Holmes*. ¡Ah!, Holmes, otro gran sabio y eminente yonquí. Eddie abrió por *Un estudio en escarlata* y empezó a leer. Cada cierto tiempo se descubría mirando a la caja, desde donde la Trece Negra emitía su extraña fuerza. Solo veía una curva de cristal. Después de un breve instante dejó de intentar leer y se dedicó a mirar únicamente a la curva de cristal. Cada vez se sentía más y más fascinado. Las campanillas se estaban apagando y eso era bueno, ¿no? Pasado un rato apenas las oía. Un poco después de aquello, una voz atravesó las balas que tenía en las orejas y empezó a hablarle. Eddie escuchó.

CINCO

—Disculpe, señora.

—¿Sí?

La jefa de la oficina de correos era una mujer de cincuenta y muchos o sesenta y pocos años, vestida para recibir al público y el pelo teñido de un perfecto blanquiazul de salón de belleza.

—Querría dejar una carta para unos amigos míos —dijo Callahan—. Son de Nueva York, y seguramente serán clientes de la lista de apartados de correos.

Había discutido con Eddie porque decía que Calvin Torre, que estaba escapando de una panda de peligrosos matones que casi con total seguridad todavía querrían ver su cabeza empalada, no haría algo tan estúpido como registrarse en la lista de correo. Eddie le había recordado cómo se había comportado Torre con sus puñeteras y valiosas primeras ediciones, y Callahan había accedido al final al menos a intentarlo.

—¿Están de veraneo?

—Sí —admitió Callahan, pero no lo hizo muy bien—. Quiero decir, ea. Se llaman Calvin Torre y Aaron Deepneau. Supongo que no es información que usted le pueda dar a alguien que aparece así de repente, de la calle, pero...

—Oh, por estos lares no nos preocupamos mucho de esas cosas —dijo. A Callahan su acento seguía recordándole mucho al de las gentes del Calla—. Deje que revise la lista... no solicitan tantos durante todo el mes de mayo...

Cogió una tablilla de sujetapapeles con tres o cuatro hojas prendidas y hechas jirones del mostrador que tenía a un lado. Había muchos nombres escritos a mano. Pasó la primera hoja, luego la segunda y luego la tercera.

—¡Deepneau! —exclamó—. Ea, aquí está. Ahora... déjeme ver si puedo encontrar al otro...

—No importa —dijo Callahan.

De repente se sintió incómodo, como si algo hubiera ido mal en el otro lado. Miró hacia atrás y no vio nada más que la puerta, la cueva y a Eddie sentado con las piernas cruzadas con un libro sobre el regazo.

—¿Alguien le sigue? —preguntó la funcionaría de correos, sonriendo.

Callahan rió. A él mismo le sonó a sonrisa forzada y estúpida, pero, por lo visto, la funcionaría de correos no notó nada raro.

—Si tuviera que escribirle a Aaron una nota y la metiese en un sobre con sello, ¿se ocuparía de que la recibiese en cuanto llegase? ¿O cuando llegase el señor Torre?

—Oh, no hace falta que compre un sello —dijo ella, con tono agradable—. Estaré encantada de hacerlo.

Sí, era como el Calla. De pronto le gustó mucho aquella mujer. Le gustó muy, pero que muy mucho.

Callahan fue hacia el mostrador junto a la ventana (la puerta estaba produciendo un claro *do-si-do* cuando se volvió) y escribió rápidamente una nota; primero se presentó como un amigo del hombre que había ayudado a Torre con lo de Jack Andolini. Les decía a Deepneau y a Torre que dejaran su coche donde estaba y que dejaran algunas luces encendidas en el lugar donde vivían, y que luego se trasladasen a otro sitio cercano, un establo, un camping abandonado, o incluso un cobertizo. Que lo hicieran de inmediato. «Dejen una nota con las indicaciones para llegar a donde se encuentran debajo de la alfombrilla del asiento del conductor de su coche, o bajo la escalera del porche trasero —escribió—. Estaremos en contacto.» Esperó estar haciendo lo correcto; no habían acabado de concretar demasiado aquella parte y jamás había esperado tener que hacer cosas tan relacionadas con la intriga y el misterio. Firmó como Roland le había dicho: Callahan, del Eld. Luego, pese a su creciente incomodidad, añadió otra línea, casi acuchillando las letras en el papel: «Y que esta visita a la oficina de correos sea LA ÚLTIMA. ¿Cómo puede ser tan estúpido?».

Puso la nota en un sobre, lo cerró y escribió en la parte de delante: AARON DEEPNEAU O CALVIN TORRE, LISTA DE APARTADOS DE CORREOS. La volvió a llevar al mostrador.

—Me gustaría comprar un sello —volvió a decirle a la funcionaria.

—Ni hablar, solo dos centavos por el sobre y estamos en paz.

Le dio la moneda de cinco centavos que le había sobrado de la tienda, cogió sus tres centavos de cambio y se dirigió hacia la puerta. Hacia la normal.

—Que tenga buena suerte —le gritó la trabajadora de correos.

Callahan volvió la cabeza, la miró y dijo gracias. Al hacerlo vio con el rabillo del ojo la puerta ignota, todavía estaba abierta. Sin embargo, no vio a Eddie. Eddie había desaparecido.

SEIS

Callahan se volvió hacia esa extraña puerta en cuanto salió de la oficina de correos. Normalmente no se podía hacer así, por lo general se movía con uno como una pareja de baile, aunque parecía reconocer el momento en que uno intentaba cruzarla. Entonces uno se la encontraba de frente.

En cuanto regresó, las campanillas del exotransito lo atacaron, como si trataran de abrir surcos en la superficie de su cerebro. Desde las entrañas de la cueva su madre gritó:

—¡Mira qué has hecho, Don, te has ido y has dejado que ese agradable chico se suicide! ¡Estará en el purgatorio para siempre y es culpa tuya!

Callahan apenas oía. Corrió hacia la entrada de la cueva, llevando todavía el *Press-Herald* que había comprado en el Almacén de East Stoneham bajo el brazo. Tuvo el tiempo justo para ver que la caja no se había cerrado, lo cual lo habría convertido en un prisionero de East Stoneham, en Maine, aproximadamente en 1977; un grueso libro trababa la tapa. Callahan tuvo tiempo incluso de leer el título: *Cuatro relatos de Sherlock Holmes*. Entonces salió a la luz del sol.

Al principio no vio nada más que la roca del camino que ascendía hasta la entrada de la cueva, convencido de que la voz de su madre había dicho la verdad. Entonces miró hacia la izquierda y vio a Eddie a tres metros de distancia, al final del estrecho camino, tambaleándose hacia el borde de la roca. Llevaba la camisa por fuera, cuyos faldones revoloteaban en torno a la culata del enorme revólver de Roland. Sus rasgos, que solían ser afilados y astutos, ahora parecían hinchados e inexpresivos. Era el rostro aturdido de un guerrero que no se tenía en pie. El pelo le revoloteaba sobre las orejas. Se balanceó hacia delante... luego tensó los labios y los ojos parecieron casi recobrar la consciencia. Se cogió a un saliente de roca y volvió a tambalearse hacia atrás.

«Está luchando contra ella —pensó Callahan—. Y estoy seguro de que está luchando a conciencia, pero está perdiendo.»

Gritar podría hacer que cayera por el precipicio; Callahan lo sabía por intuición de pistolero, siempre más aguda y más fiable en momentos problemáticos. En lugar de gritar, corrió por lo que quedaba de camino y con una mano cogió los faldones de la camisa de Eddie justo cuando este se balanceaba hacia delante una vez más, esta vez soltando la mano del saliente rocoso que estaba junto a él para ponérsela encima de los ojos en un gesto que resultó cómico sin pretenderlo: «Adiós, mundo cruel».

Si la camisa se hubiera roto, sin duda alguna, Eddie Dean se habría librado del gran partido que iba a jugar el ka, pero puede que incluso los faldones de las camisas tejidas a mano de Calla Bryn Sturgis (porque eso era lo que llevaba) sirvieran al ka. En cualquier caso, la camisa no se desgarró, y Callahan había echado mano de una gran parte de la fuerza física que había ejercitado durante sus años en la carretera. Tiró de Eddie hacia atrás y lo retuvo entre los brazos, pero no antes de que la cabeza del joven se golpeará contra el saliente de roca del que se había agarrado unos segundos antes. Pestañeó y miró a Callahan con una especie de estúpido desconcierto. Dijo algo que a Callahan le pareció un galimatías: «Dishe pueo volaciatorre».

Callahan lo cogió por los hombros y lo sacudió:

—¿Qué? ¡No te entiendo! —Y tampoco tenía muchas ganas de hacerlo, pero debía comunicarse con él como fuera, tenía que recuperar a Eddie de donde la execrable cosa de la caja lo hubiera llevado—. No...te entiendo.

Esta vez la respuesta fue más clara:

—Dice que puedo volar hacia la Torre. Puedes dejarme ir. ¡Quiero ir!

—No puedes volar, Eddie. —No estaba seguro de que lo hubiera entendido, así que agachó la cabeza, bien abajo, hasta que Eddie y él estuvieron a la misma altura, frente a frente, como dos amantes—. Trataba de matarte.

—No... —empezó a decir Eddie, y entonces, sus ojos, a un centímetro de los de Callahan, recobraron la consciencia y se abrieron de par en par al comprenderlo todo—. Sí.

Callahan levantó la cabeza, aunque siguió, por prudencia, manteniendo agarrado a Eddie por los hombros.

—¿Ya estás bien?

—Sí, al menos, eso creo. Estaba bien, padre. Juro que lo estaba. Quiero decir, las campanillas me estaban dando caña, pero de no ser por eso, estaba bien. Incluso cogí un libro y empecé a leer. —Echó un vistazo a su alrededor—. Jesús, espero no haberlo perdido. Torre me arrancaría la cabellera.

—No lo has perdido. Lo trabaste en la caja poco después, y eso estuvo de puta madre. Si no, la puerta se habría cerrado y estarías convertido en puré de tomate a unos doscientos metros más abajo.

Eddie miró por el borde del precipicio y se puso totalmente pálido. Callahan tuvo el tiempo justo de arrepentirse por su sinceridad antes de que Eddie le vomitase sobre sus botines nuevos.

SIETE

—Se me acercó sigilosamente, padre —dijo cuando pudo hablar—. Me adormeció y luego me saltó encima.

—Sí.

—¿Ha conseguido algo durante el tiempo que ha pasado allí?

—Si reciben mi nota y hacen lo que dice en ella, bastante. Tenías razón. Al menos Deepneau se había apuntado a la lista de apartados de correos. En cuanto a Torre, no lo sé. —Callahan sacudió la cabeza con gesto enfadado.

—Creo que vamos a averiguar que Torre le dijo a Deepneau que lo hiciera —dijo Eddie—. Cal Torre todavía no cree en lo que se ha metido, y después de lo que me acaba de ocurrir, de lo que casi me ha ocurrido, siento cierta lástima por esa forma de pensar. —Miró lo que Callahan todavía llevaba metido debajo del brazo—. ¿Qué es eso?

—El periódico —dijo Callahan, y se lo ofreció a Eddie—. ¿Quieres leer algo sobre Golda

Meir?

OCHO

Roland escuchó con detenimiento esa noche mientras Eddie y Callahan narraban sus aventuras en la Cueva de la Puerta y más allá. El pistolero parecía menos interesado en la experiencia próxima a la muerte de Eddie que en los parecidos entre Calla Bryn Sturgis y East Stoneham. Incluso le pidió a Callahan que imitase el acento del tendero y de la funcionaria de correos. Callahan (que al fin y al cabo era un antiguo residente de Maine) se defendió bastante bien.

—Si a bien tiene —dijo Roland, y luego añadió—: Ea. Si a bien tiene, ea. —Se sentó pensativo, con el talón de una bota apoyado en la valla del porche de la rectoría.

—¿Crees que estarán bien durante un tiempo? —preguntó Eddie.

—Eso espero—respondió Roland—. Si quieres preocuparte por la vida de alguien, preocúpate por la de Deepneau. Si Balazar no se ha rendido en lo del solar vacío, tendrá que mantener a Torre vivo. Ahora Deepneau no es más que una simple ficha del Miradme.

—¿Podemos dejarlos hasta que pase lo de los lobos?

—No veo qué otra alternativa tenemos.

—¡Podríamos dejar todo este asunto e ir a East Quintocoño y protegerlo! —dijo Eddie con indignación—. ¿Qué te parece? Escucha, Roland, te diré exactamente por qué Torre le dijo a su amigo que se apuntase a la lista de apartados de correos: alguien tiene un libro que él quiere, lo ha hecho por eso. Estaba regateando por él y las negociaciones llegaron a un punto delicado cuando yo aparecí y lo persuadí para que se fuera a las montañas. Pero Torre... tío, es como un chimpancé con un puñado de plátanos. No lo soltará. Si Balazar lo sabe, y seguro que lo sabe, no necesitará un código postal para encontrar a su hombre, simplemente una lista de las personas con las que Torre hace negocios. Espero por Dios que si había una lista, se haya quemado en el incendio.

Roland estaba asintiendo con la cabeza.

—Entiendo, pero no nos podemos ir. Lo hemos prometido.

Eddie lo pensó, suspiró, y sacudió la cabeza.

—¡Qué coño!, tres días y medio más por aquí, diecisiete por allá antes de que el contrato que Torre firmó caduque. Las cosas seguramente aguantarán hasta entonces. —Hizo una pausa y se mordió el labio—. A lo mejor.

—¿«A lo mejor» es lo mejor que tenemos? —preguntó Callahan.

—Sí —afirmó Eddie—. De momento supongo que sí.

NUEVE

A la mañana siguiente, una Susannah Dean en extremo asustada estaba sentada en el retrete a los pies de la colina, agachada, esperando que remitiese el ciclo de contracciones de ese momento. Las tenía desde hacía más de una semana, pero esas eran mucho más fuertes con diferencia. Se puso las manos sobre el bajo vientre. La piel de esa zona estaba tan tensa que resultaba alarmante.

«Oh, Dios mío de mi vida, ¿y si lo tengo ahora mismo? ¿Y si lo tengo ya?»

Intentó convencerse a sí misma de que eso era imposible, no había roto aguas y no podía haber parto hasta que eso no ocurriera. Pero ¿qué sabía ella en realidad sobre lo de tener bebés? Muy poco. Incluso Rosalita Muñoz, comadrona de gran experiencia, no podría ayudarla mucho, porque la trayectoria profesional de Rosa había consistido en traer al mundo a bebés humanos, de madres que de verdad tenían aspecto de embarazadas. Susannah parecía menos embarazada ahora que cuando acababan de llegar al Calla. Y si Roland estaba en lo cierto sobre ese bebé...

«No es un bebé. Es un chaval, y no me pertenece. Le pertenece a Mia, sea quien sea. Mia, hija de nadie.»

DIEZ

Al día siguiente, Eddie y Tian Jaffords fueron a buscar a Andy y lo encontraron solo en la amplia y polvorienta intersección del Camino del Este y el Camino del Río, cantando a todo...

—De eso nada —dijo Eddie cuando Tian y él se acercaban—, no se puede decir «cantando a todo pulmón», él no tiene pulmones.

—¿Ruego perdón? —dijo Tian.

—Nada —dijo Eddie—. Da igual. —Pero, por asociación de ideas (de los pulmones con la anatomía en general), se le había ocurrido una pregunta—. Tian, ¿hay un médico en el Calla?

Tian lo miró con sorpresa y algo divertido.

—Nosotros no tenemos, Eddie. Los matasanos pueden irles bien a los ricos que tienen tiempo para visitarlos y el dinero para pagarles, pero cuando nosotros nos ponemos malos, vamos a una de las Hermanas.

—Las Hermanas de Oriza.

—Ea. Si la medicina es buena, y suele serlo, nos ponemos bien. Si no lo es, nos ponemos peor. Al final, la tierra lo cura todo, ¿entiendes?

—Sí —respondió Eddie, pensando en lo difícil que debía de ser para ellos encajar a los niños arrunados en una visión como esa de las cosas. Los que volvían arrunados al final morían, aunque durante años se limitaban a... sobrevivir.

—Hay solo tres cajas en un hombre, no más —dijo Tian cuando se acercaban al solitario robot cantarín.

En la distancia, en dirección este, entre Calla Bryn Sturgis y Tronido, Eddie vio columnas de polvo levantándose hacia el cielo azul, aunque donde ellos se encontraban, la atmósfera estaba perfectamente tranquila.

—¿Cajas?

—Ea, dices verdad —dijo Tian, luego se tocó rápidamente la ceja, el pecho y el culo—. La caja de la cabeza, la de las tetas, y la de la mierda. —Y se rió a mandíbula batiente.

—¿Y ese vocabulario? —preguntó Eddie, sonriendo.

—Bueno... por aquí, entre nosotros, no pasa nada —dijo Tian—, aunque supongo que ninguna señora como Dios manda iba a permitir que se hablara así de las cajas si estuviéramos sentados a la mesa. —Volvió a tocarse la cabeza, el pecho y el culo—. Caja de ideas, caja de sentimientos y caja de ya ves.

Eddie entendió «llaves».

—¿Qué quiere decir esa última? ¿Qué llaves abren el culo?

Tian se detuvo. Estaban a la vista de Andy, pero el robot no les hizo ni caso, estaba cantando algo parecido a una ópera en un idioma que Eddie no sabía. Cada cierto tiempo, el autómeta levantaba los brazos o los cruzaba, los gestos parecían parte de la canción que estaba cantando.

—Atiéndeme —dijo Tian con amabilidad—. Un hombre está lleno, te consta. Arriba están sus pensamientos, que son la mejor parte de un hombre.

—O de una mujer —observó Eddie, sonriendo.

Tian asintió con la cabeza y muy serio.

—Ea, o de una mujer, pero nosotros usamos «hombre» para referirnos a ambos sexos, porque una mujer nace del aliento de un hombre, ya te consta.

—¿En serio? —preguntó Eddie, pensando en algunas mujeres de mentalidad liberal que había conocido antes de irse de Nueva York para partir hacia el Mundo Medio. Dudaba que ellas se tomaran demasiado en serio esa idea más de lo que lo hacían con esa parte de la Biblia en la que se decía que Eva había sido creada de una costilla de Adán.

—Así ha de ser —afirmó Tian—, pero fue lady Oriza la que dio a luz al primer hombre, así te lo contarán los ancianos. Dicen: *Can-ah, can-tah, annah, Oriza*. «Todos los alientos proceden de la mujer.»

—Bueno, hábame de esas cajas.

—La mejor y más elevada está en la cabeza, que contiene todas las ideas y sueños. A continuación, está la del corazón, con todos nuestros sentimientos de amor, tristeza, placer y felicidad...

—Las emociones.

Tian puso una cara que expresaba a un tiempo sorpresa y respeto.

—¿Así lo llamáis vosotros?

—Bueno, así lo llamamos en el lugar de donde provengo, así que, así ha de ser.

—Ah —asintió Tian como si el concepto fuera interesante aunque casi incomprensible. Esta vez, en lugar de tocarse el culo, se dio un golpecito en la entrepierna—. En la última caja está todo lo que podemos llamar commala bajo: echar un polvo, cagar, o tal vez el hecho de hacer una malicia a alguien sin razón alguna.

—¿Y si tienes una razón?

—Oh, pero entonces ¿no sería tan malicioso, no? —preguntó Tian, poniendo cara de asombro—. En ese caso, saldría de la caja del corazón o de la caja de la cabeza.

—Eso es raro —dijo Eddie, aunque suponía que no lo era, no en realidad.

En su imaginación podía ver tres claros cajones llenos: la cabeza encima del corazón, el corazón encima de todas las funciones animales y las iras injustificadas que la gente siente algunas veces. Estaba especialmente fascinado por el uso que hacía Tian de la palabra malicia, como si fuera una especie de rasgo de su conducta. ¿Tenía eso sentido o no lo tenía? Tendría que pensarlo con detenimiento, y ese no era el momento.

Andy seguía allí, brillando al sol, cantando a gritos su canción. Eddie recordó vagamente a algunos chicos del barrio que gritaban «Soy el barbero de Sevilla, ven a probar mi puta cuchilla», y luego se iban corriendo, riendo como locos.

—¡Andy! —exclamó Eddie, y el robot se calló de inmediato.

—Salve, Eddie, ¡le veo bien! ¡Largos días y placenteras noches!

—Lo mismo digo —respondió Eddie—. ¿Cómo estás?

—¡Bien, Eddie! —dijo Andy con fervor—. Siempre me gusta cantar antes del primer seminon.

—¿Seminon?

—Así llamamos a los vendavales que se levantan antes del verdadero invierno —le explicó Tian, y señaló las nubes de polvo que se encontraban mucho más allá del Whye—. Por allá lejos viene el primero; creo que llegará o bien el día de los lobos o bien al día siguiente.

—El de los lobos, sai —dijo Andy—. «Cuando el seminon llega, los días de calor vuelan», eso dicen. —Se inclinó hacia Eddie. Se oyeron unos ruidos metálicos en el interior de su refulgente cabeza. Sus ojos azules centelleaban apagándose y encendiéndose—. Eddie, he predicho un horóscopo genial, muy largo y complejo, y muestra la victoria contra los lobos. Una gran victoria en realidad. ¡Derrotará al enemigo y luego conocerá a una hermosa mujer!

—Ya tengo una hermosa mujer —replicó Eddie, intentado que su voz no dejase de ser agradable.

Sabía muy bien lo que querían decir esos centelleantes ojos azules; el hijo de puta se estaba burlando de él. «Bueno —pensó—, a lo mejor dentro de un par de días se te quitan las ganas de reír, Andy. De verdad que lo espero.»

—Pues claro que la tienes, pero muchos hombres casados han tenido su manceba, como le dije a sai Tian Jaffords no hace tanto tiempo.

—No los que aman a sus esposas —replicó Tian—. Te lo dije entonces y te lo repito ahora.

—Andy, viejo colega —dijo Eddie de todo corazón—, hemos venido con la esperanza de que colabores con nosotros la noche antes de que lleguen los lobos. Queremos que nos ayudes un poco, ya sabes.

Se produjeron varios sonidos secos en lo más profundo del pecho de Andy, y esta vez, cuando le centellearon los ojos, parecieron casi alarmados.

—Lo haría si pudiera, sai —contestó Andy—, oh, sí, no hay nada que me gustase más que ayudar a mis amigos, pero hay muchísimas cosas que no puedo hacer, pese a lo mucho que me gustaría poder hacerlas.

—Por tu programación.

—Ea.

El tono petulante que expresaba alegría por el encuentro con el interlocutor había abandonado la voz de Andy. Ahora sonaba más a máquina. «Así es Andy cuando se anda con

cuidado. Los has visto venir, ¿verdad, Andy? Algunas veces te llaman saco inútil de tornillos y la mayoría te ignoran, pero en cualquier caso tú acabas caminando por encima de sus huesos y cantando tus canciones, ¿verdad? Pero esta vez no, amigo. No, creo que no.»

—¿Cuándo te montaron, Andy? Siento curiosidad. ¿Cuándo abandonaste la vieja cadena de producción de LaMerk?

—Hace mucho tiempo, sai. —Los ojos centelleaban muy despacio. Ya no reía.

—¿Hace dos mil años?

—Hace más, creo. Sai, me sé una canción sobre la bebida que puede que le guste, es muy entretenida...

—Quizá en otro momento. Escucha, buen amigo, si tienes miles de años de edad, ¿cómo es que en tu programación aparecen los lobos?

Desde el interior de Andy se oyó un golpeteo profundo y reverberante, como si algo se hubiera roto. Cuando volvió a hablar, fue con una voz apagada y carente de emociones que Eddie había oído por primera vez en las lindes del Bosque Medio. Era como la voz de Bosco Bob cuando el viejo Bosco se estaba preparando para nublarse y lloverte encima.

—¿Cuál es su contraseña, sai Eddie?

—Creo que ya hemos pasado por esto antes, ¿verdad?

—Contraseña. Tiene diez segundos. Nueve... ocho... siete...

—Esa mierda de la contraseña te viene al pelo, ¿no?

—Contraseña incorrecta, sai Eddie.

—Me parece que me voy a acoger a la quinta enmienda.

—Dos... uno... cero. Puede reintentarlo una vez. ¿Volverás a intentarlo, Eddie?

Eddie le dedicó una sonrisa radiante.

—¿El semion sopla en verano, viejo amigo?

Se oyeron más ruidos secos. La cabeza de Andy, que se había inclinado hacia un lado, ahora se inclinó hacia el otro.

—No le entiendo, Eddie de Nueva York.

—Lo siento, es que estoy siendo un estúpido ser humano, ¿verdad? No, no quiero reintentarlo. Al menos no ahora mismo. Deja que te diga en qué puedes ayudarnos, y tú puedes decirnos si tu programación te permite hacerlo. ¿Eso te parece justo?

—Justo como el aire que respira, Eddie.

—Está bien. —Eddie se acercó y cogió el brazo metálico de Andy. La superficie era suave y en cierta forma desagradable al tacto; grasienta, aceitosa. Pese a ello, Eddie siguió agarrado y bajó la voz hasta adoptar un tono confidencial—. Solo te lo digo porque está claro que se te da bien guardar secretos.

—¡Oh, sí, sai Eddie! ¡Nadie guarda un secreto como Andy! —El robot volvía a tener los pies en el suelo y había recuperado su antiguo ser: petulante y complaciente.

—Bueno... —Eddie se puso de puntillas—. Agáchate.

Los servomotores zumbaron en el interior de la carcasa de Andy, en el interior de lo que habría sido la caja corazón, de no haber sido un hombre de hojalata de alta tecnología. Se agachó. Mientras tanto, Eddie, se estiró hacia arriba un poco más y se sintió absurdo: se imaginaba como un niño pequeño contando un secreto.

—El padre tiene algunas pistolas que están en nuestro nivel de la Torre —le susurró—. De las buenas.

A Andy le giró la cabeza y le relucieron los ojos con un brillo que solo podía haber sido de asombro. Eddie puso cara de póquer, pero se estaba riendo por dentro.

—¿Dices verdad, Eddie?

—Digo gracias.

—El padre dice que son potentes —añadió Tian—. Si funcionan, podemos usarlas para dejar secos a esos putos lobos. Pero tenemos que llevarlas al norte del pueblo... y son muchas. ¿Puedes ayudarnos a cargarlas en una biga la Noche del Lobo, Andy?

Se produjo un silencio. Se oyeron ruidos secos.

—Su programación no se lo permitirá, apuesto a que no —dijo Eddie con tristeza—. Bueno, si conseguimos suficiente apoyo...

—Puedo ayudaros —dijo Andy—. ¿Dónde están las pistolas, sais?

—Será mejor que no te lo digamos en este momento —respondió Eddie—. Te reunirás con nosotros en la rectoría del padre a primera hora de la mañana de la Noche del Lobo, ¿vale?

—¿A qué hora me recogerán?

—¿Qué te parece a las seis?

—Seis en punto. ¿Y cuántas pistolas habrá allí? Dígame eso por lo menos para que pueda calcular los niveles de energía requeridos.

«Amigo mío, hace falta ser un mierda para reconocer la mierda», pensó Eddie con alegría, pero siguió con cara impasible.

—Habrá una docena, tal vez quince. Pesan unas doscientas libras cada una. ¿Sabes lo que son las libras, Andy?

—Ea, digo gracias. Una libra son más o menos cuatrocientos cincuenta gramos. Dieciséis onzas. «Una pinta es una libra, aquí y en la China.» ¡Son pistolas grandes, sai Eddie, dice verdad! ¿Funcionarán?

—Estamos bastante seguros de que sí —respondió Eddie—. ¿Verdad, Tian?

Tian hizo un gesto de asentimiento.

—¿Y tú nos ayudarás?

—Sí, encantado. A las seis en punto, en la rectoría.

—Gracias, Andy —dijo Eddie. Apartó la mirada y luego volvió a mirarlo—. ¿De ninguna forma hablarás sobre esto, verdad?

—No, sai, no si usted me dice que no lo haga.

—Eso es justo lo que te estoy diciendo. Lo último que quiero es que los lobos sepan que tenemos pistolas grandes que usaremos contra ellos.

—Por supuesto que no —dijo Andy—. Es una noticia maravillosa. Que tengáis un buen día, sais.

—Y tú, Andy —respondió Eddie—, y tú.

ONCE

Mientras volvían caminando hacia la casa de Tian —estaba a solo tres kilómetros del lugar donde se habían encontrado con Andy—, Tian dijo:

—¿Se lo ha creído?

—No lo sé —respondió Eddie—, pero le hemos dado una sorpresa de no te menees, ¿no te ha dado esa impresión?

—Sí —admitió Tian—. Sí que me ha dado esa impresión.

—Estará allí para verlo con sus propios ojos, eso sí que te lo aseguro.

Tian hizo un gesto de asentimiento, sonriendo.

—Tu dinh es listo.

—Y que lo digas —afirmó Eddie—, y que lo digas.

DOCE

Una vez más, Jake estaba despierto, mirando el techo de la habitación de Benny. Una vez más, Acho estaba tumbado en la cama de Benny, enroscado como en estado de coma con el hocico debajo de su rabo caricaturesco. Mañana por la noche, Jake habría vuelto a la casa del padre Callahan, de regreso con su ka-tet, y se moría de impaciencia. Mañana sería la Noche del Lobo, pero todavía estaban en la víspera de la Noche del Lobo, y Roland había creído que sería mejor para Jake que se quedase esa última velada en el Rocking B. «No nos interesa levantar sospechas a estas alturas del partido», había dicho. Jake lo entendió, pero, ¡tío!, era como para volverse loco. La perspectiva de enfrentarse a los lobos ya era lo bastante mala de por sí. La idea de cómo lo miraría Benny dentro de dos días era incluso peor.

«A lo mejor nos matan a todos —pensó Jake—. Entonces no tendré que preocuparme de eso.»

Con tanta inquietud, esa idea adquirió cierto atractivo.

—¿Jake? ¿Estás dormido?

Durante un instante Jake pensó en fingir, pero algo en su interior despreció esa cobardía.

—No —respondió—. Pero tendría que intentarlo, Benny. Dudo que pueda dormir mucho mañana.

—Supongo que no —le contestó Benny en un susurro respetuoso, y luego añadió—: ¿Estás asustado?

—Por supuesto que lo estoy —respondió Jake—. ¿Crees que soy idiota?

Benny se incorporó apoyándose sobre un codo.

—¿A cuántos crees que matarás?

Jake pensó en ello. Le ponía enfermo pensarlo, lo sentía en lo más profundo de su estómago, pero lo pensó de todas formas.

—No sé. Si hay setenta, supongo que intentaré coger a diez.

Se descubrió a sí mismo pensando (con una tenue sensación de asombro) en la clase de inglés de la señorita Avery y en las lámparas colgantes con forma de globo, amarillentas y con espectrales moscas muertas pegadas en la panza; en Lucas Hanson, que siempre intentaba ponerle la zancadilla cuando iba por el pasillo; en frases con árboles sintácticos en la pizarra: «Cuidado con poner mal el complemento»; en Petra Jesserling, que siempre llevaba pichis de cuello redondo y que estaba loca por él (o eso era lo que afirmaba Mike Yanko); en el sonsonete de la voz de la señorita Avery; en las salidas al medio día, lo que sería el almuerzo de toda la vida en cualquier antigua escuela pública normal. En estar sentado en su pupitre después de comer intentado permanecer despierto. ¿De verdad que ese niño, ese niño bueno de la Piper School, iba a salir hacia el norte de un pueblo granjero llamado Calla Bryn Sturgis para combatir contra los monstruos que robaban niños? ¿Podría ese niño estar muerto dentro de treinta y seis horas con las tripas formando una pila humeante tras de sí, abatido por la espalda por culpa de algo llamado sneetch? Seguro que eso no era posible, ¿verdad? La casera, la señora Shaw, le quitaba la corteza de los sandwiches y algunas veces lo llamaba Bama. Su padre le había enseñado a calcular una propina del quince por ciento. Esa clase de chicos no solían salir a morir armados con pistolas. ¿Verdad?

—Apuesto a que pillas a veinte —dijo Benny—. Tío, ¡ojalá pudiera ir contigo! ¡Lucharíamos codo con codo! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Luego recargaríamos!

Jake se incorporó y miró a Benny con verdadera curiosidad.

—¿Te gustaría? —le preguntó—. ¿Si pudieras?

Benny lo pensó. Se le demudó el rostro, de pronto parecía mayor y más sabio. Sacudió la cabeza.

—No, me daría miedo. ¿No estás asustado? ¿Dices verdad?

—Me muero de miedo —se limitó a decir Jake.

—¿Miedo a morir?

—Sí, pero me da incluso más miedo cagarla.

—No la cagarás.

«Para ti es fácil decirlo», pensó Jake.

—Si tengo que ir con los niños pequeños, me alegra al menos que mi padre también vaya —dijo Benny—. Se va a llevar su ba. ¿Lo has visto tirar?

—No.

—Pues es bueno. Si alguno de los lobos logra escapar de vosotros, él se ocupará de ellos. Encontrará ese sitio de la branquia en su pecho y... ¡pam!

Jake se planteó si Benny sabía que lo del sitio de la branquia era mentira. Información falsa que cabía esperar que el padre del chico transmitiera. ¿Y si sabía...?

Eddie le habló en su cabeza. Eddie, con su acento de listillo de Brooklyn en pleno apogeo.

«Sí y si los peces tuvieran bicis, los putos ríos serían el Tour de Francia.»

—Benny, de verdad que tengo que intentar dormir un poco.

Benny se tumbó. Jake hizo lo mismo y volvió a mirar hacia el techo. De pronto odió la idea de que Acho estuviera en la cama de Benny, de que Acho se hubiera adaptado de forma tan

natural al otro chico. De pronto odió todo lo relacionado con todo. Las horas que pasaron hasta el amanecer, cuando podría hacer las maletas, montar el poni que había pedido prestado y volver al pueblo, parecieron prolongarse hasta el infinito.

—¿Jake?

—¿Qué, Benny, qué?

—Lo siento. Solo quería decirte que me alegro de que vinieras. Nos lo hemos pasado bien juntos, ¿verdad?

—Sí—respondió Jake, y pensó: «Nadie creería que es mayor que yo. Parece que tuviera... no sé... cinco años o así».

Eso era malvado, pero Jake creía que si no era malvado, rompería a llorar. Odiaba a Roland por haberlo sentenciado a pasar esa última noche en el Rocking B.

—Sí, lo hemos pasado muy pero que muy bien.

—Te echaré de menos. Pero apuesto a que levantarán un monumento en el Pabellón o algo por el estilo en vuestro honor, en honor de vosotros, tío.

«Tío» era una palabra que a Benny se le había pegado de Jake, y la usaba siempre que podía.

—Yo también te echaré de menos —dijo Jake.

—Qué suerte tienes, tú seguirás el Haz y viajarás a otros lugares. Seguramente yo me quedaré en este pueblo de mierda el resto de mi vida.

«No, no te quedarás aquí. Tu padre y tú vais a viajar un montón... si tienes suerte y te dejan salir del pueblo, eso es lo que ocurrirá. Creo que lo que vas a hacer es pasarte el resto de la vida soñando con este pueblo de mierda. Con un lugar que era tu hogar. Y será culpa mía. Lo vi... y lo conté. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?»

-¿Jake?

No podía aguantarlo más. Lo estaba volviendo loco.

—Duérmete, Benny. Y déjame dormir.

—Está bien.

Benny se volvió hacia la pared. Poco tiempo después, su respiración se ralentizó. Un poco después, empezó a roncar. Jake estuvo despierto hasta casi media noche, luego, él también se durmió. Y tuvo un sueño. En él, Roland estaba de rodillas sobre la tierra del Camino del Este, frente a una enorme horda de lobos que se aproximaba y que se extendía desde los acantilados hasta el río. Estaba intentando volver a cargar el arma, pero tenía las dos manos rígidas y a una le faltaban dos dedos. Las balas se le caían de las manos. Seguía intentando recargar su enorme revolver cuando los lobos lo alcanzaron.

TRECE

Había llegado el amanecer de la Noche del Lobo. Eddie y Susannah estaban de pie junto a la ventana de la habitación de invitados del padre, mirando hacia la ladera cubierta de hierba de la casa de Rosa.

—Ha encontrado algo especial en ella —dijo Susannah—. Me alegro por él.

Eddie asintió.

—¿Cómo te sientes?

Ella le sonrió.

—Estoy bien —respondió, y lo decía en serio—. ¿Y tú, cielo?

—Añoro dormir en una cama de verdad bajo un techo, y estoy ansioso por conseguirlo, pero, salvo por eso, también estoy bien.

—Si las cosas van mal, no tendrás que preocuparte por el alojamiento.

—Es cierto —dijo Eddie—, aunque no creo que vayan a ir mal. ¿No crees?

Antes de que pudiera responder, una ráfaga de viento sacudió la casa y sopló por debajo de los aleros. Era el seminon dando los buenos días, supuso Eddie.

—No me gusta ese viento —dijo ella—. Es imprevisible.

Eddie abrió la boca.

—Y si dices algo sobre el ka, te doy un puñetazo en la nariz.

Eddie no dijo nada e hizo el gesto de que se cerraba los labios con una cremallera. Susannah

fue a por su nariz de todos modos y le tocó ligeramente con los nudillos, como una pluma.

—Tenemos una buena oportunidad de ganar —dijo ella—. Hace tiempo que todo les sale como quieren, y eso los ha hecho codiciosos. Como a Blaine.

—Sí, como a Blaine.

Ella puso una mano en la cadera de Eddie y lo volvió hacia sí.

—Pero las cosas podrían salir mal, así que me gustaría decirte algo mientras estamos solos tú y yo, Eddie, me gustaría decirte lo mucho que te quiero. —Habló con sencillez, sin teatralidad.

—Ya lo sé —dijo él—, aunque no sé por qué narices.

—Porque me haces sentir entera —respondió ella—. Cuando era joven, dudaba entre pensar que el amor era ese gran y glorioso misterio y pensar que no era más que algo que se habían inventado un puñado de productores de Hollywood para hacer más taquilla durante la Gran Depresión, como lo de regalar platos con las entradas.

Eddie se rió.

—Ahora que creo que todos hemos nacido con un agujero en el corazón, y que vamos por ahí buscando a la persona que pueda llenarlo. Tú... Eddie, tú me llenas. —Le cogió la mano e hizo el gesto de volver a llevarlo a la cama—. Y ahora quiero que me llenes de esa forma que tú ya sabes.

—¿Suze, es seguro?

—No lo sé —dijo—, y no me importa.

Hicieron el amor poco a poco, el ritmo solo se aceleró hacia el final. Ella gritó con suavidad poniendo la boca sobre el hombro de él, y justo antes de que su propio climax le nublaste el pensamiento, Eddie pensó: «Voy a perderla si no me ando con cuidado. No sé cómo lo sé... pero lo sé. Desaparecerá y ya está».

—Yo también te quiero —dijo cuando hubieron terminado y volvían a estar tumbados uno junto al otro.

—Sí —ella le cogió la mano—. Lo sé y me alegro.

—Está bien hacer que alguien se sienta alegre —dijo—. Antes no lo sabía.

—Está bien —dijo Susannah y le besó en la comisura de los labios—. Aprendes rápido.

CATORCE

Había una mecedora en el pequeño comedor de Rosa. El pistolero estaba sentado en ella, desnudo, con un platillo de barro en una mano. Estaba fumando y contemplando la salida del sol. No estaba seguro de si volvería a verlo salir por el mismo lugar.

Rosa salió de la habitación, también desnuda, y se quedó de pie en la puerta mirándolo.

—¿Cómo tienes los huesos? Dime, te lo ruego.

Roland hizo un gesto de asentimiento.

—Ese aceite tuyo es una maravilla.

—No durará.

—No —dijo Roland—, pero hay otro mundo, el mundo de mis amigos, y a lo mejor allí tienen algo que sí dura. Tengo la sensación de que nos iremos pronto.

—¿Más batallas que librar?

—Eso creo. Sí.

—En cualquier caso, ¿no volverás por aquí, no?

Roland la miró.

—No.

—¿Estás cansado, Roland?

—Muerto —respondió él.

—Vuelve luego a la cama un poco más, ¿vendrás?

Apagó el cigarrillo y se levantó. Sonrió. Era la sonrisa de un hombre joven.

—Digo gracias.

—Sois un hombre bueno, Roland de Gilead.

Roland lo pensó, luego sacudió lentamente la cabeza.

—Toda mi vida he tenido las manos más rápidas, pero en lo de ser bueno siempre he sido

demasiado lento.

Ella le tendió una mano.

—Ven, Roland. Ven, commala.

Y Roland se dirigió hacia ella.

QUINCE

A primera hora de esa tarde, Roland, Eddie, Jake y el padre Callahan cabalgaron hasta el Camino del Este —que en realidad era un camino del norte en ese punto a lo largo del sinuoso Devar Tete Whye— con palas metidas en los sacos enrollados, colocados en la parte trasera de las sillas de montar. Susannah había sido excusada de su deber por el embarazo. Se había reunido con las Hermanas de Oriza en el Pabellón, donde estaban levantando una enorme tienda y ya se estaban llevando a cabo los preparativos para una opípara cena. Cuando se fueron, Calla Bryn Sturgis ya había empezado a llenarse, como si fuera un día festivo. Sin embargo, no se oían ni chillidos ni algarabía, tampoco el repiqueteo descarado de los petardos, ni se estaban preparando carreras en la Pradera. No habían visto ni a Andy ni a Ben Slightman, y eso era bueno.

—¿Y Tian? —le preguntó Roland a Eddie, rompiendo el más bien tenso silencio que reinaba entre ellos.

—Se reunirá conmigo en la rectoría a las cinco en punto.

—Bien —dijo Roland—. Si no hemos acabado aquí a las cuatro, tienes permiso para volver cabalgando tú solo.

—Te acompañaré si quieres —dijo Callahan.

Los chinos creían que si uno le salva la vida a un hombre, es responsable de él para siempre. Callahan no había pensado nunca mucho sobre esa filosofía, pero después de evitar que Eddie cayera por el precipicio que estaba a la salida de la Cueva de la Puerta, creyó que el concepto debía tener algo de verdad.

—Será mejor que te quedes con nosotros —dijo Roland—. Eddie puede encargarse de esto solo. Tengo otro trabajo para ti allí. Quiero decir, además de cavar.

—Ah, ¿y cuál es? —preguntó Callahan.

Roland señaló los remolinos de polvo que se retorcían y arremolinaban delante de ellos en el camino.

—Reza para que pare este maldito viento. Y cuanto antes mejor. Antes de mañana por la mañana, desde luego.

—¿Estás preocupado por el plato? —preguntó Jake.

—Lo del plato irá bien —aseguró Roland—. Lo que me preocupa son las Hermanas de Oriza. Lanzar el plato es una misión delicada incluso en las mejores circunstancias. Si sopla un vendaval aquí fuera cuando lleguen los lobos, las posibilidades de que las cosas vayan mal son... —levantó una mano hacia el polvoriento horizonte, haciendo un característico (y fatalista) movimiento al estilo del Calla—... déla.

Sin embargo, Callahan estaba riendo.

—Me encantará ofrecer una oración —dijo—, pero mira hacia el este antes de preocuparte más. Mira, haz el favor.

Se volvieron hacia ese lado, quedándose sobre las sillas. El maíz —la cosecha ya había terminado, las plantas recolectadas se erguían en hileras inclinadas y esqueléticas— descendía hasta los campos de arroz. Después del arroz estaba el río. Después del río estaban los confines de las tierras fronterizas. Allí, remolinos de polvo de doce metros de alto giraban y se sacudían, y en ocasiones entrechocaban. En comparación con estos, los de su lado del río parecían niños traviesos.

—El seminon a veces llega al Whye y luego da la vuelta —dijo Callahan—. Según las yentes ancianas, lord Semion le ruega a lady Oriza que le dé la bienvenida cuando él llegue al agua, y ella suele bloquearle el paso por celos. Verás...

—Semion se casó con su mana —dijo Jake—. Lady Riza lo quería para ella, una unión de viento y arroz, y todavía está cabreada por eso.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Callahan, a un tiempo asombrado y atónito.

—Me lo contó Benny —confesó Jake, y no añadió nada más.

Pensar en sus largas conversaciones (a veces en el pajar; otras haciendo el vago en la margen del río) y sus ávidos intercambios de leyendas lo hacían entristecerse y le dolían.

Callahan asentía.

—Esa es la historia, sí. Imagino que en realidad es un fenómeno meteorológico (aire frío por un lado y por otro aire tibio que asciende desde el agua, o algo por el estilo), sin embargo, sea lo que sea, este tiene toda la pinta de volver por donde vino.

El viento envió una ráfaga de arenilla contra su cara, como para probar que estaba equivocado, y Callahan rió.

—Esto acabará antes del primer rayo de sol de mañana, casi puedo garantizároslo. Pero...

—Con «casi» no basta, padre.

—Lo que iba a decir, Roland, es que puesto que sé que con «casi» no basta, ofreceré una oración a las alturas encantado.

—Te digo gracias. —El pistolero se volvió hacia Eddie, y se señaló la cara con los dedos índice y corazón.

—¿Los ojos?

—Los ojos, sí —asintió Eddie—. Y la contraseña. Si no es diecinueve, será noventa y nueve.

—No puedes saberlo con certeza.

—Lo sé —afirmó Eddie.

—Aun así... ten cuidado.

—Tendré cuidado.

Unos minutos después llegaron al lugar donde, a su derecha, estaba el camino pedregoso que conducía a la zona del desfiladero, hacia la Gloria y las Petirrojo Uno y Dos. Las yentes suponían que las bigas se quedarían allí, y estaban en lo cierto. También suponían que los niños y sus cuidadores ascenderían por el camino hasta una de las dos minas. En eso se equivocaban.

Tres de ellos no tardaron en ponerse a cavar en la parte oeste del camino, un cuarto vigilaba permanentemente. No llegó nadie, las yentes de esa zona alejada ya estaban en el pueblo, y el trabajo se realizó con bastante celeridad. A las cuatro en punto, Eddie dejó a los demás terminando el trabajo y cabalgó de regreso al pueblo con uno de los revólveres de Roland enfundado en la cadera para reunirse con Tian Jaffords.

DIECISEIS

Tian había cogido su ba. Cuando Eddie le dijo que lo dejara en el porche de la rectoría, el granjero le dedicó una mirada triste e indefinida.

—No le sorprenderá que yo vaya armado, pero podría hacerse algunas preguntas si te ve con eso —dijo Eddie. Ya había llegado, ese era el verdadero inicio de su lucha y, ahora que ya había llegado, Eddie se sentía tranquilo. El latido de su corazón era lento y acompasado. Por lo visto se le había esclarecido la visión; veía todas las sombras que proyectaban cada una de las briznas de hierba del césped de la rectoría—. Por lo que he oído es fuerte. Y muy rápido cuando quiere. Deja que me encargue yo.

—Entonces, ¿para qué me has hecho venir?

«Porque incluso un robot inteligente pensará que no va tener problemas si me presento acompañado de un patán como tú», era la verdadera respuesta, pero no hubiera resultado muy diplomática.

—Eres mi seguro de vida —respondió Eddie—. Vamos.

Caminaron hacia el retrete. Eddie lo había utilizado muchas veces durante esas semanas, y siempre con placer —había pilas de suaves hierbas para el momento de limpiarse, y no había que preocuparse por las turbaciones venenosas—, pero jamás hasta ese instante había observado el exterior de cerca. Era una estructura de madera, alta y sólida, aunque no le cabía duda de que Andy podría echarla abajo en cuestión de segundos si se lo proponía. Si le daban la oportunidad de hacerlo.

Rosa fue hasta la puerta trasera de su casa y los miró, poniéndose una mano sobre los ojos a

modo de visera para resguardarlos del sol.

—Eddie, ¿cómo te hallas?

—Bien, hasta ahora, Rosie, pero será mejor que vuelvas dentro. Aquí se va a armar la gorda.

—¿Dices verdad? Tengo una pila de platos...

—No creo que Riza sea de mucha ayuda —dijo Eddie—. Aunque supongo que no estará de más que estés por aquí.

Ella asintió con la cabeza y volvió dentro sin decir nada más. Los hombres se sentaron a ambos lados de la puerta abierta del retrete con su nuevo pestillo. Tian intentó liarse un cigarrillo. El primero se le desmigó entre los dedos temblorosos, pero volvió a intentarlo.

—Esto no se me da bien —admitió, y Eddie entendió que no estaba hablando sobre el refinado arte de la confección de cigarrillos.

—No pasa nada.

Tian lo miró lleno de esperanza.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, así ha de ser.

A las seis en punto («Seguro que el muy cabrón lleva dentro un reloj preciso al milisegundo», pensó Eddie), apareció Andy en la casa de la rectoría, su sombra se extendía alargada y con trazos delgados y sinuosos en la hierba que tenía delante. El autómeta los vio. Sus ojos azules centellearon y levantó la mano para saludar. El sol crepuscular se reflejó en su brazo y le dio aspecto de estar empapado en sangre. Eddie levantó la mano para corresponder el saludo y se puso en pie, sonriendo. Se preguntó si todas las máquinas pensantes que aún funcionaban en este mundo en decadencia se habían vuelto contra sus amos, y si era así, por qué.

—Tú tranquilo y deja que hable yo —dijo fingiendo no abrir la boca.

—Sí, vale.

—¡Eddie! —gritó Andy—. ¡Tian Jaffords! ¡Qué alegría verles a los dos! ¿Y las armas para usar contra los lobos? ¡Vaya! ¿Dónde están?

—Apiladas en este cagadero —dijo Eddie—. Traeremos un carro cuando las hayamos sacado, pero son pesadas... y ahí dentro no hay mucho sitio para moverse.

Eddie se echó a un lado. Andy se acercó. Los ojos le centelleaban, pero no era por la risa, brillaban tanto que Eddie tuvo que entrecerrar los ojos, era como mirar un par de bombillas.

—Estoy seguro de que puedo sacarlas —dijo Andy—. ¡Cómo me gusta ayudar! Cuántas veces he lamentado lo poco que este programa me permite...

En ese momento estaba en la puerta del retrete, agachado ligeramente para que el barril metálico que tenía por cabeza quedase por debajo del dintel. Eddie sacó la pistola de Roland. Como siempre, el mango de madera de sándalo tenía un tacto suave y despertaba un hormigueo en la palma de su mano.

—Ruego me perdone, Eddie de Nueva York, pero no veo las pistolas.

—No —admitió Eddie—. Yo tampoco. Lo único que veo es un puto traidor que les enseña a los niños canciones y luego los vende para que los...

Andy se volvió a la velocidad del rayo. A oídos de Eddie, el zumbido de los servos del cuello sonaron muy alto. Los separaba menos de un metro, la distancia de un tiro a quemarropa.

—Que a bien tengas, ¡cabrón de acero inoxidable! —gritó Eddie, y disparó dos veces.

Las detonaciones resultaron ensordecedoras en el silencio crepuscular. A Andy le reventaron los ojos y se apagaron. Tian gritó.

—¡¡NO!! —gritó Andy con una voz amplificada. Se oyó tan alto que hizo que los disparos parecieran simples estallidos de palomitas de maíz en comparación—. ¡No!, ¡mis ojos!, ¡no veo!, ¡oh, no!, ¡visión cero!, ¡mis ojos, mis ojos...!

Los escuálidos brazos de acero inoxidable se levantaron hacia las cuencas maltrechas, donde las chispas azules saltaban en ese momento sin ton ni son. Estiró las piernas y el barril que tenía por cabeza hizo pedazos la parte superior de la puerta del retrete, lanzando fragmentos de los tablones a diestro y siniestro.

—No, no, no, no veo, visión cero, ¿qué me has hecho? Emboscada, ataque, estoy ciego,

¡código siete!, ¡código siete!, ¡código siete!

—¡Ayúdame a empujarlo, Tian! —gritó Eddie, volviendo a enfundar la pistola.

Pero Tian estaba paralizado, mirando embozado al robot (cuya cabeza había desaparecido tras la puerta rota), y Eddie no tenía tiempo para esperar. Se dio impulso hacia delante y plantó las palmas extendidas sobre la placa que contenía el nombre, la función y el número de serie de Andy. El robot era increíblemente pesado (a Eddie se le ocurrió que era como empujar un camión), pero estaba ciego, sorprendido y desequilibrado. Se tambaleó hacia atrás y de pronto las palabras amplificadas dejaron de oírse y fueron sustituidas por una sirena que emitía un aullido sobrenatural. Eddie pensó que eso le haría estallar la cabeza. Cogió la puerta y la cerró de golpe. Había un hueco enorme e irregular en la parte superior, aun así la puerta se cerró bien. Eddie corrió el nuevo pestillo, que era tan grueso como su muñeca.

Desde el interior del retrete, la sirena aullaba y gorjeaba.

Rosa se acercó corriendo con un plato en las manos. Tenía los ojos muy abiertos.

—¿Qué ocurre? En el nombre de Dios y de Jesús Hombre, ¿qué ocurre?

Antes de que Eddie pudiera contestar, una tremenda explosión hizo que el retrete se estremeciera desde los cimientos. En realidad se desplazó hacia la derecha y dejó al descubierto el borde del agujero que tenía debajo.

—Es Andy —dijo Eddie—. Creo que le acaban de cantar un horóscopo que no le hace ni puta gracia...

—¡Cabrones! —gritó con una voz distinta a las tres formas que solía utilizar Andy para hablar: melosa, autosuficiente o de falso servilismo—. ¡Cabrones! ¡Cabrones mentirosos! ¡Os mataré! ¡Estoy ciego! ¡Oh, estoy ciego! ¡Código siete! ¡Código siete!

Las palabras dejaron de oírse y la sirena se reinició. Rosa tiró los platos y se llevó las manos a las orejas.

Una nueva explosión detonó contra un lateral del retrete y esta vez dos de los robustos tablones quedaron abombados hacia fuera. La siguiente explosión los rompió. Un brazo de Andy salió disparado, lanzaba un brillo rojizo por efecto de la luz y los cuatro dedos se juntaban y se separaban espasmódicamente. En la distancia, Eddie pudo oír el ladrido rabioso de unos perros.

—¡Va a salir, Eddie! —gritó Tian, cogiendo a Eddie por el hombro—. ¡Va a salir!

Eddie le apartó la mano y se acercó a la puerta. Se produjo otra explosión atronadora. Saltaron más tablones rotos de un lado del retrete. La hierba estaba plagada de ellos. Sin embargo, Eddie no podía gritar más alto que el aullido de la sirena, era demasiado estruendoso. Esperó, y antes de que Andy volviera a aporrear una de las paredes laterales del retrete, la sirena se calló.

—¡Cabrones! —gritó Andy—. ¡Os mataré! ¡Directorio veinte! ¡Código siete! ¡Estoy ciego! ¡Visión cero! ¡Cobardes...!

—¡Andy, Robot Mensajero! —gritó Eddie. Había apuntado a toda prisa el número de serie en uno de los preciados pedazos de papel de Callahan, con el cabo de lápiz del padre y lo leyó justo en ese momento—: ¡DNF-44821-V-63! ¡Contraseña!

Las frenéticas explosiones y el grito amplificado cesaron en cuanto Eddie acabó de pronunciar el número de serie, aun así, el silencio no fue total; en sus oídos todavía resonaba el endiablado aullido de la sirena. Se oyó un golpe seco de metal y el chasquido de los relés. Y a continuación:

—Maldito cabrón tramposo, Eddie Dean de Nueva York. Tienes diez segundos. Nueve...

—Diecinueve —dijo Eddie a través de la puerta.

—Contraseña incorrecta. —Y, al margen de que fuera o no el hombre de hojalata, no había rastro de duda del enfurecido deleite en la voz de Andy—. Ocho... siete...

—Noventa y nueve.

—Contraseña incorrecta. —Lo que oyó Eddie en ese momento fue una voz triunfante. Tuvo tiempo para reprocharse la loca petulancia de la que había hecho alarde en el camino; para contemplar la mirada de terror que se cruzó entre Rosa y Tian; para darse cuenta de que los perros seguían ladrando.

—Cinco... cuatro...

No era diecinueve, ni noventa y nueve. ¿Qué más había? ¡Por Dios santo! ¿Con qué coño se apagaba a ese cabrón?

—... tres...

Entonces se le encendió la bombilla —como el brillo que habían tenido los ojos de Andy antes de que el enorme revólver de Roland los apagase—, y recordó el verso garabateado en la valla que rodeaba el solar vacío, con letras pintadas con spray de color rosa oscuro: «Oh, SUSANNAH MÍO, mi chica varias veces, Done aparcó su CACHARRO allí, enfrente del DIXIE PIG, en el año...».

—... dos...

No era uno u otro número, sino los dos. Por eso el robot no lo había interrumpido después de cada intentona incorrecta. No lo había dicho mal, no exactamente.

—¡Diecinueve noventa y nueve! —gritó Eddie a través de la puerta.

Al otro lado se hizo un profundo silencio. Eddie esperó a que la sirena volviera a sonar, esperó a que Andy volviera a intentar abrirse paso a porrazos para salir del retrete. Les diría a Tian y a Rosa que escapasen, que intentaría cubrirlos...

La voz que habló desde el interior de la estructura hecha añicos fue anodina y monótona: la voz de una máquina. Tanto la falsa adulación como la sentida furia habían desaparecido. Andy, tal como lo habían conocido generaciones de yentes del Calla, había desaparecido, para siempre.

—Gracias —dijo la voz—. Soy Andy, robot mensajero, muchas otras funciones. Número de serie DNF-44821-V-63, ¿qué puedo hacer por ti?

—Apagarte. —Se hizo el silencio en el retrete—. ¿Entiendes lo que te estoy pidiendo?

Una voz aflautada y horrorizada respondió:

—Por favor, no me obligues, eres un hombre malo. ¡Oh, eres un hombre malo!

—Apágate, ya.

Se produjo un silencio más prolongado aún. Rosa estaba de pie con una mano en el cuello. Varios hombres aparecieron a la vuelta de la esquina de la casa del padre, armados con artillería diversa de fabricación casera. Rosa los saludó.

—DNF-44821, ¡obedece!

—Sí, Eddie de Nueva York. Me apagaré. —Una espantosa tristeza autocompasiva se había apoderado de la nueva vocecilla de Andy. A Eddie le puso la piel de gallina—. Andy está ciego y se apagará. ¿Te das cuenta de que con mis células de energía central reducidas a un noventa y ocho por ciento, puede que jamás vuelva a encenderme?

Eddie recordó los corpulentos gemelos arrunados en el minifundio de los Jaffords, Tian y Zalman, y luego pensó en todos los que había conocido aquel desafortunado pueblo con el paso de los años. Pensó sobre todo en los gemelos Tavery, tan brillantes, rápidos y ansiosos por gustar y tan hermosos...

—Jamás no es suficiente tiempo —dijo—, pero supongo que tendremos que conformarnos. Se acabó la garla, Andy. Apágate.

Se produjo un nuevo silencio en el interior del retrete medio destrozado. Tian y Rosa se colocaron con sigilo uno a cada lado de Eddie y los tres hombres permanecieron juntos delante de la puerta cerrada. Rosa cogió a Eddie por el antebrazo. Él se libró de ella de inmediato. Quería tener la mano libre por si tenía que desenfundar. Aunque no sabía adonde dispararía ahora que Andy ya no tenía ojos.

Cuando Andy volvió a hablar, lo hizo con una voz carente de tono y amplificadas que hizo que Rosa y Tian lanzaran un grito ahogado y retrocediesen. Eddie se quedó donde estaba. Había oído una voz como esa y unas palabras parecidas antes, en el claro del gran oso. La perorata que soltó Andy no era la misma, pero sí lo bastante parecida a todos los efectos.

— ¡DNF-44821-V-63 SE ESTÁ APAGANDO! ¡TODAS LAS CÉLULAS SUBNUCLEARES Y LOS CIRCUITOS DE MEMORIA ESTÁN EN FASE DE CIERRE! ¡TRECE POR CIENTO DEL CIERRE COMPLETADO! ¡SOY ANDY, ROBOT MENSAJERO, MUCHAS OTRAS FUNCIONES! ¡POR FAVOR, INFORME DE MI LOCALIZACIÓN A

INDUSTRIAS LAMERK O A POSITRONICS NORTH CENTRAL, LTD.! ¡LLAME AL 1 – 900 - 54! ¡SE OFRECE RECOMPENSA! ¡REPITO: SE OFRECE RECOMPENSA! —Se oyó un ruido seco cuando el mensaje se repitió—: ¡DNF– 44821-V-63 SE ESTA APAGANDO.' ¡TODAS LAS CÉLULAS SUBNUCLEARES Y LOS CIRCUITOS DE MEMORIA ESTÁN EN FASE DE CIERRE! ¡DIECINUEVE POR CIENTO DEL CIERRE COMPLETADO! ¡SOY ANDY...!

—Eras Andy —dijo Eddie con suavidad. Se volvió hacia Tian y Rosa, y tuvo que reír al ver sus caras de niños asustados—. No pasa nada —dijo—. Ya se ha acabado. Seguirá bramando así durante un rato, y luego, todo se habrá terminado. Podéis convertirlo en un... no sé... en una maceta, por ejemplo.

—Creo que arrancaremos el suelo y lo enterraremos ahí mismo —dijo Rosa, señalando el retrete.

La sonrisa de Eddie se amplió y se convirtió en una risa. Le gustaba la idea de enterrar a Andy en la mierda. Le gustaba mucho, pero que muy mucho.

DIECISIETE

A medida que el crepúsculo llegaba a su fin y la noche era más cerrada, Roland se sentó al borde del quiosco de música y miró a las yentes del Calla concentradas en su opípara cena. Todos sabían que sería la última comida que disfrutaban juntos, que la noche del día siguiente a esa misma hora su hermoso pueblecito podía haber quedado reducido a un montón de escombros humeantes, pero aun así estaban alegres. Y Roland imaginó que no era solo por los niños. Se sentían muy aliviados por haber decidido hacer lo correcto. Aunque las yentes sabían que el precio podía ser alto, se sentían aliviadas. Era una especie de atolondramiento. La mayoría de las personas dormirían en la Pradera esa noche con sus hijos y nietos en la tienda que estaba cerca, y allí permanecerían, con las caras vueltas hacia el noreste del pueblo, esperando el inicio de la batalla. Habría tiros, imaginaban (era un sonido que muchos de ellos jamás habían oído), y luego la nube de polvo bajo la que se ocultarían los lobos o bien se disiparía y volvería por donde había llegado, o bien se dirigiría hacia el pueblo como un torbellino. Si ocurría esto último, las yentes se dispersarían y esperarían a que empezase el incendio. Cuando se acabase, se convertirían en refugiados en su propia patria. ¿Se repondrían de esa si era así como salían las cosas? Roland lo dudaba. Si no había niños que los animasen a reponerse —porque esta vez los lobos se los llevarían a todos si ganaban—, el pistolero no lo dudaba, no habría razón para que lo hicieran. Al final del ciclo siguiente, aquel lugar sería un pueblo fantasma.

—Ruego me perdone, sai.

Roland se volvió. Allí estaba Wayne Overholser con el sombrero en las manos. Así, de pie, tenía más pinta de viajero errante con una mala racha que de próspero granjero del Calla. Tenía los ojos abiertos de par en par y su mirada era, en cierta medida, de profunda tristeza.

—No hace falta que me ruegues perdón cuando todavía llevo el sombrero de montar de diario que me prestaste —dijo Roland con suavidad.

—Ya, pero... —Overholser se fue apagando, pensó en lo mucho que deseaba seguir hablando y entonces, por lo visto, decidió ir directo al grano—. Reuben Cerverra era uno de los tipos que querías que hiciera guardia durante la batalla, ¿verdad?

—Ea.

—Esta mañana se le han reventado las tripas. —Overholser se puso una mano en el vientre abultado en el lugar donde podría haber estado el apéndice—. Está en casa con fiebre y delira. Seguramente morirá de sangre podrida. Algunos mejoran, ea, pero no muchos.

—Siento oírlo —dijo Roland, intentado pensar quién sería el mejor sustituto de Cerverra, un hombre gigantón que había impresionado a Roland por no saber mucho sobre el miedo y seguramente nada sobre la cobardía.

—Deja que lo sustituya, si a bien tienes.

Roland lo miró.

—Por favor, pistolero. No puedo quedarme al margen. Creí que podría, que debía, pero no puedo. Me pone enfermo.

Y, efectivamente, Roland pensó que parecía enfermo.

—¿Lo sabe tu esposa, Wayne?

—Ea.

—¿Y dice que adelante?

—Eso dice.

Roland hizo un gesto de asentimiento.

—Preséntate aquí media hora antes del amanecer.

Una mirada de intensa y casi dolorosa gratitud llenó el rostro de Overholser y lo hizo parecer extrañamente joven.

—¡Gracias, Roland! ¡Te digo gracias! ¡Estoy muy pero que muy agradecido!

—Me alegro de tenerte entre nosotros. Ahora, escucha un minuto.

—¿Ea?

—Las cosas no serán como os las conté la noche de la gran reunión.

—Por lo de Andy, quieres decir.

—Sí, en parte por eso.

—¿Qué más? ¿No querrás decir que hay otro traidor, no? ¿No querrás decir eso?

—Lo único que quiero decir es que si quieres venir con nosotros, tendrás que rodar a nuestro ritmo. ¿Te consta?

—Sí, Roland, me consta muy bien.

Overholser volvió a darle las gracias por la oportunidad de morir al norte del pueblo y luego se fue corriendo con el sombrero todavía en las manos. Tal vez para que Roland no pudiera cambiar de opinión.

Eddie se acercó.

—¿Overholser viene al baile?

—Eso parece. ¿Has tenido muchos problemas con Andy?

—Ha ido bien —dijo Eddie, sin querer admitir que Tian, Rosalita y él habían estado a un pelo de morir calcinados.

En la distancia, todavía se le oía bramar. Aunque no por mucho tiempo; la voz amplificaba estaba diciendo que el cierre estaba completado en un setenta y nueve por ciento.

—Lo has hecho muy bien.

Un cumplido de Roland siempre hacía que Eddie se sintiera el rey del mundo, aunque intentó no demostrarlo.

—Mientras lo hagamos bien mañana...

—¿Y Susannah?

—Parece que está bien.

—¿No...? —Roland se frotó la ceja izquierda.

—No, al menos yo no he visto que lo haga.

—¿Y no se ha puesto a hablar de forma entrecortada y con una voz chillona?

—No, en ese sentido está bien. Ha estado practicando con los platos durante todo el tiempo que habéis estado cavando. —Eddie señaló con un gesto de la barbilla a Jake, que estaba sentado en un columpio con Acho a sus pies—. Ese es quien me preocupa. Me alegrará sacarlo de aquí. Esto ha sido duro para él.

—Será más duro para el otro chico —dijo Roland, y se levantó—. Vuelvo a la casa del padre. Voy a dormir un poco.

—¿Puedes dormir?

—Oh, sí —dijo Roland—. Con ayuda del aceite de gato de Rosalita, dormiré como un tronco. Susannah, Jake y tú también deberíais intentarlo.

—Vale.

Roland hizo un sombrío gesto de asentimiento.

—Os despertaré mañana por la mañana. Cabalgaremos juntos.

—Y lucharemos.

—Sí —convino Roland. Miró a Eddie. Sus ojos azules brillaban en la oscuridad como teas—.

Lucharemos. Hasta que caiga uno de los dos.

VII
LOS LOBOS

UNO

Contemplad esto ahora, contempladlo muy bien: He aquí una carretera tan amplia y bien mantenida como cualquier carretera secundaria de Estados Unidos, es el terreno aplanado que las yentes del Calla llaman «oggan». Hay acequias a ambos lados; aquí y allá hay alcantarillas de madera pulcras y bien cuidadas cuyo cauce discurre bajo el oggan. Por la carretera, iluminadas por la luz tenue y sobrenatural que se proyecta antes del amanecer, van una docena de bigas (son del tipo que conducen los mannis, con capotas de lienzo redondeadas). El lienzo es de un blanco prístino para que el sol se refleje en él y el interior se mantenga fresco en los calurosos días de verano. Parecen extraños, como nubes de baja flotación. Son cúmulos, si a bien tenéis. Un grupo de seis mulas o cuatro caballos tira de cada carromato. En cuyo asiento, a las riendas, van un par de guerreros o los cuidadores de los niños asignados. Overholser conduce el carromato que va en cabeza, con Margaret Eisenhart a su lado. El siguiente de la fila es Roland de Gilead, que va con Ben Slightman. En quinto lugar van Tian y Zalia Jaffords. En séptimo lugar van Eddie y Susannah Dean. La silla de ruedas de Susannah va plegada en el carromato de detrás. Bucky y Annabelle Javier dirigen el décimo. En el pescante del último carromato van el padre Donald Callahan y Rosalita Muñoz.

En el interior de las bigas van noventa y nueve niños. El mellizo sobrante —el que hace que la cantidad sea impar—, es Benny Slightman, claro. Viaja en el último carromato (le incomoda ir con su padre). Los niños no hablan. Algunos de los más pequeños se han ido a la parte trasera a dormir; tendrán que despertar dentro de poco, cuando los carromatos lleguen a su destino. Adelante, a menos de un kilómetro y medio, está el lugar donde el camino hacia el desfiladero se bifurca hacia la izquierda. A la derecha, el terreno descende por una pequeña ladera hasta el río. Todos los conductores miran hacia el este, hacia la constante oscuridad de Tronido buscando una nube de polvo que se aproxime. No hay nube a la vista, todavía no. Incluso los vientos del seminon se han calmado. Por lo visto, las oraciones del padre han obtenido respuesta, al menos a ese respecto.

DOS

Ben Slightman, que iba sentado junto a Roland en el pescante de la biga, habló tan bajo que el pistolero apenas alcanzó a oírlo.

—Entonces, ¿qué me harán?

Si cuando los carromatos salieron de Calla Bryn Sturgis le hubieran pedido a Roland que dijera cuál creía que era la probabilidad de que Slightman sobreviviera a ese día, habría dicho que de cinco contra cien. Seguro que no eran más. Dos preguntas fundamentales debían formularse y luego responderse correctamente. La primera tenía que proceder de Slightman en persona. Roland no esperaba que el hombre se la hiciese, pero ahí estaba, pronunciada por sus propios labios. Roland se volvió y lo miró.

El capataz de Vaughn Eisenhart estaba muy pálido, pero se quitó las gafas y se enfrentó a la mirada de Roland. El pistolero no atribuyó a ese gesto ningún valor en especial. Seguro que Slightman el Viejo había tenido tiempo para calar a Roland y sabía que tenía que mirar al pistolero a los ojos si quería tener alguna esperanza, pese a lo poco que pudiera gustarle hacerlo.

—Ea, lo sé —dijo Slightman. Su voz era firme, al menos hasta ese momento—. ¿El qué? Que tú lo sabes.

—Supongo que lo sabes desde que cogimos a tu colega, supongo —respondió Roland.

La palabra sonó intencionadamente sarcástica (el sarcasmo era la única forma de humor que Roland de verdad entendía), y Slightman hizo una mueca de dolor al oírla: «colega». Pero asintió con la cabeza, con los ojos fijos en los de Roland.

—Tenía que haber imaginado que si sabíais lo de Andy, sabíais lo mío. Aunque él jamás me habría delatado, eso no estaba en su programación. —Al final fue demasiado y no pudo soportar durante más tiempo el contacto visual. Bajó la vista al tiempo que se mordía el labio—. Lo he sabido sobre todo por Jake.

Roland no pudo ocultar la sorpresa de su rostro.

—Ha cambiado. Él no quería, no, porque es muy genioso y muy valiente, pero cambió. No

conmigo, sino con mi chico. Durante esta última semana, semana y media, Benny ha estado... bueno, supongo que se podría decir que ha estado confuso. Sentía algo pero no sabía qué era. Yo sí. Era como si tu chico ya no quisiera estar con él. Me ha preguntado a qué podía deberse y la respuesta era bastante evidente. Obvia.

Roland se estaba quedando retrasado con respecto al carromato de Overholser. Sacudió las riendas sobre los lomos de sus mulas y las bestias avanzaron un poco más rápido. Desde detrás se oyó el apagado murmullo de los niños, algunos iban hablando, aunque la mayoría roncaban, y el sordo golpeteo de las ruedas sobre el camino. Le había pedido a Jake que recogiese en una pequeña caja las pertenencias de los niños, y había visto que el niño lo hacía. Era un buen chico que nunca se negaba a hacer una tarea. Esa mañana llevaba un sombrero de diario para evitar que el sol lo cegara, y la pistola de su padre. Iba en el asiento del undécimo carromato con uno de los hombres de Estrada. Supuso que el chico de Slightman también era un buen muchacho, lo cual había contribuido a que la situación hubiera llegado a ser tan desastrosa como era en aquel momento.

—Jake estaba en el Dogan una noche cuando Andy y tú fuisteis allí, a informar sobre vuestros vecinos —dijo Roland.

En el asiento de al lado, Slightman hizo un gesto de dolor como si le acabasen de dar un puñetazo en el estómago.

—Allí —dijo—. Sí, casi lo sentí... o creí sentirlo... —Se produjo una pausa más larga, y luego renegó—: ¡Joder!

Roland miró hacia el este. Allí, el día estaba un poco más claro, pero seguía sin haber rastro de polvo, lo que era una buena señal. En cuanto el polvo apareciese, los lobos llegarían como una exhalación a lomos de sus raudos caballos grises. Prosiguió, hablando casi sin darse cuenta, y formuló la otra pregunta. Si Slightman respondía que no, no viviría para ver la llegada de los lobos por muy rápido que cabalgaran los caballos grises.

—¿Si lo hubieras descubierto, Slightman, si hubieras descubierto a mi chico, lo habrías matado?

Slightman volvió a ponerse las gafas mientras consideraba la pregunta. Roland no sabía si el hombre era consciente de la importancia de la cuestión. Esperó a ver si el padre del amigo de Jake viviría o moriría. Lo tendría que decidir deprisa; se estaban acercando al lugar donde los carromatos se detendrían y los niños bajarían.

Al final, el hombre levantó la cabeza y de nuevo se enfrentó a la mirada de Roland. Abrió la boca para hablar, pero no pudo. Estaba claro lo que le ocurría: o respondía a la pregunta del pistolero o lo miraba a la cara, pero no podía hacer las dos cosas a la vez.

Slightman volvió a apartar la mirada, dirigiéndola hacia la madera astillada que tenía entre los pies y dijo:

—Sí, reconozco que lo habría matado. —Hizo una pausa. Asintió con la cabeza. Cuando la movió, le cayó una lágrima de un ojo y esta fue a dar contra la madera del suelo del pescante—. Ea, ¿qué más? —En ese momento alzó la mirada; podía volver a enfrentarse a los ojos de Roland y, cuando lo hizo, vio que su suerte estaba echada—. Hazlo rápido —le dijo—, y no dejes que mi chico lo vea, te lo ruego.

Roland volvió a sacudir las riendas sobre los lomos de las mulas.

—No seré yo quien cese tu miserable aliento.

El aliento de Slightman cesó. Al decirle al pistolero que sí, que habría matado a un chico de doce años para guardar su secreto, su rostro había adoptado una especie de nobleza constreñida que ahora había sido sustituida por la esperanza, y la esperanza lo afeaba, lo hacía casi grotesco. Luego soltó el aire en un suspiro entrecortado y dijo:

—Me tomas el pelo. Me estás engañando, vas a matarme, sí. ¿Por qué no ibas a hacerlo?

—Cree el ladrón que son todos de su condición —sentenció Roland—. Yo no mato a menos que tenga que hacerlo, Slightman, porque yo quiero a mi chico. Eso sí que debes entenderlo, ¿no? ¿Lo de querer a un niño?

—Ea.

Slightman volvió a agachar la cabeza y empezó a rascarse la nuca quemada por el sol. Ese cuello que había imaginado que acabaría enterrado bajo tierra ese mismo día.

—Pero que te quede bien clara una cosa. Por tu propio bien, por el de Benny y por el nuestro. Si los lobos ganan, tú morirás. De eso puedes estar seguro. Como dicen Eddie y Susannah: «Es de cajón».

Slightman lo estaba mirando otra vez con los ojos abiertos de par en par detrás de las lentes.

—Atiéndeme bien, Slightman, y entiende lo que te voy a decir. No vamos a estar donde los lobos creen que estaremos, ni tampoco los pequeños. Ganemos o perdamos, esta vez van a dejar algunos cadáveres a su paso y ganemos o perdamos, sabrán que alguien los ha engañado. ¿Y qué habitantes de Calla Bryn Sturgis habrán podido ser? Solo dos: Andy y Ben Slightman. Andy ha caído, se ha librado de su venganza. —Le dedicó una sonrisa a Slightman tan gélida como los hielos del Polo Norte—. Pero tú no. Ni tampoco el único que le preocupa a esa imitación de corazón que tienes.

Slightman se quedó sentado pensando en ello. Sin duda, era una idea que no se había planteado, pero en cuanto le vio la lógica, le pareció incuestionable.

—Seguramente creerán que has cambiado los lugares a propósito —dijo Roland— y, aunque los convenzas de que ha sido sin querer, te matarán de todas formas. Y a tu hijo también. Por venganza.

Máculas encarnadas afloraron en las mejillas del hombre mientras el pistolero hablaba —rubor de vergüenza, supuso Roland—, pero en cuanto pensó en la muerte de su hijo a manos de los lobos, volvió a palidecer. O tal vez lo que provocó aquella palidez fuera la idea de que iban a llevarse a Benny al este; de que se lo iban a llevar y se iba a arrunar.

—Lo siento —se disculpó—. Siento lo que he hecho.

—Me importa una mierda que lo sientas —espetó Roland—. El ka actúa y el mundo se mueve. —Slightman no respondió—. Estoy dispuesto a enviarte con los niños, tal como dije que haría —prosiguió Roland—. Si las cosas salen como espero, no verás ni un solo minuto de acción. Si no salen como espero, te interesará recordar que Sarey Adams es la líder de ese equipo de lanzadoras, y si hablo con ella después, te interesará que diga que has hecho todo lo que te ordenaron. —Cuando esto recibió como respuesta un nuevo silencio de Slightman, el pistolero habló con brusquedad—. Dime que lo has entendido, maldita sea. Quiero oírlo: «Sí, Roland, me consta».

—Sí, Roland, me consta muy bien. —Hubo una pausa—. Si ganamos, ¿las yentes lo averiguarán? ¿Qué crees? ¿Averiguarán que yo...?

—No por Andy —dijo Roland—. Ya no soltaré más paparruchas. Ni lo sabrán por mí si haces lo que has prometido. Ni tampoco por mi ka-tet. No por respeto a ti, sino por respeto a Jake Chambers. Y si los lobos caen en la trampa que les he tendido, ¿por qué iban a sospechar las yentes que había otro traidor? —Analizó a Slightman con sus fríos ojos—. Son un pueblo inocente, confiado, como ya sabes. Seguro que te has aprovechado de eso.

El rubor volvió a aflorar en sus mejillas. Slightman bajó la vista hacia el suelo del pescante una vez más. Roland miró hacia arriba y vio el lugar que estaba buscando a menos de medio kilómetro. Bien. Todavía no se atisbaba ninguna nube de polvo en el horizonte oriental, pero podía sentir cómo se formaba en su mente. Los lobos se acercaban, ¡oh, sí! En algún lugar al otro lado del río habían desmontado de su tren, habían montado en sus caballos y cabalgaban como los demonios del infierno, que era de donde provenían, no le cabía duda.

—Lo hice por mi hijo —se justificó Slightman—. Andy vino a mí y me dijo que seguramente se lo llevarían. A algún lugar de por allí, Roland... —señaló al este, hacia Tronido—... En algún lugar de por allí habitan unas criaturas desgraciadas llamadas disgregadores, prisioneros. Andy decía que tenían poderes de telepatía y telekinesia, y aunque no me consta ninguna de las dos palabras, sé que tienen que ver con la mente. Los disgregadores son humanos y comen lo que nosotros comemos para nutrir su cuerpo, pero necesitan otro alimento, un alimento especial, para nutrir lo que quiera que sea que los hace especiales.

—Alimento para el cerebro —dijo Roland.

Recordó que su madre llamaba así al pescado. Y entonces, por alguna razón que no se podía explicar, pensó en los paseos nocturnos de Susannah. Solo que no era Susannah la que asistía a ese salón de banquetes en mitad de la noche; era Mia, hija de nadie.

—Ea, eso creo —admitió Slightman—. De todas formas, es algo que solo tienen los mellizos, algo que une sus mentes. Esos tipos, no los lobos, sino los que envían a los lobos, lo sacan de ellos y, cuando ya no está, los niños se quedan idiotas, arrunados. Es comida, Roland, ¿sabes? ¡Por eso se los llevan! ¡Para alimentar a sus malditos disgregadores! ¡No para llenarse la panza ni el cuerpo, sino la mente! ¡Y ni siquiera sé qué es lo que tienen que disgregar!

—Los dos Haces que todavía sostienen la Torre —dijo Roland.

Slightman se quedó estupefacto, y se asustó.

—¿La Torre Oscura? —susurró las palabras—. ¿Lo dices en serio?

—Sí —respondió Roland—. ¿Quién es Finli? Finli o'Tego.

—No lo sé. Una voz que recibe mis informes, eso es todo. Un taheen, creo... ¿tú sabes qué es?

—¿Y tú? —Slightman sacudió la cabeza—. Entonces lo dejaremos. Puede que me lo encuentre dentro de un tiempo y ya se encargará él de responderme a eso.

Slightman no respondió, pero Roland se dio cuenta de que tenía dudas. Eso estaba bien. Ya casi habían terminado, y el pistolero sintió que la cincha invisible que le oprimía la cintura empezaba a soltarse. Se volvió por completo hacia el capataz por primera vez.

—Siempre ha habido gente como tú, gente fácil de camelar por Andy, Slightman; no me cabe duda de que fue por eso para lo que lo dejaron aquí, al igual que no me cabe duda de que tu hija, la hermana de Benny, no murió por accidente. Siempre necesitan un mellizo de sobra, y un padre débil.

—No puedes...

—Calla. Ya has dicho todo lo que tenías que decir.

Slightman se quedó sentado en silencio junto a Roland.

—Entiendo la traición. Yo también la he practicado, en una ocasión con el mismísimo Jake. Pero vamos a dejar clara una cosa: eso no cambia lo que eres. Eres un ave de carroña, un herrumbrero transformado en buitre.

El color volvió a las mejillas de Slightman, dándole el tono del vino de Burdeos.

—Lo hice por mi hijo —insistió con tozudez.

Roland se escupió en una mano ahuecada, luego la levantó y le acarició la mejilla a Slightman. La sangre se agolpaba en esa parte de su rostro que estaba caliente al tacto. Luego el pistolero agarró las gafas que llevaba Slightman y las meneó ligeramente sobre la nariz del hombre.

—A mí no me engañas —dijo con mucha calma—. Por estas; así es como te han señalado, Slightman, esta es tu marca. Te dices a ti mismo que lo hiciste por tu hijo porque eso te deja dormir por las noches. Yo me digo que lo que hice fue tanto por Jake como para no perder mi oportunidad de llegar a la Torre... y eso es lo que me deja a mí dormir por las noches. La diferencia entre tú y yo, la única diferencia, es que yo jamás he aceptado unas gafas. —Se limpió la mano en los pantalones—. Te has vendido, Slightman. Y has olvidado el rostro de tu padre.

—Déjame en paz —susurró Slightman. Se limpió la saliva del escupitajo del pistolero de la mejilla. Esta fue sustituida por sus propias lágrimas—. Por la gloria de mi hijo.

Roland hizo un gesto de asentimiento.

—En eso radica todo, en la gloria de tu hijo. Lo arrastras tras de ti como un pollo muerto. Bueno, ¡da igual! Si todo sale como espero, puede que vivas tu vida con él en el Calla y envejecas contando con el beneplácito de tus vecinos. Serás uno de esos que se enfrentaron a los lobos cuando los pistoleros llegaron al pueblo por el Camino del Haz. Cuando no puedas caminar, él caminará contigo y te sostendrá. Es lo que veo, aunque no me gusta, porque un hombre que vende su alma por un par de gafas la volverá a vender por cualquier otro acicate, incluso más barato, y tarde o temprano tu hijo descubrirá lo que eres. Lo mejor que podría ocurrirle a tu chico es que murieses hoy como un héroe. —Y a continuación, antes de que

Slightman pudiera responder, Roland alzó la voz y gritó—: ¡Oye, Overholser! ¡Detente! ¡Hemos llegado! ¡Te doy gracias!

—Roland... —empezó a decir Slightman.

—No —atajó Roland, al tiempo que ligaba las riendas—, se acabó la garla. Solo recuerda lo que te he dicho, sai: si hoy tienes la oportunidad de morir como un héroe, hazle a tu hijo un favor y aprovéchala.

TRES

Al principio, todo marchó según el plan establecido y lo atribuyeron al ka. Cuando las cosas empezaron a ir mal y se produjeron las primeras muertes, también lo atribuyeron al ka. El pistolero podría haberles dicho que el ka solía ser lo último que uno tenía que superar.

CUATRO

Roland les había explicado a los niños lo que quería que hicieran mientras todavía estaban en la dula, bajo las teas llameantes. Ahora, cuando el día empezaba a despuntar (aunque el sol seguía sin entrar en escena), ocuparon sus puestos a la perfección, alineándose en el camino desde el más mayor al más pequeño, todas las parejas de mellizos cogidas de la mano. Las bigas estaban aparcadas a la izquierda de la vía, con las ruedas del lado del conductor justo encima de la cuneta. La única separación estaba donde el camino hacia el desfiladero se separaba del Camino del Este. Junto a los niños, en una fila, estaban los cuidadores, cuyo número ascendía a más de una docena en ese momento con el añadido de Tian, el padre Callahan, Slightman y Wayne Overholser. Enfrente de ellos, dispuestos en línea junto a la cuneta derecha del camino, estaban Eddie, Susannah, Rosa, Margaret Eisenhart y la esposa de Tian, Zalia. Todas las mujeres llevaban un bolso de paja forrado de seda y lleno de platos. Apiladas en la cuneta que tenían justo detrás de ellas estaban las cajas que contenían más Orizas. Había doscientos platos en total.

Eddie oteó el otro lado del río; seguía sin verse polvo. Susannah le dedicó una sonrisa nerviosa que él correspondió con amabilidad. Esa era la parte difícil, la parte que daba miedo. Él sabía que, más tarde, la neblina roja lo envolvería y se lo llevaría lejos. En ese momento era demasiado consciente de ello y aún más de que en ese mismo instante estaban tan indefensos y eran tan vulnerables como una tortuga sin su caparazón.

Jake recorrió a toda prisa la fila de los niños, llevando la caja con los cachivaches recolectados: lazos para el pelo, un mordedor para la dentición de los bebés, un silbato tallado de una rama de tejo, un viejo zapato con casi toda la suela comida, un calcetín desaparejado... Al menos había media docena de cosas por el estilo.

—¡Benny Slightman! —gritó Roland—. ¡Frank Tavery! ¡FrancineTavery! ¡A mí!

—¡Oye! —dijo el padre de Benny Slightman, inmediatamente alarmado—. ¿Por qué haces que mi chico abandone la fila...?

—Para que cumpla con su deber, al igual que tú cumplirás con el tuyo —respondió Roland—. Ni una palabra más.

Los cuatro niños que había llamado se presentaron ante él. Los Tavery estaban ruborizados, sin aliento, con los ojos brillantes y todavía cogidos de la mano.

—Ahora, atendedme, y no me hagáis repetir ni una sola palabra —advirtió Roland.

Benny y los Tavery se inclinaron hacia delante con ansiedad. Aunque estaba a todas luces impaciente por salir, Jake se sentía menos ansioso; sabía lo que iba a ocurrir en ese momento y gran parte de lo que ocurriría a continuación. Lo que Roland esperaba que ocurriera.

Roland habló dirigiéndose a los niños, aunque lo suficientemente alto para que la fila de tensos cuidadores también pudiera oírlo.

—Tenéis que ir por el camino —dijo— e ir tirando algo cada pocos metros, como si se os hubiera caído durante una marcha difícil y apresurada. Y espero que vosotros cuatro hagáis que sea una marcha difícil y apresurada. No corráis, pero caminad casi como si lo hicierais. Mirad dónde ponéis los pies. Id hasta donde el camino se bifurca, eso son unos ochocientos metros, y no más allá. ¿Comprendido? No deis ni un paso más allá.

Asintieron con entusiasmo. Roland pasó a mirar a los adultos que estaban de pie y en tensión detrás de ellos.

—Estos cuatro partirán dentro de dos minutos. Luego, que vayan los demás mellizos; los mayores primero, los pequeños al final. No irán lejos; las últimas parejas apenas llegarán a salir del camino. —Roland levantó la voz hasta convertirla en un grito autoritario—: ¡Niños, cuando oigáis esto, volved! ¡Venid a mí, deprisa!

Roland se puso el dedo índice y el anular de la mano izquierda en las comisuras de los labios y lanzó un silbido tan penetrante que muchos niños se llevaron las manos a las orejas.

Annabelle Javier preguntó:

—Sai, si quieres que los niños se escondan en una de las cuevas, ¿por qué los llamas para que vuelvan?

—Porque no van a ir a las cuevas —aclaró Roland—. Van a ir allí. —Señaló hacia el este—. Lady Oriza va a cuidar de los niños. Van a ocultarse en los campos de arroz, en esta orilla del río. Todos miraron hacia donde señalaba, y así fue como todos vieron el polvo al mismo tiempo. Los lobos estaban llegando.

CINCO

—Llegan nuestros invitados, cielo —anunció Susannah.

Roland hizo un gesto de asentimiento, luego se volvió hacia Jake.

—Adelante, Jake. Tal como te he dicho.

Jake cogió un puñado grande de cosas de la caja y se lo pasó a los mellizos Tavery. A continuación salió de la cuneta izquierda de un salto, con la gracilidad de un ciervo, y empezó a avanzar por el camino del arroyo con Benny a su lado. Frank y Francine iban justo detrás; mientras Roland miraba, Francine dejó caer un sombrero.

—Vale —dijo Overholser—. Me consta en parte. Los lobos verán las cosas abandonadas y eso los acabará de convencer de que los niños están allí arriba, pero ¿por qué enviar al resto de pequeños al norte, pistolero? ¿Por qué no llevarlos hasta el arroz ahora mismo?

—Porque debemos suponer que los lobos pueden oler el rastro de su presa al igual que los lobos de verdad —respondió Roland. Volvió a alzar la voz—: ¡Niños, al camino! ¡Los mayores primero! ¡Coged a vuestro compañero de la mano y no se la soltéis! ¡Volved al oír el silbido!

Los niños empezaron a andar, y Callahan, Sarey Adams, los Javier y Ben Slightman los ayudaron a meterse en la cuneta. Todos los adultos parecían nerviosos; solo el padre de Benny parecía, además, receloso.

—Los lobos picarán porque tienen motivos para creer que los niños están allí arriba —dijo Roland—, pero no son tontos, Wayne. Buscarán una pista y se la daremos. Si olfatean, y apuesto hasta el último grano de arroz de la cosecha de este pueblo a que lo harán, tendrán olores así como zapatos y lazos caídos para empezar a buscar un rastro. Cuando pierdan el rastro del grupo más numeroso, seguirán oliendo el de los cuatro que he enviado primero. Puede que se lo traguen o puede que no, aunque a esas alturas no importará.

—Pero...

Roland no le hizo caso. Se volvió hacia la reducida banda de guerreros. Eran siete en total. «Es un buen número —se dijo—. Un número de poder.» Miró más allá de ellos, hacia la nube de polvo. Se hacía cada vez mayor que cualquiera de los restantes remolinos de polvo del semion y se movía a una velocidad espeluznante. Aun así, Roland pensó que, de momento, no corrían peligro.

—Escuchad y atended —se dirigía a Zalia, Margaret y Rosa. Los miembros de su propio ka-tet ya sabían lo que debían hacer, lo sabían desde que el viejo Jamie susurró su secreto tanto tiempo guardado al oído de Eddie en el porche de la casa de los Jaffords—. Los lobos no son ni hombres ni monstruos; son robots.

—¡Robots! —gritó Overholser, aunque con sorpresa más que con incredulidad.

—Ea, y de un tipo que mi ka-tet ya ha visto antes —aclaró Roland. Estaba pensando en cierto claro donde los siervos del gran oso que habían quedado vivos se habían perseguido unos a otros en un interminable círculo—. Llevan capuchas para ocultar un trasto giratorio que tienen en la coronilla. Seguramente son de este ancho y de este alto. —Roland les mostró una altura de unos cinco centímetros y una anchura de unos trece—. Es a lo que Molly Doolin le dio con su plato, y

lo rebanó. Ella le dio por casualidad; nosotros le daremos a propósito.

—Gorras de pensar —dijo Eddie—. Son su conexión con el mundo exterior. Sin ellas, están tan muertos como una cagada de perro.

—Apuntad aquí. —Roland levantó la mano derecha dos centímetros y medio por encima de la coronilla de su cabeza.

—Pero el pecho... las branquias en el pecho... —empezó a decir Margaret, enormemente desconcertada.

—Es una puta mentira y siempre lo ha sido —afirmó Roland—. Apuntad a la coronilla de las capuchas.

—Algún día —dijo Tian—, sabré por qué ha tenido que haber tantas mentiras de mierda.

—Espero que vivamos para ver ese día —sentenció Roland.

Los últimos niños, los más pequeños, acababan de avanzar por el camino, con las manos cogidas como les habían ordenado. Puede que los mayores ya estuvieran a unos ciento treinta metros de distancia, y el cuarteto de Jake, al menos a otros ciento treinta metros más allá. Tendría que ser suficiente. Roland centró su atención en los cuidadores de los niños.

—Ahora volverán —dijo—. Llevadlos por la cuneta y a través del maíz en dos filas, una al lado de otra. —Levantó un pulgar por encima del hombro sin mirarlos—. No hace falta que os diga lo importante que es no mover las plantas del maíz, sobre todo las que están cerca del camino, donde los lobos pueden veros.

Sacudieron la cabeza.

—Cuando lleguéis al borde de los campos de arroz —prosiguió Roland—, llevadlos a uno de los desfiladeros. Conducidlos casi hasta el río, luego haced que se tumben donde el arroz esté alto y todavía esté verde. —Separó las manos, le brillaban los ojos azules—. Haced que se dispersen. Los mayores os pondréis en la margen del río que quedará junto a ellos. Si hay problemas, más lobos o algo que no esperamos, llegarán por ese lado.

Sin darles la oportunidad de hacer preguntas, Roland volvió a meterse los dedos por las comisuras de los labios y silbó. Vaughn Eisenhart, Krella Anselm y Wayne Overholser se reunieron con los demás en la cuneta y empezaron a ordenar a los pequeños que dieran la vuelta y se dirigieran hacia el camino. Mientras tanto, Eddie echó otra mirada hacia atrás y se sorprendió al ver lo mucho que había avanzado la nube de polvo hacia el río. Un movimiento tan rápido tenía perfecto sentido si uno conocía el secreto; esos caballos grises no eran animales, sino medios de transporte mecánicos «disfrazados» para parecer caballos, ni más ni menos. «Como una flota de Chevrolets del gobierno», pensó.

—Roland, ¡vienen como el rayo!, ¡como salidos del infierno!

Roland miró.

—No pasa nada —dijo.

—¿Estás seguro? —preguntó Rosa.

—Sí.

Los niños más pequeños se apresuraban a desandar el camino, cogidos de la mano; los ojos se les salían de las órbitas por el miedo y la emoción. Cantab, de los mannis, y Ara, su esposa, los dirigían. Ella les dijo que caminaran directamente hacia las hileras centrales de la plantación y que intentaran no tocar ninguna de las escuálidas plantas.

—¿Por qué, sai? —preguntó un granujilla, que no debía de tener más de cuatro años. Llevaba una sospechosa mancha oscura en la parte delantera de su peto—. El maíz ya está recogido.

—Es un juego —dijo Cantab—. Es el juego de «No toques el maíz».

Empezó a cantar. Algunos de los niños se le unieron, pero la mayoría estaban demasiado desconcertados y asustados.

A medida que las parejas iban cruzando el camino, y los niños que las formaban eran cada vez eran más altos y más mayores mientras iban llegando, Roland echó otra mirada hacia el este. Calculó que a los lobos todavía les quedaban diez minutos para llegar a la otra margen del Whye, así que diez minutos tenían que ser suficientes. Pero, ¡dioses!, ¡qué rápidos eran! Ya se le había pasado por la cabeza que al final se vería obligado a dejar que Slightman el Joven y los mellizos

Tavery se quedaran allí, con ellos. No entraba en el plan, pero a esas alturas, el plan casi siempre empezaba a cambiar. Tenía que cambiar justo en ese instante, cuando los últimos niños estaban cruzando el camino y solo Overholser, Callahan, Slightman el Viejo y Sarey Adams seguían en él.

—Adelante —les dijo Roland.

—¡Quiero esperar a mi hijo! —objetó Slightman.

—¡Adelante!

Slightman puso cara de estar dispuesto a defender su postura, pero Sarey Adams le tocó un codo y Overholser lo cogió del otro.

—Venga —dijo Overholser—. El hombre se preocupará por tu chico como se preocupa por el suyo.

Slightman le dedicó a Roland una última mirada dubitativa, y luego saltó por encima de la cuneta y empezó a guiar a los últimos de la fila cuesta abajo, junto con Overholser y Sarey.

—Susannah, enséñales el escondite —dijo Roland.

Se habían cuidado de asegurarse de que los niños cruzaran la cuneta del camino del río bien lejos del lugar donde habían cavado el refugio el día anterior. Usando una de sus piernas mutiladas y enfundadas, Susannah apartó de una patada un amasijo de hojas, ramas y tallos de maíz secos —la clase de cosa que uno espera encontrarse en una acequia junto a un camino— y dejó al descubierto un agujero oscuro.

—Solo es una trinchera —dijo, casi disculpándose— que queda tapada por unos tablones. Son ligeros y fáciles de retirar. Ahí es donde vamos a meternos. Roland ha hecho un... bueno, no sé cómo se llama, en mi pueblo lo llamamos periscopio, es una cosa con espejos dentro por la que se puede mirar... y cuando llegue la hora, nos levantaremos y los tablones saldrán disparados a nuestro alrededor.

—¿Dónde están Jake y los otros tres? —preguntó Eddie—. Ya deberían estar de vuelta.

—Es demasiado pronto —dijo Roland—. Tranquilízate, Eddie.

—No voy a tranquilizarme y no es demasiado pronto. Al menos tendríamos que poder verlos. Voy a ver que...

—No, no vas a ninguna parte —dijo Roland—. Tenemos que derribar a tantos como podamos antes de que se imaginen lo que está ocurriendo. Eso significa que nuestra potencia de fuego tiene que quedarse aquí, en la retaguardia.

—Roland, algo no marcha bien.

Roland no le hizo caso.

—Señoras sais, métanse dentro, si a bien tienen. Las cajas de platos estarán a vuestro lado; las cubriremos con unas hojas.

Roland miró al otro lado del camino mientras Zalia, Rosa y Margaret empezaban a meterse en el agujero que Susannah había dejado al descubierto. La senda hacia el desfiladero estaba en ese momento completamente vacía. Seguía sin haber ni rastro de Jake, Benny y los mellizos Tavery. Estaba empezando a pensar que Eddie tenía razón; que algo había ido mal.

SEIS

Jake y sus compañeros llegaron enseguida y sin incidentes al lugar donde la senda se bifurcaba. Jake había conservado dos objetos y, cuando llegaron a la bifurcación, tiró un sonajero roto hacia la Gloria y una pulserita de cuerda de niña hacia la Petirrojo. «Escoged —pensó— y jodeos hagáis lo que hagáis.»

Cuando se volvió, vio que los mellizos Tavery ya habían emprendido el camino de vuelta. Benny lo estaba esperando, con la cara pálida y los ojos brillantes. Jake le hizo un gesto de asentimiento y se obligó a devolverle la sonrisa.

—Vamos —dijo.

Entonces oyó el silbido de Roland y los mellizos se pusieron a correr pese al pedregal y las piedras caídas que plagaban el camino. Seguían cogidos de la mano, esquivando aquello que simplemente no podían saltar.

—Eh, ¡no corráis! —gritó Jake—. Roland dijo que no corriéramos y que miráramos dónde

poníamos los pie...

En ese momento Frank Tavery pisó un hoyo. Jake oyó el crujido y el chasquido seco que hizo su tobillo al romperse y supo por la terrible mueca de dolor de Benny que él también lo había oído. Frank dejó escapar un sordo gemido y cayó hacia un lado. Francine tiró de él cogiéndolo por el brazo, pero el chico pesaba demasiado. Se le escapó de las manos como el contrapeso de una polea. El ruido sordo que produjo su cabeza al impactar contra el afloramiento de granito que tenía a su lado fue mucho más claro que el ruido que había producido su tobillo. La sangre que empezó a manar de inmediato de la herida del cuero cabelludo refulgió con la primera luz de la mañana.

«Problemas —pensó Jake—. Y en nuestro camino.»

Benny estaba boquiabierto, se puso rojo como un tomate. Francine se estaba arrodillando junto a su hermano, que permanecía tumbado en una postura retorcida y que no presagiaba nada bueno con el pie todavía metido en el agujero. Ella producía unos ruidos agudos y ahogados. Entonces, de repente, los lamentos se acallaron. Puso los ojos en blanco y se desplomó sobre su hermano mellizo, inconsciente.

—Vamos —dijo Jake, y como Benny siguió inmóvil y boquiabierto, Jake le dio un empujón en el hombro—. ¡Por la gloria de tu padre!

Eso hizo reaccionar a Benny.

SIETE

Jake lo contempló todo desde la óptica fría y despejada de un pistolero: la sangre derramada sobre la piedra; el mechón de pelo pegado a ella; el pie en el agujero; la baba en los labios de Frank Tavery; la hinchazón de los jóvenes senos de su hermana mientras estaba tumbada con torpeza sobre él; los lobos que ya llegaban... No fue el silbido de Roland lo que le indicó aquello último, sino el toque. «Eddie —pensó—. Eddie quiere venir hasta aquí.»

Jake jamás había intentado utilizar el toque para transmitir un mensaje, pero lo hizo en ese momento: «¡Quédate donde estás! Si no podemos volver a tiempo, intentaremos escondernos cuando pasen por aquí. ¡Pero no vengas hasta aquí! ¡No estropees las cosas!»

No tenía ni idea de si el mensaje había llegado, pero sí sabía que era lo único para lo que tenía tiempo. Mientras tanto, Benny estaba... ¿qué? ¿Cuál era *le mot juste*? Cuando iba a Piper, la señorita Avery había insistido mucho en *le mot juste*. Y le vino a la cabeza: «farfullando». Benny estaba farfullando.

—¿Qué vamos a hacer Jake? ¡Jesús Hombre! ¡Han caído los dos! ¡Si estaban bien! Iban corriendo y entonces... ¿Y si llegan los lobos? ¿Y si llegan mientras todavía estamos aquí? Será mejor que los dejemos, ¿no crees?

—No los vamos a dejar —repuso Jake.

Se inclinó hacia delante y cogió a Francine Tavery por los hombros. Tiró de ella hasta dejarla sentada, sobre todo para separarla de su hermano Frank y que él pudiera respirar. La cabeza se le fue hacia atrás y el pelo le cayó en una cascada de seda negra. Las pestañas se le agitaron y, bajo ellas se vio un blanco niveo. Sin pensar, Jake le dio una bofetada bien fuerte.

—¡Ay, ay! —La niña abrió los ojos de golpe; eran azules, hermosos y estaban llenos de asombro.

—¡Levanta! —gritó Jake—. ¡Apártate de él!

¿Cuánto tiempo había pasado? ¡Qué tranquilo estaba todo ahora que los niños habían vuelto al camino! Ni un solo pájaro pió, ni siquiera un herrumbreiro. Esperó a que Roland volviera a silbar, pero Roland no lo hizo. Y en realidad, ¿por qué iba a hacerlo? Ahora estaban solos.

Francine se puso de lado y se levantó tambaleándose.

—Ayudadle... por favor, os lo ruego...

—Benny, tenemos que sacarle el pie del agujero.

Benny se apoyó sobre una rodilla al otro lado del niño, que permanecía tumbado de forma extraña. Todavía tenía el rostro pálido, aunque sus labios formaban una línea muy apretada que a Jake le pareció esperanzadora.

—Cógelo por el sobaco.

Benny cogió a Frank Tavery por el hombro derecho. Jake lo cogió por el izquierdo. Sus miradas se encontraron por encima del cuerpo del chico inconsciente. Jake hizo un gesto de asentimiento.

—Ahora.

Tiraron a la vez. Frank Tavery abrió los ojos de golpe, eran tan azules y hermosos como los de su hermana, y lanzó un grito tan agudo que fue insonoro. Pero no se le liberó el pie.

Seguía atascado en las profundidades.

OCHO

En ese momento una figura gris verdosa empezaba a distinguirse bajo la nube de polvo y oyeron el golpeteo de numerosas patas sobre la superficie pedregosa. Las tres mujeres del Calla estaban en el escondite. Solo Roland, Eddie y Susannah seguían en la cuneta, los hombres de pie y Susannah de rodillas con sus fuertes muslos separados. Volvieron la vista hacia el camino y la senda del desfiladero. La senda seguía vacía.

—He oído algo —dijo Susannah—. Creo que uno de ellos está herido.

—Mierda, Roland, voy a buscarlos —dijo Eddie.

—¿Eso es lo que quiere Jake o es lo que tú quieres? —preguntó Roland.

Eddie se ruborizó. Había oído a Jake en su cabeza; no fueron exactamente palabras, sino un mensaje, y supuso que Roland también lo había oído.

—Hay cien niños ahí abajo y allí solo cuatro —dijo Roland—. A cubierto, Eddie. Tú también, Susannah.

—¿Y tú? —preguntó Eddie.

Roland respiró hondamente y soltó el aire.

—Ayudaré, si puedo.

—No vas a ir a buscarlo, ¿no? —Eddie miró a Roland con creciente incredulidad—. No vas a hacerlo.

Roland miró hacia la nube de polvo y al bulto verde grisáceo que estaba debajo, que acabaría teniendo la forma definida de caballos y jinetes en menos de un minuto. Los jinetes con rostros de lobo enfurecido enmarcados por capuchas verdes cabalgaban hacia el río, descendiendo en picado hacia ese lugar.

—No —admitió Roland—. No puedo. Poneos a cubierto.

Eddie se quedó donde estaba durante un rato más, con la mano en la culata del gran revólver, mientras iba palideciendo. A continuación, sin decir ni una sola palabra, le dio la espalda a Roland y le cogió la mano a Susannah. Se arrodilló junto a ella y luego se deslizó hacia el interior del agujero. Ahora solo quedaba Roland con el gran revólver colgado en la cadera izquierda, mirando hacia la senda vacía del desfiladero.

NUEVE

Benny Slightman era un chico corpulento, pero no podía mover el pedrusco que le atrapaba el pie al muchacho de los Tavery. Jake lo vio en el primer intento. Su mente (muy fría) intentaba calcular el peso del niño apresado en comparación con el peso de la piedra que lo apresaba. Supuso que la piedra pesaba más.

—Francine.

Ella lo miró con unos ojos húmedos y un tanto cegados por la impresión.

—¿Le quieres? —preguntó Jake.

—Ea, ¡con todo mi corazón!

«Él es tu corazón —pensó Jake—. Bien.»

—Entonces, ayúdanos. Tira de él tan fuerte como puedas cuando yo te diga. No importa si grita, tira de él de todas formas.

Ella asintió como si lo hubiera entendido. Jake esperaba que así fuera.

—Si no podemos sacarlo esta vez, tendremos que dejarlo.

—¡Jamás lo haría! —gritó la niña.

No era momento para discutir. Jake se reunió con Benny junto a la lisa roca blanca. Más allá de su recortado borde, la sanguinolenta espinilla de Frank desaparecía en un oscuro agujero. El

chico estaba totalmente despierto y jadeaba. Movi6 el ojo izquierdo con terror. El derecho estaba cubierto por un velo de sangre. Le colgaba un pedazo de cuero cabelludo sobre la oreja.

—Vamos a levantar la piedra y t6 vas a tirar de 6l —le dijo Jake a Francine—. A la de tres. ¿Est6s lista?

Cuando ella hizo un gesto de asentimiento, el pelo le cay6 sobre la cara como una cortina. No hizo ning6n intento de apart6rselo, solo cogi6 a su hermano por las axilas.

—Francine, no me hagas da6o —gimi6 Frank.

—Calla —le orden6 ella.

—Uno —cont6 Jake—. Tira de este cabr6n, Benny, aunque se te salten los cojones. ¿Me oyes?

—Cag6enla... t6 cuenta y calla.

—Dos... ¡Tres!

Tiraron, gritando al dar el tir6n. La piedra se movi6 y Francine tir6 de su hermano hacia atr6s con todas sus fuerzas, uni6ndose a sus gritos.

El alarido que lanz6 Frank Tavery cuando se le liber6 el pie fue el m6s potente de todos.

DIEZ

Roland oy6 ronc6s gritos de esfuerzo, superados por un chillido de pura agonía. Algo había ocurrido, y Jake había hecho algo al respecto. La pregunta era: ¿había sido suficiente para arreglar lo que fuera que hubiera salido mal?

Una cortina de rocío se alz6 a la luz del alba cuando los lobos se zambulleron en el Whye y empezaron a vadearlo con sus caballos grises. Ahora Roland los veía con toda claridad, acerc6ndose en oleadas de cinco y seis, espoleando sus monturas. Calcul6 que eran sesenta. En la otra orilla del río, desaparecerían tras el saliente cubierto de hierba de un risco. Luego reaparecerían, a menos de un kil6metro y medio de distancia y volverían a desaparecer una vez m6s, tras una 6ltima colina —todos ellos, si seguían en grupo como iban hasta ahora— y esa sería la 6ltima oportunidad que Jake tendría para llegar, para que todos ellos se pusieran a cubierto.

Mir6 hacia el camino, deseando que los ni6os aparecieran —deseando que Jake apareciera—, pero la senda seguía vacía.

Los lobos iban ascendiendo por la margen izquierda del río, sus caballos esparcían una cortina de gotas que brillaban como el oro bajo la luz de la ma6ana. Se levantaban terrones y una lluvia de arena. El ruido de los cascos se había convertido en un trueno a punto de estallar.

ONCE

Jake lo cogi6 por un hombro, Benny por el otro. Llevaron a Frank Tavery hasta la senda de esa forma, avanzando a una velocidad temeraria, sin mirar apenas las piedras caídas del suelo. Francine iba corriendo justo detr6s de ellos.

Llegaron al 6ltimo recodo, y Jake sinti6 una punzada de alegría cuando vio a Roland en la cuneta del otro lado, al impassible Roland, de pie y vigilante con su mano izquierda, la sana, en la culata de la pistola y con el sombrero apartado de la frente.

—¡Ha sido mi hermano! —grit6 Francine—. ¡Se ha caído! ¡Se le ha quedado el pie atrapado en un agujero!

Roland desapareci6 de repente.

Francine mir6 a su alrededor, no estaba exactamente asustada, sino desconcertada.

—Pero ¿qu6...?

—Espera —dijo Jake, porque eso fue lo 6nico que se, le ocurri6 decir. No tenía m6s ideas. Si eso tambi6n le ocurría al pistolero, seguramente morirían allí.

—Me arde... me arde el tobillo —gimote6 Frank Tavery.

—Calla —orden6 Jake.

Benny ri6. Era una risa nerviosa, aunque tambi6n era una risa sincera. Jake lo mir6 apartando la vista del sollozante y sangrante Frank Tavery... y le gui6o un ojo. Benny le devolvi6 el gui6o. Y, de esta forma tan simple, volvieron a ser amigos.

DOCE

Mientras estaba tumbada en la oscuridad del escondite con Eddie a su izquierda y el olor acre de las hojas en la nariz, Susannah sintió un repentino ataque de contracciones en el vientre. Tuvo el tiempo suficiente de percibirlo antes de que el pico de dolor, inesperado e implacable, se le clavara en el hemisferio izquierdo del cerebro, dándole la impresión de que se le entumecía todo ese lado de la cara y el cuello. En ese preciso instante, la imagen de un gran salón de banquetes ocupó su mente: asados humeantes, pescado relleno, filetes ahumados, mágnams de champán, recipientes enormes con salsa de carne, ríos de vino tinto... Oyó un piano y una voz que cantaba, una voz cargada de una espantosa tristeza. «*Someone saved, someone saved, someone saved my li-ife tonight*», cantaba.

«¡No!», le gritó Susannah a la fuerza que estaba intentado arrastrarla. ¿Y esa fuerza tenía un nombre? Por supuesto que lo tenía. Su nombre era Madre, su mano es la que mece la cuna, y la mano que mece la cuna es la mano que gobierna el mund...

«¡No! ¡Tienes que dejar que acabe esto! Después, si quieres tenerlo, ¡te ayudaré! ¡Te ayudaré a tenerlo! Pero si intentas obligarme a hacerlo ahora, ¡me defenderé con uñas y dientes! Y si tengo que suicidarme y matar a tu precioso chaval conmigo, ¡lo haré! ¿Me oyes, zorra?»

Durante un instante no hubo más que oscuridad, la presión de la pierna de Eddie, el entumecimiento en el lado izquierdo de la cara, el estruendo de los caballos que se aproximaban, el olor acre de las hojas, el ruido de la respiración de las Hermanas, que se estaban preparando para librar su personal batalla. En ese instante, todas las palabras fueron pronunciadas con total claridad desde un lugar que se encontraba justo encima del ojo izquierdo de Susannah; Mia le habló por primera vez.

«Libra tu batalla, mujer. Incluso yo te ayudaré si puedo. Y luego cumple tu promesa.»

—¿Susannah? —Eddie le susurró desde detrás—. ¿Estás bien?

Y lo estaba, el pico de dolor había desaparecido y la voz se había acallado. También había desaparecido el entumecimiento. Pero, cerca de allí, Mia estaba esperando.

TRECE

Roland estaba tumbado boca abajo en la cuneta, mirando a los lobos con el ojo de la imaginación y el de la intuición en lugar de mirarlos con los ojos reales. Los lobos estaban entre el risco y la colina, al galope con sus capas volando al viento. Durante unos siete segundos, quedarían ocultos detrás de la colina. Es decir, si permanecían agrupados y los líderes no habían empezado a adelantarse. Si es que había calculado bien su velocidad. Si estaba en lo cierto, tendría cinco segundos para poder conseguir que Jake y los otros llegasen, o siete. Si estaba en lo cierto, tendrían esos mismos cinco segundos para cruzar el camino. Si se equivocaba (o si los otros eran lentos), los lobos o bien verían al hombre en la cuneta o bien verían a los niños en el camino, o a todos ellos. Las distancias seguramente serían demasiado grandes para usar sus armas, pero eso no importaría mucho, porque la emboscada perfectamente planeada quedaría frustrada. Lo inteligente sería permanecer agachados, y dejar a los niños en manos del destino. ¡Demonios!, cuatro niños atrapados en la senda del desfiladero convencerían a los lobos de que los demás estaban escondidos más arriba, en una de las viejas minas.

«Basta de pensar —le ordenó Cort en su cabeza—. Si tienes intención de hacer algo, gusano rastrero, esta es tu última oportunidad.»

Roland se levantó de golpe. Justo delante de él, protegido por una pila de rocas caídas que marcaban la bifurcación del Camino del Este y la senda del desfiladero, estaban Jake y Benny Slightman aguantando entre los dos al muchacho de los Tavery. El chico sangraba por doquier; los dioses sabrían qué le había ocurrido. Su hermana miraba hacia atrás. En ese instante, parecían no solo mellizos, sino mellizos *kaffin*, pegados por el cuerpo.

Roland levantó las manos y las movió de forma extravagante hacia atrás, por encima de la cabeza, como si intentara agarrarse al aire: «Venid, venid hacia mí», quería decir. Al mismo tiempo, miraba hacia el este. No había rastro de los lobos; bien. Efectivamente, la colina los había ocultado a todos por el momento.

Jake y Benny cruzaron corriendo el camino, todavía acarreaban al niño entre los dos. Los

botines de Frank Tavery dibujaron profundas huellas en el oggan. Roland esperó que los lobos no le dieran mucha importancia a esas marcas.

La niña llegó la última, veloz como el rayo.

—¡Al suelo! —gritó Roland, cogiéndola por el hombro y tirándola al suelo—. ¡Al suelo! ¡Al suelo! ¡Al suelo!

Él cayó junto a ella y Jake cayó sobre él. Roland sentía el corazón del chico que latía con frenesí entre sus omóplatos, a través de su camisa y la de él, y tuvo un instante para disfrutar de la sensación.

En ese momento, el ruido de los cascos se oía con claridad y aumentaba a cada segundo. ¿Los habrían visto los jinetes que iban en cabeza? Era imposible saberlo, pero lo sabrían, y pronto. Mientras tanto solo podían actuar tal como estaba planeado. Estarían apretujados en el escondite con tres personas más, y si los lobos habían visto a Jake y a los otros tres cruzando el camino, sin ninguna duda los achicharrarían donde estaban sin que se produjera ni un solo tiro ni un lanzamiento de plato, pero no había tiempo para preocuparse de eso ahora. Como máximo les quedaba un minuto, pensó Roland, tal vez solo cuarenta segundos, y ese último instante de tiempo se les estaba agotando.

—Quítate y ponte a cubierto —le dijo a Jake—. ¡Ahora!

El peso desapareció, y Jake se metió en el escondite.

—Tú eres el siguiente, Frank Tavery —dijo Roland—. Y estáte calladito. Dentro de dos minutos podrás gritar todo lo que quieras, pero de momento, manten la boca cerrada. Eso va por todos vosotros.

—Estaré callado —aseguró el chico con voz ronca. Benny y la hermana de Frank hicieron un gesto de asentimiento.

—En cualquier momento vamos a levantarnos y a empezar a disparar—dijo Roland—. Vosotros tres, Frank, Francine y Benny, quedaos abajo, tumbados. —Hizo una pausa—. Por vuestra vida, apartaos de nuestro camino.

CATORCE

Roland estaba tumbado en la oscuridad fragante de tierra y hojas, oyendo la violenta respiración de los niños que tenía a su izquierda. Ese sonido quedó pronto ensordecido por el de los cascos que se acercaban. El ojo de la imaginación y el de la intuición se abrieron de nuevo, y en esta ocasión más que nunca. En menos de treinta segundos, tal vez solo quince, el fragor enardecido del combate lo borraría todo del mapa, hasta la visión más primitiva, pero de momento, Roland lo veía todo, y todo lo que veía era exactamente como quería que fuera. Y ¿por qué no? ¿De qué servía visualizar que los planes iban a salir mal?

Vio a los mellizos del Calla tendidos y despatarrados como cadáveres en la parte más tupida y húmeda del arrozal, con el barro empapándoles las camisas y los pantalones. Vio a los adultos tras ellos, casi en el lugar en que el arrozal se convertía en ribera. Vio a Sarey Adams con sus platos y a Ara de los mannis, la esposa de Cantab, con un par de los suyos (aunque como una del pueblo manni, jamás podría sentir compañerismo con las demás mujeres). Vio a Estrada, Anselm, Overholser con sus bas abrazadas contra el pecho. En lugar de una ba, Vaughn Eisenhart estrechaba el rifle que Roland le había engrasado. En el camino, aproximándose desde el este, se veían hileras y más hileras de jinetes con capas verdes, montados en sus caballos grises. Ahora su velocidad estaba decelerando. El sol había salido por fin y se reflejaba en el metal de sus máscaras. Lo gracioso de esas máscaras, por supuesto, es que debajo de ellas había más metal. Roland dejó que el ojo de su imaginación se levantara en busca de otros jinetes, un grupo que llegase al pueblo indefenso desde el sur, por ejemplo. No había ninguno. Al menos en su mente, toda la batida estaba allí. Y si se habían tragado las patrañas que Roland y el ka-tet de los Noventa y Nueve habían contado con tanto esmero, allí es donde debería estar. Vio las bigas alineadas en el lado del camino que daba al pueblo y tuvo tiempo de desear que hubieran soltado el tirante de los arreos, aunque así estaba mejor, daba la impresión de que la huida había sido más precipitada. Vio la senda que conducía a los desfiladeros, hacia las minas, tanto a la que estaba abandonada como a la que estaba operativa, hacia el par de cuevas que había más allá.

Vio a los lobos que iban en cabeza detenidos allí arriba, tirando con sus manos enguantadas de los bocados de las bestias hasta hacerlas relinchar. Vio a través de los ojos de los lobos imágenes no producidas por la cálida visión humana, sino frías, como las de los perdiónicos. Vio el sombrero que había tirado Francine Tavery. Su mente no solo tenía ojos, sino nariz, y olió el balsámico aunque fecundo olor de los niños. Olían a algo intenso y graso, olían a eso que los lobos les quitaban a los niños que abducían. Su mente no solo tenía nariz y ojos, sino oídos, y oyó, tenuemente, los mismos crujidos que habían salido de Andy, el mismo gañido de relés, servomotores, bombas hidráulicas y los dioses sabrán qué otra maquinaria. El ojo de su mente vio a los lobos inspeccionando primero el revoltijo de huellas en el camino (al menos esperó que a ellos les pareciera un revoltijo), y luego mirando hacia el camino del desfiladero. Porque el imaginarlos de otra forma, preparándose para asarlos como pollos a la parrilla en su escondite, no le serviría de nada. No, estaban mirando hacia el camino del desfiladero. Tenían que estar mirando hacia el desfiladero. Estaban oliendo a niño —a lo mejor olían tanto su miedo como la poderosa cosa que tenían los pequeños en el fondo del cerebro— y mirando los restos caídos de desperdicios y tesoros que su presa había dejado atrás. Estaban allí, sobre sus caballos mecánicos, mirando.

«¡Atacad! —les urgió Roland mentalmente. Notó cómo Jake se removía un poco detrás de él al oír su pensamiento. Su súplica, más bien—. ¡Atacad! ¡Id a por ellos! ¡Coged lo que queráis!»

Se oyó un fuerte golpe seco emitido por uno de los lobos. Fue seguido por el breve aullido de una sirena, seguida a su vez por el desagradable silbato cantarín que Jake había oído en el Dogan. Después de aquello, los caballos volvieron a ponerse en marcha. Primero se oyó el sordo ruido de sus cascos sobre el oggan, luego en el suelo más pedregoso y alejado de la senda del desfiladero. No se oyó nada más; los caballos no relinchaban con nerviosismo como los que iban atados a las bigas. A Roland le bastaba con eso; habían mordido el anzuelo. Se sacó el revólver de la cartuchera. Jake, que estaba a su lado, volvió a moverse, y Roland supo que estaba haciendo lo mismo.

Les había hablado de la distribución del enemigo que debían esperar encontrarse cuando salieran de golpe del escondite: aproximadamente un cuarto de los lobos a un lado del camino, mirando hacia el río, y otro cuarto vuelto hacia el pueblo de Calla Bryn Sturgis. O tal vez unos cuantos más en esa dirección, para que, en el caso de que hubiera algún problema, el pueblo quedara del lado de donde los lobos —o los programadores de los lobos— esperaban que llegase. ¿Y los demás? ¿Treinta o más? Ya estarían al final de la senda. En la encerrona, sea.

Roland empezó a contar hasta veinte, pero cuando llegó a diecinueve decidió que había contado suficiente. Recogió las piernas —no se produjo ningún chasquido seco, ni tan solo llegó a sentir una punzada de dolor—, y se levantó dando un salto, alzando con una mano la pistola de su padre.

—¡Por Gilead y el Calla! —bramó—. ¡Ahora, pistoleros! ¡Ahora, Hermanas de Oriza! ¡Ahora, ahora! ¡Matadlos! ¡Sin cuartel! ¡Matadlos a todos!

QUINCE

Salieron disparados de la tierra como el ejército nacido de los dientes del dragón. Los tablones saltaron a diestro y siniestro, junto con montones de hierbas y hojas secas. Roland y Eddie llevaban sendos revólveres grandes con las culatas de madera de sándalo. Jake tenía la Ruger de su padre. Margaret, Rosa y Zalia llevaban cada una un Riza. Susannah llevaba dos y tenía los brazos cruzados sobre el pecho como si sintiera frío.

Los lobos estaban dispuestos exactamente como Roland los había visto con el frío ojo asesino de su imaginación, y sintió un instante de triunfo antes de que cualquier otro pensamiento o sensación menores quedaran ocultos tras el telón rojo del escenario. Como siempre, jamás se sentía más feliz de estar vivo que cuando se preparaba para lidiar con la muerte. «Cinco minutos de sangre y estupidez», les había anunciado, y ahí estaban esos cinco minutos. También les había dicho que siempre se sentía enfermo después, y aunque no les había mentado, jamás se encontraba mejor que en ese momento inicial; jamás se sentía tan total y verdaderamente él mismo. En eso radicaban los últimos jirones de la vieja nube de gloria. No

importaba que fueran robots; ¡dioses, no! Lo que importaba era que se habían alimentado de los indefensos durante generaciones y esta vez habían sido atrapados por sorpresa.

—¡En la coronilla de las capuchas! —gritó Eddie, al tiempo que en su mano derecha la pistola de Roland empezó a atronar y a escupir fuego. Los caballos y mulas arreados se encabritaron y tiraron del arnés; un par de ellos relincharon sorprendidos—. ¡En la coronilla de las capuchas, dadles a las gorras de pensar!

Y entonces, como para demostrar lo que decía Eddie, las capuchas verdes de tres jinetes que se encontraban al lado derecho del camino cayeron como empujadas por unos dedos invisibles. Cada uno de los tres seres que se cubrían con ellas se desplomaron de las sillas como muñecos y se golpearon contra el suelo. Cuando el abuelo contó la historia sobre el lobo que Molly Doolin había abatido, había hablado de retorcimientos tras la caída, pero esos tres se quedaron quietos como estatuas a los pies de los caballos que no paraban de brincar. Molly podría no haberle dado de pleno en «la gorra de pensar», pero Eddie sí sabía a lo que le estaba disparando y le dio.

Roland también abrió fuego. Disparaba con la pistola a la altura de la cadera, disparaba casi al azar, pero todas las balas alcanzaban su objetivo. Iba a por los que estaban en el camino, pues quería apilar allí los cadáveres para formar una barricada si podía.

—¡Riza, vuela certera! —chilló Rosalita Muñoz.

El plato que agarraba abandonó su mano y salió disparado hacia el Camino del Este con un zumbido constante y ascendente. Rebanó la capucha de un jinete que se encontraba al principio del camino del desfiladero y que estaba intentado domeñar a su caballo con desesperación. La cosa cayó hacia atrás, con los pies mirando al cielo, y quedó tirado al revés con las botas en el camino.

—¡Riza! —gritó Margaret Eisenhart.

—¡Por mi hermano! —exclamó Zalia.

—¡Lady Riza os va a dar por culo, cabrones!

Susannah descruzó los brazos y lanzó los dos platos hacia delante. Salieron volando, zumbando, zigzagueando en el aire, y ambos dieron en el blanco. Se produjo un revoloteo de pedazos de capuchas verdes; los lobos a los que habían pertenecido las capuchas aterrizaron antes y con mayor contundencia.

Varas de refulgente fuego relucieron en la mañana cuando los jinetes que se empujaban entre sí y luchaban a ambos lados del camino desenvainaron sus armas de energía. Jake le dio al gorro de pensar del primero que desenvainó y cayó sobre su propia espada que chisporroteó implacablemente y le prendió fuego a su capa. El caballo respingó hacia un lado, hacia la vara de luz que descendía del jinete de la izquierda. Se le desprendió la cabeza y dejó al descubierto una maraña de chispas y cables. En ese momento, las sirenas empezaron a aullar de forma constante; alarmas antirrobo en el infierno.

Roland había imaginado que los lobos que estaban más cerca del pueblo podrían intentar separarse y huir hacia el Calla. En lugar de eso, los nueve que todavía quedaban a ese lado —Eddie se había cargado a seis con sus primeros seis tiros— espolearon sus caballos, pasaron las bigas y cargaron directamente hacia ellos. Dos o tres lanzaron plateadas bolas silbantes.

—¡Eddie! ¡Jake! ¡Sneetches! ¡A vuestra derecha!

Se volvieron hacia esa dirección de inmediato, dejando a las mujeres, que estaban lanzando los platos tan rápido como podían de sus bolsas forradas de seda. Jake estaba de pie con las piernas separadas; tenía la Ruger levantada con la mano derecha y con la izquierda se sujetaba la muñeca. Se había apartado el pelo de la frente. Tenía los ojos abiertos como platos y estaba guapo, sonriente. Apretó el gatillo y realizó tres tiros rápidos, cada uno de ellos fue como el chasquido de un látigo en el aire de la mañana. Lo asaltó un vago y distante recuerdo del día en el bosque cuando había tirado al plato al aire. Ahora le estaba disparando a algo mucho más peligroso, y estaba contento, feliz. Las primeras tres esferas voladoras explotaron proyectando brillantes destellos de luz azulada. Una cuarta se desvió y luego se dirigió silbando directamente hacia él. Jake se agachó y la oyó pasar justo por encima de su cabeza, zumbando como una especie de tostadora cabreada. Sabía que se daría la vuelta y regresaría.

Antes de que pudiera hacerlo, Susannah se giró y le lanzó un plato que voló directo al blanco, aullando. Cuando impactó, tanto él como la sneetch explotaron. La metralla llovió sobre el maizal y prendió fuego a un par de plantas.

Roland recargó su arma, el tambor humeante del revólver apuntó de forma momentánea al suelo entre sus pies. Más allá de donde estaba Jake, Eddie hacía lo mismo.

Un lobo saltó por encima de la confusa pila de cadáveres que se encontraba al principio del camino del desfiladero, con la capa verde flotando al viento cuando uno de los platos de Rosa le desgarró la capucha y, por un momento, dejó al descubierto el plato del radar que ocultaba debajo. Las gorras de pensar del séquito del oso se movían con lentitud y de forma espasmódica; el de ese lobo giraba a una velocidad tal que apenas se distinguía su forma metálica. Luego desapareció y el lobo se tambaleó hacia un lado y cayó sobre las mulas del carromato que iba en cabeza, el de Overholser. Las bestias retrocedieron asustadas, empujaron la biga contra la que estaba detrás y chocaron contra los cuatro animales que quedaron en medio, que a su vez relincharon y retrocedieron. Intentaron echar a correr pero no tenían a donde ir. La biga de Overholser se tambaleó y luego volcó. El caballo del lobo abatido llegó al camino, cayó sobre el cuerpo de otro lobo tendido allí y quedó despatarrado en el suelo, con una de las patas sobresaliéndole torcida hacia un lado.

La mente de Roland había desaparecido, su ojo lo veía todo. Había recargado. Los lobos que habían subido por el camino estaban inmovilizados detrás de una pila de cuerpos, justo como Roland había previsto. El grupo de quince situado en el lado que daba al pueblo había sido diezmado, solo quedaban dos. Los que estaban a la derecha intentaban flanquear el final de la cuneta, donde las tres Hermanas de Oriza y Susannah defendían su línea de combate. Roland les dejó los dos lobos que quedaban en su lado a Eddie y a Jake, corrió hacia la trinchera para cubrirle la espalda a Susannah y empezó a disparar a los diez lobos que cargaban contra ellos. Uno levantó una sneetch para lanzarla y a continuación la dejó caer cuando una bala de Roland le voló la gorra de pensar. Rosa se encargó de otro, Margaret Eisenhart de un tercero.

Margaret se agachó para coger otro plato. Cuando volvió a levantarse, una vara de luz le rebanó la cabeza y le prendió el pelo al tiempo que caía rodando a la cuneta. La reacción de Benny fue comprensible; ella había sido prácticamente una segunda madre para él. Cuando la cabeza en llamas aterrizó junto a él, la apartó de un golpe y salió a cuatro patas de la cuneta, cegado por el pánico y aullando de terror.

—¡Benny!, ¡no!, ¡vuelve! —gritó Jake.

Los dos lobos que quedaban lanzaron sus plateadas esferas de la muerte al muchacho que gateaba y chillaba. Jake le disparó a una en el aire, pero no tuvo oportunidad de darle a la otra. La sneetch impactó en el pecho de Benny Slightman y el muchacho explotó, un brazo se desmembró de su cuerpo y aterrizó en el camino con la palma de la mano hacia arriba.

Susannah rebanó con un plato la gorra de pensar al lobo que había matado a Margaret y luego hizo lo mismo con otro plato con el que había matado al amigo de Jake. Sacó dos Rizas nuevos de sus bolsas y se volvió hacia los lobos que llegaban justo cuando el primero entraba de un salto a la cuneta. El pecho del caballo empujó a Roland, que cayó despatarrado. El lobo blandió su espada sobre el pistolero. A Susannah le pareció un brillante tubo de neón de color rojo anaranjado.

—¡No, de eso nada, colega! —gritó y lanzó el plato de la mano derecha.

Partió en dos el brillante sable y el arma explotó a la altura de la empuñadura y arrancó el brazo al lobo. Al minuto siguiente, uno de los platos de Rosa le amputó la gorra de pensar y el lobo se tambaleó hacia los lados y se desplomó en el suelo con su reluciente máscara haciéndoles una mueca espantosa a los estupefactos y aterrados gemelos Tavery, que estaban tumbados y aferrados el uno al otro. A continuación empezó a humear y a fundirse.

Gritando el nombre de Benny, Jake cruzó el Camino del Este, recargando la Ruger a medida que avanzaba y pisando el reguero de la sangre de su amigo muerto sin darse cuenta. A su izquierda, Roland, Susannah y Rosa estaban dando cuenta de los cinco lobos que quedaban de lo que había sido la batida del ala norte. Los jinetes intentaban rectificar la dirección de los caballos

describiendo círculos bruscos e inútiles, no parecían seguros de qué hacer en una situación como esa.

—¿Quieres compañía, muchacho? —le preguntó Eddie.

A su derecha, los lobos del grupo que había estado apostado en el lado del camino del desfiladero que daba al pueblo estaban tirados en el suelo, muertos. Solo uno de ellos había llegado hasta la cuneta: el que estaba tendido con la cabeza encapuchada estampada contra la tierra recién excavada del escondite y las botas en el camino. El resto del cuerpo estaba envuelto en la capa verde. Parecía un bicho que hubiera muerto en el interior de su capullo.

—Claro —respondió Jake. ¿Estaba hablando o solo pensando? No lo sabía. Las sirenas atronaban en el aire—. Como quieras. Han matado a Benny.

—Lo sé. Menuda mierda.

—Tendría que haber sido su puto padre —dijo Jake. ¿Estaba llorando? No lo sabía.

—Estoy de acuerdo. Tengo un regalo.

Eddie le puso en la mano a Jake un par de esferas de unos siete centímetros de diámetro. La superficie parecía de acero, pero cuando Jake las apretó, sintió como... era como apretar el juguete de un niño hecho de una goma muy, pero que muy dura. Una pequeña placa que tenía a un lado decía:

A la izquierda de la placa había un botón. Jake se preguntó muy en el fondo de su mente quién sería ese tal Harry Potter. Era más que probable que fuera el inventor de la sneetch.

Llegaron a la pila de lobos muertos que estaba al principio del camino del desfiladero. Tal vez las máquinas no podían estar realmente muertas, pero Jake era incapaz de pensar en ellas como otra cosa, abatidas y revueltas como estaban. Muertas, sí. Y él se sentía tremendamente contento. Oyeron una explosión detrás de ellos, seguida por un grito o bien de extremo dolor o de extremo placer. En ese momento, a Jake no le importaba de qué fuera, pues toda su atención estaba centrada en los lobos atrapados en el camino del desfiladero. Eran entre dieciocho y veinticuatro.

Había un lobo al frente, con la vara de luz que chisporroteaba levantada. Estaba medio vuelto hacia sus compañeros y en ese momento blandía su espada en dirección al camino. «Salvo que eso no es una vara de luz —pensó Eddie—. Es un sable láser, igualito que los que salen en las películas de *La guerra de las galaxias*. Solo que estos sables láser no son de efectos especiales, matan de verdad. Pero ¿qué coño está pasando aquí?» Bueno, el tipo de delante de ellos estaba intentado reunir a sus tropas, hasta ahí estaba claro. Eddie decidió cortar por lo sano. Apretó el botón de una de las tres sneetches que se había quedado para sí y la cosa empezó a zumbar y a vibrarle en la mano. Era como sujetar un vibrador.

—¡Oye, guapo! —gritó.

El lobo no se volvió y Eddie se limitó a lanzar la sneetch bien alto. Con la suavidad con la que se lanzaba, podría haber caído a veinte o treinta metros del grupo de lobos restantes y rodar hasta detenerse. Sin embargo, aumentó de velocidad, se elevó y fue a parar justo a la boca gruñona del lobo que explotó de cuello para arriba, incluyendo la gorra de pensar.

—Adelante —lo animó Eddie—, inténtalo. Usar su propia mierda contra ellos produce un gusto especi...

Jake no le hizo caso y tiró las sneetches que Eddie le había dado, pasó con torpeza por encima del montón de cuerpos, y empezó a caminar por la senda.

—¿Jake? ¿Jake? No creo que sea muy buena idea...

Una mano agarró a Eddie por el brazo. Él se volvió con la pistola levantada, pero la bajó al ver que era Roland.

—No puede oírte —dijo el pistolero—. Vamos. Resistiremos con él.

—Espera, Roland, espera. —Era Rosa. Estaba cubierta de sangre, y Eddie supuso que era sangre de la pobre señora sai Eisenhart, porque no vio que Rosa estuviera herida—. Yo también quiero participar —dijo.

DIECISEIS

Llegaron a donde estaba Jake justo cuando los lobos que quedaban emprendían su última

carga. Unos pocos lanzaron sneetches a las que Roland y Eddie les dieron en el aire con facilidad. Jake disparó nueve tiros firmes y espaciados con la Ruger, agarrándose la muñeca derecha con la mano, izquierda. Cada vez que disparaba, uno de los lobos se volvía hacia atrás sobre su silla o caía hacia un lado y era pisoteado por los caballos de detrás. Cuando vació la Ruger, Rosa se encargó del décimo al tiempo que gritaba el nombre de lady Oriza. Zalia Jaffords también se había unido a ellos, y a ella le tocó cargarse al undécimo.

Mientras Jake recargaba la Ruger, Roland y Eddie, que estaban uno junto al otro, se pusieron manos a la obra. Con casi total seguridad podrían haber abatido los ocho que quedaban entre ellos (a Eddie no le habría sorprendido que hubieran sido diecinueve en ese último grupo), pero le dejaron los dos últimos a Jake. A medida que se acercaban, moviendo de un lado a otro sus espadas de luz por encima de sus cabezas de una forma que podría haber resultado sin duda aterradora para un puñado de granjeros, el chico le voló la gorra de pensar al de la izquierda. Luego se apartó, esquivando el golpe que el último lobo superviviente trató de asestarle sin demasiada convicción.

El caballo saltó por encima de la pila de cuerpos que estaba al final de la senda. Susannah estaba a lo lejos en el camino, sentada en cuclillas en medio de un desparrame de maquinaria cubierta de capas verdes y máscaras que se fundían y se descomponían. También estaba empapada por la sangre de Margaret Eisenhart.

Roland entendió que Jake le había dejado el último a Susannah, a quien le habría resultado extremadamente difícil unirse a ellos en el camino del desfiladero por sus piernas amputadas. El pistolero hizo un gesto de asentimiento. El chico había visto algo terrible aquella mañana, había sufrido un shock espantoso, aunque Roland pensó que se saldría con la suya. Acho, que los esperaba en la casa rectoría del padre, no habría dudado en ayudarlo en el peor momento de sufrimiento.

—¡Lady Oh-RIZA! —gritó Susannah y lanzó un último plato cuando el lobo tiró de las riendas para hacer virar al caballo hacia el este, hacia lo que quisiera que fuera que él llamase hogar.

El plato se alzó, aullando, y rebanó la coronilla de la capucha verde. Durante un instante, ese último ladrón de niños se quedó sentado en la silla, estremeciéndose y gritando alarmado, pidiendo una ayuda que no llegaba. Entonces cayó violentamente hacia atrás, dio una vuelta de carnero completa en el aire y se desplomó sobre el camino con un ruido sordo. La sirena se acalló a medio aullido.

«Y así —pensó Roland— han acabado nuestros cinco minutos.» Miró con cara de indiferencia el tambor humeante de su revólver, luego volvió a meter el arma en la cartuchera. Una a una, las alarmas que sonaban en el interior de los robots abatidos iban silenciándose.

Zalia estaba mirando al pistolero con una especie de incredulidad aturdida.

—¡Roland! —exclamó.

—Sí, Zalia.

—¿Han desaparecido? ¿Es posible que hayan desaparecido? ¿De verdad?

—Todos han desaparecido —afirmó Roland—. He contado sesenta y uno, y están todos tendidos aquí, en el camino o en la cuneta.

Por un instante, la esposa de Tian se quedó inmóvil, procesando esa información. Luego hizo algo que sorprendió a un hombre que no solía sorprenderse. Se lanzó sobre él, apretó su cuerpo con fuerza contra el del pistolero y le cubrió la cara de besos ansiosos y húmedos. Roland lo soportó unos segundos, luego la apartó. Llegaba el momento de sentirse enfermo; la sensación de inutilidad; la sensación de que libraría esta batalla o batallas como esta una y otra vez hasta la eternidad, de que perdía un dedo con las langostruosidades un día, tal vez un ojo con una vieja bruja taimada otro y que después de cada batalla podía sentir que la Torre Oscura estaba un poco más lejos en lugar de un poco más cerca. Y en todo momento, el chasquido seco no cejaría en su intento de abrirse paso hasta su corazón.

«Basta ya —se dijo a sí mismo—. No son más que tonterías y tú lo sabes.»

—¿Enviarán a más, Roland? —preguntó Rosa.

—Puede que tengan más para enviar —contestó Roland—. Si los envían, con casi total seguridad serán menos. Además, ahora conocéis el secreto para matarlos, ¿no?

—Sí —contestó ella, y le dedicó una sonrisa exultante. Sus ojos le prometían algo más que besos para más tarde, si aceptaba su compañía.

—Id al maizal —le dijo Roland—. Zalia y tú, las dos. Decidles que ya es seguro subir. Lady Oriza se ha puesto de parte del Calla en el día de hoy. Y también de parte de la estirpe de Eld.

—¿Tú no vienes? —le preguntó Zalia. Se había alejado de él con las mejillas encendidas—. ¿No vas a venir para que te feliciten?

—Puede que más tarde vayamos todos a que nos feliciten —dijo Roland—. Ahora tenemos que hablar an-tet. El chico ha sufrido una fuerte impresión, os consta.

—Sí —asintió Rosa—. Sí, está bien. Vamos, Zee. —Avanzó y cogió a Zalia de la mano—. Ayúdame a ser la portadora de la buena nueva.

DIECISIETE

Las dos mujeres cruzaron el camino, evitando los restos ensangrentados y abatidos del pobre chico de Slightman. Zalia imaginó que gran parte de lo que quedaba de él solo aguantaba unido por la ropa, y se estremeció al pensar en el dolor que sentiría su padre.

La señora sai de las piernas cortas, que era pareja del joven, se encontraba en el extremo norte de la cuneta examinando los cuerpos de los lobos esparcidos por allí. Encontró uno que tenía ese chisme asqueroso no del todo rebanado, y estaba intentando encenderse. Las manos enguantadas de verde del lobo se retorcieron sin control sobre la tierra, como si tuviera parálisis. Mientras Rosa y Zalia miraban, Susannah cogió un pedrusco más bien grandecito y, con la frialdad de una noche de la Tierra Ancha, machacó con ella los restos de la gorra de pensar. El lobo se quedó quieto de inmediato. El zumbido grave que había producido hasta aquel momento se acalló.

—Vamos a contárselo a los demás, Susannah —dijo Rosa—. Pero antes queremos decirte: ¡bien hecho! ¡Os adoramos, decimos verdad!

Zalia asintió.

—Os decimos gracias, Susannah de. Nueva York. Os decimos gracias, muy pero que muy de corazón.

—Ea, dices verdad —aseveró Rosa.

La señora sai alzó la vista hacia ellas y sonrió con ternura. Durante un instante, Rosalita la miró vacilante, como si hubiera visto algo en ese rostro moreno que no tendría que haber visto, como si hubiera visto que Susannah Dean ya no estaba allí. A continuación, la expresión de duda desapareció.

—Vamos con buenas nuevas, Susannah —dijo.

—Deseo que las disfrutéis —respondió Mia, hija de nadie—. Haz que regresen cuando quieras. Diles que el peligro ha desaparecido y deja que aquellos que no se lo crean cuenten los muertos.

—Tienes las perneras de los pantalones mojadas, sea —dijo Zalia.

Mia asintió con gravedad. Otra contracción había convertido su vientre en una piedra, pero ella no dejó traslucir señal alguna de dolor.

—Me temo que es sangre. —Asintió con la cabeza, señalando el cuerpo decapitado de la esposa del próspero rancharo—. Suya.

Las mujeres empezaron a descender hacia el maizal, cogidas de la mano. Mia miró a Roland, a Eddie y a Jake que cruzaban el camino dirigiéndose hacia ella. Ese sería el momento peligroso, justo entonces. Aunque tal vez no lo fuera tanto al fin y al cabo; los amigos de Susannah parecían aturdidos justo después de la batalla. Si ella parecía estar para el arrastre, quizá pensasen que le ocurría lo mismo que a ellos.

Imaginó que, sobre todo, sería cuestión de esperar a que llegase su oportunidad. Esperar... y luego dormir. Mientras tanto, se repuso a la contracción del vientre como un barco remonta una gran ola.

«Saben adonde vas», susurró una voz. La voz no procedía de su cabeza, sino de su vientre.

Era la voz del chaval. Y esa voz decía verdad.

«Llévate la bola —le dijo la voz—. Llévatela allí donde vayas. No dejes ninguna puerta abierta para que te sigan.»

Sea.

DIECIOCHO

La Ruger descerrajó un solo tiro y un caballo murió.

Desde la parte baja del camino, desde el arrozal, llegó un grito creciente de júbilo bastante sentido; Zalia y Rosa habían anunciado la buena nueva. A continuación, un grito de pena desgarrador se oyó por encima de las voces de felicidad; también habían dado las malas noticias.

Jake Chambers se sentó sobre la rueda de un carromato volcado. Había desatado a los tres caballos que seguían sanos y salvos. El cuarto había quedado abatido con las cuatro patas rotas, echando espuma por la boca a través de los dientes sin poder contenerse y mirando al muchacho en busca de ayuda. El chico se había dado por vencido. Ahora estaba sentado mirando a su amigo muerto. La sangre de Benny empapaba el camino. Su mano permanecía tirada con la palma hacia arriba, como si el chico muerto quisiera estrechar la mano con Dios. ¿Qué Dios? Según el rumor que corría, el último nivel de la Torre Oscura estaba vacío.

Desde el arrozal de lady Oriza llegó un segundo grito de dolor. ¿De quién había sido, de Slightman o de Vaughn Eisenhart? Jake pensó que en la distancia no se distingue a un ranchero de un capataz, al empleado del jefe. ¿Había cierta moraleja en ello, o era lo que la señorita Avery, de cuando iba al viejo Piper, hubiera llamado «miedo», una prueba falsa que parece real?

La palma de la mano mirando hacia el cielo luminoso... ¡Eso sí que era real!, sin duda.

En ese momento, las yentes empezaron a cantar. Jake reconoció la canción. Era una nueva versión de la que Roland había cantado en su primera noche en Calla Bryn Sturgis.

Ven, ven, commala,

mi arroz ya grana.

Mano y su mana

folia brama.

Llegamos a un río,

Riza nos dio cobijo...

El arrozal se balanceaba al paso de las yentes cantoras, se balanceaba como si estuviera danzando al son de su júbilo, como Roland había bailado para ellos esa noche a la luz de las teas. Algunos llegaron con bebés en los brazos, e incluso cargados con ellos, se balanceaban de un lado para otro. «Esta mañana hemos bailado todos», pensó Jake. No sabía lo que quería decir, solo sabía que era un pensamiento verdadero. «La danza que bailamos es la única que conocemos. ¿Benny Slightman? Ha muerto bailando. La señora sai Eisenhart también.»

Roland y Eddie se acercaron a él; Susannah también, aunque se apartó un poco, como decidiendo que, al menos por el momento, los chicos tenían que estar con los chicos. Roland estaba fumando y Jake le hizo un gesto de asentimiento.

—Líame uno de esos, ¿quieres?

Roland se volvió en dirección a Susannah, con expresión de sorpresa. Ella se encogió de hombros y luego hizo un gesto de asentimiento. Roland le lió un cigarrillo a Jake, se lo entregó, rascó una cerilla en el trasero de los pantalones y la encendió. Jake se sentó en la rueda del carromato, aspirando el humo a bocanadas ocasionales, aguantándolo en la boca y dejándolo salir. Se le llenó la boca de saliva, pero no le importó. A diferencia de otras cosas, uno podía deshacerse de la saliva. No hizo ningún intento de inhalar.

Roland miró a los pies de la colina, donde el primero de los dos hombres que corrían se estaba adentrando en el maizal.

—Ese es Slightman —dijo—. Bien.

—¿Por qué «bien», Roland? —preguntó Eddie.

—Porque sai Slightman necesita acusar a alguien —respondió Roland—. En su estado de aflicción, no le preocupará quién lo escuche ni qué podría decir su asombrosa sabiduría sobre la parte que le tocaba en la misión de esta mañana.

—El baile —rectificó Jake.

Se volvieron para mirarlo. Estaba sentado con cara pálida y pensativa en la rueda del carronato, sosteniendo el cigarrillo.

—El baile de esta mañana —aclaró.

Roland pareció considerarlo y luego hizo un gesto de asentimiento.

—Su parte en el baile de esta mañana. Si llega aquí lo bastante pronto, puede que logremos tranquilizarlo. Si no, la muerte de su hijo será tan solo el inicio del commala de Ben Slightman.

DIECINUEVE

Slightman era casi quince años más joven que el rancharo, y llegó al lugar donde se había desarrollado la batalla mucho antes que él. Durante un instante se quedó en la parte más alejada del escondite, contemplando el cuerpo despedazado y tirado en el camino. No había tanta sangre ahora, el oggan la había absorbido con avidez, pero el brazo amputado todavía estaba tirado donde había quedado, y esa extremidad mutilada lo decía todo. Roland lo habría movido de allí antes de que llegase Slightman tanto como se habría abierto la bragueta de los pantalones para mear sobre el cadáver del chico. Slightman el Joven había llegado al claro del final del camino. Su padre, como familiar más cercano, tenía derecho a ver dónde y cómo había ocurrido.

Slightman miró hacia la izquierda, hacia la derecha, luego miró directamente hacia delante y vio a Roland, de pie junto al carronato volcado, con los brazos cruzados. Junto a él, Jake todavía estaba sentado sobre la rueda, fumando su primer cigarrillo.

—¡Tú! —gritó Slightman. Llevaba su ba y en ese momento la desenfundó—. ¡Lo has hecho tú! ¡Tú!

Eddie arrancó con destreza el arma de las manos de Slightman.

—No, de eso nada, amiguito —murmuró—. Ahora no la necesitas, ¿por qué no dejas que te la guarde?

Por lo visto, Slightman no se dio cuenta. Aunque pareciera increíble, la mano derecha todavía describía movimientos circulares en el aire, como si estuviera preparándose para armar la ba.

—¡Has matado a mi hijo! ¡Me lo pagarás! ¡Cabrón! ¡Cabrón asesin...!

Moviéndose con la velocidad extraña, inquietante y espectral que Eddie todavía no creía del todo, Roland pasó el brazo por el cuello de Slightman y lo retuvo en la doblez del codo. De forma simultánea, el movimiento detuvo el flujo de las acusaciones proferidas por Slightman y lo acercó a Roland.

—Atiéndeme —dijo Roland—, y atiéndeme bien. Me importan un comino tu vida o tu honor, una ha sido desperdiciada y el otro dejó de existir hace tiempo, pero tu hijo está muerto y lo que sí me preocupa, y mucho, es su honor. Si no cierras el pico ahora mismo, gusano de la mierda, te lo cerraré yo mismo. ¿Qué vas a hacer? A mí me da igual hagas lo que hagas. Les diré que te has vuelto loco al ver al chico, que me has robado la pistola de la cartuchera y te has metido una bala en la cabeza para reunirte con él. ¿Qué vas a hacer? Decide.

Eisenhart estaba reventado pero seguía corriendo, dando bandazos y retorciéndose para subir por el maizal, gritando con voz ronca el nombre de su mujer:

—¡Margaret! ¡Margaret! Respóndeme, mi amor. ¡Dime algo! ¡Te lo ruego!

Roland soltó a Slightman y lo miró con seriedad. Slightman volvió su terrible mirada hacia Jake.

—¿Tu dinh ha matado a mi chico para vengarse de mí? Dime la verdad, hijo.

Jake le dio una última calada a su cigarrillo y lo tiró. La colilla quedó ardiendo en la tierra junto al caballo muerto.

—¿Lo ha mirado? —le preguntó al padre de Benny—. No hay bala que pueda hacer eso. La cabeza de sai Eisenhart cayó casi encima de él y Benny se arrastró para salir de la cuneta porque... porque estaba horrorizado. —Se dio cuenta de que era una palabra que jamás había utilizado en voz alta. Jamás había tenido que usarla—. Le lanzaron dos sneetches. Le di a una, pero... —Tragó saliva. Se oyó un ruido seco en su garganta—. La otra... Le habría dado, a usted le consta... lo intenté, pero... —Aunque había movimiento en su rostro, la voz se le apagó. Aun

así tenía los ojos secos. Y con una mirada casi tan terrible como la de Slightman—. No tuve oportunidad de darle a la otra. —Terminó, luego agachó la cabeza y rompió a llorar.

Roland miró a Slightman con las cejas enarcadas.

—Está bien —dijo Slightman—. Ya entiendo lo que ocurrió. Ea. Cuéntame, ¿fue valiente hasta entonces? Dímelo, te lo ruego.

—Jake y él trajeron de vuelta a esos dos —intervino Eddie, señalando a los gemelos Tavery—. Al chico se le había quedado el pie atrapado en un agujero. Jake y Benny lo sacaron y luego lo trajeron hasta aquí. Tu hijo tenía pelotas; dos y muy bien puestas.

Slightman asintió con la cabeza. Se quitó las gafas y las miró como si no las hubiera visto nunca. Así las sostuvo, ante sus ojos, durante uno o dos segundos, luego las tiró al camino y las aplastó con el tacón de una bota. Miró a Roland y a Jake con cara de disculpa.

—Creo que he visto todo lo que necesitaba ver —dijo, y luego se dirigió hacia su hijo.

Vaughn Eisenhart emergió de entre el maizal. Vio a su esposa y lanzó un bramido. Luego se desgarró la camisa y empezó a golpearse el lado izquierdo del pecho con el puño derecho, gritando su nombre con cada golpe.

—¡Madre mía! —exclamó Eddie—. Roland, deteno.

—No —respondió el pistolero.

Slightman cogió el brazo amputado de su hijo y le plantó un beso en la palma de la mano con una ternura que Eddie consideró casi insoportable. Puso el brazo sobre el pecho del muchacho y luego volvió caminando hacia ellos. Sin gafas, su cara parecía desnuda y en cierta manera amorfa.

—Jake, ¿puedes ayudarme a buscar una manta?

Jake se levantó de la rueda de carromato para ayudarlo a buscar lo que necesitaba. En la trinchera que había quedado al descubierto y que les había servido de escondite, Eisenhart estaba acunando la cabeza quemada de su mujer contra el pecho, meciéndola. Desde el maizal, aproximándose, llegaban los niños y sus cuidadores, cantando «La canción del arroz». Al principio, Eddie pensó que lo que estaba oyendo procedente del pueblo tenía que ser un eco de esa canción pero luego se dio cuenta de que era el resto del Calla. Lo sabían. Habían oído la canción, y lo sabían. Se estaban acercando.

El padre Callahan salió de la plantación con Lia Jaffords en brazos. Pese al ruido, la pequeña estaba dormida. Callahan miró a los montones de lobos muertos, extendió la mano con la que sujetaba el pequeño trasero de la niña, y dibujó una lenta y temblorosa cruz en el aire.

—Demos gracias a Dios —dijo.

Roland se dirigió a él y lo cogió de la mano con la que había hecho la cruz.

—Haz una sobre mí —le pidió.

Callahan lo miró sin entender.

Roland le hizo un gesto de asentimiento a Vaughn Eisenhart.

—Ese hombre me juró que me iría de este pueblo perseguido por su maldición si su esposa caía en desgracia.

Podría haber dicho más, pero no había necesidad. Callahan lo entendió e hizo la cruz sobre la frente de Roland. La uña dejó un surco claro a su paso, que Roland sintió durante largo rato. Y aunque Eisenhart no cumpliera su promesa, el pistolero jamás se arrepintió de haberle pedido al padre esa pequeña protección extra.

VEINTE

Lo que ocurrió a continuación en el Camino del Este fue un confuso júbilo, mezclado con la aflicción por los dos caídos. Aun así, la pena desprendía cierto atisbo de alegría. Por lo visto, la mayoría creía que lo logrado compensaba las pérdidas. Y Eddie supuso que tenían razón. Podía llegar a creerse aquello si los caídos no eran ni la esposa ni el hijo de uno.

Los cantos procedentes del pueblo se oyeron aún más cerca. En ese momento ya podían ver el polvo que se levantaba. En el camino, los hombres y mujeres se abrazaban. Algunos intentaban que sai Eisenhart soltara la cabeza de Margaret, pero, de momento, él se negó a hacerlo.

Eddie se acercó hasta donde estaba Jake.

—¿No has visto *La guerra de las galaxias*, verdad? —le preguntó.

—No, ya te lo había dicho. Iba a verla, pero...

—Te fuiste demasiado pronto. Lo sé. Jake, las cosas esas que blandían los lobos eran de esa película.

—¿Estás seguro?

—Sí. Y los lobos... Jake, los mismísimos lobos...

Jake estaba haciendo un gesto de asentimiento muy lentamente. Ya veían a la gente del pueblo. Los recién llegados se dirigieron hacia los niños, a todos los niños —seguían allí y estaban a salvo—, y lanzaron un grito de júbilo. Los que estaban en primera fila empezaron a correr.

—Lo sé.

—¿Ah, sí? —preguntó Eddie. Con la mirada casi suplicante—. ¿De verdad? Porque, tío... es una locura.

Jake miró a los lobos apilados, las capuchas verdes, las mallas grises, las botas negras, los rostros feroces y en descomposición... Eddie ya había tirado de una de esas caras metálicas descompuestas para ver lo que había debajo. No había más que metal liso, además de dos lentes que hacían de ojos, un entramado redondo que sin duda hacía las veces de nariz, y dos micrófonos colocados en las sienes que eran los oídos. No, toda la personalidad de esas cosas estaba en las máscaras y en la vestimenta que llevaban.

—Sea o no una locura, sé lo que son, Eddie. O por lo menos de dónde vienen. De los tebeos de la Marvel.

Una mirada de sublime alivio se apoderó de la cara de Eddie. Se inclinó y besó a Jake en la mejilla. El espíritu de una sonrisa tocó los labios del chico. No era gran cosa, pero por algo se empieza.

—Como los tebeos de Spiderman —dijo Eddie—. Cuando era niño jamás me hartaba de leerlos.

—Yo no me los compraba —dijo Jake—, pero Timmy Mucci de la bolera estaba como loco por los superhéroes de la Marvel. Spiderman, los Cuatro Fantásticos, el Increíble Hulk, el Capitán América, todos. Esos tipos...

—Se parecen al doctor Doom —concluyó Eddie.

—Sí—convino Jake—. Aunque no son exactamente iguales, porque estoy seguro de que las máscaras fueron modificadas para que tuvieran más aspecto de lobo, si no fuera por eso... Llevan las mismas capuchas y las mismas capas verdes. Sí, como el doctor Doom.

—Y las sneetches... —dijo Eddie—. ¿Has oído hablar de Harry Potter?

—Creo que no. ¿Y tú?

—No, y te diré por qué. Porque las sneetches son del futuro. A lo mejor son de algún cómic de la Marvel que saldrá en mil novecientos noventa o mil novecientos noventa y cinco. ¿Entiendes lo que digo? —Jake hizo un gesto de asentimiento—. Todo está relacionado con el diecinueve, ¿verdad?

—Sí—dijo Jake—. Diecinueve, noventa y nueve, y diecinueve-noventa-nueve.

Eddie echó un vistazo a su alrededor.

—¿Dónde está Suze?

—Seguramente ha ido a buscar la silla —sugirió Jake.

Pero antes de que ninguno de los dos pudiera pensar más sobre la pregunta acerca del paradero de Susannah Dean (aunque, de todas formas, en ese momento seguramente ya era demasiado tarde), llegaron las primeras yentes del pueblo. Eddie y Jake fueron arrastrados a una celebración alocada e improvisada, los abrazaron, los besaron, les dieron la mano, se reían, los miraban llorando, y les daban las gracias una y otra y otra vez.

VEINTIUNO

Diez minutos después de que hubiera llegado el cuerpo principal de las yentes del pueblo, Rosalita se acercó de mala gana a Roland. El pistolero se sintió muy contento de verla. Eben

Took lo había cogido por los brazos y le estaba repitiendo, una y otra vez, sin fin, lo equivocado que Telford y él habían estado, lo muy pero que muy equivocados que habían estado, y le decía que, cuando Roland y su ka-tet estuvieran listos para seguir su camino, él mismo los equiparía de pies a cabeza y no les cobraría ni un solo penique.

—¡Roland! —exclamó Rosa.

Roland se excusó y la cogió por el brazo, llevándola a cierta distancia del camino. Los lobos habían quedado esparcidos por todas partes y ahora estaban siendo desposeídos de sus pertenencias por las yentes risueñas y embriagadas de felicidad. Los rezagados no paraban de llegar.

—Rosa, ¿qué ocurre?

—Es tu mujer —dijo Rosa—. Susannah.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Roland. Miró a su alrededor, frunciendo el ceño. No vio a Susannah, no podía recordar cuándo la había visto por última vez. ¿En el momento en que le había dado a Jake el cigarrillo? ¿Hacía tanto tiempo? Eso creía—. ¿Dónde está?

—Eso es lo que pasa —respondió Rosa—. No lo sé, así que miré en el carronato al que había entrado, pensando que a lo mejor se había metido allí a descansar, que a lo mejor se sentía mareada o con el estómago revuelto, ¿sabes? Pero no estaba allí. Y, Roland... su silla ha desaparecido.

—¡Dioses! —gruñó Roland, y se dio un puñetazo en la pierna—. Oh, ¡dioses!

Rosalita se alejó un paso de él, alarmada.

—¿Dónde está Eddie? —preguntó Roland.

Ella señaló. Eddie estaba tan sumergido en la marea de hombres y mujeres que los admiraban que Roland no creyó que lo hubieran visto de no haber sido por el niño que llevaba sobre los hombros; era Heddon Jaffords, quien lucía una enorme sonrisa.

—¿Estás seguro de que quieres molestarlo? —preguntó Rosa con timidez—. A lo mejor se ha ido un ratito, para recuperarse.

«Se ha ido un ratito», pensó Roland. Sentía cómo la oscuridad eclipsaba su corazón. Un corazón que se hundía. Se había ido un ratito, vale. Y él sabía quién se había presentado para reemplazarla. Había bajado la guardia justo después de la batalla —por la aflicción de Jake, las felicitaciones de las yentes, la confusión y el júbilo, y los cantos—, pero esa no era excusa.

—¡Pistoleros! —gritó, y la multitud jubilosa se calló al momento.

Si se hubiera molestado en mirar, podría haber visto el miedo que subyacía en su alivio y sus muestras de adulación. No le habría sorprendido; siempre les asustaban los que llevaban grandes calibres. Lo que querían de ellos cuando los tiros se habían acabado era ofrecerles un último banquete de agradecimiento, tal vez un último buen polvo de agradecimiento, y luego enviarlos de nuevo a que siguieran su camino para volver a sus aperos de granja una vez más.

«Bueno —pensó Roland—, nos iremos lo bastante pronto. De hecho, uno de nosotros ya se ha ido. ¡Dioses!»

—Pistoleros, ¡a mí!, ¡a mí!

Eddie fue el primero en llegar a donde estaba Roland. Echó un vistazo a su alrededor.

—¿Dónde está Susannah? —preguntó.

Roland señaló al terreno baldío y pedregoso de acantilados y desfiladeros, luego levantó el dedo hasta señalar al agujero negro que estaba justo encima de la línea del horizonte.

—Creo que está allí —dijo.

El rostro de Eddie Dean quedó totalmente exangüe.

—Estás señalando la Cueva de la Puerta —observó—, ¿verdad?

Roland asintió con la cabeza.

—Pero la bola... la Trece Negra... Susannah ni siquiera se acercó a la bola cuando estaba en la iglesia de Callahan...

—No —convino Roland—. Susannah no lo haría. Pero ella ya no está al mando.

—¿Mia? —preguntó Jake.

—Sí. —Roland analizó el agujero en lo alto con los ojos desvaídos—. Mia ha ido hasta allí

para tener a su bebé. Va a tener al chaval.

—No —dijo Eddie. Se le escaparon las manos y cogió a Roland por la camisa. Alrededor de ellos, las yentes permanecían en silencio, mirando—. Roland, dime que no.

—Iremos a por ella y esperemos no llegar demasiado tarde —dijo Roland. Sin embargo, en el fondo de su corazón, sabía que ya era demasiado tarde.

EPILOGO

LA CUEVA DE LA PUERTA

UNO

Se movieron con rapidez, pero Mia se movió aún más rápido. A un kilómetro y medio del lugar donde el camino del desfiladero se bifurcaba, encontraron la silla de ruedas. La había empujado con fuerza, usando sus fuertes brazos para darle un brutal empujón contra el implacable suelo. Al final había chocado contra una roca prominente, lo suficientemente dura como para doblar la rueda del lado izquierdo hasta inutilizar la silla por completo. En realidad, era asombroso que hubiera llegado tan lejos.

—¡Puto commala! —murmuró Eddie, mirando la silla; las abolladuras, golpes y ralladuras. Luego levantó la cabeza, hizo bocina con las manos y gritó—: ¡Resístete a ella, Susannah! ¡Resístete a ella! ¡Ya llegamos! —Empujó la silla y se dirigió hacia el camino sin mirar si los otros lo estaban siguiendo.

—No habrá podido subir por el camino hasta la cueva, ¿verdad? —preguntó Jake—. Me refiero a que no tiene piernas.

—No creo, ¿no? —preguntó Roland, pero su expresión era sombría. Y estaba cojeando. Jake empezó a decir algo al respecto, aunque luego se lo pensó mejor.

—Pero ¿qué iba a querer de aquí arriba? —preguntó Callahan.

Roland se volvió dedicándole una mirada especialmente fría.

—Ir a otro sitio —contestó—. Eso sí que lo sabe, padre. Vamos.

DOS

Cuando se acercaban al tramo en que el camino empezaba a ascender, Roland alcanzó a Eddie. La primera vez que puso la mano sobre el hombro del joven, Eddie se la apartó. La segunda vez, el muchacho se volvió, a regañadientes, para mirar a su dinh. Roland vio que tenía la camisa llena de sangre. Se preguntó si sería sangre de Benny, de Margaret o de ambos.

—Si es Mia, tal vez sería mejor dejarla sola durante un rato —opinó Roland.

—¿Estás loco? ¿Es que luchar contra los lobos te ha hecho perder la chaveta?

—Si la dejamos sola, podrá acabar con lo suyo y se irá. —Incluso mientras lo decía, Roland dudaba de sus palabras.

—Sí —respondió Eddie, estudiándolo con la mirada encendida—, acabará con lo suyo, vale. Primer acto: tener al niño. Segun4o acto: matar a mi mujer.

—Eso sería un suicidio.

—Pero podría hacerlo. Tenemos que ir a por ella.

Roland no solía practicar el arte de dar su brazo a torcer, aunque lo había hecho con cierta habilidad en algunas ocasiones de su vida cuando había sido necesario. Echó otra mirada al rostro pálido y obstinado del muchacho y puso en práctica el mencionado arte en ese momento.

—E.stá bien —dijo—, pero tendremos que tener cuidado. Luchará para evitar que se la lleven. Matará, si es necesario. Puede que a ti antes que a cualquiera de nosotros.

—Lo sé —repuso Eddie. Su rostro tenía un aspecto sombrío. Miró a lo alto del camino, pero a unos cuatrocientos metros de distancia, doblaba hacia el sur del risco y se perdía de vista. La senda volvía a aparecer tras un recodo que se encontraba justo debajo de la entrada de la cueva. Ese tramo de ascenso estaba desierto, pero ¿qué probaba eso? Ella podía estar en cualquier otro sitio. A Eddie se le pasó por la cabeza que podría no estar siquiera allí arriba, que la silla accidentada podía ser una cortina de humo como los objetos de los niños que Roland había hecho que esparcieran por la senda del desfiladero.

«Yo no lo creería. Hay un millón de ratoneras en esta parte del Calla y si yo creyera que ella puede estar en cualquiera de ellas...»

Callahan y Jake los había alcanzado y ambos se quedaron mirando a Eddie.

—Venga—Dijo Eddie—No me importa quien sea ella, Roland. Si cuatro hombres sanos y armados no pueden atrapar a una mujer inválida, apaga y vamonos.

Jake sonrió con languidez.

—Me siento halagado, acabas de llamarme hombre.

—No dejes que se te suba a la cabeza, cielo. Vamos.

TRES

Eddie y Susannah hablaban de sí mismos y pensaban en sí mismos como marido y mujer, pero él no había tenido exactamente tiempo de coger un taxi para ir a Cartier a comprar un diamante ni para contratar una orquesta nupcial. En una ocasión había tenido un bonito anillo de su clase de instituto, pero lo había perdido en la arena, en Coney Island, durante el verano en que había cumplido diecisiete años, el verano de Mary Jean Sobieski. Aun así, en sus viajes desde el mar del Oeste, Eddie había redescubierto su talento como tallador de madera («tallador de marico-nadas», habría dicho el gran sabio y eminente yonqui), y Eddie le talló a su amada un hermoso anillo de madera de sauce, ligero como una pluma, aunque resistente. Susannah lo había llevado entre los senos, colgado de un cordel de cuero.

Lo encontraron al principio del camino, todavía en el cordel de cuero. Eddie lo cogió, lo miró con tristeza durante un instante y luego se lo colgó del cuello y se lo metió por dentro de la camisa.

—Mirad —dijo Jake.

Se volvieron hacia un lugar que estaba justo a la salida de la senda. Allí, en una porción de hierba escasa, había una huella. No era ni humana ni animal. Eran tres ruedas dispuestas de tal forma que a Eddie le recordaron el triciclo de un niño. ¿Qué coño...?

—Vamos —dijo, y se preguntó cuántas veces lo había dicho desde que se había dado cuenta de que ella había desaparecido.

También se preguntó cuánto tiempo lo seguirían si no dejaba de decirlo. No es que importase. Seguiría adelante hasta que volviera a tenerla, o hasta que estuviera muerto. Así de simple. Lo que más le asustaba era el bebé... lo que ella llamaba «el chaval». ¿Y si la había atacado? Tenía la impresión de que eso era justamente lo que habría hecho.

—Eddie —lo llamó Roland.

Eddie se volvió para mirarlo y le hizo a Roland el mismo giro de dedos que hacía él cuando estaba impaciente. «Vamos», quería decir.

Pero Roland se quedó apuntando hacia la huella.

—Esto es una especie de transporte.

—¿Has oído alguno?

—No.

—Entonces no puedes saberlo.

—Pero lo sé —dijo Roland—. Alguien la ha llevado. O algo.

—No puedes saberlo, ¡maldita sea!, no puedes.

—Andy podría haberla llevado —opinó Jake—, si alguien se lo hubiera pedido.

—¿Quién le habría pedido algo así? —preguntó Eddie con aspereza.

«Finli —pensó Jake—. Finli o'Tego, sea quien sea. O a lo mejor Walter.» No obstante, no dijo nada. Eddie ya estaba lo bastante molesto.

—Se ha escapado. Ve haciéndote a la idea —dijo Roland.

—¡Que te jodan! —bramó Eddie, y volvió hacia la cuesta del camino—. ¡Vamos!

CUATRO

Con todo, Eddie sabía en el fondo de su corazón que Roland tenía razón. Empezó a ascender hacia la Cueva de la Puerta no con esperanza sino con una especie de desesperado empecinamiento. En el lugar donde había caído la roca, bloqueando gran parte del camino, encontraron un vehículo abandonado con tres ruedas hinchadas y un motor eléctrico que todavía zumbaba ligeramente; era un zumbido grave y constante, algo así como: «mmm». A Eddie, el aparato le pareció uno de esos trastos de venta por catálogo de Abercrombie & Fitch. Tenía un asidero donde se encontraba el acelerador y otro donde estaban los frenos. Se inclinó sobre el aparato y leyó lo que estaba inscrito en la placa de la izquierda:

Detrás del asiento estilo bicicleta había un pequeño compartimiento para llevar cosas. Eddie levantó la tapa y no le sorprendió en absoluto encontrar un pack de seis latas de Nozz-A-La, la bebida preferida de todos los timos de cualquier parte. Habían sacado una del anillo de plástico. Había tenido sed, seguro. Moverse con rapidez da sed. Sobre todo si se está de parto.

—Esto proviene del lugar al otro lado del río —murmuró Jake—. Del Dogan. Si hubiera vuelto a salir, lo habría visto aparcado allí. Toda una flota de ellos, seguramente. Apuesto a que fue Andy.

Eddie debía admitir que eso tenía sentido. El Dogan era sin duda un puesto de vigilancia, con toda seguridad, anterior a los actuales y desagradables habitantes de Tronido. Ese era justo la clase de vehículo que se usaba para hacer guardia, a juzgar por el tipo de terreno.

Desde esa posición aventajada junto a la piedra caída, Eddie divisaba el campo de batalla donde se habían enfrentado a los lobos, lanzando platos y plomo. Ese tramo del Camino del Este estaba tan lleno de gente que le recordó al desfile del día de Acción de Gracias de Macy. Todo el Calla había salido para celebrarlo, ¡cómo los odiaba Eddie en ese momento! «Mi mujer se ha ido por vuestra culpa, gallinas, hijos de puta», pensó. Era una idea estúpida, en extremo cruel, aunque le proporcionase cierta satisfacción deleznable. ¿Qué decía aquel poema de Stephen Crane, el que leían en el instituto? «Me gusta porque es duro, y porque es mi corazón.» Algo así. Daba igual, era algo bastante parecido.

En ese momento, Roland estaba de pie junto al triciclo abandonado que zumbaba, y si era compasión lo que veía en los ojos del pistolero, o peor, lástima, no la quería.

—Vamos, chicos. Vamos a encontrarla.

CINCO

Esta vez la voz que les dio la bienvenida desde las profundidades de la Cueva de la Puerta pertenecía a una mujer que Eddie no había conocido, aunque sí había oído hablar de ella —ea, y bastante, digamos gracias— y la reconoció de inmediato.

—¡Se ha ido, pedazo de pasmarote con polla por cabeza! —gritó Rea de Cos desde la oscuridad—. ¡Se ha ido con el parto a otro parte, que te conste! Y no me cabe duda de que cuando su bebé caníbal por fin salga, ¡se comerá a su madre de arriba abajo, empezando por el coño, ea! —Se rió, con una límpida (y chirriante) risa socarrona, áspera como el bálsamo de avellano de bruja—. Nada de leche de tetita para este, ¡pendón desorejado! ¡Este comerá carne!

—¡Calla! —gritó Eddie a la oscuridad—. Calla, puto... puto fantasma.

Y, como por arte de magia, el fantasma se calló.

Eddie miró a su alrededor. Vio la puñetera librería de dos baldas con los libros de Torre —primeras ediciones tras la vitrina, si a bien tenéis—, pero no vio la bolsa de redecilla rosa con MUNDO MEDIO JUEGA EN ESTAS PISTAS escrito en ella; ni tampoco una caja de fustánima grabada. La puerta ignota seguía allí, con las bisagras todavía sujetas a nada, aunque ahora tenía una apariencia extrañamente borrosa. No solo ignota, sino ignorada; solo era una pieza más de un mundo que se había movido.

—No —dijo Eddie—. No, no lo acepto. La fuerza sigue aquí. La fuerza sigue aquí.

Se volvió hacia Roland, pero el pistolero no lo estaba mirando. Aunque pareciera increíble, Roland estaba estudiando los libros. Como si la búsqueda de Susannah hubiera empezado a aburrirlo y estuviera buscando una buena lectura para pasar el rato.

Eddie cogió a Roland por el hombro y le dio la vuelta.

—¿Qué ha ocurrido, Roland? ¿Lo sabes?

—Lo que ha ocurrido es evidente —respondió Roland. Callahan se había puesto junto a él. Solo Jake, que visitaba la Cueva de la Puerta por primera vez, se quedó en la entrada—. Se ha llevado la silla de ruedas tan lejos como ha podido, luego ha ido hasta el principio del camino empujándose con las manos y las rodillas, que no es cosa de risa para una mujer que seguramente está de parto. Cuando ha llegado al principio del camino, alguien, casi seguro que Andy, tal como dice Jake, la ha llevado.

—Si fue Slightman, volveré y lo mataré con mis propias manos.

Roland sacudió la cabeza.

—Slightman no.

«Pero Slightman lo sabía con seguridad», pensó. Con toda seguridad no importaba, aunque le gustaban tan poco los cabos sueltos como ver un cuadro torcido.

—Oye, tronco, disculpa que te diga esto, pero tu puta zorra está muerta —gritó Henry Dean

desde el fondo de la cueva. No parecía que lo sintiera; parecía más bien exultante—. ¡Esa maldita cosa se la ha merendado! ¡Solo ha parado el tiempo justo al llegar a los sesos para escupir los dientes!

—¡Calla! —gritó Eddie.

—Los sesos son el mejor alimento para la inteligencia, ya sabes —prosiguió Henry, que había adoptado un tono meloso e intelectual—. Son venerados por los caníbales del mundo entero. Así es el chaval que ha tenido, Eddie. Es mono, pero con ganas de jalar.

—¡Cállate en el nombre de Dios! —gritó Callahan, y la voz del hermano de Eddie se acalló. Al menos por el momento, todas las voces cesaron.

Roland siguió como si nunca lo hubieran interrumpido.

—Ella llegó hasta aquí, cogió la bolsa y abrió la caja para que la Trece Negra abriera la puerta. Es decir, Mia, no Susannah, sino Mia, hija de nadie. Y luego, sin soltar la caja, pasó por la puerta. Cuando estuvo al otro lado, cerró la caja y así cerró la puerta. La cerró para evitar que nosotros pasásemos.

—No —dijo Eddie, y cogió el pomo de cristal de la puerta con la rosa grabada en sus facetas geométricas. No giraba. No se movía ni un milímetro.

Desde la oscuridad, Elmer Chambers dijo:

—Si hubieras sido más rápido, hijo, podrías haber salvado a tu amigo. Es culpa tuya. —Y volvió a quedarse callada.

—No es real, Jake —le avisó Eddie, y pasó un dedo por la rosa. La punta del dedo se llenó de polvo. Como si la puerta ignota hubiera estado allí, inutilizada así como ignota, durante una veintena de siglos—. Emite lo peor que pueda encontrar en tu mente.

—¡Siempre he odiado tus putas tripas, blanco de mierda! —gritó Detta con voz triunfante desde la oscuridad de detrás de la puerta—. ¡No me voy a alegrar ni ná de deshacerme de ti!

—Como esto —dijo Eddie, levantando un pulgar en dirección a la voz.

Jake hizo un gesto de asentimiento, con el rostro pálido y pensativo. Mientras tanto, Roland se había vuelto hacia la estantería de libros de Torre.

—¿Roland, te estamos aburriendo? —Eddie intentó ocultar la irritación de su voz o, al menos, añadirle una gota de humor, pero no consiguió ni una ni otra cosa.

—No —contestó Roland.

—Entonces me gustaría que dejaras de mirar esos libros y me ayudaras a pensar en una forma de abrir esta puert...

—Sé cómo abrirla —lo atajó Roland—. La primera pregunta es dónde nos conducirá ahora que la bola ha desaparecido. La segunda pregunta es dónde queremos ir. ¿A por Mia o al lugar donde Torre y su amigo se ocultan de Balazar y sus amigos?

—¡Iremos a por Susannah! —gritó Eddie—. ¿Has escuchado la mierda que estaban diciendo esas voces? ¡Están diciendo que es un caníbal! Mi mujer va a dar a luz una especie de monstruo caníbal justo ahora, y si crees que hay algo más importante que eso...

—La Torre es más importante —sentenció Roland—. Y en algún lugar del otro lado de esta puerta hay un hombre que se llama Torre. Un hombre que posee cierto solar vacío y cierta rosa que crece en él.

Eddie lo miró con aire vacilante. Igual que Jake y Callahan. Roland se volvió de nuevo hacia la estantería de libros. Tenía un aspecto extraño, allí, en esa oscuridad rocosa.

—Y posee estos libros —murmuró Roland—. Lo ha arriesgado todo por salvarlos.

—Sí, porque es un puto fanático obsesionado.

—Aun así, todo sirve al ka y sigue el Haz —dijo Roland, y escogió un volumen de la balda superior de la estantería. Eddie vio que había sido colocado allí boca abajo, lo que le sorprendió por ser algo muy poco típico de Calvin Torre.

Roland sostuvo el libro en sus manos marcadas y agrietadas por el clima, como para decidir a quién se lo daba. Miró a Eddie... miró a Callahan... pero le entregó el libro a Jake.

—Léeme lo que dice en la portada —dijo—. Las palabras de tu mundo me dan dolor de cabeza. Me entran por los ojos con facilidad, pero cuando logro centrar la mente en ellas, la

mayoría se me escapan.

Jake estaba prestando poca atención; tenía los ojos clavados en el libro forrado en cuya cubierta estaba la foto de una iglesita rural en el ocaso. Callahan, mientras tanto, había pasado junto a él caminando para echarle un vistazo más de cerca a la puerta que se alzaba aislada en la cueva sombría.

Al final, el chico levantó la mirada.

—Pero... Roland, ¿no es este el pueblo del que nos habló el padre Callahan? ¿Donde el vampiro le rompió la cruz y lo obligó a beber su sangre?

Callahan se alejó a toda prisa de la puerta.

—¿Qué?

Jake levantó el libro sin decir palabra. Callahan lo cogió. Casi se lo arrancó de las manos.

—*El misterio de Salem's Lot* —leyó—. Una novela de Stephen King. —Miró a Eddie, luego a Jake—. ¿Lo conocéis? ¿A alguno de vosotros le suena? No es de mi época, creo.

Jake sacudió la cabeza. Eddie también empezó a sacudirla y luego vio algo.

—Esa iglesia —dijo— se parece al Salón de Reuniones del Calla. Casi lo bastante como para ser una reproducción exacta.

—También se parece al Salón de Reuniones Metodista de East Stoneham, construido en mil ochocientos diecinueve —dijo Callahan—, así que supongo que esta vez tenemos uno de triplete.

Pero su voz le sonó a él mismo muy distante, tan superficial como las voces que llegaban flotando desde el fondo de la cueva. De repente se sintió falso, irreal. Se sintió diecinueve.

SEIS

«Es una broma —se lo aseguró una parte de su mente—. Tiene que ser una broma, la cubierta de este libro dice que es una novela, así que...»

Entonces lo asaltó una idea y sintió un alivio repentino. Era un alivio supeditado a una suposición, pero seguro que era mejor que nada. La idea era que algunas veces se escriben historias fantásticas sobre lugares reales. Eso era lo que había ocurrido, seguro. Tenía que ser eso.

—Lee la página ciento diecinueve —dijo Roland—. La entiendo en parte, pero no toda. No lo suficiente.

Callahan encontró la página y leyó lo siguiente:

—«En su primera época en el seminario, un amigo del padre...» —Se fue callando mientras iba leyendo las palabras de la página.

—Siga —dijo Eddie—. Lea, padre, o lo haré yo.

Poco a poco, Callahan volvió a empezar.

—«... un amigo del padre Callahan le había dado una blasfema estampa que en ese momento le había provocado risas horrorizadas, pero que a medida que pasaban los años le parecía más verdad y menos blasfemia: "Que Dios me dé la serenidad de aceptar lo que no puedo cambiar, la tenacidad de cambiar lo que puedo, y la buena suerte de no confundirlos demasiado a menudo".» Todo en letra gótica, con un sol naciente en el fondo. «Ahora, de pie ante los deudos de Danny Glick, el antiguo credo volvía a aflorar.»

La mano que sostenía el libro flaqueó. Si Jake no lo hubiera cogido, seguramente habría caído al suelo de la cueva.

—¿Lo tenía, verdad? —preguntó Eddie—. ¿Tenía una estampa que decía eso?

—Frankie Foyle me la regaló —dijo Callahan. Su voz era apenas un susurro—. En el seminario. Y Danny Glick... yo oficié su funeral, creo que os lo había contado. Eso fue cuando todo pareció cambiar, en cierta forma. Pero ¡esto es una novela! ¡Una novela es ficción! ¿Cómo... cómo puede...? —Su voz se elevó de pronto y se convirtió en un aullido de condenación. A Roland le pareció tan extraño e inquietante como las voces que ascendían desde el fondo—. ¡Maldita sea!, yo soy ¡¡una persona real!!

—Aquí está la parte en la que el vampiro le rompió la cruz —informó Jake—: «¡Juntos, por fin!, exclamó Barlow, sonriente. Su rostro era enérgico e inteligente y, de cierta manera, extraño y repulsivo, bello; sin embargo, según cómo le diera la luz, parecía...».

—Basta —dijo Callahan con un hilo de voz—. Me da dolor de cabeza.

—Dice que su cara le recordaba al monstruo que vivía en su armario cuando era niño. El señor Flip.

El rostro de Callahan se quedó tan exangüe en ese momento que podría haber sido una de las víctimas del vampiro.

—Jamás le he hablado a nadie del señor Flip, ni siquiera a mi madre. Eso no puede estar en ese libro. No puede estar ahí.

—Pues está —se limitó a decir Jake.

—Vamos a aclarar esto —dijo Eddie—. Cuando usted era pequeño había un señor Flip y usted pensó en él cuando se encontró con ese vampiro Tipo Uno en particular, Barlow. ¿Es así?

—Sí, pero...

Eddie se volvió hacia el pistolero.

—¿Crees que esto nos está acercando a Susannah?

—Sí. Hemos llegado al meollo de un gran misterio. Puede que del gran misterio. Creo que la Torre Oscura está prácticamente a tiro de piedra. Y si la Torre Oscura está a tiro de piedra, Susannah también.

Callahan le hizo caso omiso y siguió hojeando el libro, Jake lo observaba con el rabillo del ojo.

—¿Y tú sabes cómo abrir esa puerta? —Eddie la señaló.

—Sí —aseguró Roland—. Necesitaría ayuda, pero creo que las gentes de Calla Bryn Sturgis nos deben algo, ¿no?

Eddie hizo un gesto de asentimiento.

—Entonces, está bien, os diré algo: estoy bastante seguro de haber visto el nombre de Stephen King antes, al menos una vez.

—En la pizarra de especialidades del día —dijo Jake sin levantar la vista del libro—. Sí, lo recuerdo. Estaba en la pizarra de especialidades del día la primera vez que entramos en exotransito.

—¿Qué pizarra de especialidades del día? —preguntó Roland, frunciendo el ceño.

—La pizarra de especialidades de Torre —aclaró Eddie—. Estaba en el escaparate, ¿recuerdas? Era parte de ese Restaurante de la Mente.

Roland hizo un gesto de asentimiento.

—Pero os diré algo, chicos —dijo Jake, y ahora sí que levantó la vista del libro—. El nombre estaba allí cuando Eddie y yo entramos en exotransito, pero no estaba en la pizarra la primera vez que yo estuve allí. La vez que el señor Deepneau me contó la adivinanza del río, había otro nombre. Había cambiado, igual que el nombre de la escritora de *Charlie el Chu-Chú*.

—No puedo estar en el libro —estaba diciendo Callahan—. No soy un personaje de ficción... ¿verdad?

—Roland —dijo Eddie. El pistolero se volvió hacia él—. Necesito encontrarla. No me importa quién es real y quién no lo es. Me dan igual Calvin Torre, Stephen King, o el Papa de Roma. En cuanto a la realidad se refiere, Susannah es lo único que quiero de ella.

«Si está viva —pensó—. Si podemos encontrarla, y si ha vuelto a ser ella misma. Si, si, y sí...»

Eddie cogió a Roland por el brazo.

—Por favor —le rogó—. Por favor, no me obligues a intentar hacerlo solo. La quiero demasiado. Ayúdame a encontrarla.

Roland sonrió. Eso lo hacía rejuvenecer. Fue como si llenase la cueva con su propia luz. Toda la ancestral fuerza de Eld estaba en esa sonrisa; la fuerza del Blanco.

—Sí —dijo—. Iremos.

Y luego lo repitió; esa era toda la afirmación necesaria en ese lugar oscuro: —Sí.

Bangor, Maine
15 de diciembre de 2002

NOTA DEL AUTOR

La deuda contraída con el western americano por la creación de las novelas de la Torre Oscura tendría que ser evidente sin necesidad de que yo abunde en el tema. De lo que no cabe duda es que el pueblo del Calla no debe la última parte (ligeramente mal escrita) de su nombre a una casualidad. Aun así, debería señalar que al menos dos de las fuentes de parte de este material no son en absoluto estadounidenses. Sergio Leone (Por un puñado de dólares, La muerte tenía un precio, El bueno, el feo y el malo, etcétera) era italiano. Y Akira Kurosawa (Los siete samurais) era, por supuesto, japonés. ¿Habrían sido escritos estos libros sin el legado de Kurosawa, Leone, Peckinpah, Howard Hawks y John Sturgis? No hay duda de que no sin Leone. Sin embargo, sin los demás, yo diría que no podría existir ningún Leone.

También tengo una deuda de agradecimiento con Robin Furth, quien consiguió proporcionarme la información precisa cada vez que la necesitaba, y por supuesto con mi mujer, Tabitha, que todavía sigue concediéndome pacientemente el tiempo, la luz y el espacio que necesito para realizar este trabajo lo mejor que sé.

S.K.

EPILOGO DEL AUTOR

Antes de leer este breve epílogo, ruego a los lectores que se tomen un minuto (si a bien tienen) para volver a leer la página de la dedicatoria que precede esta historia. Espero.

Gracias. Quiero que los lectores sepan que Frank Muller ha leído una serie de obras mías para el mercado de libros sonoros, empezando por *Different Seasons*. Lo conocí en Recorded Books en Nueva York en esa época y nos caímos bien de inmediato. Es una amistad que ha perdurado más años de los que algunos de mis lectores tienen. En el transcurso de nuestra asociación, Frank grabó las cuatro primeras novelas de la *Torre Oscura*, y yo las escuché —la totalidad de las seis casetes o algo así— mientras me preparaba para finalizar la historia del pistolero. El formato sonoro es un medio perfecto para una preparación tan exhaustiva, porque te obliga a asimilarlo todo; el ojo apresurado (o en ocasiones la mente cansada) no puede saltarse ni una sola palabra. Eso es lo que quería, la inmersión total en el mundo de Roland, y eso era lo que Frank me proporcionó. Y me dio algo más, algo maravilloso e inesperado: la sensación de novedad y frescura que había perdido en alguna parte del camino; la sensación de que Roland y los amigos de Roland eran gente real, con sus propias vidas interiores. Cuando digo en la dedicatoria que Frank oyó las voces que yo tenía en la cabeza, hablo de una verdad literal tal como lo entiendo. Y, como una versión bastante más benévola de la Cueva de la Puerta, él las devolvió por completo a la vida. Los libros restantes están finalizados (este último en una versión final, los otros dos en borrador), y en gran parte se lo debo a Frank Muller y a sus acertadas lecturas.

Tenía la esperanza de tener a Frank en plantilla para las lecturas sonoras de los tres últimos libros de la *Torre Oscura* (lecturas íntegras; por norma no apruebo ni permito lecturas reducidas de mis obras), y él estaba ansioso por llevarlas a cabo. Hablamos de esta posibilidad en una cena en Bangor en el mes de octubre de 2001, y en el transcurso de la conversación, dijo que las historias de la *Torre Oscura* eran sus favoritas. Puesto que había leído más de cien novelas para el mercado, me sentí tremendamente halagado.

Menos de un mes después de esa cena y de esa conversación tan optimista con visiones de futuro, Frank sufrió un terrible accidente de moto en una autopista de California. Ocurrió solo cuatro días después de que se enterase de que iba a ser padre por segunda vez. Llevaba el casco y eso seguramente le salvó la vida —que los motoristas tomen nota, por favor—, pero sufrió graves lesiones, muchas de ellas neurológicas. Después de todo no grabará las últimas novelas de la *Torre Oscura*. El último trabajo de Frank será, casi con total seguridad, su inspirada lectura de la novela de Clive Barker *Coldheart Canyon*, que fue terminada en septiembre de 2001, justo antes de su accidente.

A menos que ocurra un milagro, la vida profesional de Frank Muller ha dado fin. Su rehabilitación, que casi con total seguridad será de por vida, no ha hecho más que empezar. Necesitará muchos cuidados y ayuda profesional casi permanente. Esas cosas son caras, y el dinero no es algo que, por norma, les sobra a los artistas autónomos. Algunos amigos y yo hemos creado una fundación para ayudar a Frank, y es de esperar que a otros artistas que hayan sufrido desgracias similares. Todos los ingresos que reciba por la venta de los libros sonoros de *Lobos del Calla* irán a la cuenta de la fundación. No será suficiente, pero el trabajo de recaudación de la Wavedancer Foundation (*Wavedancer* era el nombre del barco de Frank), al igual que la rehabilitación de Frank, no ha hecho más que empezar. Si los lectores tienen algún dinero de sobra y quieren ayudar a asegurar el futuro de la Wavedancer Foundation, no deben enviármelo a mí, sino a la siguiente dirección:

The Wavedancer Foundation

c/o Mr Arthur Greene

101 Park Avenue

New York, NY 10001

La esposa de Frank, Erika, dice gracias. Yo también.

Y Frank también diría gracias, si pudiera.

*Bangor, Maine
15 de diciembre de 2002*

RELACION DE ILUSTRACIONES

1. EL MOMENTO DE COMPORTARNOS COMO HOMBRES
2. SE LO LLEVÓ A LA BOCA
3. ¡PISTOLEROS, A MÍ!
4. ¿LO VES?
5. VEN, VEN, COMMALA
6. EL RESPLANDOR DE LA CUCHILLA
7. LO LANZA CON FUERZA
8. LA LUZ CEGADORA ATACA DE NUEVO
9. RIZA
10. EL ESQUELETO DURMIENTE LE SONRIÓ
11. CABRÓN DE ACERO INOXIDABLE
12. ¡POR GILEAD Y EL CALLA!























